

# Y la Biblia Tenía Razón

Werner Keller.

## Contenido:

### Parte Primera del Antiguo Testamento.

La Época de los Patriarcas: de Abraham a Jacob.

1. En el "Fértil Creciente."
2. El "Ur En Caldea" de la Biblia.
3. ¿Vestigios del Diluvio Bíblico?
4. Relato de una Inundación Procedente de la Antigua Babilonia.
5. Abraham Vivió en el Reino de Mari.
6. Hacia Canaán.
7. Abraham y Lot en el País de la Púrpura.

### Parte Segunda.

En el Reino de los Faraones.

Desde José hasta Moisés.

1. José en Egipto.
2. Cuatrocientos Años de Silencio.
3. Trabajos de Esclavitud en Pitom y Rameses.

### Parte Tercera.

Del Nilo al Jordán.

1. Hacia el Sinaí.
2. Junto al Monte de Moisés.
3. Bajo el Cielo de la Estepa.
4. En el Umbral de la Tierra Prometida.

## Parte Cuarta.

A la Conquista de la Tierra Prometida.

De Josué a Saúl.

1. Israel se Introduce en Canáan.
2. Bajo Débora y Gedeón.
3. Los Guerreros de Caftor.
4. Bajo el Yugo de los Filisteos.

## Parte Quinta.

Cuando Israel Era Un Gran Reino.

Desde David hasta Salomón.

1. David, El Gran Rey.
2. Salomón, el Rey del Cobre.
3. La Reina de Saba, Impulsora del Comercio de Exportación.
4. De la Policroma Vida Cotidiana en Israel.

## Parte Sexta.

Dos Reyes... Dos Reinos..

De Roboám a Joaquín.

1. A La Sombra de una Gran Potencia Que Surge.
2. Fin de Israel, el Reino Septentrional.

3. Judá, Bajo el Yugo de Asur.
4. El Culto Seductor de Canaán.
5. La Gran Potencia Asiria se Hunde.
6. Los Últimos Días de Judá.

## Parte Séptima.

Desde el Exilio hasta el Reino de los Macabeos. Desde Ezequiel hasta Juan Hircano.

1. La Gran Escuela del Exilio.
2. El Sol del Antiguo Oriente se Extingue.
3. Ciro, Rey de los Persas.
4. Retorno a Jerusalén.
5. Bajo la Influencia Helénica.
6. En Pro de la Libertad de Conciencia.

## Parte Primera del Nuevo Testamento.

Jesús de Nazaret.

1. Palestina a Orillas del Mare Nostrum.
2. La Estrella de Belén.
3. La Huída a Egipto.
4. En Nazaret de Galilea.
5. San Juan Bautista.
6. Camino de Jerusalén, Proceso y Crucifixión.
7. La Sábana Santa de Turín.

## Parte Segunda

de la Época Apostólica.

1. Siguiendo las Huellas de San Pablo.

## 2. La Destrucción de Jerusalén.

"¡Haya Luz!"

Reconstrucción de Acuerdo con la Biblia.

La Respuesta de los Manuscritos.

# Parte Primera del Antiguo Testamento.

La Época de los Patriarcas: de Abraham a Jacob.

## 1. En el "Fértil Creciente."

Hace cuatro mil años. — Continentes dormidos. — La gran cuna de nuestra civilización. — Elevadas culturas en el Antiguo Oriente. — Desde muy antiguo se construyeron torres escalonadas y pirámides. — Plantaciones gigantescas junto a canales contruidos por el hombre. — Invasión de tribus árabes procedentes del desierto.

Si se traza una línea en el mapa desde Egipto hasta el Golfo Pérsico, que pase por el Mediterráneo, Palestina y Siria, siguiendo luego el curso del Tigris y del Éufrates a través de Mesopotamia, resulta una media luna perfectamente diseñada.

Hace 4.000 años que aquel potente semicírculo en torno al desierto de Arabia — llamado el "Fértil Creciente" — comprendía una multitud de culturas y de civilizaciones, engarzadas entre sí como perlas de una resplandeciente cadena. Clara luz irradió de ellas para la humanidad. Allí estuvo el centro de la civilización desde la Edad de Piedra hasta la Edad de Oro de las culturas griega y romana.

Cuanto más se aleja la mirada del "Fértil Creciente" hacia el año 2000 antes de Jesucristo, más se acentúa la oscuridad y más raros van siendo los indicios de civilización y de vida cultural. Es como si los pueblos de los otros continentes estuviesen aún dormidos, cual niños próximos a despertar. En el Mediterráneo oriental existe ya un reflejo brillante: en Creta florece el país de los reyes de Minos, fundadores de la primera potencia marítima que existe mención. Hace ya mil años que la ciudadela de Micenas protege a sus habitantes, y una segunda Troya surge hace mucho tiempo sobre las ruinas de la primera.

En la zona próxima a los Balcanes, en cambio, apenas si ha empezado la Edad del bronce primitivo. En la isla de Cerdeña y en la parte occidental de Francia se entierra a los muertos en sepulcros formados por grandes piedras. Estas tumbas megalíticas son la última manifestación de importancia de la Edad de Piedra.

En Gran Bretaña se construye el más célebre santuario de la época megalítica — el templo del Sol, de Stonehenge — cuyo gigantesco círculo de menhires, en Salisbury, constituye aún hoy día una de las curiosidades de Inglaterra envueltas en las brumas de la leyenda. En Germania se utilizan arados de madera para labrar la tierra.

A los pies del Himalaya se extingue, parpadeando sobre el valle del Indo, la solitaria luz de una isla cultural. Sobre China, en las extensas estepas rusas y sobre África reina la oscuridad. Al otro lado de las aguas del Atlántico dormita el continente de América.

Mientras tanto, en el "Fértil Creciente" y en Egipto existe una multitud desconcertante de culturas y civilizaciones altamente desarrolladas. Desde hace mil años los faraones ocupan su trono. Hacia el año 2000 antes de J.C. está en él Amenemhet I, el fundador de la XII dinastía. Su esfera de influencia se extiende desde Nubia, al sur de la segunda catarata del Nilo, por la península de Sinaí hasta Canaán y Siria, cubriendo un territorio tan grande como Noruega. A orillas del Mediterráneo florecen las ricas ciudades marítimas de los fenicios. En el Asia Menor, en el corazón de la actual Turquía, el poderoso reino de los hititas se halla en tren de fundarse. En el País de los Dos Ríos, entre el Tigris y el Éufrates, gobiernan los reyes de Sumeria y de Akkad. Tributarios suyos son los pequeños reinos esparcidos desde el Golfo Pérsico hasta las fuentes del Éufrates.

Las grandiosas pirámides de Egipto y las poderosas torres escalonadas de Mesopotamia han contemplado ya el paso de muchísimos siglos. Durante dos milenios tienen haciendas y plantaciones tan extensas como los grandes cultivos de hoy día, que dan cosechas de cereales, legumbres y frutos delicadísimos en los valles, irrigados artificialmente, del Nilo, el Éufrates y el Tigris. En todo el "Fértil Creciente" y en todo el reino de los Faraones se utiliza la escritura con caracteres cuneiformes y jeroglíficos. La usan los poetas, los empleados de la corte y del gobierno; para el comercio hace tiempo que se hizo indispensable. El activo intercambio de mercancías que realizan grandes importadores y exportadores del País de los Dos Ríos y Egipto por rutas de caravanas y vías de navegación desde el Golfo Pérsico a Siria y Asia Menor, desde el Nilo, por mar, a Chipre, Creta y aún el Mar Negro, se refleja en la correspondencia comercial grabada en las tablillas de barro o trazada en los papiros. Los productos más codiciados entre la multitud de valiosas mercancías son el cobre de las minas egipcias de las montañas del Sinaí, la plata de las montañas del Tauro, en Asia Menor, el oro y el marfil de Somalilandia, en África Oriental, y de Nubia, en el curso del Nilo, los tintes de púrpura de las ciudades fenicias, en la costa de Canaán, el incienso y especias raras de la Arabia Meridional, el delicado lino de los telares egipcios y los bellos vasos de la isla de Creta.

La poesía y la ciencia están en pleno florecimiento. En Egipto surge la primera literatura amena y la primera poesía profana. El País de los Dos Ríos está atravesando ya su época de renacimiento. Los filólogos de Akkad, el gran reino del bajo Éufrates, componen la primera gramática y el primer diccionario bilingüe. La leyenda de Gilgamesh y las leyendas de los antiguos sumerios sobre la Creación y el diluvio universal se convierten, puestas en acádico — el lenguaje del mundo de entonces —, en epopeyas de carácter altamente dramático. Los médicos de Egipto componen sus medicamentos con plantas

curativas de virtud probada, guiándose por recetarios; los cirujanos discuten entre sí sobre conocimientos anatómicos. Los matemáticos del país del Nilo llegan, por caminos empíricos, a la determinación de los lados del triángulo, para la cual cinco siglos después el griego Pitágoras establecerá su conocido axioma. Los ingenieros del País de los Dos Ríos resuelven sobre la base de la práctica el problema del cálculo del cuadrado. ¡Hasta los astrónomos, aunque exclusivamente al servicio de la Astrología, establecen, basándose en observaciones de gran exactitud, las órbitas de los planetas!

Profunda paz y bienestar tienen que haber reinado en ese mundo junto al Nilo, el Éufrates y el Tigris, pues hasta ahora no se ha encontrado ninguna inscripción de aquellos tiempos que hable de grandes hechos guerreros.

Mas del corazón de este "Fértil Creciente," de las refulgentes y estériles inmensidades del desierto arábigo, allí donde éste es bañado por las aguas del Océano Índico, irrumpió por aquellos tiempos, en ingentes oleadas hacia el Norte y el Noroeste, hacia Mesopotamia, Siria y Palestina, un tropel de pueblos y tribus formados por nómadas semíticos. En ininterrumpidas bandadas los amoritas (nombre que significa "occidentales") se desplegaron sobre los reinos del "Fértil Creciente."

El reino de Sumeria y Akkad se derrumbó en el año 1960 antes de J.C., bajo los obstinados ataques de aquellos invasores. Los amoritas fundaron una serie de estados y dinastías. Una de ellas tenía que alcanzar, con el tiempo, el predominio: la primera dinastía de Babilonia, centro del poder desde el año 1830 al 1530 antes de Jesucristo. Su sexto rey fue el célebre Hammurabi.

A una de aquellas tribus semitas nómadas le estaba reservada una misión de suma trascendencia para la suerte de millones y millones de seres de todo el mundo hasta nuestros días. Era un pequeño grupo, quizá sólo una familia, desconocida e insignificante como un diminuto grano de arena llevado por el viento del desierto: ¡la familia de Abraham, el primer padre de los patriarcas!

## 2. El "Ur En Caldea" de la Biblia.

Una estación en la ruta de Bagdad. — Torre escalonada de ladrillos. — Ruinas con nombres bíblicos. — Los arqueólogos buscan los sitios mencionados en las Sagradas Escrituras. — Un cónsul con la azada al hombro. — El arqueólogo en el trono de Babilonia. — Una expedición a Tell-al-Muqayyar. — Libros de historia en los escombros. — Cuentas de impuestos sobre arcilla. — ¿Fue Abraham ciudadano de una urbe cosmopolita?

...TOMANDO TÉRAJ A ABRAHAM, SU HIJO, A SU NIETO LOT, HIJO DE HARÁN, Y A SARAY, SU NUERA, MUJER DE SU HIJO ABRAHAM, SACÓLOS DE UR DE LOS CALDEOS... (Gén. 11:31).

... Y los sacó de Ur de Caldea. Así resuenan las palabras bíblicas en los oídos de los cristianos hace casi dos mil años. Ur, nombre tan misterioso y legendario como el de muchos nombres de reyes y caudillos, de poderosos imperios, de templos y palacios recubiertos de oro que nos habla la Biblia. Nadie sabía dónde estaba Ur, aunque el

nombre de Caldea aludía seguramente a Mesopotamia. Hace treinta años nadie podía sospechar siquiera que la búsqueda de Ur llevaría al descubrimiento de una cultura que se adentra en el crepúsculo de los tiempos prehistóricos más que los antiguos testimonios de la humanidad en Egipto.

Hoy día Ur es una estación de ferrocarril situada a 190 kilómetros al norte de Basora, cerca del Golfo Pérsico, y una de las muchas estaciones del ferrocarril de Bagdad. El tren, de acuerdo con el horario, se detiene allí breves instantes a la alborada. Extinguido el ruido de las ruedas del tren que se dirige hacia el Norte, el viajero se siente envuelto en el silencio del desierto.

Su mirada se extiende por los monótonos e infinitos mares de arena amarillopardusca. Le parece hallarse en el centro de un inmenso plato llano, cortado únicamente por los carriles del tren. Un solo punto rompe la monotonía de la inmensidad vaga y desolada: un poderoso muñón de color rojo, que reluce los rayos del sol naciente. Parece como si un titán le hubiese abierto profundas muescas.

A los beduinos les es muy familiar este solitario cono, en cuyas grietas anidan las lechuzas. Lo conocen desde tiempo inmemorial y lo designan con el nombre de Tell-al-Muqayyar, la "Montaña de los peldaños." A los pies de ella levantaron sus padres las tiendas de nómadas. A los pies de ella sus padres levataban sus tiendas de nómades. Como desde tiempos remotísimos, sigue ofreciendo acogedor refugio contra las peligrosas tempestades de arena. En sus faldas acampan aún hoy día los beduinos con sus rebaños cuando la época de las lluvias hace brotar una alfombra de césped como por encanto.

En otros tiempos — hace 4.000 años — ondeaban aquí inmensos campos de trigo y de cebada y se extendían cultivos de hortalizas y campos de palmeras y de higueras hasta perderse de vista. Eran extensos cultivos, comparables a las actuales haciendas productivas de California. El verdor exuberante de los campos y de los arriates estaba surcado por un sistema de canales y zanjas en línea recta, obra prodigiosa del arte de la irrigación. Desde los albores de la edad de piedra, los pobladores, aprovechando el agua de los grandes ríos, encauzaban con destreza e inteligencia el líquido elemento desde sus orillas y convertían así terrenos desérticos en paisajes de vegetación paradisíaca.

Casi oculto tras bosques de umbrías palmeras se deslizaba entonces el Éufrates. Un intenso tráfico naval desde aquí hasta el mar existía en este emporio de vida. En aquellos tiempos, el Golfo Pérsico se adentraba mucho más que ahora en la desembocadura del Tigris y del Éufrates. Antes de construirse la primera pirámide en el valle del Nilo, ya el Tell-al-Muqayyar elevaba al cielo su imponente mole. Cuatro grandiosas construcciones se alzaban en forma de cubos sobrepuestos, cada vez más delgados, de unos 25 metros de altura y revestidos de ladrillos de bellos colores. Sobre la parte negra de los cimientos, un cuadrado de 40 metros de lado soportaba los cuerpos superiores, de color rojo y azul, todos ellos rodeados de árboles. La parte más alta del edificio formaba una pequeña terraza en la cual, a la sombra de una techumbre dorada, había un santuario.

Una gran paz reinaba en esos lugares dedicados al culto, donde los sacerdotes celebraban sus oficios junto al ara del dios de la Luna, Nannar. Los ruidos de una de las más antiguas ciudades del mundo, la rica metrópoli de Ur, apenas si llegaban allí.

En el año 1854, una caravana de asnos y camellos se dirigió a la solitaria colina roja. Llevaba un raro equipo de palas, picos y aparatos de medición y la dirigía el cónsul británico en Basora, Mr. J. E. Taylor. No impulsaban al cónsul ni el afán de aventuras ni la propia voluntad. Por encargo del Foreign Office daba satisfacción al deseo expresado por el Museo Británico, (de =no) que se explorase la parte sur de Mesopotamia (es decir, la tierra donde el Éufrates y el Tigris, antes de desembocar en el Golfo Pérsico, se acercan cada vez más) en busca de monumentos de la Antigüedad. Taylor había oído hablar muchas veces en Basora del raro y grandioso amontonamiento de piedras al cual se acercaba ahora la expedición, y creía que allí encontraría su objeto.

A mediados del siglo XIX, en Egipto, Mesopotamia y Palestina empezaron excavaciones y trabajos de exploración, movidos por la idea, repentinamente surgida, de buscar en aquella parte del mundo una visión científicamente fundamentada en la historia universal. El objetivo de un buen número de expediciones era el Próximo Oriente.

Hasta entonces, la única fuente para la historia del Asia Menor en los 550 años antes de J.C. había sido la Biblia. Sólo ella contenía noticias sobre las épocas sumidas en las tinieblas del pasado. La Biblia menciona nombres y pueblos, de los cuales ni griegos ni romanos guardan información alguna.

Verdaderas legiones de sabios fueron atraídos, a mediados del siglo pasado, a los parajes del antiguo Oriente. Nadie conocía sus nombres, que pronto habían de estar en labios de todos. Llenos de asombro escucharon los hombres del "siglo de las luces" el relato de sus hallazgos y portentosos descubrimientos. Lo que aquellos sabios, a costa de ímprobos trabajos, iban sacando a la luz del seno de la arena del desierto, junto a los grandes ríos de Mesopotamia y de Egipto, llamó con justicia la atención de millones y millones de personas. La ciencia abría aquí, por primera vez, la puerta al misterioso mundo de la Biblia.

El cónsul de Francia en Mosul, Pablo Emilio Botta, era un entusiasta arqueólogo. En 1843 empezó sus excavaciones en Corsabad, junto al Tigris, y de las ruinas de una metrópoli cuatro veces milenaria hizo surgir a la luz, en todo su esplendor, el primer testimonio de la Biblia: Sargón, el legendario soberano de Asiria. El año en que el Tartán llegó a Asdod, cuando le envió Sargón, rey de Asiria... (Is. 20:1).

Dos años más tarde, un joven diplomático inglés y al mismo tiempo explorador, A. H. Layard, puso al descubierto la ciudad de Nemrod (Kalchu), designada en la Biblia con el nombre de Kélaj (Gén. 10:11) y que hoy lleva el nombre del bíblico Nemrod, el vigoroso cazador ante Yahvé. Fue el comienzo de su reino Babel, Erech, Akkad, Kalné, en tierra de Sinar. De este país salió para Asur, y edificó a Nínive, Rejobot-Ir y Kélaj.. (Gén. 10:10-11).

Poco tiempo después, unas excavaciones dirigidas por el mayor inglés Henry Creswicke Rawlinson, que fue en su tiempo uno de los mejores asiriólogos, descubrió a 11 kilómetros de Corsabad a Nínive, la capital de Asiria, la famosa biblioteca del rey Assurbanipal. Era la Nínive de la Biblia, cuya maldad los profetas condenan repetidamente (Jonás 1:2).



En Palestina, el erudito americano Eduardo Robinson se dedicó a la reconstrucción de la antigua topografía (1838-1852).

El alemán Ricardo Lepsius, más tarde director del Museo Egipcio de Berlín, registró, en una expedición que duró de 1842 a 1846, los monumentos del Nilo.

Una vez que el francés Champollion hubo conseguido descifrar los jeroglíficos egipcios, consiguió también, hacia el año 1850, descifrar el misterio de los caracteres cuneiformes. Uno de ellos fue Rawlinson, el explorador de Nínive. ¡Los documentos antiguos empezaban a hablar!

Pero volvamos a la caravana que se dirigía a Tell-al-Muqayyar.

El cónsul Taylor hace clavar las tiendas al pie de la roja colina. No tiene ambiciones científicas ni posee conocimientos previos. ¿Por dónde empezar? ¿En qué lugar situar las brigadas de nativos del país para que excaven el terreno en forma adecuada? El enorme montón de ladrillos, obra maestra arquitectónica de un pasado remoto, no le dice nada como construcción. Quizá en sus entrañas dormite algo que sirva para exponer en el Museo y sea susceptible de interesar a las gentes de Londres. Piensa vagamente en una vieja estatua, en armas, en piezas de adorno y hasta en un tesoro escondido. Arremete contra el cono, lo hace martillear palmo a palmo. Nada indica que exista una cavidad vacía. La colosal construcción parece ser maciza. El bloque inferior sobresale casi 10 metros de la arena. Dos amplias rampas de piedra conducen al próximo cuadrilátero, de más reducidas dimensiones, sobre el cual se levantan un tercero y un cuarto cuadrilátero.

Taylor va subiendo peldaño a peldaño; bajo el ardor del sol, trepa a gatas por las muescas, examina todos los restos y encuentra sólo ladrillos rotos. Bañado en sudor escala un día la plataforma más elevada; asustadas, dos lechuzas salen de entre los muros gastados por el tiempo. Esto es todo. Pero Taylor no se desalienta. Dispuesto a descubrir los secretos de aquella rara construcción en forma de cono toma una decisión que hoy no podemos por menos de lamentar profundamente: retira las brigadas que trabajan en la base y las lleva a la parte más alta de la construcción.

Lo que había resistido a los siglos, a las tempestades de arena y al ardor del sol, cayó víctima de la piqueta demoledora. Taylor manda derribar la parte más alta del edificio. La destrucción empieza por las cuatro esquinas a la vez. Ingentes masas de ladrillos rotos van cayendo diariamente desde lo alto. Al cabo de algunas semanas cesa el ajeteo en la parte alta, el golpear incesante de los picos. Un par de hombres desciende precipitadamente de la altura y penetran en la tienda de Taylor. En las manos llevan unas pequeñas varillas; son cilindros de arcilla cocida. Taylor queda decepcionado. Había esperado encontrar algo más importante. Después de limpiarlos bien, observa que los cilindros de arcilla están cubiertos de inscripciones... ¡Se trataba de caracteres cuneiformes! No los entiende en absoluto, pero se siente feliz. Cuidadosamente embalados, los cilindros parten para Londres. Pero los sabios del Támesis apenas prestan atención al hallazgo.

La cosa no es de extrañar: son los años en que todos los exploradores miran fascinados hacia las excavaciones que se realizan en el norte de Mesopotamia, donde, en el curso

superior del Tigris y en las colinas de Nínive y Corsabad, surgen palacios y enormes relieves de los asirios, millares de tablillas de arcilla y estatuas, dejando en la sombra a todo lo demás. ¿Qué significaban junto a esto los pequeños cilindros de arcilla de Tell-al-Muqayyar? Dos años sigue Taylor impertérrito en sus exploraciones; pero sin éxito. Después es llamado a Inglaterra.

El mundo no debía conocer los inmensos tesoros que dormitaban bajo el antiquísimo cono de Tell-al-Muqayyar hasta después de setenta y cinco años.

Tell-al-Muqayyar vuelve a caer en el olvido entre los científicos. Pero a su alrededor ya no reina el silencio. Apenas retirado Taylor, acuden legiones de otros visitantes. Las paredes derruidas, y sobre todo la parte superior de la construcción, derribada por las brigadas de Taylor, constituyen una cantera inagotable y gratuita de materiales de construcción para los árabes, que año tras año vienen de todas partes a cargar de ladrillos sus acémilas. Fabricados por mano del hombre muchos milenios antes, aún pueden leerse en ellos los nombres de Ur Nannu, el primer gran constructor, y de Nabonides, el soberano babilónico que restauró la torre escalonada, a la cual llamaban Ziggurat. Las tempestades de arena, las lluvias, el viento y el sol se encargan de acabar la destrucción del monumento.

Cuando, durante la primera guerra mundial, las tropas británicas en marcha hacia Bagdad, en el año 1915, acampan en las cercanías del antiguo monumento, éste habiendo cambiado tanto de aspecto, hallándose tan aplanado, tan deshecho por el pillaje practicado desde el año 1854, que uno de los soldados puede permitirse una pequeña hazaña. El perfil de las antiguas graderías ha desaparecido hasta el extremo (de =no) que el soldado puede subir hasta la parte más alta montado en un mulo.

Una feliz casualidad quiere que entre los oficiales de la tropa se halle un experto, R. Campbell Thompson, del Servicio de Inteligencia del Ejército de Mesopotamia. En tiempo de paz es auxiliar del Museo Británico. Al examinar con mirada experta la inmensa aglomeración de ladrillos rotos, Thompson ve la ruina con espanto. Una inspección del suelo en los alrededores le hace sospechar la existencia de nuevos fundamentos, ruinas de edificios cubiertos por la arena del desierto. Thompson indaga con todo cuidado y manda un informe urgente a Londres. Esto impulsa a desempolvar los pequeños cilindros de arcilla, que habían sido casi completamente olvidados, y a estudiarlos esta vez minuciosamente. Las inscripciones contienen una información interesantísima y al propio tiempo una curiosa historia

Casi 2.500 años antes que el cónsul Taylor, otro explorador había escudriñado aquel lugar, con el mismo interés y removídole todo. Venerador de la Antigüedad, hombre célebre, soberano de un gran reino y arqueólogo, todo en una persona, tal era el rey Nabonid de Babilonia. Realizó sus indagaciones hacia el siglo VI antes de J.C. y comprobó que "el Ziggurat era muy antiguo." Pero Nabonid obró de otra manera que Taylor. "He hecho reconstruir la estructura de este Ziggurat como en los tiempos antiguos, con mortero y ladrillos cocidos."

Cuando la torre escalonada quedó reconstruida, Nabonides hizo grabar precisamente en aquellos pequeños cilindros el nombre descubierto del primer constructor. Éste, según pudo descifrar el babilonio en una inscripción medio rota, fue el rey Ur-Nannu. ¿Ur-

Nannu? ¿Es posible que el constructor de la gran torre escalonada fuese realmente el rey de Ur, de quien nos habla la Biblia, soberano de Ur en Caldea?

La suposición resulta muy verosímil, pues además el mismo nombre bíblico aparece varias veces. También documentos hallados en ruinas excavadas en Mesopotamia mencionan a Ur. Según los textos cuneiformes, parece haber sido la capital del gran pueblo de los sumerios. En este punto despierta un gran interés el maltrecho Tell-al-Muqayyar. A los eruditos del Museo de la Universidad de Pensilvania, en los Estados Unidos, se unen los arqueólogos del Museo Británico para pedir nuevas excavaciones. La torre escalonada del bajo Éufrates podría contener el secreto del desconocido pueblo de los sumerios... y de la bíblica Ur. Pero hasta el año 1823 no logra ponerse en marcha un grupo de arqueólogos americano-británico. Ya no tienen que realizar el incómodo camino sobre el vacilante lomo de un camello; ahora viajan en el ferrocarril de la línea de Bagdad. Por ferrocarril les llegan también las herramientas que necesitan: vagonetas, carriles, picos, palas, capazos.

Los arqueólogos disponen de un fondo que les permite explorar una extensa comarca. Empiezan sus excavaciones con un plan metódico y ambicioso. Confiando en que nuevos fondos vendrán a engrosar los ya concedidos, hacen cálculos para un trabajo de varios años. La expedición está dirigida por Sir Charles Leonard Woolley. Este inglés de cuarenta y tres años, ha realizado sus primeras armas en viajes de exploración y excavaciones en Egipto, Nubia y Karkemisch, en el Éufrates superior. Para este hombre inteligente y afortunado, el Tell-al-Muqayyar constituye la gran tarea de su vida. No dirige su atención principal a la torre escalonada, como hiciera algunos lustros antes el diligente pero desprevenido Taylor. Su investigación se dirige ante todo a los montículos planos que a sus pies se alzan en la llanura.

Al ojo experto de Woolley no se le escapa su forma especial, semejante a pequeñas mesetas. Planas arriba, sus pendientes descienden simétricas. Tales colinas existen en incontable número, grandes y pequeñas, en el Próximo Oriente, junto a las orillas de los grandes ríos, en medio de llanuras exuberantes, junto a las sendas y caminos por donde, desde tiempos inmemoriales, transitan las caravanas que atraviesan el país. Tan numerosas son, que hasta el día de hoy nadie ha podido contarlas. Aparecen en el delta del Éufrates y del Tigris, en el Golfo Pérsico y hasta en las tierras altas del Asia Menor, allí donde el río Halis desemboca en el Mar Negro; en las costas del Mediterráneo oriental, en los valles del Líbano, junto al Orontes de Siria y en la vega del Jordán, en Palestina.

Estos relieves del terreno constituyen las grandes minas de los arqueólogos, explotadas con todo afán y por ahora inagotables. No son obra de la Naturaleza, sino acúmulos artificiales producidos por las ruinas de incontables generaciones que nos precedieron; grandiosos montones de escombros y desperdicios del pasado, formados por los restos de cabañas y casas, murallas, templos y palacios. Todas estas colinas han adquirido su forma en el transcurso de siglos y hasta de milenios, siguiendo el mismo proceso. Los hombres habían creado allí un primer poblado, que un buen día fue destruido por la guerra o un incendio o abandonado por sus habitantes; después vinieron unos conquistadores o nuevos pobladores, que construyeron sus moradas en el mismo emplazamiento. Generación tras generación fueron así levantando en el mismo lugar viviendas y ciudades, una tras otra.

En el transcurso del tiempo las ruinas y los escombros de innumerables pueblos han ido formando, capa sobre capa y estrato sobre estrato, una colina. Los árabes de hoy llaman "tell" a esos montículos artificiales. El mismo nombre se les daba ya en la antigua Babilonia. Tell quiere decir "montón, hacinamiento"; en la Biblia encontramos esta palabra en el libro de Josué, cap. XI, versículo 13. Cuando al tratar de la conquista de Canaán se habla de las ciudades emplazadas sobre sus colinas de escombros, éstas se designan con el nombre de tulul (plural de tell). Los árabes saben distinguir con toda exactitud un tell de los relieves naturales del terreno, a los cuales designan con el nombre de yebel.

Cada Tell constituye, en realidad, un mudo capítulo de historia. Sus diferentes capas son para el arqueólogo semejantes a hojas del calendario, repasando las cuales puede aclarar el pasado página por página. Cada capa habla de una época, de su vida y sus costumbres, del arte, la cultura y la civilización de sus habitantes, con tal que se sepan leer sus indicios adecuadamente. Así han llegado los excavadores con el tiempo a resultados verdaderamente prodigiosos.

Las piedras, talladas o no talladas, los ladrillos y los restos de arcilla atestiguan la forma cómo se construía. Hasta en las piedras carcomidas y gastadas o en los restos de ladrillos reducidos casi a polvo pueden reconocerse los perfiles de las construcciones. Y las manchas negras revelan dónde se hallaron en otro tiempo los hogares difundiendo calor.

Vasijas desmenuzadas, armas, artículos domésticos y herramientas, que se encuentran por doquier entre las ruinas, dan nuevos indicios para el trabajo detectivesco aplicado a la Antigüedad. ¡Cuánto aprecian los investigadores que los antiguos no conociesen ningún servicio urbano de recogida de basura! Lo que resultaba inútil o superfluo se echaba afuera, dejándolo expuesto a la acción de la intemperie y del tiempo.

Hoy día se conocen con tanta exactitud las diferentes formas, muestras y colores de las vasijas y los vasos, que la cerámica se ha convertido en el recurso arqueológico número uno para el cómputo del tiempo. Aún los trozos sueltos, a veces aún los mismos fragmentos, permiten fijar la fecha con toda precisión. Hasta el segundo milenio antes de J.C., el límite máximo de error en la determinación de la fecha alcanza, como máximo, ¡50 años!

Datos inapreciables se perdieron en el transcurso de las primeras grandes excavaciones, efectuadas en el pasado siglo, por no prestar atención a los trozos que parecían sin valor. Se les echaba a un lado, pues aquellos días sólo se daba importancia a los grandes monumentos, los bajos relieves, las estatuas o los tesoros. Así se perdieron para siempre muchas cosas valiosas.

Un ejemplo de ello nos lo ofrece el arqueólogo Enrique Schliemann. Poseído de gran orgullo, no tenía más que una idea: encontrar la ciudad de Troya del poema homérico. Con grandes brigadas hizo remover el suelo en profundo. Capas que hubieran podido ser de gran importancia como indicadores del tiempo transcurrido fueron desalojadas como cascajo inútil. Al fin exhumó Schliemann de las entrañas de la tierra un valioso tesoro que causó la admiración del mundo. Pero no era, como él creía, el tesoro de Príamo. El hallazgo se remontaba a una época muchos siglos anterior. En el ardor de su

tarea, Schliemann había excavado demasiado profundo. Hijo de comerciantes, era un profano en la materia.

Sin embargo, los profesionales al principio no lo hacían mejor. No hace más que unas décadas que los arqueólogos trabajan siguiendo un plan meditado. Se empieza a excavar el Tell por la parte alta y se analiza centímetro por centímetro el suelo, estudiando cada piedra y cada fragmento. Se profundiza en la colina comenzando por practicar una entalladura. Entonces las capas de diferente coloración se ofrecen al ojo del investigador como una tarta cortada y le permiten una primera ojeada a la historia de los emplazamientos humanos que allí se sucedieron. De acuerdo con este principio se dispone a realizar sus trabajos la expedición angloamericana del año 1923 en Tell-al-Muqayyar.

En los primeros días del mes de diciembre, sobre los montones de escombros del este del Ziggurat, sólo a pocos pasos de la amplia rampa por donde en otro tiempo los sacerdotes, en solemne procesión, subían al santuario del dios Luna, Nannar, se alza una nube de polvo. Empujada por el ligero viento, se extiende, y pronto en torno a la antigua torre escalonada aparece todo envuelto por la nube. Es fina arena que, removida por centenares de palas, indica que han empezado las grandes excavaciones.

Así que la primera azada se hincó en el suelo, crece en todas las excavaciones un ambiente de tensión. La empresa representa un viaje a un reino desconocido que no se sabe qué sorpresas deparará. También Woolley y sus colaboradores están llenos de expectación. ¿Recompensarán los hallazgos el sudor y el esfuerzo empleados en esta colina? ¿Dará a conocer Ur fácilmente sus secretos? Ninguno de los que toman parte en los trabajos puede imaginarse que permanecerán seis largas temporadas invernales, hasta la primavera de 1929, explorando esos parajes con todo afán. Estas excavaciones de gran estilo en el corazón del sur de Mesopotamia tenían que dejar al descubierto, capítulo por capítulo, la historia de aquellos lejanísimos tiempos en que, en el delta de los dos grandes ríos, se establecieron los primeros pobladores y surgió una nueva vida. A lo largo del penoso camino de la investigación que nos hace retroceder 7.000 años, más de una vez daremos con acontecimientos y nombres de los cuales nos habla la Biblia.

Lo primero que aparece es un espacio con las ruinas de cinco templos que, en otro tiempo, rodeaban en semicírculo al Ziggurat contruido por el rey Ur-Nannu. Parecen fortalezas, de gruesos muros. El mayor de estos templos, con una superficie de 100 x 60 metros, estaba consagrado a la Luna; otro templo, a la veneración de Nin-Gal, esposa de Nannar. Cada uno de ellos con un patio interior rodeado por toda una serie de estancias. En ellas se ven aún las antiguas fuentes, los largos pilones de agua calafateados con asfalto, y los profundos tajos en las grandes mesas de ladrillo dejan comprender dónde eran sacrificadas las reses ofrecidas en holocausto. En los hogares situados en las cocinas de los templos eran preparadas las viandas para el banquete sacrificial. Había también hornos especiales para cocer el pan. "Después de 38 siglos — hace notar Woolley en el relato de su expedición — podrían encenderse de nuevo hogares y poner otra vez en servicio las cocinas más antiguas del mundo."

Hoy día los templos, las salas del Tribunal, las oficinas de Hacienda y las fábricas son instituciones completamente separadas unas de otras. En Ur era distinto. El distrito sagrado, bajo la administración del templo, no estaba exclusivamente reservado a la

veneración de los dioses. Además de las ceremonias del culto, correspondían a los sacerdotes otras muchas atribuciones. Aparte de las ofrendas recibían, además, los "diezmos" y los impuestos, que eran debidamente inscriptos. Toda entrega era anotada en una tablilla de tierra cocida: seguramente los primeros recibos de impuestos que extendieron los hombres. Los escribientes, que eran sacerdotes, anotaban las entradas por impuestos en memorias semanales, mensuales y anuales.

La moneda acuñada aún no era conocida. Los impuestos eran pagados en especies; cada habitante de Ur pagaba con lo que podía. El aceite, el trigo, las frutas, la lana y el ganado eran guardados en grandes locales; lo que era susceptible de echarse a perder pasaba a las tiendas que existían en el mismo templo. Muchos artículos eran transformados en el mismo templo, como, por ejemplo, en las hilanderías que dirigían los mismos sacerdotes. Uno de estos talleres sacerdotales fabricaba doce distintas clases de vestiduras. En las tablillas allí encontradas figuran los nombres de las muchachas que las tejían. Hasta figura el peso de la lana entregada a cada tejedora, y el número de (las=no) piezas que de ella resultaba estaba también anotado con toda escrupulosidad. En un edificio destinado a la administración de justicia se encontraron los textos de las sentencias, tan cuidadosamente inscriptos como en nuestros juicios actuales.

Tres temporadas había estado trabajando la expedición angloamericana en el viejo Ur y este singular museo de la primitiva historia aún no había dado todos sus tesoros. Fue entonces cuando, fuera de los límites de los templos, los excavadores experimentan una sorpresa extraordinaria.

Al sur de la torre escalonada, al explorar una serie de colinas, vieron surgir del fango paredes, muros y fachadas situadas unas junto a otras formando varias hileras. Las palas van poniendo al descubierto toda una serie de casas, un verdadero dédalo, cuyas paredes alcanzan, en algunos casos, alturas hasta de 3 metros. Entre ellas se abren paso estrechas callejas. De vez en cuando las calles desembocan en amplias plazas

Después de muchas semanas de arduo trabajo, y después de remover muchas toneladas de cascotes, aparece ante aquellos hombres una visión inolvidable.

¡Debajo de Tell-al-Muqayyar, de matices rojos, aparece a la luz del sol toda una ciudad, despertada por los incansables exploradores después de un sueño milenar! Woolley y sus colaboradores están fuera de sí de alegría. Ante ellos está Ur; ¡aquella Ur de Caldea de que habla la Biblia!

¡Con qué comodidad habían vivido sus moradores! ¡Cuan espaciosa eran sus casas! En ninguna otra ciudad del País de los Dos Ríos han salido a la luz edificios particulares tan hermosos y confortables.

Comparados con ellos los que se han conservado de Babilonia resultan humildes, hasta pobres. El profesor Koldewey, en las excavaciones alemanas realizadas a principios de este siglo, sólo encontró sencillas edificaciones de barro, de una sola planta con tres o cuatro habitaciones alrededor de un patio abierto. Así vivía la población hacia unos 600 años antes de J.C. en la tan admirada y alabada metrópoli de Ur; en cambio, 1.500 años antes vivían en macizos edificios en forma de villas, casi todos de dos plantas, contando de doce a catorce estancias. La planta baja era sólida, construida con ladrillos cocidos y la segunda con adobes; las paredes, limpiamente enlucidas con mortero y blanqueadas.

El visitante entraba por la puerta a un pequeño atrio con sus pilas de agua donde se lavaba los pies y las manos. De allí penetraban a un espaciosos y claro patio interior, cuyo suelo estaba bellamente pavimentado. Alrededor de este patio se agrupaban el recibidor, la cocina y las habitaciones, así como el altar privado. Por una escalera de piedra, debajo de la cual se escondía el cuarto de aseo, se subía al piso superior; en él las estancias se distribuían entre las propias de la familia y las de los huéspedes.

Entre las paredes derruidas volvió a surgir a la luz del día todo cuanto había pertenecido a la vida de estas casas patriarcales. Numerosas colecciones de vasijas, ánforas, vasos y tablillas de barro llenas de inscripciones formando un mosaico a través del cual podía ser reconstruida, pieza a pieza, la vida cotidiana de Ur. Ur de Caldea a principios del segundo milenio antes de J.C. era una poderosa capital, rica y llena de magnificencia.

Woolley no puede desprenderse de una idea: Abraham tuvo que haber salido un día de Ur de Caldea y seguramente vino al mundo en alguno de esos edificios patriarcales. Debió de pasar junto a los muros del gran templo y por estas calles; y, al alzar los ojos, sus miradas debieron tropezar con la poderosa torre escalonada, con sus cuadriláteros de color negro, rojo y azul rodeados de árboles. Woolley escribe entusiasmado:

"Tenemos que cambiar por completo la concepción que teníamos formada del patriarca hebreo al comprobar en qué magnífico ambiente pasó su juventud. Era ciudadano de una gran ciudad y heredó la tradición de una civilización antigua y bien organizada. Las mismas casas denotan confort, hasta casi lujo. Encontramos copias de himnos del servicio del templo y, junto a ellas, había también tablas matemáticas. En estas tablas, además de simples sumas, estaban inscritas fórmulas para la extracción de raíces cuadradas y de raíces cúbicas. ¡Y en otros textos los escribas habían copiado las inscripciones de los edificios de la ciudad y hasta una pequeña historia del templo!"

¡Abraham, evidentemente, no era un simple nómada, sino hijo de una gran ciudad del segundo milenio antes de J.C.!

¡Esto era un descubrimiento sensacional, casi increíble! Los diarios y las revistas publican fotografías de la vieja torre escalonada y de las ruinas de la metrópoli puestas al descubierto, que ofrecen un aspecto grandioso. Con sorpresa vemos un dibujo que lleva la siguiente inscripción:

"Casa del tiempo de Abraham."

Woolley lo había encargado a un artista. Es una reconstrucción que corresponde exactamente a los fundamentos. En un patio interior se ve un edificio parecido a una villa; sobre el pavimento hay dos elevadas ánforas por donde fluye el agua; una balaustrada de madera comunica las habitaciones del piso superior con el patio. ¿Es que resultaría de repente errónea la clásica concepción de Abraham como patriarca, rodeado de su prole y de sus rebaños, tal como generaciones enteras se lo habían figurado?

La opinión de Woolley no dejó de ser discutida. Muy pronto los teólogos y los críticos la sometieron a duras impugnaciones.

En favor de la concepción de Woolley hablaba el versículo 31 del capítulo XI del Génesis.

"Tomó, pues, Téraj a Abraham, su hijo, a su nieto Lot... y los sacó de Ur de Caldea.

Pero hay también pasajes de la Biblia que hacen mención de otro lugar: cuando Abraham manda a su siervo más viejo desde Canaán a la ciudad de Najor para que busque una esposa para su hijo Isaac, Abraham llama a este Najor su patria (Gén. 4:24) y la casa de su padre y su suelo natal (Gen. 7:24); Najor estaba situada en la Mesopotamia septentrional. Después de la conquista de la Tierra Prometida, Josué habló así al pueblo que estaba allí congregado:

"Vuestros padres — Téraj, padre de Abraham y padre de Najor — habitaron de antiguo allende el río" (Jos. 24:2). Por el río se da a entender aquí, como en otras partes de la Biblia, el Éufrates. La ciudad de Ur fue construida en la orilla derecha del Éufrates. Vista desde Canaán estaba situada en la parte de acá del río, no al otro lado de él. ¿Es que Woolley había sacado conclusiones demasiado precipitadas? ¿Qué resultados positivos había alcanzado la expedición? ¿Dónde estaba la demostración de que Téraj y su hijo Abraham eran de Ur, vecinos de una gran ciudad?

"La primitiva peregrinación desde Ur en Caldea hasta Harran, aparte de la excavación de la ciudad propiamente dicha, no ha encontrado confirmación alguna arqueológica," aclara William F. Albright, profesor de la Universidad de John Hopkins, de Baltimore (Estados Unidos). El erudito y afortunado excavador, que es tenido como un buen conocedor de la arqueología de Palestina y del Próximo Oriente, añade:

"Y el hecho notable de que los traductores griegos jamás mencionen a Ur sino a la "Tierra" natural de los caldeos, podía significar que la transferencia de la patria de Abraham a Ur era considerada seguramente como una cosa secundaria y no conocida generalmente en el siglo III antes de J.C."

Con Ur salió de las sombras del pasado la capital de los sumerios, uno de los pueblos más antiguos y cultos del País de los Dos Ríos. Los sumerios, según ya es sabido, no eran semitas como los hebreos. Cuando alrededor del año 2000 antes de J.C. tuvo lugar la gran invasión de los nómadas semitas procedentes de los desiertos árabes, se quebró en el Sur primero en Ur con sus extensas plantaciones y canales. Podría ser que el recuerdo de aquel grandioso éxodo a las tierras del "Fértil Creciente," del cual Ur también quedó afectada, quedase fijado en la Biblia.

Escrupulosas investigaciones y, sobre todo, las excavaciones realizadas en las dos últimas décadas, parecen comprobar con visos de certeza que Abraham no fue jamás ciudadano de la gran metrópoli sumeria. Ello contradiría todas las representaciones que de él nos hace el Antiguo Testamento sobre la vida del padre de los patriarcas: Abraham vive en una tienda, con sus rebaños va de uno a otro sitio, de una a otra fuente. ¡No vive como habitante de una gran urbe, sino la vida típica de los nómadas!

Mucho más al norte del "Fértil Creciente," según veremos, saldrá de repente de la oscuridad la historia de los patriarcas de la Biblia con su ambiente histórico.



### 3. ¿Vestigios del Diluvio Bíblico?

Las tumbas reales de los sumerios. — Una misteriosa capa de lodo. — Huellas del Diluvio universal bajo las arenas del desierto. — Una catastrófica inundación ocurrida 4.000 años antes de J.C.

ENTONCES YAHVÉ DIJO A NOÉ: "ENTRA TÚ Y TODA TU FAMILIA EN EL ARCA, PUES TE HE OBSERVADO JUSTO ANTE MÍ EN ESTA GENERACIÓN... PUES DENTRO DE SIETE DÍAS VOY A HACER LLOVER SOBRE LA TIERRA CUARENTA DÍAS Y CUARENTA NOCHES Y ANIQUILARÉ DE SOBRE LA FAZ DE LA TIERRA A TODOS LOS SERES QUE PRODUJE. A LOS SIETE DÍAS, LAS AGUAS DEL DILUVIO IRRUMPIERON SOBRE LA TIERRA (Gén. 7:1-4, 10).

Cuando oímos nombrar el Diluvio pensamos inmediatamente en la Biblia y en el arca de Noé. Esta extraordinaria historia del Antiguo Testamento peregrinó con el cristianismo por todo el mundo. Así se convirtió en la más conocida tradición acerca del Diluvio, aunque no es, en modo alguno, la única. En los pueblos de todas las razas existen diversas tradiciones de una gran catástrofe de esta índole. Los griegos, por ejemplo, relataban la leyenda de la inundación del Deucalión; mucho antes de Colón existía entre los aborígenes del continente americano el recuerdo de una gran inundación; también en Australia, en la India, en Polinesia, en el Tíbet, en Cachemira, así como entre los lituanos, el relato de un diluvio ha pasado de boca en boca, de generación en generación, hasta nuestros días. ¿Es que todo eso no es más que una inmensa y coincidente fantasía, un cuento, una leyenda, es decir, un relato producto de la imaginación?

Lo más probable es que unas y otras no sean otra cosa que el reflejo de una misma catástrofe universal. Tan grandioso fenómeno debió de ocurrir cuando ya había hombres que pensaban, que sobrevivieron a él y que pudieron dar cuenta de lo acontecido. Los geólogos creen poder descifrar el enigma de aquel remoto acontecimiento mediante su ciencia, teniendo en cuenta la existencia de épocas de gran calor entre glaciales intermedias. Cuatro veces subió el nivel de los mares al fundirse lentamente la coraza de hielo, de varios miles de metros de espesor en algunos sitios que cubría los continentes. Las masas líquidas, nuevamente puestas en libertad, cambiaron el aspecto del paisaje, inundaron las costas bajas junto a los mares y los valles, destruyendo a los hombres, a los animales y al mundo vegetal. En una palabra: todos los intentos de explicación terminaban en meras especulaciones e hipótesis.

Pero las hipótesis no aquietan al historiador. Éste requiere siempre una demostración palpable y material, y semejante demostración no existía; ningún científico, cualquiera que fuera su especialidad, podía demostrar su existencia. Sólo por una pura casualidad, es decir, por medio de unas excavaciones practicadas con finalidades muy distintas, se le ofreció al investigador la prueba palpable de la existencia del diluvio. Y esto sucedió en un lugar que ya conocemos: ¡en las excavaciones practicadas en Ur!

Hacía seis años que los arqueólogos americanos e ingleses estaban explorando las tierras de Tell-al-Muqayyar, las cuales, entre tanto, daban la sensación de una inmensa obra en construcción. Cuando el ferrocarril se detiene por unos instantes en este lugar, los viajeros quedan asombrados al ver los enormes montones de arena extraída de las

excavaciones. Fueron removidos trenes enteros de tierra, cascotes y examinados cuidadosamente. La arena fue pasada por tamices y los escombros milenarios fueron manejados cual si se tratara de un valioso tesoro. La actividad, la perseverancia, el cuidado, los desvelos desplegados durante seis años habían procurado un botín considerable. Los templos sumerios con sus almacenes, sus talleres y sus tribunales, las casas de los ciudadanos constituyeron desde 1926 a 1928 hallazgos de tal importancia, que eclipsaron todo cuanto se había realizado anteriormente.

Tales eran las tumbas reales de Ur — con cuyo nombre Woolley había designado, en la euforia de sus descubrimientos, los sepulcros de notables sumerios — colocadas en una larga hilera cuyo esplendor verdaderamente real, las palas habían sacado a la luz desde el interior de un montículo de arena de 15 metros de altura, situado al sur del templo. Las cámaras sepulcrales de piedra parecían verdaderas cámaras de un tesoro, pues estaban completamente llenas de todo lo de valor que en otro tiempo poseía Ur. Copas y tazas de oro; cántaros y vasos de formas maravillosas; objetos de bronce; mosaicos de madrepora en relieve; obras de lapislázuli y de plata rodeaban a los cadáveres reducidos a polvo. Arpas y liras estaban apoyadas en los muros. Un hombre joven "héroe del país de Dios," según dice de él una leyenda, lleva un yelmo de oro. Un peine de oro adornado con flores formadas con piedras de lapislázuli adorna el cabello de la bella sumeria Shub-ad, la "Lady Shub-ad," como la llaman los ingleses... Cosas tan bellas no las hubo ni en la célebre cámara nupcial de Nofrete ni en la de Tutankamon. ¡Y las tumbas reales de Ur son 1.000 años más antiguas que aquéllas!

Pero, junto a estas preciosidades, las tumbas reales ofrecieron una visión terrible y siniestra para la sensibilidad de los hombres de nuestra época que se enfrentaron ante ella con un ligero escalofrío. En el interior de las cámaras sepulcrales pudieron comprobar la presencia de auténticas yuntas. Los esqueletos de los animales de tiro estaban aún uncidos a los carros llenos de artísticos utensilios domésticos. ¡Era evidente que todo el séquito funeral había seguido a los magnates en el camino de la muerte, según daban a entender los esqueletos vestidos de fiesta y cargados de adornos que les rodeaban! Veinte eran los cadáveres que contenía la tumba de Lady Shub-ad. En otras aparecieron más de setenta.

¿Cuál fue la tragedia ocurrida un día en estas tumbas? No había el menor rastro que demostrara que los hombres sufriesen muerte violenta. Los respectivos séquitos parecen haber seguido a sus difuntos soberanos en caravana festiva, con los bueyes uncidos a los carros portadores de los tesoros del difunto. Y mientras se cerraba la tumba por fuera, ellos oraban seguramente en su interior para impetrar su último descanso. Después debían de tomar alguna droga, se agrupaban por última vez alrededor del difunto y morían voluntariamente, para así seguir sirviéndole en otra existencia.

Durante dos siglos los habitantes de Ur habían enterrado a sus personajes importantes en esas tumbas. ¡Al abrir la última y mas profunda, los investigadores del siglo XX tenían ante sí la imagen de lo que aconteció en el año 2800 antes de J.C.!

Al aproximarse el verano de 1929, la sexta campaña de exploración de las tumbas de Tell-al-Muqayyar toca a su fin. Woolley ha llevado de nuevo sus colaboradores nativos a la colina de las "tumbas reales." No la deja descansar. Quiere saber si debajo de la última tumba real el terreno puede aún dar lugar a descubrimientos en una próxima campaña de exploración.

Una vez separado el enlosado de las tumbas, un par de paletadas dan a comprender que por debajo aún siguen las capas de escombros. ¿Cuan profundamente penetrarán en la Antigüedad esos mudos medidores del tiempo?

¿Cuándo aparecerán en el fondo de esta colina, sobre la roca viva y el terreno virgen los restos del primer establecimiento humano? ¡Esto es lo que quiere averiguar Woolley! Despacio, con sumo cuidado, hace cavar pozos y comprueba personalmente la naturaleza de los materiales que se van extrayendo. "Casi en seguida — escribe en su comunicación — se realizan nuevos descubrimientos que confirman nuestras suposiciones; directamente debajo del suelo de una de las tumbas reales y en un montón de cenizas de madera quemada se encuentran numerosas tablillas de barro con inscripciones de tipo mucho más antiguo que aquellas que recubrían las tumbas. A juzgar por ellas podían pertenecer al siglo XXX antes de J.C. Eran, pues, seguramente, dos siglos más antiguas que las cámaras sepulcrales."

Los pozos se van profundizando cada vez más; aparecen nuevas capas con restos de ánforas, vasos y jarrones. El investigador comprueba con extrañeza que la cerámica sigue inalterable. Parece ser de la misma calidad que las piezas halladas en las cámaras reales. Durante los siglos la civilización de los sumerios no habría realizado progreso alguno digno de mención. En una edad extraordinariamente lejana habría adquirido un alto grado de desarrollo.

Cuando, al cabo de muchos días, los que allí trabajaban le gritan que han llegado al fondo, Woolley baja personalmente al interior del pozo para convencerse. En efecto, han terminado los restos de toda cultura. Del suelo, aún no removido, pueden recogerse los últimos fragmentos de objetos domésticos; aquí y allá se ven rastros de un incendio. "¡Por fin!" es el primer pensamiento de Woolley. Examina cuidadosamente la naturaleza del terreno que se halla en el fondo del pozo y queda perplejo: ¡es lodo, lodo como únicamente puede resultar de la sedimentación de las partículas contenidas en el agua! Pero, ¿de dónde puede proceder el lodo en aquel sitio? Woolley trata de dar con una explicación: "no puede ser más que el lodo dejado por una inundación, originado por la acumulación de partículas en suspensión en las aguas del Éufrates de otras épocas." Esta capa debió de depositarse cuando el gran río tenía su delta mucho más al interior en el Golfo Pérsico, exactamente como aún sucede junto a la desembocadura, donde la tierra avanza cada año 25 metros dentro del mar. Cuando Ur alcanzó la primera época de su esplendor, el Éufrates debía estar tan cerca que la gran torre se debía de reflejar en sus aguas, y desde la punta de su santuario se debía ver el golfo. Sobre el fondo de lodo del antiguo delta debieron de levantarse las primeras casas.

Sin embargo, mediciones y calculos realizados sobre el terreno con mayor precisión, conducen a Woolley a nuevos resultados y le inducen a sentar conclusiones muy distintas.

"Vi que estábamos a demasiada altura. Apenas podía aceptarse que la isla en la cual fue construido el primer asentamiento hubiese podido sobresalir tanto del curso del río."

El pozo en el cual comenzaba a aparecer la capa de lodo se hallaba muchos metros por encima del nivel del río. Ello demuestra que no pueden ser aluviones depositados por el Éufrates. ¿Qué significaba, pues, aquella capa singular? ¿Cómo se había producido? Ninguno de sus colaboradores acierta a dar una contestación satisfactoria. Así, pues, siguen excavando, profundizando el pozo. Excitado, mira Woolley cómo, de nuevo, van subiendo los capazos y examina su contenido. Las palas van profundizando la capa, un metro, dos metros... ¡No sale más que lodo! Al llegar a unos tres metros de profundidad, la capa de lodo termina en forma tan súbita como había empezado. ¿Qué seguirá después?

Los capazos que siguieron, una vez examinados, dan una contestación que ninguno de aquellos hombres hubiera podido soñar. Se resisten a creer lo que sus ojos están viendo. Habían esperado hallar la roca viva, la tierra virgen. Pero lo que se les presenta a la luz del sol son cascotes y más cascotes. Restos del pasado, entre ellos numerosos fragmentos de cerámica. ¡Debajo de una capa de lodo de casi tres metros de espesor se han encontrado nuevamente restos de un asentamiento humano! Tanto el aspecto como la técnica de la cerámica ha cambiado por completo. Encima de la capa de lodo las ánforas y las cubetas habían sido evidentemente realizadas al torno; en cambio estas vasijas lo fueron con las manos. Por más cuidadosamente que se examinan los capazos que suben a la superficie del pozo, ante la creciente expectación de los exploradores, no se descubre en ellos resto alguno de metal. La herramienta primitiva que encuentran es de sílex labrado, ¡Herramientas de la Edad de Piedra!

Aquel mismo día expiden un telegrama. Mesopotamia daba al mundo la noticia más sensacional que seguramente jamás le habrá conmovido la imaginación: "¡Hemos encontrado huellas del Diluvio Universal!"

El extraordinario descubrimiento realizado en Ur, llena los titulares de la Prensa en los Estados Unidos y en Inglaterra. El Diluvio, esta era la única explicación plausible ante la enorme acumulación de barro encontrado debajo de la colina de Ur, la cual, evidentemente, separaba dos civilizaciones humanas. El mar había dejado sus inconfundibles huellas en forma de restos de animales marinos mezclados en el lodo. Woolley quiso adquirir lo más pronto posible asegurarse sobre tan importante cuestión; una casualidad, aunque inverosímil, habría podido engañarle, así como a sus colaboradores. A 300 metros de distancia del primer pozo hizo abrir otro.

Las palas dejaron al descubierto un perfil idéntico: restos de cerámica, capa de barro, restos de utensilios de barro de fabricación manual.

Para eliminar toda duda, Woolley hace abrir otro pozo en una colina natural, en las capas de restos fragmentados donde había estado edificada la población, es decir, sobre un terreno situado a mayor altura que la capa de lodo.

1. Estrato de las tumbas de los reyes. -2. Estrato de la cerámica fabricada al torno. - 3. Estrato de lodo (3 metros). - 4. Estrato de la cerámica anterior al Diluvio.

Más o menos, a la misma profundidad que los otros dos pozos terminan aquí los fragmentos de cerámica fabricados al torno. Inmediatamente debajo sigue la cerámica fabricada a mano. Exactamente igual a lo que Woolley había supuesto y esperado. Naturalmente, falta aquí la capa de lodo que las separaba.

"Aproximadamente a unos 16 pies (5 metros) debajo de un pavimento de ladrillos — escribe Woolley —, que con toda seguridad podríamos adscribir al año 2700 antes de J.C., estábamos en las ruinas de aquella Ur que había existido antes del Diluvio."

¿Hasta dónde se extendía la capa de lodo? ¿Cuáles fueron los territorios afectados por la catástrofe?

Una investigación en regla, siguiendo las huellas del gran río, se practica en otros lugares de Mesopotamia meridional. Otros arqueólogos descubren un nuevo e importante punto de referencia en Kiroch, al nordeste de la antigua Babilonia, allí donde el Éufrates y el Tigris, describiendo grandes curvas, se acercan uno a otro. Asimismo dan con una capa formada por aluviones, pero aquí sólo tiene medio metro de espesor. Mediante catas se llega a determinar poco a poco la extensión que alcanzaron las aguas. Según la opinión de Woolley, la catástrofe, al noroeste del Golfo Pérsico, cubrió una extensión de 630 kilómetros de longitud por 160 kilómetros de anchura. Al contemplar el mapa se saca la impresión que sólo fue según diríamos hoy un "suceso local"..., pero para los habitantes de la cuenca de estos ríos fue todo su mundo.

Después de incontables investigaciones y pruebas realizadas sin un resultado positivo, hacía tiempo que se había desechado la posibilidad de descifrar el misterioso enigma del Diluvio que parecía haber tenido lugar en tiempos tan inmensamente lejanos que el hombre jamás podría alcanzar. Pero los incansables y certeros trabajos llevados a cabo por Woolley y sus colaboradores pusieron al descubierto un hecho de gran importancia para los científicos: una inundación catastrófica que recuerda el Diluvio mencionado por la Biblia, considerado por los escépticos como un cuento o una leyenda, pero que había ocurrido en realidad y en una época histórica susceptible de ser determinada.

A los pies de la vieja torre escalonada de los sumerios, en Ur, en el curso inferior del Éufrates, se podía bajar por una escalera al interior de un pozo y observar los restos dejados por una inundación catastrófica — una capa de lodo de casi tres metros de espesor — y hasta tocarla con la mano. Y por la edad de las capas formadas por los restos dejados por los pobladores de aquellos territorios en los cuales, como en un calendario, podía leerse el tiempo, resultaba posible determinar cuándo tuvo lugar la grandiosa inundación:

¡Aconteció 4.000 años antes de Jesucristo!

4. Relato de una Inundación Procedente de la Antigua Babilonia.

La epopeya de Gilgamesh y la Biblia. — Doce tablas de arcilla encontradas en Nínive. — Una epopeya antiquísima en la biblioteca de Assurbanipal. — Utnapishtim, ¿el Noé de los sumerios? — El secreto del monte Ararat. — Una nave gigantesca entre los restos de un ventisquero. — Expediciones en busca del Arca bíblica.

DIJO, PUES, DIOS A NOÉ: "FABRÍCATE UN ARCA DE MADERA DE CONÍFERA, HAZ EN EL ARCA DIVERSAS MANSIONES Y EMBRÉALA POR DENTRO Y FUERA CON BREA" (Gén. 6:14).

A principios del siglo XX, mucho antes de que Woolley descubriera Ur, tuvo lugar un hallazgo sensacional que dio ocasión a violentas discusiones en torno a la Sagrada Escritura.

Un relato antiquísimo y misterioso había surgido de las tinieblas del antiguo Oriente; era un poema heroico, compuesto de 300 cuartetas, grabadas sobre doce macizas tablillas de barro, que cantaban las maravillosas aventuras del legendario rey Gilgamesh.

El texto era asombroso: Gilgamesh hablaba, al igual que la Biblia, de un hombre que había precedido y sobrevivido a la gran catástrofe de una inundación.

¿De dónde procedía esta grandiosa y notable epopeya? Fueron unos exploradores ingleses quienes, en expediciones realizadas durante el año 50 del pasado siglo, habían encontrado aquellas doce tablillas de barro, junto con otros veinte mil textos, perfectamente ordenados, entre las ruinas de la biblioteca de Nínive, considerada como la más célebre de la Antigüedad y construida por Assurbanipal en el siglo VII antes de J.C., en la vieja Nínive, a orillas del río Tigris.

Este tesoro, de valor incalculable, existente ahora en el Museo Británico, fue embalado cuidadosamente y emprendió el largo viaje desde Nínive hasta Inglaterra.

Pero su verdadero valor no fue conocido hasta algunos lustros más tarde, cuando se hizo posible descifrar los textos.

Por aquel entonces no había nadie que pudiese hacerlo. A pesar de todos los esfuerzos, las tablillas permanecían mudas. Poco antes del 1900, en las sobrias aulas del Museo Británico, después de 2.500 años, empezó a tomar sentido uno de los más bellos poemas del Oriente antiguo, y los asiriólogos podían leer por vez primera la epopeya de Gilgamesh.

Este poema está escrito en el lenguaje cortesano y diplomático de la época del rey Assurbanipal, es decir, en acádico. La forma que presentaba en la biblioteca de Nínive la había recibido un milenio antes, en la época del gran rey Hammurabi de Babilonia, en cuya metrópoli, situada al margen del Éufrates, fue descubierto otro ejemplar. Otros hallazgos apoyan la opinión según la cual la epopeya de Gilgamesh formaba parte del tesoro cultural de todos los estados del antiguo Oriente. Los hititas y los egipcios lo traducen a sus respectivos idiomas y las tablillas escritas con caracteres cuneiformes encontradas en el país del Nilo dejan aún apreciar huellas claras de tinta roja en aquellos puntos que, al parecer, ofrecían alguna dificultad a los traductores egipcios.

Un pequeño fragmento de arcilla nos descubre el origen de la epopeya de Gilgamesh de una manera definitiva. El mundo debe su forma primitiva a los sumerios, a aquel pueblo cuya metrópoli se había alzado en el emplazamiento de Ur.

Gilgamesh — así lo narra el texto cuneiforme de la tablilla procedente de la biblioteca de Nínive — está decidido a asegurarse la inmortalidad, y con este fin emprende un largo y aventurero viaje, en busca de su antepasado Utnapishtim, de quien espera conocer el secreto de la inmortalidad, con que fue agraciado por los dioses. Llegado a la isla en que Utnapishtim vive, Gilgamesh le pregunta sobre "el misterio de la vida." Utnapishtim le cuenta cómo antes vivía en Shuruppak y era un fiel adorador del dios Ea. Cuando los dioses decidieron destruir el mundo por medio de un diluvio, Ea previno a su adorador y le dio estas órdenes:

"Hombre de Shuruppak, hijo de Ubaratutu, / destruye tu casa / y construye un navío. / Abandona las riquezas, / ¡busca la vida! / Desprecia los bienes, / ¡salva la vida! / Mete toda simiente de vida dentro del navío. / El navío / que debes construir... / las medidas estén [bien] proporcionadas."

Todos conocemos el maravilloso relato que sigue. Ahora bien, la Biblia nos cuenta de Noé, lo que la epopeya de Gilgamesh cuenta de Utnapishtim.

"Habló, pues, Dios a Noé...: Fabricate un arca de madera de conífera... Meterás además en el arca, de entre todo viviente y todo ser animado, dos de cada clase a vivir contigo; serán macho y hembra" (Gén. 6:13).

Para poder comparar los textos con mayor facilidad, citamos a continuación en la parte izquierda lo que Utnapishtim dice acerca del acontecimiento por él vivido, y en la parte derecha, lo que la Biblia refiere acerca del diluvio y de Noé.

Utnapishtim, de acuerdo con las órdenes recibidas del dios Ea, construye el navío y dice:

El quinto día tracé su estructura.

La longitud del arca será de 300 codos, de 50 codos su anchura y de 30 codos su altura (Gén. 6:15).

Su superficie era de doce iku (unos 3.000 metros cuadrados).

Las paredes eran de diez gar (un gar es igual a 6 metros aproximadamente) de altura.

Los recubrí con seis pisos; repartí su anchura siete veces.

Plantas bajas, segundas y terceras le harás (Gén. 6:16).

Su interior lo repartí nueve veces.

Haz en el arca diversas mansiones (Gén. 6:14).

Seis sar (medida desconocida) de brea eché en el horno.

Y embréala por dentro y fuera con brea (Gén. 6:14).

Cuando Utnapishtim ha terminado la construcción del navío celebra una espléndida fiesta. Sacrifica bueyes y ovejas para los que le han ayudado y les obsequia "con mosto, cerveza, aceite y vino con la misma profusión que si se tratara de agua corriente." Luego prosigue:

Y ante las aguas del diluvio entró Noé en el arca, acompañado de sus hijos, mujer y las mujeres de sus hijos.

Todo lo que tenía lo cargué con toda clase de simiente de vida.

Metí en el navío a toda mi familia y parentela.

De los animales puros y de los animales que no lo son y de las aves y de todo lo que se arrastra sobre el suelo, de dos en dos vinieron hasta Noé al arca, macho y hembra, como había Dios mandado a Noé (Gén. 7:7-9).

Ganados del campo, animales del campo, artesanos... a todos los metí.

Entré en el navío y cerré mi puerta.

Y Yahvé cerró tras él (Gén. 7:16).

Cuando brilló la luz matutina, de los fundamentos del cielo se alzó una nube negra: Adad rugía allí dentro.

El furor de Adad llega hasta el cielo; y toda claridad se cambia en tinieblas.

A los siete días las aguas del diluvio irrumpieron sobre la tierra... En ese día se hendieron todas las fuentes del gran abismo y las compuertas del cielo se abrieron (Gén. 7:10-11).



Los dioses quedan horrorizados ante la inundación y se refugian en lo más alto del cielo, en el cielo del dios Anu. Antes de penetrar en él "se acurrucan como perros" y, afligidos y asustados por la catástrofe, protestan cabizbajos y llorosos.

¡Es ésta una descripción digna de Homero!

Mientras tanto continúa el diluvio:

Seis días y seis noches corre el viento, el diluvio; la tempestad devasta la región.

Entonces acaeció el diluvio sobre la tierra durante 40 días, y se multiplicaron las aguas.

Así, pues, las aguas crecieron sobre la tierra de forma que quedaron cubiertos todos los montes más altos que bajo el cielo entero existían (Gén. 7:17-19)

Cuando llegó el séptimo día, la tempestad, el diluvio, fue vencido en la batalla, que como ejército había librado.

Entonces se acordó Dios de Noé... E hizo pasar un viento sobre la tierra, tras lo cual fueron menguando las aguas (Génesis 8:1).

Se amansó el mar, calló el huracán, cesó el diluvio.

Y todo el género humano se había convertido en fango.

Cerráronse, pues, los manantiales del abismo y las compuertas celestes y cesó el aguacero del cielo. Con esto fuéronse desviando gradualmente de sobre la tierra las aguas, las cuales fueron decreciendo al cabo de 150 días (Gén. 8:2-3).

La campiña se había puesto parecida a una techumbre.

De esta suerte pereció cuanto ser corpóreo se movía sobre la tierra... así como toda la humanidad (Gén. 7:21).

¡Todo el género humano se había convertido en fango! Utnapishtim, el Noé de los sumerios, describe lo que él mismo ha vivido. Los babilonios, los asirios, los hititas y los egipcios que tradujeron estas palabras o las recibieron por tradición, jamás sospecharon, como ni tampoco los modernos asiriólogos, que infatigable fue descifrar las tablillas de escritura cuneiforme, que contenían la relación de acontecimientos, realmente sucedidos.

Hoy día estamos convencidos de que el verso 134 de la tablilla XI de la epopeya de Gilgamesh tiene que transmitir el relato de un testigo ocular. Sólo un hombre cuyos ojos hayan contemplado las desoladoras secuelas de la catástrofe es capaz de describirla en forma tan patética y realista.

Sin duda que él tuvo que haber visto con sus propios ojos la inmensa capa de fango que cubrió a todo ser viviente cual una mortaja, y que dejó la campiña "lisa cual techumbre de un edificio."

La misma descripción precisa y detallada que hace de la gran tempestad abona esta suposición. En efecto, Utnapishtim habla expresamente de una tempestad procedente del sur, lo cual responde exactamente a la situación geográfica del país. El Golfo Pérsico, cuyas olas fueron arrastradas por la tempestad sobre la tierra firme, está situado al sur de la desembocadura del Tigris y del Éufrates. Utnapishtim describe hasta en los más mínimos detalles con trazos exactos los fenómenos atmosféricos característicos de aquella región y la aparición de una extraordinaria perturbación en la atmósfera: el surgir de negros nubarrones acompañados del fragor del trueno; la claridad del día que se cambia instantáneamente en tinieblas; el desencadenamiento de la tempestad, procedente del sur y que arrastra consigo las aguas.

Un meteorólogo reconoce en seguida que se trata de la descripción del origen y desarrollo de un ciclón, de un tornado. La moderna meteorología sabe hoy que los terrenos costeros de las zonas tropicales, las islas en medio del océano y, sobre todo, las cuencas inundadas de los ríos están expuestas a una especie de diluvio devastador y aniquilante, motivado por un ciclón que a menudo va acompañado de terremotos y de lluvias diluviales.

En las costas de la Florida, en el Golfo de México y en el Pacífico, funciona en la actualidad un servicio de prevención con amplias ramificaciones, que disponen de todos los adelantos técnicos. Pero a los hombres que vivían en Mesopotamia hacia el año 4000 antes de J.C. ni siquiera un moderno servicio de previsión les hubiera sido útil.

A veces un ciclón adquiere proporciones de auténtico diluvio. Existe un ejemplo en época muy reciente.

En el año 1876 se desencadenó un ciclón de esta clase, acompañado de feroces tormentas, que penetró por el Golfo de Bengala y tomó la dirección de la costa, hacia la desembocadura del Ganges. Los mástiles de los buques que navegaban en trescientos kilómetros a la redonda del epicentro fueron abatidos. Bajó la marea. Las aguas, al retirarse, fueron empujadas por las ondas del ciclón. Una ola gigantesca fue formándose. Rompióse sobre el territorio del Ganges y las aguas del mar alcanzaron en la región del río hasta 15 metros de altura. Muchas millas cuadradas quedaron anegadas y unos 215.000 seres humanos perdieron la vida.

Utnapishtim describe a Gilgamesh, que se halla impresionado, lo que sucedió cuando la tempestad hubo cesado.

Abrí la ventana y la luz resbaló por mis mejillas.

Al cabo de cuarenta días abrió Noé la ventana del arca que había hecho (Gén. 8:6).

El navío se posó en el monte Nisir.

En el mes séptimo, día 17 del mes, descansó el arca sobre el monte Ararat (Gén. 8:4).

El monte Nisir retuvo al navío y no lo dejó bogar más.

Los textos cuneiformes de Babilonia antigua describen con suma exactitud dónde hay que buscar el monte Nisir: entre el Tigris y el curso inferior del Zabú, donde la escabrosa y escarpada cordillera del Kurdistán asciende desde las llanas riberas del Tigris. El punto indicado, como sitio de abordó de la nave, corresponde exactamente al curso que pudo seguir la catástrofe una vez desencadenada en el Sur. Sabemos por Utnapishtim que Shuruppak era su ciudad natal. Esta ciudad estaba situada cerca de la actual Farah, en medio de la llanura inundada, allí donde el Éufrates y el Tigris se separan formando un amplio arco. Una marea alta procedente del Golfo Pérsico debió de empujar de seguro la nave desde allí hasta la cordillera del Kurdistán.

A pesar de la expresa mención que la epopeya de Gilgamesh hace del monte Nisir, nunca se les ocurrió a los curiosos investigadores explorar este lugar en busca de los restos del navío. En cambio el monte Ararat, mencionado en el relato bíblico, ha sido objeto de verdaderas expediciones en serie.

El monte Ararat está situado en la parte oriental de Turquía, muy cerca de las fronteras del Irán y de la Unión Soviética. Su cumbre, que se eleva 5.156 metros, está cubierta de nieves perpetuas.

Durante el siglo pasado, muchos años antes de que ningún arqueólogo hundiese su azada en el suelo de Mesopotamia, las primeras expediciones emprendieron la ruta del monte Ararat. Una historia pastoril había impulsado a ello.

Hay a los pies del monte Ararat una pequeña aldea armenia, llamada Bayzit, cuyos habitantes desde muy antiguo hablan de los notables relatos de un pastor que cierto día parece que vio un gran navío de madera sobre el Ararat.

El relato de una expedición turca del año 1833 parecía confirmar la historia del pastor. En ella se hablaba de la proa de madera de una embarcación, que en tiempo de verano se dejaba ver en los ventisqueros del sur del monte.

Otro que parece haberla visto es el Dr. Nouri, arcediano de Jerusalén y Babilonia. Este dignatario eclesiástico emprendió en 1893 un viaje de exploración a las fuentes del Éufrates. A su regreso anunció haber visto los restos de un navío entre las nieves perpetuas: "Su interior — escribe — estaba lleno de nieve. Su pared exterior era de un color rojo oscuro."

Durante la primera guerra mundial, un oficial de aviación ruso, llamado Roskowitzki, anunció que había visto desde su avión en la falda sur del Ararat "los restos de un navío singular." En plena guerra, el zar Nicolás II envió inmediatamente un grupo expedicionario. Esta expedición, no sólo vio un navío, sino que lo fotografió. Pero todas las pruebas y documentos parece ser desaparecieron durante la revolución de octubre.

Existen también varias panorámicas tomadas desde aviones conseguidas durante la última guerra. Ellas se deben a un piloto soviético y a cuatro aviadores americanos.

Las últimas noticias proceden del historiador americano Doctor Aaron Smith, de Greensborough, hombre conocedor del problema del diluvio. Después de muchos años de trabajo ha reunido la historia literaria sobre la cuestión del arca de Noé. En conjunto son 80.000 las obras escritas en 72 idiomas sobre el Diluvio Universal, 70.000 de las cuales hacen mención de los restos del navío legendario.

En 1951 el doctor Smith, acompañado de 40 hombres, explora durante doce días las capas de hielo del Ararat. "Aunque no encontramos ningún vestigio del arca de Noé — declaró más tarde—, mi fe en la descripción bíblica del diluvio se ha reforzado. Volveremos."

Acuciado por el doctor Smith, el joven explorador francés de Groenlandia, Juan de Riquer, realizó en 1952 una ascensión a este monte de origen volcánico. También él descendió sin haber conseguido nada. A pesar de todo nuevas expediciones se organizan al monte Ararat.

Ninguna tradición de los tiempos antiguos procedente de Mesopotamia está tan de acuerdo con los relatos bíblicos como la de la inundación que figura en la epopeya de Gilgamesh. En algunos pasajes se encuentra hasta una coincidencia en las palabras. No obstante existe una importante y esencial diferencia. La historia del Génesis, con la cual estamos tan familiarizados, reconoce a un solo Dios. Ha desaparecido la idea estrafalariamente pintoresca y primitiva de un cielo superpoblado de dioses, muchos de los cuales ostentan rasgos demasiado humanos, dioses que lloran, se quejan, tienen miedo y "se acurrucan como perros."

La epopeya de Gilgamesh procede sin duda del mismo ambiente vital que existe en el "Fértil Crescente," dentro del cual tuvo origen la Biblia.

Gracias al descubrimiento de la capa de lodo en Ur, se ha demostrado que la antigua epopeya de Mesopotamia relatava un hecho histórico. La gran inundación ocurrida hace 4.000 años en la parte meridional de aquel país ha quedado confirmada arqueológicamente.

Pero surge una pregunta: ¿aquella inundación babilónica es en realidad el diluvio de que nos habla la Biblia?

A esta pregunta no han podido responder todavía ni la Arqueología ni ninguna otra clase de investigaciones.

## 5. Abraham Vivió en el Reino de Mari.

Un muerto de piedra. — El teniente Cabane informa sobre un hallazgo. — Un "tell" de Siria es muy visitado. — El rey Lamgi-Mari se presenta a sí mismo. — El profesor Parrot descubre un grandioso reino desconocido. — El palacio real con sus 260 salones

y patios. — 23.000 tablillas de barro sobreviven cuatro milenios. — La policia de las estepas nos habla de los "benjamins." — La patria de Rebeca, una ciudad floreciente.

Y DIJO YAHVÉ A ABRAHAM: "VETE DE TU PAÍS, DE TU PATRIA Y DE LA CASA DE TU PADRE AL PAÍS QUE YO TE MOSTRARÉ..." (Gén. 12:1).

La patria de que habla aquí la Biblia es Jarán. Allí vivían Téraj, su hijo Abraham, su nuera Saray y su nieto Lot (Gen. 11:31).

Hasta hace muy poco tiempo Jarán era completamente desconocida. Nada se sabía sobre su historia primitiva. Todos los documentos de la antigua Babilonia guardan un silencio profundo sobre la región del Éufrates medio, llamada también el país "entre los dos ríos," en el cual Jarán estuvo situada en otro tiempo.

Un hallazgo fortuito conduce en 1933 a hacer excavaciones que también aquí llevan a un gran descubrimiento verdaderamente emocionante y con ello a nuevos conocimientos. Éstos nos presentan a la bíblica Jarán y la vida de los patriarcas enmarcados en un ambiente histórico.

Sobre la línea férrea que une a Damasco y Mosul, allí donde aquélla atraviesa el Éufrates, existe la desconocida y pequeña ciudad Abu Kemal. Como Siria, después de la primera guerra mundial, se halla bajo el protectorado de Francia, acantonando allí un destacamento francés.

Durante el verano de 1933 hace un calor asfixiante y enervador en la amplia depresión del Éufrates. Un día, el teniente Cabane, oficial del destacamento, es llamado a la oficina. Sospecha que se trata de una nueva disputa surgida entre los árabes y que él tendrá que dirimir. Presume lo que está pasando. Pero esta vez la excitación existente en la oficina parece tener otra causa. Según puede deducirse del relato de los intérpretes ocurre lo siguiente: unas personas habían intentado inhumar a un pariente fallecido, y cuando, en una colina apartada, llamada Tell Hariri, cavaban la sepultura, he aquí que había aparecido ¡un muerto de piedra!

El teniente Cabane piensa que quizá se trata de un hallazgo arqueológico que puede interesar al museo de Alepo. En definitiva un nuevo acontecimiento que viene a romper la enervante monotonía de aquel puesto de guardia, del que nadie se acuerda.

Al anoecer se dirige en su coche a Tell Hariri, situado a unos 11 kilómetros al norte de Abu Kemal, junto al Éufrates.

Los árabes le guían a través de una pendiente y, en una depresión del terreno, contempla la estatua mutilada que el día antes había excitado tanto los ánimos. Cabane no es técnico, pero se da cuenta de que la figura de piedra es muy antigua. Al día siguiente unos soldados franceses la llevan a Abu Kemal. La luz está encendida hasta después de la medianoche en la pequeña comandancia. Cabane está redactando un informe sumamente detallado sobre el hallazgo, para su oficina, para Henry Seyrig, director del Museo de Antigüedades de Beirut, y para el Museo de Alepo.

Pasan los meses sin novedad alguna. La cosa parece carecer de importancia o haber sido olvidada. Por fin, en los últimos días de noviembre, se recibe un telegrama de París

procedente del Museo del Louvre. Cabane apenas puede dar crédito a sus ojos y lee y relee la extraordinaria noticia. Dentro de pocos días llegará de Francia una relevante personalidad, el arqueólogo profesor André Parrot, y con él, hombres de ciencia, arquitectos, ayudantes y delineantes.

El 9 de diciembre se dirigen todos hacia Tell Hariri. Los arqueólogos empiezan su trabajo como investigadores. En primer lugar miden con toda precisión la colina, la fotografían hasta en sus más pequeños detalles, la examinan con aparatos percusores y analizan muestras del terreno. En este trabajo transcurre el mes de diciembre y las primeras semanas del año nuevo. El 23 de enero de 1934 es el día decisivo.

Al excavar con todo cuidado en la periferia del "tell." sale de entre los cascotes una figura pequeña y graciosa que tiene grabada una leyenda sobre su hombro izquierdo. Todos se inclinan hacia ella fascinados.

"Yo soy Lamgi-Mari... Rey... de Mari... el grande... Yasakku... que ofrenda su estatua a... Ishtar."

La lectura lenta, pausada de esta frase es escuchada por el silencioso grupo. El profesor Parrot traduce directamente los caracteres cuneiformes. Ni él ni sus compañeros de trabajo olvidarán jamás este momento de emoción. ¡Una escena fantástica y acaso única en la historia de la Arqueología, tan llena por otra parte de sorpresas y aventuras!

El soberano y rey ha saludado solemnemente a los extranjeros del lejano París y se ha presentado a sí mismo, como si quisiera mostrarles cortésmente el camino hacia su reino de antaño, que aún yace debajo de él, sumido en profundo sueño, y de cuyo esplendor y majestad los sabios de París aún no pueden sospechar nada.

Tallada en piedra, una estatua maravillosa, así aparece el rey Lamgi-Mari ante Parrot. Es una figura de ancha espalda, que inspira respeto; encontrándose sobre un plinto. Pero al rostro le falta la increíble altivez tan típica de las estatuas de otros soberanos del Oriente antiguo, en concreto de los asirios, las cuales ofrecen todas sin excepción un aspecto feroz y cruel. El rey de Mari sonríe. No lleva arma alguna, sus manos están juntas religiosamente recogidas. Una túnica adornada con ricas franjas, semejante a una toga, le cubre, dejando un hombro desnudo.

Casi nunca una excavación se ha visto coronada así de golpe en los primeros intentos por tan rotundo éxito como ésta. Debajo de esta colina debe yacer la regia ciudad de Mari.

Hace ya tiempo que la ciudad de Mari no es ya una incógnita para los hombres de ciencia, gracias a las muchas y antiquísimas inscripciones procedentes de Asiria. Uno de los textos llega a decir que Mari ha sido la décima ciudad fundada después del diluvio. La gran ofensiva de las azadas empieza con gran ardor a actuar sobre Tell Hariri.

Los trabajos se desarrollan desde el año 1933 al 1939, interrumpidos por grandes intervalos de tiempo. El calor tropical hace imposible toda tarea durante la mayor parte del año. Solamente se puede trabajar durante los meses más frescos en la época de las lluvias, desde mediado diciembre hasta fines de marzo.

Las excavaciones de Tell Hariri nos ofrecen una serie de nuevos descubrimientos para un capítulo aún desconocido del Oriente antiguo. Nadie sospecha aún la estrecha relación que tendrán las excavaciones de Mari con muchos personajes de la Biblia, que nos son tan familiares.

Año tras año el comunicado de la expedición da lugar a nuevas sorpresas.

En el invierno de 1933-34 es desenterrado el templo de Ishtar, la diosa de la fecundidad. Tres de los reales adoradores de la diosa han querido perpetuarse en forma de estatuas en las hornacinas del santuario recubiertas de brillante mosaico. Estos reyes son Lamgi-Mari, Idu-Narum y Ebin-II.

En el segundo período de las excavaciones las azadas tropiezan con las casas de una ciudad ¡Allí está la ciudad de Mari! A pesar de la gran satisfacción por el éxito alcanzado, los muros de un palacio que debió de tener dimensiones extraordinarias excitan más la curiosidad y el asombro. Parrot comunica: "Son 69 las salas y patios que hemos logrado excavar hasta ahora. No se ve aún el fin."

Unas 1.600 tablillas de barro con inscripciones cuneiformes, amontonadas en una de las salas, contienen noticias de carácter económico.

El comunicado que da cuenta de los hallazgos realizados durante la tercera campaña de 1935-36, hace notar que hasta entonces habían sido descubiertas 138 salas y patios sin haber alcanzado aún los muros exteriores del palacio. Una biblioteca formada por 13.000 tablillas está esperando ser descifrada.

En la cuarta campaña se procede a la excavación de un templo dedicado al dios Dagan y de un ziggurat, la típica torre escalonada de Mesopotamia. En el palacio son ya 220 las salas y patios puestos al descubierto y otras 8.000 tablillas se suman a las primeras.

El palacio de los reyes de Mari aparece en toda su grandiosidad ante Parrot y sus colaboradores después que, en el quinto año de sus excavaciones, descubren otras cuarenta salas libres ya de cascotes. Esta colosal construcción del tercer milenio antes de Cristo cubre casi diez yugadas de terreno con sus cimientos. ¡Es un complejo formado por 260 salas y patios! Jamás excavación alguna ha hecho surgir de las tinieblas del pasado una construcción tan colosal y complicada.

Son necesarias largas hileras de camiones sólo para trasladar las tablillas escritas con caracteres cuneiformes, contenidas en los archivos del palacio: en total 23.600 documentos. A su lado quedan eclipsados los grandes hallazgos de tablillas encontradas en Nínive, ya que la célebre biblioteca del rey asirio Assurbanipal "sólo" contenía 20.000 textos.

Para conseguir una idea exacta de lo que es el palacio de Mari es necesario subir en un avión. Volando sobre Tell Hariri se obtienen varias fotografías que, al ser publicadas en una revista francesa, causan una extraordinaria admiración. Este palacio era una de las grandes maravillas del mundo hacia el año 2000 antes de J.C., la joya de la arquitectura del Oriente antiguo. De muy lejos acudían viajeros para admirarlo. "¡He visto Mari!" escribe entusiasmado un mercader de la ciudad fenicia Ugarit.

El último rey que residió en él se llamó Zimri-Lim. Los ejércitos del célebre Hammurabi de Babilonia sometieron el reino de Mari, situado en el Éufrates medio, y destruyeron la gran metrópoli.

Bajo los techos y paredes caídos se hallaron las cenizas de los braseros de los guerreros babilónicos, las cenizas de las llamas que el cuerpo de incendiarios del ejército utilizó para destruir el palacio.

Esto no obstante no pudieron acabar con él por completo podría ser: Esto no obstante, no pudo derruirlo completamente). Quedaron en pie muros de hasta cinco metros de alto. "Y las instalaciones del palacio — escribe el profesor Parrot —, tanto en las cocinas como en las salas de baño, podían ser puestas en servicio de inmediato aún ahora, después de cuatro milenios de la demolición, sin requerir reparaciones de ninguna clase." En las salas de baño estaban las bañeras. En las cocinas se encontraron moldes para ciertos guisos, y en las chimeneas se hallaron hasta carbones.

La contemplación de las majestuosas ruinas ofrece un espectáculo imponente. Una única puerta, situada al norte, hacía más fácil la vigilancia y la defensa. Una vez se ha cruzado toda una serie de patios y corredores, se llega al gran patio interior desbordante de luz. Era éste el centro de la vida oficial y al propio tiempo de la administración del reino. El soberano recibía allí a sus empleados, a sus diplomáticos y embajadores. Amplios corredores conducían a las habitaciones particulares del rey.

Un ala del palacio servía exclusivamente para las ceremonias religiosas. Allí estaba también instalado, al cual conducía una magnífica escalinata, el salón del trono. Un largo pasadizo llevaba a través de muchas salas al oratorio del palacio, en el cual existía la imagen de la diosa de la fecundidad, que era objeto de culto. Del recipiente que tenía en sus manos manaba sin interrupción "el agua portadora de la vida eterna."

Toda la corte vivía bajo el mismo techo que el rey. Los ministros, los administradores, los secretarios, los escribientes, tenían sus departamentos especiales.

Había una especie de oficina para los asuntos exteriores, y un ministerio de comercio en el gran palacio del reino de Mari. Sólo en ellos estaban ocupados más de cien empleados inscribiendo en las tablillas mensajes que llegaban y salían.

Maravillosas pinturas murales, de gran tamaño, daban al palacio un aspecto decorativo. Hasta nuestros tiempos han conservado toda la magnificencia de su colorido.

Parece como si hubiesen sido realizadas ayer. Y, sin embargo, son las pinturas más antiguas del país que está situado entre los dos ríos, mil años más antiguas que los famosos frescos de las suntuosas construcciones de los soberanos asirios de Corsabad, Nínive y Nemrod.

La magnitud y la magnificencia de este singular palacio correspondían a las del reino que desde él era gobernado. Que éste fue magnífico durante varios milenios nos lo han demostrado los archivos del palacio.



Las noticias, las actas, las órdenes de gobierno, las cuentas inscritas hace cuatro mil años por los escribientes de la corte con asiduidad extraordinaria en las tablillas de barro, han de revivir de nuevo. Hasta ahora sólo con algunos centenares ha sido posible hacerlo. En París, el profesor Georges Dossin, de la Universidad de Lieja, y toda una serie de asiriólogos se han dedicado a descifrarlas y traducirlas. Transcurrirán muchos años antes de que puedan ser traducidos los 23.600 documentos y publicadas sus traducciones.

Cada uno de ellos contiene una piedrecita del mosaico de la auténtica historia del reino Mari.

Numerosas disposiciones sobre la construcción de canales, esclusas, diques, y plantaciones de árboles a las orillas de los ríos, aparecen dando a entender que el bienestar del país dependía, en gran parte, del sistema de distribución de riegos, sistema que estaba vigilado constantemente y cuidadosamente conservado por ingenieros del Estado.

Dos tablas contienen la relación de 2.000 trabajadores con todos sus nombres y el gremio a que pertenecían.

El sistema de noticias del reino de Mari funcionaba en forma tan rápida y ejemplar, que no tendrían nada que envidiar a la telegrafía moderna. Los mensajes muy importantes eran transmitidos por medio de señales consistentes en fogatas encendidas en diversos sitios, desde las fronteras de Babilonia hasta la actual Turquía, es decir, a lo largo de 500 kilómetros, lo cual se realizaba en el transcurso de unas pocas horas.

Mari se encontraba situada en el punto de confluencia de las grandes rutas de caravanas entre el Oeste y el Este, entre el Norte y el Sur, y, por tanto, no es de admirar que el intercambio de mercancías entre Chipre y Creta, el Asia Menor y la Mesopotamia meridional, diese lugar a un activo comercio de importación y exportación, que era anotado en las tablillas de barro. Pero éstas, no sólo informaban sobre los asuntos cotidianos, sino también, en forma minuciosa, sobre los cultos, las procesiones para celebrar la entrada de un año nuevo organizadas en honor de Ishtar, los oráculos y la interpretación de los sueños. Veinticinco divinidades eran honradas en Mari. Una lista de carneros sacrificados, que solía donar Zimri-Lim, cita por sus nombres a los dioses venerados.

Gracias a numerosos y singulares relatos en las tablillas de barro, podemos formarnos la idea de que el reino de Mari era un estado del siglo XVIII antes de J.C., perfectamente ordenado y con una administración modelo. Una cosa produce admiración, y es que ni en las pinturas ni en las esculturas se han hallado representaciones de sucesos bélicos.

Los habitantes de Mari eran amoritas, sedentarios hacía mucho tiempo y amantes de la paz. Las actividades más apreciadas por ellos eran las relacionadas con la religión, la cultura, el comercio. Las conquistas, las proezas, el fragor de las armas no les interesaban gran cosa. Sus rostros, tal como aparecen en las estatuas y en las pinturas que nos los representan, irradian una alegre serenidad.

No obstante esto, la seguridad y la defensa de su país no les dejaba libres totalmente de preocupaciones bélicas. En sus fronteras, en efecto, vivían tribus nómadas de raza

semita, a las cuales atraían poderosamente los ubérrimos pastos, los campos llenos de hortalizas y las tierras (de pan llevar del reino de Mari ver original). Cada vez se acercaban más a sus límites y penetraban con sus rebaños en amplias zonas de los campos de cultivo, inquietando con esto a los colonos. Había que estar prevenidos en contra de ellos. A tal fin se instalaron puestos de observación en la frontera que servían al mismo tiempo para la vigilancia y para la defensa. Todo lo que allí sucedía era comunicado a Mari.

Los asiriólogos de París descifran una tablilla procedente de los archivos de Mari. Admirados leen un comunicado de Bannum, un oficial de la Policía de la estepa, que dice así:

"Dile a mi Señor: ésta es de Bannum, tu servidor; ayer salí de Mari y pernocto en Zurubán. Todos los benjaminitas hicieron señales con fogatas. Desde Samanum hasta Ilum-Muluk, desde Ilum-Muluk hasta Mishlan, todos los lugares de los benjaminitas en el distrito de Terca contestaron con señales de fogatas, pero hasta ahora no estoy seguro de lo que tales señales significan. Ahora trato de averiguarlo. Escribiré a mi Señor si lo consigo o no. Manda reforzar la guardia de Mari y no dejes salir a mi Señor fuera de la puerta."

En este auténtico parte policíaco del Éufrates medio, del siglo XIX antes de J.C., aparece un nombre que en la Biblia corresponde a una tribu muy conocida: los benjaminitas.

De ellos se habla muy a menudo. Por lo que se ve causaban muchos quebraderos de cabeza a los soberanos de Mari, y períodos enteros de la historia del reino son designados con su nombre.

En las dinastías del reino de Mari los años de gobierno no se contaban por números, sino que eran designados por determinados acontecimientos tales como la construcción y consagración de nuevos templos, la erección de grandes presas para el mejoramiento de los riegos, el refuerzo de las defensas junto al río Éufrates, o por los censos de la población. Por tres veces mencionan las tablas indicadoras del tiempo a los benjaminitas:

"El año en que Vahdulim fue a Hên y puso su mano sobre la estepa de los benjaminitas," quiere decir: en el tiempo del reinado del soberano de Mari llamado Vahdulim, y "El año en que Zimri-Lim ha dado muerte al davidum de los benjaminitas..."

"El segundo año en que Zimri-Lim ha dado muerte al dawidum de los benjaminitas...", es decir: la época en que reinaba Zimri-Lim, el último soberano de Mari.

Un voluminoso intercambio de correspondencia entre gobernadores, hombres de estado y agentes de la administración pública gira únicamente alrededor de esta cuestión: ¿conviene arriesgarse a hacer el censo de los benjaminitas o no?

Los censos de la población en el reino de Mari no eran algo inusitado.

Ellos daban la base para organizar el gravamen e impuestos públicos, para reclutar a los ciudadanos con el fin de cumplir el servicio castrense. Con este fin la población se dividía en distritos y todos los obligados al servicio militar eran anotados en listas. Esto duraba varios días y los agentes del gobierno distribuían gratuitamente cerveza y pan. Los jefes de la administración del palacio de Mari hubieran querido alistar de muy buena gana a los benjaminitas. Pero los em

pleados del Gobierno en los distintos distritos lo han pensado mucho y advierten que aún no conocen lo bastante a estas tribus nómadas y levantiscas.

"Por lo que se refiere a un censo de los benjaminitas de que me hablas...", así da comienzo Samsi-Addu a una misiva que dirige a Iasmah-Addu en Mari. "Los benjaminitas no son muy apropiados para hacer un censo. Si se lo exigies, sus hermanos los Ra-Ab-Ba-yi, que habitan a la otra parte del río, se enterarán de ello. Estarán descontentos y no volverán más a su país. ¡No hagas jamás un censo entre ellos, te lo suplico!"

De este modo los benjaminitas quedaron privados del derecho a percibir gratis la cerveza y el pan, pero al mismo tiempo quedaron libres de los impuestos y de prestar el servicio militar.

Más tarde los hijos de Israel tendrán que realizar censos de este estilo, idénticos a los que se hacían en Mari. Es la primera vez en tiempos de Moisés, por precepto de Yahvé, después del éxodo de Egipto. Todos los hombres de más de veinte años, hábiles en el manejo de las armas, fueron registrados por familias (Num. 1-4). Años más tarde, al finalizar su estancia en el desierto, con miras al reparto de la tierra de Canaán hace Moisés un segundo censo (Num. 26). En tiempo de los reyes, David hace entre el pueblo un nuevo censo. Ha proyectado una reorganización militar y encarga realizarla al jefe del ejército, llamado Joab (2 Sam.. 24). Yahvé, según explica la Biblia, indujo al rey David a realizar este censo a fin de castigar al pueblo. Los israelitas eran ante todo amantes de la libertad; por eso los reclutamientos y la perspectiva de una convocatoria para lo que fuera les resultaba odioso. Aún en el año 6 después de Cristo el censo ordenado por el gobernador Quirinio por poco da origen a una abierta rebelión.

Es digno de notarse que el mundo debe precisamente a este pacífico pueblo de Mari el más antiguo modo de realizar un reclutamiento. Los babilonios y asirios, los griegos y los romanos, y luego los Estados modernos han copiado este modelo. En todos los países del mundo los censos para la imposición de impuestos y para el reclutamiento militar corresponden al modelo utilizado en Mari.

En París la mención de los benjaminitas es lo que despierta la curiosidad y aumenta la expectación. Y existe motivo para ello.

En efecto, en otras inscripciones cuneiformes, los asiriólogos encuentran intercalada en los comunicados de los gobernadores y hombres de estado del reino de Mari una serie de nombres muy familiares que pertenecen a la historia bíblica, tales como Péleg y Serug, Najor, Téráj y... Harán.

"Esta es la genealogía de Sem...— se dice en Gen. 11 —. Péleg contaba 30 años cuando engendro a Reú. / Había vivido Reú 32 años cuando engendro a Serug. / Serug contaba

30 años de vida cuando engendro a Najor. / Llevaba Najor 29 años de vida cuando engendro a Téráj. / Había vivido Téráj 70 años cuando engendro a Abraham, a Najor y a Harán."

Los nombres de los antepasados de Abraham surgen de la oscuridad de los tiempos antiguos como nombres de ciudades del noroeste de Mesopotamia. Situadas estas en "Padam-Aram"; la llanura de Aram. En medio de ella está Jarán, que, según reza la descripción, fue una ciudad floreciente en los siglos XIX y XVIII antes de J.C. Jarán, la patria de Abraham, la patria del pueblo hebreo, es conocida aquí por primera vez, según lo atestiguan textos de la época. Un poco más arriba, en el mismo valle Balicu, estaba situada la ciudad que como ésta llevaba un nombre bíblico, Najor, la patria de Rebeca, la esposa de Isaac.

"Era, pues, Abraham anciano, entrado en años, y Yahvé habíale bendecido en todo. Y dijo Abraham al servidor más viejo de su casa, administrador de cuanto poseía: "Pon tu mano debajo de mi muslo para que yo te tome juramento por Yahvé, Dios del cielo y de la tierra, de que no tornarás para mi hijo mujer de entre las hijas de los cananeos, en medio de los cuales habito, sino que irás a mi tierra y mi parentela, a fin de tomar mujer para mi hijo Isaac"... Luego tomó el siervo cuanto de bueno tenía su señor... y se dirigió a Aram Naharáyim, a la ciudad de Najor" (Gen. 24:1-4, 10).

La ciudad bíblica Najor de pronto ha quedado ubicada con sus alrededores conocidos. El siervo de Abraham se dirigió al reino del soberano de Mari. El encargo indeclinable de su señor, según nos lo transmite la Biblia, demuestra que Abraham conoce a la perfección la parte de Mesopotamia así como la ciudad de Najor. Si no, ¿cómo podría hablar de esta ciudad? Según los datos contenidos en la Biblia puede calcularse fácilmente que Abraham abandonó a Jarán, su patria, 645 años antes que los hijos de Israel saliesen de Egipto. Ahora bien, éstos caminaron bajo la dirección de Moisés a través del desierto hasta la tierra prometida en el siglo XIII antes de J.C. Esta fecha, según veremos, ha quedado bien establecida arqueológicamente. Abraham debió por tanto de haber vivido unos 1.900 años antes de J.C. Los hallazgos de Mari comprueban cuan exactos son estos datos de la Biblia. En efecto, 1.900 años antes de Jesucristo, según los datos contenidos en el archivo de palacio, Jarán y Najor eran ciudades florecientes.

Los documentos del reino de Mari suministran por primera vez una prueba hasta ahora nunca oída; las historias de los patriarcas contenidas en la Biblia no son, como a menudo han sido consideradas, por algunos, "leyendas piadosas," sino sucesos y descripciones de hechos históricos, perfectamente enmarcados en el tiempo.

## 6. Hacia Canaán.

Una ruta de caravanas de 1.000 kilómetros de longitud. — Hoy se requieren cuatro visados para recorrerla. — El país de la púrpura.— Expediciones de castigo contra los "habitantes del desierto." — Grandiosas ciudades en la costa y un interior inquieto. — La obra más vendida en Egipto trata sobre Canaán. — Sinuhe elogia el "País excelente." — El nombre de Jerusalén en vasos mágicos. — Castillos de defensa. — Sellin encuentra a Sikem. — Abraham escoge la ruta de la montaña.

Y TOMÓ A SARAY, SU MUJER, A LOT, HIJO DE SU HERMANO, Y A TODA LA HACIENDA QUE HABÍA ACOPIADO Y LAS PERSONAS QUE EN JARÁN HABÍA REUNIDO, Y PARTIERON CAMINO DE LA TIERRA DE CANAÁN (Gen. 12:5).

El camino desde Jarán, la patria de los patriarcas, hasta la tierra de Canaán se extiende a más de mil kilómetros en dirección sur. Descendiendo por el río Balicu llega al Éufrates, y desde allí continúa por una ruta milenaria de caravanas que, pasando por el oasis de Palmira, la bíblica Tadmor, hasta Damasco, toma luego la dirección Sudoeste, hasta llegar al lago de Genesaret. Es una de las rutas comerciales que desde las épocas más remotas conducen desde el Éufrates hasta el Jordán, desde la rica Mesopotamia hasta las ciudades fenicias en las orillas del Mediterráneo, hasta Egipto, la lejana tierra del Nilo...

Hoy día, todo aquel que quiera recorrer la ruta que Abraham siguió, se ve obligado a visar su pasaporte cuatro veces; necesita un visado de Turquía, donde está emplazada Jarán; otro de Siria para el trecho comprendido entre el Éufrates y el Jordán, pasando por Damasco, y otros dos de Jordania y de Israel, que ocupan lo que en otro tiempo fue el antiguo Canaán.

En tiempo de los Patriarcas todo esto resultaba más fácil, ya que el largo trayecto sólo atravesaba un grande estado: el reino de Mari. Los territorios de otros estados más pequeños entre el Éufrates y el Nilo podían ser rodeados fácilmente; después, el camino a Canaán quedaba libre.

La primera gran ciudad que Abraham encontró en su peregrinación, existe aún hoy día; es Damasco. El viaje en coche desde Damasco a Palestina constituye, sobre todo en la primavera, una experiencia maravillosa.

La antiquísima ciudad, con sus estrechas callejuelas y los oscuros pasadizos de sus bazares, con sus mezquitas y con los restos de sus construcciones romanas, se halla situada en medio de una extensa y fértil llanura. Cuando los árabes hablan del paraíso, piensan en Damasco. Ningún lugar del Mediterráneo puede compararse con esta ciudad que en cada primavera se viste con la magnificencia de variadísimas flores.

En los innumerables jardines, en los vergeles, situados junto a las murallas, crecen los albaricoqueros y los almendros, que exhiben su exuberante floración. Árboles en flor bordean la carretera, que en ligera pendiente se dirige hacia el Sudoeste. Campos ubérrimos alternan con olivares y extensas plantaciones de moreras. Por la parte alta, a la derecha de la carretera, irrumpe el río Barada, al cual debe el país su fertilidad. Allí levanta sus cumbres al cielo desde la lisa y florida llanura, escarpado y majestuoso, el célebre Hermón con sus 2.750 metros de altura. En la falda de este monte brotan las fuentes del Jordán. Dominando los dos países, parece que la naturaleza lo ha colocado allí cual mojón fronterizo entre Siria y Palestina. Su cumbre airosa permanece cubierta de nieve hasta en verano, cuando el calor es sofocante. La impresión resulta aún más imponente al ver que a lo lejos, a la izquierda de la carretera, desaparece el verdor de los campos. Monótonas colinas de color gris, atravesadas por valles secos, se extienden hasta el encendido horizonte donde empieza el ardiente desierto de Siria.

Los campos y los prados van siendo cada vez más escasos. El verdor va adquiriendo cada vez un colorido más grisáceo, propio de la arenosa estepa. Después los grandes tubos de un oleoducto cruzan la carretera. El petróleo que por ellos fluye ha realizado ya un largo recorrido; a mil quinientos kilómetros de distancia, desde las torres de sondeo de las islas Bahrein, situadas en medio del Golfo Pérsico, empezó su viaje, que terminará en la ciudad portuaria de Saida, en el Mediterráneo. Saida es la antigua Sidón de la Biblia.

Detrás de una montaña, dejada a un lado, aparece de repente el quebrado país de Galilea. Pocos minutos después es preciso pasar por la oficina de control de pasaportes. Siria queda atrás. La carretera cruza un pequeño puente, debajo de cuyo arco discurre un mísero riachuelo. Es el Jordán; nos hallamos en Palestina, en el joven estado de Israel.

Después de un viaje de 10 kilómetros entre peñas de basalto de color oscuro, el lago Genesaret centellea con su fondo color azulado. En este tranquilo lago, en el cual parece que el tiempo ha detenido su curso, predicó Jesús desde una barca ante la pequeña aldea de Cafarnaún. Aquí es donde dijo a Pedro que echara las redes para que realizara la copiosa captura. Dos mil años antes pacieron en sus orillas los rebaños de Abraham, pues el camino de Mesopotamia a Canaán pasa junto al lago de Genesaret.

Canaán es la estrecha y montañosa faja de tierra, situada entre la costa del Mediterráneo y los confines del desierto, desde Gaza al sur, hasta Hamat al norte, a orillas del Orontes.

Canaán significa "el país de la púrpura." Este nombre se debe a un producto del país muy apreciado. Ya en tiempos muy antiguos sus habitantes extraían de un caracol de mar, que se recogía en sus playas, el colorante más célebre del mundo antiguo, la púrpura. Era tan raro, tan difícil de obtener, y por consiguiente, tan caro, que sólo podían adquirirlo los potentados. Las vestiduras teñidas de púrpura eran consideradas en todas partes como signo de alta alcurnia. Los griegos denominaban "fenicios" a los fabricantes y tintoreros de púrpura establecidos en la costa del Mediterráneo, y a su país "Fenicia," que en su idioma quiere decir "púrpura."

El país de Canaán es asimismo la cuna de dos cosas, que de verdad conmovieron el mundo: la palabra Biblia y nuestro alfabeto. Una ciudad fenicia dio su nombre a la palabra griega que significa "libro"; de Biblos, la ciudad marítima de Canaán, se formó "biblon" y después "Biblia." En el siglo IX antes de J.C. los griegos tomaron de Canaán los signos de nuestro alfabeto.

Fueron los romanos quienes, empleando el nombre de los más acerbos enemigos de Israel, bautizaron la parte de este país que debió ser la patria de este pueblo con el nombre de "Palestina," palabra derivada de "Pelishtim," es decir "filisteos." Éstos son nombrados en el Antiguo Testamento y vivieron en la parte sur de la costa de Canaán. La tierra prometida, todo Israel, se extendía, según la Biblia, desde Dan a Bersabé (1 Sam. 3:20), es decir, desde las fuentes del Jordán, a los pies del Hermón, hasta las colinas situadas al oeste del Mar Muerto, hasta las tierras del Mediodía, el Negueb.

Si observamos un globo terráqueo, veremos que Palestina es sólo una pequeña mancha comparada con la inmensidad de la tierra, un país insignificante. El antiguo reino de

Israel puede recorrerse hoy cómodamente en coche en el espacio de tiempo de un día, siguiendo la línea de sus fronteras. Tiene 234 kilómetros de Norte a Sur, 37 kilómetros de ancho por la parte más angosta, y en conjunto: 25.124 kilómetros cuadrados de superficie, que equivalen a la isla de Sicilia. Solamente durante algunos decenios de su movido pasado fue mayor. Bajo el reinado de David y Salomón, el territorio del Estado se extendía hasta el Mar Rojo, junto a Ezyon-gueber por el Sur, y hasta más allá de Damasco por el Norte, introduciéndose en Siria. El actual estado de Israel con sus 20.720 kilómetros cuadrados representa una quinta parte de lo que fue el reino de sus antepasados.

Nunca florecieron aquí ni la artesanía, ni la industria de modo tal que sus productos fuesen solicitados por el resto del mundo. Cruzado por colinas y por cordilleras, cuyos picos se elevan a más de mil metros, rodeado al Sur y al Este por estepas y desiertos, al Norte por las montañas del Líbano y del Hermón, al Oeste por la costa llana y arenosa, parece una mísera isla entre los grandes reinos del Nilo y del Éufrates, entre dos continentes. Al este del Delta del Nilo termina África. Después de 150 kilómetros de anchura empieza Asia, y en su umbral se halla Palestina.

Si en el curso de su accidentada historia se ve envuelta repetidamente en los grandes problemas mundiales, ello es debido a este emplazamiento. Canaán es el eslabón que sirve de lazo de unión entre Egipto y Asia. La ruta comercial más importante del mundo antiguo pasa a través de este país. Mercaderes, caravanas, tribus trashumantes y la población toda siguen este camino que después seguirán los ejércitos de los grandes conquistadores. Egipcios, asirios, babilonios, persas, griegos y romanos se sirven del país y de sus habitantes para realizar sus fines económicos, estratégicos y políticos. El gigante del Nilo, potencia de primer orden en el tercer milenio antes de J.C., impulsado por intereses mercantiles, extendió sus tentáculos hasta el viejo Canaán.

"Llevamos cuarenta naves cargadas con troncos de cedros. Construimos naves de madera de cedro. Una de ellas — El "Loor de los dos Países" — tiene 50 metros de longitud. Las puertas del palacio las hicimos de madera de cedro." Tal era el contenido de la estadística de la importación de madera hacia 2600 antes de J.C. Los datos relativos a este transporte de madera bajo el faraón Snofru se hallan grabados en una tablilla de diorita negra y dura. Esta magnífica pieza se halla depositada en el Museo de Palermo. Frondosísimos bosques cubrían entonces los montes del Líbano. La noble madera de sus cedros y merus, una clase especial de las coníferas, era una madera de construcción que los faraones empleaban y apreciaban mucho.

Quinientos años antes de Abraham, florecía en las costas de Canaán el comercio de importación y exportación. El país del Nilo cambiaba el oro y las especias de Nubia, el cobre y las turquesas de las minas del Sinaí, el lino y el marfil por la plata de Tauro, los artículos de cuero de Biblos, los vasos esmaltados de Creta. Los potentados hacían teñir de púrpura sus túnicas en las grandes tintorerías de Fenicia. Para el adorno de las damas de la corte producían un bello color azul lapislázuli (los párpados teñidos de azul era entonces la gran moda) y el "stibium," el cosmético para las mejillas tan apreciado por las damas de aquella época.

En las ciudades marítimas de Ugarit (hoy día Ras-Samra) y Tiro se establecieron cónsules egipcios; la ciudad fortificada Biblos se convirtió en una colonia egipcia; se levantaron monumentos a los faraones y los príncipes tomaron nombres egipcios.

Pero si las ciudades de la costa presentan el aspecto de una vida internacional activa y próspera, pocos kilómetros tierra adentro existe un país muy diferente. Las montañas de junto al Jordán son un hervidero de inquietudes. Las agresiones de los nómadas a la población sedentaria, los tumultos, las contiendas y las guerras entre las diversas ciudades se siguen sin interrupción.

Como todo esto dificulta el paso de las caravanas a lo largo de la costa del Mediterráneo, los egipcios tienen que realizar expediciones de castigo para llamar al orden a los perturbadores de la paz. Las inscripciones contenidas en el sepulcro del egipcio Uni nos dan una idea clara de la forma en que, hacia el año 2350 antes de J.C.t tenía lugar una de estas expediciones de castigo.

El comandante militar Uni recibe del faraón Fiops I la orden de organizar un ejército. Hablando de la expedición, se expresa de la siguiente manera:

"Su Majestad combatió a los habitantes del desierto y para ello reunió un ejército en toda la parte meridional del país, al sur de Elefantina..., por todo el Norte, y entre los nubios de Jertet, de Mazoi y de Jenan. Yo fui quien trazo el plan a seguir para todos ellos..."

La gran disciplina de la potencia multicolor es objeto de muchas alabanzas; al leerlas, nos enteramos de las cosas más codiciadas que era posible hallar en Canaán como botín.

"Ninguno de ellos robó... sandalias de uno que venía por el camino...; ninguno de ellos tomó el pan de ninguna ciudad; ninguno tomo a nadie una cabra."

El comunicado de Uni anuncia con orgullo un gran éxito, y contiene al propio tiempo valiosas noticias sobre el país:

"El ejército del Rey regresó bien a su patria después de haber devastado el país de los habitantes del desierto... después de haber destruido sus fortalezas... después de haber arrancado sus higueras y sus vides, después de hacer muchos prisioneros. Su Majestad me mandó recorrer cinco veces el país de los habitantes del desierto después de cada sublevación."

Así vinieron los primeros semitas a Egipto, designados despectivamente con el nombre de "habitantes del desierto" en el país de los faraones.

Chu-Sebek, ayudante del rey egipcio Sesostris III, escribe 500 años después un comunicado de guerra, que (grabado en una lápida conmemorativa hallada en Abidos en el curso superior del Nilo) dice así:

"Su Majestad se dirigió al Norte para derrotar a los beduinos asiáticos... Su Majestad llegó a un lugar llamado Sekmen... Entonces cayó Sekmen junto con el mísero Retenu."

Los egipcios designaban a la tierra de Palestina y de Siria con el nombre de "Retenu." "Sekmen" es la ciudad bíblica Sikem, la primera ciudad de Canaán que Abraham encuentra en su peregrinación (Gen. 13:5).



Con la expedición de Sesostris III hacia el año 1850 antes de Jesucristo nos hallamos en mitad de la época de los patriarcas. Entre tanto Egipto ha puesto su mano sobre Canaán; el país está sometido a la soberanía de los faraones. Gracias a los arqueólogos, el mundo posee un único documento de esta época, una verdadera joya de las letras antiguas. El autor es un tal Sinuhe de Egipto. El lugar del suceso, Canaán. La época de la acción, entre 1971 y 1928 antes de J.C., bajo el reinado de Sesostris I.

Sinuhe, un personaje distinguido que interviene en la corte, se ve envuelto en una intriga política; teme por su vida y emigra a Canaán.

"... Cuando dirigí mis pasos hacia el Norte, llegué a la muralla de los príncipes, levantada para tener alejados a los beduinos y para reprimir a los nómadas del desierto 1. Me escondí debajo de unos matorrales por temor de que me viera la guardia de la muralla, que estaba prestando servicio allí. Cuando se hizo de noche, me puse de nuevo en camino. Al amanecer... cuando llegué junto al lago Amargo 2, caí agotado. La sed me devoraba y mi garganta estaba reseca. Entonces me dije: ¡Mi muerte está cerca! Pero, al elevar mi corazón y al arrebujar mi cuerpo, oí el mugido de los rebaños que se acercaban y a su frente vi a unos beduinos. El que hacía de guía, que había estado en Egipto, me reconoció. Me dio agua, me calentó leche y me llevó consigo a su tribu. Se portaron muy bien conmigo."

Sinuhe, pues, logró huir. Pudo pasar de incógnito la gran muralla de los faraones, que se desarrollaba exactamente por donde hoy día pasa el canal de Suez. Esta "Muralla de los Príncipes" contaba entonces algunos centenares de años. Un sacerdote la menciona ya 2650 años antes de J.C. "Se construirá la "Muralla de los Príncipes," que no permitirá la infiltración de los asiáticos en Egipto. Éstos solicitan agua... para poder abreviar sus rebaños."

Más tarde los hijos de Israel atravesarán repetidas veces estas murallas; no hay otro camino para dirigirse a Egipto. Abraham será el primero que la contemple, cuando, acuciado por el hambre, se dirija al país del Nilo (Gen. 12:10).

Sinuhe sigue diciendo: "Un país sucedía a otro. Llegué a Biblos 3 y después a Kedme 4; aquí permanecí un año y medio. Ammienski 5, el príncipe del "Retenu" superior 6, me tomó a su lado y me dijo:

"Lo pasarás bien conmigo; oirás hablar egipcio. Esto lo dijo porque sabía quién era yo, pues los egipcios 7 que estaban con él le habían hablado de mí."

Todo lo que le ocurrió al fugitivo de Egipto lo podemos leer y hasta con detalles de su vida cotidiana.

"Ammienski me dijo: desde luego, Egipto es bello; pero... tú permanecerás aquí a mi lado; me portaré bien contigo."

"Me puso por encima de todos sus hijos y me dio en matrimonio a su hija mayor. Me dejó elegir entre lo mejor de la tierra que le pertenecía y yo elegí una parcela que estaba situada en los confines de otro país. Era una tierra muy bella llamada Jaa. Había en ella higueras, viñas y más vino que agua. Era rica en miel y abundante en olivares. Toda clase de frutas colgaban de sus árboles. Había en ella también trigo, cebada y rebaños

sin número. Mucho me proporcionó mi popularidad. Me hizo príncipe de su tribu en la parte más escogida de su país. Todos los días comía pan, carne cocida y ganso asado y bebía vino; además, caza del desierto que cobraban expresamente para mí y que me traían amén de lo que mis lebreles cazaban... y leche preparada de muy diversas formas. Así pasé muchos años y mis hijos se hicieron hombres robustos, cada uno jefe de su respectiva tribu.

"El mensajero que, salido de Egipto, se dirigía al Norte, o en dirección Sur se dirigía hacia la corte, se hospedaba en mi casa 8; yo daba a todos hospedaje, daba agua al sediento, mostraba el camino al que se había extraviado y protegía a todos los que eran asaltados.

"Cuando los beduinos salían para combatir a los príncipes de los demás países, yo les ilustraba sobre el plan de campaña, pues el príncipe de Retenu me confió el mando de sus tropas durante muchos años, y en todo país en que entraba, hacía... y... de las tierras de pastos y de sus fuentes. Me apoderaba de sus rebaños, arrojaba sus gentes y tomaba posesión de sus provisiones. Mataba a los enemigos con mi espada y mi arco 9 gracias a mi destreza y mis certeros golpes."

Entre las muchas aventuras vividas junto a los "asiáticos," parece haber impresionado profundamente a Sinuhe un combate a vida o muerte que describe hasta en sus mínimos detalles. Un "bravucón" de Retenu se burló un día de él y le retó. Estaba seguro de poder dar muerte a Sinuhe y apoderarse así de sus rebaños y de su hacienda. Pero Sinuhe, que desde su juventud había sido un buen arquero en Egipto, da muerte a aquel hombre "robusto" que se le acercaba con el escudo, el puñal y la lanza, clavándole una flecha en el duro cuello. El botín que adquiere como consecuencia de este duelo le hace aún más rico y poderoso.

Ya anciano, se apodera de él la añoranza de su patria. Y una misiva de su faraón, Sesostris I, le reclama.

"... Haz lo posible por regresar a Egipto, para que puedas ver la corte en que te formaste y besar la tierra junto a las dos grandes puertas... Piensa en el día en que serás llevado al sepulcro. Te ungirán con aceite y te envolverán en fajas de la diosa Tait 10. Te acompañará un cortejo en el día de tu sepelio. La caja será de oro y su cabeza de lapislázuli. Serás colocado en el ataúd. Te arrastrarán bueyes y el cortejo estará precedido por cantores y en la puerta de tu tumba se bailará la danza de los enanos. Recitarán en tu favor oraciones sacrificiales y se harán ofrendas en el ara. Las columnas de tu sepulcro serán de piedra caliza y se colocará entre la de los príncipes del reino. Que no suceda que mueras en tierra extraña y que los "asiáticos" te den sepultura envolviendo tu cuerpo con una piel de carnero."

El corazón de Sinuhe exulta. Se decide en seguida por el regreso. Distribuye su hacienda entre sus hijos y nombra a su primogénito "jefe de la tribu." Tal era la costumbre entre los nómadas semíticos; tal entre Abraham y sus descendientes: era el derecho hereditario de los Patriarcas, que, más tarde, se convirtió en ley para el pueblo de Israel.

"Mi tribu y toda mi hacienda pasó a ser posesión suya, lo mismo que mis gentes y todos mis rebaños, mis cosechas y todos mis árboles dulces 11. Entonces me dirigí hacia el Sur."

Los beduinos le escoltan hasta los fuertes de la frontera con Egipto. A continuación un enviado del Faraón le acompaña hasta una nave que le lleva a una ciudad situada al sur de Menfis.

¡Qué contraste... entre una tienda en la residencia real y la vida sencilla y llena de peligros del pasado y de nuevo la seguridad y el lujo de una urbe ultracivilizada!

"Allí encontré a Su Majestad, sentado en el gran trono del salón dorado y plateado. Entonces llamaron a los hijos del rey. Su Majestad dijo a la reina: ¡Ahí tienes a Sinuhe, que viene hecho un asiático y convertido en beduino!

"Ella lanzó un grito y sus hijos hicieron otro tanto. Y dijeron a Su Majestad: ¿Es él en realidad, mi Señor Rey?

"Su Majestad dijo: ¡Él es en efecto!

"Fui llevado a un palacio principesco — sigue narrando con entusiasmo Sinuhe — en el cual había cosas preciosas, y... hasta una sala de baño... Había verdaderos montones de tesoros, vestiduras reales de lino; mirra y aceite del más fino; siervos del Rey a quienes él apreciaba estaban en sus aposentos; y los cocineros cumplían con su obligación. Mi cuerpo se rejuveneció. Me afeitaron y peinaron la cabellera. La sordidez la dejé en el extranjero 12, y la burda vestimenta la entregué a los nómadas del desierto. Me vistieron de finísimo lino y fui ungido con el mejor aceite del país. ¡Volví a dormir en una cama!.. De esta forma viví, honrado por el Rey, hasta que llegó el día de la separación."

No existe solamente un ejemplar de la historia de Sinuhe; han sido hallados otros varios. Debió ser una obra muy solicitada y de la cual, por tanto, se hicieron muchas "ediciones." No sólo en el Imperio Medio de Egipto, sino también en el Nuevo, parece que gustaba su lectura, según lo dan a entender las copias diversas halladas. Fue como si dijéramos un "éxito literario," el primero del mundo y justamente sobre Canaán.

Los investigadores que lo descubrieron a fines del siglo pasado se sintieron subyugados por él exactamente igual que los contemporáneos de Sinuhe; sin embargo, lo consideraron como una narración fantástica, bien hilvanada al estilo egipcio y falta en absoluto de realidad. De esta suerte el relato de Sinuhe se convirtió en una mina de información para los egiptólogos, pero no para los historiadores. Mientras se discutía sobre la interpretación que debía darse al texto, sobre su escritura, su sintaxis, se olvidaba el verdadero contenido del documento.

Sin embargo, el relato de Sinuhe ha sido rehabilitado. Hoy día sabemos que el egipcio escribió una historia verídica y objetiva sobre el Canaán de aquel tiempo, en el cual se movió Abraham.

A los textos jeroglíficos sobre las campañas egipcias debemos los primeros testimonios sobre Canaán. Concuerdan exactamente con las descripciones de Sinuhe. Por otra parte,

el relato de este distinguido egipcio coincide en algunos pasajes casi textualmente con versículos que en la Biblia aparecen con frecuencia.

"Pues el Señor te guía a una tierra excelente," se dice en Dt. 8:7.

"Era una tierra excelente," dice Sinuhe. "Una tierra — prosigue la Biblia — de olivares, productores de aceite y de miel." En el texto egipcio se dice: "Su miel era copiosa y numerosos sus olivares. Yo tenía pan como alimento cotidiano."

La descripción que Sinuhe hace de la vida que lleva entre los amontas en una tienda, rodeado de sus rebaños y enredado en las luchas con los orgullosos beduinos que han de alejar de sus tiendas, sus pastos y sus pozos. Corresponde exactamente a la imagen de la vida de los Patriarcas que nos pinta la Biblia. También Abraham y su hijo Isaac tienen que dirimir disputas sobre sus pozos (Génesis 21:25; 26:15-20).

Una detenida investigación nos deja ver el cuidado y la exactitud con que la Biblia reseña las verdaderas condiciones de aquella época. La gran cantidad de documentos y monumentos recientemente descubiertos nos permite una reproducción plástica y de acuerdo con la realidad de las condiciones de vida en Canaán en tiempo de los Patriarcas.

Alrededor del año 1900 antes de J.C., Canaán era un país poco poblado. En realidad podría decirse que era una "tierra de nadie." Acá y allá, en medio de campos cultivados, surge una ciudad fortificada. Las vertientes de las colinas están plantadas de higueras, viñedos y palmeras de dátiles. Los habitantes viven en continuo sobresalto, debido a que las pequeñas poblaciones, como islotes, muy espaciadas entre sí, constituyen el objetivo de los asaltos de las tribus nómadas. Éstas se presentan con una rapidez imposible de prever, lo derriban todo y se apoderan de ganados y cosechas. Luego desaparecen con la misma rapidez, siendo imposible dar con ellas en los inmensos arenales del Sur y del Este. Sin cese es la lucha que han de sostener los agricultores y los ganaderos que están establecidos en estas tierras en contra de las tribus de bandidos que no tienen hogar fijo, cuyo techo es una tienda de piel de cabra extendida en cualquier parte del desierto a la intemperie. En esta tierra inquieta deambuló Abraham con Sara, su mujer; con Lot, su sobrino; con su servidumbre y sus rebaños.

Y llegaron al país cananeo. Entonces ABRAHAM ATRAVESÓ EL PAÍS HASTA EL LUGAR DE SIKEM, HASTA LA ENCINA DE MORÉ. HABITABAN ENTONCES EN EL PAÍS DE LOS CANANEOS Y SE APARECIÓ YAHVÉ A ABRAHAM Y DIJO: "A TU DESCENDENCIA DARÉ ESTA TIERRA"; Y ÉL CONSTRUYÓ ALLÍ UN ALTAR A YAHVÉ, QUE SE LE HABÍA APARECIDO. DE ALLÁ SE TRASLADÓ A LA MONTAÑA. AL ORIENTE DE BET-EL, DONDE DESPLEGÓ SU TIENDA, QUEDANDO BET-EL AL OCCIDENTE Y HAY AL ESTE. ALLÍ EDIFICÓ UN ALTAR A YAHVÉ E INVOCÓ SU NOMBRE. LUEGO ABRAHAM LEVANTÓ EL CAMPO, EMIGRANDO SIEMPRE HACIA EL SUR (Gen. 12:5-9).

En el año 1920 son encontrados junto al Nilo unos cascotes de cierta importancia, procedentes principalmente de Tebas y de Sakkarah. Arqueólogos de Berlín adquieren algunos de ellos; otros se llevan a Bruselas y el resto es entregado al gran museo de El Cairo. Manejados cuidadosamente por manos entendidas de expertos, los fragmentos se convirtieron de nuevo en ánforas, vasos, pequeñas estatuas. Lo que más interesa en

estos objetos son las inscripciones en ellos existentes. El texto habla de amenazadoras maldiciones y execraciones como esta: "La muerte para los que profieran malas palabras o tengan malos pensamientos, para los conjuradores, para los que maquinan acciones o intenciones detestables."

Éstas y otras frases por el estilo, tan poco gratas, estaban dedicadas a los empleados y dignatarios de la corte y a los señores de Canaán y de Siria.

Según una antigua superstición, en el mismo instante en que el vaso o la estatuilla se rompía, quedaba también destruida la fuerza de la persona execrada. Con frecuencia se incluía en la maldición a la familia, a la servidumbre, hasta el hogar del individuo a quien se dirigía.

Los vasos mágicos contienen nombres de ciudades, como Jerusalén (Gen. 14:19), Asquelón (Juec. 1:18), Tiro (Jos. 12:18), Aksaf (Jos. 11:1) y Sikem. Prueba convincente de que los lugares mencionados en la Biblia ya existían en los siglos XIX y XVIII antes de J.C., pues los vasos y las estatuillas son de esta época. Dos de estas ciudades fueron visitadas por Abraham: en primer lugar Jerusalén, cuando fue a ver a Melquisedec, rey de "Salem" (Gen. 14:18). Todos sabemos dónde estaba esta ciudad; pero, ¿dónde estuvo emplazada la ciudad de Sikem?

En el corazón mismo de Samaria hay un valle extenso y llano, dominado por las altas cumbres del Garizzim y el Ebal. Campos muy bien cultivados rodean a Askar, una pequeña aldea de Jordania. Las ruinas de Sikem fueron encontradas en las proximidades de esta aldea al pie del monte Garizzim.

Este resultado se debe al arqueólogo alemán profesor Ernst Sellin, quien, después de unas excavaciones que duraron dos años (1933-34), vio aparecer estratos de tiempos más remotos.

Sellin encuentra restos de murallas del siglo XIX antes de J.C. Poco a poco van tomando forma un poderoso muro exterior con sólidos fundamentos, todo él construido de piedras burdamente talladas, entre las cuales se hallan las que tienen casi dos metros de grosor. Los arqueólogos designan a esta clase de mampostería "muros ciclópeos." Estas murallas se hallan reforzadas por medio de contrafuertes. Los soberanos de Sikem no sólo habían fortificado las murallas de dos metros de ancho con pequeñas torres, sino además con otra muralla de tierra superpuesta.

Las ruinas de un palacio van surgiendo también entre los escombros. Todo el conjunto de un patio, estrecho y rectangular, rodeado de algunas estancias con paredes muy gruesas, apenas si merece el nombre de palacio. Tal como Sikem aparecen las demás ciudades de Canaán, cuyos nombres hemos oído con tanta frecuencia y ante las cuales tanto temor sentían los israelitas. Salvo algunas excepciones, las notables construcciones de aquella época nos son bien conocidas. La mayor parte de ellas fueron descubiertas en las excavaciones de los últimos treinta años. Permaneciendo ocultas durante milenios; mas ahora aparecen ante nuestra vista tal cual eran. Entre ellas existen muchas ciudades que los patriarcas vieron con sus propios ojos: Bet-El y Mispa, Guerar y Lakis, Geser y Gat, Asquelón y Jericó.

Tal es la cantidad de materiales que existen hasta el tercer milenio antes de J.C., que si alguien quisiera escribir la historia de la arquitectura de las edificaciones de defensa y de las ciudades de Canaán no tendría mucho trabajo.

Las ciudades de Canaán eran plazas fortificadas, fortalezas de refugio en caso de guerra, ocasionada estas por las rápidas incursiones de las tribus nómadas, ya por las enemistades entre ciudades vecinas. Las poderosas murallas rodeaban un espacio limitado, cuya superficie apenas era mayor que la plaza de San Pedro en Roma. Toda plaza fuerte estaba surtida de agua, pero ninguna de ellas hubiera podido subsistir de manera permanente con una población numerosa. Al lado de los palacios y de las metrópolis de Mesopotamia estas ciudades carecen de importancia; cada una de la mayor parte de las ciudades de Canaán hubieran podido caber cómodamente dentro de los confines del palacio de los reyes de Mari.

En Tell-el-Hesi, seguramente el bíblico Eglon, la antigua muralla ceñía una superficie de media hectárea. La de Tell es-Safy (la antigua Gat), 5 hectáreas; la de Tell el-Mutesellim (la antigua Meguido), más o menos lo mismo; la de Tell el-Zakariyah (el Azeka bíblico), menos de 4 hectáreas; Geser (en el camino de Jerusalén al puerto de Haffa) tenía 9 hectáreas de zona edificada. Hasta en el reconstruido Jericó, el espacio rodeado por el muro interior, lo que era propiamente la acrópolis, tenía sólo una superficie de 2,35 hectáreas. Y Jericó era una de las fortalezas más importantes del país.

Las encarnizadas luchas de los jefes de las tribus estaban a la orden del día. Faltaba la mano ordenadora de una autoridad superior. Cada jefe mandaba en su territorio. Nadie podía mandarle y hacía lo que le venía en gana. La Biblia llama con el nombre de reyes a los jefes de cada tribu; por lo que se refiere al poder y a la independencia, tiene razón.

Entre el señor de una ciudad y sus súbditos privaba un sentimiento patriarcal. Dentro de las murallas vivían sólo el señor, las familias patricias, los delegados del Faraón y los mercaderes ricos. Sólo ellos habitaban en edificios firmes, sólidos, casi todos de una sola planta, que alrededor de un patio abierto ofrecían de cuatro a seis habitaciones. Las casas de los patricios con un segundo piso eran relativamente raras. El resto de la población (la gente del séquito, los siervos, los criados) vivían en chozas sencillas de barro o de follaje, fuera de los muros. Su vida debió de ser muy miserable.

Desde el tiempo de los más remotos antepasados existen dos caminos en la llanura de Sikem. Uno de ellos baja al valle del Jordán; el otro se dirige a las solitarias alturas del sur hasta Bet-el y continúa, pasando por Jerusalén, hasta el Negueb, la tierra del Mediodía de la Biblia. El que recorre este camino sólo encuentra sobre el país montañoso de Samaria y Judea algunas pequeñas poblaciones: Sikem, Bet-el, Jerusalén y Hebrón. El que escoge la vía más cómoda encuentra las ciudades más importantes y las fortalezas más considerables de los cananeos en los ubérrimos valles de la llanura de Yezreel, en la fructífera tierra de la costa de Judá y en medio de la exuberante vegetación del valle del Jordán.

Para su primer viaje de información a través de Palestina, Abraham eligió el camino más solitario y fatigoso que se dirige hacia el Sur a través de la montaña. Allí las vertientes de los montes cubiertos de bosques ofrecían al forastero cobijo, refugio y, en los claros, ricos pastos para los rebaños. Más tarde él mismo con su gente siguió estos caminos montañosos. Lo mismo hicieron repetidas veces otros patriarcas. Aunque los

valles fructíferos de la llanura le atraían poderosamente, Abraham prefirió cruzar el país por la montaña. Es que los arcos y las hondas que él y los suyos llevaban no podían competir con las espadas y las lanzas de los cananeos en el caso de una contienda.

1. "Nómadas del desierto" y también "cruzadores del desierto" eran nombres despectivos que los egipcios gustaban de aplicar a vecinos del Este y del Nordeste. Entre éstos figuraban las tribus de Canaán y Siria.
2. Los lagos conocidos aún hoy día con este nombre en el istmo de Suez.
3. Ciudad marítima fenicia situada al norte de la actual Beirut.
4. Territorio desértico situado al este de Damasco.
5. Nombre semita, occidental, amorita.
6. Nombre del país montañoso situado al norte de Palestina.
7. Encargados por el faraón habitaban entonces por todo Canaán y Siria.
8. Esto hace pensar en un activo tráfico entre Egipto y Palestina.
9. El arco es el arma típica de los egipcios.
10. Embalsamamiento.
11. Palmeras de dátiles.
12. Es decir, la suciedad de la cual se limpia.

#### 7. Abraham y Lot en el País de la Púrpura.

Hambre en Canaán. — Una familia del tiempo de los patriarcas en una pintura de la época. — Licencia de inmigración para el pastoreo en el Nilo. — El enigma de Sodoma y Gomorra. — Mr. Lynch explora el "Mar de la Sal." — La grieta más amplia de la tierra. — Bosques hundidos en el mar Muerto. — El valle del Siddim conducía a la hondonada. — Columnas de sal en Yebel Usdum. — Junto al terebinto de Abraham.

**MAS SOBREVINO HAMBRE EN EL PAÍS Y ABRAHAM BAJÓ A EGIPTO PARA RESIDIR ALLÍ TEMPORALMENTE. PORQUE ERA EN EL PAÍS MUY RECIA EL HAMBRE (Gen. 12:10).**

El mundo debe a la aridez del desierto egipcio la conservación de una notable serie de textos, muchos de los cuales nos hablan de las inmigraciones de familias semíticas en la tierra del Nilo. El documento más bello y gráfico de todos es sin duda una pintura.

A mitad de camino entre las antiguas ciudades faraónicas de Menfis y Tebas, 3.000 km. al sur de El Cairo, emplazado junto al Nilo entre verdes campos y bosques de palmeras, se halla el pequeño poblado de Beni-Hasan. Aquí desembarcó en el año 1900 el inglés Percy A. Newberry con el encargo oficial de El Cairo de examinar alguno de los monumentos sepulcrales. El Egypt Exploration Fund financia la expedición.

Los monumentos funerarios se encuentran a la salida de un valle desértico, donde yacen asimismo los restos de antiguas canteras y de un gran templo.

Semana tras semana son separados los montones de piedras y los restos de columnas rotas del camino que conduce a la entrada de la peña, detrás de la cual se esconde la última morada del príncipe egipcio Chnem-Hotep. Los jeroglíficos, inscriptos en una pequeña antesala, contienen el nombre del difunto. Era el soberano de esta comarca del Nilo que antes se llamaba el "Cantón de las Gacelas." Chnem-Hotep vivió en tiempo del faraón Sesostris II, hacia el año 1900 antes de J.C.

Después de muchos días de trabajo, Newberry consiguió por fin penetrar en una soberbia sala, excavada en la roca. A la luz de unas antorchas distingue tres bóvedas y dos hileras de columnas que se yerguen airoas desde el suelo. Las paredes están adornadas con unas pinturas de magníficos colores. Representan escenas de la vida del príncipe: cacerías, recolección de frutos, danzas y juegos.

En uno de los paneles de la pared Norte, junto a un retrato del príncipe, del tamaño natural, Newberry descubre unos tipos extranjeros. Van vestidos de diversa manera como se estila entre los egipcios; su piel es más clara y sus perfiles son duros. Dos empleados egipcios, colocados en primer término, presentan evidentemente el grupo de extranjeros al príncipe. ¿Quiénes son estos personajes? Los jeroglíficos que figuran en unas inscripciones trazadas junto a la mano de uno de los egipcios dan la contestación a esta pregunta: son "habitantes del desierto," es decir, semitas. Su jefe se llama Abisay. Éste ha llegado a Egipto con treinta y seis hombres, mujeres y niños de su clan y trae regalos para el príncipe, entre los cuales es expresamente nombrado el destinado a la princesa, cierto precioso "stibium" 1.

Abisay es un nombre eminentemente semita, y aparece en la Biblia durante el reinado del segundo rey de Israel: "Tomando David la palabra, habló a... Abisay, hijo de Seruyá..." (1 Sam.. 26:6). El Abisay de la Biblia era hermano del jefe del ejército, Joab, malquisto por el pueblo de Israel, bajo el reinado de David, hacia el año 1000 antes de J.C., cuando Israel era un gran reino.

El artista a quien el príncipe Chnem-Hotep encargó el adorno de su tumba ha representado a los "habitantes del desierto" con un cuidado singular.

Esta pintura tan realista y sumamente expresiva causa el efecto de una fotografía en color. Parece como si esta familia de semitas se hubiese detenido sólo un instante y como si los hombres, las mujeres, los niños y los animales tuviesen que ponerse de nuevo en movimiento y avanzar. Abisay, a la cabeza del cortejo, saluda al príncipe con una ligera inclinación de la diestra, mientras con la izquierda, cogiendo una pequeña



cuerda, guía un macho cabrío, que lleva entre los cuernos un palo curvo, o sea el cayado pastoril.

Este cayado pastoril era para los nómadas una cosa tan típica, que los egipcios, en sus inscripciones, lo utilizaban para designar a estos extranjeros.

Por lo que se refiere a la indumentaria, tanto su clase como su colorido han sido representados con conocimiento de causa. Los mantos rectangulares de lana, que en los hombres llegan hasta la rodilla y en las mujeres hasta las pantorrillas, están abrochados sobre uno de sus hombros. Adornados con vistosas franjas sirven a la vez de abrigos, y nos traen a la memoria la célebre "túnica multicolor" que Jacob mandó hacer para su hijo preferido José y que excitó aún más el rencor de sus hermanos (Gen. 37:3).

Una barba puntiaguda adorna el rostro de los hombres y el pelo color azabache de las mujeres cae libremente sobre el pecho y las espaldas, ceñido a la frente con una cinta blanca. El pequeño rizo de junto a las orejas parece haber sido moda en aquella época. Los hombres llevan sandalias, las mujeres zapatos de color pardo oscuro.

En recipientes artísticamente cosidos y confeccionados con pieles de animales llevan sus raciones de agua. Las armas de que van provistos son arcos y flechas, pesados dardos y venablos. Hasta traen consigo su instrumento preferido: uno de los hombres tañe la lira de ocho cuerdas. Con este instrumento, según indica la Biblia, solían acompañarse algunos salmos de David. "Para instrumentos de cuerda, en octava baja," se dice al principio de los salmos 6 y 12.

Habiendo sido realizada esta pintura hacia el año 1900 antes de J.C., es decir, en la época de los patriarcas, podemos figurarnos muy bien a Abraham y a su familia. Después de pasar la frontera egipcia debió de suceder una escena semejante. La filiación personal de los extranjeros era tomada en los fuertes fronterizos exactamente igual a como se hacía en los territorios del príncipe Chnem-Hotep.

Sucede de igual modo hoy cuando se va a un país extranjero. Claro que entonces no eran conocidos los pasaportes; pero las formalidades burocráticas ya hacían difícil la vida a los extranjeros. Aquel que quería ir a Egipto tenía que declarar sus datos personales, el motivo de su viaje y la duración aproximada de su estancia. Todos estos datos eran inscritos escrupulosamente por un empleado sobre papiro con tinta roja y remitidos por un mensajero al oficial de la frontera, quien decidía si podía ser concedido el permiso de entrada. Pero éste no dependía solamente de su voluntad. Los empleados de la administración en la corte de los faraones daban las directrices indicando, incluso, cuáles eran los pastizales que podían ser puestos a disposición de los nómadas inmigrantes.

Para los nómadas de Canaán, Egipto era en tiempo de hambre un país al cual podían acudir, y a veces era su única salvación. Cuando su patria estaba requemada, el país de los faraones ofrecía siempre pastos en abundancia, gracias a las inundaciones regulares del Nilo en el transcurso del año.

Por otra parte, la riqueza tradicional de Egipto atraía con mucha frecuencia a rapaces nómadas, a bandidos, a quienes interesaban no ya los pastos del Nilo, sino los graneros y los magníficos palacios. Muchas veces sólo podían ser arrojados por la violencia. Para

proteger al país contra semejantes intrusos y para poder vigilar mejor las fronteras, se empezó a construir, en el tercer milenio antes de Jesucristo, "la gran muralla imperial," formada por toda una cadena de fortalezas, torres de vigía y bases militares.

Sólo en la oscuridad de la noche el egipcio Sinuhe, que conocía muy bien el terreno, pudo atravesarla furtivamente.

Unos 650 años después, en tiempo de la huida de Egipto, la frontera estaba cuidadosamente vigilada; Moisés sabía demasiado bien que la huida de aquel país contra la voluntad del Faraón era imposible. Los puestos de guardia habrían dado en seguida la voz de alarma, despertando a la tropa. Cualquier intento de forzarla era impedido por los certeros tiradores y por los rápidos carros de guerra. Este fue el motivo por el cual el Patriarca, que conocía bien el terreno, eligió otro camino completamente desacostumbrado. Moisés, en efecto, condujo a los hijos de Israel hacia el Sur, hacia el Mar Rojo, donde la muralla no existía.

Después del retorno a Canaán, Abraham y Lot se separan, pues "el país no les permitía morar juntamente, porque la hacienda de ellos era mucha y no podían habitar juntos. Por lo cual hubieron de suscitarse riñas entre los pastores del ganado de Abraham y los pastores del ganado de Lot... Dijo, pues, Abraham a Lot: "No haya contienda entre los dos, ni entre mis pastores y tus pastores, ya que somos parientes. ¿No esta todo el país ante ti? Sepárate, por favor, de mi. Si te diriges a la izquierda, yo iré a la derecha, y si tomas la derecha, yo tiraré a la izquierda" (Gen. 13:6-9).

Abraham dejó elegir a Lot. Desaprensivo, cual suelen ser los jóvenes, Lot se decide por la mejor parte, la región del Jordán. Rica en agua hasta llegar a Segor (Gen. 13:10) y bendecida con una frondosa vegetación tropical, "como el jardín del Señor, se parecía a Egipto" (Gen. 13:10).

Desde las montañas cubiertas de bosque del corazón de Palestina, Lot se dirige al Este con su clan y sus rebaños; penetra en el valle del Jordán en dirección Sur y por fin pone sus tiendas en Sodoma. Al sur del Mar Muerto se extiende una de las llanuras más fértiles, "el valle Siddim, donde esta emplazado ahora el Mar de la Sal" (Gen. 13:3). La Biblia pone en este valle cinco ciudades: Sodoma, Gomorra, Adamá, Seboyim y Bela (Gen. 14:2).

En la misma Biblia encontramos el relato de un acontecimiento bélico relacionado con la historia de estas cinco ciudades: "Hicieron guerra a Bera, rey de Sodoma; a Birsá, rey de Gomorra; a Sinab, rey de Adamá; a Semeber, rey de Seboyim, y al de Bela, esto es, de Segor" (Gen. 14:2).

Los reyes del valle Siddim habían sido tributarios del rey Codor-Laomor durante doce años; pero en el año decimotercero se rebelaron. Codor-Laomor pidió entonces ayuda a los tres reyes que estaban con él coligados. Una expedición de castigo debía hacer recordar sus deberes a los rebeldes. En la lucha sostenida por los nueve reyes los de las cinco ciudades del valle Siddim fueron vencidos; sus residencias fueron entregadas al pillaje e incendiadas. Entre los prisioneros capturados por los reyes extranjeros se encuentra también Lot. Pero es libertado por su tío Abraham (Génesis, 14:12-16), quien con su servidumbre persigue como una sombra a los cuatro reyes que se retiran victoriosos. Desde un seguro escondrijo lo observa todo sin ser advertido. Da tiempo al

tiempo. Por fin, primero en Dan, después en la frontera septentrional de Palestina, parece haberse presentado una ocasión oportuna. Rápido, amparado por las sombras de la noche, se lanza sobre sus enemigos y en la confusión producida puede salvar a Lot. Sólo quien desconoce la táctica de los beduinos leerá con escepticismo esta narración.

Entre los habitantes de aquel país ha perdurado hasta nuestros días el recuerdo de esta expedición. Se refleja en el nombre de un camino que, por la parte oriental del Mar Muerto, se dirige al Norte hasta la vieja tierra de Moab. Los nómadas de Jordania lo conocen muy bien. Y, cosa notable, entre los nativos del país es designado con el nombre de la "Calzada de los Reyes." En la Biblia volvemos a encontrarle, aunque aquí tiene el nombre de "camino real," de "camino seguido," por el cual los hijos de Israel querían pasar a través de los dominios de Edón para dirigirse a la tierra prometida (Num. 20:17-19).

Pasado el tiempo los romanos utilizaron la "Calzada de los Reyes" y la reconstruyeron. Parte de ella forma parte hoy día de la red de carreteras que recorren el nuevo estado de Jordania. Perfectamente visible desde un avión, el antiguo camino atraviesa el paisaje como una franja osc

ura "Y el Señor dijo: "El clamor de Sodoma y Gomorra es en verdad muy grande y sus pecados se han agravado mucho"... Entonces Yahvé llovió desde el cielo sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego, procedente de Yahvé. Destruyo, pues, estas ciudades y toda la llanura, con todos los habitantes de las ciudades y las plantas del suelo. Y su mujer, habiendo vuelto la vista hacia atrás, trocóse en columna de sal... Por su parte Abraham... vio que subía de la tierra humo como la humareda de un horno"" (Gen. 18:20; 19:24-28).

La siniestra energía de esta narración bíblica ha impresionado siempre profundamente las conciencias de los hombres. Sodoma y Gomorra se convirtieron en el símbolo de la depravación y de la impiedad y se citan cuando se habla de una destrucción completa.

Los hombres, cuando se encuentran ante hechos inexplicables, tienen que buscar en su fantasía procesos terroríficos, como lo demuestran numerosos relatos de los tiempos antiguos. Cosas notables y casi increíbles han de haberse desarrollado junto al Mar Muerto, el mar de la Sal, donde, según la Biblia, tuvo lugar la catástrofe.

Según una leyenda, el general romano Tito condenó a muerte a unos esclavos, mientras duraba el sitio de Jerusalén del año 70 después de J.C. Los sometió a rápido proceso, los hizo atar con cadenas y los hizo arrojar al mar que se extendía junto a las montañas de Moab. Pero los condenados no se ahogaron, y tantas veces fueron arrojados al agua, otras tantas, flotando como corcho, salieron a tierra. Tan extraño suceso impresionó a Tito de tal manera que los perdonó.

Flavio Josefo, que escribió la historia del pueblo judío y pasó en Roma la última parte de su vida, menciona repetidas veces "el lago de Asfalto." Los griegos hablaban también de gases venenosos que, según ellos, se desprendían en muchas partes de este mar. Y los árabes refieren que desde hace mucho tiempo ningún pájaro ha podido alcanzar la orilla opuesta, porque, al atravesar la superficie del agua, los animales caen privados de vida.

Estas y otras historias similares de carácter legendario eran seguramente conocidas; pero hasta hace unos años no se tenía un conocimiento exacto del raro y misterioso mar de Palestina. Ningún hombre de ciencia lo había explorado.

En el año 1848 los Estados Unidos toman la iniciativa y organizan una expedición al enigmático Mar Muerto. Ante la pequeña aldea de Akko, 15 km. al norte de la actual Haifa, un día de otoño de 1848, la playa estaba llena de hombres que con vivo interés realizaban una extraña maniobra.

W. F. Lynch, geólogo y jefe de la expedición, ha hecho desembarcar del buque anclado en la playa dos botes metálicos, que luego son colocados con todo cuidado en unos carromatos con ruedas de gran tamaño. Los carromatos emprenden la marcha, arrastrados por caballos. Al cabo de tres semanas, y después de indescriptibles dificultades, se ha realizado el transporte a través de las tierras altas de la Galilea meridional. Los dos botes son arrojados al agua en el Tiberíades.

Las medidas de altura ordenadas por Lynch en el lago de Genesaret dan lugar a las primeras sorpresas de esta expedición. En el primer momento cree se trata de un error; pero las medidas de control confirman los resultados: ¡la superficie del lago de Genesaret, conocido en todo el mundo por la vida de Jesús, se halla situada a 208 metros por debajo del nivel del Mediterráneo! ¿A qué altura brota el Jordán, que atraviesa este lago?

Algunos días después, W. F. Lynch se halla en una vertiente del monte Hermón, que está cubierta de nieve. La pequeña aldea de Baniyas surge entre restos de columnas y de puertas. Unos árabes conocedores del terreno le guían a través de un bosque de adelfas hasta una cueva obstruida por las piedras y guijarros en la escarpada pared calcárea del Hermón. Desde sus profundidades se oye el murmullo del agua que, límpida, sale al exterior. Ésta es una de las tres fuentes del Jordán. Los árabes designan a este río con el nombre de Seri'at el Kebir, es decir, "Gran Río." Aquí estuvo situado el antiguo Panium; aquí hizo construir Herodes en honor de Augusto un templo al dios Pan. Junto a la cueva del Jordán existen unos nichos en forma de concha, cavados en la dura peña.

"Sacerdote del dios Pan"... Puede aún leerse claramente la inscripción griega. En tiempos de Jesús era honrado junto a esta fuente del Jordán el dios de los pastores de los griegos, con la flauta en los labios cual si quisiera entonar una canción para acompañar el curso del río. Sólo 5 km. al este de esta fuente estaba situada la bíblica Dan, la aldea más septentrional de aquel país, citada con frecuencia en la Biblia. También allí mana una clara fuente en la vertiente meridional del Hermón. Un tercer manantial que se transforma en un arroyo baja de un valle situado a mayor altura. La superficie del valle está un poco más arriba de Dan, a 500 metros sobre el nivel del mar.

Allí donde el Jordán, 20 km. al Sur, alcanza el pequeño lago de Hule, su cauce ha bajado ya a 2 km. sobre el nivel del mar. Después, el río va bajando en forma abrupta durante otros 10 km. hasta llegar al lago de Genesaret. En su curso, desde las vertientes del monte Hermón, ha recorrido una distancia de 40 km, con un desnivel de 700 metros.

Desde el lago de Tiberíades los expedicionarios americanos recorren los numerosos meandros del Jordán, río abajo. Cada vez la vegetación es más escasa y sólo en las orillas crecen espesos matorrales. Dominado por el sol implacable aparece un oasis a la

derecha; es Jericó. Poco después han llegado a su destino. Entre penas verticales, como talladas a pico, se extiende ante ellos la gigantesca superficie del Mar Muerto.

Lo primero es tomar un baño. Los hombres que se introducen en el agua tienen la sensación de ser elevados de nuevo como si llevaran salvavidas. Los antiguos relatos no han mentido. En este mar nadie puede ahogarse. El sol ardiente seca la piel de los cuerpos casi instantáneamente. La delgada capa de sal que ha quedado en ella la tiñe de blanco. No hay aquí ni peces, ni moluscos, ni algas, ni corales...; por este mar no se ha deslizado nunca un barco de pesca. No existen ni frutos del mar ni frutos de la tierra, pues sus orillas son áridas y desoladas. Grandes cantidades de sal cubren la playa y las peñas de la montaña, haciéndolas brillar como el diamante. El aire se halla saturado de olores fuertes y acres. Huele a petróleo y a azufre. Manchas aceitosas de asfalto (la Biblia lo designa con el nombre de "betún": Gen. 15:10) sobrenadan en las olas. Ni el cielo azul y luminoso ni el sol brillante son capaces de dar vida al paisaje.

Los botes americanos cruzan el Mar Muerto durante veintidós días. Toman muestras del agua, las analizan, y de tiempo en tiempo echan la sonda al fondo del mar. ¡La desembocadura del Jordán, en el Mar Muerto, se halla a 394 metros por debajo del nivel del Mediterráneo! De haber una comunicación con este mar, el Jordán y el lago de Genesaret, situado a la distancia de 105 kilómetros, desaparecerían. ¡Se formaría un grandioso mar interior que se extendería casi hasta la orilla del lago Hule!

"Cuando estalla una tempestad encajonada entre las peñas — escribe Lynch — las olas, como martillazos, golpean las paredes del bote; pero la elevada densidad del agua hace que se aplaquen al cabo de poco tiempo, así que el viento deja de soplar."

Por el relato de la expedición se entera el mundo por primera vez de los hechos sorprendentes: el Mar Muerto tiene casi 400 metros de profundidad; ¡el fondo del lago se halla, pues, a 800 metros bajo el nivel del Mediterráneo! El agua del Mar Muerto contiene un 25 % de sustancias sólidas, especialmente cloruro de sodio, es decir, sal común. Los océanos contienen, en cambio, tan sólo del 4 al 6 % de sal. El Jordán y muchos riachuelos desembocan en el lago, que tiene 76 km. de longitud por 17 de anchura y que no ofrece desagüe alguno. Bajo el ardiente sol, cuyos rayos caen sobre la superficie del mar, se evaporan día tras día 8 millones de metros cúbicos de agua. Las sustancias químicas que los afluentes llevan consigo se van depositando en el fondo del lago, cuya superficie es de 1.292 kilómetros cuadrados.

Al empezar este siglo, las excavaciones en Sodoma y Gomorra despiertan un interés no menor que las realizadas en otras zonas de Palestina. Los exploradores se dedican a la busca de las ciudades desaparecidas que, en la época bíblica, debieron estar situadas en "el valle Siddim."

En el extremo SE. del Mar Muerto se encuentran los restos de un gran poblado. Los árabes lo designan, aún hoy día, con el nombre de Soar. Los exploradores se regocijan al saberlo, pues precisamente Soar era una de las cinco ricas ciudades del valle Siddim

que habían rehusado el pago de tributos a los cuatro reyes extranjeros. Pero las excavaciones realizadas a manera de prueba causan una decepción.

La época de las ruinas que van apareciendo demuestra que se trata de los restos de una ciudad que existía en la temprana Edad Media. Del antiguo Soar del rey de Bera (Gen. 14:2) y de las residencias anejas no se encuentra rastro alguno. En cambio, muchos detalles encontrados en los alrededores del Soar de la Edad Media dan idea de una población muy densa que debió existir en aquel país en época muy temprana.

Hoy día podemos afirmar, con completa seguridad, que toda búsqueda de Sodoma y Gomorra que se pretenda realizar en el futuro será completamente inútil, pues el enigma de la ruina y desaparición de ambas ciudades no ha podido ser aclarado.

La península de El-Lisan, situada en la orilla del Mar Muerto, penetra en sus aguas en forma de una lengua de tierra. El-Lisan en árabe quiere decir "La Lengua." La Biblia menciona esta península especialmente al hablar de la división de que fue objeto el país después de su conquista. Las fronteras de la tribu de Judá son detalladamente delimitadas. Josué da una idea insólitamente característica de los límites del Sur. "Su límite meridional parte desde el extremo del Mar de la Sal, de la lengua que mira al Mediodía" (Jos. 15:2).

Un relato procedente de Roka habla de esta lengua de tierra y cuenta una historia que, injustamente, fue considerada siempre con gran escepticismo. Unos desertores se habían refugiado en esta península. Los legionarios, a cuyo regimiento pertenecían, los persiguieron inútilmente por la comarca durante mucho tiempo. Cuando por fin los vieron ya era demasiado tarde: ambos estaban subiendo por los acantilados de la orilla opuesta... ¡habían vadeado el mar transversalmente!

Aquí se extiende el fondo invisible bajo la superficie del agua, formando una poderosa muralla que divide el mar en dos partes. A la derecha de la península el fondo se hunde rápidamente hasta una profundidad de 400 metros. A la izquierda de la lengua de tierra las aguas son poco profundas. Los sondeos realizados en estos últimos años dieron sólo profundidades de 15 a 20 metros.

Si con un bote se rema hacia el extremo sur del "Mar de la Sal" puede observarse a ciertas horas del día algo desconcertante: a cierta distancia de la orilla se ven, bajo el nivel del agua, las siluetas de unos bosques conservados por el elevado contenido de sal del lago. Los troncos y los restos de los árboles en las profundidades verdosas deben ser antiquísimos. Cuando en sus días estaban sobre la tierra firme, y el verde follaje adornaba sus ramas, los rebaños de Lot pudieron muy bien pacer a su sombra. Aquella parte llana, tan especial, del Mar Muerto, desde la península de El-Lisan al extremo Sur, era... ¡el valle de Siddim! La propia Biblia lo dice con toda claridad: "Todos éstos se congregaron en el valle de Siddim," o sea el Mar de la Sal (Gen. 14:3).

Los geólogos hicieron este descubrimiento y estas observaciones confirmándolos con una prueba concluyente que, a la vez, explica la causa y el fundamento del relato bíblico de la destrucción de Sodoma y de Gomorra.

La expedición americana dirigida por Lynch había dado en 1848 la noticia del notable declive seguido por el Jordán en su corto recorrido a través de Palestina. Por lo que se refiere al hundimiento del cauce del río por debajo del nivel de los océanos se trata, según pudo comprobarse por varias exploraciones, de un fenómeno geológico especial.

"En la superficie de otro planeta puede darse algo parecido a lo que sucede en el valle del Jordán, pero no en el nuestro — escribe el geólogo Adam Smith en su obra *La geografía histórica de Tierra Santa* — . Ninguna otra parte de la Tierra, que no esté situada debajo del agua, se halla a más de 100 metros por debajo del nivel del mar."

El valle del Jordán es sólo una pequeña parte de una inmensa grieta de la corteza terrestre. Empieza a muchos centenares de kilómetros de la frontera de Palestina, muy al Norte, a los pies de la montaña de Tauro, en Asia Menor. Al Sur se extiende desde la orilla sur del Mar Muerto, a través de los desiertos de Arabia, hasta el Golfo de Akaba, y termina más allá del Mar Rojo, en África. En muchos lugares de esa gigantesca hendidura se perciben claros síntomas de volcanes. En las montañas de Galilea, en las mesetas de la Jordania oriental, en las orillas del afluyente Yabok, en el golfo de Akaba, hay basalto negro y lava.

En el suelo de esa gran grieta, que pasa exactamente por aquí, se hallaba situado el valle de Siddim, con Sodoma y Gomorra. ¡Y este suelo un día se hundió! La fecha en que ocurrió semejante catástrofe puede determinarse con bastante precisión desde el punto de vista geológico: ¡tuvo que ocurrir hacia el año 2000 antes de J.C.!

"Seguramente alrededor del año 1900 antes de J.C. tuvo lugar la destrucción de Sodoma y Gomorra — escribe en 1951 el erudito americano Jack Finegan—. Un minucioso examen de los testimonios literarios, geológicos y arqueológicos conduce a la conclusión de que las destruidas ciudades de la Llanura (Gen. 19:29) se hallaban en la comarca actualmente sumergida bajo las aguas que lentamente van subiendo en la parte del Mar Muerto, y que su destrucción tuvo lugar a causa de un gran terremoto que, probablemente, fue acompañado de explosiones, de descargas eléctricas, de desprendimiento de gases y fenómenos ígneos."

Alrededor del año 1900 antes de J.C., ¡precisamente la época de Abraham!

La fractura de la tierra liberó las fuerzas volcánicas que estaban ocultas debajo de la grieta. En la parte alta del valle del Jordán, junto a Basán, pueden verse aún hoy día cráteres de volcanes apagados y extensas capas de lava y de basalto sobre el terreno calcáreo. Desde tiempo inmemorial los territorios situados junto a esta grieta se ven conmovidos por frecuentes terremotos. De muchos de ellos tenemos noticias aún por la Biblia.

Como una confirmación a la explicación geológica de la destrucción de Sodoma y Gomorra, el sacerdote fenicio Sanchumiaton dice textualmente en la "Historia antigua": "El valle del Sidimus 2 se hundió y se convirtió en mar, dando lugar a la formación de vapores continuos, sin que allí se vean peces y sí un cuadro de desolación y muerte para los malhechores."

"Y su mujer (de Lot), habiendo vuelto la vista atrás, trocóse en columna de sal" (Gen. 19:26).

Cuanto más nos acercamos al extremo sur del Mar Muerto tanto más árido y bravío va siendo el paisaje, cada vez más lúgubre y deprimente el panorama de las montañas que le rodean. Domina en éstas un eterno silencio; sus paredes caen verticalmente sobre el agua y se reflejan en el cristal de la superficie. La catástrofe ha dejado un sello especial sobre esta comarca. Raras veces se ve pasar grupo alguno de nómadas por esos valles angostos y quebrados.

Allí donde terminan las aguas aceitosas, los bastidores de las rocas se quiebran para dejar sitio a una depresión pantanosa. El suelo rojizo está cruzado por innumerables regueros de agua y resulta sumamente peligroso para el que lo atraviesa sin cuidado. La depresión pantanosa tuerce en dirección Sur hacia el valle desértico del Araba, que llega hasta el Mar Rojo.

Al oeste de la orilla meridional, en dirección a la tierra del Mediodía de la Biblia, el Negueb, se extiende un espaldar de colinas de 45 metros de altura y 15 km. de longitud que lleva la dirección Norte-Sur. En sus vertientes, cuando les da el sol, puede verse cual resplandor de diamantes. Se trata de un raro fenómeno de la Naturaleza. La mayor parte de esa diminuta cordillera está formada de sales cristalizadas. Los árabes la designan con el nombre de Yebel Usdum, nombre antiquísimo en el cual se ha conservado el de Sodoma. Muchos bloques de sal han sido deformados por la lluvia y han ido cayendo de las alturas. Tienen formas raras, algunos permanecen en pie como estatuas. En sus perfiles se cree, a veces, reconocer figuras humanas.

Esas raras estatuas de sal nos recuerdan el relato de la Biblia que hace referencia a la mujer de Lot, que fue convertida en columna de sal. La resplandeciente montaña de sal está cerca del sumergido valle Siddim. Aquellos que pudieron salir con vida del epicentro de la catástrofe pudieron también perecer en las mofetas de gases venenosos que se extendían por una amplia superficie de la región. Y todo cuanto se halla junto al Mar de la Sal está hoy día recubierto por una capa de ella 3.

Abraham entonces levantó el campo y vino a establecerse en el encinar de Maniré, que está en Hebrón, donde edificó un altar a Yahvé (Gen. 13:18).

No muy lejos del actual Hebrón pasó Abraham los últimos días de su vida en el pequeño lugar de Mambré, donde había levantado el altar. Allí adquirió las primeras tierras de los hititas (Gen. 23) para preparar la tumba de su esposa Sara en una gruta, como era costumbre entre los semitas. En la misma gruta fue también enterrado el propio Abraham (Gen. 25:9-10). Las excavaciones realizadas confirman asimismo estas indicaciones de la Biblia sobre el padre de los Patriarcas.

Tres kilómetros al norte del monte Hebrón veneran los árabes un lugar que designan con el nombre de Harám-ramet el ojalil, es decir: "Santuario de la altura del amigo de Dios." "Amigo de Dios" llaman los mahometanos a Abraham.

Un magnífico árbol levanta su copa hacia el cielo. ¡Su tronco tiene 10 metros de grueso! A los ojos este árbol es "el terebinto de Abraham." Según parece, este lugar era ya conocido en el siglo XVI. Cerca de allí el arqueólogo padre A. E. Mader encontró las piedras pertenecientes a un altar de tiempos muy anteriores, en el cual aún se podían distinguir huellas de fuego. En 1927, Mader descubrió los restos de un grandioso árbol



que un día se alzó en aquel lugar. Aún podían verse en el suelo los restos de sus poderosas raíces.

La tumba de Abraham se muestra también hoy día como un lugar sagrado que visitan muchos peregrinos.

Todo esto formaba parte de las cosas que parecían inexplicables, cosas que de boca en boca se transmitieron de generación en generación. Un día la investigación ha dado solución a estas incógnitas.

\*\* \*\* \*

1. Estuco para las mejillas.

2. Es decir, Siddim.

3. Con esto no se excluye la intervención extraordinaria, milagrosa de Dios. Esta intervención aparece clara en el texto de la Biblia. Por otra parte es evidente que Dios se puede valer de causas naturales, que Él ha creado, para realizar sus maravillas (N. del T.).

## Parte Segunda.

En el Reino de los Faraones.

Desde José hasta Moisés.

1. José en Egipto.

¿Tuvo Putifar un modelo? — El papiro de Orbiney. — Los hyksos, soberanos del Nilo. — José... funcionario de una potencia de ocupación. — Silos de grano, patente egipcia. — Confirmación de los siete años de carestía. — Instalación en Gosen. — Bahr Yusuf, el canal de José. — Sellos con la leyenda "de Jacob." — La historia de José.

**JOSÉ, PUES, FUE BAJADO A EGIPTO, Y PUTIFAR, EUNUCO DEL FARAÓN, JEFE DE LA ESCOLTA Y VARÓN EGIPCIO, COMPRÓLE DE MANO DE LOS ISRAELITAS QUE ALLÍ LE HABÍAN BAJADO (Gen. 39:1).**

La historia de José, que, vendido por sus hermanos, es llevado a Egipto y nombrado allí primer ministro del Faraón y que se reconcilia finalmente con los suyos, es sin duda una de las historias más bellas de la literatura universal.

"Acaeció después de estos sucesos que la esposa de su amo puso los ojos en José y le dijo: "¡Yace conmigo!" Pero él se negó" (Génesis 39:7-8). "Cuando su esposo regresó le dijo: "El siervo hebreo que nos trajiste ha venido donde mi a hacerme escarnio" (Génesis 39:17).

"Ben Akiba," se dijeron sonriendo con aire satisfecho los egiptólogos al estudiar por primera vez la traducción del "Papyrus Orbiney." Lo que descifraban en aquellos

jeroglíficos era una historia muy leída del tiempo de la XIX dinastía con el discreto título de La novela de los dos hermanos.

"Éranse una vez dos hermanos... El nombre de uno de ellos era Anubi y el más joven se llamaba Bata. Anubi poseía una casa y una esposa, y su hermano menor vivía con él cual si fuese su hijo. Sacaba a pacer los rebaños al campo, y de noche los volvía a casa y dormía con ellos en el establo. Cuando llegó el tiempo de arar la tierra, los dos hermanos araban juntos en el campo. Como permaneciesen allí durante unos días y les faltase la simiente, el hermano mayor mandó al más pequeño diciéndole:

"—¡Corre y trae simiente de la ciudad!

"El hermano menor encontró a la esposa de su hermano mayor cuando se estaba aderezando el tocado. Y entonces le dijo:

"—Levántate y dame simiente para poderla llevar al campo; pues mi hermano ha dicho: "¡Date prisa y no te entretengas!"

"Cargóse, pues, la simiente a la espalda y salió de casa con la pesada carga... Entonces ella le dijo:

"—¡Tienes mucha fuerza! Cada día lo estoy notando... ¡Ven! ¡Echémonos una hora!.. Te resultará agradable. Y, además, te haré hermosos vestidos.

"Pero el joven se irritó como un leopardo del Sur... debido a las malas palabras que ella le había dirigido, y entonces le contestó:

"—¿Qué grosería es ésta que me acabas de decir? ¡No vuelvas a repetírmelo! Tampoco yo lo diré a nadie...

"Y diciendo esto, levantó su carga y se dirigió al campo... pero la mujer temió por lo que había dicho. Cogió grasa y se dispuso como si hubiese sido maltratada por un atrevido. Su esposo encontró a su mujer echada... enferma cual si hubiese sido víctima de un acto de violencia... Al verla así su esposo le preguntó:

"—¿Quién habló contigo?

"Y ella contestó:

"—No otro... sino tu hermano menor. Cuando vino en busca de simiente... me encontró sola y que estaba aquí sentada y me dijo: "Ven, échémonos una hora. ¡Recoge tus cabellos!.." Pero yo no le escuché. "¿Es que no soy como tu madre? Y tu hermano mayor, ¿no es acaso como tu padre?" Así le dije. Entonces tuvo miedo y me golpeó para que nada te dijera. Si permites que él viva, yo moriré.

"Entonces su hermano se irritó como un leopardo del Sur e hizo afilar su cuchillo... para dar muerte a su hermano menor."

Parece cual si se viera en realidad a los cortesanos del Faraón cuchicheando, contándose esta historia que les agradaba tanto. Los problemas sexuales y la psicología de la mujer eran ya temas interesantes muchos miles de años antes de Kinsey.

La historia de una adúltera, descrita en una novela egipcia, ¿sirvió de modelo para la historia bíblica de José? Sobre los pros y los contras de esta tesis discutieron los eruditos con ocasión del documento designado con el nombre de "Papyrus Orbiney," y sus discusiones continuaron hasta bien entrado el siglo actual.

Pero en el relato faltaba la estancia de Israel en Egipto que figura en la Biblia. En ningún otro documento había rastro alguno de este acontecimiento. Muchos historiadores y profesores de Teología hablaban de la "leyenda de José."

Precisamente de un país como Egipto era de esperar que se nos facilitase una documentación completa y contemporánea sobre los hechos allí acaecidos y de los cuales nos da cuenta la Biblia. Por lo menos en lo que hace referencia a José, pues era nada menos que primer ministro del Faraón y, por tanto, hombre poderoso en el país del Nilo.

Ningún estado del viejo Oriente nos ha transmitido su historia de manera tan fiel como Egipto. Hasta el año 3000 antes de J.C. conocemos casi sin solución de continuidad los nombres de los faraones, como conocemos también los de las dinastías de los Imperios Antiguo, Medio y Nuevo. Ningún otro pueblo ha trazado con tanta exactitud los acontecimientos de su historia, las hazañas de sus soberanos, sus campañas, la construcción de sus templos y de sus palacios, así como su literatura y su poesía.

Pero sobre este particular que nos ocupa, Egipto dejaba a los investigadores sin contestación a sus preguntas. Cosa rara que no se encontrara mención alguna de José; pero tampoco de su época se han hallado ni monumentos ni documento alguno. Las noticias de los pasados siglos, casi jamás interrumpidas, cesan alrededor del año 1730 antes de la era cristiana casi en forma repentina. Desde aquella fecha y durante mucho tiempo la historia de Egipto permanece en una profunda obscuridad. Sólo en el año 1580 antes de J.C. aparecen nuevos testimonios. ¿Cómo explicar la falta de datos durante un espacio de tiempo tan grande y referente a un pueblo tan desarrollado?

Es que algo terrible ocurrió en la tierra del Nilo hacia el año 1730 antes de J.C. De repente, como un rayo en cielo sereno, unos guerreros montados en carros, ligeros como flechas, invaden el país; columnas interminables, envueltas en el polvo del camino, se precipitan sobre Egipto; en los fuertes de la frontera se oyen noche y día las pisadas de las herraduras, que resuenan también en las largas calles de las ciudades, sobre las plazas de los templos y los magníficos patios de los palacios faraónicos. Y antes de que los egipcios se aperciesen, el país estaba invadido, ocupado, vencido.

El gigante del Ni-lo, que en el transcurso de su larga historia jamás vio a ningún conquistador extranjero, yace ahora amordazado en tierra.

El dominio de los conquistadores da comienzo con un río de sangre. Los hyksos, tribus semíticas de Canaán y Siria, no tienen entrañas. Con el año 1730 antes de J.C. termina

la dominación de las dinastías, que habían perdurado 1.300 años. El Imperio Medio de los Faraones se resquebraja ante el asalto del pueblo asiático, del "Soberano de los países extranjeros." Esto es lo que significa el nombre de hyksos. Cuan vivamente grabada en el alma del pueblo egipcio quedó esta catástrofe política, aparece claro en la descripción del historiador egipcio Maneton. "Gobernaba entonces un rey de nuestra estirpe llamado Timaios. Durante su reinado ocurrió lo que voy a narrar. No sé por qué Dios estaba descontento de nosotros. De improviso llegaron hombres plebeyos de los países del Este. Tuvieron la osadía de realizar una expedición a nuestro propio país y lo sometieron por la fuerza pero con toda facilidad, sin librar una sola batalla. Y cuando se hubieron apoderado de nuestros soberanos, incendiaron en forma bárbara nuestras ciudades, destruyeron los templos de los dioses. Todos los habitantes fueron tratados con suma crueldad, pues asesinaron a unos y se llevaron como esclavos a las mujeres y a los niños. Finalmente nombraron rey a uno de ellos. Su nombre era Salatis y vivía en Menfis, haciendo que el Alto y el Bajo Egipto le fueran tributarios. Puso guarniciones en muchos lugares estratégicos... y cuando en la comarca de Sait encontró una ciudad apropiada para sus objetivos la reconstruyó y la fortificó por medio de murallas que fueron erigidas a su alrededor, y con una guarnición de 240.000 hombres que puso allí para sostenerla. A esa ciudad, llamada Avaris, situada al este de un brazo del Nilo, iba Salatis cada verano, y junto a Bubasti, para recolectar sus cosechas de trigo y para pagar a sus soldados, hacer maniobras con su ejército y con ello hacer concebir temor a sus enemigos."

Avaris es la ciudad que, bajo otro nombre, desempeña un papel importante en la historia bíblica, ¡Avaris, más tarde llamada Pi-Rameses, es una de las ciudades tributarias de Israel en Egipto! (Ex. 1:11).

El relato bíblico de la historia de José y de la permanencia de los hijos de Israel en Egipto procede de esta época de gran turbulencia en que el Nilo se hallaba bajo la soberanía de los hyksos. No es, pues, de extrañar que no tengamos de ella ninguna mención egipcia contemporánea. En cambio, existen pruebas indirectas sobre la autenticidad de la historia de José. La representación bíblica del fondo histórico es exacta; hasta en sus más pequeños detalles su colorido es puramente egipcio. El egiptólogo lo ve confirmado mediante una serie de objetos hallados en las excavaciones.

Son precisamente mercaderes ismaelitas, árabes de raza, los que transportan especias y drogas de su país hasta Egipto, donde venden a José (Gen. 37:25). Egipto importa estos productos en grandes cantidades. Se precisan para el culto divino de los templos, donde son quemadas hierbas de olor penetrante a manera de incienso. A los médicos les son indispensables para la curación de las enfermedades, y a los sacerdotes, para embalsamar los cadáveres de los potentados.

Putifar es el nombre del egipcio a quien José es vendido (Génesis 37:36). Éste es un nombre muy corriente en el país. En egipcio equivale a "Pa-di-pa-Ra," es decir: "el enviado del dios Ra."

El nombramiento de José como virrey de Egipto podríamos decir que viene indicado en la Biblia en forma protocolaria. Es revestido con las insignias de su elevado cargo; recibe el anillo, el sello del Faraón, una rica vestidura de lino y una cadena de oro (Gen.

41:42). Exactamente como los artistas egipcios han representado y descrito en las inscripciones murales y en los bajos relieves las solemnes investiduras.

José ocupa el "segundo carro" 1 (Gen. 41:43) del Faraón en su calidad de virrey. Esto equivale a decir que nos hallamos en la época de los hyksos. Estos "soberanos extranjeros" fueron los primeros en traer a Egipto los veloces carros de guerra. Y sabemos que los soberanos hyksos fueron los primeros en utilizar un carro de lujo para sus ceremonias en Egipto. Esto no era costumbre antes de su época en tierras del Nilo. Los carros de ceremonias, a los cuales iban uncidos selectos corceles, eran los "Rolls Royce" de los potentados y magnates de aquella época. El primero de los carros correspondía al soberano y el "segundo carro" era ocupado por el dignatario más importante del reino.

José toma una esposa cual corresponde a su dignidad, llamada Asenet (Gen. 41:45), convirtiéndose así en yerno de un hombre de gran influencia llamado Putifar, sacerdote de Heliópolis, es decir, de la ciudad bíblica de On, situada hacia el norte de El Cairo actual, en la orilla derecha del Nilo.

Contaba José treinta años cuando se determinó visitar las tierras de Egipto (Gen. 41:54). Nada más dice la Biblia sobre ello. Pero una gran obra del país del Nilo ha conservado hasta nuestros días el nombre de José.

Medinet-el-Raiyûm, situada a 130 kilómetros al sur de El Cairo, en medio del fructífero Faiyum, es considerada como la "Venecia egipcia." En los frondosos huertos de ese inmenso y floreciente oasis se cosechan naranjas, mandarinas, melocotones, aceitunas, granadas y uvas. Estos riquísimos frutos los debe Faiyum a un canal de 334 kilómetros de longitud que conduce el agua del Nilo transformando una comarca en un espléndido paraíso que, de otra manera, hubiera sido un desierto: "Bahr Yusuf," es decir, el "Canal de José," es el nombre con que se designa en todo el Egipto este antiquísimo acueducto, hasta en nuestros días. Entre el pueblo circula la tradición de que fue mandado construir por el bíblico José, designado en las leyendas árabes con el nombre de "Gran Visir" del Faraón.

La Biblia representa a José como un gran organizador, quien, en su calidad de gran visir del pueblo egipcio, ayuda en los tiempos difíciles con su consejo, y hace provisiones en los años de abundancia para los años de escasez. Él hace almacenar el trigo en los graneros para las épocas de penuria.

**CONCLUYERON, PUES, LOS SIETE AÑOS DE ABUNDANCIA QUE HUBO EN EL PAÍS DE EGIPTO Y COMENZARON A VENIR LOS SIETE DE HAMBRE SEGÚN JOSÉ LO HABÍA PREDICHO. ASÍ, PUES, HUBO HAMBRE EN TODOS LOS PAÍSES, MIENTRAS EN TODA LA TIERRA DE EGIPTO HABÍA PAN (Gen. 41:53-54)**

Los años de sequía, malas cosechas y épocas de hambre son muy frecuentemente mencionados al hablar de las tierras del Nilo. En los tiempos antiguos, al principio del tercer milenio, parece ser que hubo una época de hambre que duró siete años según consta en una inscripción mural del tiempo de los Tolomeos. El rey Zoser hace llegar a

los nobles que, junto a la gran catarata, rigen los destinos de aquel país, el siguiente mensaje:

"Estoy muy preocupado por los que están en palacio. Mi corazón está apenado porque hace siete años que el Nilo no ha subido. Existen pocos frutos del campo y falta hierba, así como toda clase de alimentos. Cada cual le roba a su vecino... Lloran los niños, los jóvenes emigran. El corazón de los ancianos está deprimido, sus miembros inválidos; permanecen sentados en el suelo. En la corte las gentes están inquietas. Los depósitos de víveres fueron abiertos, pero... todo cuanto en ellos había ha sido ya consumido."

Han sido hallados los restos de los graneros que ya existían en el antiguo reino. En muchas tumbas se han encontrado reproducciones de ellos en arcilla. Al parecer, también tratándose de los muertos se pensaba en los años de penuria.

"Viendo, pues, Jacob que en Egipto había grano, dijo a sus hijos: "¿Por qué os estáis mirando unos a otros?— Y añadió: — Ved que he oído que hay grano en Egipto; bajad allá y compradnos, para que vivamos y no muramos." Bajaron, en efecto, diez hermanos de José a comprar grano en Egipto" (Gen. 42:1-3).

Este es el motivo del gran viaje que conduce a los israelitas a Egipto y que dará lugar al encuentro con el hermano a quien vendieron. El virrey hace traer a Egipto a su padre, a sus hermanos y a sus parientes... "El total de las personas de la casa de Jacob que vinieron a Egipto fue de setenta... Y vinieron a la tierra de Gosen" (Gen. 46:27-28).

El virrey había obtenido un amplio permiso para que los suyos pudiesen atravesar la frontera, y lo que relata la Biblia corresponde exactamente a las normas de gobierno de aquel país.

"Entonces el Faraón dirigió la palabra a José diciendo: "Tu padre y tus hermanos han venido a ti; la tierra de Egipto a tu disposición esta; asienta en lo mejor del país a tu padre y a tus hermanos; habiten en la comarca de Gosen"" (Gen. 47:5-6).

Se ha encontrado un papiro de aquella época que es un mensaje escrito por un empleado de la frontera a su superior en jerarquía. Dice así:

"Otro asunto queda para comunicar a mi Señor y es que hemos permitido el paso a las tribus de beduinos de Edom a través de la fortaleza del Menefta en Zeku, después de los pantanos de la ciudad de Per-Atum... para que puedan permanecer durante su vida, ellos y sus rebaños, en las posesiones del Rey, disfrutando del buen sol de todo el país..."

Per-Atum, que aparece en este texto jeroglífico, es el Pitom de la Biblia situado en el país de Gosen, una de las ciudades de Servidumbre en tiempos posteriores para Israel (Ex.1:11).

En casos semejantes la policía fronteriza acudía hasta la corte y el mensaje seguía un trámite preestablecido. En el documento que nos ocupa se trata del permiso para la utilización de pastos; los fugitivos de un país en el cual reina el hambre son aceptados para instalarse en Egipto, en el delta, a la orilla derecha del Nilo, en la tierra bíblica de Gosen. En aquel lugar ejercen también su soberanía los conquistadores hyksos.

Los hijos de Israel debieron encontrarse muy a su gusto en el país de Gosen. Era exactamente, tal como lo describe la Biblia (Gen. 45:18; 46:32; 47:3), extraordinariamente fructífero y, como tierra rica en pastos, ideal para la cría de ganado. Cuando el viejo Jacob murió, ocurrió algo insólito para él, para Canaán, para Mesopotamia y para su familia; algo completamente fuera de lo acostumbrado y que, por tanto, fue muy notable para los suyos: su cuerpo fue embalsamado.

LUEGO ORDENÓ JOSÉ A LOS MÉDICOS QUE ESTABAN A SU SERVICIO QUE EMBALSAMARAN A SU PADRE Y LOS MÉDICOS EMBALSAMARON A ISRAEL. EMPLEARON EN ELLO CUARENTA DÍAS, PUES TAL ES EL TIEMPO QUE EMPLEABAN EN LOS EMBALSAMAMIENTOS 2 (Gen. 50:2- 3).

En Herodoto, el trotamundos número uno y el relator de viajes de la Antigüedad, podemos leer cuan exactamente corresponde esta descripción con la costumbre egipcia. José fue embalsamado más tarde en la misma forma.

Jamás un "habitante del desierto" habría podido ser virrey entre los faraones. Los nómadas se dedicaban a la cría de asnos, ovejas y cabras y nada era para los egipcios más despreciable que un pastor de ganado menor, porque los egipcios abominan de todos los pastores (Gen. 46:34). Sólo entre los conquistadores hyksos extranjeros tenía un "asiático" la posibilidad de llegar a ser nombrado funcionario de la más elevada jerarquía del Estado. Bajo los hyksos hubo repetidas veces empleados con nombres semitas. En sellos de la época de los hyksos se ha podido descifrar claramente la "leyenda de Jacob."

"Y no es imposible — así por lo menos opina el gran egiptólogo americano James Henry Breasted — que uno de los dirigentes de las tribus del Jacob israelita hubiese sido investido de autoridad en aquellos oscuros tiempos en el valle del Nilo. Semejante acontecimiento hubiera favorecido extraordinariamente la penetración de tribus israelitas en Egipto, cosa que precisamente debió tener lugar en aquella época."

\*\* \*\* \*

1. "El carro del segundo," es decir, del virrey.

2. Jacob recibió de Yahvé el nombre de Israel, por lo que más tarde los suyos se llamaron "hijos de Israel" o israelitas.

2. Cuatrocientos Años de Silencio.

Nuevo despertar de la tierra del Nilo. — Tebas desencadena la sublevación. — La expulsión de los hyksos. — Egipto adquiere el rango de gran potencia internacional. — La cultura india en el Estado de Mitani. — ¿Fue Nofrete una princesa indoaria? — Los "hijos de Het" junto al Halis. — Una viuda del Faraón que desea contraer matrimonio.

— El primer pacto de no agresión del mundo. — Un cortejo nupcial hitita a través de Canaán.

ASÍ, PUES, ISRAEL SE ESTABLECIÓ EN EL PAÍS DE EGIPTO, EN EL TERRITORIO DE GOSEN, Y ARRAIGARONSE EN ÉL Y FRUCTIFICARON Y SE AUMENTARON MUCHO (Gen. 47:27).

La Biblia guarda un profundo silencio acerca de un período de 400 años, durante el cual se transformó por completo el aspecto político del "Fértil Creciente." En estos cuatro siglos se suceden notables cambios en la estructura de los pueblos. Estos cambios interrumpen la historia de más de mil años de los reinos semitas que se extienden junto al Tigris y al Éufrates. La gran isla cultural del Próximo Oriente es arrancada bruscamente de su propio ambiente. Pueblos y culturas extranjeras irrumpen de lejos, desde países hasta entonces desconocidos, y experimentan su primer contacto con el resto del mundo.

Egipto permanece también sumido en el silencio durante 150 años. La aurora del nuevo despertar del gigante del Nilo empieza por un motivo muy curioso: el bramido de los hipopótamos de este río.

Según puede leerse en un fragmento de papiro 1, un enviado del rey hykso Apofis sale de Avaris y se dirige al príncipe de la ciudad del Sur. La ciudad del Sur es Tebas, su príncipe el egipcio Sekenenrê, tributario del conquistador extranjero del Delta superior. Asombrado, pregunta el príncipe al enviado de la potencia asiática de ocupación:

"¿Por qué te han mandado a la ciudad del Sur? ¿Cómo fue que emprendiste el viaje?"

Y el mensajero le contestó:

"Por orden del rey Apofis, ¡que larga vida, bienestar y salud haya! Me encarga que te transmita el siguiente mensaje: Traslada el estanque de los hipopótamos del Nilo situado al este de tu ciudad, pues no me dejan dormir. Día y noche resuena su bramar en mis oídos."

El príncipe de la ciudad del Sur quedó perplejo durante unos instantes cual si hubiese quedado aturdido por el fragor del trueno, pues no sabía qué contestar al enviado del rey Apofis, ¡que larga vida, bienestar y salud haya!

Finalmente dice:

"Pues bien. Vuestro señor, ¡quien larga vida, bienestar y salud haya! oirá pronto mis noticias acerca de este estanque situado al este de la ciudad del Sur."

Pero el mensajero no se contenta tan fácilmente. Y añade:

"¡El asunto con el cual me envió aquí ha de ser cumplimentado!"

El príncipe de la ciudad del Sur intenta convencer a su manera al enérgico mensajero. Adopta la vieja táctica, aún en boga en nuestros días, de los banquetes, como cosa propicia para crear una atmósfera amistosa y de buena voluntad. El mensajero hykso es



obsequiado con "cosas excelentes," "con carne y pasteles"... Pero ¡todo inútil!; cuando emprende el regreso lleva en su bolso un documento escrito sobre papiro que dice textualmente así:

"Haré todo cuanto me has dicho. Díselo, pues."

"Y entonces el príncipe de la ciudad del Sur reunió a sus subordinados más importantes, y a todos los soldados de más categoría que tenía a su servicio y les repitió aquel mensaje del rey Apofis, ¡quien larga vida, bienestar y salud haya! Ellos callaron durante algún tiempo..."

Aquí se interrumpe el texto del papiro. Por desgracia falta el final de la descripción. Pero podemos reconstruir lo que debió acontecer por medio de un testimonio de la misma época.

En el museo de El Cairo se conserva la momia de un Sekenenrê. Al ser descubierta en Deir-el-bahri, junto a Tebas, llamó poderosamente la atención de los médicos. Es que el cráneo mostraba cinco graves heridas producidas por golpes. Sekenenrê había perdido la vida en una batalla.

Parece un cuento y, sin embargo, es un caso verídico y extraordinario; los bramidos de los hipopótamos de Tebas molestaban a los soberanos del Delta del Nilo. Ese bramido ha sido, pues, el casus belli más raro de la historia universal 2.

Desde Tebas se inicia la sublevación contra los opresores del país. Los batallones egipcios descienden por el Nilo. Al propio tiempo se ha hecho a vela, provista de robustos remeros, una flota muy bien equipada que desciende por el río sagrado en dirección Norte. Avaris, la fortaleza de los hyksos en el Delta, cae por fin en el año 1580 antes de J.C. Amosis I, hijo de Sekenenrê, se convierte en el celebrado liberador de Egipto. Un homónimo suyo, Amosis, oficial de la nueva marina real egipcia, ha legado a la posteridad en los muros de su tumba en El-Kab, un relato de los hechos de armas que tan decisivos fueron para la historia de aquel país. Después de hacer mención de su formación militar en forma muy detallada, dice lacónicamente:

"Avaris fue tomada; allí hice prisioneros a un hombre y a tres mujeres, en conjunto cuatro personas. Su Majestad me los dio como esclavos."

El oficial de la marina describe también la guerra en tierra firme:

"Scharuhen fue asediada durante tres años y Su Majestad la tomó."

Esta vez la acción resultó también fructífera para Amosis. "Allí me apoderé de dos mujeres. Me otorgaron el oro de la valentía, además de hacerme donación de los prisioneros para esclavos míos."

Scharuhen, el bíblico Bet-Pelet (Jos. 15:27), era un punto estratégico del Negueb, debido a su situación dominante al sur de las pardas cordilleras de Judea. Todo lo que de ella ha quedado es una pequeña colina, formada de escombros y ruinas, designada con el nombre de Tell Far. En este lugar fue donde Flinders Petrie, el célebre arqueólogo de Inglaterra, exhumó una grandiosa muralla.

Los ejércitos de los egipcios formados por soldados de varios colores, negros, asiáticos y nubios, siguieron su marcha hacia el Norte atravesando Canaán. Los nuevos faraones recibieron una lección con la amarga experiencia del pasado. Su país ya no será objeto de ataque alguno por sorpresa. Egipto no pierde el tiempo y, más allá de las fortalezas que señalan sus fronteras, procura crear estados que le sirvan de tierra de choque. Lo que resta del imperio de los hyksos es desmembrado y Palestina se convierte en una provincia egipcia. Los antiguos puestos consulares, los depósitos de comercio y las estaciones postales de Canaán y de Fenicia se convierten en guarniciones permanentes, en puntos estratégicos y de apoyo, en fortalezas egipcias.

Después de una historia dos veces milenaria el coloso del Nilo sale de las sombras de sus pirámides y de sus esfinges con la pretensión de tomar parte activa en los sucesos que se desarrollan fuera de sus fronteras, en el resto del mundo. Egipto va madurando cada vez más para convertirse en una gran potencia mundial. Antes, todos cuantos vivían fuera del Valle del Nilo eran sólo "despreciables asiáticos," "nómadas del desierto," ganaderos, pueblos que no merecían la atención de los faraones. Ahora los egipcios se hacen más sociables. Empiezan a entablar relaciones con otros países. Esto era antes cosa inimaginable. Entre las notas diplomáticas halladas en el archivo del palacio de Mari no existe ni un solo escrito procedente del Nilo. *Témpora mutantur...* ¡Los tiempos cambian!

El avance emprendido les lleva, al fin, hasta Siria, hasta la misma orilla del Éufrates. Allí se encuentran los egipcios con pueblos de cuya existencia no tenían conocimiento alguno. En vano buscan los sacerdotes en los viejos rollos de papiro de los archivos de los templos alguna mención de ellos; es inútil que estudien los relatos de las campañas de los primitivos faraones: ¡en ninguno encuentran la más mínima mención de los desconocidos Mitani!

En la región septentrional de Mesopotamia se extiende, entre el curso superior de los ríos Tigris y Éufrates, el poderoso reino Mitani. Sus reyes han adquirido fama de ser la aristocracia de los luchadores en carros y sus nombres son de origen indoario. Los aristócratas del país se llaman "maria," que quiere decir "joven guerrero." María es una palabra antigua de la India, y sus templos están también dedicados a divinidades indias, de tiempos remotos. Los cantos mágicos del Rigveda resuenan ante las imágenes de Mitra, el vencedor de la luz en su lucha contra las tinieblas, el Indra que tiene poder sobre la tempestad, y de Waruna, el que dirige el curso eternamente regular del universo. Los antiguos dioses de los semitas han caído de sus pedestales.

Los mitani son insignes conocedores de caballos, hasta podríamos decir que sienten una debilidad por ellos. En las orillas de los grandes ríos se celebran las primeras "carreras" del mundo. Las reglas y recomendaciones para la cría y la remonta, las instrucciones para la doma de los jóvenes potros, para su alimentación y adiestramiento, para la celebración de las carreras, llenan bibliotecas enteras de tablillas de barro cocido. Se trata de obras hipológicas que pueden ser comparadas con cualquier tratado moderno de la cría caballar. El caballo, para los marias, para los aristocráticos luchadores en carro, tenía más valor que el hombre.

La época a que nos referimos, la frontera de Egipto lindaba con el estado mitani, frontera que no disfrutará por mucho tiempo de tranquilidad. Las contiendas locales no

cesan. Los ataques provocados por una u otra parte, los arqueros egipcios se ven a cada punto envueltos en combates por los luchadores en carros. En sus campañas las fuerzas de choque egipcias, al perseguir a las columnas de los mitani, se adentran siempre profundamente en país enemigo. Los valles del Líbano, las riberas del Orontes y del Éufrates suelen ser escenarios de infinitas luchas y de sangrientos combates. Casi durante un siglo los dos grandes estados permanecen en ininterrumpida lucha.

Poco antes del año 1400 antes de J.C. los belicosos mitani ofrecen la paz a los egipcios. De enemigos se convierten en amigos. Los reyes de Mitani pasan a desarrollar una política familiar. Con gran pompa y ricos presentes mandan a sus hijas a la tierra del Nilo; sus princesas se casan con faraones. Los soberanos en tres generaciones sucesivas se mezcla la sangre egipcia con la indoaria. Seguramente fue una de sus princesas la más célebre entre todas las esposas de los faraones: Nofrete, cuya belleza aún hoy día admira el mundo. Su esposo, Amenofis IV, fue el rey Sol de los egipcios: Eknatón.

¿Cuál fue el motivo de las raras proposiciones pacíficas de los mitani?

El impulso vino de fuera. Su reino se veía amenazado por una guerra de dos frentes. Un enemigo muy fuerte irrumpió por el Noroeste, procedente del Asia Menor, recorriendo sus fronteras. Era un pueblo del cual los eruditos apenas nada supieron hasta nuestro siglo, pero que, sin embargo, representa un gran papel en el Antiguo Testamento: el pueblo de los hititas.

Abraham levantó sus tiendas entre los "hijos de Het" al sur de las montañas de Judá, junto a Hebrón. A ellos les compró la tierra en donde construyó la tumba para su esposa Sara (Gen. 23:3), Esaú se casó a disgusto de sus padres Isaac y Rebeca, con dos doncellas hititas (Gen. 26:34), y también el rey David tomó a la esposa de Urias el hitita (2 Sam. 11). Por el profeta Ezequiel sabemos que los hititas contribuyeron a la fundación de Jerusalén: "Eres por tu tierra y por tu origen una cananea; tu padre un amorreo, tu madre una hitita" (Ezq. 16:3:45).

El nuevo descubrimiento del pueblo hitita, que había caído en un completo olvido, tuvo lugar poco después de empezado el actual siglo en el corazón de Turquía.

En la meseta situada al este de la capital, Ankara, el Halis, en su cruce hacia el Mar Negro, describe una gran curva. Casi exactamente en el centro se halla el lugar de Boghasköi; "Boghas," en turco, quiere decir "desfiladero," y "köi," aldea. En esta aldea, situada en un desfiladero, descubrió en 1905 el egiptólogo alemán, profesor Hugo Winckler, toda una serie de inscripciones cuneiformes entre las cuales se encuentra un raro texto con figuras. Grande fue la expectación que causaron, y no sólo entre los eruditos. Con asombro se entera de quiénes eran los "hijos de Het" nombrados en la Biblia. La traducción de las escrituras cuneiformes pone claramente ante el mundo a los hasta entonces desconocidos hititas de origen indogermánico, y al gran reino que con ellos se hundió.

Dos años después tiene lugar una nueva expedición que sale de Berlín y se dirige a Boghasköi. Esta vez va dirigida por el presidente del Instituto Arqueológico de Berlín,

Otto Puchstein, quien explora el gran campo de ruinas situado en la parte superior de la aldea. En este lugar se hallaba Hattusas, la soberbia capital del reino hitita. Lo que de él queda son grandes escombros, restos de muros, fragmentos de un templo, puertas de la fortaleza y las ruinas de toda una ciudad. Sus muros abarcaban una superficie de 170 hectáreas. Hattusas era casi tan grande como la medieval Nuremberg. En las puertas de la ciudad había relieves con figuras de tamaño natural. A estas figuras, de basalto negro y dureza similar al hierro, les debemos nuestro conocimiento acerca de los reyes y de los más notables guerreros hititas. Llevaban éstos el pelo largo y arrollado como un moño a la espalda. Encima, un gorro alto y dividido por la mitad. El corto delantal estaba sostenido por un ancho cinturón. Además llevaban zapatos puntiagudos.

Cuando hacia el año 1370 antes de J.C. el rey hitita Suppiluliuma se puso en marcha al frente de un poderoso ejército en dirección Sudeste, los días del reino Mitani, a pesar de su política familiar, estaban contados. Suppiluliuma derrotó el reino de los luchadores en carro; los obligó a pagar tributo y los empujó en dirección de los montes del Líbano, hacia el norte de Canaán. Al mismo tiempo, Egipto tenía en Siria otro vecino no menos fuerte ni con menos deseos de conquista.

De aquel tiempo existe un precioso documento. Se trata de las memorias del príncipe Mursilis, hijo de Suppiluliuma; en ellas da cuenta de un episodio ocurrido en la corte de los hititas, que le impresionó tanto que decidió relatarlo en sus escritos:

Anches-en-Amón, la esposa del faraón Tutankamon, se había quedado viuda. Sus padres eran personajes notables, Eknatón y Nofrete. A ésta la conocemos a través de las maravillosas esculturas egipcias como un ser delicado y juvenil. Y sin embargo, debió de ser una mujer que sabía muy bien lo que quería; mediante la influencia de su personalidad, verdaderamente encantadora, trató de llevar la alta política en forma beneficiosa para su pueblo. Mediante la oferta hábilmente preparada de un trono faraónico — ¡qué oferta más tentadora! — se esfuerza en deshinchar las velas de su nuevo y poderoso vecino. Los guerreros hititas se hallaban precisamente en Anca, la fructífera tierra situada entre el Líbano y el Anti-Líbano.

Mursilis escribe: "Cuando las gentes de Egipto se enteraron del ataque de Anca, se asustaron. Para colmo de desdichas, su señor (Tutankamon) acababa de morir. Entonces su mujer viuda, la reina egipcia, mandó un embajador a mi padre y le escribió como sigue: "Mi esposo murió y no tengo hijos. Se dice que tú tienes muchos. Si me mandases a uno de ellos podría ser mi esposo. Siento una gran aversión por tomar a uno de mis subordinados y desposarme con él." Cuando mi padre lo oyó reunió a los grandes en consejo y díjoles: "Desde que existe el mundo no he visto cosa semejante." Así mandó a su chambelán Hattu-zitis: "Ve, tráeme una completa información de este hecho insólito. Muy bien podría ser que intentaran engañarme; quizá tienen ya un príncipe; así, pues, tráeme una información completa."

"El embajador de Egipto, el honorable Hanis, vino a mi padre. Como éste había instruido a Hattu-zitis antes de su viaje a Egipto para que se informara, pues "quizá tienen un príncipe y traten de engañarme y no necesitan de ninguno de mis hijos para asumir la soberanía del reino," la reina egipcia contestó a mi padre en una misiva:

" "¿Por qué dices tú "podrían tratar de engañarme"? Si tuviese un hijo, ¿escribiría yo a un país extranjero en una forma que resulta humillante para mí y para mi país? Tú no te

fías de mí y llegas a decirme todo esto. Aquel que fue mi esposo murió y yo no tengo hijo alguno. ¿Es que he de tomar a alguno de mis servidores y hacer de él mi marido? Aún no he escrito a ningún otro país, sólo te he escrito a ti. Se dice que tú tienes muchos hijos. Cédeme, pues, uno de ellos y será mi esposo y rey en la tierra de Egipto." Como mi padre era tan magnánimo, cedió a los deseos de la reina y decidió mandarle el hijo que solicitaba."

A esta rara proposición de matrimonio, la suerte le negó el éxito. Tanto el trono faraónico como el lecho de Anches-en-Amón permanecieron vacíos. El pretendiente solicitado fue asesinado durante su viaje a Egipto.

Siguiendo la misma ruta Halis-Nilo, otra proposición de matrimonio alcanzaba, unos 75 años después, su término feliz a pesar de que empezó con fragor de armas y ruido de batallas que le hacían presagiar un fin muy diferente. Ramsés II, llamado "el Grande," se dirigió a Siria a través de Palestina. Quiere enfrentarse, por fin, con los odiados hititas.

En el valle del Orontes, donde hoy día existen vastos campos algodoneros y donde el antiguo castillo de los cruzados "Drak-des-Chevalliers" domina la llanura de Bukea, un poco al sur del lago de Moms, intensamente verde, se extendía entonces la ciudad de Kades. Ante sus puertas se enfrentaron cuatro ejércitos egipcios, con rápidos carros de guerra, contra la infantería hitita. Si bien la batalla no proporcionó a Ramsés II la deseada victoria, pues faltó poco para que quedase prisionero él mismo, consiguió sin embargo poner fin a las hostilidades. En 1280 antes de J.C. los hititas y los egipcios concluyen el primer pacto de no agresión y de defensa mutua de que se tiene conocimiento en la Historia Universal. La buena inteligencia conduce, además, al matrimonio de Ramsés II con una princesa de los hititas. Muchas inscripciones de varios metros de longitud describen detalladamente, en forma viva, el ambiente pintoresco de ese acontecimiento de tan extraordinaria importancia en aquella época. Tanto en los muros de los templos de Karnak, de Elefantina como en Abu Simbel o en las numerosas estelas, en todas partes, el relato se expresa en la misma forma.

Ramsés II fue más allá que todos sus predecesores en su propia propaganda y su autoalabanza.

Entonces se presentó alguien para entregar un comunicado a Su Majestad. Decía así: "¡Ved! ¡Hasta el gran príncipe de Hatti! (de los hititas). Su hija primogénita es entregada y con ella una multitud de tributos de toda clase. Han alcanzado las fronteras de Su Majestad. ¡Haced que venga el ejército y que vengan los dignatarios para recibirla! Entonces experimentó Su Majestad una gran alegría y fue feliz la corte cuando oyó tales cosas que en Egipto eran completamente desconocidas. Así mandó al ejército y a los dignatarios para que se apresuraran a recibirla."

Una numerosa delegación se pone en marcha para dirigirse al norte de Palestina a recibir a la novia. Los enemigos de ayer fraternizan. "Salió, pues, la hija del Gran Príncipe de Hatti en dirección a Egipto. Mientras la infantería, los conductores de carros y los dignatarios de Su Majestad la acompañaban, el pueblo del país de los hititas se mezclaba en forma vistosa y pintoresca con los egipcios. Comieron y bebieron juntos; eran un solo corazón, como hermanos..."

El numeroso cortejo de la novia salió de Palestina y se dirigió a la ciudad de Pi-Ramsés-Meri-Amón, situada en el Delta del Nilo. "Después condujeron a la hija del gran príncipe de Hatti... ante Su Majestad... Entonces Su Majestad vio que era bella de rostro como una diosa... Y la amó más que a todas las cosas..."

Los hijos de Israel tuvieron que ser testigos de la llegada del cortejo de la novia a la ciudad de Pi-Ramsés-Meri-Amón y de las fiestas que se celebraron con dicho motivo. Según explican las descripciones bíblicas, su permanencia en dicha ciudad no fue sin embargo voluntaria. En este momento prosigue también la Biblia su relato. Cuatrocientos años de emigración pacífica y feliz de los hijos de Israel en la tierra del Nilo hicieron que permaneciera silenciosa. Pero malas noticias aparecen al principio de un nuevo e importante capítulo de la historia del pueblo bíblico.

\*\* \*\* \*

1. Papiro de Sallier I, actualmente en el Museo Británico de Londres.
2. Además de estar descrito en esta pieza literaria el comienzo de la sublevación, lo está en un texto histórico no publicado aún procedente de Karnak.

### 3. Trabajos de Esclavitud en Pitom y Rameses.

José había muerto hacia muchos años. — Noticias sobre la Biblia en la sepultura de los príncipes. — Pitom, la ciudad de los esclavos f en los textos egipcios. — Nueva residencia en el Delta del Nilo. — Error procedente del afán constructivo y del deseo de aparentar. — Montet desentierra la ciudad de la esclavitud: Rameses. — Moisés se escribía "ms." — Historia de una cestilla de juncos en Mesopotamia. — Moisés emigra a Madian. — Plagas conocidas en la tierra del Nilo.

**AHORA BIEN, ALZÓSE EN EGIPTO UN REY NUEVO QUE NO HABÍA CONOCIDO A JOSÉ, Y DIJO A SU PUEBLO: "MIRAD QUE EL PUEBLO DE LOS HIJOS DE ISRAEL ES MAS NUMEROSO Y FUERTE QUE NOSOTROS"... ENTONCES PUSIERON SOBRE ÉL CAPATACES DE PRESTACIONES PERSONALES PARA QUE LOS ABRUMARAN CON CARGAS, EDIFICANDO ASÍ PARA EL FARAÓN LAS CIUDADES ALMACENES DE PITOM Y RAMESES (Ex. 1:8-11).**

El nuevo rey que nada sabe de José es Ramsés II; su desconocimiento es comprensible. José, en efecto, vivió muchos siglos antes que él en la época de los hyksos. Es cosa cierta que apenas fueron transmitidos los nombres de esos soberanos extranjeros tan odiados por los egipcios; nada es de extrañar, pues, si los de sus dignatarios y empleados cayeron totalmente en el olvido. Y aunque Ramsés II hubiera tenido noticia de José no hubiera querido saber nada de él. Para un auténtico egipcio había dos motivos para despreciarle: primero, por su origen asiático, un "nómada del arrenal," y

después por su calidad de alto empleado de la administración de la odiada potencia que había sometido al país. Bajo este último aspecto el encumbramiento de José no sería ciertamente una recomendación para los israelitas.

La naturaleza de los trabajos a que se vieron obligados los hijos de Israel en las grandes construcciones del antiguo Egipto, junto a las márgenes del Nilo, puede apreciarse muy bien mediante la contemplación de una antigua pintura que Percy A. Newberry — el descubridor del cuadro de los patriarcas en Beni-Hasan — halló en una tumba excavada en la peña oeste del Valle de los Reyes, de Tebas.

En los muros de una grandiosa bóveda están representadas las realizaciones que, en beneficio de su país, hizo durante su vida un alto dignatario del reino, el visir Rekhmire. Una escena nos lo muestra inspeccionando unas obras. En uno de los detalles relativos a la fabricación de ladrillos llama la atención que entre los trabajadores, cubiertos con un simple delantal, predominan los de piel blanca. Una comparación con los de piel de color muestra que aquellos son semitas.

"Nos provee de pan, cerveza y de toda clase de cosas buenas," pero, a pesar de tales alabanzas por el cuidado de su manutención, no existe la menor duda de que no trabajan voluntariamente, sino que los trabajos son forzados.

"El palo está en mi mano — dice uno de los capataces egipcios según aparece en escritura jeroglífica—. ¡No seáis holgazanes!"

El cuadro resulta una impresionante ilustración de las palabras de la Biblia: Los egipcios esclavizaron tiránicamente a los israelitas y amargaron su vida con duros trabajos de arcilla y adobes (Ex. 1:13-14).

Israel era un pueblo de pastores y no estaba acostumbrado a otra clase de trabajo, que, por tanto, le resultaba doblemente pesado.

Los trabajos de construcción y la fabricación de ladrillos eran, para ellos, trabajos de esclavos.

La pintura de la tumba de la peña muestra una escena de la construcción del templo de Amón, en la ciudad de Tebas. Pero las ciudades clásicas de la servidumbre de los hijos de Israel eran Pitom y Rameses. Ambos nombres aparecen en forma variada en las representaciones egipcias. "Pi-Tum," la "Casa del dios Tum," es el nombre de una ciudad que Ramsés II mandó construir. Y el ya mencionado Pi-Ramsés-Meri-Amón corresponde al bíblico Rameses. Una inscripción de la época de Ramsés II habla de "Pr," "el arrastre de los bloques de piedra para la gran fortaleza de la ciudad Pi-Ramsés-Meri-Amón." Con las letras pr se designa a los semitas en el idioma escrito de los egipcios.

Queda aún sin esclarecer la cuestión del lugar donde se hallaban emplazadas ambas ciudades. Todo cuanto se sabe sobre el particular es que los soberanos del Imperio Nuevo habían trasladado su residencia desde la antigua Tebas hacia el Norte, a Avaris, desde la cual los hyksos habían regido el país. La nueva política de la potencia internacional hizo aconsejable no estar demasiado lejos de aquel punto, como acontecía

con Tebas, situada mucho más al Sur. Desde el Delta podía ser mas fácilmente vigilada la inquieta "Asia," las posesiones en Canaán y Siria. El faraón Ramsés II dio su nombre a la nueva capital. De la primitiva Avaris surgió la ciudad de Pi-Ramsés-Meri-Amón.

Después de muchas suposiciones y conjeturas, la piqueta de los arqueólogos puso fin a la diversidad de opiniones sobre el emplazamiento de una de las dos ciudades. El que viaje por Egipto puede incluir en su programa una visita a sus ruinas. Desde El Cairo es una excursión en auto de unos 100 km. de recorrido. Aproximadamente a la mitad del canal de Suez, allí donde éste atraviesa el antiguo lago de los Cocodrilos 1, empieza un valle seco que se extiende hasta el brazo oriental del Nilo, conocido con el nombre de Wadi Tumilat. Diez kilómetros de distancia separan a dos montículos formados por ruinas. Uno de ellos es el Tell-er-Retaba, el bíblico Pitom, y el otro el Tell-el-Maschuta, el bíblico Sukkot (Éxodo, 12:37; 13:20). Además de los restos de los depósitos de grano, se encontraron inscripciones en las cuales se habla de almacenes de víveres.

Si 4.000 años atrás hubiese existido una oficina de protección de patentes, hubiera tenido que conceder una a los egipcios por la invención de los silos. Los que actualmente existen en las haciendas canadienses y americanas aún se construyen según estos modelos. Claro que los silos egipcios no alcanzaron proporciones gigantescas; pero las construcciones de forma circular de 8 metros de diámetro, con su rampa y embudo de carga, no eran cosa rara en las tierras del Nilo. Fue José quien hizo construir silos de grano cuando era gran visir (Gen. 41:48 y sigs.); y sus descendientes edificaron depósitos de trigo en la tierra de Gosen bajo un régimen de trabajos forzados.

La investigación para encontrar la segunda ciudad donde los israelitas se vieron obligados a trabajar en esta forma, Ra-meses 2, no dio resultado durante mucho tiempo. Sólo al cabo de tres decenios después del descubrimiento de Pitom fue finalmente hallada. Esto sucedía en el año 1930.

El faraón Ramsés II, llamado el Grande, ha dejado a los arqueólogos muchos enigmas para descifrar. Mayor que su fiebre constructiva fue su vanidad; de suerte que nunca sintió escrúpulos en adornarse con plumas ajenas. ¡La posteridad tenía que quedar maravillada del gran constructor Ramsés II! Y lo consiguió. Los arqueólogos apenas pudieron comprender, al principio, cómo era posible la existencia de tan gran número de templos y edificios profanos que llevan el nombre del "insigne" Ramsés II. Cuando los edificios fueron examinados más minuciosamente, la explicación saltó a la vista sin gran dificultad. Muchos de aquellos edificios fueron levantados varios siglos antes de Ramsés II. Lo que sucedió es que éste, para satisfacer su vanidad, hizo grabar su monograma en todos ellos.

En el Delta la búsqueda de la ciudad de Pi-Ramsés-Meri-Amón llevó de una colina a otra; uno tras otro fueron examinados todos los sitios donde aparecían restos de la antigüedad en el Delta oriental del Nilo: Pitom, Heliópolis, Pelusium y otros. Los enigmas se resolvieron sólo cuando el profesor Fierre Montet, de Estrasburgo, en el año 1929, comenzó sus excavaciones cerca de la actual población pesquera de San, a unos 50 kilómetros al sudoeste de Port Said. Este investigador, en sus trabajos, que duraron del 1929 al 1932, descubrió cantidades insólitas de estatuas, esfinges, estelas y restos de edificios, todos sellados con el monograma de Ramsés II. Esta vez no hubo ya duda de



que se trataba de las ruinas de Pi-Ramsés-Meri-Amón, la ciudad designada con el nombre de Rameses en la Biblia. Y al igual que Pitom, se encontraron también aquí ruinas de depósitos de granos y almacenes.

Los israelitas fueron, en realidad, las víctimas del afán constructivo del Faraón. La situación de la tierra a la cual habían emigrado favorecía la implantación de trabajos de esclavos. El bíblico Gosen, con sus ricos pastos, empezaba a pocos kilómetros al sur de la nueva capital y llegaba hasta Pitom. Nada era más fácil que separar a esos extranjeros de sus rebaños y emplearlos como mano de obra para sus grandes construcciones.

Las ruinas halladas en San nos dejan adivinar los esplendores de la metrópoli de un día. En una misiva escrita en papiro por un contemporáneo se nos describe lo que los esclavos contemplaban en su marcha diaria al lugar donde se realizaban las obras. El alumno Pai-Bos escribe entusiasmado a su maestro Amenem-Opet:

"...He venido a Pi-Ramsés, el favorito de Amón, y encuentro que es maravilloso. Una ciudad soberbia que no tiene igual. La ha fundado el dios Ra según el plano de Tebas. Permanecer en ella equivale a llevar una vida magnífica. Sus campos ofrecen gran variedad de buenas cosas. Diariamente recibe vituallas frescas y carne. Sus estanques están llenos de peces, sus lagunas pobladas de aves, las superficies de sus prados están cubiertas de hierba verde y sus frutos tienen el sabor de la miel en los campos bien cultivados. Sus almacenes están repletos de cebada y de trigo; se elevan hasta el cielo. Hay cebollas y puerros para los guisos, así como granadas, manzanas, aceitunas, higos en los huertos. Vino dulce de Kendkeme que tiene mejor sabor que la miel. El brazo del Delta Shi-Hor produce sal y salitre. Continuo es el paso de las naves. Aquí diariamente hay manjares frescos y reses. Es una delicia vivir en este lugar. Nadie dice: ¡Quiera Dios! Las gentes modestas viven como los potentados. ¡Celebremos allí las fiestas divinas y el comienzo de las estaciones!"

Unos años después la dura vida de los hijos de Israel en el desierto les hace olvidar la amarga servidumbre. Sólo ha quedado el recuerdo de la abundancia de la comida en el Delta del Nilo:

"Y les dijeron: ¡Ojalá hubiéramos muerto en manos de Yahvé en el país de Egipto cuando nos sentábamos junto a la olla de la carne, cuando comíamos pan hasta hartarnos!" (Ex. 16:3). "¿Quién nos dará a comer carne? Nos acordamos del pescado que de balde comíamos en Egipto, de los cohombros, melones, puerros, cebollas y ajos... ¿Quién nos dará a comer carne? Ciertamente éramos felices en Egipto" (Num. 11:4-5,18).

Los restos hallados en las excavaciones y los textos contemporáneos de aquella época, que casi al pie de la letra repiten lo mismo, refuerzan esta descripción de la Biblia. Pero no se piense que con ello se haya acallado la disputa académica sobre el valor histórico de estos hechos en la vida de Israel. Casi con enojo suenan las palabras del profesor americano William Foxwell Albright, uno de los pocos eruditos que posee una formación universal (es teólogo, historiador, filósofo, orientalista y arqueólogo), cuando se expresa de esta manera:

"Según nuestros conocimientos actuales de la topografía del Delta oriental, el relato de la partida para el éxodo que se hace en el libro de Moisés (Ex. 12:37; 13:20) es

completamente exacto por lo que hace a la descripción del terreno. Nuevas pruebas acerca del carácter esencialmente histórico del relato del Éxodo, sobre el paso por los territorios del Sinaí, Madián y Qadés, no resultará difícil obtenerlas, gracias a nuestros conocimientos, cada día más precisos, sobre la topografía y la arqueología. Por ahora, tenemos que contentarnos con la seguridad de que la postura hipercrítica que por parte de algunos existe aún sobre estos extremos, como existía antes sobre las primitivas tradiciones históricas de Israel, carecen ya en absoluto de fundamento. Hasta la propia fecha de la huida, que durante tiempo fue objeto de polémicas, puede ser ahora determinada dentro de límites no demasiado imprecisos... Si la fijamos en el año 1290 antes de J.C., apenas podemos equivocarnos, ya que los primeros años de Ramsés II (desde 1301 a 1234) estuvieron en su mayor parte ocupados por una gran actividad constructiva que se desarrolló en la ciudad a la cual dio su nombre, la Rameses de la tradición israelita. La notable coincidencia entre esta fecha y la indicación contenida en el Ex. 12:40, de 430 años ("La estancia de los hijos de Israel en Egipto duro 430 años"; Ex. 12:40), hace suponer que su entrada en Egipto debió de tener lugar hacia el año 1720 antes de la era cristiana, cosa que puede ser casual, pero no deja de ser una coincidencia muy notable."

El gobierno de Ramsés II representa la época de la opresión y de la servidumbre de Israel; pero, al propio tiempo, aquella en que surge el gran libertador Moisés:

Y SUCEDIÓ POR AQUELLOS DÍAS QUE, SIENDO YA MAYOR MOISÉS, FUE DONDE SUS HERMANOS, COMPROBÓ LO AGOBIADOS QUE ANDABAN Y VIO UN EGIPCIO QUE PEGABA A UNO DE SUS HERMANOS HEBREOS. VOLVIÓSE A UNO Y OTRO LADO Y, NOTANDO QUE NO HABÍA NADIE, MATÓ AL EGIPCIO Y LO ENTERRO EN LA ARENA... ENTERÓSE EL FARAÓN DEL CASO Y TRATÓ DE MATAR A MOISÉS; PERO MOISÉS HUYÓ DE LA PRESENCIA DEL FARAÓN, SE ESTABLECIÓ EN EL PAÍS DE MADIÁN Y CIERTO DÍA SENTÓSE JUNTO A UN POZO (Ex. 2:11-15).

Moisés era un hebreo nacido en Egipto y educado por egipcios y llevaba un nombre típico de este país. "Moisés" es el nombre Mâose, muy corriente junto al Nilo. La palabra egipcia "ms" 3 significa sencillamente "niño, hijo." Un gran número de faraones se llamaban Amosis, Amasis y Thutmosis. Y Thutmose se llamaba el célebre escultor entre cuyas obras maestras figura la cabeza de Nefrete, de sin igual belleza, que todo el mundo admira aún hoy día.

Esto son hechos positivos. Los egiptólogos lo saben. Pero la generalidad fija su atención sobre la célebre historia bíblica de Moisés, sobre la cestilla encontrada en el Nilo, y los eternos escépticos sacan a colación un argumento que, según ellos, pone en duda la autenticidad de tan precioso relato:

"¡Esto no es más que la leyenda del nacimiento de Sargón!" dicen.

Y opinan que se trata de un simple plagio.

Del rey Sargón, fundador de la dinastía semítica de Akkad, 2.360 años antes de J.C., nos hablan los textos trazados en escritura cuneiforme:

"Yo soy Sargón, el poderoso rey de Akkad. Mi madre era una sacerdotisa. A mi padre no le conocí. Mi madre me concibió; me dio a luz a escondidas; me colocó en una cesta de juncos y cerró mi puerta con asfalto. Me abandonó en el río... El río me arrastró llevándome hasta donde estaba Akki regando. Éste me adoptó como hijo suyo y me educó..."

El parecido con la historia bíblica de Moisés es, en realidad, desconcertante:

Mas como no pudiese tenerlo oculto mas tiempo, cogió una cestilla de papiro, calafateada por betún y pez, puso en ella al niño y la coloco en el juncal, orilla del Nilo... (Ex. 2:3...).

La historia de la cestilla es un relato popular muy antiguo entre los semitas. A través de muchos siglos, fue de boca en boca. La leyenda relativa a Sargón, perteneciente al tercer milenio antes de Jesucristo, se encuentra también reseñada en unas tablillas de escritura cuneiforme del primer milenio. Sus detalles no son más que arabescos con los cuales, desde los tiempos más remotos, se adornaba la vida de los grandes hombres para la posteridad. ¿Quién pondría en duda la realidad histórica del emperador Barbarroja por algunos detalles que la leyenda ha ido tejiendo en torno a su vida?

Los empleados del Estado disfrutaban en todas partes de la protección oficial. En tiempos de los Faraones ocurría lo mismo que en nuestros días. Así, a Moisés, después de haber dado muerte al capataz llevado por su justa cólera, no le queda otro recurso que la huida, a fin de escapar de un seguro castigo.

Moisés hace lo que, antes que él, hizo Sinuhe. Huye del territorio egipcio en dirección a Oriente. Como Canaán es territorio ocupado por Egipto, Moisés elige, para su exilio, la montañosa comarca de Madián, situada al este del golfo de Akaba, con la cual se siente unido por lazos de parentesco. Queturá era una mujer del patriarca Abraham, después que Sara hubo muerto (Gen. 25:1). Uno de sus hijos se llamaba Madián. La tribu de Madián es designada en el Antiguo Testamento con el nombre de quineos (Num. 24:21). En árabe "qain," en arameo "qainaya," equivale a herrero. Esta denominación está enlazada con la existencia de metal en las proximidades del lugar donde estaba asentada la tribu. Las cordilleras situadas al este del golfo de Akaba son ricas en yacimientos de cobre, como pudieron comprobar las primeras exploraciones del americano Nelson Glueck.

Ningún Estado deja salir de buen grado de sus dominios a los obreros extranjeros, mano de obra barata, y sujetos a servidumbre. Esto lo tuvo que experimentar también el pueblo de Israel. Finalmente, parece ser que las plagas decidieron a los egipcios, conceder el permiso de salida. No existe por ahora ningún documento extra bíblico que pueda aducirse en pro del hecho de las plagas que tuvieron efecto en tiempo de Moisés. Pero las plagas no son ni inverosímiles ni poco frecuentes. Precisamente forman parte integrante del colorido local egipcio. "Las aguas del Nilo se convirtieron en sangre." "Subieron ranas y cubrieron toda la tierra de Egipto." "Vinieron mosquitos y tábanos y una peste sobre el ganado y pústulas eruptivas, y finalmente granizo, langostas y tinieblas" (Ex. 7-10).

Todas estas cosas que cita la Biblia las está sufriendo Egipto hasta en nuestros días. Tal sucede, por ejemplo, con el "Nilo rojo."

Los materiales de aluvión procedentes de los lagos de Abisinia colorean el agua del río especialmente en la parte superior de su curso, y esa coloración adquiere, muchas veces, un matiz rojo oscuro tirando a pardo. Las aguas adquieren un aspecto muy parecido al de la sangre. En las épocas de las inundaciones aumentan las ranas y también los mosquitos, a veces en forma tan considerable, que se convierten en verdaderas plagas. Algo semejante sucede con los tábanos. No es raro que lleguen a invadir extensas regiones; penetran en los ojos, en la nariz y en las orejas, dando lugar a acerbos dolores.

En cuanto a pestes del ganado las hay frecuentes en todo el mundo. Y por lo que se refiere a las pústulas que invaden tanto al hombre como a los animales, puede tratarse del llamado sarpullido o sarna del Nilo. Consiste en erupciones que producen una gran comezón, son contagiosas y, a menudo, se convierten en úlceras terribles. Esta fea enfermedad de la piel también amenaza a Moisés como castigo al cruzar el desierto: "¿a???? te herira con las ?lceras de Egipto, con almorranas, con sarna, con tina, de que no curaras" (Deut. 28:27).

El pedrisco es verdaderamente raro en el Nilo, pero no desconocido. La época más propicia para que ocurra son los meses de enero o febrero. En cambio, las nubes de langosta constituyen catástrofes muy frecuentes y típicas en los países de Oriente. Igual ocurre con las repentinas tinieblas. El chamsin, designado vulgarmente con el nombre de simún, es un viento ardiente que arrastra masas considerables de arena, las cuales ocultan la luz del sol, le dan un aspecto mate y amarillento y hacen que, en pleno día, apenas si se vea. Sólo la muerte del primogénito es una plaga para la cual no existe explicación alguna (Ex. 12) 4.

\*\* \*\* \*

1. Lago Timsah.
2. Es decir, Pi-Rarasés-Meri-Amón, el primitivo Avaris.
3. "ms" está por musu; el lenguaje culto egipcio renuncia a las vocales.
4. Es cierto que cada una de las plagas (si exceptuamos la décima) "están relacionadas con fenómenos naturales que tienen efecto en Egipto." Esto no quiere decir, sin embargo, que estos fenómenos, tal como son narrados en la Sagrada Escritura, fuesen meramente naturales. Tanto por la consideración del texto como por alusiones posteriores aparece claro que las plagas tuvieron un carácter marcadamente milagroso, fueron verdaderos milagros en cuanto al modo, pues no habrían sucedido tal como sucedieron "sin la intervención de un poder especial divino." Cfr. B. Orchard..., *Verbum Dei I*, Barcelona, 1956, pág. 519 (N. del T.).

## Parte Tercera.

Del Nilo al Jordán.

## 1. Hacia el Sinaí.

Salida de Rameses. — Dos probables escenarios del milagro del mar. — Huellas de vados en el canal de Suez. — Jornadas de tres días sin agua. — Bandadas de codornices en la época de emigración de las aves. — Una expedición que pone en claro el fenómeno del maná. — Un centro minero egipcio en el Sinaí. — El alfabeto en el templo de Hathor.

PARTIERON. PUES, LOS HIJOS DE ISRAEL DE RAMESES HACIA SUKKOT (Ex. 12:37). ASÍ, PUES. DIOS HIZO RODEAR AL PUEBLO POR EL CAMINO DEL DESIERTO HACIA EL MAR ROJO (Ex. 13:18). PARTIERON DE SUKKOT Y ACAMPARON LUEGO EN ETAM (Ex. 13:20). PERSIGUIÉRONLOS, PUES, LOS EGIPCOS Y LES DIERON ALCANCE — TODA LA CABALLERÍA Y LOS CARROS DEL FARAÓN Y SUS JINETES Y SU EJÉRCITO — MIENTRAS ACAMPABAN JUNTO AL MAR CERCA DE PI-HAJIROT (Ex. 14:9).

La primera parte del camino andado en la huida de Egipto puede seguirse fácilmente sobre el mapa. No se extiende — conviene hacerlo notar — en dirección de la posteriormente llamada "Vía Filistea" (Ex. 13:17), que era la gran ruta que, a través de Palestina, conducía de Egipto al Asia. Esta gran ruta, que seguían las caravanas y las columnas militares, corre casi paralela a la costa del Mediterráneo y era la más corta y la mejor, pero al mismo tiempo la más vigilada de todas. Un verdadero ejército de soldados y de funcionarios ejercía un estricto control sobre ella desde los fuertes fronterizos.

Esa ruta ofrecía un peligro grande. Por esto el pueblo de Israel se desvía hacia el Sur. Desde Pi-Ramsés, ciudad situada en el delta del Nilo, en su margen derecha, se dirige primero a Sukkot, situada en el Wadi Tumilat, luego hacia Etam. Pi-Hajiro, la más próxima estación. La Biblia indica que este lugar estaba situado "entre Migdal y el mar, frente a Baalsefón" (Ex. 14:2). "Miktol" aparece también en los textos egipcios; significa algo así como torre. Una fortaleza guardaba en aquella parte sur la ruta las caravanas que se dirigían al territorio del Sinaí. A 25 kilómetros al norte de Suez fueron desenterradas sus ruinas.

EXTENDIÓ MOISÉS LA MANO SOBRE EL MAR Y YAHVÉ RETIRÓ EL MAR MEDIANTE UN FUERTE VIENTO SOLANO QUE SOPLÓ TODA LA NOCHE, DEJÓ AL MAR SECO Y LAS AGUAS SE HENDIERON. ENTONCES LOS HIJOS DE ISRAEL ENTRARON EN MEDIO DEL MAR POR ENJUTO Y LAS AGUAS FORMABAN COMO UN MURO A SU DERECHA E IZQUIERDA (Ex. 14:21-22).

...Una división de carros de combate, que intenta alcanzar al pueblo de Israel, es engullida por el mar junto con sus caballos y sus jinetes.

Este "milagro" ha ocupado incesantemente la atención de los hombres. Lo que ni la ciencia ni la investigación pudieron aclarar hasta ahora no es la huida en sí, para la cual existen muchas posibilidades reales. Lo que es objeto de controversias es sólo el escenario, sobre cuyo emplazamiento no existe todavía una completa certeza.

La primera dificultad consiste en la traducción. La palabra hebraica "Yam suph" ha sido traducida unas veces por "Mar Rojo" y otras por "Mar de los Junciales," es decir, Mar de los Cañaverales. De los cañaverales se habla repetidas veces: "Pues hemos oído cómo Yahvé secó ante vosotros el agua del Mar de los Cañaverales en vuestra salida de Egipto..." (Jos. 2:10). En el Antiguo Testamento se designa hasta el profeta Jeremías con el nombre de "Mar de los Cañaverales." El Nuevo Testamento menciona sólo el Mar Rojo (Ap. 7:36; Hebr. 11:29).

En las orillas del Mar Rojo no crece ningún cañaveral. El verdadero Mar de los Cañaverales estaba situado más al Norte. Una reconstrucción que responda realmente al lugar preciso — y ésta es la segunda dificultad — no es posible en modo alguno. La construcción del canal de Suez en el pasado siglo ha modificado por completo el aspecto de esta comarca. Según los cálculos más verosímiles el milagro del mar tiene que haber acontecido precisamente en aquel territorio. Así, por ejemplo, el antiguo lago Ballah, situado al sur de la ruta de los filisteos, ha desaparecido al construirse el canal; era una comarca que se encharcaba. En tiempos de Ramsés II el Golfo de Suez se comunicaba con los Lagos Amargos. Al parecer, esta comunicación se extendía hasta el lago Timsah, el Lago de los Cocodrilos. La parte de agua que unía el Golfo de Suez con los Lagos Amargos era vadeable por muchos sitios. Es completamente verosímil que la huida de Egipto tuviese lugar a través de este "Mar de los Cañaverales."

En los primeros tiempos del cristianismo sospecharon algunos peregrinos que la huida de Egipto se efectuó a través del Mar Rojo. Pensaban, al decir esto, en la extremidad septentrional del Golfo en las proximidades de la ciudad de Es-suwes, el Suez de nuestros días. También aquí pudo tener lugar la travesía. A veces los fuertes vientos del Noroeste hacen retroceder de tal manera las aguas al extremo norte del Golfo de Suez, que éste puede atravesarse de a pie. En Egipto predomina el viento del Oeste. En cambio, el "viento del Este" mencionado en la Biblia es típico en Palestina 1.

**DESPUÉS MOISÉS HIZO PARTIR DEL MAR ROJO A LOS ISRAELITAS, QUIENES SE DIRIGIERON AL GRAN DESIERTO DEL SUR, POR EL CUAL CAMINARON TRES DÍAS SIN HALLAR AGUA, Y LLEGARON A MARA, DE CUYA AGUA NO PUDIERON BEBER, PORQUE ERA AMARGA (Ex. 15:22-23).**

**LLEGARON A ELIM, DONDE HABÍA DOCE FUENTES Y SETENTA PALMERAS (Ex. 15:27).**

**PARTIERON DE ELIM Y TODA LA CONGREGACIÓN DE LOS HIJOS DE ISRAEL LLEGÓ AL DESIERTO DE SIN, QUE ESTA ENTRE ELIM Y EL SINAÍ (Ex. 16:1).**

Entonces empieza la penosa marcha, la vida nómada en el árido paisaje de la estepa, ¡que tiene que durar cuarenta años!

Con asnos, cabras y ovejas sólo pueden realizarse jornadas diarias de unos 20 kilómetros; el fin de la jornada está siempre en la próxima aguada.

Durante cuarenta largos años peregrinan los hijos de Israel siguiendo el confín del desierto de una fuente a otra, de una aguada a otra aguada. Teniendo en cuenta los

puntos de descanso citados en la Biblia, pueden identificarse muy bien las diferentes etapas.

El itinerario seguido viene descrito en forma verídica y convincente en el capítulo 33 del libro de los Números. Como es lógico, una comunidad formada por seres humanos y por animales no se aleja, ni en el Negueb ni en el territorio del Sinaí, de los oasis ni de los pastizales.

Desde el Nilo hasta las montañas de la península del Sinaí se desarrolla un antiquísimo camino de herradura. Era el camino por el que llegaban las innumerables columnas de trabajadores y de esclavos que, ya desde el año 3000 antes de J.C. extraían el cobre y las turquesas del Monte Sinaí. Más de una vez, en el transcurso de los milenios, fueron abandonadas las minas, permaneciendo durante varios siglos en el olvido. Ramsés II se acordó de los tesoros que yacían ocultos en aquel lugar y puso de nuevo las minas en explotación.

A lo largo de este camino que conducía a la región minera, Moisés guía a su pueblo. Empieza en Menfis, llega junto a la punta del Golfo al sitio donde actualmente se halla situada la ciudad de Suez, y luego tuerce por una región sin agua de unos 70 kilómetros de profundidad, sin oasis y sin un solo manantial. Expresamente se dice en la Biblia que al principio del éxodo de Egipto los israelitas deambularon durante tres días por el desierto sin agua; que después llegaron a una fuente amarga y poco después alcanzaron un fértil oasis con "doce fuentes y setenta palmeras." Estos datos tan precisos de la Biblia ayudaron a los investigadores para dar con la ruta histórica del éxodo.

Para una caravana formada por rebaños de ganado y mucha gente, 70 kilómetros representan una marcha de tres días. Los nómadas pueden recorrer semejante distancia. Para ello llevan en sus zurroneos una "ración de agua reservada," en odres de piel de cabra, como los que llevaba la familia patriarcal de la pintura mural de Beni Hasan. A 70 kilómetros, contando desde la extremidad norte del Mar Rojo, mana aún hoy día una fuente, "Ain Hawarah," según se la designa en el lenguaje de los beduinos. Los nómadas, cuando llevan sus rebaños, se detienen a disgusto en este lugar. El agua en realidad no invita a hacer un alto. Es salobre y sulfurosa, "amarga," dice la Biblia. Es la antigua Mará.

Unos 24 kilómetros más hacia el Sur, exactamente a una jornada de marcha más lejos, se extiende el Wadi Garandel: un magnífico oasis con umbrías palmeras y muchas fuentes. Éste es el bíblico Elim, el segundo lugar de reposo. Más allá de Elim empieza el desierto de Sin, junto a la costa del Mar Rojo, hoy día llanura de El Kaa. Los hijos de Israel tienen, a decir verdad, un corto camino andado a sus espaldas, pero desacostumbrado y lleno de privaciones, para ellos, principalmente después de la vida que habían llevado en Egipto, que si bien era dura, era también ordenada y sin preocupaciones por saciar el hambre. No es de extrañar, pues, que la desilusión y el descontento cundieran entre el pueblo. Sin embargo, la insuficiente alimentación del desierto pudo ser completada gracias a dos acontecimientos imprevistos y bien recibidos.

EN EFECTO, A LA TARDE SUBIERON LAS CODORNICES Y CUBRIERON EL CAMPAMENTO, Y POR LA MAÑANA HABÍA UNA CAPA DE ROCÍO ALREDEDOR DE ÉL. CUANDO SE EVAPORÓ EL ROCÍO, ADVIRTIERON QUE

HABÍA SOBRE LA SUPERFICIE DEL DESIERTO UNA COSA MENUDA A MODO DE ESCAMAS, MENUDA COMO ESCARCHA, SOBRE LA TIERRA. CUANDO LO VIERON LOS HIJOS DE ISRAEL DIJÉRONSE UNOS A OTROS: "¿QUÉ ES?" (MAN-HU), PUES NO SABÍAN LO QUE ERA. MOISÉS DIJO: "ES EL PAN QUE NOS HA DADO YAHVÉ PARA ALIMENTO" (Ex. 16:13-15).

Grandes han sido las discusiones entabladas en torno a la cuestión de las codornices y del maná. ¡Cuántos escepticismos han suscitado! Y, sin embargo, tanto las codornices como el maná son algo natural<sup>2</sup>. Basta con preguntar a un profesor de Ciencias Naturales, o a los naturales del país que aún hoy día pueden observar un fenómeno parecido.

La huida de Egipto de los israelitas tiene lugar en primavera, es decir, en la época de las grandes emigraciones de las aves. Desde el África, que en verano resulta insoportable por el calor y la sequía, los pájaros, desde tiempos antiquísimos, se dirigen a Europa siguiendo dos rutas. Una de ellas lleva desde la punta occidental de África a España; la segunda, alrededor del Mediterráneo oriental, a los Balcanes. Entre las aves peregrinas se encuentran las codornices, que en los primeros meses del año pasan por encima de las aguas del Mar Rojo, que tienen que atravesar en su ruta hacia el Este. Cansadas de tanto volar, se dejan caer en las llanuras costeras para recuperar sus fuerzas a fin de realizar después el vuelo por encima de las altas montañas hasta alcanzar el Mediterráneo. Flavio Josefo (Ant. III, t. 5) da cuenta de este hecho; pero aún en nuestros días, en los meses de primavera y otoño, los beduinos cazan con la mano en aquella misma comarca a las cansadas codornices.

Por lo que se refiere al célebre maná, es preferible ver lo que dicen los botánicos. Ante todo, el que se interese por este producto lo hallará entre la lista de exportaciones de la península del Sinaí. Por lo demás, los árboles donde se produce vienen indicados en todas las reseñas botánicas del Próximo Oriente, especialmente la *Tamarix mannifera*. Para la generalidad de las gentes, el bíblico pan del cielo sigue siendo un misterio inexplicable. El fenómeno del maná viene a ser un ejemplo clásico de la manera persistente y obstinada de cómo ciertas opiniones y puntos de vista arraigan en la gente, a veces, durante generaciones y más generaciones, y cuán difícil le resulta entonces a la verdad abrirse paso. Parece cual si nadie quisiera admitir la realidad de los hechos, y ésta es que el "maná del cielo" existe en realidad. Y no nos faltaban por cierto descripciones verídicas sobre su existencia. El siguiente relato de un testigo ocular tiene más de 500 años:

"En todos los valles que rodean al monte Sinaí se encuentra hasta en nuestros días el llamado "pan bajado del cielo" que los monjes y los árabes recolectan, conservan y venden a los peregrinos y extranjeros que pasan por aquel país." Esto escribía en el año 1483 el decano de Maguncia Breitenbach al describir su peregrinación al Sinaí. "Dicho pan cae por la mañana, al amanecer, cual rocío o escarcha, a gotas sobre la hierba, las piedras o las ramas de los árboles. Es dulce como la miel, y se adhiere a los dientes cuando se mastica. De él hemos adquirido algunas porciones."

En 1823, el botánico alemán G. Ehrenberg publicó un folleto<sup>3</sup> que hasta sus colegas recibieron con escepticismo. A decir verdad, sus explicaciones parecían inverosímiles, pues venía a decir que el maná no era más que una secreción de los árboles y de los



arbustos de tamariscos cuando éstos reciben las picaduras de una clase especial de cochinillas que son privativas del Sinaí.

Cien años después tiene lugar una auténtica expedición para proceder al descubrimiento del maná. Los botánicos Federico Simón Bodenheimer y Osear Theodor de la Universidad Hebrea de Jerusalén se dirigen a la península del Sinaí para esclarecer la tan debatida cuestión del fenómeno del maná. Durante varios meses los dos hombres de ciencia exploran las tierras secas y los oasis que rodean el monte Sinaí. Su comunicado causa una gran sensación. No sólo traen consigo la primera fotografía del maná, sino que, como resultado de su investigación, confirman completamente los datos de Breitenbach y de Ehrenberg, afirmando además la verdadera realidad con que la Biblia da cuenta de la peregrinación del pueblo de Israel por el desierto.

Sin la cochinilla mencionada por primera vez por Ehrenberg no existiría, en realidad, el maná. Los pequeños insectos viven especialmente sobre los tamariscos, una especie de acacia nativa del Sinaí. Estos tamariscos segregan un jugo duro que, según los datos facilitados por Bodenheimer, tiene la forma y el tamaño de las semillas del cilantro (*Coriandrum sativum*). Al caer es blanco; pero cuando hace tiempo que está depositado en el suelo adquiere una coloración amarillopardusca. Como es natural, ambos investigadores han probado el maná. "El sabor de los gránulos cristalizados de maná tiene un dulzor especial — dice Bodenheimer —. Puede compararse más bien al azúcar de panal, es decir, al producto de la vieja miel de abejas." "Y era como la semilla del cilantro blanco — dice la Biblia—y tenía un sabor como de torta de harina amasada con miel" (Ex. 16:31).

Los resultados de la expedición confirman asimismo la restante descripción del maná: "Recogíanlo, pues, todas las mañanas, cada uno según el sustento que necesitaba y cuando calentaba el sol derretíase" (Ex. 16:21). Exactamente igual se apresuran los beduinos en nuestros días en las montañas a recoger a primera hora su "Mann es-samâ," o sea el "maná del cielo," pues las hormigas son competidoras voraces. "Empiezan su recolección cuando el suelo ha alcanzado una temperatura de 21 grados centígrados," se dice en el relato de la expedición. "Esto sucede hacia las ocho y media de la mañana. Hasta entonces los insectos están aún en estado letárgico."

Así que las hormigas se ponen en movimiento desaparece el maná. Esto es lo que el cronista de la Biblia quiso seguramente significar cuando dice que se liquidaba. Los beduinos no se olvidan ciertamente de almacenar el maná cuidadosamente en un puchero, ya que, de no ser así, las hormigas se precipitarían sobre él y lo devorarían. Igual aconteció en la época de la peregrinación de Moisés: "Muchos dejaron algo para el día siguiente; pero se lleno de gusanos..." (Ex. 16:20).

La recolección del maná depende de una favorable lluvia de invierno y es distinta a través de los años. ¡Si el año es favorable, los beduinos del Sinaí suelen recoger cada mañana medio kilo por hombre! Una cantidad apreciable que puede ser suficiente para alimentar a una persona adulta. Así pudo ordenar Moisés a los israelitas:

"Que cada uno de vosotros recoja la cantidad que necesite para alimentarse" (Ex. 16:16).

Los beduinos amasan con las gotas de maná una papilla que suele añadirse como complemento muy apreciado y rico en vitaminas a una alimentación demasiado monótona. El maná es también un producto de exportación y, bien conservado, un producto inalterable, puesto que puede conservarse por tiempo indefinido.

Y Moisés le dijo a Aarón: "Coge un vaso, pon en él un ómer lleno de maná, colócalo delante de Yahvé a fin de conservarlo para vuestros descendientes" (Ex. 16:33).

"Los israelitas comieron del maná durante cuarenta años, hasta que llegaron a tierra habitada, o sea hasta que llegaron a la frontera del país de Canaán" (Ex. 16:26).

Los tamariscos productores de maná siguen poblando el Sinaí a lo largo del desierto de Arabia hasta el Mar Muerto.

**PARTIERON DEL DESIERTO DE SIN Y ACAMPARON EN DOFQÁ (Num. 33:12).**

El desierto de Sin, que se halla a varios centenares de metros sobre el nivel del Mar Rojo, se extiende vasto y monótono. En la cálida meseta, las brillantes y amarillas superficies de los arenales están sólo interrumpidas por plantas de esquenanto y escasos matorrales. Ni el viento ni la brisa suelen herir aquí el rostro de los caminantes. Aquel que siguiendo la vieja ruta de las caravanas se dirige hacia el Sudeste atravesando este país disfruta de una visión inolvidable: de repente aparecen ante él los escarpados perfiles de una montaña que surge del horizonte, destacándose sobre la meseta: es el macizo del Sinaí.

A medida que el caminante se acerca a él van apareciendo formaciones geológicas que brillan en forma inusitada y en una rara escala de matices. Las peñas de granito de colores rosado y malva se destacan crudamente sobre el cielo azul. En medio, hay vertientes y precipicios de tono ámbar pálido y de un azufre rojizo con vetas de pórfido color de plomo y bandas de feldespatos de un verde oscuro.

Es como si la policromía y la magnificencia de un jardín lleno de flores hubiesen quedado petrificadas en esa sinfonía de piedra. En la linde del desierto de Sin termina el camino trillado y se pierde en un valle.

Nadie supo hasta finales del siglo XIX dónde tenía que buscarse el emplazamiento de Dofqá. Solamente el nombre hace alguna referencia a aquél. Dofqá, en efecto, según dicen los filólogos, es un nombre que en hebreo equivale a "hornos de fusión." Y es cierto: allí donde hay algún metal escondido suele haber hornos de fusión.

En los días de primavera del año 1904, el inglés Flinders Petrie, famoso ya como investigador en el campo de la arqueología bíblica, sale de Suez con una larga caravana de camellos. Un verdadero enjambre de eruditos, treinta entre arquitectos, egiptólogos y auxiliares, le acompañan. Desde las instalaciones del muelle del canal de Suez, la expedición sigue las huellas del camino que los egipcios seguían para alcanzar la región del Sinaí. Este camino pasa a través del desierto de Sin hasta las cordilleras y sigue la misma ruta que siguieron los israelitas al huir de Egipto.

La caravana avanza lentamente por uno de los valles alrededor de la vertiente abrupta de la montaña; el reloj parece haber retrocedido de repente dos o tres milenios, o hasta

quizá cuatro. La caravana se ambienta de súbito en el mundo de los Faraones. Petrie ordena que se detenga. En la plataforma formada por unos peñascos del valle se eleva un antiguo templo. El busto de una diosa con orejas de vaca fija sus ojos rígidos desde las columnas cuadrangulares del vestíbulo, donde se halla. Un conglomerado de estelas y, junto a ellas, un alto pilón, parecen haber surgido del suelo. La arena amarilla, alrededor de pequeños altares de piedra, muestra claras huellas de cenizas originadas por los holocaustos. Oscuros pasadizos se abren en las vertientes próximas, y altiva, sobre el valle, se eleva la ingente mole del monte Sinaí.

El griterío de los guías cesa. La caravana permanece quieta, como sobrecogida ante tan fantasmagórica visión.

En las ruinas del templo descubre Petrie el nombre del gran Ramsés II grabado en la piedra. La expedición se encuentra ahora en Serabit el-Chadem, el antiguo centro industrial y minero dedicado a la extracción de cobre y de turquesas. Todo hace pensar que es aquí donde hay que buscar a la bíblica Dofqá.

Durante dos años largos, un campamento de tiendas colocado delante del antiguo templo da vida al valle.

Las escenas de culto y las representaciones de sacrificios halladas en los muros de este santuario recuerdan que aquí fue venerada la diosa Hathor.

Los enormes montones de fragmentos que llenan los valles próximos nos hacen comprender la cantidad de excavaciones que se hicieron para la extracción del mineral de cobre y de las turquesas. Las huellas de los golpes de las herramientas aparecen en forma inequívoca; y las ruinas de las colonias donde vivían los mineros pueden distinguirse aún en los alrededores.

El sol calcina de forma despiadada aquel anfiteatro formado por las montañas, tanto, que el calor llega a ser verdaderamente insoportable, dificultando la labor de los expedicionarios. En verdad, el trabajo en estas minas, sobre todo en el verano, debió de ser un infierno. Así lo deja suponer una inscripción de tiempos de Amenemhet III, que reinó alrededor del año 1800 antes de J.C.

"Hor-ur-Re, guardasellos del Faraón y "jefe de los trabajadores," dirige un mensaje a los mineros y esclavos trabajadores. Él trata de estimularlos y darles ánimos en estos términos: ¡Por afortunado puede considerarse todo aquel que se halla trabajando en estas minas!"

Pero ellos respondieron:

"Cierto que hay turquesas en la mina. Pero es en la piel en lo que hay que pensar en esta estación. Sabemos que el mineral es siempre extraído en esta época; pero, la verdad, ¡imposible resistir en esta estación insoportable!"

Hor-ur-Re contesta:

"En todos los tiempos en que yo he llevado los hombres a las minas me ha guiado la gloria del rey... Mi rostro no estuvo nunca decaído ante el trabajo... Nunca exclamé: "¡Oh, si tuviera una buena piel!" Antes bien mis ojos brillaban..."

Mientras las excavaciones se hallan en pleno desarrollo en las viejas minas, en las antiguas residencias de los mineros y en el ámbito del templo, a pocos pasos del santuario de la diosa Hathor, aparecen fragmentos de tablas de piedra que estaban debajo de la arena. Entre ellas hay también una estatuilla. Tanto en las tablas como en la escultura hay grabados unos signos raros. Ni Flinders Petrie ni los egiptólogos que figuran entre sus colaboradores pueden descifrarlos. Se trata de signos trazados en una escritura jamás vista. A pesar de que esos signos tienen un aspecto sumamente gráfico — recuerdan los jeroglíficos egipcios—, no puede tratarse de ninguna escritura jeroglífica. Para ello existe demasiado poca variedad de signos.

Una vez examinadas todas las circunstancias del hallazgo, Flinders Petrie llega a la siguiente arriesgada conclusión: "Este sistema de signos lineales debió proceder de los obreros de Retenu 4 que eran contratados por Egipto y que son nombrados a menudo. La consecuencia es trascendental: los sencillos obreros cananeos ya estaban familiarizados con la escritura hacia el año 1500 antes de J.C. y dicha escritura no tiene nada que ver ni con los jeroglíficos, ni con los signos cuneiformes. Además desvaloriza definitivamente la hipótesis según la cual los israelitas, que después de su huida de Egipto atravesaron esta comarca, no supiesen escribir."

Esta comunicación causó una sensación enorme en los círculos de los arqueólogos de los dedicados al estudio de las Sagradas Escrituras y de los historiadores. Todos los conocimientos que hasta entonces se poseían sobre el origen y el primer uso de una escritura en Canaán tuvieron que ser desechados. Parecía imposible que los habitantes de Canaán poseyeran ya escritura propia a mediados del segundo milenio antes de J.C. Sólo por el texto de las tablas del Sinaí podía ser demostrado si Petrie tenía verdaderamente razón. Inmediatamente después de su regreso a Inglaterra, Flinders Petrie hizo copiar las tablas.

Los expertos de todos los países en la interpretación de los escritos antiguos se dedican al estudio de aquellos caracteres. Ninguno consigue encontrar en ellos sentido alguno. Sólo diez años más tarde, Sir Alan Gardiner, el genial descifrador de los textos egipcios, descubre el velo. Ha conseguido descifrar parte de la inscripción. El "bordón del pastor," repetidamente entallado, le ha servido de gran ayuda. En una combinación de cuatro o cinco signos que se repiten muchas veces, ¡al fin cree descubrir Gardiner unas palabras del antiguo lenguaje de los hebreos! Los cinco signos l-B'-l-t los considera dedicados a "da diosa Baalath."

En el segundo milenio antes de J.C., en la ciudad costera de Biblos, era venerada una deidad femenina con el nombre de Baalath. A la misma deidad le fue erigido un templo por parte de los egipcios en Serabit el-Chadem; sólo que aquí era designada con el nombre egipcio de Hathor. Los trabajadores de Canaán habían extraído cobre y turquesas de las proximidades de este templo.

La cadena de las comprobaciones se habían cerrado. La importancia del hallazgo realizado en el monte Sinaí sólo pudo ser apreciada en todo su valor después de

minuciosas y pacientes investigaciones y estudios, seis años después del fallecimiento de Flinders Petrie.

Gardiner sólo había podido descifrar una parte de los raros signos. Tres decenios después, en 1948, un equipo de arqueólogos de la Universidad de California, en Los Angeles, encuentra la clave que permite una traducción, palabra por palabra, de todas las inscripciones de las tablillas del Sinaí. ¡Éstas proceden sin duda de una época que puede situarse en el año 1500 antes de J.C. y están escritas en un dialecto de Canaán!

Lo que Flinders Petrie arrancó de la ardiente tierra del Sinaí en 1905 lo tienen los hombres de todo el mundo ante sus ojos aunque en forma ligeramente modificada en periódicos, revistas, libros, ¡hasta en los propios tipos de la máquina de escribir! Las piedras de Serabit el-Chadem nos muestran los antecedentes de nuestro alfabeto actual. Las dos formas de expresión del "Fértil Creciente," caracteres en forma de figuras y letras cuneiformes, eran ya antiquísimas cuando, en el segundo milenio antes de J.C., se formó un tercero y más importante método de expresión: el alfabeto. Seguramente, acuciados por la escritura figurativa de sus colegas de trabajo, oriundos de la tierra del Nilo, los semitas del Sinaí formaron una escritura propia y completamente distinta.

Las célebres inscripciones del Sinaí representan los primeros pasos del alfabeto semítico septentrional, que es, en línea directa, el padre y precursor de nuestro actual alfabeto. Se escribía así en Palestina, en Canaán, en las repúblicas marítimas de los fenicios; a fines del siglo IX antes de Jesucristo pasó a ser del dominio de los griegos. Desde Grecia pasa a Roma y desde Roma a todo el mundo. "Luego dijo Yahvé a Moisés: "Escribe esto para recuerdo en un libro"" (Ex. 17:14).

Por primera vez se habla en el Antiguo Testamento de "escrito" cuando el pueblo de Israel llegó en viaje a través del desierto a la estación que está después de Dofqá. Ni una sola vez aparece antes dicha palabra. La operación de descifrar las tablas del Sinaí hizo considerar este lugar bíblico a la luz, completamente nueva, de un testimonio histórico; pues desde entonces sabemos que 300 años antes de que Moisés llevara por aquellos lugares al pueblo israelita salido de Egipto, las gentes de Canaán, en su lenguaje, estrechamente emparentado con el de Israel, usaban la escritura en su país.

\*\* \*\* \*

1. Dios se valió sin duda de un viento del Este, particularmente fuerte y continuo, para demostrar tanto a su pueblo como a sus perseguidores su omnipotencia en este hecho milagroso. Cfr. B. Orchard..., o. c., págs. 527-528.

2. En realidad tanto el hecho de las codornices como el del maná tal como son descritos en el texto sagrado no son completamente naturales. El alimento era natural, no las circunstancias (tiempo, duración, cantidad, etc.) que hacen que estos hechos sean en parte milagrosos o preternaturales. Cfr. B. Orchard..., o. c., Pág. 530 (N. del T.).

3. Symbola physica.

4. Es decir, de Canaán.

## 2. Junto al Monte de Moisés.

La "perla del Sinaí." — Israel contaba con 6.000 hombres. — Una cascada brota de la peña. — Técnica experimental de los nómadas. — La "zarza ardiente," ¿es una planta que emite gas? — En El valle de los monjes y de los ermitaños. — La gran maravilla.

**TODA LA COMUNIDAD DE LOS HIJOS DE ISRAEL PARTIÓ DEL DESIERTO DE SIN, HACIENDO SUS ETAPAS DE ACUERDO CON LAS ÓRDENES DE YAHVÉ, Y ACAMPÓ EN REFIDIM... LUEGO VINIERON LOS AMALECITAS Y PELEARON CONTRA ISRAEL EN REFIDIM (Ex. 17:1,7).**

Refidim es el actual Feirán de los árabes, considerado como la "perla del Sinaí." Resguardado en la soledad por la gigantesca montaña, aquel paraíso en miniatura ofrece el mismo aspecto que hace varios milenios. Un bosquecillo de palmeras procura una sombra bienhechora. Como en tiempos de sus milenarios antepasados, los nómadas conducen sus rebaños a este lugar para abrevarlos y para que descansen sobre la alfombra de menudo césped.

Desde su campamento, Flinders Petrie emprende incursiones para explorar los territorios vecinos. En marchas sujetas a grandes privaciones va reconociendo uno por uno los valles y los montes hasta las orillas del Mar Rojo. Comprueba que Feirán es el mismo oasis que se extiende por toda la parte sur del macizo montañoso. Para los nómadas que aquí viven era, y sigue siendo, de gran importancia y su posesión más valiosa. "Los amalecitas — deduce Flinders Petrie — querían defender el wadi Feirán contra las incursiones de los extranjeros." Y luego hace esta reflexión: "Si el clima ha permanecido invariable (y esto nos lo atestiguan las columnas de granito de Serabit el-Chadem, tan maravillosamente conservadas), el número de habitantes debe de ser el mismo. En nuestros días, la población de la península del Sinaí se estima en unos 5.000 a 7.000 nómadas con sus rebaños. Las huestes de Israel debieron de cifrarse, pues, en 6.000 hombres, como lo prueba el combate indeciso con los amalecitas."

"Y acaeció que cuando Moisés alzaba sus brazos, Israel prevalecía; mas cuando los dejaba caer, ganaba Amaleq" (Ex. 17:11).

"Hasta ponerse el sol" duró la lucha. Finalmente, Josué pudo decidir la victoria en favor de Israel. Con esto quedaba libre el camino hasta la fuente del oasis de Refidim. Pero antes de llegar allí, "no había agua para que el pueblo bebiese" (Ex. 17:1).

En este apuro tomó Moisés en sus manos su vara, golpeó con ella una peña y de ella brotó agua (Ex. 17:6), lo cual es considerado como imposible por parte de los eternos incrédulos y por otros, a pesar de que la Biblia, en esta descripción, no hace más que transmitir un hecho natural.

El mayor C. S. Jarvis, que fue gobernador británico del territorio del Sinaí durante 30 años, ha podido comprobarlo personalmente. Así escribe 1: "Los golpes dados en la peña de Refidim por Moisés y la salida de agua parecen algo verdaderamente maravilloso, pero el cronista lo ha podido ver con sus propios ojos. Unas gentes del cuerpo de camelleros del Sinaí que había acampado en un valle seco estaban a punto de

cavar en la gruesa arena que se había acumulado junto a un peñal de la montaña. Querían llegar al agua que fluye entre las peñas calcáreas. Los hombres trabajaban lentamente y Bash Shawish, el sargento de color, dijo: "¡Ale, dadle duro!"

Entonces cogió él la pala de las manos de uno de los hombres y empezó a cavar con mucho brío, como suelen hacer los suboficiales de todo el mundo cuando quieren mostrar a sus gentes lo que son capaces de hacer, a pesar de que no tienen la intención de seguir haciéndolo más de dos minutos... Uno de los duros golpes dio contra la roca. La superficie lisa y dura de ésta, formada por calizas viejas, se quebró y cayó al suelo. Con ello salió a la luz la piedra blanda del interior y de sus poros brotó un grueso chorro de agua. Los sudaneses, muy al corriente de los hechos del Profeta, aunque no son muy respetuosos con él, abrumaron al suboficial gritándole:

"¡Aquí está el profeta Moisés!"

Esto constituye una aclaración que arroja mucha luz sobre lo que debió ocurrir cuando Moisés golpeó la roca en Refidim.

C. S. Jarvis fue testigo de un hecho verdaderamente casual. Pues las gentes del cuerpo de camelleros eran sudaneses y no naturales ni avecinados en Sinaí, en cuyo caso habrían podido tener conocimiento de la forma de alumbrar el agua. En el camino de Qadés a Edom, Moisés emplea por segunda vez el arte de golpear la roca para que brote agua. "Y Moisés alzó su mano y golpeó la roca con su vara dos veces" (Núm. 20:11). "Entonces brotó agua abundante y la comunidad bebió, así como su ganado." Seguramente durante su exilio entre los madianitas habría aprendido este método tan inusitado de dar con el líquido elemento 2.

Pasados los años se establecieron muchos monjes y ermitaños en Feirán, que es donde Israel, bajo Moisés, resistió el primer ataque de sus enemigos. En los barrancos y en las vertientes levantaron sus endeble viviendas. En Feirán fue construido un templo, y a 40 kilómetros al sur del oasis, al pie del Yebel Musa, una capilla.

Las tribus nómadas y salvajes no dejan en paz a los monjes y ermitaños del Sinaí, muchos pierden la vida. Cuando la octogenaria madre del primer emperador cristiano Constantino, Santa Elena, después de una permanencia en Jerusalén en el año 327 de nuestra era, tuvo noticia de los padecimientos de los monjes del Sinaí, construyó una torre-refugio al pie del monte de Moisés.

En 530, el emperador Justiniano hizo amurallar la pequeña capilla junto al monte de Moisés. Hasta la Edad Media, la iglesia fortificada de Yebel Musa fue el punto de peregrinación visitado por los peregrinos que de todos los países iban al Sinaí. Según una leyenda, aquel piadoso lugar recibió el nombre de "Convento de Santa Catalina," que es el que aún lleva en nuestros días.

Napoleón hizo reparar las murallas de esta solitaria fortaleza de los primeros tiempos del cristianismo, la cual amenazaba ruina.

En 1859, el teólogo alemán Tischendorf descubre en el Sinaí uno de los más valiosos manuscritos en pergamino de las Sagradas Escrituras allí conservados, el célebre

"Codex Sinaiticus"; es del siglo IV y contiene el Nuevo Testamento en griego, y parte del Antiguo.

El Zar lo recibe como presente: en cambio él subvenciona al convento con 9.000 rublos. El tesoro se deposita en la Biblioteca de San Petersburgo. En 1933, el Museo Británico adquiere de los Soviets el "Codex Sinaiticus" por la cantidad de 500.000 dólares.

La pequeña capilla al pie del Yebel Musa fue construida en el mismo lugar en que Moisés, según la Biblia, vio arder la zarza: "Miró él, y he aquí que la zarza ardía en el fuego, pero no se consumía" (Ex. 3:2). También se trata de explicar este extraño fenómeno de muy diversas formas de acuerdo con las ciencias naturales. Un experto del mundo de las plantas citadas en la Biblia, el doctor Harold N. Noldenke, director y administrador del Jardín Botánico de Nueva York, escribe sobre este particular:

"Entre los comentaristas que creen poder encontrar una explicación natural a este hecho, algunos piensan que el fenómeno de la zarza "que ardía" y, sin embargo, "no se consumía" puede ser explicado con la llamada planta de gas o "fraxinella, la Dictamnus Albus L. Se trata de una hierba de gran crecimiento, de un metro de altura, con racimos de flores color púrpura. Toda esta planta está recubierta de glándulas oleaginosas. Este aceite es tan volátil, que se desprende continuamente y, al acercarse una luz, da lugar a su repentina inflamación..."

La explicación lógica parece ser la de Smith. Supone este autor que (da llama de fuego" podría ser muy bien la rama de un rojo carmesí del muérdago (Lorantus accacix), que por todas partes de Tierra Santa y en el propio Sinaí crece en diversas matas y plantas de la clase acacia. Cuando este muérdago está completamente florido, la mata o el arbusto da la sensación de que está ardiendo.

El caso de la "zarza ardiente" existe también en la Naturaleza, en aquellas plantas ricas en aceites etéreos. El naturalista alemán Dr. M. Schwabe menciona, después de minuciosas observaciones, la posibilidad de una autoinflamación; la mezcla de gas y de aire puede inflamarse por sí sola si el calor del sol es intenso y el viento está en calma, mientras el zarzal mismo permanece intacto 3.

HABIENDO, PUES, PARTIDO DE REFIDIM, LLEGARON AL DESIERTO DE SINAÍ Y ACAMPARON EN EL DESIERTO; ALLÍ ACAMPÓ ISRAEL, FRENTE A LA MONTAÑA. MOISÉS SUBIÓ HACIA DIOS... (Ex. 19:2-3).

MOISÉS BAJÓ AL PUEBLO Y SE LO DIJO. ENTONCES HABLÓ DIOS PRONUNCIANDO TODAS ESTAS PALABRAS: "YO SOY YAHVÉ, TU DIOS, QUE TE HE SACADO DEL PAÍS DE EGIPTO... NO TENDRÁS OTRO DIOS FRENTE A MÍ" (Éx. 19:25; 20:1-2).

En el Sinaí ocurrió algo único y trascendental para la historia de la Humanidad. Allí está la raíz y la grandeza de una creencia sin ejemplo ni precedentes que tuvo el poder de conquistar el mundo.

¡Moisés, hijo de un ambiente saturado de la creencia en una multitud de divinidades, en dioses del más variado aspecto, anuncia la creencia en un solo Dios! Moisés se



convierte en el fundador del monoteísmo; tal es la grandiosa, la auténtica, la inconmensurable maravilla del Sinaí. Desconocido, hijo y nieto de nómadas, criado en Egipto, en un país extranjero, "desciende al pueblo y se lo comunica." Unos nómadas que viven en tiendas de piel de cabra, en la estepa, bajo el cielo inmenso y libre, son los primeros en oír el nuevo mensaje, lo conservan y lo llevan consigo. Al principio es durante 39 años en la soledad de la estepa, junto a los pozos, en los abrevaderos de los oasis umbríos y bajo los rumores del viento que vuela por el rudo paisaje. Junto al pacer de las ovejas, de las cabras y de los asnos hablan de un Dios único y grande, de YAHVÉ.

Así empieza la maravillosa historia de esta creencia que domina el mundo. Unos sencillos pastores avanzan con fatiga y llevan consigo el nuevo, el grandioso pensamiento de la nueva fe a su patria, desde la cual, un día, se esparcirá por todo el mundo y por todos los pueblos de la tierra. Naciones poderosas y reinos excelsos de aquellos lejanos tiempos desaparecieron en las sombras del pasado; pero los descendientes de los pastores que por primera vez se dirigieron al Dios único y omnipotente, siguen viviendo.

"Yo soy el Señor, tu Dios. No tendrás otro dios frente a mí." Esto es algo sin igual desde que el hombre puebla la tierra. Ningún precedente, ningún ejemplo semejante existía en otros pueblos.

Que esto es así nos consta por los hallazgos arqueológicos de Egipto, la tierra donde Moisés creció y fue educado, y por los descubrimientos realizados en otros países del antiguo Oriente. Tanto el culto del Sol, de Eknaton, como la manifestación comprobada en Mesopotamia de numerosas divinidades en un único Dios, el dios de la guerra, Ninurta, son sólo un pesado paso en el camino hacia el monoteísmo. A todas estas representaciones les falta la cohesión, el pensamiento liberador y moral que reside en los diez mandamientos que Moisés baja de las solitarias alturas del monte Sinaí para presentarlo al corazón de los seres humanos..

Únicamente en un pueblo del "Fértil Creciente," en Israel, existe la nueva idea acerca de Dios en forma clara y nítida, libre de toda magia, libre de representaciones variadas y grotescas, y no imaginada como una material preparación para la irrupción del material "yo" en el más allá. Sin ejemplo y sin precedentes, es la forma clara e imperiosa de los diez mandamientos. ¡A los israelitas se les ordena no pecar porque Yahvé así lo quiere!

\*\* \*\* \*

1. C. S. Jarvis, Yesterday and to-day in Sinaí.

2. Sencillamente el autor nos parece aquí algo ingenuo al querer explicar la narración de la Sagrada Escritura por medio de un hecho casual que pudo ocurrir en circunstancias concretas. En la Sagrada Escritura no es necesario ni posible explicar naturalmente todos los acontecimientos. Cuando esto no se puede lograr es más lógico recurrir a la intervención divina extraordinaria (N. del T.).

3. Explicación ingeniosa; ¿verdadera?.. De todas formas la visión extraordinaria de Moisés queda clara (N. del T.).

### 3. Bajo el Cielo de la Estepa.

Sinaí-Qadés, 230 kilómetros. — Dos fuentes en la gran estación de parada. — Una patrulla de exploradores se dirige hacia Hebrón.— El racimo de uvas era una cepa entera. — Pueblos extranjeros. — La mujer de un felá encuentra el archivo de Amarna. — Cartas de príncipes indoarios cananeos. — Una colonia hurrita entre las torres de petróleo de Kirkuk. — El relato de los exploradores da origen a una nueva decisión. — El llamado "desierto" en la Biblia era "la estepa."

Y LOS HIJOS DE ISRAEL PARTIERON DEL DESIERTO DE SINAÍ POR ETAPAS (Num. 10:12).

Israel había aceptado la creencia en un solo Dios y en sus leyes; el santuario portátil que le erigieron — el Tabernáculo — lo habían construido con madera de acacia (Ex. 25:10), árbol propio de la península del Sinaí, donde aún hoy día está muy extendido.

Casi un año había durado la estancia junto al monte Sinaí. Ahora reemprenden su marcha y se dirigen hacia el Norte, directamente hacia Canaán. Qadés, la próxima etapa que constituirá una piedra miliar en la larga permanencia de los hijos de Israel en el desierto, se halla a 230 kilómetros en línea recta desde el Sinaí.

También este trozo del camino puede seguirse perfectamente gracias a los precisos datos topográficos que nos facilita la Biblia. La ruta conduce a lo largo de la costa occidental del golfo de Akaba hasta el desierto de Farán (Num. 12:16) — el actual Badiet et-Tin, que significa "Desierto de la Soledad" — siguiendo su linde oriental. De los lugares en que acamparon a lo largo de esta marcha (Num. 33:16-36) pueden identificarse con toda seguridad Jeserot y Esyon-gueber. Jeserot es el actual Ain Huderah, situado en las proximidades del golfo; Esyon-gueber se halla situado en la punta extrema del golfo de Akaba, aquel lugar que más tarde tenía que ser el centro portuario e industrial durante el reinado de Salomón (Rey. 8:26).

En la peregrinación a lo largo de la orilla del golfo vuelve a repetirse el "milagro" de las codornices. De nuevo es primavera, la época de la emigración de las aves y, de nuevo, la descripción resulta de acuerdo con la realidad:

"Entonces se levanto un viento enviado por Yahvé que trajo codornices por la parte del mar y las dejó caer en derredor del campamento" (Núm. 11:31).

"Partieron de Esyon-gueber y acamparon en el desierto de Sin, o sea Qadés" (Num. 33:36).

Más abajo de Hebrón, el terreno quebrado de Judá va descendiendo hasta formar una llanura, cuya parte sur, en dirección al "Arroyo de Egipto," se resuelve a su vez en un valle árido que se ramifica y que cada vez es más pobre en agua (Num. 34:5; Jos. 15:4; 1 Re. 8:65). Es el Negueb, el bíblico "País del Mediodía" (Num. 13:17). En medio de

innumerables "wadis"—valles secos que sólo ven el agua en la época de las lluvias de los meses de invierno — está situado Qadés. El antiguo nombre de Qadés ha quedado conservado en la pequeña fuente de "Ain Qedeis," en la cual abrevan sus rebaños los nómadas que por allí pasan. El agua escasísima de aquella fuente no pudo abastecer por mucho tiempo a los 6.000 hijos de Israel y a sus rebaños. Sólo a siete kilómetros al noroeste de Qadés surge del suelo la aguada más rica de toda aquella comarca, la "Ain el-Qudeirat." A ella debe el wadi Qudeirat su gran fertilidad. Desde aquí los hijos de Israel podían ver en lontananza la Tierra Prometida, de la cual no podían aún formarse idea.

Quizá la precipitación con que se realizó la huida de Egipto les impidió enterarse de ella en el propio Egipto. Sin embargo. Palestina era tan conocida para las gentes del Nilo que la ausencia de este conocimiento hasta en los mínimos detalles merecía el reproche de falta de cultura. Aman-apa se burló e hizo mofa de un "escribiente de órdenes del ejército" de la época de Ramsés II por su ignorancia sobre Palestina. Hori, empleado en las caballerizas reales, le contesta en una misiva con agudeza satírica, sondeando al propio tiempo sus conocimientos geográficos: "Tu carta es larga y cargada de sonoras palabras. Mira, se te paga como a aquel que busca recompensa y aún con creces. Nosotros decimos: Si es verdad lo que dices, sal fuera para que puedas ser examinado. Se te prepara un caballo veloz como... un chacal. Veamos lo que haces. ¿No has visto el país de Upe, junto a Damasco? ¿No conoces su situación tal cual es? ¿Cuál es la situación de su río? ¿No has ido hasta Qadés? ¿No has pasado por el camino que conduce al Líbano, donde el cielo es oscuro durante el día? Está poblado de cipreses y de robles y de cedros que llegan hasta el cielo. También te hablo de una ciudad misteriosa: Biblos es su nombre. ¿Qué aspecto tiene? Pues bien, ilústreme sobre Sidón y Sarepta. Cuéntame de otra ciudad que se halla junto al mar, su nombre es el puerto de Tiro, que el agua es llevada a ella por medio de naves. Si penetras hasta Jaffa verás que los campos verdean. Si te internas tierra adentro... verás la bella muchacha que cuida de los viñedos. Ésta te considerará como compañero y te concederá el encanto de su regazo... Dormitarás y permanecerás ocioso. Te robarán .. Tu arco, el cuchillo de tu cinto, tu carcaj y tus riendas serán destrozadas en la obscuridad... Tu carro se romperá. Tú dirás: ¡Dadme alimentos y agua, pues llegué felizmente! Pero se harán el sordo y no te atenderán. Ven, condúceme a la senda que se dirige hacia el Sur, al país de Akko. ¿Dónde está la montaña de Sikem? El hábil escritor ¿por dónde marcha hacia, Hazor? ¿En qué estado se halla su río? Ven, cuéntame de otras ciudades. Instrúyeme sobre el aspecto de Kyn junto a Meguido; dame a conocer a Rehob. a Betschean y a Kiriath-el. Enséñame cómo se pasa por delante de Meguido. El río Jordán... ¿por dónde se atraviesa?"

El empleado de las caballerizas reales, Hori, pone fin a su misiva de esta suerte: "Mira, por ti he cruzado la tierra de Palestina... contéplala despacio para que, en el porvenir, estés en condiciones de describirla... y así... llegarás a ser un buen consejero."

Los empleados del reino, soldados, mercaderes, tenían, pues, una idea bastante clara de Palestina. Moisés, perteneciente a un humilde pueblo de pastores, tiene que informarse previamente de ese país. Por esto manda exploradores a él.

TALES SON LOS NOMBRES DE LOS VARONES QUE MOISÉS ENVIÓ A EXPLORAR EL PAÍS. MOISÉS ENVIÓLOS A EXPLORAR EL PAÍS DE CANAÁN Y LES DIJO: "SUBID AHÍ AL NEGUEB Y REMONTAD LUEGO LA MONTAÑA.

OBSERVAD LA TIERRA CÓMO ES Y AL PUEBLO QUE EN ELLA HABITA SI ES FUERTE O DÉBIL, SI ESCASO O NUMEROSO" (Num. 13:17-18).

Entre los doce exploradores se encuentra Josué, hombre dotado de grandes cualidades como estratega, según aparece más tarde en la conquista de Canaán. Como terreno principal de información eligen la comarca del Hebrón, al sur de Judá. Después de cuarenta días se presentan a Moisés para informarle; y como señal de que habían dado cumplimiento a su encargo le traen frutos del país que han explorado: higos y granadas. Gran expectación produjo un enorme racimo que cortaron en el "Valle de Eskol," pues lo "transportaron entre dos en una pértiga" (Num. 13:23). La posteridad se extraña en forma escéptica porque el cronista habla de un solo racimo. En realidad se trataba seguramente de una cepa con su fruto. Los exploradores la cortaron junto con los racimos, que así se conservan más tiempo. En todo caso, es auténtica la indicación del lugar de origen que nos da la Biblia. "Eskol" quiere decir "Valle de las Uvas," y se halla situado al sudoeste de Hebrón. Hasta en nuestros días, esta comarca es rica en viñedos. Racimos de uvas muy pesados, de 10 a 12 libras, no son cosa rara.

Los exploradores hacen una relación igual a la que hizo Sinuhe 650 años antes sobre Canaán, representándola como una tierra "que mana leche y miel... Ahora que el pueblo que habita el país es recio y las ciudades fortificadas y muy grandes" (Num. 13:27-28; Dt. 1:28).

Al dar cuenta de los diferentes habitantes del país mencionan a los hititas que hoy día ya conocemos; a los amorreos, a los yebuseos, que moran alrededor de Jerusalén; a los cananeos y a los amalecitas, con los cuales Israel tuvo una refriega junto al Sinaí.

También nombran a los hijos de Haanaq, que deben de ser los "hijos de los gigantes" (Num. 13:22-33). "Haanaq" puede también significar "de cuello largo." Nada más puede decir hoy la ciencia sobre el particular. Se ha lanzado la idea de que en los "gigantes" hay que ver posiblemente los restos de los elementos de un pueblo anterior al semita; sin embargo, no existe ninguna prueba para hacer tal afirmación.

De hecho, en aquella época vivían en Canaán razas extranjeras que debieron ser desconocidas de los israelitas que llegaban de Egipto. De qué pueblos descendían, nos lo han comunicado ellos mismos, y precisamente en los ladrillos de barro cocido que en el año 1887 fueron hallados casualmente por la mujer de un felá en Tell el-Amarna 1. Posteriores exploraciones dieron por resultado el hallazgo de 377 documentos más. Se trata de mensajes cuneiformes de los archivos reales de Amenofis III y de su hijo Eknatón, que hizo construir en el-Amarna, junto al Nilo, su nueva capital. Las tablillas contienen la correspondencia que los príncipes de Palestina, Fenicia y Siria meridional sostuvieron con la oficina de asuntos exteriores de ambos faraones redactada en acádico, el lenguaje diplomático del segundo milenio antes de J.C. La mayor parte de los manuscritos están llenos de palabras típicamente cananeas; algunas de ellas se hallan escritas casi enteramente en este dialecto. El valioso hallazgo arroja, por primera vez, una luz muy clara sobre la situación de Palestina en los siglos XV y XIV antes de J.C.

Una de las cartas dice así:

"Al rey, mi Señor, mi Sol, mi divinidad, di: así [habla] Sirwardata, tu servidor, el servidor del rey y el polvo de sus pies, el suelo de su cuerpo, que tú pisas; a los pies del

rey, mi Señor, el Sol del cielo, siete veces, siete veces me eché a tus plantas tanto sobre el vientre como sobre la espalda..."

Esta es, como es fácil suponer, la introducción, en modo alguno exagerada, sino simplemente formularia, tal como prescribía el protocolo de aquella época. Después, Suwardata entra en materia:

"Sepa el rey, mi Señor, que los 'apiru se sublevaron en las tierras que el Dios del Rey, mi Señor, me ha dado y que yo les he derrotado y dígnese enterarse el Rey, mi Señor, de que todos mis hermanos me han abandonado; y que yo y Abdu-Kheba somos los únicos que luchamos contra los jefes de los 'apiru. Y Zurata, príncipe de Akkó (Juec. 1:31) e Indaruta, príncipe de Aksaf (Jos. 11:1), fueron los que se apresuraron a ayudarme con cincuenta carros de los cuales me hallo ahora desprovisto. Pero ved, luchaban [ahora] contra mí; y plazca al rey, mi Señor, mandarme el Janhamu para que podamos llevar a cabo seriamente la guerra y poder restituir a la tierra del rey, mi Señor, a sus antiguas fronteras..."

Esta carta principesca procedente de Canaán tiene un fiel colorido que corresponde a su época. En las pocas frases que contiene se reflejan en forma clara las intrigas y las contiendas interminables y agrias que tenían lugar entre los príncipes o entre las tribus nómadas de instintos guerreros.

Pero lo que particularmente nos interesa en este escrito, dejando aparte el estilo y el contenido, es quién lo envía, es decir, Suwardata, príncipe de Hebrón. ;Su mismo nombre revela un origen indo-ario! Indoario es también el príncipe Indaruta ya mencionado. Por más asombroso que pueda parecer, una tercera parte de los príncipes escritores de Canaán son de procedencia indoaria. Birzawaza de Damasco, Biridiya de Meguido, Widia de Askelón, Birash-shena de Sikem, en Samaria son nombres indoarios. Indaruta, el nombre del príncipe de Aksaf, es casi idéntico a nombres de los Vedas y de otros escritos en sánscrito anteriores. El mencionado Abdu-Kheba de Jerusalén corresponde al pueblo, tantas veces citado en la Biblia, de los hurritas.

Cuan fidedigna sea esta tradición, lo dieron a entender en estos últimos tiempos los papiros egipcios del XV antes de J.C., en los cuales se cita repetidamente la tierra de Canaán con el nombre bíblico hurritas ("Khuru"). Seguramente los hurritas se hallaban entonces esparcidos, por lo menos de una manera temporal, por todo el país.

En la proximidad de los pozos de petróleo de Kirkuk, en el Irak, donde precisamente ahora las perforaciones realizadas por los americanos están sacando del subsuelo una riqueza inmensa, los arqueólogos de los Estados Unidos y del Irak tropezaron con una ciudad muy extensa, la antigua ciudad de Nuzu de los hurritas. Unos apuntes hallados en las excavaciones, que contienen especialmente contratos matrimoniales y testamentos, ofrecieron la tan interesante información: los bíblicos hurritas no eran un pueblo semita. Su patria eran las montañas del Mar Negro. Los nombres que figuran en la relación de Nuzu demuestran que, por lo menos, la clase de los dirigentes era de origen indoario. Hasta su aspecto exterior es típico; eran braquicéfalos, cual los armenios de nuestros días.

**ENTONCES SE ALZÓ TODA LA MULTITUD Y EMPEZÓ A DAR VOCES Y EL PUEBLO SE PASÓ LLORANDO AQUELLA NOCHE... "¿POR QUÉ NOS**

CONDUCE YAHVÉ A ESTE PAÍS PARA QUE PEREZCAMOS A ESPADA?  
¡NUESTRAS MUJERES Y NUESTROS PEQUEÑUELOS SERVIRÁN DE BOTÍN!"  
(Num. 14:1-3).

La información de los exploradores sobre las ciudades fuertemente fortificadas de Canaán, ."cuyas murallas se alzan hasta el cielo" (Dt. 1:28) y de sus habitantes tan bien armados, no era en modo alguno exagerada. Las fortalezas construidas sobre muros ciclópeos eran un espectáculo inusitado y amenazador para los hijos de Israel.

En el país de Gosen, que fue su patria durante muchas generaciones, sólo había una plaza fuerte: Rameses. En Canaán cada fortaleza era visible desde la próxima; el país estaba formalmente erizado de numerosas fortalezas de defensa emplazadas en las colinas y en las cumbres de las montañas, lo cual las hacía aún más formidables y amenazadoras. No es, pues, de extrañar que la información de los mensajeros causara desaliento.

Israel no tiene experiencia alguna en el arte de la guerra; sólo dispone de armas primitivas tales como arcos, lanzas, espadas, cuchillos. No había que pensar en disponer de carros de combate como los que poseían los cananeos en gran número. Israel está mal acostumbrado con las "ollas llenas de carne" de Egipto, cuya falta es siempre objeto de quejas y lamentaciones, sobre todo por parte de los viejos. A pesar de la nueva fe, de las experiencias del éxodo vividas en común, aún no está lo suficientemente unido para ser capaz de hacer frente a una potencia superior en el caso de una refriega.

En vista de tales circunstancias, Moisés toma la sabia determinación de no realizar la marcha hacia Canaán directamente desde el Sur, según estaba proyectado. Ni el tiempo ni los hombres están bastante madurados para la gran hora. La peregrinación ha de empezar de nuevo; el tiempo de las pruebas y de la preparación tiene que ser prolongado para hacer de esos fugitivos que van en busca de una tierra, un pueblo fuerte, decidido y acostumbrado a las privaciones. Aún tiene que formarse una nueva generación.

Sobre la obscura época que sigue, poco es lo que sabemos. Se trata de 38 años, casi una generación, tiempo suficiente para formar un pueblo de nuevo. Esto es lo que duró la permanencia en el "desierto." Estas indicaciones de tiempo y de lugar en la Biblia, con frecuencia mezcladas con el "milagro" de las codornices y del maná, parecen extraordinariamente inverosímiles. Y no sin razón, como se ha podido deducir de los sistemáticos trabajos de investigación muy distintos de los motivos generalmente alegados. ¡Una estancia permanente de Israel en el desierto, en el verdadero sentido de la palabra, jamás ha existido!

A pesar de que los datos que la Biblia nos facilita sobre este período de tiempo son muy lacónicos, de los pocos sitios que la investigación pudo localizar de manera indubitable, resulta una imagen suficientemente clara de los hechos. Según ellos, los hijos de Israel, con sus rebaños, permanecieron mucho tiempo en el Negueb, en el territorio de las dos fuentes, junto a Qadés. Retrocedieron de nuevo al golfo de Akaba, al país de Madián y de la península de Sinaí. Comparado con las mortíferas zonas de las dunas de arena, en el africano Sahara, las tierras recorridas por los israelitas, no son verdaderos desiertos. Las exploraciones realizadas en el suelo han demostrado que ni las condiciones hidrológicas ni la cantidad de lluvia caída han cambiado en forma considerable, de

manera que los "desiertos" deben haber tenido más bien el carácter de un paisaje estepario con posibilidades para el pastoreo y con suficientes aguadas.

Los trabajos arqueológicos del americano Nelson Glueck, realizados en estos últimos años, han profundizado en el conocimiento de las circunstancias generales de aquella época. Según ellos, dichos territorios estuvieron poblados en el siglo XIII antes de J.C. por tribus seminómadas que se hallan en activas relaciones con Egipto y Canaán, gracias a un activo comercio y a una industria floreciente. Entre ellas figuran los madianitas, entre los cuales vivió Moisés durante toda la duración de su exilio, habiéndose casado con Séfora, hija de dicha tribu (Ex. 2:21).

\*\* \*\* \*

1. Egipto Medio.

4. En el Umbral de la Tierra Prometida.

Marcha de la joven generación. — Nuevo plan estratégico. — Solicitud de paso por Edom. — Avance por la Jordania Oriental. — El "lecho de hierro" del rey Og. — Descubrimiento de dólmenes en Ammán. — Moab envía sus hijas. — El culto de Baal en Canaán.— Moisés contempla la Tierra Prometida. — Un campamento frente a Jericó.

...E HÍZOLES ANDAR ERRANTES POR EL DESIERTO CUARENTA AÑOS HASTA EXTINGUIRSE TODA AQUELLA GENERACIÓN QUE HABÍA OBRADO EL MAL A LOS OJOS DE YAHVÉ (Num. 32:13).

Sólo cuando se acerca el término de los largos años de peregrinación por el desierto, la Biblia reemprende los hilos del relato sobre los hijos de Israel. Una nueva generación se ha formado dispuesta a cruzar el umbral de la Tierra Prometida. Ninguno de los hombres que dirigieron la huida de Egipto entrará, según la Biblia, en la tierra prometida... ni siquiera Moisés.

El nuevo plan estratégico prevé la penetración en Canaán por el Este, es decir, por los territorios situados al este del río Jordán. El camino de Qadés a la Jordania oriental está, sin embargo, obstruido por cinco reinos que ocupan la amplia faja de terreno que existe entre el cauce del Jordán y el desierto de Arabia. Empezando al Norte, hacia los promontorios del Hermón, está el reino de Basán, después el reino amorreo de Sijón, más allá el reino de Ammón y en la orilla oriental del Mar Muerto, el reino de Moab y, bastante más hacia el Sur, Edom.

Edom es el primer reino que tienen que atravesar en su camino hacia el este de Jordania. Los hijos de Israel solicitan permiso de paso. "Mandó Moisés embajadores desde Qadés al rey de Edom, diciendo: Permítenos pasar, si te place, por tu tierra" (Num. 20:14-17).

Por los mejores caminos se llega más rápidamente al fin. A las grandes rutas y las autopistas del siglo XX correspondía entonces un camino que pasaba por el centro de Edom. Por él quieren pasar. Es el antiguo "camino real" que procede del tiempo de

Abraham. "Permítenos pasar, si te place, por tu tierra — solicitan — ...Subiremos por 'la calzada' " (Num. 20:17-19).

La población sedentaria del Oriente desconfía siempre de los nómadas, tanto ahora como entonces. Bien declaran los mensajeros de Israel en forma expresa: "No atravesaremos sembrados ni viñedos... no nos apartaremos ni a derecha ni a izquierda hasta que hayamos franqueado tus fronteras... y si yo y mis ganados bebemos de tus aguas, pagaré su precio" (Num. 20:17-19).

Cuan verídica es la descripción de Edom que hace la Biblia, pudo comprobarlo Nelson Glueck en su viaje de estudios de varios años.

En el país del antiguo Edom y Moab, al sur de Transjordania, tropezó con numerosos vestigios de una colonia de principios del siglo XIII antes de J.C. Los restos existentes de una cultura propia del país hacen pensar en la existencia de campos que habían sido objeto de cultivo. Así es comprensible que Edom, a pesar de todas las seguridades dadas por los hijos de Israel, negara el uso de la calzada y todo tránsito a través del país.

La negativa obliga a Israel a dar un rodeo. Junto al borde occidental de Edom peregrinan en dirección Norte hacia el Mar Muerto. Punón, el actual Kirbet-Fenan, antigua mina de cobre, y Obot, con sus fuentes, son atravesados por Israel. Después, siguen los israelitas a través del torrente fronterizo Zered, que separa a Edom de Moab. En la Jordania oriental. Moab, en la orilla sudeste del Mar Muerto, lo evitan dando un gran rodeo. Después llegan junto al río Arnón y, con ello, a la frontera sur del reino de los amorreos (Num. 21:13).

Nuevamente los israelitas solicitan permiso de tránsito para pasar el "camino real" (Num. 21:22). De nuevo les es denegado, esta vez por el rey de los amorreos, Sijón. Tiene lugar un combate: con él da comienzo la conquista armada.

Con la derrota de los amorreos los israelitas alcanzan su primer triunfo. Conscientes de su fuerza, pasan por el río Yabboq hacia el Norte y conquistan también el reino de Basán.

Así, y gracias a ese decidido ataque, se hacen dueños de la tierra situada al este del Jordán, desde el río Arnón hasta las mismas orillas del mar de Genesaret.

Entre la descripción objetiva del avance y de las luchas en la Jordania oriental, se incluye una observación relativa al "lecho de hierro" de un gigante, el rey Og de Basán (Dt. 3:11), cosa que ha ocasionado muchos quebraderos de cabeza. Este pasaje de la Biblia, tan misterioso e inverosímil, ha tenido una aclaración lógica y, al mismo tiempo, original. La Biblia no hace más que conservar fielmente un recuerdo que se remonta a la prehistoria de Canaán.

Cuando los eruditos atravesaron el país del Jordán en busca de testimonios sobre la historia bíblica, encontraron objetos muy notables, como los hallados por los arqueólogos en otros países. Trátase de altas piedras dispuestas en forma ovalada y en muchos casos cubiertas por un gran bloque también de piedra, junto a las célebres sepulturas designadas también con el nombre de "tumbas megalíticas o dólmenes." Son sepulturas en las cuales antes se enterraba a los muertos. En Europa — en el norte de



Alemania, en Dinamarca, en Inglaterra, en España, en Francia y en la isla de Cerdeña se conservan algunos—, el pueblo las designa con el nombre de "lechos de gigantes." Como estos grandiosos monumentos se han encontrado también en la India, en el Asia oriental y hasta en las islas del Mar del Sur, son atribuidos a grandes migraciones de pueblos que seguramente tuvieron lugar en edades primitivas.

En 1918 el investigador alemán Gustavo Dalman descubrió en las cercanías de Ammán, la actual capital de Jordania, un dolmen que es objeto de especial atención porque parece ilustrar, en forma verdaderamente desconcertante, un dato concreto contenido en la Biblia. Ammán está situado exactamente en el antiguo emplazamiento de Rabbat-Ammón. Sobre el gigantesco rey Og nos informa el Deuteronomio (3:11): "Su lecho, un lecho de hierro, consérvase en Rabal de los Ammonitas; es de nueve codos de largo y cuatro de ancho, con arreglo al codo corriente."

El tamaño del dolmen mencionado por Dalman corresponde aproximadamente a estas dimensiones. El "lecho" es de basalto, piedra gris negruzca y dura como el hierro. En la visión de semejante tumba puede basarse la descripción bíblica del "lecho de hierro" del gigantesco rey. Según han dado a conocer ulteriores exploraciones, los dólmenes son frecuentes en Palestina, sobre todo en la parte oriental de Jordania, en la parte alta del río Yabboq. Esto corresponde al actual Aglun. Más de mil de estos antiquísimos monumentos se levantan allí entre la hierba de las tierras altas. La tierra situada sobre el Yabboq, así afirma la Biblia, es el reino en que el rey Og de Basán ejerció su dominio, que había quedado solo del remanente de los refaítas (Dt. 3:11). El Basán, conquistado por Israel, se designa también con el nombre de "tierra de los refaítas" (Deut. 3:13).

Al oeste del Jordán sólo se encuentran dólmenes en los alrededores de Hebrón. Los exploradores que Moisés envió desde Qadés "remontaron el Negueb y llegaron a Hebrón... descendientes de Haanaq" (Num. 13:22-23).

Han debido ser las tumbas de piedra que ahora han sido descubiertas en Hebrón en las proximidades del Valle de las Uvas.

Quiénes eran en realidad los "gigantes" es cosa aún completamente desconocida para nosotros. Es de suponer que eran hombres que sobrepujaban, en estatura, a la población del Jordán. El recuerdo de hombres de mayor tamaño perduró como cosa sensacional, y así pasó a la Biblia.

Las grandes piedras sepulcrales y los relatos de gigantes son testimonios de la historia, tan accidentada y variable, de aquella estrecha faja de terreno situada junto a la costa del Mediterráneo en la cual, ya desde tiempos inmemoriales, penetraron continuas oleadas de pueblos extranjeros dejando en ella sus huellas: la tierra de Canaán.

La noticia de que Israel ha conquistado toda la Jordania causa un profundo terror al rey Balaq, de Moab. Teme que su propio pueblo no pueda competir con esos rudos nómadas ni desde el punto de vista físico ni del militar. Se dirige a los "ancianos de Madián" y les incita contra los hijos de Israel (Núm. 22:4). Acuerdan la adopción de toda clase de medidas excepto las de carácter militar. Tratan de detener el avance de los israelitas haciendo uso de artes mágicas. Palabras de hechicería y maldiciones, en cuya eficacia creen firmemente los antiguos pueblos orientales, quebrantarán de seguro el poder de Israel. Balaam es llamado con urgencia para que acuda desde Petor de

Babilonia 1, donde florecen estas obscuras artes. Pero Balaam, el gran mago y hechicero, fracasa. La maldición que pretende pronunciar contra Israel se convierte en una bendición (Num. 23). Entonces el rey de Moab pone en la balanza la más peligrosa de las cartas que existe; una mala jugada, ya que actuará en forma permanente sobre la vida de los hijos de Israel.

El pasaje bíblico que da cuenta de la detestable astucia guerrera del rey Balaam es considerado por los teólogos como enojoso y, por eso, suele ser pasado por alto. Nos asalta la pregunta de cómo es posible que algo tan escandaloso pueda hallarse en el contenido de la Biblia. La contestación es sencilla: el suceso es para el pueblo de Israel de una importancia enorme y trascendental. Éste habrá sido el motivo por el cual el cronista no se calle por decoro, sino que explique, de acuerdo con la realidad y con una franqueza libre de escrúpulos, lo que ha sucedido.

Sólo desde que las herramientas de los excavadores franceses, alrededor del año 1930, pusieron a la luz vestigios de culto que se profesaba en Canaán, en el puerto mediterráneo de Ras Shamra — el "Puerto Blanco" de la costa fenicia —, bajo la dirección del profesor Claude Schaeffer, de Estrasburgo, podemos apreciar y comprender lo que hay de malo en el relato contenido en el capítulo "5 del libro de los Números.

**MIENTRAS ISRAEL ESTUVO DE ASIENTO EN SITTIM EL PUEBLO COMENZÓ A PROSTITUIRSE CON LAS HIJAS DE MOAB. ÉSTAS INVITARON AL PUEBLO A LOS SACRIFICIOS DE SUS DIOSES (Num. 25:1-2).**

No es tan sólo con la seducción del vicio con lo que se enfrentaron los hijos de Israel, con el vicio que ha existido y existe en todo el mundo y en todos los pueblos; no son prostitutas profesionales las que los seducen. Son las propias hijas de los moabitas y de los madianitas; sus propias esposas y sus hijas conquistan y seducen a los hijos de Israel para realizar los cultos propios del dios Baal, los ritos lascivos y licenciosos de Canaán. Lo que repugna a Israel, situado aún más allá del Jordán, son las ceremonias del culto de Fenicia, impías y perturbadoras de los sentidos, con sus dioses sin moral y frente a los cuales Israel, en los siglos venideros, tendrá que probar y acreditar la fuerza de su sentido ético.

Es inútil que los moabitas y los madianitas intenten cautivar al joven e inexperto pueblo de nómadas con las seducciones del placer, quebrantando así la fortaleza de los hijos de Israel. Ya en este primer encuentro resulta patente que entre Yahvé y Baal jamás podrá ni tendrá que haber acuerdo alguno. Los jefes de Israel lo rechazan con dureza. Ni siquiera perdonan a sus propios hombres. El que ha faltado es degollado y ahorcado. Pinchas, el sobrino-nieto de Moisés, que sorprende en la tienda a un israelita con una muchacha madianita, toma una lanza "y traspasó a los dos, al israelita y a la mujer, por el vientre" (Num. 25:8).

El pueblo de Moab, con el cual Israel se halla unido con lazos de parentesco — Lot, el sobrino de Abraham, es considerado como su progenitor (Gen. 19:37)—, es respetado. Pero contra los madianitas se desata una guerra de exterminio, el clásico anatema según se estipula es la Ley (Dt. 7:2 y sigs.; 20:13 y sigs.): "Así, matad a todo varón y, de los niños, a todo varón, y, de las mujeres, a cuantas han conocido lecho de varón"; tal es el

mandato de Moisés. Sólo son respetadas las niñas. Todos los demás fueron muertos (Num. 31:7, 17-18).

**Y SUBIÓ MOISÉS DE LA LLANURA DE MOAB A LA MONTAÑA DE NEBO, EN LA CUMBRE DEL PISCA, SITUADO FRENTE A JERICÓ; Y YAHVÉ LE MOSTRÓ TODA LA TIERRA... (Dt. 34:1).**

Moisés ha cumplido ya la difícil misión. Desde los lugares de la servidumbre de Egipto, a través de los años de privaciones en las estepas hasta este momento, había seguido un camino largo y amargo. Ahora ha nombrado sucesor suyo al experimentado y fiel Josué, hombre de posibilidades estratégicas extraordinarias, tal como al presente lo requiere Israel. La vida de Moisés ha quedado cumplida; puede despedirse del mundo. No le será dado pisar con sus pies la Tierra Prometida. Pero puede contemplarla de lejos, desde el monte Nebó.

Si se desea visitar este monte desde Ammán, residencia y punto central del joven reino de Jordania, hay que recorrer 27 kilómetros, algo más de media hora de viaje en "jeep," pasando por las tierras altas, al borde del desierto arábigo, a través de valles y, a veces, a través de campos de cultivo, exactamente en dirección Sudeste, hacia el Mar Muerto.

Después de una pequeña ascensión por peñas desnudas se llega a una especie de planicie desprovista de vegetación situada a unos 800 metros sobre el nivel del mar. En su parte occidental la vertiente cae abrupta sobre la cuenca del Jordán. Una fresca brisa sopla en esta altura. Bajo el cielo azul, sin nubes, se extiende ante los ojos maravillados del observador un panorama único. Como un lago de plata líquida, brilla hacia el Sur la extensa superficie del lago salado. En la orilla más próxima se levanta un sector árido, formado por peñascales y pequeñas protuberancias pétreas. Detrás, se extiende la larga cadena de las montañas calcáreas de color blanco parduzco de la tierra de Judá. Allí está situada Hebrón, donde empieza y asciende la cadena abrupta, desde el Négueb. Al Oeste, hacia el Mediterráneo, se elevan, perfectamente visibles a simple vista, por encima del perfil de las montañas que se destacan netamente del horizonte, dos objetos diminutos: las torres de Belén y de Jerusalén. Hacia el Norte, la mirada se extiende en la lejanía sobre la meseta de Samaria y de Galilea hasta las cumbres, cubiertas de nieve, del Hermón.

Al pie del Nebó se ven estrechas cañadas, de las cuales sobresale el verdor de los granados con sus frutos rojos. Después, la vista desciende hacia la árida estepa de la depresión del Jordán. Sólo ante las escarpadas montañas de la parte occidental del Jordán, la vista descansa sobre una pequeña mancha de verdor: es el oasis de Jericó.

Con esta visión de Palestina desde las alturas del monte Nebó acabó Moisés su vida.

Sin embargo, abajo, en la amplia estepa de Moab, se elevan actualmente hacia el cielo delgadas columnas de humo. Día y noche están encendidos los hogares del campamento entre las innumerables tiendas de tela de pelo de cabra negra. Con el gran vocerío de las mujeres, de los hombres y de los niños, el viento nos trae el balar de los rebaños que pacen en el valle del Jordán. Resulta un cuadro lleno de paz. Pero es sólo el instante de tomar aliento antes del suspirado día; la quietud que precede a la tempestad que ha de cambiar en forma decisiva la suerte de Israel y la tierra de Canaán.

\*\* \*\* \*

1. En los documentos asirios "Pitru," en la orilla derecha del Éufrates.

## Parte Cuarta.

A la Conquista de la Tierra Prometida.

De Josué a Saúl.

1. Israel se Introduce en Canaán.

El mundo hacia el año 1200 antes de J.C. — El débil Canaán. — Los primeros traficantes de hierro. — El paso del Jordán. — La fortaleza de Jericó, la ciudad más antigua del mundo. — Discusión entre sabios sobre las murallas destruidas. — Estratos calcinados. — El Faraón menciona por primera vez a Israel. — Tumbas junto a la aldea de Josué.

Y DESPUÉS DE LA MUERTE DE MOISÉS. SIERVO DE YAHVÉ, SUCEDIÓ QUE YAHVÉ HABLÓ A JOSUÉ. HIJO DE NUN, MINISTRO DE MOISÉS. DICIENDO: "MOISÉS MI SIERVO HA MUERTO. AHORA, PUES, VE Y PASA ESE JORDÁN. TÚ Y TODO ESTE PUEBLO, HACIA LA TIERRA QUE YO LES DOY A LOS HIJOS DE ISRAEL" (Jos. 1:1-2)

En aquel tiempo en que Israel está junto al Jordán, dispuesto a penetrar en la Tierra Prometida, en el Mediterráneo se va a decidir la suerte de Troya, y los días de la altiva fortaleza del rey Príamo están contados. Pronto se prepararán en Grecia para la lucha los héroes de Homero: Aquiles, Agamenón y Ulises. Las agujas del reloj universal se acercan al año 1200 antes de J.C. Israel no pudo elegir mejor tiempo para su marcha. Desde Egipto no amenaza peligro alguno. La tierra del Nilo se ha debilitado, la época de su grandioso esplendor ha pasado. Dos milenios han consumido sus fuerzas. Después del rey Sol Eknatón, políticamente débil, el poder de Egipto decayó visiblemente. La supremacía de Egipto sobre Canaán se desmorona por momentos.

Dividida por las querellas internas de los numerosos pequeños reinos y principados de las ciudades estatales, explotada por una corrompida política de ocupación por parte de Egipto, Canaán también se encuentra agotada.

Desde la expulsión de los hyksos hacia 1550 antes de J.C., Palestina fue ininterrumpidamente una provincia egipcia. Un sistema feudal bajo el dominio de los hyksos había destruido la sencilla ordenación patriarcal que privaba en las ciudades en tiempos de Abraham. Bajo una estirpe señorial aristocrática que regía el país según su capricho y en forma despótica, cayó el pueblo en una sumisión injusta hasta convertirse en verdaderos parias.

Egipto deja subsistir este sistema feudal en Palestina. Los príncipes indígenas podían gobernar a su antojo; ejercen autoridad y disponen de fuerzas propias de combate: los carros de guerra para los patricios, y la plebe en la infantería. Las sangrientas luchas que las ciudades sostienen entre sí no interesan para nada a Egipto; para este país sólo son de importancia los tributos, vigilados estrechamente por los inspectores egipcios. Sus puntos fortificados y sus guarniciones les proporcionan el respeto necesario. Gaza y Joze constituyen los centros administrativos más importantes de Egipto. Los contingentes de trabajadores forzados tienen que señalarlos los señores feudales. De esta forma se construyen y conservan caminos; se cultivan las propiedades reales de la corona en la fértil llanura de Jezreel, al sur de Nazaret, y se talan los magníficos bosques de cedros del Líbano. Los comisarios de los faraones están corrompidos. A menudo se malversan los fondos destinados a la paga y a la manutención de los soldados. Y los soldados egipcios, los cretenses, los beduinos y los nubios, proceden al pillaje de los indefensos campos.

Bajo la autoridad de Egipto la tierra de Canaán se desangró. La población fue disminuyendo. Las casas patriarcales son, en el siglo XIII antes de J.C., más humildes que en los tiempos primitivos, según han demostrado palpablemente las excavaciones. El lujo y el valioso adorno es raro y miserables son las dádivas en las tumbas. Las murallas han perdido su solidez.

Sólo en la costa de Siria sigue casi inmovible el ritmo de las repúblicas marítimas, resguardadas por tierra por la cordillera del Líbano y menos conmovidas por las disensiones de los príncipes de las ciudades. Los puertos continúan siendo plazas de intercambio para todo cuanto el mundo puede apetecer. Hacia el año 1200 antes de J.C. aparece en la lista de los productos apreciados un nuevo metal, tan valioso al principio como el oro y la plata: es el hierro. Procede de la tierra de los hititas, y son los fenicios los primeros en comerciar con un metal que tiene que dar el nombre a una edad de la historia del Mundo. El hierro lo conocían ya los egipcios desde hacía casi dos milenios y lo consideraban como cosa sumamente rara. Aquel hierro no procedía de nuestro planeta sino que se obtenía de los meteoritos. Y las pocas y valiosas armas que con él se fabricaban eran llamadas por ellos, con mucha razón, "puñales del cielo."

Con el nuevo metal empieza una nueva época: la edad del hierro. La edad del bronce, con su peculiar civilización, se extingue: una gran época de la Antigüedad toca a su fin.

A fines del siglo XIII antes de J.C. avanza, desde el norte del Egeo, una nueva oleada de pueblos poderosos y extraños. Por mar y por tierra invaden las ciudades "marítimas" del Asia Menor. Son los emisarios de un gran movimiento de pueblos a los cuales pertenecen también los que forman la llamada "emigración dórica" hacia Grecia. La dirección que sigue el empuje de los extranjeros — son indogermanos — tiene por objetivos Canaán y Egipto, Israel, junto al Jordán, no tienen aún nada que temer de ellos. Pero los cananeos están debilitados debido a sus disensiones. La hora de Israel ha sonado. ¡Las bíblicas trompetas de Jericó dan la señal!

**Y PARTIERON DE SITTIM Y LLEGARON HASTA EL JORDÁN... Y TODO ISRAEL LO PASABA A PIE ENJUTO, HASTA QUE EL PUEBLO ENTERO ACABÓ DE ATRAVESAR EL JORDÁN... Y ACAMPARON EN GILGAL, EN LA FRONTERA ORIENTAL DE JERICÓ (Jos. 3:1, 17; 4:19).**

Hoy día existe un puente para atravesar el río. Es el único que existe por la parte Sur; sólo río arriba, a la salida del lago de Genesaret, ha sido construido otro puente moderno. El río Jordán es estrecho, muy estrecho, y desde antiguo hay en él varios sitios por donde puede vadearse con facilidad. La población indígena los conoce muy bien. Junto a Jericó, las aguas, de un sucio color amarillento, apenas si alcanzan, en la estación seca, unos 10 metros de anchura.

Cuando los israelitas llegaron a orillas del Jordán, este río llevaba un gran caudal. "Las aguas del Jordán se desbordaban por todas sus orillas al tiempo de la siega" (Jos. 3:15). Como cada año, ha empezado ya el deshielo en el Hermón. "Las aguas que bajaban de arriba se detuvieron y se alzaron, formando un montón (es decir, se estancaron) muy lejos, por Adam... y el pueblo pudo pasar por junto a Jericó... y todo Israel pasaba a pie enjuto hasta que el pueblo entero acabo de pasar el Jordán" (Jos. 3:16-17). En esta ciudad de Adam recuerda el-Damiyek un vado muy utilizado del curso medio. Si se da una crecida repentina del río, en poco tiempo se puede formar en aquel lugar un embalse, quedando el curso inferior casi seco 1.

En el Jordán se han formado a menudo embalses a causa de movimientos sísmicos. En 1924 y 1927, un fuerte terremoto transformó las márgenes del río y grandes masas de tierra se desprendieron de las colinas situadas junto a su curso, cayendo en su lecho. Durante veintiuna horas, el agua quedó estancada. En 1906 hubo un terremoto junto al Jordán, y el lecho del río, cerca de Jericó, permaneció completamente seco durante un día. Unas inscripciones árabes citan un hecho igual en 1267 d. J.C.

Si desde un avión se contempla esta parte del valle del Jordán, se comprende cómo pudo ser que miles de años atrás tuviese tanta importancia. Al Este se extiende, ante los desiertos arábigos, la accidentada altiplanicie de Jordania, desde muy antiguo la patria de numerosas tribus nómadas, desde donde podían contemplar los fructíferos campos y pastos de Canaán. Aquí hay una puerta de entrada natural; es el vado principal del Jordán, fácilmente franqueable, hasta por los rebaños. Pero quienes proceden de Oriente tropiezan, no lejos del Jordán, con el primer obstáculo serio, Jericó, situada en posición estratégica y ciudad clave para la conquista de Canaán.

**Y CUANDO LA GENTE OYÓ EL SONIDO DE LA TROMPA ALZARON GRAN ALARIDO Y SE VINO ABAJO LA MURALLA Y EL PUEBLO ESCALÓ LA CIUDAD CADA UNO POR LA PARTE QUE TENÍA ENFRENTE Y SE APODERARON DE ELLA... LUEGO PRENDIERON FUEGO A LA CIUDAD CON CUANTO ENCERRABA (Jos. 6:20, 24).**

La lucha de Josué por esta ciudad la hizo célebre. En la actualidad, los hombres de ciencia batallan a su alrededor con palas, picos y tablas cronológicas. Josué conquistó a Jericó en siete días, según la Biblia. La lucha de los arqueólogos para conquistar lo que de ella quedó, perdura desde hace casi cincuenta años y aún no está completamente decidida. Se trata sólo de determinar, en forma que no haya lugar a dudas, la época de su destrucción.

Las apasionantes y dramáticas excavaciones de Jericó están sembradas de hallazgos sensacionales y de descubrimientos jamás oídos, con sorpresas y con desengaños, con comprobaciones y refutaciones, con controversias sobre la importancia y fechas.

La depresión del Jordán disfruta de un clima tropical. Cual un oasis aparece la aldea Eriha, el moderno Jericó, en el linde del desierto cretáceo y privada de vegetación. Aquí crecen hasta las palmeras, que apenas se ven en Palestina, excepto al sur de Gaza. Hasta la Biblia designa a Jericó con el nombre de "Ciudad de las Palmeras" (Juec. 3:13). Unas veces dorados, otras rojos, los racimos de dátiles destacan entre las verdes hojas. Desde muy antiguo una frondosa vegetación constituye el encanto de la fuente Ain es-Sultan. Al norte de la actual Jericó y precisamente por estos lugares, hay una colina formada por escombros y designada con el nombre de Tell es-Sultan. Esta colina es el campo de batalla de los arqueólogos. Aquel que quiere penetrar en él tiene que pagar la entrada. Las excavaciones se hallan situadas detrás de un vallado de alambre.

Los restos de Jericó hallados en Tell es-Sultan constituyen uno de los yacimientos más importantes que han sido hallados, porque desde hace tiempo ya no se trata solamente de la fortaleza bíblica. En la colina dormitan, debajo de las capas pertenecientes a la edad del bronce, los testimonios de la edad de piedra. Hacen que nuestras miradas se desvíen hacia las épocas más antiguas y a los primeros seres humanos que allí se establecieron en forma sedentaria. Las casas más antiguas de Jericó tienen 7.000 años y con sus muros circulares se parecen a tiendas de nómadas. Pero sus moradores no conocían aún la cerámica. En 1953 las excavó una expedición británica. La directora de la empresa, la doctora Kenyon, declaró: "Jericó puede vanagloriarse de ser la ciudad más antigua del mundo."

Poco después de terminado el siglo XIX, los arqueólogos dedicaron su atención al solitario Tell es-Sultan. Desde 1907 hasta 1909 las palas y los picos se ejercitaron con mucho cuidado a través de los diversos estratos de aquella magnífica colina formada por restos del pasado. Cuando los dos directores de la expedición germanoaustríaca, el profesor Ernesto Sellin y el profesor Carlos Watzinger, dieron a conocer sus descubrimientos, causaron una gran sorpresa. Fueron sacados a la luz dos círculos amurallados concéntricos. El interior, alrededor de la cumbre de la colina, es una obra maestra de fortificación construida con ladrillos secados al sol compuesta de dos muros paralelos distantes entre sí 3 y 4 metros. La muralla interna, que es especialmente maciza, tiene tres metros y medio de espesor. El cinturón exterior corre al pie de la colina y consiste en un muro de 2 metros de espesor que, en su época, tenía una altura de 8 a 10 metros, con sólidos fundamentos.

¡Tales son las célebres murallas de Jericó! Los dos cinturones fortificados, su exacta ordenación en el tiempo, las fechas de su construcción y de su destrucción han sido motivo de vehementes polémicas entre los arqueólogos con opiniones en pro y en contra, y variadas suposiciones y argumentos. Esto empezó ya con las declaraciones de Sellin y Watzinger y ha durado varios lustros.

Ambos descubridores llegaron a una "importante rectificación" (según ellos mismos la designaban) de su primer juicio. En una declaración conjunta afirman que la línea exterior de murallas debió caer "hacia el 1200 antes de J.C., correspondiendo, por tanto, a las murallas que fueron objeto del asalto por parte de Josué." Para arrojar nueva luz sobre estos hechos sale, en 1930, una nueva expedición inglesa en dirección a Tell es-Sultan. Después de seis años de excavaciones aparecen a la vista nuevas partes de las fortificaciones. El profesor John Garstang, como arqueólogo que dirige los trabajos, registra con gran cuidado todos los detalles. En forma gráfica describe la intensidad de

la destrucción de las fortificaciones que forman el cinturón interior: "El espacio comprendido entre las dos murallas está relleno de escombros y cascotes. Se perciben huellas evidentes de un grandioso incendio; masas compactas de ladrillos ennegrecidos, piedras rotas, maderamen carbonizado y cenizas. Las casas, a lo largo de la muralla, han sido incendiadas hasta los fundamentos y los techos se han hundido sobre los enseres domésticos."

Garstang, después de haber llamado previamente a consejo a personas técnicas, publica el resultado de la segunda batalla arqueológica. La muralla interior sería, según él, la más reciente, es decir, la que fue destruida por Israel. Así prosigue la polémica sobre las murallas de Jericó. Garstang deduce que la destrucción del cinturón interior de murallas debió de ocurrir hacia el año 1400 antes de J.C.

El padre Hugues Vincent, notable arqueólogo y uno de los excavadores de Jerusalén que más éxitos han obtenido, estudia los datos de los hallazgos y señala como fecha de destrucción del recinto amurallado la de los años 1250 a 1200 antes de J.C. A pesar de cuantos argumentos se han esgrimido en contra, ésta es hoy día la fecha generalmente admitida.

Jericó resulta para los arqueólogos un hueso duro de roer. Débese ello a la falta de los indicios más importantes: los fragmentos de cerámica. Las casas destruidas están vacías. Hemos de dejar a la intuición de los expertos el problema de la aclaración de la época. En todo caso resulta evidente que las murallas de Jericó han existido y que en ellas pueden percibirse perfectamente las huellas de un incendio. "Pues a la ciudad la quemaron con fuego con todo cuanto en ella había."

Pero, ¿qué fue en realidad lo que produjo la ruina de las murallas? "Y tocaron las trompetas — se dice en el célebre versículo frecuentemente citado—. Y cayeron las murallas." Después de un examen minucioso de los restos de sus ruinas, Garstang observó algo sumamente curioso. Las piedras del cinturón exterior se habían deslizado por la pendiente, es decir, hacia la parte exterior, y, en cambio, la muralla interna, esto es, la que rodea la cumbre del montículo, se había desplomado exactamente en sentido contrario, o sea hacia el interior de la ciudad. Al caer había sepultado los edificios levantados junto a ella. Los muros presentaban, además, muchas grietas y resquebrajaduras.

Todos estos indicios, según el criterio de Garstang, llevan a la conclusión de que seguramente un terremoto asoló la ciudad. Según indican las cartas geofísicas, la comarca de Jericó está situada en una zona de alta sismicidad de la Tierra, zona que atraviesa el Asia pasando por el Himalaya y el Tibet 2.

Jericó era la primera plaza fuerte de la Tierra de Promisión. El subsiguiente camino seguido por los hijos de Israel a través de Canaán lo han podido descubrir exactamente los arqueólogos en los demás emplazamientos en que se han realizado excavaciones.

Aproximadamente a 20 kilómetros al sudoeste de Hebrón estaba situada la bíblica Dabau. Protegida por un fuerte recinto amurallado dominaba el Negueb. Las excavaciones realizadas, desde 1926, por los americanos, bajo la dirección de W. F. Albright y de M. G. Kyle, encontraron allí, en el Tell Beit Mirsim, una capa de cenizas



y grandes destrucciones. La capa de cenizas contiene fragmentos de cerámica que, evidentemente, proceden de finales del siglo XIII antes de J.C. Directamente encima de la capa de cenizas existen huellas de un nuevo poblado de Israel. "Josué, y todo Israel con él, se volvió contra Debir y la atacó..." (Jos. 10:38).

A la distancia de 45 km. en dirección sudoeste de Jerusalén, es identificado el bíblico Lakís, que, para Canaán, debió de ser una ciudad extraordinariamente grande. Después, en Tell ed-Duweir, una expedición inglesa, bajo la dirección de James Lesley Starkey, encuentra, en los años próximos al 1930, unas 24 fanegas de superficie edificada que en tiempos antiguos, estuvo protegida por fuertes bastiones. También esta ciudad cayó víctima de un incendio destructor. Una ánfora, hallada entre las ruinas, lleva una inscripción que menciona el "año 4°" del faraón Merenptah; ¡lo cual corresponde al año 1230 antes de J.C.! "Y el Señor entregó a Lakís en las manos de Israel" (Jos. 10:32).

En el Museo de El Cairo existe una lápida procedente de un templo funerario de Tebas. en la cual se canta y celebra la victoria del faraón Merenptah sobre los libios. Para aumentar su gloria se citan otras hazañas que el soberano ha realizado. Así se dice, al final del canto: "Canaán ha sido capturado con todos los malos. Ha sido apresado Asquelón, ocupado Guezer, destruido Jenom. El pueblo de Israel está desconsolado, pues no tiene descendientes; Palestina fue como viuda para Egipto."

Este poema triunfal, escrito en el año 1229 antes de J.C., es un documento muy valioso bajo muchos conceptos y también pone en claro muchas cosas. En él vemos, por primera vez en la historia de la Humanidad, citado como "pueblo" a Israel y, además, relacionado con nombres de ciudades de Palestina, prueba cierta ante la cual no puede dudar el más empedernido escéptico de que Israel, alrededor del año 1229 antes de J.C., ya estaba establecido en Canaán y no era desconocido.

Israel, poco antes del año 1200 antes de J.C., había alcanzado la tan suspirada meta, es decir, Canaán, pero no dominaba el país, Los restos de los incendios señalan la ruta seguida y dan a conocer una estrategia muy hábil. Las más formidables fortalezas de Guezer y de Jerusalén fueron esquivadas por Josué. Evidentemente desarrollaba un plan según el principio de la menor resistencia. También las fructíferas llanuras y los valles de los ríos están en manos de los cananeos y permanecen en ellas durante muchas generaciones. A Israel le faltan armas para oponerse a los temibles carros de combate; le falta la técnica y la experiencia en la lucha contra ciudades fuertemente defendidas. Pero ha tomado pie en las regiones menos pobladas, es decir, en el quebrado país a ambos lados del Jordán que está en su poder.

La misión de Josué ha quedado cumplida: anciano ya, expira y es sepultado "en el término de su heredad en Timnat-Seraj, situada en la montaña de Efraim, al norte de la montaña de Gaas" (Jos. 24:30). El texto griego (Ixx 24:30 b) contiene sobre esto una observación muy importante:

"Junto a su cuerpo fueron colocados, en la tumba que para él se labró, los cuchillos de piedra con los cuales había circuncidado a los israelitas en Guilgal." En Guilgal, en el camino entre el Jordán y Jericó, según la tradición, se practicaba el rito de la circuncisión haciendo uso de "cuchillos de piedra." "Ahora bien, todo el pueblo que salió estaba circuncidado, mientras que el nacido en el desierto en el viaje, tras su salida de Egipto, no había sido circuncidado" (Jos. 5:5). A 15 kilómetros de distancia al

noroeste de Betel está situada Kefr Ishu'a, "da aldea de Josué." En las rocas de los alrededores pueden verse tumbas. En el año 1870, en una de estas tumbas, fueron hallados numerosos cuchillos de piedra...

\*\* \*\* \*

1. Es evidente que no se puede prescindir del aspecto preternatural que aparece en el Texto Sagrado cuando describe este hecho, que nos le presenta como manifestación extraordinaria de la Providencia divina que dispone todos los elementos y fuerzas de la naturaleza que él ha creado para realizar sus planes. Cfr. B. Orchard..., o. c., pág. 691 (N. del T.).

2. Véase la nota 1. "Aunque se admita la influencia de esas causas (aquí el terremoto) no es menos evidente la intervención de Dios." B. Orchard..., o. c., pág. 295.

## 2. Bajo Débora y Gedeón.

Israel se hace sedentario. — Trabajos de exploración en la región de las montañas. — Cabañas en vez de palacios. — Débora fomenta la rebelión. — Combate en la llanura de Yezreel. — Victoria sobre los "carros de hierro." — Vasijas de Israel en Meguido. — Ataques de los bandidos del desierto. — la táctica salvadora de Gedeón. — Por primera vez, los camellos en una batalla. — El camello domesticado, nuevo medio de transporte para largas distancias.

**DIO, PUES, YAHVÉ A ISRAEL LA TIERRA ENTERA, QUE A SUS PADRES HABÍA JURADO DAR; LA OCUPARON Y HABITARON EN ELLA (Jos. 21:41).**

Después de la conquista sucede algo muy extraño: las tribus de Israel toman posesión fija del territorio conquistado. Es decir, ya no serán más un típico pueblo nómada. Canaán ha sufrido siempre desde tiempo inmemorial los ataques de las tribus nómadas, pero estos ataques no dejaron de ser sino meros episodios. Las tribus hacían pacer allí sus rebaños algún tiempo, y después, un día cualquiera, desaparecían como habían venido. En cambio, el pueblo de Israel se convierte en un pueblo sedentario, cultiva los campos y rotura los bosques. "...Si sois pueblo numeroso, subid al bosque y haceos allí tala en tierra del perezco..." (Jos. 17:15). Abandonan las tiendas y construyen casuchas y en el país conquistado se establecen en las ruinas de las casas. En los estratos incendiados descubiertos en Debir, Bet-Semes y Bet-El se encontraron restos de su ajuar primitivo y pobre.

La ruptura con los tiempos pasados queda patente en las excavaciones. Allí donde en otro tiempo habían estado emplazadas las viviendas de los patriarcas y los palacios de los señores feudales se levantan ahora rústicas chozas y vallados. Las macizas murallas muestran varias reparaciones realizadas en ellas. Las nuevas construcciones de los hijos de Israel son de paredes delgadas de mampostería. La construcción de nuevas obras de defensa hubiera requerido trabajos forzados y nada es tan odioso para los israelitas que verse forzados a algo. Se consideran libres, es decir, campesinos independientes. Según se dice en el Libro de los Jueces, "cada uno hacia lo que le parecía" (Juec. 17:6).

Hasta la palabra siervo, tan común en Canaán, se utiliza entre los israelitas en sentido diametralmente opuesto, es decir, en el de hombre libre. En el sistema feudal de los señores de las ciudades trabajaban los esclavos; en Israel son los hijos de las familias libres quienes realizan el trabajo del campo. El cabeza de familia es el padre, el patriarca. Innumerables son las nuevas colonias que van apareciendo. Los arqueólogos encuentran sus huellas por todo el terreno accidentado. Poca cosa es, por otra parte, lo que de ellos se ha conservado, ya que el primer material de construcción utilizado consiste en ladrillos secados al sol y los edificios que con ellos se levantan no son de gran duración.

Los israelitas realizan en las montañas un verdadero trabajo de exploración. Las comarcas que no eran habitables, las regiones sin fuentes y sin ríos son cultivadas. Por más extraño que parezca, el moderno estado de Israel ha puesto de nuevo en servicio las realizaciones de la técnica utilizada por sus antepasados. Aquéllos cavaron cisternas en el suelo para recoger las aguas procedentes de la lluvia, que eran recubiertas interiormente por un revestimiento a base de cal, de composición desconocida. Estas instalaciones estaban construidas tan sólidamente que resistieron el desgaste ocasionado por el paso de miles de años.

Israel se afincó en la nueva patria con sus colonos y campesinos, tal como se describe en el Libro de los Jueces. En constante lucha con sus vecinos y disputando entre sí, va acrecentándose su fuerza guerrera y su experiencia. La Biblia da cuenta de las negociaciones celebradas con los moabitas los amonitas y las tribus arameas de los desiertos de Siria, así como de sangrientas guerras y de la lucha de las tribus contra Benjamín (Juec. 20). Bet-El se hallaba situado en el territorio de Benjamín; Albright desentierro en este lugar cuatro capas de restos procedentes de épocas comprendidas entre los años 1200 a 1000 antes de J.C.

Estos años, de grandes conmociones, correspondientes a la primera colonización, han sido descritos en forma impecable en tres relatos del Libro de los Jueces: en el canto de Débora, en el de la historia de Gedeón y en el de las hazañas de Sansón. El fondo de estas "historias piadosas" son los hechos acontecidos en aquella época, los cuales, de acuerdo con recientes investigaciones, permiten ser fechados con bastante exactitud. Cuando penetró en la Tierra Prometida hacia el año 1230 antes de J.C., Israel tuvo que contentarse con las montañas... "pues no pudo expulsar a los habitantes de la llanura, que tenían carros de hierro" (Juec. 1:19).

Casi cien años más tarde las cosas cambian por completo de aspecto. Las tribus establecidas en las montañas de Galilea tienen que prestar servicio de servidumbre a los cananeos, entre ellas la de Isacar, que, en la Biblia, es designada en forma burlesca con el nombre de "asno huesudo." Tiene que llevar "su espalda doblegada, es un siervo tributario" (Gen. 49:14-15).

Desde Galilea estalla la insurrección contra la tiranía. El impulso da una mujer llamada Débora. Excita a las tribus de Israel a la liberación. De ella es aquel canto maravilloso, que ha llegado hasta nosotros y que recitó ante el pueblo congregado al efecto.

Baraq, de la tribu de Isacar, se pone al frente del movimiento liberador; otras tribus se adhieren; un grueso ejército se reúne. Entonces Baraq realiza algo decisivo aquello que jamás se atrevió a hacer Israel: sale al encuentro del enemigo, hasta entonces tan temido, en la llanura: "Baraq bajo entonces del monte Tabor, seguido de diez mil hombres" (Juec. 4:14). El escenario es la amplia y fructífera llanura de Yezreel entre las montañas de Galilea en el Norte y las de Samaria en el Sur, país de ilimitada soberanía de los príncipes cananeos y de señores feudales. Allí les espera un fuerte ejército de cananeos. "Combatieron entonces los reyes de Canaán, en Tanak, junto a las aguas de Meguido" (Juec. 5:19), y acontece lo jamás visto... ¡Israel sale vencedor! Por primera vez han logrado derrotar en campo abierto a los carros de combate. El camino está abierto; Israel ha demostrado que ahora es ya superior a la táctica guerrera de los cananeos.

Dos montículos de escombros en la llanura de Yezreel conservan los restos de Tanak y, diez kilómetros más lejos, los de Meguido. La importancia de ambas ciudades fluctúa varias veces. Hacia el año 1450 antes de J.C., es Tanak una gran ciudad, pero con una pequeña guarnición egipcia. Alrededor del 1150 antes de J.C. es destruida y abandonada por sus habitantes. El largo tiempo que permanece abandonada origina la ruina de la ciudad; pero hacia el año 1100 antes de J.C. es reconstruida y poblada de nuevo. Notable es el arte de la construcción de cerámica de los nuevos pobladores; grandes vasijas de barro para guardar las provisiones, exactamente de la misma clase que las empleadas por nuestros días en las tierras de Israel.

Los arqueólogos encontraron más vasijas en otros poblados de las montañas de Samaria y de Judea. Tanak es citado especialmente en el canto de Débora como lugar de la batalla. La alusión de "junto al agua de Meguido" sirve para fijar con mayor exactitud su situación. Meguido mismo, cuya agua es la fuente de Quisón, seguramente no existiría entonces.

Entre los hallazgos arqueológicos y los datos facilitados por la Biblia puede procederse a fijar la época en que tuvo lugar la primera batalla contra el cuerpo de carros de combate de Canaán; debió de ocurrir entre la destrucción y la reconstrucción de Meguido, es decir, hacia el año 1125 antes de J.C.

La historia de Gedeón da cuenta del segundo triunfo de Israel. Desde las tierras de Oriente avanza un día algo nuevo, desconocido y terrible sobre Israel. Las hordas de nómadas madianitas avanzan, montadas en camellos, sobre la tierra, desvalijando, matando y destruyéndolo todo. "Ellos y sus camellos eran innumerables y venían al país para devastarlo" (Juec. 6:5). Durante largos años se halla Israel expuesto, inexorablemente, a los ataques de los madianitas. Después surge Gedeón, el libertador. Emplea con éxito, según explica detalladamente la Biblia (Juec. 7:20 y sigs.), una nueva táctica de sorpresa ante la cual los madianitas huyen y dejan tranquilos a los israelitas en el futuro.

En las épocas de guerra surgen a veces inventos que después tienen aplicación práctica y pacífica. El nuevo "invento" que causó tanto terror a los israelitas en los ataques de que eran objeto por parte de los madianitas ¡era el empleo de camellos domesticados!

El camello domesticado es, en el mundo antiguo, algo completamente nuevo; aunque parezca raro, los pueblos de la edad del bronce no los conocieron. Los textos egipcios jamás los mencionan. Ni en Mari, a pesar de su gran proximidad al gran desierto de Arabia, se encontró mención alguna de ellos en los archivos, que contienen innumerables documentos. Tenemos que suprimir el camello de nuestras representaciones de la vida y de las relaciones del mundo en el Antiguo Oriente. También en el Génesis tuvo que ser añadido más tarde. Así, por ejemplo, la bella escena en la cual vemos por primera vez a Rebeca en su ciudad natal de Najor, ha recibido adiciones y cambios. Los "camellos" de Abraham, su futuro suegro, en realidad no eran otra cosa que... asnos (Gen. 24:10 y siguientes). También eran asnos los que durante milenios llevaron en sus lomos el peso de valiosas mercancías por las grandes rutas comerciales... hasta que el manso camello los substituyó.

En qué época tuvo lugar la domesticación del camello es cosa que resulta imposible determinar con exactitud. Pero existen algunos puntos de referencia. En el siglo XI antes de J.C. aparece citado el camello en los textos de las tablillas cuneiformes y en los bajos relieves, y desde entonces son mencionados con mucha frecuencia. Alrededor de esta época debió ocurrir lo que narra la historia de Gedeón. ¡Cuan grande debió de ser la impresión causada por la incursión realizada sobre camellos, considerados hasta entonces como bestias salvajes!

La tercera provocación constituye el mayor y más mortífero peligro para Israel: su choque con los filisteos.

### 3. Los Guerreros de Caftor.

"Krethi und Plethi." — Invasión de los pueblos del mar. — La gran caravana procede del mar Egeo. — Avance arrollador con carros tirados por bueyes y con naves. — Desaparece el reino hitita. — Ciudades costeras de Canaán incendiadas. — Movilización general junto al ?ilo. — El farasn Rams?s III salva a Egipto. — La gran batalla campal y naval. — Campos de concentración y cuestionarios de prisioneros de guerra. — Figuras de filisteos en bajos relieves egipcios.

¿NO HICE SUBIR A ISRAEL DEL PAÍS DE EGIPTO, COMO A LOS FILISTEOS DE CAFTOR Y A LOS SIRIOS DE QUIR? (Am. 9:7).

Con las fantásticas historias sobre el forzado Sansón, sus golpes de ingenio y sus hazañas nos ambientamos en la época.

¡Filisteos! Su nombre se incorporó con diversos significados al tesoro lingüístico del mundo moderno. Así decimos: "¡Es un perfecto filisteo!" o bien hablamos del "gigante Goliat," que era uno de ellos. En alemán es frecuente decir, por ejemplo: "Krethi und Plethi" (palabras equivalentes a nuestro español "fulano y zutano"), sin pensar que tales palabras significan "cretenses y filisteos." ¿Quién no conoce la trágica historia de los amores de Sansón y Dalila, la cual le denuncia a los filisteos? ¿Quién no recuerda la fuerza sobrehumana de Sansón, que domina a los leones con su mano, mata a mil

filisteos con una quijada de asno y, ciego y finalmente abandonado por su amada, llevado por su indomable cólera, derriba un templo sobre los filisteos? Y, sin embargo, son pocos los que tienen conciencia de cuan poca cosa sabemos sobre los tan cacareados filisteos.

El pueblo de los filisteos, que tan decisivo papel desempeñó en la vida de Israel, estuvo durante mucho tiempo rodeado del misterio. Sólo en época reciente se consiguió levantar un poco el velo sobre este problema. Gracias a los resultados laboriosamente obtenidos por la investigación su conocimiento va siendo cada vez más claro. Los fragmentos de cerámica, las inscripciones que aparecen en los templos y los estratos de sucesivos incendios forman un mosaico que corresponde a su primera aparición en escena, trágica sin igual.

Noticias espantosas preceden a la llegada de los extranjeros; los correos aportan malos augurios respecto a los desconocidos que viven en los confines del espacio vital del Viejo Mundo, en las costas de Grecia. Avanzan en carretas tiradas por bueyes, vehículos toscos con ruedas en forma de discos, arrastrados por arqueados bueyes, cargados con los enseres domésticos y las provisiones, acompañados de mujeres y de niños. Los preceden hombres armados. Llevan escudos redondos y espadas de bronce. Una gran nube de polvo los envuelve, pues son muchos, innumerables. De dónde vienen es cosa que nadie sabe. En el Mar de Mármara es donde se les ve por primera vez y desde allí prosiguen su ruta hacia el Sur, a lo largo de las costas del Mediterráneo. Sobre las verdes olas del mar navega una formidable flota en la misma dirección: enjambres de naves con hombres armados a bordo.

Incendios, ruinas y campos devastados son el terrible rastro que dejan tras de sí cuando han pasado. Nadie ha conseguido detenerlos, pues rompen toda resistencia. En Asia Menor caen las ciudades y los poblados ante su empuje arrollador. La formidable fortaleza de Hattusas, junto al río Halis, es destruida, y saqueadas las magníficas yeguas de Cilicia. Los tesoros de las minas de plata de Tarso son objeto de pillaje. A los talleres de las minas situados junto a los yacimientos metalíferos les roban el secreto, tan celosamente guardado, de la fabricación del metal más valioso de aquella época... el hierro. Ante golpes tan duros se quiebra una de las tres grandes potencias del segundo milenio antes de J.C., ¡desaparece el gran imperio de los hititas!

Una flota de los conquistadores extranjeros desembarca en Chipre y ocupa la isla. Los que avanzan por el continente van siguiendo su ruta, penetran en el norte de Siria, llegan a Karkemisch, que se halla junto al Éufrates, y remontan el valle del Orontes. Las ricas ciudades fenicias caen dentro de la tenaza formada por las fuerzas de mar y de tierra. Ugarit, Biblos, Sidón, luego Tiro, ceden ante el impulso de los invasores. Los incendios destruyen las ciudades de las fértiles llanuras de la costa de Palestina.

Situados en sus campos y praderas del país de las montañas, los israelitas han visto sin duda pasar aquella horda destructora, aunque la Biblia nada nos dice sobre el particular. En realidad Israel no ha sido afectado; lo que allá abajo está en llamas son las fortalezas de los odiados cananeos.

Entre tanto, la avalancha va extendiéndose por el mar y por la tierra dirigiéndose hacia el Nilo, hacia Egipto...

En Medinet Habu, al oeste de Tebas, junto al Nilo, se hallan las imponentes ruinas del magnífico templo de Amón del tiempo de Ramsés III, de los años 1195 a 1164 antes de J.C. Sus puertas en forma de torres, los altos obeliscos, los muros en los patios y en los atrios están cubiertos de bajos relieves y de inscripciones. Miles de metros cuadrados de documentos históricos grabados en la piedra. El templo todo es un documento gigantesco que hace relación a las expediciones guerreras del faraón, escrito con palabras e imágenes por el cronista de la corona; en él se narran los acontecimientos que en aquella época tuvieron lugar junto al Nilo.

Cuan grande era el temor y cuan inminente el peligro a que Egipto se hallaba expuesto, aparece claramente en estos comunicados. Preocupado y lleno de temor anuncia uno de los textos: "Año octavo, durante el reinado de Su Majestad Ramsés III... Ningún país podía oponer resistencia a sus armas. El reino hitita, Code 1, Karkemisch... y Chipre... fueron destruidos de un solo golpe... Llevaron a la perdición a sus pobladores y sus países quedaron como si nunca hubiesen existido. Estaban en marcha hacia Egipto... Pusieron sus manos sobre los países de todo el ámbito del mundo. Sus corazones estaban llenos de confianza y de seguridad: "¡Nuestros planes se realizarán!"

Ramsés III reaccionó en forma febril; como preparación para la lucha ordena la movilización general. "Organicé mis fronteras... armé contra ellos a príncipes, comandantes de las guarniciones y guerreros. He preparado las desembocaduras del río en forma de fuerte muralla con navíos de guerra, con galeras y con naves costeras... bien equipadas, desde la proa a la popa, con valientes guerreros que llevaban sus armas. Las tropas estaban formadas por los hombres más escogidos de Egipto. Eran cual rugientes leones en las cimas de las montañas. Las fuerzas de carros de combate consistían en corredores elegidos entre los más hábiles y avezados. Los caballos volaban con todo empuje, dispuestos a triturar, con sus herraduras, a los extranjeros..."

Con una enorme potencia bélica, con todos los hombres en edad de tomar las armas que Egipto puede reunir, sale Ramsés III a dar la gran batalla contra las legiones extranjeras. Las inscripciones no dan detalles concretos acerca de la batalla en sí misma. Como de costumbre los comunicados de guerra egipcios se limitan también en este caso a cantar himnos de alabanza a los vencedores. "Sus tropas — así se dice de Ramsés III — son como toros dispuestos en el campo de batalla; sus caballos son como halcones entre pequeños pájaros..."

Pero un gran bajo relieve pone ante nuestros ojos, al cabo de 3.000 años, la terrible lucha; los comandos bien armados de los carros de combate egipcios irrumpen sobre la masa de los enemigos. Terrible es la carnicería que causan entre las mujeres y los niños de los pesados carros tirados por bueyes. La victoria está ya decidida; los soldados egipcios saquean las carretas de bueyes.

Egipto ha ganado una guerra de importancia histórica; las fuerzas de infantería enemigas han sido aniquiladas. Sobre un carro ligero vuela Ramsés III a la costa, pues el enemigo, con sus naves, ha penetrado en las desembocaduras del río.

La gran batalla naval está también representada y eternizada en el templo de Medinet Habu, en un gran bajo relieve de piedra; "en bandadas se han acercado las naves enemigas. Poco antes de ocurrir el choque el viento ha calmado repentinamente, las velas son arriadas. Esto significa para los enemigos un grave contratiempo. Sus navíos se encuentran así imposibilitados para maniobrar. Sus guerreros están dispuestos a la lucha pero sin defensa; empuñan lanzas y espadas, que sólo sirven para la lucha cuerpo a cuerpo, cuando las naves se colocan junto a otras, dispuestas para el abordaje. La calma del viento da a los egipcios la ocasión de la victoria. Sus navíos, movidos por remeros, se acercan a los enemigos colocándose a conveniente distancia; entonces se da la orden a los arqueros de disparar. Una mortífera lluvia de flechas cae sobre los extranjeros, que, atravesados por ellas, caen en grandes masas sobre el agua. Los cuerpos de los heridos graves y de los muertos son arrastrados por la corriente. Cuando el enemigo ha sido diezmado y la confusión ha llegado a su punto álgido, los egipcios se les acercan a golpes de remo y echan a pique a las naves enemigas. Los que han salido vivos de la lluvia de flechas y de las olas son degollados en la vecina orilla o hecho prisioneros."

Ramsés III ha logrado apartar de Egipto la mortífera amenaza por medio de dos batallas, una terrestre y otra marítima; es una victoria que no tiene igual en la antiquísima historia de la tierra del Nilo.

Para formar un inventario de la victoria, a los muertos y a los heridos se les cortan con toda crueldad las manos, las cuales se amontonan formando montañas. Así se calcula el número de los enemigos destruidos. Las inscripciones nada dicen de la suerte que les cupo a las mujeres ni a los niños. Los bajos relieves muestran los primeros campos de concentración de la historia. Los guerreros derrotados son reunidos en ellos.

Lo que experimenta la gran masa de los prisioneros es, en primer lugar, lo mismo que lo que les sucede hoy día: ordenados en hileras y en escuadrones, esperan, sentados en el suelo, su interrogatorio. Ni siquiera falta el tan detestado "cuestionario": los oficiales egipcios dictan a los escribanos las declaraciones de los prisioneros. Sólo una cosa era entonces distinta de ahora. Si hoy día se les pinta con color al óleo en la chaqueta las iniciales ? W o ? G 2, allí se les marcaba con fuego el nombre del Faraón en la piel. Esto resultaba más duradero.

A los jeroglíficos de los más antiguos "cuestionarios" del mundo les tenemos que agradecer el primer relato histórico del célebre pueblo bíblico de los filisteos.

Entre los "pueblos del mar," como designan los egipcios a los conquistadores extranjeros, una estirpe ocupa un rango especial: los pelesets o Prst. ¡Son los filisteos del Antiguo Testamento!

Los artistas egipcios saben representar la maravilla de la fisonomía de los extranjeros, los cuales se diferencian entre sí en sus rasgos más característicos. Así los bajo relieves de Medinet-Habu representan con gran fidelidad los rostros de los filisteos bíblicos. Parecen realmente fotografías grabadas en la piedra hace tres mil años. Las figuras altas y esbeltas sobrepasan a las de los egipcios por la altura de la cabeza. Reconocemos en seguida la característica especial de su indumentaria y de sus armas, de su modo de



comportarse en la lucha. Si en vez de los soldados egipcios nos imaginamos a los hijos de Israel, se tendrá una fiel imagen de las luchas que algunos años más tarde tuvieron lugar en Palestina y que alcanzaron su punto álgido hacia el año 1000 antes de J.C. bajo los reyes Saúl y David.

\*\* \*\* \*

1. Code comprende los territorios costeros de Cilicia y norte de Siria.

2. Iniciales de "Prisoners of War" o de "Kriegsgefangener," es decir, de prisioneros de guerra en inglés y en alemán.

4. Bajo el Yugo de los Filisteos.

Los filisteos en la costa. — Objetos de cerámica con dibujos de cisnes. — Jarros de cerveza con filtros. — Monopolio del hierro severamente protegido. — Los filisteos ocupan el país de la montaña. — Huellas de incendios en Silo. — Decisión de un rey en gran apuro. — Allembly vence siguiendo la táctica de Saúl. — Sorpresa de los turcos. — Albright encuentra la fortaleza de Saúl. — Dos lugares de culto en Bet-Sean. — Fin de Saúl.

**MAS LOS ISRAELITAS VOLVIERON A OBRAR LO MALO A LOS OJOS DE YAHVÉ. QUIEN LOS ENTREGÓ EN MANOS DE LOS FILISTEOS POR ESPACIO DE CUARENTA AÑOS (Juc. 13:1).**

En el año 1188 antes de J.C. los filisteos sufrieron la gran derrota infligida por Ramsés III. Trece años más tarde se habían establecido en la llanura de la costa del sur de Canaán, en la fértil llanura parda que se extiende entre las cordilleras de Judá y el mar. La Biblia cita las cinco ciudades dominadas por ellos: Asquelón, Azoto, Acarón, Gat y Gaza (I Sam. 6:17). Cada una de estas ciudades y la tierra próxima, cultivada por soldados al mando de un oficial, es regida por un señor que es independiente y libre. Sin embargo, en las cuestiones políticas y militares los cinco soberanos actúan en común. Al contrario de lo que acontece con las tribus de Israel, los filisteos forman una unidad en todas las cuestiones importantes. Esto es lo que les hace tan fuertes.

El cronista bíblico da cuenta de otras tribus de pueblos del mar que vinieron al país junto con los filisteos y se establecieron en la costa: "He aquí que yo extenderé mi mano sobre los filisteos y extirparé a los cretenses y haré perecer al resto de los del litoral" (Ez. 25:16). Creta es una isla del Mediterráneo situada muy lejos de Israel. Desde que tenemos conocimiento por la historia extrabíblica de la irrupción de los "pueblos del mar" en Canaán, se ha aclarado el sentido en otro tiempo oscuro de estas palabras, pudiendo apreciar que ellas esbozan la verdadera situación de aquel tiempo. Coincidiendo con la aparición de los filisteos en Canaán surge una cerámica muy característica. Se diferencia completamente de las vasijas de barro que hasta entonces estuvieron en uso tanto en las ciudades de Canaán como en los pueblos de Israel en la región montañosa. En todos los dominios de las cinco ciudades que estaban en poder de los filisteos — y sólo allí — se halló esta clase de cerámica en las excavaciones. Es, por tanto, evidente que los filisteos se fabricaban sus propios utensilios.

El primer hallazgo de fragmentos de cerámica de los filisteos causó sorpresa entre los arqueólogos. La forma, el color y el dibujo ya habían sido hallados en otra parte.

Los jarros y tazas de color siena, pintados en rojo y en negro con signos geométricos y figuras representando cisnes que se limpian las plumas, ya los conocían de Micenas. Desde el año 1400 antes de J.C. la cerámica de los fabricantes de Micenas era muy apreciada en el Viejo Mundo y el comercio había inundado de ella a todos los países. Esa exportación de Grecia terminó algunos decenios anteriores al año 1200 antes de la era cristiana debido a la destrucción de Micenas. Los filisteos tenían que haber llegado de Micenas. En Canaán reemprendieron la fabricación en la cual tan adiestrados estaban. "¿No hice subir a Israel del país de Egipto, como a los filisteos de Caftor...?" (Am. 9:7). "Caftor" es Creta, la gran isla situada junto a Grecia.

Las vasijas de los filisteos ilustran, además, otro hecho interesante, que la Biblia da, asimismo, a entender. Muchas de las magníficas ánforas van provistas de un filtro que no deja duda alguna sobre su utilización. Son típicos jarros de cerveza. El filtro servía para retener las pieles de los granos de cebada que nadaban en la cerveza y, al bebería, hubieran podido penetrar fácilmente en la garganta. En los poblados de los filisteos se han encontrado a montones jarros de cerveza y de vino. Debieron de ser, por tanto, grandes bebedores. Las libaciones se mencionan también en la historia de Sansón (Juec. 14:10; 16:25), donde se hace especialmente hincapié en el hecho de que el héroe no bebía alcohol.

La cerveza no es, sin embargo, una invención de los filisteos. Las primeras fábricas de cerveza existían ya en el antiguo Oriente. En las cantinas de Babilonia se expendían hasta cinco clases de cerveza: negra, clara, nueva, de barril y, para la exportación y los viajes, una cerveza mezclada llamada "cerveza de miel." Esta última era un extracto concentrado raíces que se conservaba durante mucho tiempo. Bastaba mezclarlo con agua para que la cerveza quedara lista... una especie de modelo de la moderna cerveza seca para los trópicos.

Mucho más importante fue, sin embargo, otro descubrimiento. Los filisteos fueron los primeros que en Canaán poseyeron el hierro en grandes cantidades. Sus tumbas contienen armas, utensilios y adornos de dicho metal, tan raro en aquella época y, por tanto, precioso. Y así también trabajaban el hierro como la cerámica de Micenas. Las primeras herrerías de Canaán debieron de establecerse en el territorio ocupado por los filisteos. Éstos trajeron el secreto de la fundición de metales como botín obtenido en sus correrías a través de toda el Asia Menor, donde, hasta el año 1200 antes de Jesucristo, los hititas fueron los primeros productores de hierro en el mundo.

La fórmula robada la conservan los príncipes filisteos como las niñas de sus ojos. Esto constituye para ellos un monopolio con el cual realizan grandes negocios. Israel, en los primeros tiempos de su establecimiento en las montañas, es un pueblo demasiado pobre para poder adquirir hierro. La falta de aperos de labranza de hierro, de clavos para la construcción de sus moradas y armas, constituye para ellos una gran desventaja. Cuando los filisteos ocuparon también las montañas, probaron la fabricación de nuevas armas. Pero prohibieron a los israelitas el laboreo de este metal. "Ahora bien, no se encontraba

un herrero en todo el territorio israelita, pues los filisteos habían dicho: "Para que no fabriquen los hebreos ni espadas ni lanzas." De suerte que todos los israelitas tenían que bajar donde los filisteos para afilar sus respectivas rejas de arado, azadones, hachas y aguijadas respectivos" (I Sam.. 13:19-20).

Provistos de las armas más modernas, duchos y experimentados por sus continuas expediciones guerreras, y muy bien organizados desde el punto de vista político, el pueblo conquistador de los filisteos se halla establecido, hacia el año 1200 antes de J.C., en la costa occidental. Su finalidad es la misma que persigue Israel: ¡el dominio de Canaán!

Las hazañas de Sansón tienen carácter legendario (Juec. 14-16). Pero en ellas se ocultan grandes hechos históricos. Los filisteos empiezan a presionar y a extender la ocupación hacia el Este.

Entre la planicie de la costa y las montañas de Judá existe una hilera de colinas separadas de la región montañosa por valles longitudinales. Uno de éstos es el llamado valle de Soreq. Sansón vivía en Sorá (Juec. 13:2), y, no lejos de allí, se casó con la hija de un filisteo en Timna (Juc. 14:1). Allí mismo vivía Dalila (Juec. 16:4). A través de este valle devolvieron más tarde los filisteos el arca robada (I Sam.. 6:12 y sigs.). La penetración de los filisteos en el país de las colinas delante de las montañas de Judá constituye el primer acto de dominio, al cual, años después, seguirá la gran expedición guerrera contra Israel.

**Y SALIERON LOS ISRAELITAS A COMBATIR CONTRA ELLOS, A COMBATIR JUNTO A EBEN-HA-EZER. MIENTRAS LOS FILISTEOS ASENTARON EN AFEQ (I Sam.. 4:1).**

Afeq se hallaba situada en el límite norte del territorio que estaba bajo la soberanía de los filisteos. Una colina de ruinas, denominada Tell el-Muchmar, situada junto al curso superior de un río que desemboca en el mar, al norte de Jaffa, guarda los restos de lo que fue la ciudad. Afeq tenía una posición estratégica sumamente favorable, situada como estaba en el camino que conduce a las montañas de la parte central de Palestina, donde se hallaban establecidos los israelitas. Frente a Afeq, en el borde montañoso, estaba situada Eben-Ezer, donde se encontraron los ejércitos en lucha. En el primer combate, los filisteos obtuvieron la victoria. Al verse en situación comprometida los israelitas mandan en busca de su tabernáculo, el arca de la Alianza, que se halla en Silo. En una segunda batalla son derrotados por los filisteos, que eran más numerosos. El ejército de Israel se dispersa y los vencedores se llevan el arca sagrada como botín (I Sam.. 4:2-11).

El país de las colinas es ocupado, se procede al desarme de Israel y, en la región de las diversas tribus, se establecen puestos de guardia (I Sam.. 10:5; 13:3).

En el primer asalto los filisteos han alcanzado su objetivo: la Palestina central está en sus manos.

En el avance de los filisteos las cosas debieron desarrollarse en forma muy dura, cual lo dan a entender los numerosos testimonios de aquella época. El santuario de Silo, que Israel había construido para depositar el arca de la Alianza, fue destruido por las llamas.

Unos 22 kilómetros más al sur de Sikem se halla situado Seilún, antiguamente la floreciente ciudad de Silo. Sobre una colina, en las proximidades de aquel lugar, se hallaba situado el recinto sagrado, centro de peregrinaciones para Israel (Jos. 18:1; Juec. 21:19), y en cuyo lugar, en el transcurso de los tiempos, cristianos y mahometanos han erigido monumentos conmemorativos.

En los años 1926 a 1929 empieza, en este lugar, sus excavaciones una expedición danesa que dirige el arqueólogo H. Kjaers. Las ruinas de Silo muestran un claro estrato de demolición que hay que poner hacia el año 1050 antes de J.C.: son los restos de la victoria de los filisteos sobre Israel. Las ruinas de Silo duraron sin duda mucho tiempo, ya que, cuatro siglos después de la destrucción, el profeta nos dice sobre ellas:

"Id, pues, a mi morada de Silo, donde estableciera mi nombre al principio, y ved lo que hice con él a causa de la maldad de mi pueblo" (Jer. 7:12).

Otros lugares del país de las montañas de Judá nos hablan también de la suerte de Silo. Los arqueólogos encontraron en Tell Beit Mirsim, junto a Hebrón, el bíblico Debir, y en Beth-Zur, al sur de Jerusalén, huellas de cenizas, que constituyen pruebas fehacientes de esta suposición.

Hacia el año 1050 antes de J.C. es amenazada la existencia de Israel; éste ve en peligro los frutos de sus conquistas y de su trabajo de colonización realizados durante doscientos años. Corre el peligro de caer bajo el yugo de los filisteos en una esclavitud sin esperanza. Israel sólo tiene un medio de enfrentarse con tan terrible peligro: obrar con decisión para convertir en una fuerte unidad los flojos lazos de las diferentes tribus. Bajo la mortífera presión del mundo que les rodea, Israel se convierte en una nación. Las formas de gobierno de aquella época sólo dejaban una posibilidad: la monarquía. La elección recae en Saúl, un benjaminita, célebre por su valentía y su elevada estatura (I Sam. 9:2); la elección es acertada, pues Saúl pertenece a la tribu más débil (I Sam. 9:21), y así las demás tribus no tienen motivo alguno de sentir envidia.

Saúl escoge como residencia la ciudad de Guibá (I Sam., 10:26; 11:4); reúne una pequeña tropa de hombres robustos y empieza una guerra de guerrillas (I Sam. 13:1 y sigs.). Por medio de ataques por sorpresa consigue sacudir el yugo de los filisteos sobre el territorio de sus tribus.

Que Saúl era un gran táctico tenía que comprobarse de nuevo al cabo de tres mil años; un ejemplo demuestra cuan verídica es la Biblia hasta en los más pequeños detalles y cuan dignos de crédito son sus datos y sus tradiciones.

Al mayor británico Vivían Gilbert tenemos que agradecerle la descripción de un hecho verdaderamente insólito. En las memorias de su compañía 1 escribe: "En la primera guerra mundial, el ayudante de un general de brigada del ejército del general Allenby, en Palestina, buscaba una vez, a la luz de una vela, cierto nombre en su Biblia. Su brigada había recibido la orden de ocupar una aldea llamada Mikmás, situada más allá de un profundo valle, sobre unas peñas. El nombre le pareció conocido. Finalmente lo encontró en el capítulo 13 del libro de Samuel y entonces leyó: "Saúl, su hijo Jonatás y la gente que les acompañaba estaban asentados en Guibá de Benjamín, y los filisteos habían acampado en Mikmás."

Luego se describía como Jonatás y su armígero se dirigieron en plena noche hacia "la guarnición de los filisteos," para hacer lo cual pasaron junto a dos picos rocosos, "uno de un lado y oí lo del otro; el uno de nombre Boses y el otro Sene" (I Sam. 14:4). Escalaron la pendiente y vencieron a los que hacían la guardia "como en la mitad del espacio de una yugada de tierra." Al oír el tumulto despertaron al ejército enemigo, que, creyéndose cercado por las tropas de Saúl, "se disperso y emprendió la fuga, siendo derrotado" (I Sam.. 14:14-16).

Después atacó Saúl con todo su ejército y venció, "Así ayudó el Señor en aquel tiempo a Israel."

El ayudante reflexiona: este desfiladero, los dos picos sobresalientes y el "campo" deben de existir todavía. Despertó al comandante y volvió a leer con él aquel paisaje de la Biblia; se mandaron patrullas a reconocer el terreno, encontraron el paso, que estaba guarnecido por muy pocas fuerzas turcas, y pasó entre dos peñas que evidentemente debían ser las llamadas Boses y Sene; arriba, junto a Mikmás, a la luz de la luna, se veía un pequeño campo llano. El comandante varió entonces su plan de ataque. En vez de mandar a toda la brigada mandó sólo una compañía, a medianoche, a través del paso. Los pocos turcos sobre los cuales cayeron fueron dominados sin hacer ruido; se escalaron después las vertientes y, poco antes de rayar el alba, toda la compañía estaba en el campo de "media yugada de extensión."

Los turcos despertaron y huyeron a toda prisa, pues creían que el ejército del general Allenby le había cercado. Todos fueron muertos o hechos prisioneros.

"Y así, al cabo de varios milenios... — termina el mayor Gilbert—, una tropa británica imitó con éxito la táctica de Saúl y de Jonatás."

Las victorias de Saúl infundieron nuevo valor a Israel. La pesadilla del poderío de las fuerzas de ocupación cesa, pero sólo por breve tiempo. En la primavera que sigue los filisteos emprenden un contraataque.

Al finalizar el período de las lluvias invernales reúnen de nuevo sus tropas en Afeq (I Sam.. 29:1). Pero ahora proceden de manera distinta. Prescinden de su ataque a las montañas donde Israel conoce demasiado bien el terreno. Los príncipes filisteos se dirigen hacia el Norte a través de la llanura que se extiende junto a la playa, la llanura de Yezreel (I Sam. 29:11), escenario de la batalla de Débora "en Taanak, junto a las aguas de Meguido," y más hacia el Este, hasta casi la orilla del Jordán.

"Junto a la fuente de Yezreel" (I Sam. 29:1), es decir, la fuente de Harod al pie de las montañas de Guilboa... ¡el rey Saúl y sus huestes arriesgan un encuentro en la llanura! El resultado fue un desastre. Ya en el primer ataque el ejército queda deshecho, los fugitivos son perseguidos y derrotados. El propio Saúl se suicida después que sus hijos fueron asesinados.

El triunfo de los filisteos es completo. Israel es ocupado en su totalidad, la tierra del centro, Galilea y la tierra situada al este del Jordán (I Sam. 31:7). Decapitaron los cuerpos de Saúl y de sus hijos y los colgaron de la muralla de Betsán, no lejos del campo de batalla, y "sus armas las depositaron en el templo de Astarté" (I Sam. 31:10), la diosa de la fecundidad Parece haber sonado la última hora para Israel. Parece estar

condenado a la perdición. La primera monarquía termina en forma espantosa. Un pueblo libre cae en la esclavitud; su Tierra de Promisión cae en manos extranjeras.

Las palas han liberado de los oscuros y pesados escombros los mudos testimonios de este tiempo tan duro. El viento pasa por las rotas y resquebrajadas piedras de los muros en los cuales tuvieron cumplimiento tanto la dicha como la tragedia de Israel. ¡Son las ruinas que vieron a Saúl en sus horas felices como joven rey y asimismo su desastroso fin!

A 5 kilómetros al norte de Jerusalén, junto al camino que desde tiempos antiguos sube a Samaria, existe el Tell el-Ful, que significa "montaña de las habas." Es todo lo que queda de la antigua Guibá.

En 1922 un equipo de las American Schools of Oriental Research empieza a realizar excavaciones en este lugar. El profesor W. F. Albright, iniciador de ellas, dirige los trabajos. Aparecen restos de murallas. Después de una gran interrupción Albright prosigue sus trabajos en Tell el-Ful en el año 1933. Entonces se pone al descubierto una torre cuadrada y maciza a la cual siguen pronto otras tres. Están unidas por una doble muralla. Un patio abierto constituye su interior. La construcción mide, en conjunto, 40x25 metros. Es de piedra basta y ofrece un aspecto imponente.

Albright examina los restos de cerámica hallados entre las ruinas. Se trata de vasijas que estuvieron en uso hacia los años comprendidos entre el 1020 y el 1000 antes de J.C. Albright ha descubierto la ciudadela de Saúl, el primer palacio real de Israel, donde "el rey se sentó, como siempre, en su sitial de junto a la pared" (I Sam. 20:25).

Allí se sentaba Saúl como rey rodeado de sus próximos allegados con Jonatás, su hijo, con su primo Abner, su capitán, y con David, su joven armígero. Aquí forjaba sus planes para la liberación de Israel; desde aquí dirigía la guerra contra los odiados filisteos.

El otro escenario en que se desarrolló la suerte del rey Saúl, y que la investigación sacó también a luz, se halla situado a 70 kilómetros al norte de este lugar.

En el borde de la llanura de Yezreel se levanta la grandiosa colina de Tell el-Husn, que se ve de lejos desde el valle del Jordán, al cual desemboca esta comarca. Aquí se halla emplazado el antiguo Betsan. De entre montañas de escombros surgen, en sus pendientes norte y sur, los gruesos muros de dos templos.

Los arqueólogos de la Universidad de Pensilvania, dirigidos por Clarence S. Fischer, Alan Rowe y G. M. Fitzgerald, los pusieron al descubierto en 1921 y en 1933, casi al mismo tiempo en que, en Guibá, era descubierta la residencia de Saúl.

Objetos del culto hallados entre las ruinas, sobre todo plaquitas y pequeñas arquetas con motivos decorativos formados por serpientes, demuestran que estos templos estuvieron consagrados a Astarté, la diosa de la fecundidad de Canaán, y a Dagón, el dios principal de los fenicios — un ser mitad hombre, mitad pez. Sus paredes han sido testimonios de lo que los filisteos, después de su victoria, según relata la Biblia, hicieron a Saúl: Luego depositaron las armas de Saúl en el templo de Astarté y su cadáver lo fijaron en las murallas de Bet-San (I Sara. 31:10); la casa de Astarot son las ruinas del templo del

Sur... y su cabeza la clavaron en el templo de Dagón (I Par. 10:10); éste es el templo puesto al descubierto en la vertiente norte.

\*\* \*\* \*

1. The Romance of the last Crusade.

## Parte Quinta.

Cuando Israel Era Un Gran Reino.

Desde David hasta Salomón.

1. David, El Gran Rey.

Una personalidad genial. — Poeta, compositor y músico. — De guerrero a gran rey. — Involuntaria ayuda armada a favor de Asiria.— Desde el Orontes a Esyon-Gueber. — El desquite en Bet-San. — Nuevas construcciones con terraplenes de casamatas. — Jerusalén cayó gracias a la astucia. — Warren descubre un pozo que conduce a la ciudad. — El "Sopher" redactaba los anales del reino. — David, ¿se llamaba realmente David? — La tinta como novedad. — El clima de Palestina es desfavorable para la conservación de documentos.

LLEGARON. PUES, TODOS LOS ANCIANOS DE ISRAEL DONDE EL REY. A HEBRÓN, Y EL REY DAVID PACTÓ CON ELLOS ALIANZA EN HEBRÓN DELANTE DE YAHVÉ. Y UNCIERON A DAVID POR SOBERANO SOBRE ISRAEL. TREINTA AÑOS TENÍA DAVID CUANDO SUBIÓ AL TRONO Y REINÓ CUARENTA AÑOS (2 Sam. 5:3-4).

El nuevo rey está tan diversamente dotado que resulta difícil decidir cuál de sus cualidades sea más de admirar. Sería también difícil hallar en el mundo, en los últimos siglos, a una persona igualmente genial y de formación parecida a la de David. ¿Dónde está el hombre que sea digno de alabanza tanto como estratega y formador de un estado, como poeta y músico? Sólo por sus poesías le sería concedido hoy día al rey David el premio Nobel. Además, como los trovadores de la Edad Media, era poeta, compositor y músico en una pieza.

¡Y no fue esto pura casualidad! Ningún pueblo se ha dedicado tanto a la música como el de Canaán. Palestina y Siria gozan de universal renombre por sus músicos, según nos consta por documentos de Egipto y de Mesopotamia. Entre el bagaje imprescindible que el grupo de patriarcas representados en los dibujos murales de Beni-Hasan tomaron consigo en su peregrinación a Egipto se encuentran los instrumentos de música. El instrumento doméstico es la lira de ocho cuerdas.

Los salmos 6 y 12 de David van precedidos de esta indicación: "Para instrumentos de cuerda." Desde Canaán el uso de la lira se extiende por Egipto y por Grecia.

En el Imperio Nuevo de Egipto (1580-1085) antes de J.C.) son numerosas las inscripciones y los bajos relieves que exponen el tema "músicos e instrumentos de Canaán." Este país es fuente inagotable de músicos, entre los cuales los mayordomos de la corte y los servidores de la cámara real escogen los solistas, y hasta bandas de música, que suministran a los soberanos del Nilo, del Tigris y del Éufrates. Sobre todo las tañedoras de arpa y las danzarinas son muy solicitadas. Los artistas con contratos internacionales no son cosa rara. Y el rey Ezequías de Judá, en el año 701 antes de J.C., sabe exactamente por qué envía cantores masculinos y femeninos al temido rey asirio Senaquerib.

De la más profunda desesperación, de la situación más desconsoladora, sujeto al yugo de los filisteos, Israel se encumbra en pocos decenios hasta llegar a convertirse en una potencia con autoridad y prestigio. Y esto es obra exclusiva del poeta y salmista David. Aún desconocido, es armígero de Saúl, se convierte en "condottiere," en temible francotirador contra los filisteos... y en su vejez se sienta en el trono de un pueblo que se va convirtiendo en una gran potencia.

Como dos siglos antes la conquista de Canaán bajo Josué, así ahora la obra de David se ve favorecida por las circunstancias exteriores. Al final del último milenio antes de J.C. no había ni en Mesopotamia ni en el Asia Menor, Siria o Egipto estado que pudiese oponer obstáculos a una expansión procedente del reino de Canaán.

Desde que Ramsés XI, último rey de la dinastía, 1.085 años antes de J.C., cerró los ojos, cayó Egipto entre las manos, ávidas de poder, de una casta sacerdotal que gobernaba el país desde Tebas. Riquezas inmensas pasaron a ser propiedad del templo.

Cien años antes, según nos informa el papiro de Harris, un 2 por ciento de la población trabajaba como esclava del templo, y un 15 por ciento de la tierra cultivada era propiedad suya. Medio millón de cabezas de ganado constituían su rebaño. Una flota de 88 navíos, 53 factorías y arsenales y 169 lugares y ciudades estaban sometidos a los sacerdotes. El esplendor con que diariamente se realizaba el rito dedicado a los grandes dioses era indescriptible. Sólo para la erección de las balanzas del templo, en las cuales eran pesadas las ofrendas en Heliópolis, se gastaron 212 libras de oro y 461 libras de plata. En el arreglo de los magníficos jardines de Amón en la antigua residencia de Pi-Ramsés, en el delta del Nilo, se hallaban empleados 8.000 esclavos.

Por lo que se refiere a la política exterior de Egipto bajo la dominación de los sacerdotes existe un documento único: la descripción del viaje del embajador egipcio Wen-Amón del año 1080 antes de J.C. Wen-Amón recibió el encargo de adquirir en Fenicia madera de cedro para la barca sagrada del dios Amón en Tebas. Herihor, el gran sacerdote, le procuró sólo pequeñas cantidades de oro y de plata y una imagen de Amón con la cual parece ser que esperaba mayor éxito.

Los terrores de las aventuras vividas durante el viaje pueden aún verse palpar en el relato de Wen-Amón. En las ciudades de la costa le trataron como a un mendigo, le robaron, se burlaron de él y le apalearon bárbaramente dejándole por muerto. Y esto le



sucedía a él, a un enviado de Egipto, cuyos antecesores habían sido recibidos con toda pompa y en medio de grandes honores.

Y otra vez durante el camino fue asaltado; consiguió, sin embargo, llegar al destino de su viaje. "Llegué al puerto de Biblos. El príncipe de Biblos me dijo: "Aléjate de mi puerto."

Así sucedió durante diecinueve días. El desesperado Wen-Amón quería ya regresar "cuando vino el maestro del puerto a encontrarme y dijo: "Quédate a disposición del príncipe hasta mañana" Cuando amaneció me envió un mensajero y me hizo subir... Le encontré sentado en su aposento superior, apoyado de espaldas a la ventana... Y me dijo: "¿Cuál es el mensaje que te ha traído hasta aquí?" Y yo le contesté: "He venido en busca de la madera para la magnífica barca de Amón-Re, del rey-dios. Tu padre y tu abuelo la proporcionaron, tú también lo harás."

"Entonces él me dijo: "Es verdad que lo hicieron... Realmente los míos cumplieron este encargo. Pero el Faraón mandaba aquí seis naves cargadas de productos de Egipto... Por lo que a mí hace, yo no soy tu criado ni soy criado de quien te ha mandado... ¡Qué viajes tan inútiles te han hecho hacer!" Y yo le contesté: "No son viajes inútiles los que estoy haciendo..."

Inútilmente esgrime Wen-Amón el tema del poder y de la gloria de Egipto; en vano trata de engañar al príncipe prometiéndole oráculos y haciéndole presente de una imagen del dios que le procurará salud y larga vida en vez de darle dinero efectivo para obtener la madera. Sólo cuando un mensajero de Wen-Amón llega de Egipto con bolsas de oro y de plata, con piezas de lino, rollos de papiro, pieles de buey, jarcias y, además, "o sacos de lentejas y 30 cestas de pescado, deja el príncipe cortar los cedros que desean.

"...Al tercer mes los arrastraron a la playa, junto al mar. El príncipe salió... y me dijo... "Ve, ésta es la última madera que ha llegado para tus construcciones y ahí está. Ahora atiende a mi demanda y cuídate de cargarla, pues te ha sido realmente regalada. Procura irte y no pretextes que la estación no es favorable.""

De un país cuyos embajadores tenían que aguantar de los príncipes de las ciudades semejante falta de respeto y semejantes humillaciones, nada tenía que temer David. Así fue extendiéndose hacia el Sur y conquistó el reino de Edom, que, en otro tiempo, había negado a Moisés el permiso para cruzar su territorio por el camino real (2 Sam. 8:14). Con ello ganó David un territorio de gran importancia económica. El desierto de Arabia, que se extiende desde la orilla sur del Mar Muerto hasta el golfo de Akaba, es rico en cobre y en hierro. Sobre todo, lo que debió de interesar a David son los minerales de hierro. Los enemigos más peligrosos de Israel, los filisteos, poseían el monopolio del hierro (I Sam. 13:19-20). El que dominase a Edom podría destruir el monopolio de los filisteos. David no titubeó: "Asimismo preparó David hierro en abundancia para la clavazón de los batientes de las puertas y para las grapas, y cobre en abundancia e incalculable peso" (I Par. 22:3).

Al sur de Edom terminaba también la ruta más importante de las caravanas procedentes del sur de Arabia, la célebre "ruta del incienso." Con su avance hasta la orilla del golfo

de Akaba quedaba abierta para él la senda por el Mar Rojo hasta las lejanas costas de la Arabia del Sur y el África Oriental.

La situación era también favorable para realizar un avance hacia el Norte.

En las grandes llanuras, al pie del Hermón y en los valles que precedían al Antilíbano, se habían establecido definitivamente las tribus arábicas del desierto pertenecientes a un pueblo a quienes estaba destinado a desempeñar un papel importante en la vida de Israel: eran los arameos. La Biblia los denomina con el nombre de sirios. Habían fundado varias ciudades y pequeños reinos hasta el río Yarmuk, es decir, al sur del lago de Genesaret, en la Jordania Oriental.

Alrededor del año 1000 antes de J.C. estaban preparándose para avanzar hacia el Este, en dirección a Mesopotamia. En esta ocasión se pusieron en contacto con el pueblo de los asirios, que en los siglos venideros se elevó a la potencia soberana del antiguo Oriente. Después de la decadencia de Babilonia los asirios sometieron el país de los dos ríos hasta el curso superior del Éufrates. Los textos cuneiformes encontrados en los palacios junto al Tigris y procedentes de aquella época reseñan un peligro que amenazaba a Siria por la parte del Oeste y que consistía en los ataques, cada vez más violentos, y en los avances de los arameos.

En esta situación empuja David desde la tierra oriental de Jordania en dirección Norte hasta el Orontes. La Biblia dice: "Asimismo, David batió a Hadadezer, rey de Sobá en Jamat, cuando éste partió a restablecer su dominio sobre el río Éufrates" (I Paralipómenos 18:3). Una comparación con textos asirios de la misma época demuestra cuan exactas son estas palabras de la Biblia describiendo hechos realmente históricos. El rey David batió al rey de los arameos cuando éste estaba a punto de conquistar los territorios asirios situados junto al Éufrates.

Sin imaginárselo, David prestó ayuda armada a aquellos asirios que, más tarde, tenían que disolver el reino de Israel.

Las fronteras de Israel fueron avanzadas por el rey David hasta el fértil valle del Orontes. Sus destacamentos más septentrionales se hallaban situados junto al lago de Hems, al pie del Líbano, donde, en nuestros días, el petróleo del lejano Kirkuk fluye por gruesas tuberías. Desde aquí hay 600 kilómetros en línea recta hasta Esion-Guéber, en el Mar Rojo, extremidad sur del reino.

Los picos y las palas han sacado muchos testimonios de las entrañas de la tierra sobre la conquista del reino bajo David. El camino que siguieron en su avance viene señalado por numerosas huellas, entre otras por incendios devastadores en las ciudades de la llanura de Yezreel. No mucho después del año 1000 antes de J.C. fue arrasada Betsán junto con los lugares del culto pagano. Los arqueólogos de la Universidad de Pensilvania descubrieron en estos sitios de luchas sin cuartel templos destruidos, grandes capas de cenizas sobre murallas que habían sido derribadas, utensilios del culto y cerámica de los filisteos. La venganza de David asestó un rudo golpe a la ciudad en la cual había tenido lugar el vergonzoso fin del primer rey de Israel, batalla destructora de la cual no pudieron rehacerse hasta después de un largo período de tiempo. Encima de las capas de ceniza nada induce a pensar que aquel sitio estuviese poblado en los venideros siglos.

Del primer tiempo del reinado de David se han conservado diversos edificios, sobre todo fortificaciones en Judá, levantadas para defender el país contra los filisteos. Muy claramente revelan estas construcciones la imagen de la fortaleza de Saúl en Guibá, con las mismas toscas murallas. En Jerusalén, la ulterior residencia de David, aparecen los fundamentos de una torre y grandes trozos del revestimiento de una muralla que indican claramente la soberanía de David. "David estableció su residencia en la fortaleza y la llamo la ciudad de David, y edifico en derredor..." (2 Sam 5:9).

De qué forma tan arriesgada cayó en manos de David la bien guardada fortaleza de Jerusalén es cosa que quedó aclarada el pasado siglo por pura casualidad y gracias a la perspicacia del capitán británico Warren.

En la vertiente meridional de Jerusalén, en el valle del Cedrón, existe la "Ain Sitti Maryam," la "fuente de la Virgen María." En el Antiguo Testamento recibe el nombre de "Guijon," es decir, "manantial," y desde tiempo inmemorial constituye el principal suministro de agua para sus habitantes. Pasando junto a las ruinas de una pequeña mezquita, el camino lleva a una cueva. Treinta peldaños conducen a su fondo, donde existe una pequeña hondonada en la cual se reúnen las claras aguas del interior de la montaña.

En 1867 el capitán Warren, con motivo de una peregrinación, visitó el famoso manantial del cual una leyenda afirma que en él lavó la Virgen María los pañales del Niño Dios. Warren, a pesar de la hora crepuscular, advierte, durante esta visita, un agujero oscuro en la bóveda, que se abría a pocos metros del punto de donde surgía el manantial. Era evidente que nadie lo había advertido antes que él, pues cuando Warren pregunta sobre lo que aquello era nadie sabe qué contestarle.

Deseoso de enterarse, visita otra vez la cueva armado de una escalera y de un palo largo. No se imaginaba que tenía ante sí una exploración llena de aventuras y, a la par, bastante peligrosa.

Sobre la fuente empieza un estrecho pozo que asciende vertical-mente. Warren es alpinista y está adiestrado en la ascensión de chimeneas. Con cuidado y apoyándose con las manos va subiendo por el pozo. Al cabo de unos 13 metros éste termina de repente. En la oscuridad palpa Warren finalmente un estrecho corredor. Va avanzando por él a gatas. Muchos peldaños están cortados en la peña. Al cabo de un buen rato nota ante sí una luz difusa. Llega a una sala abovedada que contiene ánforas y frascos cubiertos de polvo. Warren sale después al aire libre por una estrecha rendija... ¡se encuentra dentro de la ciudad! ¡La fuente de la Virgen María queda a lo lejos!

Unas exploraciones realizadas con mayor detención alrededor del año 1910 por el sabio inglés Parker, por encargo del Palestine Exploration Fund, demuestran que aquella galería data del segundo milenio antes de J.C. Los habitantes del viejo Jerusalén habían construido este pasadizo subterráneo a través de la peña para poder alcanzar la fuente sin ser advertidos en los momentos en que se ponía cerco a la ciudad.

La curiosidad de Warren hizo que se descubriera el modo cómo David pudo apoderarse por sorpresa de la fortaleza de Jerusalén. Los consejeros de David debían tener conocimiento de la existencia de este pasadizo secreto, pues así lo da a entender una

mención de la Biblia que antes no era comprensible; David dice: "Todo el que hiera a un yebusita y llegue al canal..." (2 Sam. 5:8).

Con David aparece en el Antiguo Testamento una indicación históricamente exacta. "El relato de David tiene que ser considerado, en su máxima parte, como un relato histórico," escribe el profesor de Teología Martin Noth, cuyo carácter crítico es bien conocido. La creciente extensión del relato de aquella época está estrechamente enlazada con la lenta formación de una potencia estatal que, si bien de gran utilidad para David, para Israel resulta algo nuevo y desacostumbrado. De la reunión de las tribus surgió una nación; la tierra en la cual se establecieron se convirtió en un gran reino extendido en el espacio de Palestina y de Siria.

Para este extenso territorio creó David una administración civil a su frente, junto al Canciller, estaba el "sopher," que significa cronista (2 Sam. 8:16-17). Un "cronista" que ocupaba el segundo puesto de importancia en el Estado.

Con el ejército de millones de secretarías y de secretarios que, en nuestro mundo moderno, pasan día tras día por sus máquinas de escribir y llenan de caracteres toneladas de papel, el esplendor místico del "escribiente" hace tiempo que ha desaparecido. Ninguna de esas primeras secretarías de un magnate del petróleo puede compararse con sus colegas de la Antigüedad. Ni por su contenido, ni por su influencia. En el escenario del Antiguo Oriente, los escribanos desempeñaban el incomparable papel propio de las primicias de este oficio. ¡No es de extrañar si se considera cuánto dependía de ellos! Poderosos conquistadores y soberanos de grandes reinos eran los que les ocupaban... ¡y no sabían ni leer ni escribir!

Esto último puede verse en seguida en el estilo de las misivas. En ninguna de ellas se cita en primer lugar aquel a quien la misiva o el mensaje va dirigido. El saludo y las bendiciones al colega tienen la preferencia. No faltan tampoco ruegos de que el contenido del escrito sea leído con claridad y, lo que es más importante, correctamente, ¡sin dejarse nada!

Lo que sucedía entre los escritores aparece en una escena que representa la oficina de asuntos exteriores del faraón Merenptah. La sala está dividida en tres departamentos. En cada uno de los laterales están sentados, en forma muy apretada, diez secretarios. Uno de sus pies descansa en el escabel; en sus rodillas hay grandes rollos de papiro. La parte central, muy espaciosa, está reservada al alto jefe. Con diligencia un servidor le aventa las molestas moscas. Junto a la entrada hay dos guardianes de la puerta. El uno le dice al otro:

\* \_ \*

"¡Echa agua y refresca así la oficina! El jefe se sienta y escribe!" Desde luego que en las cancellerías de Israel las cosas no se desarrollaban con tanto boato. El Estado de Israel era demasiado campesino y demasiado pobre para ello. Y, sin embargo, el escribano de David debió de ser un alto y temido empleado. Tenía a su cargo la redacción de los

"Anales del Reino" que fueron, sin duda, la base de todos los datos contenidos en la Biblia sobre la reconstrucción de la administración y sobre el bienestar público. A ellos les tocaba también hacer los grandes censos del pueblo según el sistema Mari (2 Sam. 24), así como el nombramiento de una guardia personal que estaba formada por cretenses y filisteos (2 Sam. 8:18; 15:18; 20:7).

Seguramente que el "sopher" daba también a su soberano un nuevo nombre.

¡David es de suponer que, en realidad, no se llamaría David! Es este un descubrimiento que, en tiempos muy recientes, sorprendió a los investigadores, a quienes dio mucho que pensar el contenido de determinados textos del palacio de Mari, junto al Éufrates. Repetidamente se encuentra en ellos la palabra "dâvidum." Significa "jefe," "comandante de tropas" y, por tanto, no es ningún nombre propio, sino un título.

Del nombre propio "César" se hizo más adelante un título. De "César" provienen las palabras "kaiser" y "zar." En el caso de David parece que sucedió lo contrario. Su título militar que debió originarse cuando era conductor de sus tropas, se convirtió en nombre propio. De "dâvidum" se hizo David y ha quedado como nombre propio hasta nuestros días.

El tema de la "escritura" evoca un asunto que ha sido objeto de controversias por parte de los críticos.

En Egipto han sido hallados vagones enteros de papiros; en Babilonia y Asiria, montañas de tablillas de escritura cuneiforme; pero... ¿dónde están los documentos escritos en Palestina?

Los arqueólogos y los meteorólogos pueden opinar de diferente modo al tratar de dar solución a este problema.

Al final del último milenio antes de J.C., Canaán cambió la escritura cuneiforme y abandonó, por tanto, los voluminosos ladrillos para adoptar un método de escritura menos embarazoso. Hasta entonces el texto tenía que grabarse con un buril sobre una superficie blanda de arcilla que luego era cocida, o bien secada al sol. Era, por tanto, un procedimiento que requería mucho tiempo hasta que las gruesas misivas de arcilla encontraban el camino hacia su destinatario.

Una nueva escritura con signos más pequeños estuvo cada vez más de moda: era el alfabeto que ya hemos encontrado entre las inscripciones realizadas por los mineros semíticos del Sinaí. El punzón y la arcilla se consideran inadecuados para el trabajo de las letras redondeadas. Así, se buscaron nuevos utensilios para escribir, y éstos dieron por resultado unas tablillas de barro cocido, más delgadas, parecidas a pizarras, así como el tintero y la pluma. "Ostracón" es el nombre que el arqueólogo da a semejantes tablillas, que, en casos especiales, eran substituidas por el más elegante material de la Antigüedad, el papiro. El relato de Wen-Amón testifica cuan grande era la demanda de este artículo de exportación de Egipto: ¡500 rollos equivalen a 2.000 metros de superficie para la escritura!

El clima de Palestina es húmedo en invierno a causa de las lluvias. En un clima húmedo, la tinta sobre la piedra desaparece rápidamente y el papiro se descompone al

cabo de poco tiempo. Por desgracia para los arqueólogos, investigadores e historiadores ávidos de saber, casi todos los documentos y testimonios de Canaán han perecido de este modo para la posteridad. Si los arqueólogos pudieron hallar en Egipto un botín tan considerable, fue debido a la proximidad del desierto y a la extraordinaria sequedad de su atmósfera.

## 2. Salomón, el Rey del Cobre.

Expedición al golfo de Akaba. — Mineral de hierro y malaquita. — Glueck descubre Esyon-Guéber. — Las tempestades del desierto como fuelle. — El Pittsburgo del antiguo Israel. — Astilleros junto al Mar Rojo. — Jiram aportó la madera de construcción. — Capitanes marineros de Tiro. — Ofir, la misteriosa tierra de mercaderes. — Un retrato egipcio de la reina de Punt. — Investigadores de los Estados Unidos compran un tell. — Excavación modelo en Meguido. — Yezreel, la llanura de la suerte. — Grandes caballerizas con 450 compartimientos.

REINABA SALOMÓN SOBRE TODO ISRAEL. TENÍA SALOMÓN CABALLERIZAS PARA 40.000 CABALLOS DE TIRO DESTINADOS PARA SUS TRANSPORTES Y 12.000 CORCELES (1 Re. 4:26).

ASÍ CONSTRUYÓ... TODAS LAS CIUDADES-ALMACENES QUE SALOMÓN POSEÍA, LAS CIUDADES DE LOS CARROS Y LAS CIUDADES DE LA CABALLERÍA (1 Re. 9:19).

CONSTRUYÓ ASIMISMO EL REY SALOMÓN UNA FLOTA EN ESIONGUEBER, SITUADA JUNTO A ELAT. EN LA COSTA DEL MAR ROJO. EN EL PAÍS DE EDMOM... Y LLEGARON A OFIR... (1 Re. 9:26-28).

TODOS LOS VASOS EN QUE BEBÍA EL REY SALOMÓN ERAN DE ORO PURÍSIMO. NO HABÍA PLATA, PUES NO SE ESTIMABA EN TIEMPO DEL REY SALOMÓN, PORQUE EL MONARCA TENÍA EN EL MAR LA FLOTA DE TARSIS CON LA FLOTA DE JIRAM; UNA VEZ CADA TRES AÑOS LLEGABA LA FLOTA DE TARSIS CARGADA DE ORO. PLATA, MARFIL, MONOS Y PAVOS REALES (1 Re. 10:21-22).

LA CASA QUE CONSTRUYÓ EL REY SALOMÓN A YAHVÉ... ESTABA RECUBIERTA TODA ÍNTEGRA DE ORO PURO (1 Re. 6:2, 22).

LOS CABALLOS QUE SALOMÓN POSEÍA IMPORTÁBALOS DE EGIPTO, DE KOA... Y EN LAS MISMAS CONDICIONES LOS IMPORTABAN POR SU MEDIO PARA LOS REYES DE LOS HITITAS Y LOS MONARCAS DE SIRIA (1 Re. 10:14).

¿No parece todo esto una fantasía?

Un hombre, aunque se trate de un rey del cual tantas cosas se cuenta, es difícil que no se incline a la jactancia. Y el cronista que describe todas estas cosas adquiere pronto la fama de ser un fanfarrón... Es cierto que existen en la Biblia narraciones que son consideradas como leyendas por algunos eruditos; tales son, por ejemplo, la historia del hechicero Balaam y la borrica que habla (Num. 22), o la historia de Sansón a quien la larga cabellera proporcionaba sus fuerzas (Juec. 13-16). Pero la más fabulosa no es, en realidad, ninguna fantasía.

Los arqueólogos arremetieron contra la veracidad de las historias del rey Salomón con la pala en la mano y he aquí que Salomón se convirtió en su caballo de batalla.

Si a la historia del rey Salomón se la despoja de sus arabescos quedará una armazón de hechos razonables e históricos. Éste es uno de los descubrimientos más conmovedores de estos últimos tiempos. En el año 1937 tuvo lugar toda una serie de sorprendentes hallazgos como producto de las excavaciones realizadas por dos expediciones americanas que llevaron al convencimiento del gran contenido histórico de este relato bíblico.

Una caravana sale de Jerusalén provista de las herramientas más perfeccionadas, de perforadoras, palas y picos y formada de geólogos, historiadores, arquitectos, excavadores y de fotógrafos tan indispensables en las modernas expediciones. Su jefe es Nelson Glueck, como todos los demás, miembro de las célebres Escuelas Americanas de Investigaciones Orientales.

Pronto quedan a sus espaldas las pardas montañas de Judá. A través del árido Negueb se dirigen hacia el Sur. Después, la caravana penetra en el Wadi-el-Araba, el Valle del Desierto. Aquellos hombres se encuentran situados en un paisaje del mundo primitivo en el cual las fuerzas titánicas dejaron sus huellas cuando aquí transformaron la Tierra. El Valle del Desierto es una parte de la grandiosa hendidura que empieza en el Asia Menor y termina en África.

Los investigadores contemplan admirados el grandioso escenario y en seguida se entregan a la tarea que les espera. Sus miradas se dirigen escrutadoras a las abruptas peñas. Según la diversa posición del sol cambian el colorido y los matices de la roca, de la cual toman muestras en diversos puntos para examinarlas. Su análisis revela que se trata de feldespato arcilloso pardusco de brillo argentino; y allí donde la roca adquiere una coloración rojonegruzca, de mineral de hierro y un mineral verde... que no es otra cosa que malaquita, es decir, espato de cobre.

En todas partes del largo valle los investigadores americanos dan con esos minerales de hierro y de cobre. Allí donde las rocas acusan la presencia de la arcilla, encuentran galerías y corredores, es decir, restos de minas ha tiempo abandonadas.

Por fin la caravana llega a orillas del golfo. Las blancas casas de Akaba, la Elat de la Biblia, se destacan a la luz del sol, como invitándole después de su larga marcha a lo largo del desolado Valle del Desierto, llena de los ruidos propios de toda ciudad portuaria oriental. Pero los expedicionarios vuelven las espaldas a este punto de confluencia de tres mundos 1. Su lugar de destino es el Tell el-Kheleifeh. Aquella

solitaria colina, que no parece más que un gran amontonamiento de cascotes, se levanta en la llanura sin una sombra.

Unos golpes de azada cuidadosamente dados inician las investigaciones que dan ocasión a un rápido e imprevisto éxito. Salen a la luz anzuelos; son de cobre. Después, ladrillos, restos de muros... Algunas masas compactas en las cercanías del tell muestran señales verdosas. Se trata de escorias. En todas partes encuentran los hombres el granito con el característico color verde...

Por la noche, en su tienda, medita Glueck sobre el resultado del trabajo realizado. En realidad no se ha encontrado nada que valga la pena. Pero en su programa está la exploración de toda Transjordania. En Edom, Moab, Ammón hasta Damasco quiere Glueck seguir las huellas de los testimonios del pasado. Al ojear los datos conseguidos, queda pensativo. Mineral de hierro y malaquita en Arabia, y en la colina que está delante de su tienda, restos de paredes, escorias y anzuelos... y todo esto en las cercanías del golfo que, en la Biblia, se designa con el nombre de Mar de los Juncos. Pensativo, busca Glueck el lugar de la Biblia en que se menciona dicho mar en relación con un gran rey.

"Construyo asimismo el rey Salomón una flota en Esyon-Guéber, situada junto a Elat, en la costa del Mar de los Juncos, en el país de Edom" (1 Re. 9:26).

En realidad Edom se extendía en los tiempos bíblicos hasta el Mar Rojo. ¿Es que aquel tell sería acaso...?

A pesar de ser de noche, llama Glueck a consejo a sus colaboradores. Para los próximos días se proyecta una exploración del Tell el-Kheleifeh siguiendo un plan bien estudiado. Al abrir pozos de exploración encuentran en muchos lugares obras de mampostería. Debajo de ellas, el terreno es virgen. Los fragmentos de cerámica proporcionan un punto de referencia para fijar la época en que aquellos muros fueron construidos. Proceden de los tiempos del reinado de Salomón, o sea, aproximadamente, del año 1000 antes de Jesucristo.

El mal tiempo obliga a Glueck a interrumpir los trabajos. Esta expedición tiene otras misiones. Pero los americanos prosiguen en los años sucesivos las excavaciones en tres campañas que terminaron en 1940 y confirmaron plenamente la hipótesis de Glueck. Según se desprende de los resultados obtenidos, las ruinas que salieron a la luz en los primeros trabajos fueron las viviendas de los obreros. Murallas del tipo de casamatas, la inequívoca forma de construcción de la primera edad del hierro, es todo cuanto va apareciendo. Después siguen los restos de un extenso poblado. Lo más interesante son los moldes para la fundición y una cantidad enorme de escorias de cobre.

¿Moldes para fundición y escorias de cobre en medio de la llanura requemada por el sol y enormemente caldeada?

Glueck busca una aclaración para un hecho tan insólito. ¿Por qué se hallaban las factorías emplazadas en los dominios de las tempestades de arena que casi ininterrumpidamente se abaten sobre el Valle del Desierto procedentes del Norte? ¿Por qué no se establecieron unos centenares de metros más lejos, bajo la protección de la



colina, donde están los manantiales de agua potable? La contestación a tales preguntas sólo se obtuvo en el último período de las posteriores excavaciones.

En medio de una muralla rectangular aparece una edificación muy extensa. El color verde de los muros muestra fácilmente de qué se trata: sencillamente de un cubilote. Las paredes de ladrillo tienen dos hileras de aberturas, Son conductos de humo, un sistema muy bien estudiado de canales de ventilación que atraviesan la instalación. El conjunto forma un cubilote de estilo moderno, construido según el principio del sistema Bessemer, que hace un siglo contribuyó a nuestro resurgimiento industrial. Los conductos de humos y los canales de ventilación están situados exactamente en dirección Norte-Sur. Es evidente que los eternos vientos y las tempestades del Wadi-el-Araba debían de desempeñar el papel de ventiladores. Esto ocurría hace tres mil años; hoy día se utiliza el aire a presión para inyectarlo en los hornos.

Sólo una cuestión se escapa hasta el día a toda solución: ¿cómo era purificado el cobre en estas antiquísimas instalaciones? Los expertos de nuestros días se encuentran aquí ante un enigma.

Aún pueden verse crisoles de tierra por todas partes; muchos de ellos tienen una capacidad verdaderamente notable, de 14 pies cúbicos. En las vecinas laderas de la montaña, el gran número de agujeros practicados en la peña muestran las entradas a las minas. Fragmentos de sulfato de cobre recuerdan las manos activas que hace varios milenios trabajaron en ellas. Mediante las exploraciones realizadas en los alrededores, los miembros de la expedición lograron localizar en los valles del desierto de Arabia numerosas factorías de cobre y de hierro.

Finalmente, Nelson Glueck descubrió en el muro de una casamata de la colina los restos de una puerta muy sólida con una entrada triplemente asegurada. Ya no existe para él duda alguna: el Tell el-Kheleifeh era en otro tiempo Esyon-Guéber, la tan buscada ciudad portuaria del rey Salomón. "Y Salomón construyó también naves en Esyon-Guéber, que esta junto a Elat..."

Esyon-Guéber no era sólo una ciudad portuaria. En sus astilleros se construían navíos para lejanos viajes. Pero, ante todo, era Esyon-Guéber el centro de la industria del cobre. En ninguna otra parte del "Fértil Creciente," ni en Babilonia, ni en Egipto, se ha encontrado un solo horno de fusión. Esyon-Guéber poseía, pues, la mayor fundición del Viejo Oriente. Producía el metal para los utensilios del culto del templo de Jerusalén: para el "Altar de bronce"; para el "mar de bronce," como era llamada una gran pila de este metal; para las "diez basas de bronce," para las "vasijas, las palas, las ollas" y para las dos altas columnas de bronce "Joaquín y Boaz," destinadas a la entrada del templo (1 Re. 7:15 y sigs.; 2 Par. 4). "El rey hízolos fundir en la región del Jordán, en moldes de tierra arcillosa..." (1 Re. 7:46).

El entusiasmo de Glueck sobre tan extraordinarios hallazgos puede aún apreciarse en el comunicado oficial en el cual da cuenta del resultado de las exploraciones realizadas en el golfo de Akaba.

"Esyon-Guéber fue construida a base de un plan preconcebido, con una notable habilidad técnica y arquitectónica. En realidad, toda la ciudad de Esyon-Guéber, si se tiene en cuenta el país y la época, fue una grandiosa zona industrial sin paralelo en su

clase en la historia del Viejo Oriente. Esyon-Guéber era el Pittsburgho de la antigua Palestina y, al propio tiempo, su puerto más importante."

El rey Salomón, que Glueck ha designado con el nombre del "gran rey del cobre," debió contarse entre los más importantes exportadores de cobre del mundo antiguo. Las excavaciones realizadas en otros lugares redondearon el panorama de la economía de Palestina bajo el reino de Salomón. Al sur de la antigua ciudad filistea de Gaza, Flinders Petrie excavó en el Wadi Ghazze unas instalaciones correspondientes a minas de hierro. Los hornos de fusión del metal son parecidos a los de Tell el-Kheleifeh, aunque más pequeños. Ya en tiempos de David había este rey disputado a los filisteos el monopolio del hierro y, al obtener sobre ellos la victoria, les arrebató la fórmula para la fusión de este metal. Bajo el rey Salomón los procesos del tratamiento de los minerales y en especial del cobre, fueron explotados en grande y celosamente conservados.

"Porque Yahvé, tu Dios, te conduce a una tierra excelente... tierras cuyas piedras son hierro y de cuyas montañas extraerás el cobren (Dt. 8:7-9), se dice en la prolija descripción de la Tierra Prometida que Moisés hace a los hijos de Israel. ¿Cobre y hierro en Palestina? Hasta los hombres de ciencia ponían en duda hace pocos años que tales cosas pudiesen existir o que hubiesen podido existir en algún tiempo en Palestina. Hasta los más recientes comentaristas de la Biblia dan un rodeo ingenioso a tales citas de las cuales no saben qué pensar. El trabajo de los arqueólogos ha sido el que nos ha procurado la prueba de cuan verídica es esta cita de la Biblia y hace que desde ahora tengamos de la Vieja Palestina el concepto de que se hallaba en el momento de un asombroso desarrollo industrial.

Salomón era indudablemente un monarca progresivo. Sabía atraerse en forma genial a los expertos y a los técnicos extranjeros para adherirlos a sus empresas. Este el secreto del extraordinario y rápido desarrollo, de otra manera inexplicable, que convirtió el sencillo y campesino país de su padre David en un estado económico de primer orden. Aquí hay que buscar, además, el manantial de las riquezas de que nos habla la Biblia. Salomón se aseguró la cooperación de los técnicos en la fusión de metales de Fenicia. A Jiram, un artista procedente de Tiro, le fue confiada la fusión de los objetos del culto (1 Re. 7:13-14). En Esyon-Guéber fundó Salomón una importante empresa marítima. Los hijos de Israel jamás habían navegado por el mar y nada entendían de construcciones navales. Pero los fenicios poseían una práctica y una experiencia de centenares de años. Salomón hizo, pues, venir de Tiro a los constructores navales, así como a los marineros: "Y Jiram 2 envió en la flota a sus súbditos, navegantes, concedores del mar..." (1 Re. 9:27).

La construcción del puerto en el Mar Rojo también se menciona en los documentos de Fenicia. El sacerdote Sanchuniatón escribió la historia. Jiram de Tiro se ofreció a "suministrar al príncipe judío materiales de construcción para erigir un nuevo palacio si quería construir un puerto en el mar Etiópico" y éste "le dio la ciudad y el puerto de Eliota" 3. El rey Salomón se ha construido un palacio, su célebre "casa del bosque del Líbano" (1 Re. 7:1 y sigs.) "...para lo cual Jiram, rey de Tiro, había mandado a Salomón madera de cedro y de ciprés y cuanto oro quiso" (1 Re. 9:11). La noticia que de este hecho da la Biblia queda ampliada por la siguiente descripción debida al propio Sanchuniatón por lo que hace referencia a la construcción naval.

"A pesar de que en las proximidades de este lugar había grandes bosques de palmeras, no había a mano madera de construcción y Joram 4 se vio precisado a trasladar a este lugar la madera necesaria haciendo uso de 8.000 camellos. Con ella se construyó una flota de 10 naves."

Hasta los nombres de los capitanes fenicios, que tenían el mando de la flota son conocidos de Sanchuniatón. Los buenos marineros se llamaban Kedaro, Jamino y Kotilo.

Esyon-Guéber era el puerto de salida bien avituallado y fuertemente defendido para la gran empresa del comercio de altura. De Esyon-Guéber partieron las naves para viajes envueltos en el más profundo misterio, hacia costas lejanas y desconocidas. ¿Ofir?.. ¿Dónde estaba emplazada la legendaria tierra de Ofir, el "almacén" de donde el Antiguo Oriente obtenía las cosas más valiosas y más escogidas?

Ofir ha dado lugar a muchas controversias entre los eruditos. Repetidamente se creyó haberlo encontrado. El alemán Carlos Mauch descubrió en 1864, en la frontera entre la Rhodesia Meridional y Mozambique, en el África Oriental, las ruinas de una ciudad con su templo. Quince años más tarde el boer Steinberg encontró, a algunos kilómetros más al Sur, restos de minas de época anterior al cristianismo que parecen haber estado en relación con aquella ciudad. Se decía que el análisis de las rocas había demostrado que en épocas lejanas se había extraído de allí el oro y la plata. En 1910 el célebre africanista alemán Dr. Karl Peter fotografió unos objetos plásticos procedentes de las excavaciones realizadas en aquel lugar, en los cuales los expertos creyeron ver un carácter extranjero, acaso fenicio.

Ofir, esa tierra misteriosa, ha escapado hasta ahora a la perspicacia de los investigadores. Muchos puntos de referencia parecen indicar que estaba situada en el África Oriental. Investigadores como el profesor Albright creen que se hallaba en Somalilandia. Esto estaría de acuerdo con la época en que, según la Biblia, se realizaban los viajes.

"Una vez cada tres años llegaba la flota de Tarsis..." (1 Re. 10:22).

Albright dice: "La flota podía hacerse a la vela en los meses de noviembre o diciembre del primer año desde Esyon-Guéber. Regresaría en mayo o junio del tercer año, evitando así, en lo posible, el calor del verano. Considerado desde este punto de vista, el viaje no requería una duración superior a medio año."

Los artículos adquiridos tales como oro, plata, marfil y monos (1 Re. 10:22) indican también, en forma clara, una procedencia africana.

Los egipcios están perfectamente enterados sobre un cierto lugar llamado "Punt" que podía coincidir exactamente con Ofir. Parece como si Jo hubiesen visto con sus propios ojos. ¿Qué otra cosa indican las representaciones plásticas, tan impresionantes, de dicho "Punt" que figuran en las paredes del templo de las terrazas de Deir el-Bahri? Este templo, situado en la parte occidental de Tebas, está adornado con maravillosos bajos relieves en color que representan a una dama de piel oscura — la reina de Punt — mostrando su cortejo lleno de encanto y esplendor. Como de costumbre, también en este caso han dedicado los egipcios una amable atención a las vestiduras, a las chozas

redondas, a los animales y a las plantas de "Punt." El observador obtiene así una visión muy clara del tan legendario Ofir.

Los textos que acompañan a las imágenes dan cuenta de una espectacular expedición a Punt que una mujer ordenó realizar hacia el año 1500 antes de J.C. En el trono de los faraones se hallaba entonces sentada, como soberana, junto a Tutmosis III, la célebre reina Hatchepsut, "la primera gran mujer de la Historia," según la llama el egiptólogo Breadsted. Siguiendo un oráculo del rey Amón, que imponía la exploración de la ruta que conducía a Punt y la reanudación de las transacciones interrumpidas, a causa de la guerra de los hyksos, con las costas del Mar Rojo, la reina, en el noveno año de su regencia, mandó allí una flota de cinco navíos. Tenían que traer árboles de mirra para las terrazas del templo. La flota salió del Nilo por un canal del delta oriental hacia el Mar Rojo y "llegó felizmente a Punt," donde se hizo el intercambio de ricos tesoros: árboles de mirra, madera de ébano, oro, gran variedad de maderas olorosas y otros productos exóticos tales como madera de sándalo, pieles de pantera y monos por artículos de las tierras del Nilo.

Un espectáculo jamás visto se ofreció a los tebanos cuando, después del feliz viaje de regreso, un raro grupo de gentes de Punt, de piel negra, con los maravillosos productos de su tierra entraron en el palacio de la reina. "Le hice un Punt en su jardín, como él me había ordenado..." explica jubilosa Hatchepsut, refiriéndose a los árboles de mirra para la terraza del templo. Restos de raíces resacas fueron halladas por unos egiptólogos entre las arenas cálidas y amarillas del templo de Deir el-Bahri.

Como los tebanos, también los hombres y las mujeres de Israel habrían permanecido llenos de admiración en los muelles de Esyon-Guéber cuando la flota de su rey Salomón regresaba del lejano Ofir y desembarcaba en el puerto su carga de "madera de sándalo y piedras preciosas, oro, plata, marfil, monos y pavos reales" (1 Reyes 10:22:11).

Normalmente, los trabajos arqueológicos no pueden ser emprendidos a no ser que se posea un permiso del propietario del terreno o del Gobierno del país para realizar las excavaciones. Este permiso no siempre resulta fácil de obtener, sin contar con que, en el transcurso de los trabajos, exigencias o limitaciones pueden hacer la vida difícil al explorador. En 1925, los americanos dieron con un recurso para poder trabajar a su gusto y sin ser molestados. Compraron lisa y llanamente la colina de Tell el-Muteselim, en la llanura de Yezreel, a 90 propietarios indígenas, campesinos y pastores por un precio global. Ello fue debido a que el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago tenía el propósito de realizar una exploración modelo para todo el Próximo Oriente, la exploración más minuciosa y extensa que jamás se haya realizado en Palestina.

El Tell el-Muteselim cobija el emplazamiento del bíblico Meguido. Este descubrimiento se apoya en las primeras excavaciones de importancia realizadas en aquel lugar por la Sociedad Alemana de Oriente, bajo la dirección del Dr. J. Schumacher, entre años del 1903 al 1905.

Cual una pequeña montaña formada por capas horizontales, el Tell el-Muteselim se halla ubicado en un escenario bucólico. Desde la llanura que lo corona el observador cree hallarse delante de un lago verdoso, tal es la extensión de la gran llanura, del Valle

de Yezreel (Jos. 17:16), en la cual alternan los prados pantanosos y los sembrados pictóricos. Bandadas de grullas y de cigüeñas están en aquel lugar como en su casa. Allí donde la llanura tuerce se eleva junto a la costa del Mediterráneo el promontorio poblado de bosques del Monte Carmelo. A lo lejos se distinguen las montañas de Galilea, de un azul pálido, con la pequeña aldea de Nazaret y, hacia la derecha, la sombría mole del Monte Tabor impide la vista del profundo valle del Jordán.

Nada sugiere en ese triángulo, tan apacible y rodeado de suaves relieves montañosos, que ese pequeño rincón del mundo fuese durante milenios escenario de luchas formidables y de decisiones históricas tan trascendentales.

Montado en un "carro de oro" el faraón Tutmosis III. hacia el año 1500 antes de J.C., desemboca con sus tropas en este valle a través de un desfiladero y derrota a los cananeos, que, asustados, se refugian en Meguido. En la misma llanura los israelitas, enardecidos por la heroica Débora, quebrantan la potencia del ejército de carros de combate cananeos, e irrumpe Gedeón sobre los nómadas camelleros madianitas; pierde el rey Saúl la batalla contra los filisteos, y muere, alrededor del año 1000 antes de la era cristiana, el rey judío Josías cuando, con los suyos, se arroja desesperado contra las fuerzas superiores de los egipcios.

Las ruinas dan asimismo testimonio del castillo franco Faba, que los caballeros hospitalarios de la orden de San Juan y los templarios dominaban en la época de las cruzadas hasta que Saladino, después de una terrible batalla, los arrojó de este valle. El 16 de abril de 1799 luchan aquí los franceses y los turcos. Con sólo 1.500 soldados el general Kleber tiene en jaque a 25.000 hombres del ejército contrario. Los franceses se baten heroicamente desde el amanecer hasta el mediodía. Entonces una oleada de 600 soldados de caballería viene a ayudarles en su apuro. El oficial que va a la cabeza se llama Napoleón Bonaparte. Una vez ganada la "batalla del Tabor," Napoleón se dirige, por la tarde, a los montes de Galilea; por la noche cena en Nazaret. A través del mismo paso que cruzó Tutmosis III, cruza en el año 1918 la caballería británica bajo el mando de Lord Allembry y derrota al ejército turco apostado en la llanura.

Mudo testigo de todos estos acontecimientos fue el Tell el-Muteselim, contra el cual empieza su ataque Clarence C. Fischer en la primavera del año 1925.

La colina es dividida literalmente en pequeños trozos, centímetro a centímetro, cual una torta, pero en sentido horizontal. En forma calidoscópica van apareciendo los siglos. Cada uno de los estratos representa un capítulo del libro de la Historia Universal desde el siglo X al IV antes de J.C.

De las cuatro capas superiores, el estrato I 5 contiene las ruinas de la dominación persa y babilónica. El rey persa Ciro destruyó en el año 539 antes de J.C. el poderío de Babilonia. El rey Nabucodonosor de Babilonia había conquistado medio siglo antes, es decir, en el año 597, Siria y Palestina. Los muros de un palacio de esa época, de una solidez desacostumbrada, se conservaron. El estrato II hace surgir, como testimonios de la dominación asiria, las ruinas de un palacio de una época correspondiente al siglo VII antes de J.C. Tiglatpileser III sometió la Palestina en el año 733 antes de J.C. El estrato III y el estrato IV representan la época israelita. Se encuentran dos sellos con letras hebraicas antiguas de los cuales uno lleva la siguiente inscripción:

"Shema, siervo de Jeroboam."

Jeroboam I fue el primer soberano de Israel cuando se dividió el reino, del 926 a 907 antes de J.C. Una lápida contiene otro nombre conocido: Scheschonk I, faraón de Egipto. La Biblia lo llama faraón Sesac. Este faraón cayó sobre Palestina en el quinto año del rey Jeroboam, o sea en el año 922 antes de J.C.

Después de casi diez años de trabajos de exploración con picos y azadas se penetra en la época del rey Salomón, quien cerró para siempre los ojos cuatro años antes de la caída de Scheschonk, o sea el año 926 antes de J.C. El fondo de la capa de escombros del estrato IV proporciona a los arqueólogos Gordon Loud y P.L.O. Guy y a la posteridad sensacionales sorpresas de la época del rey Salomón.

En la época en que vivió este rey se introdujo un nuevo procedimiento en el arte de la construcción de edificios, murallas de protección, etc. En vez de la forma de construcción hasta entonces en uso, se emplearon piedras labradas en las esquinas de los edificios y, a ciertas distancias, en el resto de la obra. En la última capa de escombros del estrato IV se ponen al descubierto las ruinas de una residencia cuya construcción ofrece estas características. Está circundada por un muro rectangular cuya longitud lateral tiene 60 pies. Como protección, en la puerta de acceso había tres pares de pilastras muy juntas. Entradas a una ciudad triplemente asegurada en igual forma las encontraron también los exploradores en Esyon-Guéber y en Lakís. El edificio, de gruesas paredes, desenterrado al mismo tiempo, resulta ser un "almacén de provisiones" una de "las ciudades-almacenes" de Salomón... (1 Re. 9:19). Almacenes de esta clase también se encontraron en Betsam y en Lakís. Meguido fue el centro de administración del quinto distrito de Israel bajo el reinado de Salomón. En el propio palacio de Salomón residía junto al "almacén" y era responsable de la entrega de los impuestos de frutos naturales de Taanaq y Meguido, un tal "Rana, hijo de Ajilud..." (1 Re. 4:12).

Por grandes que fueran estos hallazgos no era algo sensacional. Este algo dormitaba aún oculto en las profundidades del Tell el-Muteselim, como si la vieja colina hubiese querido guardar lo mejor para lo último. En el curso de las excavaciones aparecen en los bordes del tell superficies uniformes de piedra que, libres de los cascotes, se presentan sembradas de pilares rectangulares de piedra, en largas hileras, una después de otra, todos ellos de forma rectangular.

Loud y Gay no tienen, al principio, idea alguna de lo que aquello podría significar. Las raras superficies parecen no tener fin; metros cuadrados y más metros de ella salen entre los cascotes. A Guy le viene la idea de que puedan ser los restos de establos. ¿Por ventura la Biblia no hablaba de los innumerables caballos del rey Salomón?

En la monotonía de las excavaciones, en el trajín diario de la extracción de materiales, de su cribado y en la clasificación de los restos dignos de atención, la idea de Guy halla un nuevo impulso que se contagia a los que colaboran con él en las excavaciones.

Los exploradores se van asombrando cada vez más con cada uno de los edificios que van apareciendo. Salen a la luz nuevos establos agrupados alrededor de un gran patio recubierto de mortero de cal apisonado. En la mitad de cada establo hay un pasadizo de unos tres metros de anchura. El pavimento cardado impediría que los caballos resbalaran. A ambos lados, detrás de los pilones de piedra, existen espaciosa cajas cada

una de las cuales tiene una anchura de tres metros. En muchas de ellas se encuentran residuos de los pesebres y pueden verse aún trozos de las canalizaciones para el agua. Hasta bajo el punto de vista actual, se trata de caballerizas lujosas. Por el extraordinario cuidado que se puso en su construcción y en su disposición, cabe deducir que en aquella época los caballos eran muy apreciados. En todo caso resulta evidente que los caballos eran mejor atendidos que los hombres.

Una vez se hubo excavado todo el conjunto, Guy cuenta que había compartimientos para 450 caballos y cocheras para 150 carros, ¡Un establo gigantesco!

"Esto es lo relativo a la leva que el rey Salomón dispuso para construir la casa de Yahv? y su propio palacio... y la muralla de Jerusal?n y Jasor, Meguido y Guezer" (1 Re. 9:15). "Reunió Salomón carros y caballería y poseyó 1.400 carros y 12.000 jinetes que colocó en las ciudades de los carros..." 1 Re. 10:26). Las indicaciones que da la Biblia referentes al número de caballerizas que fueron halladas en Meguido, de cuadras y de cocheras de igual construcción que en Tell el-Hesi 6, Jasor y Taanak y Jerusalén deben considerarse como aproximadas. Los resultados sorprendentes de las excavaciones dan una idea del gran orden al que el antiguo pueblo de Israel estaba acostumbrado en sus épocas de esplendor.

Meguido era finalmente uno de los muchos cuarteles dedicados al alojamiento de los nuevos cuerpos de luchadores en carros que había organizado Salomón y que pertenecían al ejército fijo del rey.

En uno de aquellos antiquísimos edificios hallados debajo de las altas murallas de Jerusalén, bien asentados sobre la roca, casi dos mil años después de Salomón, se instalaron los caballos de los cruzados después de la conquista de la Ciudad Santa por Godofredo de Bouillon.

A través del reino de Salomón pasaban los caminos más importantes que seguían las caravanas al dirigirse desde Egipto al Asia Menor. Egipto era el principal exportador de carros de combate... "y los mercaderes del rey compraban los géneros y los sacaban de Egipto; un carro por seiscientos siclos de plata..."

Los constructores egipcios eran maestros sin par en la construcción de carros de dos ruedas para el combate y la caza. La madera dura para los mismos tenía que ser importada de Siria. Así se comprende su elevado precio de intercambio. Un carro equivalía, según la Biblia, al valor de cuatro caballos (1 Re. 10:29).

Los caballos procedían de Egipto "y de Koa," según da a conocer otra tradición. Koa era el nombre de un estado de Cilicia, situado en la fértil llanura que se extiende entre la cordillera del Tauro y el Mediterráneo. Después de la destrucción del reino mitani por los hititas, Cilicia se convirtió en el país de la cría de caballos por excelencia, en el Trakehnen del Viejo Mundo. Heródoto dice que, más tarde, los persas obtenían también de Cilicia los mejores caballos para el servicio de las postas de su reino.

Participantes del comercio de Israel en el Norte eran los "reyes de Siria" y (dos reyes de los hititas" (1 Re. 10:29). Esto es, asimismo, históricamente exacto. El reino de los hititas hacía ya tiempo que se había extinguido en la época en que vivió Salomón, pero en su territorio se habían formado algunos pequeños estados que le sucedieron. Uno de ellos fue descubierto en 1945 por el profesor alemán H. Th. Bossart; el castillo real estaba situado en el bosque de la montaña de Caratepe, no lejos de Adana, al sudeste de Turquía. Su fundador Asitavanda fue, en el siglo IX antes de J.C., uno de aquellos reyes oriundos de los hititas.

\*\* \*\* \*

1. África, Arabia y Palestina-Siria.
2. El rey de Tiro.
3. Es decir, Eliot.
4. Es decir, Jiram.
5. Por "estrato" designa el arqueólogo cada una de las capas.
6. Es decir, Eglón.

### 3. La Reina de Saba, Impulsora del Comercio de Exportación.

La "Feliz Arabia," el país del misterio. — La marcha de la muerte de 10.000 soldados romanos. — La casa de exportación de especias núm. I. — Las primeras noticias sobre la ciudad de Marib. — Peligrosa aventura de Halévy y Glaser. — Cuando el gran dique se rompió. — Una expedición de los Estados Unidos al Yemen. — En el templo de Luna en Saba. — Camellos, nuevas bestias de carga para largas distancias. — Conversaciones con Salomón sobre el comercio de exportación.

**HABIENDO TENIDO NOTICIAS LA REINA DE SABA DE LA FAMA DE SALOMÓN, VINO A JERUSALÉN CON EL FIN DE PROBARLE CON ENIGMAS, ACOMPAÑADA DE NUMEROSÍSIMO SÉQUITO, DE CAMELLOS CARGADOS DE AROMAS, ORO EN GRAN CANTIDAD Y PIEDRAS PRECIOSAS (2 Par. 9:1).**

Desde hace varios milenios las caravanas cargadas con ricas mercancías salen de la "Feliz Arabia" y se dirigen hacia el Norte; en Egipto, en Grecia, en el Imperio romano son bien conocidas. Con ellas viajan leyendas sobre ciudades fabulosas y sobre sepulcros llenos de oro que apasionan obstinadamente a los que las oyen a través de los siglos. El emperador romano Augusto 1 quiere informarse a fondo sobre la lejana patria de los camelleros, quienes la alaban sin cesar. Con este fin encarga a Elio Gallus que prepare una expedición militar para enterarse sobre el terreno y qué es lo que hay de cierto en aquellas relaciones fabulosas. Con un ejército de 10.000 soldados romanos sale Gallus de Egipto en dirección Sur, y avanza a lo largo de las desiertas costas del



Mar Rojo. Marib, la legendaria metrópoli, es su meta. Pero no la alcanzará jamás. Pues bajo el despiadado calor del desierto, a consecuencia de numerosos combates con las tribus salvajes, diezmado por las enfermedades endémicas, queda aniquilado aquel poderoso ejército. Los pocos supervivientes que consiguen regresar a su patria no pueden añadir ningún dato cierto a las fabulosas historias sobre la "Feliz Arabia" ya conocidas dato alguno cierto y objetivo.

El griego Dionisio escribe hacia el año 90 de nuestra era: "En la Arabia Feliz respiras siempre los dulces perfumes de magníficos aromas, ya sea de incienso o de la maravillosa mirra. Sus habitantes tienen grandes rebaños de ovejas en los prados y las aves vuelan hacia allí desde lejanas islas y traen las hojas de canela."

La Arabia del Sur era ya en el Viejo Mundo el primer país en la exportación de las especias y sigue siéndolo aún en nuestros días. No obstante, parece hallarse envuelta en un espeso y misterioso velo. Nadie la había visto con sus propios ojos. ¡La "Feliz Arabia" siguió siendo un libro cerrado con siete sellos! El primero que se atrevió en la edad moderna a tan peligrosa aventura fue el alemán Carsten Niebuhr, quien en el siglo XVIII, dirigió una expedición danesa a la Arabia Meridional. Pero sólo llegó hasta San'a. Aún le separaban 100 kilómetros de las ruinas de la ciudad de Marib cuando tuvo que emprender el regreso.

Un francés, Halévy, y un austríaco, Glaser, fueron los primeros blancos que llegaron a la antiquísima meta, hace cosa de un siglo. Como a ningún extranjero y menos a un europeo, les estaba permitido atravesar las fronteras del Yemen ni les era posible obtener permiso para ello, Halévy y Glaser hicieron uso de una peligrosa estratagema. Fletaron un velero, fueron en secreto al golfo de Aden y desembarcaron disfrazados de beduinos. Después de una larga y fatigosa marcha de más de 300 kilómetros por un país montañoso y estéril desprovisto de agua, alcanzaron finalmente Marib. Profundamente impresionados por lo hallado, dejan toda precaución a un lado y escalan las ruinas. Llenos de desconfianza se acercan a ellos algunos indígenas. Los dos exploradores saben muy bien que su vida corre peligro si se descubre su engaño. Por eso emprenden una rápida huida. Pasando por vericuetos y después de muchas aventuras, consiguen llegar a Aden. Debajo de sus albornoces llevan copias de inscripciones que les permiten poder anunciar al mundo: ¡Marib ha existido realmente!

Los mercaderes que forman parte de las caravanas también traen inscripciones. En el transcurso de los años se pudo reunir una colección de 4.000 documentos. Los eruditos examinan y estudian el material. Las inscripciones son alfabéticas y, por tanto, proceden de Palestina. Hay inscripciones dedicadas que hablan de dioses, de tribus y de ciudades con millones de habitantes. Y estos son los nombres de los cuatro estados — los "Reinos de las especias" — que se citan: Minea, Kataban, Hadramaut y... ¡Saba!

El reino mineo estaba situado en la parte norte del Yemen y se menciona hasta el siglo XII antes de J.C. De su vecino meridional, el estado de los sabeos, dan cuenta los escritos del siglo IX antes de nuestra era. Los documentos asirios del siglo VIII contienen asimismo relatos sobre Saba y dan cuenta de las relaciones, muy activas, con esta tierra, cuyos reyes, que se llamaban "Mukarrib," eran "príncipes sacerdotes."

Poco a poco y gracias a los documentos hallados, la legendaria Saba va adquiriendo contornos bien definidos.

Un gigantesco dique embalsaba, en Saba, el río Adhanat, recogiendo el agua procedente de las lluvias caídas en una amplia zona con el fin de utilizarla en instalaciones de riego, a las cuales debía aquella comarca su fertilidad. Las ruinas de una muralla de veinte metros de altura son testimonio de semejante maravilla técnica, ruinas que desafiaron hasta hoy día a las dunas de arena del desierto. Así como en la actualidad Holanda es un jardín de tulipanes, entonces Saba era el país de las especias, jardín único, florido, legendario y perfumado por todos los aromas y perfumes de este mundo. En su centro se hallaba situada la metrópoli llamada Marib. Un milenio y medio dio flores el jardín que rodeaba a Marib, hasta el año 542 después de J.C.... Después se rompió el dique. El desierto se fue extendiendo poco a poco sobre la fructífera tierra y la arrasó. "El pueblo de Saba — se dice en el Corán — tenía bellos jardines en los cuales se cultivaban los más ricos frutos." Pero, después, el pueblo se alejó de Dios y Dios le castigó haciendo que el dique se rompiera. Más tarde crecieron solamente frutos amargos en los huertos de Saba.

En el año 1928 los eruditos alemanes Carl Mathjens y H. von Wissmann excavaron en Saba un templo que su paisano Niebuhr había visto primero. Éste es un principio importante; pero tiene que pasar casi un cuarto de siglo hasta que, en 1951, el equipo más grande de expertos emprenda un viaje de exploración para descifrar el misterio arqueológico de Saba. La "American Foundation for the Study of Man" (Fundación Americana para el Estudio del Hombre), apoya la expedición con medios financieros muy importantes. El organizador del viaje de exploración es el extraordinariamente activo paleontólogo de la Universidad de California, Wendell Phillips, que sólo cuenta 29 años de edad. Después de largas y laboriosas negociaciones consigue del rey Imam Achmed permiso para realizar excavaciones en Marib. Esta población se halla situada en la extremidad sur de la península arábiga, a unos 2.000 metros de altura sobre el nivel del mar, en las estribaciones orientales de la cordillera de la Arabia, junto al Mar Rojo. Los investigadores parten llenos de esperanzas hacia la realización de la empresa.

A través de un país sin caminos ni sendas avanza una larga hilera de "jeeps" y de camiones en dirección al Norte, envueltos en una nube de polvo. Fantasmagóricas se destacan, de repente, sobre el luminoso amarillo de las dunas, unas poderosas ruinas y unos pilares. ¡Se trata de Haram Bilqis! Éste es el antiquísimo templo de Almaqah de Aum, localidad legendaria, dedicada al culto, que estaba situada cerca de Marib, capital del antiguo reino árabe de Saba. Aunque estaba recubierto parcialmente de dunas altas como casas, se percibía claramente la forma oval de su perímetro dedicado al culto, que tenía 110 metros de longitud. El santuario presenta la misma forma que en las ruinas de Mozambique, en la selva virgen del África Oriental, donde se buscaba a la bíblica Ofir. Los planos de los dos monumentos destinados al culto concuerdan exactamente.

Según explica una inscripción contenida en la muralla, en Haram se rendía culto a Bilqis Ilumquh, el dios Luna masculino. El templo, situado en el centro de la superficie ovalada, fue sepultado por grandes masas de arena. Las palas empiezan a trabajar en la entrada del grandioso redondel. Los exploradores intentan penetrar por allí hacia el interior del templo.

Con la emoción que es de comprender se va descubriendo, bajo el despiadado calor, un portal de sorprendente magnificencia y belleza. Una amplia escalinata, revestida de bronce, conduce a su interior. El patio está rodeado de una columnata. Unos pilares de piedra, de cinco metros de altura, sostenían, en otro tiempo, la techumbre para darle sombra. Flanqueado a ambos lados por columnas, el camino de las procesiones lleva al santuario del dios Luna. Hay en este templo una instalación digna de ser admirada: se trata de unos juegos de agua, de cinco metros de altura, que, en otro tiempo, debieron de llenar de murmullos el antiguo patio. El agua, al caer, era recogida por un estrecho canal que atravesaba todo el pórtico.

¡Qué impresión debían de sentir los peregrinos cuando pasaban junto a estos caprichosos juegos de agua, aromatizados por el enervante olor del incienso y de la mirra, atravesando las columnatas de este maravilloso edificio de la antigua Arabia!

Cuando los excavadores habían profundizado unos pocos metros en el descombro del templo descubren una maravillosa puerta flanqueada por dos esbeltos pilares. Es cuestión de proseguir las excavaciones a ritmo acelerado. Las intrigas de que son objeto desde hace unas semanas por parte del gobernador de Marib están adquiriendo un peligroso cariz; ni siquiera tienen seguridad por sus vidas. Por fin tienen que huir en forma precipitada, abandonando los trabajos. Por fortuna, entre los escasos objetos que han conseguido salvar en su rápida marcha hacia la ciudad del Yemen hay algunas fotografías.

En el cercano Hadramaut pueden realizarse, en los años que siguen, tres campañas que se ven coronadas por el más favorable éxito.

Los resultados de las exploraciones realizadas en estas cortas y, en parte, dramáticas expediciones no son todavía bien conocidos. Que ocultan grandes sorpresas lo hizo notar ya el profesor W. F. Albright en las siguientes palabras: "Están a punto de revolucionar nuestros conocimientos sobre la historia de la cultura y la cronología de la Arabia meridional. Los resultados obtenidos hasta la fecha demuestran la primacía política y cultural de Saba durante los primeros siglos a partir del año 1000 antes de J.C.."

De igual manera que en la época del rey Salomón se realizaron largos viajes a través del Mar Rojo hacia Arabia y África, tienen también lugar, por tierra, siguiendo las costas de dicho mar, viajes a países lejanos atravesando los desiertos de arena del Sur. Los nuevos medios de transporte para realizar tales viajes eran los camellos, que bien podrían ser designados con el nombre de "navíos del desierto." Atraviesan por tierra distancias que antes se consideraban imposibles de cruzar. Mediante la domesticación y la cría de esos animales del desierto tuvo lugar un insospechado desarrollo de las relaciones y un gran incremento en los transportes a través de territorios áridos y extensos.

Aproximadamente desde el año 1000 antes de J.C. la Arabia Meridional, que, durante tanto tiempo, estuvo en una lejanía casi fantástica, se acercó considerablemente al Mediterráneo y así entró en relación muy estrecha con otros reinos del Viejo Mundo. De la misma manera que mediante el empleo de aviones estratosféricos de los servicios transoceánicos América se ha acercado más a Europa, así sucedió entonces, aunque a distinta escala, entre la Arabia del Sur y el Viejo Mundo.

Mediante penosas marchas a lomo de asno, durante meses y más meses, recorriendo diariamente pequeños trayectos de aguada a aguada, siempre expuestos a los asaltos de los bandidos, tenían que ser transportados en aquella época los tesoros por el camino del desierto a lo largo de una senda de unos 2.000 kilómetros, siguiendo la antigua ruta del incienso, en dirección Norte. Mediante el empleo de las nuevas bestias de carga empezó a fluir una corriente más amplia de mercaderías procedentes de la "Feliz Arabia." Los nuevos transportadores eran más rápidos, casi independientes de los puntos de aprovisionamiento de agua y, por tanto, no tenían que seguir la antigua ruta en zig-zag que iba de una a otra aguada. Además, tenían una gran capacidad de carga. El camello puede llevar muchísimo más peso que el asno.

La estación final de la ruta del incienso era Israel. Los agentes de Salomón, los llamados "mercaderes reales," recibían allí los diversos productos. De ellos dependía que las caravanas pudiesen proseguir su ruta, a través de la tierra de Salomón, hacia Egipto, Fenicia y Siria.

No es de maravillarse que "la fama de Salomón... llegase hasta la reina de Saba" (1 Re. 10:1). Si con esta idea leemos atentamente el capítulo 10 del primer Libro de los Reyes, estos pasajes de la Biblia ya no nos parecerán relatos fantásticos, ni la reina de Saba algo novelesco. Más bien todo nos parecerá de acuerdo con la época y claramente comprensible.

"La reina de la Arabia... llegó a Jerusalén... y viniendo a Salomón le expresó cuanto tenía propósito decirle" (1 Re. 10:2).

La reina de Saba tenía seguramente muchos asuntos que tratar en su programa. Para el jefe de un país cuyas principales exportaciones, debido a las condiciones geográficas, sólo podían realizarse a través de Israel, había evidentemente muchos puntos a tratar con éste. Hoy día designaríamos más concretamente esta forma de tratar con el nombre de "negociaciones de carácter económico" y, para realizarlas, enviaríamos a los demás países a expertos especializados que no serían personas reales. Éstos también llevarían en su equipaje diplomático buenos presentes para demostrar al soberano del país con el cual se desea concertar el tratado el debido respeto... tal como se hacía en tiempos de la reina de Saba.

\*\* \*\* \*

1. Del año 63 a. de J.C. al 14 después de J.C.

4. De la Policroma Vida Cotidiana en Israel.

A los hijos de Israel les gustaban los adornos. — Secretos de tocador de Palestina. — Mirra y áloe para el lecho. — Jardines de bálsamo en Jericó. — Mástix... goma de mascar muy apreciada. — Los aromas de Canaán. — La cama fue inventada por los egipcios. — Ruidosas piedras He moler el grano.

En medio de los testimonios que nos dan razón de la magnificencia que privaba entre los egipcios, los babilonios y los asirios, hemos olvidado la vida cotidiana de Israel,

que, hasta ahora, nos había parecido gris y monótona. Desde luego, no es cuestión aquí de un tesoro áureo como en el caso de Troya; no hubo ningún Tutankamon ni ninguna encantadora Nofrete; pero, ¿es que la vida cotidiana era, en Israel, realmente algo incoloro y sin luz alguna que le prestase aliciente y esplendor?

Israel ama la pompa multicolor. Tiñe sus vestiduras, pinta las paredes, las casas y... los rostros de sus mujeres. Ya en tiempo de los patriarcas conoce la alegría del colorido. "Ahora bien, Israel amaba a José más que a todos sus hijos... y habíale hecho una túnica de varios colores" (Gen. 37:3). Una pintura mural, en una tumba de Beni Hasán, representa esta túnica con franjas azules y rojas. Rojo y azul son los colores de los vestidos de los hombres. En cambio, el color verde parece reservado a la mujer. "De púrpura roja y azul y escarlata" se hace ya mención durante la época de la peregrinación por el desierto (Ex. 25:4). "Hijas de Israel, llorad a Saúl, el que ricamente os vestía de escarlata" (2 Sam. 1:23), exclama David, lleno de dolor, después de la muerte del primer rey. "Llevaba ella una túnica larga de amplias mangas — se dice de Tamar, la hija de David —, porque así vestían en otro tiempo las hijas del rey aún doncellas" (2 Sam. 13:18).

La Naturaleza proporcionaba a Canaán una de las más bellas paletas del mundo. Los hijos de Israel sólo tenían que elegir. Las granadas y el azafrán proporcionan un color amarillo muy hermoso; la raíz de granza y el alazor, un rojo de fuego; el glasto, un azul celeste. Además, había el ocre y el almagre. El mar enviaba a la playa el rey de todos los colores: el caracol marino llamado "Murex." Su cuerpo delicado e incoloro proporcionaba, bajo el influjo de la luz del Sol, la púrpura. Esto fue su desgracia. Montañas inmensas de conchas vacías fueron halladas en Tiro y en Sidón, lo cual hace presumir que allí estaba el centro de la obtención de la púrpura. Los fenicios, en las ciudades marítimas, fueron los primeros en industrializar la obtención de la púrpura; más tarde, Palestina se dedicó también a la remunerativa pesca de tales caracoles.

El centro textil de Betasbea, al sur de Judá, era celebrado por el biso, el lino de clase más fina teñido de blanco. "Diez camisas de biso," dice una inscripción relativa al poderoso rey de Asiria, Asaradón. Kirjat-Seper y Hebrón gozaban de mucha fama por sus tintorerías. En estos lugares fueron excavados grandes recipientes de piedra e instalaciones en forma de calderas con tuberías de entrada y salida que correspondían a la industria de la tintorería. En Tell Beit Mirsim, el antiguo Debir, se llegó a practicar hasta el arte de teñir en seco.

"Voy a edificarme una casa espaciosa... —dice Jeremías, 22:14—, la artesona de cedro y la pinta de rojo." Las paredes están pintadas; las piedras para los mosaicos, los tejidos, el cuero y la madera, teñidos, así como también los labios, las mejillas y los párpados de las mujeres hermosas...

"Como cinta de grana son tus labios... Cual mitades de granada son tus sienes." "La cabellera de tu cabeza corno púrpura... y el olor de tus perfumes excede a todos los bálsamos" (Cant. 4:3; 7:6; 4:10), exclama el rey Salomón en su Cantar, uno de los cánticos más bellos del mundo.

En forma extraordinariamente poética va mencionando el gusto por el adorno de Israel, los secretos del tocador de sus mujeres.

Los perfumes y los afeites, los ungüentos y las pinturas para el cabello, preferidos, costosos y refinados, con los mejores ingredientes que este mundo puede ofrecer, serían aún hoy día productos muy apreciados por la cosmética de Europa y ultramar.

Los perfumes que utilizaron desde tiempos inmemoriales, las resinas aromáticas, no sólo eran altamente apreciados en el servicio del culto para aromatizar los templos, sino que se utilizaban cotidianamente, en el hogar, en el vestido e incluso en el lecho.

"He ataviado mi lecho con paramentos, con tapices multicolores de lino de Egipto. He perfumado mi cama con mirra y aloe y cinamomo" (Prov. 7:16 y sigs). Se dice como prevención contra las artes de la seducción femenina de la adúltera. "Mirra y aloe y casia son todos tus vestidos; de ebúrneos palacios te alegran los sonos de instrumentos de cuerda," canta el salmo 45 en su vers. 9.

Algunos botánicos han analizado los relatos, al parecer tan llenos de fantasía, e investigado sobre los ingredientes que entran en la composición de los perfumes y sobre sus suministradores. Los descubrieron en flores delicadas y en hierbas, en el zumo de algunos arbustos y capullos. Muchos proceden de países extranjeros, pero muchos crecen aún hoy día en Palestina.

De la India procede la casia (*cinnamomum cassia*), árbol cuya corteza es similar a la canela, y el cálamo (*andropogon aromaticus*), designado también con el nombre de hierba de jengibre. Por el comercio de altura llegaban a través del océano Índico a la Arabia meridional, donde se realizaba el intercambio de las especias, y desde allí eran llevadas, por las caravanas, hasta la orilla del Mediterráneo.

La canela tenía que realizar una larga peregrinación. Desde su patria, que es la China, llegaba primero a Persia y desde allí a la India, donde tomaba carta de naturaleza, y, como artículo de exportación, era recibida en la Arabia.

El incienso se obtiene de una planta llamada bosvelia. Es oriunda de la Arabia y de Somalilandia, como también la *commiphora myrrha*, el árbol de la mirra. La cuna del aloe es la isla de Socotora, a la salida del Mar Rojo, que también le dio el nombre, pues se designa con el de aloe succotrino.

En cuanto a la procedencia del bálsamo, se han suscitado varias discusiones. Aquí la Biblia parece haber sufrido una equivocación, pues los botánicos saben muy bien que la hierba del bálsamo (*commiphora opobalsamum*) sólo crece en la Arabia. ¿Cómo podría, pues, afirmar Ezequiel (27:17) que Judea e Israel suministrasen a Tiro "perfumes, miel, aceite y bálsamo"?

Tanto los botánicos como Ezequiel tenían razón. Los primeros se habían olvidado de leer en el gran libro histórico judío de Josefo que, desde los tiempos del rey Salomón, había bálsamo en Palestina. Los arbustos se cultivaban, sobre todo, en los alrededores de Jericó. Josefo contesta también a la pregunta de cómo llegaron hasta allí. Crecieron de las semillas que se encontraron entre los regalos de especias de la reina de Saba.

Esto parece una afirmación atrevida.

Pero, entre tanto, se han hallado otros testimonios. Cuando los romanos entraron en Palestina, encontraron, en efecto, plantaciones de bálsamo en la llanura de Jericó. Los conquistadores consideraron en tan alto grado este raro arbusto, que mandaron ramas de él a Roma, como señal de su victoria. Treinta años después de J.C., Tito Vespasiano puso una guardia imperial en las plantaciones, para preservarlas de cualquier destrucción. Mil años después, los cruzados ya no encontraron rastro alguno de tan valioso arbusto. Los turcos los habían descuidado y así se fueron extinguiendo.

El lentisco, del que Ezequiel nos habla, existe aún hoy día en Palestina. Son las lágrimas blancoamarillentas y transparentes de un arbusto llamado pistacia lentiscus. Muy apreciadas por su aroma, se utilizan también en medicina. Los niños sacrifican la propina por un par de gotas de esta goma de mascar, que los antiguos alababan porque, según ellos, reforzaba los dientes y la garganta.

En la Tierra Prometida existen, además, como productos nativos: el gálbano en una planta umbelífera (Ex. 30:34); el estacte (Ex. 30:34) en el estoraje de flores blancas; el ládano en la heliantema, y el tragacanto en un arbusto trifoliado (Gen. 37:25). Los naturalistas encontraron todas las especies bíblicas.

Los recipientes, a veces costosos, utilizados para contener los perfumes los encontraron los arqueólogos bajo los muros derribados, en las ruinas de las casas patriarcales y en los edificios reales. Redomas de piedra calcárea, de marfil y a veces del más caro alabastro y unas varillas servían para realizar la mezcla de las partes componentes de los ungüentos. Las fórmulas de los buenos maestros eran muy apreciadas. Frascos altamente decorativos de arcilla cocida servían para guardar los perfumes. En las grandes tinajas y ánforas se maceraban las raíces olorosas con aceite de oliva. El aceite, según ya se sabía entonces, hace que la piel y los cabellos sean suaves y sedosos. Hasta los pobres, que vivían en los campos, se untaban con él la piel y los cabellos aunque sin añadirles los costosos perfumes. El aceite se recolectaba en grandes cantidades en sus olivares.

Los lavados con agua eran una necesidad de todos los días y cosa completamente natural. Se lavaban antes y después de las comidas, se le lavaban los pies al huésped y todos se lavaban por la noche. En las excavaciones se han encontrado recipientes de piedra, bañadores para los pies y bandejas de arcilla por todo el país, reforzando así las numerosas citas de la Biblia a este respecto (Gen. 18:4; 19:2; 24:23; Cant. 5:3; Job 9:30; Lc. 7:44; Mc. 7:3; etc.). Lejías a base de plantas y de minerales proporcionaban materiales y jabón para el lavado (Jer. 2:22; Job 9:30).

"Bolsita de mirra es para mí amado, que entre mis pechos descansa" (Cant. 1:13). Este párrafo describe la discreta costumbre de las damas de llevar, bajo sus vestiduras, una bolsita impregnada de perfume o de mirra. No faltaban en el tocador ni las tenacillas ni los pasadores para el cabello ni el espejo (disco de metal pulimentado). Estas tres cosas, tan importantes para la belleza de la mujer, eran los objetos de lujo que se importaban de la tierra del Nilo, donde eran ya objetos indispensables para las esposas de los faraones desde las primeras dinastías.

Por más que los profetas predicasen contra tales cosas, no pudieron desterrar de las casas ni los aceites ni los retoques para los ojos.

Con los bellos racimos de flores de juncia las mujeres se adornaban sus cabelleras. Pero apreciaban mucho más un polvo rojo amarillento fabricado con la corteza y las hojas del arbusto de juncia. Los árabes lo llaman "henna." Con este producto se teñían los cabellos y las uñas de los pies y de las manos. Los arqueólogos encontraron, con asombro, su color rojo claro como esmalte en las uñas de los pies y de las manos de las momias egipcias. Los laboratorios y las fábricas de cosméticos siguen empleando hoy día el "henné" a pesar de todos los inventos y novedades que se han producido desde entonces. Las cejas y las pestañas eran teñidas con brillantina; el lapislázuli molido daba a los párpados el sombreado deseado. La cochinilla pulverizada, al igual que en la actualidad lo procura a los modernos lápices labiales, suministraba también el rojo carmesí para una boca tentadora.

Por los frascos de esencia, las cajitas de marfil para ungüentos, los recipientes de mezcla y los vasos para el colorete que, en gran profusión, se encontraron en las ruinas de las ciudades de Israel, puede colegirse cuan dura debía resultar la amenaza que el profeta Isaías dirigió a ese mundo que tanto amaba los colores, los afeites y los perfumes: "En lugar de bálsamo, habrá putrefacción; y en lugar de cinturón, una cuerda; y en lugar de trenza, calva; y en lugar de lujoso vestido, ceñidor de saco; quemadura en lugar de belleza" (Is. 3:24).

Si bien en el Antiguo Testamento se habla de que alrededor de la mesa había sillas, nadie se metía en la cama en el sentido que hoy damos a esta palabra, ¡Y es que la cama era un mueble de lujo!

Los faraones y los dignatarios de su corte fueron los primeros en disfrutar de la comodidad de dormir en una cama. En la tierra del Nilo se inventó el primer modelo de este mueble del cual hoy no podríamos prescindir. Lleno de júbilo hace notar Sinuhe a su regreso: "Volví a dormir en una cama." Hasta quinientos años después, la cama sigue siendo una rareza. Pues cuando la princesa mitani Taduchepa (seguramente la que después fue reina Nofrete) contrae matrimonio en la corte egipcia, lleva en calidad de dote tan sólo colchas, aunque primorosamente tejidas. ¡El palacio de su patria no vio jamás una cama! ¡De noche se dormía en el suelo!

En Israel sucedía otro tanto: sólo la corte y los magnates poseían algo tan costoso. La cama del hombre sencillo era un manto. En él se envolvían de noche (Ex. 22:26). La justicia consideraba que esta "cama" podía tomarse en prenda, pero sólo de día. Por la noche tenía que ser devuelta (Ex. 22:25). Este "manto" era, en realidad, una capa de lana dispuesta para que pudiese ser utilizada para los diversos usos a que estaba destinada: además de utilizarse como protección contra el frío en el sentido que nosotros lo concebimos, y como lecho nocturno, servía también de alfombra (2 Re. 9:13; Mt. 21:7-8).

La cama no fue nunca el lugar ideal de reposo ni en Israel ni en el antiguo Oriente. Era y continuó siendo un mueble exótico. En cambio, dio lugar a su primo el "diván," que se hizo célebre, especialmente en el "País del Creciente," lecho mullido, con blandos almohadones. Un dispositivo almohadillado para el día y extenso para la noche, ha servido de modelo para nuestra actual turca. ¡El invento de la bombardeada Europa central y de las pequeñas viviendas del siglo XX fue el "dernier cri" del mobiliario hace



nada menos que 3.000 años! El diván fue conocido también por Israel. "... te reclinaste sobre un lecho precioso, ante el cual había una mesa dispuesta..." (Ez. 23:41).

Nos quejamos del ruido de nuestra época tecnológica, que tanto nos ataca los nervios, y añoramos muchas veces y sentimos nostalgia por el tranquilo tiempo antiguo. ¿Es que en Israel estaban mejor que nosotros en este concepto?

En vez de la fanfarria de los altavoces, (al amanecer se escuchaba desde las casas el ruido de los molinos de piedra. Desde muy temprano se escuchaba a la molienda del grano para convertirlo en harina. Este trabajo correspondía a la mujer como hoy día la operación de moler el café. Sólo que la molienda de la harina era una operación pesada que requería un gran esfuerzo. Muchas veces tenían que ser dos para mover las pesadas piedras.

La amenaza de una lucha contra el ruido, de la cual tanto se habla en nuestros días, hubiera sido entonces algo terrible teniendo en cuenta tales circunstancias. De tener que cesar el ruido de los molinos, el hambre se habría cernido sobre el país. En forma visionaria lo comprende Jeremías al predecir el exilio babilónico: "Y haré desaparecer de entre ellos el grito de alborozo y el grito de alegría... el rumor de la muela y la luz de la lámpara. Y todo este país se convertirá en ruinas, en desolación" (Jer. 25:10).

## Parte Sexta.

Dos Reyes... Dos Reinos..

De Roboám a Joaquín.

### 1. A La Sombra de una Gran Potencia Que Surge.

El gran reino se derrumba. — Una fortaleza fronteriza entre Israel y Judá. — Napoleón ante una relación sobre Palestina del faraón Sesac. — Samaria, capital del Norte. — Testimonios del "Palacio de Marfil," de Ajab. — Un misterioso "tercer hombre." — Los árabes fragmentan la estela de la victoria del antiguo Moab. — El himno triunfal del rey de Moab, Mesa. — Interviene Asiria. — El obelisco negro de Nemrod. — El rey Jehú, en un bajo relieve asirio. — Envío de vinos a Jeroboam II. — El profeta Amos predica en vano. — La muralla de Samaria es levantada diez metros más.

ASI SE SEPARÓ ISRAEL DE LA CASA DE DAVID HASTA EL DÍA PRESENTE... NO SIGUIÓ, PUES, A LA CASA DE DAVID MÁS QUE LA TRIBU DE JUDÁ (1 Re. 12:19-20).

El gran rey Salomón muere en el año 926 antes de J.C. Con él desciende a la tumba la ilusión de Israel de llegar a ser una gran potencia. ¡Y para siempre! Dos generaciones habían sentado, piedra sobre piedra, bajo la dirección de dos hombres inteligentes y extraordinarios, David y Salomón, los cimientos de este sueño de alto vuelo. Pero, desde el momento en que Salomón cerró los ojos, se encendió de nuevo la vieja discordia que destruyó el gran Estado comprendido en el territorio Siria-Palestina como inevitable consecuencia de la disensión. En su lugar se forman dos reinos: el reino de Israel al Norte y el reino de Judá al Sur. Empieza así un nuevo capítulo de la historia del pueblo bíblico.

El propio pueblo de Israel desintegra su fuerte posición y destruye el gran reino. Con ello queda trazado el camino que por necesidad ha de seguir lentamente, desde este momento hasta el amargo y definitivo fin: el dominio de Israel por parte de Asiria, la sumisión de Judá a Babilonia. En desacuerdo mutuo, les sucede algo peor que caer en la mediocridad. Se ven volcados entre el engranaje de aquellas potencias que, en los siglos venideros, tenían que dominar el escenario del mundo. Israel y Judá se derrumban bajo el torbellino de sus grandes disensiones y, al cabo de trescientos cincuenta años de la muerte de Salomón, ambos reinos han quedado disueltos.

Sin embargo, la última voluntad de Salomón encuentra aún cumplimiento: Roboam, su hijo, se sienta, aunque por poco tiempo, en el trono de Jerusalén como soberano de todas las tribus. Las continuas desavenencias entre éstas precipitan el final del gran reino y desembocan en una guerra civil. Diez tribus del Norte se separan. Un emigrante que regresa precipitadamente de Egipto, Jeroboam, se hace coronar rey el año 926 y se convierte en el soberano de la región del Norte, de Israel. Roboam conserva el resto, es decir, la parte meridional con su capital, Jerusalén (1 Re. 12:19-20).

Entre Judá e Israel no hay concordia. En interminables disputas corre la sangre del mismo pueblo. La frontera está siempre en lucha, "y hubo guerra entre Roboam y Jeroboam todos los días" (1 Reyes, 14:30). Y entre sus sucesores las cosas no cambian. "Y hubo guerra entre Asá y Basá, rey de Israel, todo el tiempo de ambos reinos" (1 Re. 15:16). Judá construye la fortaleza de Mispá en el camino principal de Jerusalén en dirección Norte; más hacia el Este se fortifica Guebá: "Y el rey Asá fortificó a Guebá de Benjamín y Mispá" (1 Re. 15:22). Así se constituye la frontera definitiva.

Durante los años de 1927 a 1935 una expedición de los Estados Unidos, la "Pacific School of Religion," bajo la dirección de William Frederic Bade, excavó a 12 kilómetros al norte de Jerusalén, en el Tell en-Nasbe, una muralla extraordinariamente resistente. Tratábase de los restos de la antigua fortificación fronteriza de Mispá. El cinturón de murallas mide 8 metros de espesor. La formidable fortaleza demuestra cuán acerba y dura debió ser la guerra civil entre el Norte y el Sur.

Israel queda encerrada entre los brazos de una tenaza, formada por Judá al Sur, que llama en su auxilio a los odiados filisteos, y por el reino de los arameos al Norte, cuya considerable fuerza se aseguró Judá mediante un pacto (1 Re. 15:18 y sigs.).

Los episodios de la lucha contra este enemigo mortal llenan varios siglos de la historia de Israel, y la ininterrumpida cadena de guerras sólo termina cuando la nueva potencia mundial, Asiria, derrota a los arameos. Sin embargo, con la entrada en escena de Asiria las horas del reino de Israel están también contadas; más aún, las de ambos reinos.

Para mayor abundamiento, la tierra en que acaba de estallar la guerra entre hermanos sufre, por primera vez después de varias generaciones, una invasión extranjera. Procedente de Egipto cae Sesac 1 con una gran fuerza combativa y recorre el país, saqueándolo. El botín más importante lo hace en la vieja capital, Jerusalén. "Y se apodero de los tesoros de la casa de Yahvé y del palacio real; todo lo cogió, robando asimismo todos los escudos de oro que Salomón había fabricado" (1 Re. 14:25-26). Apenas hace veinte años que existen el templo y la "Casa del Líbano," como llama la Biblia a la casa de Salomón, y ya son desprovistos de su gloria los soberbios monumentos de la grandeza de Salomón. En lugar de las placas de oro robadas, "el rey Roboam hizo escudos de bronce..." (1 Re. 14:27). Esto suena como un mal presagio.

El primer europeo de categoría que, sin suponerlo (pues en su tiempo nadie podía descifrar aún los jeroglíficos), se enfrenta con un importante documento del bíblico faraón Sesac es Napoleón Bonaparte, que, en el año 1799, con algunos sabios franceses, profundamente impresionado, atraviesa el grandioso templo egipcio de Karnak, situado en la orilla oriental de Tebas. En medio de este templo, seguramente el mayor construido por el hombre, 134 columnas de 23 metros de altura sostenían la techumbre de una gigantesca nave. En la parte exterior de la pared meridional aparece, iluminada por el ardiente sol de la tierra del Nilo, un imponente bajo relieve que inmortaliza la incursión del faraón mencionado en la Biblia.

El dios Amón, en la diestra la espada en forma de hoz, presenta con su izquierda al faraón Scheschonk I 156 prisioneros encadenados procedentes de Palestina. Cada prisionero representa una ciudad o una aldea. Como distintivo cada cual lleva su nombre bíblico. Hasta la ciudad fortificada de Meguido está representada entre ellas. En las ruinas de Meguido se encontró el nombre de Scheschonk I.

La "campana" de Scheschonk fue, durante mucho tiempo, la última. Hasta más de 300 años después no está Egipto de nuevo en situación de hacer valer sus derechos de soberanía sobre el espacio de Siria-Palestina.

A Israel, el peligro de muerte le llega del Norte y se llama... Asiria. Bajo el reinado de Omri (882-871 antes de J.C.) empieza este país su primer asalto cual si se tratase de un ejercicio de maniobras para caso de peligro; realizando el avance desde Mesopotamia hacia el Oeste.

"Salí de Alepo y atravesé el Orontes," cual una exclamación de fanfarria suena esta frase de Asurnasirpal II grabada en caracteres cuneiformes. Más de doscientos años necesitó Asiria para acabar con los enemigos del interior y del exterior de Mesopotamia. Desde la antiquísima ciudad de Asur, junto al Tigris, que lleva el nombre de su más alta deidad, el pueblo semita de los asirios, tan ávido de conquistas y tan diestro en la organización, extiende sus dominios sobre todos los pueblos del país de los dos ríos.

Una vez conseguido esto, aspira a dominar el mundo; condición previa para ello es la toma de posesión de esa estrecha faja de la costa de Siria y Palestina que le impide el acceso al Mediterráneo, la posesión de los principales puertos marítimos y el control de las rutas más importantes seguidas por las caravanas y del único camino para llegar a Egipto.

Ante estos objetivos de Asur, la suerte de Siria y Palestina queda decidida.

El relato de Asurnasirpal explica, en forma lacónica, lo que amenaza a Israel y a Judá: "Desde el Orontes emprendí la marcha... conquisté las ciudades... hice una gran carnicería entre ellos, destruí, derribé, incendié con fuego. Cogí prisioneros a muchos guerreros. Los hice empalar ante sus ciudades. Establecí en ellas a los asirios... En el gran mar limpié mis armas..."

En forma tan imprevista como aparecieron, se fueron los asirios cargados con "plata, oro, plomo, cobre...", tributos de las ciudades fenicias de Tiro, Sidón y Biblos.

El rey Omri de Israel tiene como un vago presentimiento. De la misma manera que un día, en su carácter de capitán, demuestra también como rey un instinto militar extraordinario. En medio de Samaria, el país de las colinas, adquiere una montaña sobre la cual construye la nueva capital de Israel, fuertemente fortificada: Samaria (1 Re. 16:24). Está seguro de que muy pronto Israel tendrá necesidad de ella.

La elección del emplazamiento demuestra al técnico que se guía por puntos de vista estratégicos. Samaria está situada sobre una colina aislada de unos 100 metros de altura de pendientes suaves, rodeada de un semicírculo de altas montañas más altas, en un extenso y fructífero valle. Un manantial de agua hace que aquella plaza resulte ideal para la defensa. Desde su cumbre la vista alcanza, por el lado Oeste, hasta el Mediterráneo.

El rey Omri se convierte en una obsesión para los asirios. Hasta cien años después de haber caído esta dinastía del reino de Israel, sigue hablándose de ella en los textos de escritura cuneiforme, adoptándose el nombre oficial de "Casa de Omri" para designar al pueblo de Israel.

Dieciocho años después de la muerte de Omri se realiza lo que se temía. Salmanasar III invade Karkemisch en el Éufrates y emprende el camino de Palestina 2.

Ajab, hijo de Omri y sucesor suyo en el trono, presiente el empuje del encuentro teniendo en cuenta la creciente potencia mundial de Asiria, y hace lo único razonable en tal situación. Acaba de vencer a su enemigo el rey arameo Ben-Hadad de Damasco. En vez de hacerle sentir la fuerza del vencedor, lo trata con una deferencia desacostumbrada: le hace "montar en su carro," le llama "mi hermano" y, no contento con esto, "concluye con él un pacto y lo deja en libertad" (1 Re. 20:32-34). Así convierte a un enemigo en aliado. El pueblo no comprende su modo de proceder y un profeta le ataca por esto. Sin embargo, cuan bien meditado era su comportamiento lo demuestra el porvenir. La guerra de los dos frentes fue evitada.

"Sobre naves de piel de carnero atravesé... el Éufrates en su crecida...", se dice en las tablillas del rey asirio Salmanasar III. ¡Sus tropas de vanguardia estaban adiestradas en el arte de construir pontones sobre odres hinchados de pieles de animales!

En Siria entró en contacto con una coalición de Siria y Palestina cuyo contingente de tropas aprecia exactamente. Además de las fuerzas de combate del bíblico Ben-Hadad de Damasco y de otros príncipes sirios, hay "2.000 carros de combate, 10.000 soldados de Ahabú de los sirios...." Ahabú, el sirio, que representa la tercera fuerza combativa, es el rey Ajab de Israel.

El pacto de Israel con Damasco fue de corta duración. Apenas el sirio hubo abandonado el país, volvieron a encontrarse las antiguas rivalidades y Ajab perdió su vida en su lucha contra los arameos:

"Pero flecho el arco al azar e hirió al rey de Israel por entre las comisuras de la loriga... La sangre de la herida se derramo por el fondo del carro... Murió, pues, el rey, y fue llevado a Sam.aria, donde sepultaron al soberano. Lavóse el carro junto a la alberca de Sam.aria y los perros lamieron su sangre" (1 Re. 22:34-38).

La Biblia ha dedicado seis capítulos a la vida de este rey. Mucho de ello parece haber pasado al reino de la leyenda.

Así, por ejemplo, "el palacio de marfil que construyó" (1 Re. 22:39), o su matrimonio con una princesa fenicia que aportó cultos extranjeros: "... y tomó por esposa a Jezabel, hija de Etbal, rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal y le adoró... Hizo también Ajab la aserá..." (1 Re. 16:31-33), o la gran sequía en el país: "y dijo Elías... a Ajab: "Vive Yahve, Dios de Israel, a quien sirvo, que en estos años no ha de haber ni rocío ni lluvia, sino con arreglo a mi palabra"" (1 Re. 17:1).

Y, sin embargo, ¡estos hechos no dejan de ser históricos!

La antigua colina de Samaria, formada por restos de épocas pasadas, fue atacada de nuevo en dos campañas sucesivas de excavaciones: desde 1908 a 1910, por los americanos George A. Reisner, Clarence S. Fischer y D. G. Lyon, de la Universidad de Harvard, y desde 1931 a 1935, por un equipo británico-americano bajo la dirección del arqueólogo inglés J. W. Crowfoot.

Los fundamentos de la capital de Israel descansan en un terreno virgen. Omri había adquirido nuevas tierras. Durante los seis años que gobernó desde aquí, la apacible y solitaria colina tiene que haber sido un bullicioso lugar de obras en construcción. Los poderosos sillares de las fuertes fortificaciones evidencian el sentido estratégico del constructor. Los muros tienen un espesor de 5 metros. En la acrópolis, situada en la parte occidental de la colina, aparecen los fundamentos y los muros de un edificio que circunda un amplio patio; es la residencia real del reino septentrional, Israel.

Después de Omri residió aquí su hijo Ajab, el nuevo rey. Éste prosiguió las construcciones siguiendo los planes de su padre. Las obras son realizadas con notable maestría, empleándose únicamente bloques de piedra calcárea cuidadosamente labrados.

Al retirar los escombros llama en seguida la atención de los exploradores la enorme cantidad de astillas de marfil que se encuentran por todas partes. Hallar fragmentos de marfil nada significa en Palestina, pues es cosa corriente. Casi en toda excavación que se realiza se tropieza con este costoso material, pero siempre en fragmentos aislados. En Samaria el suelo está materialmente sembrado de ellos. A cada paso, en cada metro cuadrado, se encuentran las piezas y las plaquitas de marfil, amarillentas y parduscas, cuyos fragmentos permiten ver aún maravillosos trabajos, hermosos relieves de los artífices de Fenicia.

Tales hallazgos sólo tienen una explicación: ¡este palacio fue seguramente el célebre "Palacio de marfil" del rey Ajab! (1 Reyes 22:39).

Lo más seguro es que el soberano no se hubiese hecho construir todo un palacio de marfil, cual era la interpretación que se daba a este pasaje bíblico, y así se dudó de su veracidad, cosa que, después de tales hallazgos, quedó aclarada: Ajab se hizo adornar las paredes de su palacio con este magnífico material; el mobiliario era también de marfil.

En la parte septentrional del espacioso patio del palacio las palas dejan al descubierto una balsa de agua rodeada de fuertes muros; esta balsa debió de ser el "estanque" en el cual fue lavada la sangre del carro de combate de Ajab, que traía al rey muerto.

Las pruebas de la verdad histórica en lo referente a la sequía y al suegro de Ajab, Etbaal de Sidón, fueron suministradas por el historiador Menandro, de Éfeso. El bíblico Etbaal se llamaba entre los fenicios Itobaal, y, en tiempo de Ajab, era el rey de la ciudad de Tiro 3. Menandro informa sobre la catastrófica sequía que, en la época del rey Itobaal, se cernió sobre Palestina y Siria y duró todo un año.

Bajo el rey Joram, hijo de Ajab, sufre Israel una invasión de funestas consecuencias y una notable pérdida de territorio.

Los arameos penetran en el país y cercan a Samaria. El hambre diezma en forma terrible a la población. Debido a que el rey Joram hizo responsable de ello al profeta Elíseo, él quiso hacerle matar. Elíseo profetiza, sin embargo, el fin del hambre para el día siguiente... "El oficial sobre cuyo brazo se apoyaba el rey," según se dice en la Biblia, ponía en duda semejante profecía (2 Re. 7:2).

Este oficial ha dado lugar a muchos quebraderos de cabeza. Sus funciones resultaban algo misteriosas. Nada sabía de semejante empleo en la corte. Los comentaristas de la Biblia buscaban inútilmente una aclaración. Finalmente, la investigación lingüística dio con un rastro muy vago. La palabra hebrea "shlish," traducida como "oficial," tiene su etimología en "tres." Pero un oficial de tercer rango no existía. Sin embargo, al ser examinados con mayor cuidado, con auxilio de una lupa, los bajos relieves asirios, se dio con la explicación adecuada.

Cada carro de combate iba ocupado por tres individuos: el conductor o auriga, el soldado y un hombre que se colocaba en un espacio que había en el carro, detrás de ambos. Con los brazos extendidos tenía tomados unos cinturones o pretinas que iban fijadas al carro a derecha e izquierda. En esta forma se proporcionaba al combatiente el necesario apoyo, y este "tercer hombre" impedía que pudiesen ser lanzados del vehículo

durante la carrera desenfrenada que éste emprendía en la furia del combate, teniendo que pasar por encima de los muertos y de los heridos. Éste era, pues, el "tercer hombre," el incomprensible "oficial sobre cuyo brazo se apoyaba el rey," el que tenía cogidos los cinturones del carro de combate del rey Joram.

Bajo el reinado de Joram perdió Israel un extenso territorio en la parte oriental de la tierra de Jordania. Moab, en Transjordania, era tributario de Israel. Muy prolijamente se habla de una campaña contra Mesa y el renegado "Rey-carnero." Entre otras cosas se dice: "Ahora bien, Mesa, rey de Moab, era pastor, y pagaba al rey de Israel un tributo de cien mil corderos y cien mil carneros con su lana. Alas, muerto Ajab, rebelóse el rey de Moab contra el monarca israelita" (2 Re. 3:4-5).

Israel llama en su ayuda a Judá, el reino del Sur, y al país de Edom. Deciden entonces atacar todos juntos a Moab por la parte Sur. El camino hacia allí conduce por las orillas del Mar Muerto. Confiando en la profecía: "No veréis viento ni lluvia, mas ese mismo valle se henchirá de agua y beberéis vosotros, vuestros ganados y vuestras bestias de tirón (2 Re. 3:17), arriesgan los aliados su marcha a través de la árida tierra.

"Pero, después de siete días de marcha, faltó el agua para el ejército y para el ganado que les seguía."

De acuerdo con el consejo del profeta Elíseo, "hicieron en el valle muchos aljibes...." Pero, al levantarse por la mañana, "he aquí que llegó el agua de la parte de Edom y llenóse de agua el país." Los exploradores de Moab lo vieron y "divisaron las aguas desde lejos rojas, como sangre" (2 Re. 3:9, 16-22).

Los estados aliados tienen éxito sobre Moab y asolan el país. "Luego demolieron sus ciudades, y, arrojando cada uno su piedra en todo campo fértil, los llenaron de ellas; y cegaron todos los manantiales y talaron todo árbol frutal; hasta el punto de que sólo quedó la muralla de Quir-jareset..." (2 Re. 3:25).

Y, cosa notable, esa campaña victoriosa termina de forma que se retiraron de aquél y se volvieron a su país" (2 Re. 3:27).

Parecía imposible poder comprobar la veracidad de esta narración.

En 1868 el misionero alemán F. A. Klein visita las ciudades bíblicas de Palestina. Su camino le lleva, a través de la tierra oriental del Jordán a Edom y, finalmente, a Moab. En una salida a caballo por los alrededores de Diban, el antiguo Dibon, en el curso medio del Arnón, su interés queda subyugado por una gran piedra labrada. La arena amarilla la había cubierto casi por completo. Con mucho interés salta Klein del caballo y se inclina sobre la piedra. ¡Contiene a todas luces una inscripción hebrea! No puede dar crédito a sus ojos. Resulta un poco difícil poder, dar vuelta a la piedra, de pesado basalto, bajo el tórrido calor del mediodía. Tiene ésta un metro de altura y está redondeada por la parte superior. Klein la limpia con el cuchillo y el pañuelo de bolsillo. Entonces aparecen a su vista treinta y cuatro líneas de texto.

Su gusto hubiera sido poderse llevar en seguida el pétreo documento, pero resulta demasiado pesado. Por otra parte, se ha agrupado a su alrededor en un momento un

enjambre de árabes armados. Gesticulando rodean al misionero y, afirmando que la piedra es propiedad suya, le exigen una suma cuantiosísima.

Klein creía haber dado con un hallazgo que podría servir de clave para descifrar muchas cosas, y estaba, por tanto, desesperado. Los misioneros no acostumbran disponer de mucho dinero. En vano trató de interesar en el asunto a los naturales del país. Tuvo, pues, que limitarse a señalar en un plano, con toda exactitud, el punto del hallazgo. Después decidió no proseguir el viaje, regresar rápidamente a Jerusalén y dirigirse a Alemania, donde esperaba poder reunir el dinero necesario para pagar a los árabes.

Pero, entre tanto, otros también se movieron. Y fue una suerte, pues, de lo contrario, es fácil que se hubiese perdido para siempre un valioso testimonio de la historia bíblica.

El investigador francés Clermont Ganneau tuvo noticia del descubrimiento realizado por el misionero alemán y se trasladó en seguida a Diban. Tuvo que hacer gala de un gran poder de persuasión para que los desconfiados árabes le dejaran por lo menos examinar el texto de la lápida de basalto. Rodeado de una porción de naturales del país, que no le perdían de vista, Clermont Ganneau tomó un molde de la superficie. Cuando algunos meses después el sabio presenta en París la traducción del texto, el Gobierno francés concede, sin más titubeos, el permiso para la adquisición de la lápida. Pero, ¿quién podría figurarse el desengaño que tuvo el francés cuando, formando parte de una caravana y provisto del dinero necesario, llega a Diban y no encuentra ya la piedra! Sólo una capa de moho indica el sitio donde había estado. Los árabes la habían hecho pedazos con pólvora... por pura avaricia. Vendiendo trozos sueltos a los extranjeros aficionados a las antigüedades habían creído poder sacar mejor provecho de la venta.

¡Lo único que le cabía hacer a Clermont Ganneau en tales circunstancias era, nada menos, que ir a la caza de cada uno de los fragmentos de tan valioso documento! Después de muchos pasos y de muchas pesquisas consigue reunir finalmente todos los pedazos. Dos grandes bloques y dieciocho trozos pequeños son cuidadosamente ensamblados y, antes de que el misionero alemán Klein consiguiese reunir la suma necesaria para su compra, la lápida de Diban figura entre las más valiosas adquisiciones del Museo del Louvre en París.

El texto de la lápida es el siguiente: "Yo soy Mesa, hijo de Kemosh, rey de Moab... Mi padre ha sido durante treinta años rey de Moab y yo fui rey después de mi padre; he fundado este alto santuario de Kemosh 4 en Querihoh 5, santuario de salvación, pues me salvó de todos mis apuros y me permitió ganar ventaja sobre todos mis enemigos. Omri era rey de Israel y sometió a Moab durante muchos días, pues Quemosh estaba enfurecido con su país. Después le siguió su hijo y éste dijo también: "¡Someteré a Moab!" Esto lo dijo en mis tiempos, pero yo alcancé la superioridad sobre su casa, y así Israel quedó arruinado para siempre... He hecho grabar las sepulturas de Querihoh por prisioneros de Israel..."

Este comunicado moabita causa considerable sensación entre los medios científicos. Por parte de muchos entendidos se llega hasta a tener sospechas de que se trate de una falsificación. Los expertos de todo el mundo someten a la lápida y a la inscripción a un minucioso examen bajo la lupa. Tadas las pruebas hacen desvanecer las dudas,



adquiriéndose el pleno convencimiento de que se trata de un documento histórico de primer orden, un relato contemporáneo del rey Mesa de Moab.

Es el documento escrito más antiguo que se posee de Palestina, escrito en lenguaje moabita, hacia el año 840 antes de J.C. dialecto emparentado con el hebraico bíblico. Causa verdadera sensación.

Audiat et altera pars... ¡Sea oída la parte contraria!

Si deseamos ser informados de manera objetiva, siempre es aconsejable estudiar los partes de guerra de los dos combatientes. Así se adquiere una mayor seguridad, una visión más clara de los hechos. En este caso especial, por ejemplo, las noticias que nos da la Biblia y el texto moabita se complementan perfectamente.

La estela de Mesa 6 nos proporciona la información que nos faltaba y aclara lo que en los versículos de la Biblia resultaba confuso. En el punto decisivo la estela y la Biblia coinciden; la campaña terminó con la derrota del rey de Israel. La Biblia describe extensamente los primeros éxitos de Israel que el rey Mesa deja de mencionar. El desfavorable resultado de la campaña lo da a entender la Biblia, pero en forma muy lacónica, y en cambio el rey de Moab saborea su victoria. Ambos dicen la verdad.

En cuanto al "agua sangrienta" que salvó a los coligados de morir de sed durante su marcha a través de la tierra árida, un geólogo encontró la explicación. Si en la toba, junto al Mar Muerto, se hunden artesas, éstas se llenan en seguida de agua que procede de las altas mesetas y debe su color rojizo a la naturaleza del terreno. Aún en nuestros días muchos pastores de la Jordania oriental se procuran agua en esta forma.

"Y así Israel quedó arruinado para siempre," se dice con expresión triunfal en la estela de Mesa. Con ello se da a entender la sangrienta exterminación de la dinastía de Omri, al serle arrebatado el trono de Israel. El rey Joram fue muerto. Ni uno solo de los miembros de la casa del soberano, que por el casamiento del rey Ajab con la princesa fenicia Jezabel introdujeron en Israel el odiado culto de Baal, se salvaron (2 Re. 9:24 y sigs.; 10:1 y sigs.).

Los profetas Elías y Elíseo fomentan la revolución, y en el año 841 antes de J.C. el caudillo del ejército Jehú, fiel a Yahvé, es elevado a la dignidad real (2 Re. 9:1 y sigs.). Los sacerdotes del culto de Baal sufren la misma suerte que la familia de los Omri, son degollados sin compasión (2 Re. 10:25 y sigs.). Esto tiene como consecuencia la ruptura con los fenicios.

Las noticias sobre el reinado de Jehú son escasas: "Por aquellos días empezó Yahvé a cercenar a Israel, y Jazael derrotó a éstos en todo territorio israelita" (2 Re. 10:32). La totalidad de las pérdidas y de las derrotas se conoce por un pasaje de la biblia del tiempo de Joacaz, el hijo de Jehú 7: "Realmente [Yahvé] no dejó ejército a Joacaz, a no ser cincuenta de a caballo, diez carros y diez mil infantes, pues los había destruido el rey de Asiria, parándoles como el polvo de la trillan (2 Re. 13:7). La soberbia fuerza en carros de combate del rey Ajab quedó reducida de dos mil a diez carros. ¿Cómo fue ello posible?

Un joven inglés, Henry Layard, jurista y aspirante a agregado diplomático en Constantinopla, tuvo una suerte increíble. Con 50 libras esterlinas en el bolsillo y sus conocimientos arqueológicos había salido para explorar una antigua colina situada junto a la orilla del Tigris, el Tell Nemrod. Al tercer día tropieza con las ruinas de un palacio. Hace abrir una zanja. Pero de ella sólo surge arena y más arena. Cuando la zanja llega a los 20 metros de profundidad, Layard tiene que abandonar su empresa porque sus fondos se han agotado.

Desalentado, cargó sus escasos utensilios sobre las bestias de transporte y estaba a punto de partir cuando oye los excitados gritos de los indígenas. Uno de ellos corre en su busca y le llama desde el otro extremo de la zanja, pues en la arena dorada surge algo negro. Las palas vuelven a trabajar y sacan a la luz del día una especie de monstruo de color oscuro que tiene la forma de un obelisco. Con todo cuidado libra Layard al hallazgo del polvo y de la suciedad. Y entonces aparecen bajos relieves, figuras de inscripciones en caracteres cuneiformes en cada una de sus cuatro superficies.

Bien embalada y protegida, la piedra negra emprende el viaje remontando el Tigris en una almadía para ser presentada a los no poco asombrados señores de la embajada británica en Constantinopla una cúspide de tres escalones. Los visitantes contemplan los maravillosos bajos relieves grabados en sus cinco caras.

Con toda pompa se prepara a la piedra un lugar de honor en el Museo Británico. Miles de londinenses y sabios de toda Europa admiran el antiguo testimonio de la lejana tierra de Oriente. La punta del obelisco de basalto, que tiene 2 metros de altura, forma una cúspide de tres escalones. Admirados contemplan los visitantes los maravillosos bajos relieves en cinco partes dispuestas en forma alternada.

Se hallan representadas en él unas figuras reales luciendo primorosos atavíos; algunas de ellas inclinan devotamente la cerviz hasta el suelo ante la efigie de un soberano. Largas columnas de portadores van cargados con valiosos tesoros tales como colmillos de elefante, fardos de tejidos colgados de pértigas y adornados con ricas franjas, jarrones y cestas llenas de presentes. Entre los animales figura un elefante y, cosa rara, con orejas de pequeño tamaño; hay camellos de dos gibas, monos, antílopes y hasta un toro y un misterioso unicornio.

El que quisiera intentar la interpretación de los bajos relieves sólo podría hacerlo por meras suposiciones. Pues nadie en todo el mundo puede aún traducir la escritura cuneiforme de que van acompañados. La piedra permanece muda. Y los eruditos sólo saben de los asirios lo que la Biblia nos cuenta. A principios del siglo XIX los sumerios y los acadios eran desconocidos. "Una caja no mayor de un metro cuadrado — escribe Layard — llena de pequeños cilindros con escritura, sellos y fragmentos de textos que ni siquiera pudieron ser ordenados en forma sistemática, esto era todo cuanto había entonces en Londres, procedente de los primeros tiempos de Mesopotamia."

Sólo después de muchos años se deduce de la traducción del texto que el obelisco negro era un monumento para perpetuar la victoria del rey asirio Salmanasar III 8, contemporáneo y enemigo del rey Ajab de Israel. Glorifica una interminable cadena de sangrientas campañas.

El relato contiene un interesantísimo testimonio de los relatos bíblicos de aquella época.

Por tres veces, en los años 6, 11 y 14 de su reinado, se enfrentó el asirio, en sus campañas de conquista hacia el Oeste, con una alianza de los de Siria y Palestina. En la campaña que tuvo lugar en el año 18 de su reinado sólo se le opuso un rey en este territorio. Los textos asirios indican como contrincante suyo únicamente al rey bíblico Jazael de Damasco.

En cuanto a los anteriores aliados del rey de Damasco, Jehú de Israel, el monumento conmemorativo da una información que resulta sumamente aclaratoria.

La segunda faja de los bajos relieves que contiene representa una larga hilera de embajadores, cargados con presentes, y vestidos con túnicas ricamente recamadas y gorros en punta. El texto que la acompaña dice así:

"Tributo de Jaua de Bit-Humri: recibí de él plata, oro, un vaso de oro, cubetas de oro, cáliz de oro, recipientes de oro, piezas de plomo, cetros para el rey y maderas balsámicas."

Ese "Jaua de Bit-Humri" no es otro que el rey Jehú de Israel. Los asirios designaban a Israel con el nombre de "Bit-Humri," que quiere decir "Casa de Omri."

Este documento, procedente de la ciudad residencial situada junto al Tigris, proporciona la clave para comprender las pérdidas sufridas por el reino meridional de Israel bajo la dominación de Jehú.

Únicamente pagaba tributo aquel que se sometía libremente. Jehú se había hecho disidente de Damasco y había mandado regalos a los asirios. Por infidelidad hacia el antiguo aliado Jehú y su hijo Joacaz y, sobre todo, hacia el pueblo de Israel, fueron duramente castigados. Apenas habían vuelto los asirios las espaldas a la tierra de Siria cuando Jazael de Damasco empezó una devastadora guerra de revancha. Con qué resultado, lo proclama la Biblia:

"En aquellos tiempos empezó Yahvé a cercenar a Israel, y Jazael derrotó a éstos en todo el territorio israelita... parándoles como el polvo de la trilla."

LOS QUE DUERMEN SOBRE DIVANES DE MARFIL Y SE ARRELLANAN MUELLEMENTE EN SUS LECHOS, Y COMEN CORDEROS DEL REBASO Y BECERROS SACADOS DEL ESTABLO. LOS QUE CANTAN A GRITOS AL SON DE ARPA, INVENTÁNDOSE COMO DAVID INSTRUMENTOS MÚSICOS; QUE BEBEN VINO EN COPAS Y CON EL MÁS EXQUISITO ACEITE SE UNGEN (Am. 6:46).

El hecho de que Asiria, después de Salmanasar III, tenga toda una serie de soberanos débiles, concede a los dos reinos de Israel y de Judá una tregua que, sin embargo, no representa más que una demora. Estando Asiria ocupada en sofocar los desórdenes en su propio país, Israel y Judá disfrutaban, desde el año 835 al 745 antes de J.C., una época de paz.

Durante cuatro decenios reina Usías el Leproso como soberano de Judá. En Israel ocupa entrono Jeroboam II 9. Bajo su prolongada regencia, Israel vuelve a florecer, se enriquece, se entrega al lujo, y la clase alta vive satisfecha y pasa los días entregada a sus pasiones, en la depravación y en el vicio. El profeta Amos levanta su voz para prevenirle. Y vapulea su desenfrenada buena vida.

Los comunicados arqueológicos, una escuetas noticias de las expediciones, arrojan una luz clara sobre las recriminaciones que lanza el profeta. En Israel, dentro y alrededor de la colina formada por escombros de la antigua Samaria, dormitaban los testimonios del esplendor material de que disfrutaban los diferentes estamentos de la población en los decenios posteriores al año 800 después de J.C., bajo la soberanía de Jeroboam II. El palacio real de Samaria contenía aún una cantidad considerable de bonitas tablillas de barro cocido escritas con tinta y pasta de color. Sobre 63 misivas que acompañaron a las importantes entregas de vino y de aceite realizadas a la corte real, señalan como remitentes a los administradores de los bienes de la corona de Jeroboam II, arrendatarios y empleados que ya poseían una forma notable de escritura.

De la misma época proceden también toda una serie de tallas en marfil que, en parte, están incrustadas de oro y de piedras finas y adornadas con vistoso polvo de cristal. Representan temas mitológicos tomados de Egipto tales como Harpócrates sobre la flor del Loto o figuras de dioses tales como Isis y Horus. Por todas partes de la tierra de Israel se encontraron almacenes y graneros de aquella época que recibían, para guardarlo, el exceso de mercancías y de objetos de todas clases.

¿A qué podía ser atribuido este brusco cambio, tan extraordinaria riqueza?

Algunos decenios antes, Israel presentaba un aspecto desastroso. Una frase del cronista del reinado de 41 años de duración, de Jeroboam II, contiene la clave de esta incógnita. "Él restableció la frontera israelita desde la entrada de Jamat hasta el mar de Araba (2 Re. 14:25). Este mar no es otro que el Mar Muerto. De nuevo se extiende el reino hasta la tierra del este de Jordania y, como en los tiempos de David y de Salomón, hasta Siria.

En el año 800 antes de J.C. la conquista de Damasco por los asirios había quebrantado el poder de los arameos y, con ello — casi parece una ironía del destino—, liberado a Israel de su mortal enemigo. Comprendió entonces que era la ocasión de recuperar los territorios hacía tiempo perdidos, cambió la situación en su favor y con los tributos de la tierra del oeste de Jordania fluyó para Israel el manantial de nuevas riquezas.

Duras y pronosticadoras de desgracias resonaban en la época del aparente esplendor las palabras del profeta Amos: "¡Ay de los confiados de Sam.aria!.. Pretendéis lejano el día de la calamidad agarrándoos al presente de un pernicioso descuido... Por eso irán ahora al cautiverio, a la cabeza de los deportados y desaparecerá este hatajo de disolutos" (Am. 6:1-7).

Sólo el rey Joroboam no debió de haber confiado mucho en la paz. Quizá hallaron eco en su corazón las duras palabras del profeta. Lo cierto es que reforzó febrilmente las fortalezas de la ciudad residencial de Samaria.

El inglés J. W. Crowfoot encontró lo que Jeroboam hizo, impulsado por su sabia previsión. Samaria fue rodeada de una doble muralla a pesar de que ya estaba defendida por considerables fortificaciones. En la parte de su acrópolis que mira al Norte, donde Samaria era más vulnerable, Crowfoot, en sus excavaciones, saca a la luz un formidable baluarte. Mide su altura y oree haberse equivocado. Repite la medición con todo cuidado y comprueba, sin lugar a dudas, que la muralla, piedra por piedra, ¡mide allí diez metros de anchura!

\*\* \*\* \*

1. El faraón Scheschonk I.
2. Año 853 antes de J.C.
3. Los cronistas bíblicos llaman a menudo sidonios a los fenicios.
4. Kemosh: Dios de Moab, bajo el rey Salomón venerado también en Jerusalén entre las deidades extranjeras.
5. Querioh: Residencia del reino Moab Quir-Jareset (2 Re. 3:25).

Con el nombre de "estela" se designa una columna aislada en forma de pilar o una lápida sepulcral de la antigüedad.

6. 818-802 antes de J.C.
7. 858-824 antes de J.C.
8. 787-747 antes de J.C.

## 2. Fin de Israel, el Reino Septentrional.

Pul, el soldado, se convierte en Tiglatpileser III — Gobernadores asirios en Israel. — Samaria resiste durante tres años. — El cónsul Botta sale en busca de Nínive. — Un rey progresivo inaugura el primer museo asirio. — A la caza de monumentos bajo la luz de la luna. — La Biblioteca de Asurbanipal — Un pueblo es deportado.

EN SUS DÍAS, PUL, REY DE ASIRIA, INVADIÓ EL PAÍS (2 Re. 15:19).

Lapidarias, sobrias, despiadadas son las palabras que anuncian la agonía del reino septentrional, Israel. La muerte de Jeroboam II constituye el último acto. En el mismo año 747 antes de J.C. cierra también los ojos el rey de Judá Usías el Leproso. Después del corto tiempo de anarquía, Menajem se proclama rey de Samaria.

En el año 745 antes de J.C. subía al trono asirio un antiguo soldado de nombre Pul, que desde entonces se llama Tiglatpileser III 1. Es el primero de la serie de brutales tiranos que fundan, por medio de conquistas, el imperio más grande del mundo en aquella época. Su objetivo es Siria, Palestina y el último pilar del Viejo Mundo, Egipto. Con

ello Israel y Judá se encuentran entre las dos poderosas y despiadadas muelas de un estado militarista al cual la palabra paz sólo le inspira desprecio y cuyos déspotas y legiones sólo consideran tres cosas: avanzar, conquistar y oprimir.

Desde la parte septentrional de Siria. Tiglatpileser III arrolla las tierras que bordean el Mediterráneo, convierte a pueblos independientes en provincias de Asiria y en estados tributarios. Israel se somete al principio voluntariamente: "y Menajem hubo de dar a Pul 2 mil talentos de plata para que le ayudase a consolidar el reino en sus manos. Menajem saco este dinero a costa de Israel, imponiéndoselo a los poderosos, para entregárselo al rey de Asiria, a razón de cuarenta siclos de plata por cada uno. Acto seguido el rey de Asiria se volvió y no se detuvo en el país" (2 Re. 15:19-20). "Recibí tributo de Menajem de Samaria," nos comunica Tiglatpileser III en los Anales.

Los mil talentos de plata equivalen a 7,5 millones de marcos oro. "50 siclos por cabeza a pagar por cada rico" son igual a 125 marcos oro. ¡El economista y el estadista deduce de ello que tenían que haber en Israel 60.000 personas disfrutando de buena fortuna!

El rey Menajem tenía la ilusión de que un pacto con el tirano y el tributo voluntario eran un mal menor... Pero esto va haciendo mala sangre en el propio pueblo. El disgusto causado por los tributos asirios da lugar a conspiraciones y asesinatos. El ayudante Peqaj mata al hijo y heredero de Menajem y se adueña del poder. Desde entonces el partido antiasirio dirige la futura política del reino del Norte.

Resin, rey de Damasco, tiene, en realidad, la iniciativa. Bajo su dirección vuelve a actuar contra Asiria la liga defensiva de los estados arameos. Los estados fenicios y los árabes, las ciudades de los filisteos y de los edomitas se unen al pacto. También Israel toma parte en la liga. Sólo el rey Ajaz del estado del Sur, Judá, permanece obstinadamente fuera; Resin y Peqaj intentan hacerle entrar en ella por la fuerza: "Entonces Resin, rey de Siria, y Peqaj, hijo de Remalyahu, monarca de Israel, subieron contra Jerusalén para combatirla y pusieron cerco a Ajaz, pues no le pudieron vencer" (2 Re. 16:5).

Al verse en tan gran apuro el rey de Judá lanza un grito de socorro: "...Ajaz entonces envió embajadores a Tiglatpileser, rey de los asirios, diciendo: "'Soy tu servidor y tu hijo, sube y sálvame de la mano del rey de Siria y de la mano del soberano de Israel, que se han levantado contra mí." Y Ajaz tomó el oro y plata que se encontraba en el templo de Yahvé y en los tesoros del palacio real, y lo mandó como presente al rey de los asirios" (2 Re. 16:7-8).

"Recibí tributo de Jauhazi (Ajaz) de Judá," hace notar repetidamente el Asirio.

Y la desgracia siguió su curso. Lo que sucedió después lo sabemos gracias a dos grandes documentos históricos. Por una parte la Biblia y por otra las tablillas de barro cocido y de piedra con inscripciones cuneiformes en las cuales se anotó, en forma de crónicas, el curso de la lucha, y esto a mil kilómetros del sitio donde tuvieron lugar los espantosos acontecimientos.

Más de dos mil quinientos años permanecieron estos documentos sepultados con los fastuosos palacios junto al Tigris hasta que la sagacidad de los arqueólogos los sacaron

de nuevo a la luz y los tradujeron a nuestro idioma. Ponen ante nuestros ojos, aunque en forma subjetiva, el contenido, históricamente fidedigno, de los relatos bíblicos. La Biblia y los monumentos asirios dan cuenta de los acontecimientos, tan desastrosos para Israel, el reino del Norte, en forma enteramente concordante. El cronista del Antiguo Testamento relata los hechos en estilo sobrio y escueto, y en forma cruel, hasta en sus más pequeños detalles. El historiógrafo asirio:

Segundo Libro de los Reyes

Texto cuneiforme de Tiglatpileser III

"El rey de Asiria... subió a Damasco, la tomó y llevo sus habitantes cautivos a Quir y dio muerte a Resin" (1 Re. 16:9).

"A sus hombres principales los empalé en vida y mostré este espectáculo a mi tierra. Arrasé sus jardines y sus huertos numerosos. Sitié y conquisté la ciudad natal de Reson (Resin) de la tierra de Damasco. Arroje de ella a 800 personas con sus bienes. Las ciudades de 16 distritos de Damasco las destruí cual si hubiese pasado por ellas un diluvio."

(De: Campaña hacia el Oeste, 734-733 antes de J.C.)

"En tiempos de Peqaj, rey de Israel, vino Tiglatpileser, rey de Asiria, y torno... Jazor, Galaad y la Galilea, todo el territorio de Neftali a cuyos habitantes llevó cautivos a Asiria" (2 Re. 15:29).

"Bet-Omri (Israel), cuyas ciudades todas había contado como pertenecientes al territorio de mi país después de mis primeras campañas, habiendo dejado sólo la ciudad de Samaria... el resto de Neftali lo anexioné al territorio de Asiria. Nombré gobernadores de ella a mis empleados. El país de Bet-Omri, la totalidad de sus gentes y sus propiedades me las llevé a Asiria.

(De: Campaña hacia el Oeste y Campaña contra Gaza y Damasco, 734-733 antes de J.C.)

"Y Oseas... tramó conjura contra Peqaj... y lo hirió y mató, reinando en su lugar..." (3 Re. 15:30).

Destronaron a Peqaj, su rey, y yo puse como soberano sobre ellos a Oseas."

(De: Campaña contra Gaza y Damasco).

Cuando las hordas asirias salieron de nuevo de Palestina dejaron a Israel herido de muerte, derribado, diezmado por las deportaciones y reducido a una insignificante punta del reino del Norte. A excepción de Samaria, todas las demás ciudades fueron

anexionadas, el país dividido en provincias en las cuales los gobernadores asirios y los empleados instauraron un duro régimen.

Sólo quedó de Israel un estado minúsculo, un simple punto en el mapa: la montaña de Efraín con la ciudad residencial de Samaria. Allí vivió el rey Oseas.

Cierto es que el reino del Sur, Judá, ha sido respetado... ¡por el momento! Pero es tributario de Tiglatpileser.

El Coloso Militar de Asiria ha dominado con férrea mano al "Fértil Crescente" desde las orillas del Golfo Pérsico y las cordilleras de Persia hasta el Asia Menor, desde la llanura del País de los Dos Ríos, pasando por el Líbano el Antilíbano hasta Palestina. Sólo la ciudad residencial de Samaria con sus siete y media hectáreas de territorio situada en el apartado Sudoeste, con un par de kilómetros cuadrados de campos de trigo y de cebada, se ha librado de la ocupación quedando como "hinterland."

¡Desde este insignificante pedazo de tierra arroja Asur a sus pies el guante de la guerra!

Una vez muerto Tiglatpileser III, el rey Oseas conspira con Egipto. Se niega a pagar a Asiria el tributo anual. Salmanasar V 3, sucesor de Tiglatpileser III, devuelve en seguida el golpe. Pues "como el rey de Asiria descubriera en Oseas traición — pues había enviado embajadores a So, rey de Egipto 4, y no entregó el tributo al rey de Asiria como todos los años —, el soberano asirio lo mandó detener y lo redujo a prisión" (2 Re. 17:4). Para la organización del odiado sistema de terror se precisaba — entonces como ahora — una vasta red de espías y de confidentes.

Con Samaria el resto del reino septentrional de Israel experimentaba la misma suerte que Damasco... "El año noveno de Oseas, el monarca asirio tomó a Samaria, y se llevó cautivos a Asiria a los israelitas..." (2 Re. 17:6).

Tres años resistió la pequeña fortaleza del país de las montañas, defendiéndose como un león contra fuerzas enormemente superiores (2 Re. 17:5).

Los textos cuneiformes cuentan que Salmanasar V murió repentinamente durante el asedio de Samaria. Pero su sucesor Sargón II 5 prosiguió la lucha.

"En el primer año de mi reinado — cuentan los anales de Sargón — asedié y conquisté a Samaria... 27.290 personas que en ella vivían me las llevé cautivas."

El descubrimiento de las inscripciones de Sargón, hace unos cien años, se asemeja a una historia romántica de la fantástica tierra de los Califas. No por esto deja de ser una piedra miliar de la arqueología. Ya que con él sonó la hora del nacimiento de la Asiriología, cuyos hallazgos arqueológicos, que tanto interés han despertado, han conferido a muchos relatos bíblicos el carácter de verdadera y auténtica historia.

Aún no se había inventado el automóvil, aún no se disponía de alumbrado eléctrico, aún no se levantaba en los arenales de Siria ningún andamiaje de las torres de perforación, aún presentaba Mosul el cuadro pintoresco y vistoso de una ciudad de las Mil y una noches. No faltaban en el cuadro, ni los bazares, ni los harenes, ni algún que otro califa



galanteador. Era aún el Viejo Oriente en toda la extensión de la palabra y corría el año 1840.

Con un ardor de fuego se abate el verano sobre la ciudad de minaretes artísticos y blancos y de callejas estrechas y sucias. Para un europeo este calor resulta enervante e insoportable. Pablo Emilio Botta, el nuevo agente consular francés, se escapa del horno así que puede para gozar del aire libre en un paseo a caballo por las orillas del Tigris. Pero pronto unas colinas peladas situadas al otro lado del Tigris llaman su atención. En realidad, nada tiene que ver esto con las costumbres de un agente consular. Pero M. Botta es hombre ilustrado. Ha seguido con mucho interés una controversia que por aquella época sostenían los arqueólogos suscitada por un nombre bíblico: por Nínive. Nadie puede precisar dónde estaba situada esta gran metrópoli de la Antigüedad. Una presunción se enfrenta con otra. Una de ellas señala como emplazamiento la comarca de Mosul. Al pasar por los montículos de arena de color amarillo parduzco de la otra orilla, Botta percibe repetidamente fragmentos de ladrillos. Se trata de trozos minúsculos y que nada dicen. Sin embargo los menciona en una carta que dirige a París. Como contestación recibe un escrito de M. Nohl, secretario de la "Société Asiatique." Le anima para que examine aquel lugar con mayor detenimiento.

Botta contrata, pagándolo de su bolsillo particular, un equipo de indígenas. En los típicos botes redondos del Tigris navega por el río hasta las colinas, donde empieza a excavar.

Este primer intento de un europeo moderno para descubrir el paradero de Nínive y de arrancarle sus secretos no tiene, sin embargo, éxito. Botta hace excavar el suelo en varias direcciones. Rápidamente pasan algunas semanas realizando activos trabajos de exploración. Pero el botín alcanzado es insignificante. Botta ve que sus recursos se han acabado y suspende su expedición privada que con tan buenos augurios había empezado.

Es muy probable que nunca más se habría ocupado de realizar excavaciones en esta comarca; pero oye decir algo que le da nuevos ánimos. ¡En una la aldea situada a unos kilómetros más al norte llamada Corsabad, unos árabes, al labrar el campo, han encontrado unas grandes columnas!

En los primeros días del mes de marzo de 1842 Botta se halla en aquel lugar con sus trabajadores. Empiezan a funcionar los picos. El mismo día encuentran unas obras de mampostería; son las paredes de una construcción, en apariencia de grandes dimensiones.

Botta está contentísimo, a pesar de que en aquel momento ignora aún que acaba de resolver un gran problema científico. El muro de mampostería descubierto era una parte del primer gigantesco palacio asirio que después de un sueño milenario volvía a salir a luz. Era el nacimiento de la Asiriología. Y lo primero que esta ciencia interpretó, según pronto veremos, fue un error.

La ciencia francesa demostró una vez más en este caso la seguridad de su instinto. La "Académie des Inscriptions," a la cual Botta comunicó inmediatamente el hecho,

obtiene por parte del Gobierno que ponga a su disposición los medios necesarios. Desde luego que, al principio, no se trata de cantidades muy importantes. Sin embargo, el franco oro cuento vale? --- bastante en Oriente. El sultán concede el permiso necesario para realizar las excavaciones.

Inimaginables y verdaderamente fastidiosas son las dificultades que el propio Botta encuentra en el lugar de las excavaciones por parte de las autoridades de Mosul. Unas veces se afirma con mala intención que tales excavaciones se realizan con fines militares; otras se sospecha que las tiendas de campaña de los que toman parte en la expedición son un campamento militar. Todos los medios son buenos para impedir las excavaciones en gran escala. Más de una vez, Botta debe pedir auxilio a París y ha de intervenir la diplomacia francesa.

A pesar de todo, en Corsabad se sacan de la arena los restos de una formidable mansión palacial.

Eugenio N. Flandin, dibujante de París que gozaba de gran renombre y estaba especializado en antigüedades, había recibido del Museo del Louvre una misión parecida a la que hoy día les corresponde a los fotógrafos. Su lápiz trazó sobre el papel con gran exactitud todos los objetos que salían de la profundidad del suelo. Los dibujos formaron una magnífica colección, y esa obra, de gran formato, llevaba el ambicioso título "Le Monument de Ninive." Botta estaba, en efecto, convencido de haber encontrado en Corsabad la ciudad bíblica de Nínive. ¡Y era un grave error!

Si hubiese realizado sus excavaciones en la colina situada enfrente de Mosul, donde dos años antes abandonó los trabajos que parecían no tener resultado y hubiese hecho cavar algunos centímetros más, hubiera realizado con éxito el gran descubrimiento de su vida. Pero tal como fueron las cosas, el mérito del descubrimiento de Nínive correspondió a Henry Layard, quien, en 1845, por encargo del Gobierno británico emprendió unas excavaciones en el mismo lugar donde Botta había realizado sus primeros trabajos.

Puede decirse que ya con la primera paletada encontró los muros de un grandioso palacio de... Nínive.

Lo que Botta sacó del subsuelo en Corsabad era el majestuoso castillo de Sargón, residencia del rey de Asiria, Sargón II. Pero esto sólo más tarde se supo. Si Botta hubiese podido leer las tabletas con inscripciones que se encontraron en Corsabad, nunca hubiera cometido semejante error. Dur-Sharrukin," es decir, "castillo de Sargón," se hallaban las inscripciones cuneiformes que en el año 1842 aún no podían ser descifradas. La traducción no fue intentada hasta unos quince años después.

En 1857 los ingleses Rawlinson y Hincks y el francés-alemán Oppert, independientemente unos de otros, consiguieron traducir el texto, obteniendo el mismo significado. Así quedó asegurada la traducción de los textos asirios.

En octubre de 1844, las tablas con bajos relieves, los textos que contenían los anales, junto con varias estatuas y fragmentos de columnas, emprendieron un viaje de aventura. De Corsabad la precida carga, en barcas y en almadías, bajó por la corriente del Tigris. En Basora, en el Golfo Pérsico, el buque "Cormoran" cargó tan valiosos objetos y se

dirigió a Europa. París experimentó una gran emoción, pues el asunto interesaba tanto a los sabios como al público en general.

En uno de los magníficos salones del Louvre decorados por Perder y Fontane, el rey demócrata Luis Felipe abrió con gran solemnidad al público, el primero de mayo de 1847, la colección con los primeros testimonios del reino en los relatos bíblicos. Así fue fundado el primer museo asirio del mundo.

Las colinas de la antigua Nínive han hecho al nuevo mundo el presente con la más formidable información sobre la remota Antigüedad.

La historia de su descubrimiento no deja de tener para Francia un amargo sabor. Al empezar los ingleses su exploración, los franceses se reservaron una parte de las colinas.

En los límites asignados a las excavaciones inglesas salió a la luz un gigantesco palacio y entonces fue identificada la histórica y bíblica Nínive. ¿Qué es lo que contendría el sector francés? El explorador Rassam aprovechó una oportunidad favorable. Utilizó la ausencia de su jefe, el director de las excavaciones Rawlinson y, bajo la luz plateada de la luna, realizó una interesante excursión por el terreno reservado a Francia. De un solo primer golpe dio con el palacio de Assurbanipal, con la célebre biblioteca de este soberano, la más notable del Antiguo Oriente, cuyas 20.000 tablillas pasaron al Museo Británico.

Estas tablillas contienen la substancia histórica y espiritual del País de los Dos Ríos, de sus pueblos, de sus reinos, de su historia, de sus culturas y religiones, entre ellas la historia de los sumeros sobre el Diluvio Universal, y la epopeya de Gilgames.

Un libro hasta entonces cerrado y misterioso de la historia de nuestro mundo se abrió de repente hoja por hoja.

Soberanos, ciudades, guerras e historias sobre las cuales el hombre no tenía más conocimiento que el contenido en el Antiguo Testamento se revelaron como hechos reales.

Entre tanto, se ha echado hace tiempo en olvido el verdadero estímulo que ha servido para realizar tan emocionantes exploraciones y descubrimientos: ¡este estímulo fue la Biblia, sin la cual nada de ello se hubiera buscado!

A mediados del pasado siglo fueron hallados Nínive, el castillo de Sargón y en el Tell Nemrod también el Kélaj del Génesis, que "edificó Nemrod" (Gen. 10:11). Pero pasaron varios decenios hasta que enorme cantidad de textos cuneiformes descifrados y traducidos fuese accesible a un amplio círculo de estudiosos. Sólo a principios del siglo actual aparecen algunas obras de eruditos con la traducción de una parte de los textos, entre ellos los anales de los soberanos asirios Tiglatpileser, el Pul de la Biblia, Sargón, Senaquerib y Asaradón.

Desde entonces pertenecen en todo el mundo al contenido fijo de las bibliotecas de las universidades del Estado, de los institutos y de los seminarios. Una verdadera fuente de descubrimientos ávidamente estudiada y utilizada por los historiadores, asiriólogos, estudiantes de Teología, es decir, por todos los especialistas en estas materias. ¿Pero

quién más las lee; quién las conoce? ¡Con sólo tomar los bajos relieves podría formarse un libro ilustrado histórico sumamente variado y emotivo!

Los documentos asirios contienen una multitud de cosas interesantes y aclaratorias que refuerzan el gran contenido histórico de las verdades bíblicas. Botta encontró, en el castillo de Sargón de Corsabad, los relatos de Sargón sobre sus campañas en Siria y Palestina y sobre la toma de Samaria en Israel.

"... En el primer año de mi reinado puse sitio y tomé la ciudad de Samaria." El rey Sargón II reinó desde el año 721 al 705 antes de J.C. El reino de Israel en el Norte se derrumbó, por lo tanto, hacia el año 721 (2 Re. 17:6).

"A las gentes de los países, a los prisioneros hechos por mi mano les dejé vivir allí. A mis subordinados les puse de gobernadores sobre ellos y les impuse gabelas y tributos como a los asirios." Esto se cuenta en los anales sobre la conquista de Samaria. El Antiguo Testamento describe la táctica despiadada que usaban los dictadores, utilizada también en este caso por parte de los asirios en el experimento más grande llevado a cabo en este mundo: "El rey de Asiria trajo gente de Babilonia, de Kuttá, de Avvá, de Jamat y de Sefarvayim y los asentó en las ciudades de Sam.aria en sustitución de los israelitas; tomaron así posesión de Sam.aria y habitaron en sus ciudades" (2 Re. 17:24).

Miles y miles de personas fueron arrojadas por la fuerza de su patria, deportadas a tierras extranjeras, y los lugares, poblados por gentes importadas de otros países.

La finalidad era bien clara; el propio carácter y, por tanto, la voluntad de resistir tenían que ser quebrantadas. El "Fértil Creciente" fue devastado, entremezcladas las poblaciones y de una gran variedad de razas y de culturas resultó una verdadera amalgama de pueblos.

A Samaria no le fue mejor. Su población heterogénea fue llamada después "samaritana." El nombre de "samaritano" se convierte en un epíteto de escarnio, en una expresión de aborrecimiento. Tanto en sentido popular como en el religioso se les desprecia: "Porque no se tratan judíos y samaritanos" (Jn. 4:9). Sólo Jesús explica la parábola del Samaritano compasivo cambiando una palabra de odio en un sentido práctico de amor al prójimo (Luc. 10:30 y sigs.).

El pueblo del Norte y con él su reino, se derrumbaron y absorbidos por la población en países extranjeros, ya no volvieron a aparecer en la historia. Todas cuantas investigaciones se han realizado para averiguar el asentamiento de las diez tribus que allí tenían su patria han resultado infructuosas.

\*\* \*\* \*

1. 745-727 antes de J.C.

2. Tiglatpileser III

3. 727-722 antes de J.C.

4. So, soberano de Egipto, de nombre Seive y llamado Sibé por los asirios.

5. 721-705 antes de J.C.

### 3. Judá, Bajo el Yugo de Asur.

Esperanzas después de la muerte de Sargón. — Un emplasto de higos cura al rey Ezequías. — Una receta del Antiguo Oriente que resulta eficaz. — Merodak-Baladán, amigo de los jardines y rebelde. — Rearme secreto en Judá. — Conducción de agua a través de la montaña de Jerusalén. — Una inscripción da cuenta de la construcción del túnel debido a Ezequías. — La suerte de Lakís representada en un bajo relieve. — Huellas de tanques asirios en las ruinas. — Una retirada inexplicable. — Noticias de Heródoto sobre un rey y los ratones. — Starkey encuentra la tumba de los apestados. — Senaquerib describe el sitio de Jerusalén.

POR ESO ME LAMENTARÉ Y ME QUEJARÉ A GRITO HERIDO, ANDARÉ DESCALZO Y DESNUDO, PRORRUMPIRÉ EN LLANTO ULULANTE COMO LOS CHACALES Y LAMENTO COMO LOS AVESTRUCCES. PORQUE INCURABLE ES SU HERIDA. PUES PENETRÓ HASTA JUDÁ, LLEGÓ HASTA LA PUERTA DE MI PUEBLO, HASTA JERUSALÉN (Miq. 1:8-9).

Es fácil que muchos del reino de Judá se alegraran de la ruina de su hermano y enemigo Israel. Con todo, el profeta Miqueas, conmovido por el dolor, experimenta una gran congoja al recibir la noticia. Adivina que el golpe que ha pulverizado a Samaria un día podrá también dar al traste con el pueblo de Judá, y con la ciudad de Jerusalén. Por aquel tiempo era Ezequías rey de Judá 1: "Hizo lo recto a los ojos de Yahvé" (2 Re. 18:3). Desde que el padre de Ezequías se había sometido voluntariamente a Tiglatpileser III en el año 733 antes de J.C., Judá fue un estado vasallo y dependiente; sus pagos de tributos eran minuciosamente registrados en Nínive. Ezequías no quería proseguir las directrices señaladas por su padre. Con él subió al trono la reacción: "Se rebelo contra el rey de Asiria" (2 Re. 18:7).

Ezequías no tiene un carácter violento, sino que, más bien, es un hombre prudente, fríamente calculador, de grandes horizontes. Sabe, con toda certidumbre, que su comportamiento representa, tanto para él como para su pueblo, un juego muy peligroso y atrevido. A cincuenta kilómetros tan sólo de Jerusalén está el gobernador de Samaria que le observa con recelo. Un paso en falso, una señal a Nínive, y Ezequías será destronado y cargado de cadenas. El trono es sólo un feudo. Ezequías procede, pues, con todo cuidado y precaución: "Todo cuanto emprendía tenía éxito" (2 Re. 18:7).

En el estado filisteo de Azoto, también oprimido, estallan desórdenes contra Asiria. Esto pone en pie una liga contra la opresión de Nínive 2. Ezequías ve una primera oportunidad para la realización de sus planes. Simpatiza con los rebeldes, pero oficialmente se queda al margen. Realiza gestiones, pero disimuladamente.

Jerusalén recibe en esa época una visita extraña: grandes personajes procedentes "del otro lado de los ríos de Kus" (Is. 18:1). Son embajadores de Etiopía. En Egipto reinaba en aquel entonces Schabaka, un faraón etíope.

Las revueltas de Asdod son reprimidas por los asirios mediante el empleo de la fuerza. Un "turtanu," un generalísimo, aparece con su gran ejército: "El año en que el Tartán llegó a Azoto, cuando le envió Sargón, rey de Asiria y la venció y conquistó..." (Is. 20:1).

En los muros del castillo de Sargón los cronistas de la corte describen esta expedición de castigo: "Sitié a Azoto... y la conquisté... Sus dioses, su mujer, sus hijos, sus hijas, sus haciendas y sus bienes, el tesoro de sus palacios junto con las gentes de su tierra, lo consideré como botín. Aquellas ciudades las poblé de nuevo..."

La liga antiasiria se había desmembrado antes de acercarse los asirios.

Al rey Ezequías no le pasó nada a pesar de que estaba en la lista negra. Los espías asirios habían ya visto su juego y Sargón II estaba también exactamente informado de las negociaciones secretas de Ezequías con la tierra del Nilo, cual se desprende del texto de un fragmento del prisma.

"Filisteas, Judá, Edom y Moab, que estaban planeando actos de enemistad, perversidades sin cuento... que para enemistarle conmigo mandaron al Faraón, al rey de la tierra de Egipto... sus regalos de ofrendas e intentaron hacerle entrar en un pacto..."

Como un incendio se propagó, en el año 705 antes de J.C., una noticia que, de golpe, da nuevas esperanzas sobre la liberación del yugo: ¡Sargón ha sido asesinado! En todos los ámbitos del "Fértil Crescente," en las provincias Asirias y en los estados vasallos empiezan conjuras, se entablan conversaciones, se negocia.

"Por aquellos días enfermo de muerte Ezequías" (2 Re. 20:1).

Esto representó un grave obstáculo precisamente en aquel momento de febril actividad política. Pues eran varios los estados de Siria y de Palestina que esperaban mucho del valeroso rey de Judá.

¿Qué hacer para curar a Ezequías de su grave enfermedad?

"Y dispuso Isaías: "Tomad una torta de higos pasos." Tomáronla y se la pusieron sobre la úlcera, y el enfermo sano" (2 Re. 20:7).

El curso de los acontecimientos en el mundo es, a menudo, rico en paralelos y en relaciones verdaderamente notables. Tal es también el caso de esta terapéutica bíblica.

En el puerto de Ras Shamra, situado en la parte septentrional de Siria, unos excavadores franceses hallan el año 1939, en las ruinas de la ciudad marítima de Ugarit, fragmentos de un antiquísimo tratado de veterinaria que expone el tratamiento de los caballos enfermos y enclenques. El caballero mayor del rey de Ugarit ha hecho inscribir en él las curas comprobadas y alcanzadas alrededor del año 1500 antes de J.C.

"Si a un caballo se le hincha la cabeza o tiene heridas las fosas nasales prepárese un ungüento, con higos y pasas mezclados con harina de avena y un líquido. La mezcla tiene que aplicarse a las ventanas de la nariz del caballo."

Para cada enfermedad hay una receta apropiada. Sus principales partes componentes son plantas y frutales tales como mostaza y regaliz, así como también zumo de regaliz. También existen remedios para el tratamiento de los caballos que muerden y (¿qué veterinario o ganadero dedicado hoy día a la cría de caballos lo sabe?) que relinchan demasiado. ¿Se conoce que en aquella época el relincho de los caballos podía resultar perjudicial en determinadas circunstancias! Los caballos eran exclusivamente utilizados para la guerra o para la caza. Una división de carros de combate que estuviese preparada en un lugar escondido, pronta para el ataque, podía ser descubierta a los espías por el inoportuno relincho de un caballo. Y lo mismo podía suceder en una partida de caza.

Los medicamentos citados han sido utilizados desde tiempos inmemoriales en los pueblos del Antiguo Oriente. Se trata de sustancias que también han sido probadas en las personas con buenos resultados. El producto llamado "debelah" que figura en el tratado de veterinaria y es objeto de especiales elogios, pertenece a ellos. Es una especie de pastel de higo comprimido. Es este remedio "debelah" que el profeta recomienda al rey Ezequías contra la pústula. Y tiene éxito. En tres días estuvo curado.

De la gran experiencia médica de los tiempos bíblicos que se apoyaba principalmente en remedios naturales, mucho se ha perdido o bien ha sido olvidado con el paso del tiempo. Pero algunos de ellos pasaron oralmente de generación en generación. La receta de la mezcla de higos pertenece a estos últimos. Los médicos suizos recetan aún hoy día higos cortados en pedazos pequeños y embebidos en leche, para curar determinadas clases de abscesos. La "debelah" recuerda una medicina árabe. Un fluido espeso obtenido del jarabe de uvas que, en el lenguaje indígena, se designa con el nombre de "dibis."

**EN AQUEL TIEMPO MERODAK-BALADÁN, HIJO DE BALABÁN, REY DE BABILONIA, ENVIÓ CARTAS Y UN PRESENTE A EZEQUÍAS, PUES TUVO NOTICIAS DE QUE HABÍA ESTADO ENFERMO (2 Re. 20:12).**

Esta era una costumbre tradicional en la etiqueta que privativo entre los soberanos y era de buen tono en el antiguo país de Oriente. Se enviaban presentes al preguntar por la salud "del hermano." En las tablillas de barro de El-Amarna se citan muy a menudo hechos similares.

Para Merodak-Baladán la enfermedad de Ezequías era, sin embargo, una ocasión propicia, un pretexto para tomar contacto con dicho rey. El verdadero motivo de estas pruebas de atención radicaba en asuntos de alta política.

"Merodak-Baladán, rey de Babilonia," hace tiempo que, para quienes leen la Biblia y para los eruditos, era una figura misteriosa. Ahora se sabe con seguridad que era una gran personalidad de su época; hasta sobre sus costumbres privadas se conoce algo. Así, por ejemplo, se sabe que era un gran amigo de los jardines; que no pretendía precisamente la creación de parques reales, sino cosas más positivas, tales como la de mejorar los cultivos de hortalizas y de frutas en Mesopotamia, ya sea de lechugas, remolacha, pepinos, tomillo, cilantro, azafrán, melocotones o nísperos. Describió las

diversas plantas y la manera de cultivarlas y así fue el autor de una enseñanza práctica de horticultura, cual pudieron comprobar con asombro los arqueólogos.

Fuera de sus aficiones privadas a la jardinería, Merodak-Baladán, como rey y babilonio era el enemigo más acérrimo y mortal de Nínive. Ningún soberano del "Fértil Crescente" ha resistido durante tantos años a los asirios, les ha procurado tan encarnizadas luchas e intrigado tanto contra los opresores del Tigris.

La muerte de Sargón en manos de un asesino hizo que Merodak-Baladán urdiera inmediatamente su plan. En esta época tiene lugar la visita de la embajada a Ezequías. Lo que en aquella visita, cuyo aparente motivo era el de interesarse por su salud, fue tratado es cosa que puede leerse entre líneas: "Ezequías se alegró con los embajadores y les mostró toda su casa de los tesoros... su armería..." (2 Re. 20:13). El profeta Isaías lo dice más claramente: "Y Ezequías alegróse con ellos y les mostró (a los embajadores)... sus almacenes..." (Is. 39:2) que eran los arsenales de Judá. Armamentos secretos, preparativos febriles para el día X, para el tan ansiado momento de habérselas con Asur, estaban en curso con toda intensidad. "Ezequías... reconstruyó toda la muralla en su parte destruida, alzó sobre ella torres y por fuera otro muro. Fortificó a ?il-1? en la Ciudad de David y fabricó armas arrojadas en abundancia y escudos" (2 Par. 32:5).

Las fortificaciones de Jerusalén son mejoradas, provistas de elementos para resistir un duro asedio; el antiguo recinto es reconstruido; las brechas son reparadas; se levantan nuevas torres. En la parte Norte de la ciudad, en el punto más vulnerable, se construye una muralla exterior. Ezequías llega hasta a hacer derribar algunas casas (Is. 22:10) a fin de mejorar las fortificaciones. Pero no queda agotada con ello toda su previsión. "El resto de los hechos de Ezequías, todo su poderío y como hizo la alberca y el acueducto y condujo el agua a la ciudad, se halla escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá" (2 Re. 20:20).

Las crónicas completan el cuadro con las siguientes palabras:

"El mismo Ezequías cegó la salida superior de las aguas de Guijón y las dirigió hacia el lado occidental de la ciudad de David" (2 Par. 32:30).

Jerusalén, la vieja ciudad de David, tiene muchos lugares misteriosos. Peregrinos de todo el mundo, viajeros de tres confesiones, cristianos, judíos y mahometanos, peregrinan allí para visitar sus monumentos. Raras veces se pierde alguno de los innumerables visitantes en el oscuro y pobre lugar que existe fuera de las murallas, mucho más abajo de las calles bulliciosas de la ciudad, testimonio de un tiempo pasado, lleno de miedo y de amenazas. Aquel lugar cayó en el olvido; fue descubierto por pura casualidad en el año 1880, pero conserva aún, con toda claridad, las huellas de una febril actividad.

Delante de la ciudad, allí donde hacia el Sudeste, las vertientes descienden suavemente en dirección al valle del Cedrón, hay un pequeño recipiente de agua rodeado de muros:



son las mansas aguas del estanque de Siloé. Un día dos muchachos estaban jugando por aquel lugar; uno de ellos cayó dentro. Nadando con todas sus fuerzas tomó tierra en la otra parte donde una peña se eleva sobre la superficie del agua. De pronto se vio envuelto en tinieblas. Ansiosamente caminó a tientas y descubrió un estrecho pasadizo.

El nombre del muchacho árabe ha sido olvidado, pero no su relato. Apoyándose en éste se descubrió un largo túnel subterráneo.

Un estrecho paso de 60 centímetros de anchura y apenas de metro y medio de altura, se abre en la roca calcárea. Hay que recorrerlo calzando polainas de goma y con el cuerpo ligeramente inclinado. El agua llega hasta la rodilla. Medio kilómetro sigue la mina describiendo varias curvas y ascendiendo ligeramente. Finalmente, el canal termina en la fuente de la Virgen María que, desde muy antiguo, suministra el agua a Jerusalén. En tiempos bíblicos se llamaba fuente de Guijón.

Mientras personas expertas examinan el túnel quedan sorprendidas por una inscripción que pueden contemplar a la luz de unas antorchas, escritas con caracteres hebraicos antiguos sobre la pared.

La inscripción, que se halla a pocos pasos de la entrada por la parte del estanque de Siloé, dice así: "Fin de la perforación. Y esta es la historia de la perforación: Mientras todavía los cavadores manejaban sus picos uno contra otro y mientras todavía faltaban tres codos por demoler, se oyó la voz del uno que gritaba al otro que había una abertura en la roca de la derecha y de la izquierda. Y el día de la perforación golpearon los excavadores uno en dirección del otro, pico contra pico. Y salieron las aguas de un chorro al estanque; mil doscientos codos y cien codos era la altura de la roca sobre la cabeza de los excavadores del túnel."

Antes de la primera guerra mundial el gobierno turco hizo arrancar la inscripción que actualmente se halla expuesta en el Museo de Constantinopla.

¡Ésta fue la obra realizada por Ezequías para la conducir las agua!

En caso de sitio, el suministro de agua es el problema número uno. Los fundadores de Jerusalén, los yebuseos, habían construido el pozo a través de la montaña hasta la fuente de Guijón; Ezequías condujo su agua, que antes vertía en el valle Cedrón, a través de la montaña, hacia la parte occidental de la ciudad. El estanque de Siloé está situado dentro del segundo recinto de murallas que él mandó construir.

El tiempo era corto; las tropas Asirias podían presentarse de un día para otro ante las puertas de Jerusalén. Por esto el trabajo se realizó por ambos lados.

Los picos se movían, según dice la inscripción, uno contra otro. Cosa notable, el canal, ¡en forma de S, sigue una trayectoria en dos curvas a través de la roca. ¿Por qué motivo no siguieron los trabajadores al construir la mina desde la fuente Guijón al estanque de Siloé el camino más corto, es decir, una línea recta? El penoso trabajo hubiera podido

realizarse más rápidamente; de los 513 metros que tiene su longitud se hubiesen podido ahorrar 217 metros.

En el país hay un relato que va de boca en boca y que parece conocer los motivos de este rodeo. Entre el manantial y el estanque existirían, según esta leyenda, las sepulturas de los reyes David y Salomón.

Los investigadores atendieron esta rara explicación debida a la voz popular; practicaron percusiones sistemáticas en las paredes del túnel, estrecho y húmedo; abrieron pozos desde la superficie de la colina hacia las entrañas de la roca, pero todo sin resultado.

"En el año catorce 3 del rey Ezequías, Senaquerib, rey de Asiria, subió contra todas las ciudades fortificadas de Judá y las tomó" (2 Re. 28:13).

Cuatro años emplearon las ciudades de Siria y Palestina para tomar medidas de defensa.

Los gobernadores asirios fueron expulsados. Se formó una poderosa liga. Los reyes de Escalón y Accaron se aliaron con Ezequías y Egipto prometió su ayuda en caso de complicaciones bélicas.

Al nuevo soberano de Asiria, Senaquerib 4, como es lógico, no le pasaron inadvertidas tales cosas. Pero tiene atadas las manos. Después del asesinato de Sargón, su predecesor, estalló la rebelión en la parte oriental de su reino. La fuerza directriz del movimiento era Melodak-Baladán. Tan pronto como Senaquerib, a fines del año 702 antes de J.C., se hace nuevamente dueño de la situación en el País de los Dos Ríos, se dirige hacia el Oeste y, en una sola campaña, derrota a los pequeños estados rebeldes.

Todo Judá es ocupado por las tropas de Senaquerib, y el rey Ezequías es recluido en Jerusalén. De las fortalezas levantadas en la frontera, sólo Lakís ofrece resistencia. Senaquerib lanza contra esta insólita plaza sus tropas de choque.

Aquel que quiera seguir plásticamente hasta el más pequeño detalle la terrible batalla que tuvo lugar en Lakís tiene que hacer una visita al Museo Británico de Londres. Allí es donde han sido expuestos los formidables bajos relieves que testigos oculares ejecutaron siguiendo el mandato de Senaquerib. hace 2.650 años. Sir Henry Layard encontró esos tesoros en Tell Nemrod.

Sobre las torres y antepechos de la fortaleza de Lakís, con sus altos y fuertes muros, luchan en vano los defensores judíos. Recubrieron a los atacantes con una lluvia de flechas, les echaron piedras y antorchas encendidas (las bombas incendiarias de la Antigüedad). Sus rostros, con su cabello crespo y las barbas recortadas, son fáciles de reconocer. Pocos son los que traen protección para la cabeza o para el cuerpo.

Al pie de la muralla atacan los asirios con extremada violencia y con toda clase de armas. Senaquerib ha puesto en juego toda la variedad de armas de reconocido valor para el asalto. Cada uno de los asirios va armado hasta los dientes, y todos llevan coraza y casco.

Unos artificios para el ataque de las ciudades sitiadas (los primeros tanques del mundo), se deslizan sobre rodillos junto a las murallas. Van provistos en su parte anterior con un espolón que sobresale como el tubo de una pieza de artillería. La tripulación consta de tres hombres. Por encima de la protección de una coraza dispara sus flechas el arquero. Uno de los soldados dirige el ariete y, bajo la presión de los golpes, saltan las piedras y los ladrillos de las murallas. El tercer hombre, con un cucharón, arroja agua sobre el tanque para apagar las bombas incendiarias. Muchas unidades de tanques actúan al unísono. Por debajo de los fundamentos de las murallas se practican túneles, Bajo la protección de los tanques la infantería avanza y los arqueros disparan en parte de rodillas en parte inclinados y guarecidos por un escudero. Los primeros prisioneros, hombres y mujeres, son sacados fuera. Cuerpos inanimados cuelgan de puntiagudos postes... Son los que han sido empalados.

James Lesley Starkey, arqueólogo inglés, excavó las ruinas de las murallas de la fortaleza de Lakís. Claramente se perciben aún en ella los agujeros y las brechas practicadas por los tanques asirios.

En el fragor de la lucha y en medio del ruido del asedio, a lo largo de la frontera de Judá, se escuchó una orden dictada por Senaquerib: "Pero el rey Ezequías envió desde Lakís al "tartán," el "rab-saris" y el "rab-saqué" con un fuerte ejército, los cuales subieron y llegaron a Jerusalém (2 Re. 18:17).

Esto significaba ¡qué iba a empezar el ataque contra Jerusalén!

Los escritores asirios fijaron, también en la piedra, lo que allí sucedió. Un prisma de arcilla de seis caras hallado entre los escombros de Nínive dice así: "Y a Ezequías de Judá, que no se había sometido al yugo... le encerré, como en una jaula de pájaros, en Jerusalén, su ciudad residencial. Hice construir trincheras y aquel que se aventuraba a salir fuera de la puerta de la ciudad pagaba cara su osadía. Sus ciudades, que hice saquear, las separé de su reino..."

Ahora tenía que seguir la noticia de la caída de Jerusalén, de la toma de la capital. Pero el texto prosigue diciendo: "A él, a Ezequías, le derrocó el temor ante el esplendor de mi soberanía... 30 talentos de oro... un cuantioso tesoro, así como sus hijas, las damas de su palacio, y cantores de ambos sexos me hizo mandar a Nínive. Y para entregarme sus regalos y para prestarme acatamiento, mandó a sus embajadores."

Tal es el relato jactancioso de la presentación de tributos...

"Y el soberano de Asiria impuso a Ezequías, rey de Judá, trescientos talentos de plata y treinta talentos de orón (2 Re. 18:14).

Los textos asirios pasan en forma brusca de la descripción de la campaña de Jerusalén a la prestación de tributo por parte de Ezequías. En un instante en que todo el país había sido conquistado y en que el sitio de Jerusalén, último foco de resistencia de la sublevación, estaba en su apogeo, ocurrió lo inesperado: Senaquerib detuvo el ataque cinco minutos antes de las doce. Sólo algo extraordinario podía inducirle a cesar en las hostilidades en aquel preciso instante. ¿Qué pudo ser?

Mientras los comunicados asirios mantienen sobre ello un absoluto silencio, la Biblia dice: "y sucedió que aquella misma noche salió el ángel de Yahvé e hirió en los campamentos de los asirios a 185.000 hombres y cuando se levantaron por la mañana todos ellos eran ya cadáver. Entonces Senaquerib, rey de Asiria, levanto el campo y emprendió la vuelta y quedóse en Nínive" (2 Re. 19:35-36). Heródoto de Halicarnaso, el célebre trotamundos de la Antigüedad, historiador y compositor del primer Baedeker, ayudó a descifrar el enigma. El amigo de Pericles y de Sófocles, que nació hacia el año 500 antes de Jesucristo, poseía un sentido especial para descubrir cuanto de notable había entre los pueblos y los hombres. Como un cuestionario personificado, sabía extraer de sus contemporáneos, durante sus viajes a través del Antiguo Oriente, sólo aquello que era digno de ser sabido y era desconocido para él. En Egipto sostuvo una larga conversación con el sacerdote de un templo que confió al griego, tan sumamente curioso, una historia extraordinaria.

Precisamente en aquella época reinaba en Egipto un sacerdote-monarca, que despreciaba a los soldados, cuando el rey Senaquerib se dirigió contra Egipto al frente de un gran ejército. Los guerreros egipcios, que tan despectivamente eran tratados, se negaron a salir al campo. El sacerdote-rey, desesperado, se dirigió al templo. Allí supo que la divinidad le mandaría auxilio. Confiando en ello el monarca, a quien en realidad no seguían fuerzas de combate sino simplemente tenderos, menestrales y gentes del mercado, se dirigió contra Senaquerib. Las tierras ocupadas habían sido invadidas durante la noche por un enjambre de ratones de campo que cayeron sobre sus enemigos... y les royeron los carcaxes y los arcos, como también las abrazaduras de los escudos, de manera que, al día siguiente, al verse privados de armas, huyeron, cayendo una multitud de ellos. Por eso este rey — termina su relato a Heródoto —, en el santuario de Éfeso, lleva un ratón en la mano que dice: "Mírame y permanece incólume."

Por más obscuro que aparezca el sentido de esta leyenda, su fondo es, sin embargo, rigurosamente histórico. El ratón, para los pueblos de la Antigüedad — como también para la Biblia (1 Sam.. 6:4) —, era lo mismo que en la Edad Media las ratas. ¡El símbolo de la peste!

En la ciudad de Lakís el arqueólogo Starkey encontró, en el año 1938, una prueba verdaderamente patética: una inmensa tumba en la roca con 2.000 esqueletos humanos, evidentemente enterrados en forma precipitada. La epidemia debió de diezmar a los soldados asirios.

El drama de la campaña había terminado y Jerusalén había escapado nuevamente al desastre general. Pero, a su alrededor, el territorio de Judá ofrecía un aspecto desastroso.

"La hija de Sión ha quedado — se lamenta el profeta — como cabaña en vida, como choza en melonar." "La tierra está desierta, las ciudades abrasadas por el fuego...; vuestro suelo a vuestra vista extranjeros lo devoran" (Is. 1:6-7).

Sólo el pensamiento de la milagrosa liberación de la Ciudad de David da al sufrido pueblo nueva esperanza y valor. Incansablemente dirige todas sus fuerzas a la reconstrucción, que se realiza rápidamente sin ser molestada por Nínive. Porque Senaquerib ya no volvió jamás debido a que los dos decenios que siguieron estuvieron ocupados por las campañas y las batallas del déspota en Mesopotamia. Y Senaquerib murió, como su padre, por manos de un asesino. "Y mientras él estaba postrado en adoración en el templo de Nisrok, su dios, Adram-melek y Sareser, sus hijos lo mataron a espada, y escaparon al país de Ararat, sucediéndole en el reino Asaradón, su hijo" (2 Re. 19:37), se dice lacónicamente en la Biblia.

El propio Asaradón, el heredero del trono, describe en forma detallada y expresiva los días turbulentos de Nínive. "Un espíritu infiel se apoderó de mis hermanos... se sublevaron. Para asumir el poder real asesinaron a Senaquerib. Como un león me indigné, pues sublevó mi corazón..."

A pesar de un intenso frío, en medio de la nieve y del hielo, sale en el undécimo mes del año 681 antes de J.C., sin titubeos ni temores, para someter a sus enemigos. "Aquellos ladrones del trono... huyeron a una tierra desconocida. Yo alcancé los muelles del Tigris, hice que mis tropas saltaran sobre el ancho río como sobre un canal. En el Addar 5... hice con alegría mi entrada en Nínive. Con satisfacción me senté en el trono de mi padre. Soplaban el viento del Sur... que es favorable para el ejercicio de la realeza... Yo soy Asaradón, el rey del mundo, rey de Asiria..., hijo de Senaquerib."

\*\* \*\* \*

1. 725-697 antes de J.C.

2. 713 antes de J.C.

3. Aquí la cronología bíblica se equivoca en diez años. Fue el año 24.

4. 705-681 antes de J.C.

5. Duodécimo mes.

4. El Culto Seductor de Canaán.

La "abominación de los gentiles." — Duras palabras de los profetas. — Filón de Biblos, como testigo. — El padre de la iglesia Eusebio no es creído. — Un campesino que araba la tierra encuentra a Ugarit. — Una poderosa ciudad costera desaparece. — Schaeffer realiza excavaciones en "la colina del hinojal." — Una biblioteca en la casa del sacerdote. — Tres sabios descifran un alfabeto desconocido.

DOCE AÑOS CONTABA MANASES CUANDO SUBIÓ AL TRONO. Y REINÓ CINCUENTA Y CINCO EN JERUSALÉN... ÉL HIZO LO MALO A LOS OJOS DE YAHVÉ, IMITANDO LAS ABOMINACIONES DE LOS PUEBLOS QUE YAHVÉ HABÍA ARROJADO DE DELANTE DE LOS ISRAELITAS (2 Re. 21:1-2).

"Abominación de los gentiles," dice la narración oficial. Isaías, el gran profeta y contemporáneo del rey Manases I, es más explícito cuando se queja amargamente y exclama: "¡Como se ha prostituído la ciudad fiel!" (Is. 1:21). Como Isaías, todos los demás profetas, a través de los siglos, lanzan con dureza y claridad el mismo reproche que tan monstruoso le resulta al lector de la Biblia.

Como un hilo rojo se extiende esta queja a través de muchos libros del Antiguo Testamento, y acompaña la voluble historia de los hijos de Israel.

Ya empezó a oírse en aquel tiempo en que Israel, después de su larga peregrinación a través del desierto, llegó a orillas del Jordán alrededor del año 1230 antes de J.C. (Dt. 25:1-2). Resuena desde la época de los jueces... (1 Sam. 2:22); se oye en ambos reinos, tanto en el de Judá (1 Re. 14:23-24) como en el reino de Israel... (Os. 4:13-14). Ni siquiera enmudece en los años del cautiverio junto a los ríos de Babilonia, en el siglo VI a. de J.C.... (Ez. 16:16).

Mil quinientos años después de que los libros bíblicos penetraron en Europa, su contenido fue dado a conocer al pueblo exclusivamente por sacerdotes y por monjes. Estaban escritos en griego, latín y hebreo. Sólo en la Edad Media, cuando las primeras traducciones impresas pudieron ser adquiridas por todo el mundo, pudieron leer por sí mismos leer la Biblia, encontrando capítulos ante los cuales se horrorizaban. En la Biblia se trataba de mujeres libertinas, de prostitutas. Es lógico que tales cosas no fueran comprendidas por muchos cuyas casas y cuyos hogares se hallaban bajo la protección de catedrales y de iglesias que se elevaban hacia el cielo.

Nada sabía el hombre de Occidente, para quien Dios era cual una "firme fortaleza," referente al culto del país en el cual un día fue escrita la Biblia. A través de los cruzados fueron conocidos, es verdad, muchos detalles sobre los salvajes e infieles sarracenos... ¡pero de cosas tan escandalosas nunca se había oído hablar!

Los profetas y los cronistas aparecían como hombres que, por su fervor hacia Yahvé, y por su indignación hacia los cultos extranjeros, habían ido quizá un poco demasiado lejos en sus anatemas. Semejante reproche ha perdurado con respecto a la Biblia hasta nuestros días.

Existe un testimonio profano sobre aquello que la Biblia designa con el nombre de "abominación de los gentiles." Filón de Biblos, un sabio fenicio que vivió cien años antes de J.C., había reunido un vasto material de su patria y escrito su Phoinikika, es decir, una "Historia de Fenicia." Este escritor trata hasta de la más remota Antigüedad, hablando de los sucesos históricos ocurridos en las ciudades portuarias y en las repúblicas de la costa de Canaán, y describe asimismo las deidades, la mitología, el culto de los fenicios. Como fuentes fidedignas de su obra menciona Filón de Biblos el ya citado sacerdote fenicio Sanchuniatón, que vivió en el siglo XII antes de Jesucristo. Cuando un día se derrumbaron las columnas escritas del templo de Melikerte en Tiro, a causa de un terremoto, Sanchuniatón copió sus antiquísimas inscripciones.

El obispo Eusebio de Cesárea, en Palestina, descubrió en el año 314 después de J.C., los escritos de Filón de Biblos y los dio a conocer. Muchos de ellos, principalmente los que describían la mitología y el culto, hacían poner de tal manera los pelos de punta que se rehusaba admitir como buena moneda la narración de semejantes degeneraciones de los sentidos.

Por encima de los baales de Canaán reinaba, en primer lugar, el dios El. Su esposa era Achira, diosa que también es mencionada en la Biblia. El casó con sus tres hermanas, de las cuales una era Astarté. Con este nombre (Juec. 13; 10:6 sigs.) es citada repetidamente en el Antiguo Testamento. El no sólo mata a su hermano sino también a su propio hijo; corta la cabeza a su hija, castra a su padre, se castra él y obliga a sus compañeros a hacer lo mismo.

No es, pues, de extrañar que las gentes de la época del cristianismo no quisieran dar crédito a semejantes hechos aberrantes.

Y comprendemos muy bien que todo estado medianamente civilizado tenga que cuidar por la moralidad de sus subditos. En el Canaán de aquel tiempo el culto a los dioses era un servicio sensual, los templos ocupaban el sitio de los burdeles, gentes lascivas de ambos sexos eran consideradas como pertenecientes al personal que practicaba los cultos y las donaciones por sus "servicios" entraban en las cajas de los templos como "ofrendas a la divinidad."

Los profetas y los cronistas no han cometido, en modo alguno, exageraciones. Cuan fundadas eran sus duras palabras, "sus párrafos escabrosos," se hizo patente ante los hallazgos de Ras Schamra.

En la costa septentrional de Siria, y exactamente al frente de la punta oriental de Chipre, se halla situada Minet-el-Beida, el "Puerto Blanco." Las olas del Mediterráneo se rompen aquí en un maravilloso juego de colores que va desde el verde claro a un oscuro azul violeta, contra las peñas calcáreas que brillan como la blanca nieve. Grandes masas de nubes rodean, por la parte de tierra, las solitarias cumbres de las montañas del Yebel Agra. Los naturales del país cuentan que en tiempos antiquísimos estuvo aquí la sede de los dioses de sus antepasados.

En las proximidades del mar, en 1928, un campesino descubrió un larga mina subterránea cuando estaba arando su campo. Una primera exploración dio por resultado comprobar que conducía a una cámara sepulcral. Tratábase de una tumba del estilo de Micenas.

Al tener noticia del hallazgo, Francia reacciona con su acostumbrada rapidez, pues a ella le está confiado el mandato de Siria. M. Dussand, conservador de las antigüedades orientales del Louvre, pone en movimiento al profesor Claudio F. A. Schaeffer junto con algunos otros técnicos, quienes emprenden la marcha en dirección al "Puerto Blanco." Emocionantes son los descubrimientos que tienen en perspectiva.

A unos 800 metros de la orilla y de la antigua tumba de Micenas se eleva una colina artificial. Murmurando alegremente la circundan los brazos de un torrente. Desde muy

antiguo es designada por el pueblo con el nombre de "Ras es Schamra," que quiere decir "Cabeza de hinojo." En realidad el hinojo cubre el viejo montón de ruinas que encierra los restos de la ciudad real fenicia de Ugarit. Esta ciudad fue enteramente destruida durante la invasión de "los pueblos del mar," hace ya más de tres mil años. Schaeffer tiene mucha suerte en sus excavaciones en el "Ras es Schamra." Pues de aquí surge, por fin, la prueba, tanto tiempo buscada, del célebre culto de Canaán. Entre dos templos de los cuales uno estaba dedicado al dios Baal y el otro al dios Dagon, encuentra, en medio de ricas casas de mercaderes, la morada del sumo sacerdote de Ugarit, que disponía de una cuantiosa biblioteca cual lo demuestran las muchísimas tablillas con inscripciones que en ella se encontraron. La experta mirada de Schaeffer comprende en seguida que el escribano ha hecho uso de un alfabeto fenicio hasta entonces desconocido. La interpretación se realiza en forma sorprendentemente rápida en 1930 por tres expertos — el profesor alemán H. Bauer, de la universidad de Halle, y los franceses C. Virolleaud y E. Dhorme —. Los documentos, escritos en dos idiomas — de los cuales uno es un dialecto cananeo muy antiguo y parecido al hebreo de la época anterior a Moisés—, tratan exclusivamente de las deidades y de los cultos del antiguo Canaán, con los cuales tropezó Israel al entrar en la Tierra de Prom dando lugar a graves consecuencias.

Los mitos descritos en esta original documentación, así como las costumbres, reflejan la más espantosa barbarie; rebosan de cultos mágicos, de sensualidad primitiva y burda, de dioses y semidioses. Los ritos relacionados con las diosas de la fecundidad tenían especial importancia. También los demás pueblos del mundo antiguo veneraban diosas de la fecundidad, y enlazaban en sus cultos los ciclos del devenir y del perecer, del nacimiento y de la muerte. Pero en Canaán tales cultos eran de un descarnado materialismo; así, por ejemplo, las diosas madres eran representadas como "cortesanías sagradas," ¡Exactamente como las representaban Filón de Biblos y, después de él, el padre de la iglesia Eusebio!

El culto inimaginable que Canaán rendía a la fecundidad se extendía hasta todo el pueblo. Debajo de cada una de las casas excavadas hay una bóveda mortuoria en la cual los habitantes de Ugarit enterraban a sus muertos. Unos tubos de arcilla de forma rara iban hasta el fondo... Es que por estos conductos se obsequiaba a los muertos con agua, vino y aceite, así como también con carne, y la sangre de los animales sacrificados. Ni ante la muerte se detenía el culto de la fecundidad. Los recipientes en forma de embudo no dejan duda alguna sobre el particular. Van provistos de los correspondientes símbolos.

En los ritos para los vivos la mandrágora jugaba un gran papel. Los antiguos cananeos y los fenicios atribuían a esa raíz carnosa propiedades afrodisíacas. Creían que tenía la facultad de excitar el amor y de curar la esterilidad.

Cruelles y salvajes son Astarté y Anath, diosas de la fecundidad y de la guerra. La época de Baal en Ugarit lo describe la diosa Anath: "Con poder segaba a los habitantes de las ciudades, asesinaba a los pueblos de la costa marítima, aniquilaba a los hombres del Este." Arrastraba a los hombres a su templo y cerraba las puertas para que nadie pudiese escapar. Arrojaba sillas a los jóvenes, mesas a los guerreros, banquetes a los poderosos. "Se bañaba en sangre hasta las rodillas, o más bien hasta el cuello. A sus pies había cabezas humanas y sobre ella flotaban manos, cual langostas, a su alrededor. Las cabezas de sus víctimas se las ponía como adorno a sus espaldas y las manos en su



cinturón." "Su hígado se hinchaba de reír, su corazón estaba lleno de alegría, el hígado de Anath estaba pictórico de júbilo." "De estar satisfecha" se lavaba las manos en sangre humana coagulada para ocuparse en otras cosas.

Anath es hermana y esposa de Baal, del dios de las tormentas y de las lluvias. Su símbolo es la cabeza de toro. Baal fertilizaba al ganado en los prados con la lluvia, para cebarlo. También se preocupaba de su reproducción. Cuando, con el transcurso de los años, muere y queda domado "como el toro bajo la cuchilla del sacrificador," su hijo toma a su cargo esta misión.

En Ugarit encuentra el profesor Schaeffer pequeñas figurillas, así como amuletos de Astarté. Son de arcilla y de oro y están desnudas. Serpientes y palomas, célebres en Oriente por su extraordinaria fecundidad, son sus símbolos.

Las diosas de la fecundidad eran seguramente veneradas en las montañas y alturas. Allí se les erigían los "aseras," se plantaban "estacas sagradas," árboles bajo los cuales tenían lugar los "cultos," como viene indicado repetidamente en la Biblia: "También ellos se construyeron lugares altos, massebás y aserás encima de cualquier colina elevada y bajo todo árbol frondoso" (1 Re. 14:23). Sobre la naturaleza de las acciones practicadas por el "culto" no existe ya duda alguna después de las excavaciones de Ugarit. Sólo después de los resultados que han sido alcanzados por las investigaciones científicas sobre los dioses de Canaán podemos medir en toda su extensión cuan intensa debía de ser la campaña moralizadora que precisaban los hijos de Israel.

¡Cuan grande era la tentación para un sencillo pueblo de pastores, y cuan peligrosas para él las seducciones! Más de una vez habían arraigado los cultos de Baal, penetrando hasta el propio templo de Yahvé, hasta el mismo santuario.

Sin su rígido código moral, sin la creencia en un solo Dios, sin las austeras figuras de sus profetas, los israelitas no hubieran podido resistir su promiscuidad con los adoradores de Baal, con el culto a las sacerdotisas de las diosas de la fecundidad, con los aserás y las alturas.

Y este fue el motivo de los "textos escandalosos." Cosa que no podía ser llamada en atención a los testimonios.

\*\* \*\* \*

1. 696-642 antes de J.C. 18

## 5. La Gran Potencia Asiria se Hunde.

Assurbanipal saquea a Tebas. — Un imperio que se extiende desde el Nilo hasta el Golfo Pérsico. — El "grande y famoso Asnafar." — Cazador de caza mayor con arco y flechas. — La potente Asiria se extingue. — En la tenaza formada por dos potencias. — Medos y caldeos se arman. — Hordas de escitas en Palestina. — La ciudad de Nínive es tomada. — En el "Fértil Creciente" se respira. — Fallo en la Biblia. — Descubrimiento

del arqueólogo Gadd en Londres. — El príncipe heredero de Nabucodonosor de Babilonia.

¿ERES TU MEJOR QUE NO-AMÓN. ASENTADA ENTRE LOS CANALES DEL NILO?.. ETIOPÍA, COMO EGIPTO, ERA SU FUERZA SIN LÍMITES... MÁS TAMBIÉN ELLA MARCHÓ PRISIONERA. TAMBIÉN SUS NIÑOS FUERON ESTRELLADOS (Na. 3:8-10).

En el año 663 antes de J.C. tuvieron los asirios el mayor triunfo de toda su historia. El rey Assurbanipal conquistó No-Amón, la capital del Alto Egipto, que, según Homero, era la ciudad de las cien puertas, considerada hasta entonces como inexpugnable y designada por los griegos con el nombre de Tebas. Fue un suceso que causó gran sensación en el mundo del Antiguo Oriente, en el "Fértil Creciente," hasta en la propia Grecia. Los asirios saquearon la metrópoli, cuyos templos contenían inmensos tesoros. "Conquisté toda la ciudad... plata, oro, piedras preciosas, toda la riqueza de sus palacios, magníficas vestiduras, lino, preciosos corceles, esclavos y esclavas, dos grandes obeliscos de brillante bronce con un peso de 2.500 talentos; las puertas del templo las saqué de su lugar y las hice trasladar a Asiria. Fue inmenso el botín de incalculable valor que me llevé de Tebas," dice con entusiasmo Assurbanipal.

Las máquinas de guerra asirias hicieron tabla rasa de los célebres templos de junto al Nilo. Excavaciones realizadas confirman completamente la catástrofe mencionada por el profeta Nahum y por el propio conquistador. La Metrópoli del Alto Egipto no se rehizo ya más de tan rudo golpe.

Después de esta campaña de conquistas, el mundo de entonces cayó a los pies de los asirios. Desde el curso superior del Nilo hasta las montañas de Armenia y la desembocadura del Éufrates todos los pueblos estaban sometidos y los estados reducidos a la condición de vasallos.

Apenas había escalado Asiria el pináculo de su gloria, el poderío del Imperio empezó a decaer. Assurbanipal no es ya un conquistador ni un guerrero de la talla de su padre Asaradón, sin hablar de su abuelo Senaquerib. Assurbanipal, el "grande y célebre Asnafar" (Esd. 4:10), tiene ya otras aficiones.

Después de una larga serie de tiranos manchados de sangre, a este asirio se le debe un inapreciable servicio: hizo copiar las grandes obras de la Literatura académica, a la cual pertenece la epopeya babilónica de la creación del mundo; hizo confeccionar diccionarios y gramáticas de las diferentes lenguas habladas en su enorme imperio. La biblioteca de Nínive, fundada por él, es la mayor y más importante del Antiguo Oriente. Sin esta preciosa colección, la Humanidad sería muchísimo más pobre en conocimientos sobre el modo de pensar y sobre la poesía de los primeros tiempos del "Fértil Creciente."

No por esto había quedado suavizado el salvajismo en este último vástago de la importante generación de monarcas asirios. Además del arte y de la literatura, siente también pasión por la caza. Assurbanipal se dedica a la caza mayor en el verdadero sentido de la palabra y los actuales aficionados a esta ocupación difícilmente hubiesen podido estar a su lado. Este cazador de fieras de la Antigüedad no se acercaba a ellas ni en avión ni en "jeeps" acorazados que corren a la velocidad de 100 kilómetros por hora,

ni poseía carabinas con prismáticos acoplados que permiten disparar desde una segura distancia, donde no amenazan ni zarpazos ni mordiscos. En los maravillosos bajos relieves que adornaban sus palacios junto al Tigris están representadas a lo vivo las escenas de sus partidas de caza y en ellas se le ve en un carro de dos ruedas, especial para la cacería, o bien montado a caballo con el arco y las flechas y con el venablo, con los cuales cazó "30 elefantes, 257 fieras, 370 leones," según reza en los textos cuneiformes dedicados a Assurbanipal.

"¡Ay de la ciudad sanguinaria, toda ella mentira, llena de violencia!.. Allí yacen multitud de víctimas y muchedumbre de muertos, infinidad de cadáveres" (Na. 3:1-3).

Así anuncia el profeta Nahum el fin de Nínive, el fin de un imperio de tiranía secular y sangrienta.

Con la muerte de Assurbanipal 1 se precipita el derrumbamiento. Las nuevas grandes potencias de los indoarios y de los semitas tienen sujeta la colosal estructura, la atenazan, la estrujan y se reparten entre sí el enorme botín.

Al Nordeste había surgido, en las montañas del Irán, el reino de los medos. Allí "la soberanía le correspondió a Cijares — escribe Heródoto—, quien reunía bajo su mando a toda el Asia situada más allá del Halis. Ahora reunió a todos cuantos dominaba y salió contra Nínive para tomar esta ciudad."

Al sudeste del País de los Dos Ríos estaba el segundo enemigo de cuidado para Asiria. Desde el borde de la tierra de cultivo, al sur de la desembocadura del Éufrates, donde se hallaba también situada Ur de Caldea, habían penetrado tribus semíticas aportando nuevas fuerzas al antiguo reino que rodeaba a Babilonia. Caldeos era su nombre. Merodak-Baladán, que, un siglo antes, dio ya tanto que hablar y tanto le dio que hacer a Asur, había sido uno de los suyos.

Entre tanto sus paisanos, en oleadas siempre renovadas, consiguieron cruzar todo el país. En el año 625 antes de J.C., un caldeo conquistó para sí la soberanía sobre el sur de Mesopotamia. Nabopolasar es elevado a la dignidad real, siendo el fundador del nuevo reino de Babilonia. También para los caldeos la derrota de Asiria constituye el único objetivo.

Al tiempo que, en el Norte y en el Sur, las dos potencias están al acecho para asestar a Asiria el golpe de muerte, sale de las tierras del Cáucaso una horda que penetra en el "Fértil Creciente," atraviesa el país de los medos e invade el reino asirio. Eran los escitas. Saqueándolo y quemándolo todo, después de atravesar Mesopotamia pasaron a Palestina y llegaron a las fronteras de Egipto.

A través de la llanura de la costa, junto al Mediterráneo, pasa la horda irrefrenable de los jinetes escitas. Los rumores más angustiosos y horribles les precedían. Los habitantes de Judá los deben de haber visto desde sus montañas; el profeta Sofonías adivina lo que va a suceder: "Pues Gaza será desamparada y Asquelón asolada; a Asdod

la desterrarán al Mediodía y Accarón será destruida de raíz... Por la tarde se echarán a dormir en las casas de Asquelón..." (Sof. 2:4-7).

"Se dirigieron sobre Egipto — cuenta Heródoto — y cuando estaban en Palestina les salió al encuentro Psamético 2, rey de Egipto, y con regalos y ruegos les hizo desistir de seguir adelante. Y cuando, en su viaje de regreso, los escitas estaban en la ciudad de Asquelón, algunos de ellos, que se habían retrasado, saquearon el santuario de Afrodita Urania. Pero a los escitas que habían saqueado el santuario de Asquelón, así como a su descendencia, la diosa los castigó con una enfermedad venérea."

Al cabo de un decenio, el tropel ha pasado como una mala pesadilla.

En Palestina el recuerdo de los escitas quedó en el nombre de una ciudad. La antigua Betsean quedó convertida en Escitópolis.

Entonces los medos y los neobabilonios, por dos flancos, desde el Norte y el Sur, se dirigieron contra los asirios. Asur, la poderosa ciudad y fortaleza de junto al Tigris, cae en el año 614 antes de J.C. Fue la primera plaza conquistada. "El rey de Babilonia y su ejército, que habían salido para ayudar a los medos, no llegaron a su debido tiempo a la batalla. El rey de Babilonia y Ciajares 3 llegaron a tiempo sólo para presenciar la ruina de la ciudad — se dice en una de las crónicas de la nueva Babilonia — e hicieron un pacto de amistad y de adhesión... El botín que hicieron en la ciudad fue grande, inmenso, transformándola en un montón de ruinas.);

En el año 612 antes de J.C. los medos y los neobabilonios coligados llegaron a la meta de sus objetivos: después de una "terrible lucha fue tomada la ciudad."

¡Nínive cayó víctima de la destrucción!

"Luego extenderá Yahvé su mano contra el Norte y destruirá Asiria y convertirá a Nínive en una desolación, un lugar árido cual el desierto," había dicho el profeta Sofonías (Sof. 2:13), y así sucedió, en efecto. Destruída y quemada yacía, pues, Nínive, la central de donde salieron las órdenes que habían llenado el Viejo Mundo de terror y lágrimas durante varios siglos de expediciones guerreras y de ocupaciones, con tormentos, terror y deportaciones en masa.

El "Fértil Creciente" respiró libremente. Los pueblos atormentados estaban ahora jubilosos y surgía una nueva esperanza.

Lo propio sucedía en Judá.

Ya cuando, después de la muerte de Assurbanipal, el odiado coloso asirio se vio sacudido por el temblor de la impotencia, el rey Josías 4 suprimió en Jerusalén el culto extranjero del estado. Esto representó algo más que un acto de mera resistencia religiosa. Significaba claramente la negativa a seguir en el estado de vasallaje cuyo símbolo eran los dioses importados de Nínive. Con estas deidades, cuyo culto les había sido impuesto, "hizo desaparecer Josías a los evocadores de los espíritus y a los adivinos, a los ídolos y abominar dones" de Mesopotamia (2 Re. 23:24). También suprimió el culto de Canaán (2 Re. 23:7).

Las reformas de Josías dieron un nuevo impulso a la vida religiosa y nacional del pueblo que, al conocer la caída de Nínive, estaba lleno de júbilo.

En forma enteramente inesperada ocurrió entonces un suceso que, de nuevo, amenazó con destruirlo todo. "En sus días el faraón Neco, rey de Egipto, subió hacia el soberano de Asiria, en dirección al río Éufrates; el rey Josías partió a su encuentro; mas luego que aquél le vio lo mató en Meguido" (2 Re. 23:29). Este texto de la Biblia es casi un ejemplo clásico de como tan sólo una palabra puede cambiar el sentido de un comunicado. En efecto, la palabra *contra*, utilizada erróneamente hace aparecer a Josías como defensor del odiado tirano. En algún otro lugar también fue mal empleada. En realidad, el faraón Neco iba a Asiria para ayudarla, es decir, iba "hacia" allí, no "contra." Sólo debido a un hallazgo casual advirtió el asiriólogo S. I. Gadd este "lapsus linguæ."

Enteramente distinto de todo patrón arqueológico fue el lugar del hallazgo: un museo. Gadd tradujo en 1923, en el Museo Británico de Londres, un fragmento de escritura cuneiforme, muy deteriorado, que hacía años había hallado en las excavaciones practicadas en el País de los Dos Ríos.

Decía lo siguiente: "En el mes Du'uz (junio-julio) 5 el rey de Asiria se procuró un gran ejército egipcio y fue contra Harran para conquistarlo... Hasta el mes Ulul (agosto-septiembre) luchó contra la ciudad, pero no lo consiguió."

El "gran ejército egipcio" era el formado por las fuerzas combativas del faraón Neco.

Después de la caída de Nínive, los restos del ejército asirio se habían replegado hacia el norte de Mesopotamia. Su rey abrigaba el arriesgado propósito de reconquistar desde allí el terreno perdido. Por esto había volado, para ayudarlo, el faraón Neco. Pero cuando, al cabo de dos meses de lucha, se vio que ni siquiera podía tomar la ciudad de Harran, se retiró.

La aparición de tropas egipcias en Palestina decidió al rey Josías a impedir, costase lo que costase, la ayuda armada que los egipcios pretendían prestar a los aborrecidos asirios. Así se llegó a la marcha de las pequeñas fuerzas de combate que disponían los judíos contra el ejército egipcio, muy superior en número y que tan trágicamente terminó en Meguido. "Neco — dice Heródoto — venció también a los sirios 6 en un encuentro que tuvieron por tierra junto a Magdolus" 7.

En su camino de regreso a Egipto el faraón Neco se declara Señor de Siria y de Palestina. En Judá da una prueba para que no haya lugar a dudas sobre de quién depende ahora el país. Joacaz, hijo y sucesor de Josías, es despojado de la dignidad real y llevado al Nilo en calidad de prisionero (2 Re. 23:31-34). Y Neco puso en el trono a otro hijo de Josías, Elyaquim, y le cambió el nombre poniéndole el de Joaquim (2 Re. 23:24).

Los egiptólogos por ahora no pueden mostrar ningún himno triunfal sobre el faraón Neco. "El vestido en el cual realizó todas estas hazañas — supo Heródoto un siglo y medio después por los sacerdotes egipcios — lo había entregado al templo de Apolo en Mileto, en agradecimiento a la participación de los soldados griegos en la expedición.

En el país conquistado sólo dejó una estela. Ésta lleva su nombre en caracteres jeroglíficos. Sus fragmentos permanecieron en Sidón.

Cuatro años más tarde, en el año 605 antes de J.C. el sueño de Neco relativo a su dominación sobre Asiria, como sus antecesores la denominaban, se había desvanecido.

Más aún: mientras él seguía cobrando tributos en Palestina, se había decidido ya sobre su "Conquista" en otros lugares. Después de la común victoria, los medos y los neobabilonios se habían repartido el reino de Asiria. Los medos se anexionaron la parte Norte y Nordeste; Babilonia, el Sur y el Sudoeste. Debido a ello, Siria y Palestina cayeron en poder del rey Nabopolasar. Entretando envejecido y fatigado por las rudas tareas, mandó a su hijo Nabucodonosor para tomar posesión de las nuevas tierras.

Neco emprendió una contraofensiva, pero fracasó por completo. En Karkemisch, en el mismo sitio donde cuatro años antes el último rey de Asiria había querido resistir, fue completamente derrotado en el célebre paso del Éufrates desde Mesopotamia al norte de Siria (Jer. 46:2).

Como un fugitivo regresó Neco a través de Palestina, abrumado por las burlas y escarnios del profeta Jeremías: "El Faraón rey de Egipto yace en tierra! ¡Ha abandonado su tienda!.. Su voz es como silbido de serpiente que marcha..." (Jer. 46:17-22).

Después de la vergonzosa huida, Judá ya no volvió a ver jamás a Neco. "El rey de Egipto no salió ya más de su tierra, pues el monarca de Babilonia se había apoderado de todo lo que antes perteneciera al soberano egipcio, desde el torrente de Egipto hasta el Éufrates" (2 Re. 24:7).

El príncipe heredero de Caldea no pudo aprovecharse por completo de su victoria en Karkemisch. Como durante el curso de la batalla recibió la noticia de la muerte de su padre, tuvo que regresar a Babilonia. Después de asumir Nabucodonosor 8 la sucesión al trono, los importantes asuntos de su reinado le mantuvieron fijo en su país. Así fue como Judá se libró, entre tanto, de una nueva ocupación; fue abandonada a sí misma.

Lo que sucedió en Judá al finalizar el siglo VI, nos faltan informes contemporáneos. La Biblia no hace tampoco mención clara, por ejemplo, de cuándo los caldeos aparecieron por primera vez en el país y a quiénes exigieron tributos. Los nuevos reyes de Babilonia no dejaron, al igual que sus antecesores los asirios, anales detallados. Las inscripciones que de aquella época se han conservado, se refieren a hechos históricos.

\*\* \*\* \*

1. Año 626 antes de J.C.
2. Psamético I. 663-609 antes de J.C.
3. Rey de los medos.
4. 639-609 antes de J.C.
5. 609 antes de J.C.

6. Judá.

7. Meguido.

8. 605-563 antes de J.C.

6. Los Últimos Días de Judá.

Primera deportación. — El rey Joaquim, en las listas de la corte de Babilonia. — Descubrimiento en los sótanos del Museo de Berlín. — Segunda campaña de castigo. — Partes informativos en tablillas de barro cocido. — Muerte trágica de Starkey. — La técnica del fuego de los pioneros babilonios. — Tabla rasa para los arqueólogos.

EN SU TIEMPO NABUCODONOSOR, REY DE BABILONIA, SE PUSO EN CAMPAÑA; Y JOAQUIM LE ESTUVO SUJETO DURANTE TRES AÑOS (2 Re. 24:1).

Al comenzar el siglo VI antes de J.C. tiene lugar el desgraciado suceso que borra en pocos años para siempre también el nombre de Judá como pueblo de la historia del Antiguo Oriente. Rápidamente se precipitan los acontecimientos sobre el minúsculo estado vasallo, situado junto al Jordán, y sobre sus habitantes, que dan origen al tiempo más penoso para Judá. Terminan con la marcha al exilio, y con la deportación a Babilonia.

Al principio se registran actos de resistencia al pago de tributos y sublevaciones contra el nuevo soberano, a quien están sujetos en vasallaje. En el año 597 antes de J.C. estalla en Judá una abierta rebelión. El rey Joaquim... "volvió a rebelarse contra él" (2 Re. 24:1).

Nabucodonosor no ataca personalmente al principio. Quizá no le pareció el asunto bastante importante; en un gran imperio los levantamientos locales no son cosa rara. En primer lugar se contenta con mandar allí a hombres de Moab, de Amón y de Siria, a los cuales acompañan para protección tropas regulares de Caldea. No parece, sin embargo, que se hayan hecho dueños de la situación. Sólo entonces se dirige Nabucodonosor personalmente a Judá.

Se encuentra ya con una fuerza combativa considerable en su marcha hacia Palestina, cuando, imprevistamente, muere Joaquim. Su hijo le sigue en el trono.

"Joaquim tenía dieciocho años de edad cuando subió al trono y reino tres meses en Jerusalén.. y Nabucodonosor, rey de Babilonia, llegó contra la ciudad mientras sus servidores la asediaban... Deporto asimismo a Babilonia a Joaquim y también a la reina madre..." (2 Re. 24:8-15).

En el año 597 antes de J.C., según dice la Biblia, el rey Joaquim y todos los suyos fueron llevados por él prisioneros a Babilonia. Pero, ¿cómo sería posible comprobar, después de dos milenios y medio, la veracidad de este acierto? Sin embargo, en los

comienzos del siglo XX se ofreció una oportunidad única a la investigación para alcanzar noticias más concretas sobre la permanencia de la familia real de Judá.

En el año 1899, la Sociedad Alemana de Oriente 1 prepara una importante expedición bajo la dirección del arquitecto profesor Roberto Koldewey, a fin de explorar la célebre colina Babil junto al Éufrates. Se desarrolla muy lentamente; en dieciocho años saca a la luz la metrópoli más célebre de la Antigüedad: la ciudad residencial de Nabucodonosor. Entre los monumentos se descubre una de las siete maravillas del mundo: los jardines colgantes de Babilonia, tan alabados por los posteriores viajeros griegos, así como la "E-te-men-an-ki," es decir, la legendaria torre de Babel. En el palacio de Nabucodonosor y en la puerta de Ishtar, situada en sus proximidades, aparecen numerosas inscripciones.

Sin embargo, proporcionan una decepción a los eruditos. En contraposición a los detallados dibujos e inscripciones de los monarcas asirios, entre los cuales muchas veces se citan los nombres y la suerte de los reyes israelitas y judaicos, los documentos de la nueva Babilonia apenas si mencionan otra cosa que los sucesos religiosos y constructivos de su época. Y no hacen referencia alguna a lo que sucedía en Judá.

Tres decenios después de haber sido adecuadamente emplazados los grandes hallazgos de Babel en los archivos y en los museos, aparecieron, procedentes de las inmediaciones de la puerta de Ishtar, un buen número de raros documentos... Esto sucedió en Berlín.

Después de la inundación de la isla del río Spree donde se hallan instalados los Museos, en el corazón de la capital alemana, la gran puerta de Istar, procedente de Babilonia, fue montada de nuevo en la gran sala del Museo del Emperador Federico. Amenazadores y agresivos, los amarillentos cuerpos de los leones aparecían en larga hilera sobre los azulejos esmaltados de color azul oscuro de la vía procesional de Marduk 2. Como en otro tiempo en el Éufrates, guiaba ahora a las maravilladas gentes del siglo XX a la magnífica puerta de la diosa Ishtar, con sus dragones y toros salvajes.

Mientras arriba, en la sala, los visitantes de todo el mundo contemplaban impresionados la elevada doble puerta, deambulando como se hacía en tiempos de Nabucodonosor, a través de su arcada, por la avenida procesional,. En los sótanos del Museo había unas 300 tablillas con escritura cuneiforme que esperaban ser descifradas.

Los colaboradores de Koldewey las habían encontrado en el edificio anexo al palacio de Nabucodonosor, junto a la puerta de Ishtar; las habían numerado y embalado en cajas. Junto con montañas de ladrillos bellamente esmaltados con relieves de leones, toros salvajes y dragones, emprendieron el largo viaje hasta Berlín, donde la casualidad quiso que las antiguas tablillas permanecieran embaladas junto al Spree, casi en la misma forma que en Babilonia, pocos metros por debajo de la famosa puerta de Ishtar.

El asiriólogo E. F. Weidner, hacia el año 1933, decide examinar las tablillas y los restos depositados en los sótanos del Museo del Emperador Federico. Después procede a su traducción pieza por pieza. Sólo contienen listas de la corte, documentos relativos a las cuentas de la cámara real, anotaciones de antiguos burócratas, es decir, cosas rutinarias y poco interesantes.



A pesar de todo, Weidner prosigue en el sótano día tras día y en forma infatigable, su trabajo de traducción debajo de la puerta de Ishtar.

De improviso su monótono trabajo se anima en forma insospechada. Entre todos aquellos documentos administrativos encuentra Weidner preciosas e inapreciables noticias.

En cuatro distintas facturas sobre dispendios debidos a la compra de víveres y entre otras cosas se repite el nombre de "aceite de sésamo," y entonces tropieza con un nombre bíblico que le resulta familiar: "Ja'-u-kinu"... ¡es decir, Joaquín!

Todo error queda descartado, pues a Joaquín se le cita con toda su categoría de "rey [del país] de Judá." Las facturas de arcilla de Babilonia traen, además, ya fecha del año 13 del reinado de Nabucodonosor. Esto equivale al año 592 antes de J.C., es decir, cinco años después de la caída de Jerusalén y de la deportación. Además, el intendente de Babilonia encargado de tales inscripciones, cita en tres casos a cinco hijos del rey que están confiados a la custodia de un servidor que lleva el nombre judaico que "Kenaia."

Como receptores de otras raciones de los almacenes de Nabucodonosor se citan "ocho personas de la tierra de Judá" que posiblemente pertenecen al séquito del rey Joaquín, entre ellos un jardinero llamado Salam-ja-a-ma.

Joaquín, rey depuesto de Judá, ha vivido con su familia y su séquito, en Babilonia, en el palacio de Nabucodonosor y, como consecuencia del descubrimiento de Weidner, puede ser comprendido el relato contenido en el libro II de los Reyes, así como este otro, que lo completa y que, gracias a aquél, recibe una plena confirmación: "En cuanto a su subsistencia continua, se le proveyó de ella a cargo del rey de Babilonia cotidianamente, hasta el día de su muerte, todos los días de su vida" (Jer. 52:34).

"Y sucedió que en el año noveno de su reinado, el décimo mes, a diez del mismo, Nabucodonosor, rey de Babilonia, llegó acompañado de todo su ejército contra Jerusalén... La ciudad estuvo cercada... hasta el año undécimo del rey Sedecías" (2 Re. 25:1-2).

Habían transcurrido once años desde que Joaquín fue hecho prisionero y desde la primera deportación a Babilonia. Ahora llega el tiempo en que ha de quedar sellada la caída de Judá.

La última escena de la tragedia de este pequeño pueblo ofrece un ejemplo característico de cómo la información que da la Biblia y los documentos hallados en las excavaciones explican desde diferentes puntos de vista un mismo acontecimiento y de cuan exactos son los datos de los profetas en el libro II de los Reyes y en las Crónicas. Jeremías describe a grandes trazos situaciones relativas al curso emocionante y desolador y a un mismo tiempo de los últimos días que, debido a los descubrimientos realizados en Palestina en nuestros días, han recibido una exacta confirmación histórica.

Después de la primera conquista de Jerusalén en el año 591 antes de J.C., Nabucodonosor dejó a Judá como estado vasallo. Como heredero de Joaquín, que se hallaba en el cautiverio, subió al trono su tío Matania, con el nombre de Sedecías, como rey de Caldea. Según se desprende del capítulo 13, versículo 19 de Jeremías, el

territorio de este estado era muy reducido. "Las ciudades del Sur están cercadas y no hay quien las libere" (Jer. 13:19).

Aún presente la deportación de sus hermanos de raza, fijas aún en su memoria las amargas experiencias de un siglo y medio de suerte adversa por parte del reino del Norte, Israel, el espíritu de resistencia de este pueblo no se ha extinguido.

Muy pronto se levantan voces que azuzan a las gentes contra Babel y que anuncian la reconquista de lo perdido (Jer. 28:1-4). Como una advertencia eleva el profeta Jeremías su voz; pero los elementos contrarios a Babilonia son los que más y más van siendo escuchados. Amotinan al pueblo y, finalmente, adquieren influencia sobre el propio rey, falto de energía y lleno de indecisión. Se conciertan pactos con los estados vecinos, sometidos también a vasallaje. En la residencia del rey Sedecías en Jerusalén tiene lugar una reunión con "mensajeros" procedentes de Edom, Moab y Amón, como también de las ciudades marítimas de Tiro y de Sidón (Jer. 27:3).

La circunstancia de que en el año 588 antes de J.C. sube al trono un nuevo faraón, Apries 3, ha influido, sin duda, en la decisión de rebelarse (Jer. 44:30). El nuevo soberano de Egipto tiene que haber dado seguridades a Judá en relación con la ayuda de armas, pues "Sedecías se rebelo contra el rey de Babilonia" (Re. 24:20).

En el "mes décimo" (2 Re. 25:1) del propio año 588 antes de J.C. — era el año noveno del reinado de Sedecías— llega Nabucodonosor procedente de Babilonia con un poderoso ejército. Como un rayo se lanza la columna de castigo contra el rebelde Judá.

Las divisiones caldeas de infantería, la rápida caballería, el cuerpo de carros de combate rompen toda resistencia y conquistan ciudad tras ciudad. Hasta Jerusalén, la capital y la fortaleza fronteriza de Lakís y Azeca, situada al Sur, toda la tierra es sometida.

Jerusalén, Lakís y Azeca están decididas a resistir hasta el último momento. "Mientras el ejército del rey de Babilonia combatía contra Jerusalén y contra todas las restantes ciudades de Judá, contra Lakís y Azeca; pues solo ellas habían quedado como ciudades fortificadas de Judá" (Jer. 34:7).

Impresionantes testimonios dan a conocer a la posteridad y ponen ante nuestros ojos la última fase de esa lucha sin esperanza.

A 30 kilómetros al sudoeste de Jerusalén el verde valle de Elá penetra profundamente en las montañas de Judá. La "tierra de las encinas" según la llama Lutero, había sido el escenario del combate del joven David con el gigante filisteo Goliat (1 Sam. 17:19 y sigs.).

Como siempre, sigue deslizándose y murmurando, entre las encinas, el arroyuelo del cual David tomó "cinco guijarros bien lisos" para su honda (1 Sam. 17:40).

Suavemente suben las pendientes, desde el cauce del riachuelo hasta un montículo de 300 metros de altura. Desde arriba la mirada se extiende sobre campos de trigo y olivares, desde la antigua llanura de los filisteos hasta el Mediterráneo que, como una línea de plata, brilla en el horizonte del Poniente. En 1898 identificó en este lugar el

inglés Dr. Federico J. Bliss una ciudadela con ocho sólidas torres como la antigua Azeca, una de las fortalezas fronterizas mencionadas y no asediadas. Exactamente ¿? kilómetros al sur de ella, las ruinas de Lakís contienen testimonios aún más valiosos. El arqueólogo J. L. Starkey, al tener lugar la expedición británica Wellcome-Marston en el año 30, libra de los cascotes que la tenían sepultada a la poderosa puerta fortificada de la ciudad, allí donde la lucha fue más encarnizada. Dieciocho "ostracas," es decir, tablillas de barro escritas, contienen noticias del fuerte exterior, de los puntos de observación y de apoyo de las tropas judaicas, que aún no han sido vencidas. Son bloques de arcilla de los días del "novenio mes" del año 588 antes de J.C. con mensajes dirigidos a "Jaus," comandante de la fortaleza de Lakís. Las comunicaciones, evidentemente escritas a toda prisa, demuestran, en cada una de sus líneas, la enorme tensión producida por la contienda. Uno de esos últimos comunicados dice así: "Quiera Yahvé que mi Señor pueda oír buenas noticias precisamente ahora... hemos percibido las estaciones de señales de Lakís según los signos que mi Señor ha dado... ya no vemos las señales de Azeca."

Este mensaje comunica al comandante Jaus de Lakís que Azeca ha caído. Nabucodonosor podía ya sustraer de la penúltima fortaleza sus fuerzas de choque para el asalto.

Sobre el terrorífico fin que le cupo a Lakís obtienen información los arqueólogos británicos de la expedición Wellcome-Marston después de seis pacientes campañas de exploración, en enero del año 1938.

Es el último éxito que corona la vida del explorador de James Lesley Starkey, que desenterró de las entrañas de la tierra las ruinas de Lakís. Debido a las revueltas que estallaron en el país fue asesinado por los árabes durante el trayecto de Lakís a Jerusalén, en las proximidades del Hebrón, a causa de una trágica equivocación. Contaba con cuarenta y tres años. Durante el largo período de las excavaciones le creció la barba y lo tomaron por un judío.

En el año 701 antes de J.C. las tropas de asalto del rey asirio Senaquerib habían roto las murallas de Lakís con "tanques" armados de mazos. Las tropas especiales de Nabucodonosor emplean una táctica completamente distinta a fin de obtener la caída de la ciudad.

El examen del estrato correspondiente a la destrucción ocasionada por los babilonios, ante la admiración de Starkey, da por resultado el hallazgo de cenizas. Cenizas en masas enormes. Algunas capas tienen varios metros de espesor y aún hoy día — después de 2.526 años — son más altas que los restos de las macizas murallas de las fortificaciones. Las fuerzas de choque de Nabucodonosor estaban especializadas en la técnica del incendio, ¡eran verdaderos maestros en la provocación de colosales incendios!

Toda cuanto madera podían transportar la acumularon allí, arrancando los árboles y los arbustos de los alrededores de Lakís hasta dejar calva la colina en una gran extensión; juntaron el combustible ante las murallas formando verdaderas montañas y lo encendieron. Numerosos olivares cayeron, así, víctimas de sus teas, ya que las cenizas contenían cantidades enormes de huesos de aceituna.

Día y noche se elevaban hacia el cielo las llamas de la colosal hoguera formando un aro de fuego alrededor de las murallas. Ininterrumpidamente aportaban los sitiadores nueva leña hasta que las piedras de las murallas se hendían a causa del calor y la construcción cedía.

De este modo cayó Lakís y sólo Jerusalén siguió resistiendo. Allí podía reunirse ahora todo el poder de los babilonios. Emplear contra ella la técnica del incendio no era posible, ya que la madera disponible en los alrededores de Jerusalén había sido cortada hasta el más pequeño matorral en la época de los patriarcas y de la conquista de Josué (Jos. 17:15-18). En Jerusalén se fue preparando el asalto haciendo uso de máquinas provistas de arietes y de otros artilugios.

Jerusalén estuvo sitiada durante dieciocho meses y heroicamente defendida, "la ciudad estuvo cercada hasta el año undécimo del rey Sedecías" (2 Re. 25:2).

Lo que inducía a los sitiados a resistir tan heroicamente, a pesar de que la ciudad hacía tiempo que estaba diezmada por el hambre que había cariado muchas víctimas, era la desesperada confianza en recibir ayuda de Egipto.

Esta esperanza parecía cual si se hubiese realizado, ya que, de repente, los babilonios se retiraron. "El ejército del Faraón, en tanto había salido de Egipto, y como los caldeos que sitiaban a Jerusalén oyeron la noticia se retiraron de la ciudad" (Jer. 37:5). En realidad — según refiere Heródoto —, salió un ejército del faraón Apries de la tierra del Nilo. Su punto de destino no era, sin embargo, Jerusalén. Apries tenía principalmente por objetivo las ciudades marítimas fenicias, tanto por mar como por tierra.

Los arqueólogos hallaron en fragmentos de monumentos egipcios la prueba de su presencia en aquella época en Tiro y en Sidón.

Y sucedió tal como había profetizado Jeremías: "He aquí que el ejército del Faraón, salido en vuestro socorro, regresará a su país de Egipto" (Jer. 37:7).

Al cabo de pocos días el enemigo se hallaba de nuevo ante Jerusalén; el sitio fue proseguido con todo encarnizamiento y el asalto no podía ya hacerse esperar.

"Entonces abrieron brecha en la ciudad y toda la gente de guerra huyó durante la noche por la puerta entre los dos muros, situada junto al jardín del rey" (2 Re. 25:4).

Como resultado de las excavaciones puede hoy reconstruirse, sin trabajo alguno, el camino que los sitiados recorrieron para su huida.

El rey Ezequías había hecho asegurar las fortificaciones de la Ciudad de David hacia el Sur con una segunda y más fuerte muralla (2 Par. 32:5), cuyos restos han sido excavados.

En el instante en que el enemigo penetró en la ciudad, por una brecha practicada en la muralla, los defensores se retiraron, primero a la parte sur de la fortaleza doblemente amurallada y, cuando cerró la noche, salieron al campo libre por una puerta y, cruzando las montañas, se dirigieron a Jericó. El rey Sedecías fue tomado prisionero. Ante su vista fueron degollados sus hijos y a él le sacaron los ojos (2 Re. 25:7) — pues tal era el

duro castigo que los babilonios infligían a los traidores. Repetidas veces viene representada esta clase de castigo en sus bajos relieves.

Jerusalén es entregada al saqueo; el palacio real y el templo son incendiados, derruidas las murallas y las fortificaciones. La orden de destrucción correspondió a "Nebuzardán, jefe de la escolta" (2 Re. 25:8), gran visir que, en las crónicas de la corte de Babilonia, aparece como "Nabuseri-idinnan." De nuevo, en el año 587 antes de J.C., fue deportada una parte de la población (2 Re. 25:11). Nabucodonosor eliminó la casa real de David, que había reinado ininterrumpidamente durante cuatro siglos. La tierra de Judá fue convertida en una provincia de Babilonia. Los supervivientes desarrollaron, desde sus escondrijos en las montañas, una lucha de guerrillas de la cual fue víctima el gobernador Godolías, nombrado por los babilonios. La expiación por esta muerte consistió en una tercera deportación, que fue la última (Jer. 52:30). Pequeños grupos de judíos lograron escapar a ella huyendo a Egipto (2 Re. 25:26; Jer.f 43:7). El telón de la historia cayó así sobre una tierra despoblada. Las tribus israelitas fueron dispersadas a los cuatro vientos.

Contra la afirmación bíblica de las deportaciones han opuesto su veto algunos eruditos, entre ellos los ingleses S. A. Cook y C. C. Torrey. Según su opinión, jamás tuvo lugar una deportación en masa desde las tierras de Judá, y sólo algunos personajes notables habían sido llevados en cautiverio a Babilonia.

Las excavaciones han demostrado exactamente todo lo contrario. Desde 1926 han sido descubiertas y excavadas en Judá un número considerable de ciudades y de fortalezas, total o parcialmente, habiéndose estudiado, con todo cuidado, la determinación de la fecha en que tuvieron lugar su despoblación o su destrucción. "Los resultados — dice el profesor Albright — son concordes y convincentes: muchas de las ciudades fueron destruidas a principios del siglo VI antes de J.C. y ya no volvieron jamás a ser habitadas; otras fueron destruidas entonces y sólo hasta cierto punto nuevamente habitadas más tarde; otras fueron, en fin, destruidas y sólo después de largos períodos de abandono fueron habitadas de nuevo. No existe ni un sólo caso de una ciudad de Judá que fuese habitada ininterrumpidamente durante el tiempo del exilio." Los babilonios destruyeron y despoblaron en forma duradera a Judá; en una palabra, hicieron tabla rasa de ella para la arqueología.

Seiscientos cincuenta años después que los hijos de Israel entraron en la Tierra Prometida guiados por Josué, ninguno de sus descendientes quedaba ya en el país. Las palabras de advertencia y de amenaza de los profetas, tuvieron cumplimiento; el juicio divino se había realizado. "He aquí, afirma Yahvé..., a todas las ciudades de Judá las reduciré a desierto sin moradores" (Jer. 34:22).

La historia de Israel ha llegado a su fin... Ahora empieza la historia de los judíos.

\*\* \*\* \*

1. Deutsche Orient-Gesellschaft.
2. Dios de Babilonia.
3. 588-568 antes de J.C. Llamado "Hofra" por Jeremías.

Parte Séptima.

Desde el Exilio hasta el Reino de los Macabeos. Desde Ezequiel hasta Juan Hircano.

### 1. La Gran Escuela del Exilio.

Sabio consejo del profeta Jeremías. — La firma "Murashu e Hijos," de Nipur. — Intereses del veinte por ciento. — De campesinos y ganaderos a comerciantes. — Koldewey liberó a Babilonia. — Un plano de la ciudad semejante al de Nueva York. — La mayor ciudad del Mundo antiguo. — La torre de Babel, de 90 metros de altura. — Cámara de Comercio en los muelles del Éufrates.

CONSTRUID CASAS Y HABITADLAS. PLANTAD HUERTOS Y COMED SU FRUTO, TOMAD MUJER Y ENGENDRAD HIJOS E HIJAS... Y MULTIPLICAOS ALLÍ Y NO DECREZCÁIS. PROCURAD LA PROSPERIDAD DE LA NACIÓN ADONDE OS HE DEPORTADO (Jer. 29:5-7).

Así escribe el profeta Jeremías desde Jerusalén a los más ancianos, a los sacerdotes, a los profetas, a todo el pueblo que fue deportado a Babilonia por orden de Nabucodonosor.

Siguiendo su sabio consejo, buscaron y laboraron por "la prosperidad de la ciudad" y no les fue mal. El exilio en Babilonia no era comparable con el duro destino de los hijos de Israel junto al Nilo, en Pitom y Rameses en tiempo de Moisés. Si exceptuamos algunos casos, no hubo allí trabajos forzados (Is. 47:6). Nunca se habla de la fabricación de ladrillos junto al Éufrates, y, sin embargo, Babilonia era considerada entonces como la productora más grande de ladrillos del mundo. Y en época alguna se construyó tanto en Babilonia como en tiempos de Nabucodonosor.

Todo aquel que adoptó como método de conducta el consejo de Jeremías lo pasó bien y algunos hasta muy bien. Una familia que había llegado a cierta posición legó a la posteridad los documentos relativos a sus negocios en tablillas de barro. "Murashu e Hijos."— Gran Banco Internacional. — Seguros. — Contratos de arrendamiento y préstamos. — Bienes mobiliarios e inmobiliarios. — Casa central en Nipur. — Sucursales en todas las plazas. Tal era su firma, mundialmente conocida y renombrada. Cual si dijéramos el "Lloyd's" de Mesopotamia.

En efecto: los Murashu, gente desplazada de Jerusalén, habían llegado a hacer fortuna hacia el año 587 antes de J.C. y se convirtieron en una firma respetable; hasta en tiempos de los persas funcionaba su casa en Mesopotamia. Los "papeles de negocios" de "Murashu e Hijos" están llenos de detalles concluyentes sobre la vida de los deportados tales como nombres, negocios que ejercían y sus propiedades.

Los hombres eruditos de la Universidad de Pensilvania (Estados Unidos) descubrieron una parte de tales datos, en la antigua casa comercial de Nipur. Fueron hallados en grandes jarrones de barro que, de acuerdo con las prescripciones de seguridad de aquella época estaban cuidadosamente cerrados con asfalto. No solamente los asiriólogos recibieron con profunda alegría los textos traducidos.

En los locales de las oficinas de "Murashu e Hijos" había mucho movimiento. Durante 150 años disfrutaron de gran consideración entre sus clientes, tanto si se trataba de arrendadores de grandes tierras y de porciones de canal como de esclavos. Aquel que no sabía escribir, si después de largas negociaciones se llegaba a un acuerdo sobre un asunto determinado y llegaba el momento de firmar, ponía al pie del documento, en vez de su nombre, la impresión de la uña de su dedo. Esto, que tenía que realizarse ante testigos, correspondía a las conocidas "tres cruces" de los analfabetos de nuestros tiempos.

Un día comparecieron en casa de "Murashu e Hijos" tres joyeros... "Elil-aha-Iddina, Belsunu y Hatin hablaron a Elil-nadin-sun, hijo de Murashu de esta manera: "Por lo que se refiere a la sortija de esmeralda, que está fabricada de oro, garantizamos durante veinte años que la piedra no saltará del oro. Y el día en que la esmeralda, antes de expirados los veinte años, se desprenda del anillo de oro, Elil-aha-Iddina, Belsunu y Hatin pagarán una indemnización de diez minas de plata a Elil-nadin-sun"."

El documento va firmado por siete personas. Antes del nombre del notario, el documento de barro muestra tres huellas de uñas. Son las "firmas" de los tres joyeros que no sabían escribir.

El judío exilado Manudanijama fue a ver a "Murashu e Hijos" porque quería concluir con un babilonio un contrato de arrendamiento relativo a un rebaño de ganado. "13 viejos carneros, 27 carneros de dos años, 152 ovejas parideras, 40 cabritos de un año, 40 corderos de un año, un viejo macho cabrío, un macho cabrío de dos años... en conjunto 274 cabezas de ganado menor blancas y negras, grandes y pequeñas... contra entrega... Por el pastoreo, el cuidado y la vigilancia del citado ganado menor, abona Manudanijama... Nipur... 25 Ulul... Firmado: huella de la uña de Manudanijama."

También se encontraron escrituras de prestación de fianzas para responder de débitos; la casa de Banca tenía secciones especiales para toda clase de intercambios de la vida corriente.

El interés aplicado era del 20 por 100; pero no era fijado por Murashu, según se hacía notar. Esta era la fórmula corriente en aquella época.

Así, pues, los "Murashu e Hijos" pueden ser considerados como ejemplo de la profesión que, a partir de la época del exilio, ha sido detentada por los hijos de Israel. Fue para ellos la profesión "por excelencia" y lo ha seguido siendo hasta nuestros días: la de comerciantes y mercaderes. En su patria sólo había campesinos, ganaderos y también artesanos. La ley de Israel no contenía disposición alguna referente al comercio; era cosa extraña para ellos. La palabra "ca-naneo" equivalía a "tendero," "mercader," cuyos pecados reprochaban los profetas con frecuencia. "Canaán tiene en su mano balanza fraudulenta y le gusta engañar," exclamaba Oseas (Os. 12:8; Am. 8:5-6).

La adaptación a esta profesión hasta ahora tan criticada fue — cosa que raras veces se interpreta correctamente — dictada por una gran sabiduría, pues, a la par que mantenía al pueblo de Israel fiel a sus antiguas creencias, contribuyó en último término a que pudiera perdurar como pueblo. Campesinos y colonos, viviendo dispersados en país extranjero, entremezclados con individuos de otras razas y emparentándose con ellos, hubieran quedado diluidos en la masa general al cabo de pocas generaciones y así hubieran acabado por desaparecer. La nueva profesión exigía su permanencia en grandes o pequeñas agrupaciones dentro de las cuales se crearon una especie de comunidad que les permitía celebrar sus oficios divinos. Esto les comunicó solidaridad y les aseguró el poder de subsistir.

Los hijos de Israel no podían desear una escuela mejor. Entre todas las ciudades, grandes y pequeñas de todo el mundo, que desde entonces fueron la patria de los que ya no la tenían, Babilonia, como centro internacional del comercio, de la industria y de las comunicaciones, fue para ellos una escuela de inapreciable valor. La metrópoli cuyas ruinas, después de 2.500 años, dan aún idea de su antiguo poder y magnitud, no tuvo par en el mundo antiguo.

A unos 100 kilómetros al sur de la mercantil Bagdad el desierto es cavado, removido y escudriñado. Hasta donde alcanza la mirada se extiende un colosal hacinamiento de tumbas, ruinas y pozos, mudos testimonios de la campaña desarrollada allí durante dieciocho años por los arqueólogos alemanes 1 y gracias a la cual el profesor Koldewey pudo sacar a la luz del día a la Babilonia de la Biblia.

Apenas transcurridos cuatro decenios de las excavaciones, aquel lugar ofrece una visión desconsoladora y caótica. El viento y la arena del desierto van cubriendo lentamente, pero de manera constante, el colosal esqueleto de la antigua metrópoli. Sólo por uno de sus lados elevan a lo alto dos macizas torres su recortado perfil. Los muros de ladrillos, recubiertos de azulejos multicolores en otro tiempo, se hallan ahora desnudos. Aquí, junto a la puerta de Ishtar, empezaba la larga vía de las procesiones. Su final, al otro extremo de la ciudad, está señalado por un grandioso montículo que corresponde a una de las construcciones más elevadas del Viejo Mundo: la torre de Babel.

El esplendor y la magnificencia, el poder y la grandeza de la ciudad "que pecó contra el Señor" (Jer. 50:14) cayeron víctimas de la destrucción. Y nunca más volvió a ser habitada. ; Podía cumplirse mejor la predicción del profeta Isaías?

"Y será Babel, la joya de los reinos, el soberbio ornato de los caldeos, semejante a la destrucción causada por Dios a Sodoma y Gomorra que Dios destruyó. No será jamás habitada ni poblada a lo largo de las generaciones... sino que yacerán allí las bestias del desierto, y sus casas se llenarán de búhos, y morarán en ellas las avestruces, y los sátiros morarán allí. Y gritaran fieras ululantes en sus alcáceres, y chacales en sus palacios de placer" (Is. 13:19-22).

Hace tiempo que los chacales, los búhos y también los avestruces han abandonado aquel sitio. Hasta el caudaloso Éufrates, en cuyas aguas se reflejaban los soberbios muros y la altísima torre, le ha vuelto la espalda. Se labró otro cauce. Sólo una silueta de palmeras muestra, a lo lejos, el nuevo curso del río. La pequeña aldea árabe de "Babil" conserva en su nombre el recuerdo de la orgullosa ciudad; pero esta aldea está situada algunos kilómetros al norte de las ruinas.



"Apeadero de Babilonia." Tal es el nombre que, en caracteres árabes e ingleses, figura en la placa de la estación del ferrocarril de Bagdad que, a unos centenares de metros de la colina, deja a los visitantes, cada vez menos numerosos, junto a un camino que atraviesa las ruinas, de color amarillo pardusco.

Al llegar aquí se ven envueltos en el profundo silencio propio de una completa soledad.

Las ruinas contenían, como preciados tesoros, documentos de incalculable valor; gracias a ellos le ha sido posible a la posteridad formarse una idea de aquella época del exilio judío que, al propio tiempo, fue el punto culminante del esplendor de Babilonia.

"¿No es esta la gran Babilonia que yo he edificado para residencia real en virtud de mi poder y para la gloria de mi majestad?" (Dan. 4:27). Estas palabras que Daniel pone en boca del rey Nabucodonosor no son exageradas. Quizá no hubo soberano alguno de la Antigüedad que tuviese en tal alto grado la fiebre de la construcción. Poco se habla en su reinado de asuntos guerreros, de conquistas ni de campañas. En primer plano aparece siempre la actividad constructiva de Nabucodonosor. Cientos de miles de ladrillos llevan su nombre y de muchos de los edificios se conservan los planos. Babilonia sobrepusó a todas las ciudades del antiguo Oriente: era mayor que Tebas, que Menfis y Ur, hasta mayor que Nínive.

"La ciudad interior, formada por edificios de tres y de cuatro pisos, está cruzada de calles rectas, tanto en una dirección como en la transversal que da al río," así la describe Heródoto que la vio con sus propios ojos. El plano de la ciudad de Babilonia recuerda los planos en cuadrícula de las grandes urbes americanas.

Viniendo de Palestina, los deportados sólo conocían calles estrechas y tortuosas, es decir, sólo callejuelas en sus ciudades, sin exceptuar a la magnífica Jerusalén. En cambio, en Babilonia pudieron admirar calles amplias tiradas a cordel, en forma de grandes avenidas. Cada una de ellas llevaba el nombre de uno de los dioses del Panteón babilónico. Así había la calle de Marduk y la de Zababa en la orilla izquierda del río. Cruzaban a éstas, en línea recta, la calle del dios Luna, Sin, y la de Enlil, el "Dios del Mundo." En la orilla derecha se extendía de este a oeste la avenida de Adad, que cortaba a la del dios Sol, Samash.

Babilonia no era solamente la metrópoli del comercio, sino también la del culto, como se desprende de una inscripción: "En conjunto hay en Babilonia 53 templos erigidos a los grandes dioses, 55 capillas de Marduk, 300 capillas para los dioses de la tierra, 600 para los dioses celestiales. 180 altares para la diosa Ishtar, 180 para los dioses Nergal y Adad y 12 otros altares para los diversos dioses."

Tal diversidad de dioses con sus cultos y sus ritos propios, que llegaban hasta la prostitución pública, debieron de imprimir a la ciudad el sello que hoy día nos ofrece un gran mercado. "Pero la costumbre más fea de los babilonios es ésta," dice sorprendido Heródoto (I, 199): "Toda mujer del país tiene que ir al templo de Afrodita y unirse por una vez en su vida con un desconocido... y sólo después que se ha unido con él y ha prestado servicio a la diosa puede volver a su casa; y desde entonces no hay presente tan grande con que se pueda seducirla; las que son bellas y agraciadas salen pronto de allí;

pero las que no tienen atractivos permanecen en el templo durante largo tiempo sin poder cumplir la ley; las hay que tienen que esperar incluso tres o cuatro años."

Los judíos exilados conservaron vivas en su memoria las abominables tentaciones y seducciones que en Babilonia eran cosa de todos los días. A través de los siglos, hasta la época de Jesucristo, la magnífica metrópoli fue para ellos "la gran Babilonia... la madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra" (Apoc. 17:5). El concepto de "pecado de Babel" ha quedado en el vocabulario de todos los idiomas modernos.

Nada menos que 30.000 metros cúbicos de fragmentos tuvieron que desplazar los investigadores alemanes hasta sacar a luz, junto al Éufrates, las ruinas del templo de Marduk, que fue reconstruido bajo el reinado de Nabucodonosor. ¡La obra, junto con sus anexos, ocupaba una extensión de 450 x 550 metros! Frente al templo se elevaba el "zigurat," es decir, la torre del templo de Marduk.

"Dijéronse unos a otros: "Ea, fabriquemos ladrillos y cozámoslos al fuego"; y sirvióles el ladrillo como piedra, y el asfalto de argamasa. Luego dijeron: "Ea, edifiquemos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue al cielo y nos creemos un nombre" (Gen. 11:3-4). La técnica empleada para la construcción de la torre de Babel que se cita en la Biblia corresponde a los datos que suministraron las excavaciones. En su erección, según ha demostrado la investigación, y especialmente en los fundamentos, se emplearon ladrillos asfaltados. Esto se hizo sin duda para la seguridad de la obra, es decir, por exigirlo "motivos técnicos," dado que, hallándose en las cercanías del gran río, era necesario tener en cuenta la humedad del terreno provocada por sus regulares crecidas. Con "betún," es decir, con asfalto, se impermeabilizaron los fundamentos haciéndolos aptos para resistir la humedad.

El relato de su construcción figura en el libro I de Moisés, es decir, en el Génesis, mucho antes del tiempo de los patriarcas. Abraham vivió, según pudo deducirse de los hallazgos realizados en Mari, en el siglo XIX antes de J.C.

¿Es eso una contradicción? La historia de la torre "cuya cúspide tocaba el cielo" se pierde en la noche de los tiempos. Más de una vez fue destruida y de nuevo reedificada. Después de la muerte de Hammurabi los hititas intentaron derribar la formidable construcción. Nabucodonosor no hizo más que reconstruirla.

Siete escalonados, es decir, "siete cuerpos" se sobreponían unos a otros. La tablilla de un "arquitecto" encontrada en las ruinas del templo describe con precisión que la longitud, la anchura y la altura eran exactamente iguales y sólo las terrazas tenían distintas dimensiones. La longitud lateral que se asigna a los fundamentos es de algo más de 89 metros. Los arqueólogos han medido 91,5 metros. Así, la altura de la torre debe de haber sido de unos 90 metros.

La torre de Babel estaba también al servicio de un culto sumamente oscuro. Heródoto dice a este respecto: "Sobre la última torre 2 hay un gran templo, y en el templo hay un gran diván, cual blando lecho y delante de él una mesa recubierta de oro. Existe además una estatua yacente. Nadie pernocta allí excepto una mujer que, precisamente, el dios elige entre todas las de la ciudad, según afirman los caldeos, por mediación de los sacerdotes de este Dios. También afirman los mismos, cosa que no me hacen creer, que el propio dios visita el templo y descansa en el lecho, cosa que ocurre también en Tebas

de Egipto, según los egipcios afirman; allí duerme también una mujer en el templo del Zeus tebaico..."

En las calles y en las plazas entre los templos, las capillas y los altares florecían los negocios y prosperaba el comercio. Procesiones festivas, caravanas pictóricas de carga, carros de los mercaderes, sacerdotes, peregrinos y mercaderes deambulaban de un sitio para otro, produciendo un ruido ensordecedor. El servicio del culto y los negocios estaban tan compenetrados en el día ordinario de Babilonia, que muchas veces se engranaban y completaban, cual sucedía en los templos. ¿Qué podían hacer, en efecto, los sacerdotes con todas las ofrendas, de todos los "diezmos" que diariamente llovían sobre los altares, siendo muchas de ellas cosas susceptibles de echarse a perder, más que procurar convertirlas rápidamente en dinero? Como en Ur, las administraciones de los templos de Babilonia disponían también de almacenes propios y de tiendas también propias. Para emplear en forma provechosa sus entradas, hasta tenían bancos propios.

Ante las dobles murallas, que eran tan gruesas "que por encima de ellas podía circular una cuadriga" 3, estaban emplazadas las "tiendas de comercio." En la orilla del río se fijaban los precios y los valores en permuta por las mercancías que llegaban en las naves. "Karum," es decir, "muelle," se llamaba en Babilonia aquel lugar que hoy designamos con el nombre de "Bolsa." Con el "muelle," con la Bolsa, recogió la tierra de Occidente el sistema de pesas y medidas del centro comercial de Babilonia.

A pesar de que los judíos buscaron y hallaron "la prosperidad de la ciudad"; a pesar de que en las ciudades de Babilonia aprendieron mucho para las futuras generaciones ampliando su campo de visión, cosa que en muchos aspectos podía ser de gran utilidad para sus descendientes, la añoranza por su pequeña y lejana patria, situada a orillas del Jordán, permanecía honda en sus corazones. No podían olvidar la Ciudad de David, su Jerusalén "Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos y llorábamos acordándonos de Sión" (Sal. 137). Esto no es una frase vana. Pues fueron muchos miles los que emprendieron el camino de regreso. Reconstruyeron la ciudad arruinada y el templo de Yahvé. Esto no hubiera sido posible sin el ardiente deseo que les atraía hacia la patria perdida.

\*\* \*\* \*

1. 1899-1917.

2. Se refiere al piso más alto.

3. Heródoto.

2. El Sol del Antiguo Oriente se Extingue.

Hacia el año 500 antes de J. C. en el Viejo Mundo. — Últimos impulsos antes del derrumbamiento. — Retorno al pasado. — Nabonidas restaura monumentos antiquísimos. — El primer museo del mundo, en Ur. — Los grandes reinos semíticos entran en escena.— El nacimiento del Occidente.

HE AQUÍ QUE LA DESGRACIA PASA DE UN PUEBLO A OTRO, Y UNA RECIA TEMPESTAD SE DESENCADENA DE LOS CONFINES DE LA TIERRA (Jer. 25:32).

Las agujas del reloj del mundo se acercan al año 500 antes de Jesucristo. El Viejo Oriente cuenta ya con más de 3.000 años de existencia. Los pueblos del "Fértil Creciente" y del Nilo han envejecido; su substancia creadora se ha agotado; han cumplido su misión y el tiempo está maduro para que desaparezcan del escenario del mundo.

El Sol del Antiguo Oriente va al ocaso y sus pueblos se dan cuenta con apatía de la noche que se aproxima.

En los pueblos fatigados se aviva la energía por última vez; de nuevo reúnen sus fuerzas. Desde Egipto hasta las tierras del Tigris y del Éufrates recorre una a manera de última protesta contra el hundimiento en la mediocridad. ¿Es que recuerdan, mirando hacia atrás, el primordial papel que desempeñaron en la escena del mundo? Casi lo parece; sus soberanos contemplan las grandes figuras de su esplendoroso pasado. Creen poder detener, por nuevos impulsos de autoridad, lo que ya no es posible desviar.

Los faraones Neco y Apries realizan esfuerzos para reconquistar a Siria y a Palestina. El antiguo reino y sus campañas en Asia" constituyen el ideal de la XXVI dinastía 1. Se construyen grandes flotas y se intenta restablecer el antiguo canal entre el Nilo y el Mar Rojo.

Aunque los nuevos actos de fuerza no dan el fruto apetecido, ni las armas alcanzan éxito, los que se realizan para imitar la época gloriosa de los constructores de las pirámides, sirven para reanimar otros aspectos. Pintores y escultores copian las obras de sus grandes antecesores. Los nombres de los faraones del siglo III se graban en nuevos sellos. Antiquísimos títulos de servidores y de cortesanos se introducen de nuevo, todo el aparato de administradores y empleados se modifica de acuerdo con el "modelo antiguo."

Lo propio sucede en la costa del Mediterráneo, en Fenicia. En el año 814 antes de J.C. se funda Cartago en la costa septentrional de África como colonia de la ciudad de Tiro. Hasta este punto ha llegado el poderío del comercio marítimo de los fenicios. Desde el Mar Negro hasta el Estrecho de Gibraltar poseen colonias y puntos de apoyo a lo largo de las costas del Mediterráneo. Cien años más tarde los griegos recibieron la herencia de su comercio mundial. El sacerdote Sanchuniatón escribe la historia de Fenicia; recibe de un rey el encargo de copiar los textos de las inscripciones antiguas que, mucho después, utiliza Filón de Biblos como fuente de información histórica.

Con Assurbanipal 2 el reino de los asirios se halla en el cenit de su poderío; se extiende desde el Golfo Pérsico hasta el Alto Egipto. El tigre del Antiguo Oriente está hartado, y el soberano del colosal pueblo conquistador se hace retratar en un emparrado, sobre blandos cojines, mientras se le presenta un cáliz de vino. La fundación del primer museo de antigüedades, de la mayor biblioteca del Viejo Mundo, constituye su ocupación principal. Por encargo suyo son registrados los almacenes de los antiguos templos en busca de documentos perdidos. Sus escribanos realizan copias de millares de tablillas del tiempo del gran Sargón I (año 2350 antes de J.C.). La afición de su hermano

Shamachumuquin de Babilonia fue aún más allá. Hizo redactar los sucesos actuales en el antiguo lenguaje de los sumerios.

También con Nabucodonosor 3, el último grande en el trono de Babilonia, se hace patente la añoranza hacia el pasado. Los cronistas de su corte tienen que traducir las inscripciones al antiguo lenguaje babilonio que nadie sabe ya leer ni escribir. El arte de la construcción y de la literatura vuelven a florecer bajo los caldeos.

La observación del cielo, al servicio de la astrología, hace insospechados progresos. Se consigue predecir los eclipses de Sol y de Luna. En la Escuela astronómica de Babilonia se realizan hacia el año 750 antes de J.C. dibujos de las constelaciones, proseguidos ininterrumpidamente durante trescientos cincuenta años, la serie de observaciones astronómicas más prolongada que se conoce. Los cálculos sobrepujan en exactitud a los realizados hasta el siglo XVIII por los astrónomos europeos.

Nabonides 4 fue seguramente el primer arqueólogo del mundo. Este último soberano de Babilonia hizo excavar las ruinas de antiguas ciudades y de templos, descifrar antiguas inscripciones y traducirlas. Renovó, como se vio en las excavaciones de Tell-al-Muqayyar, la torre escalonada de Ur, que amenazaba ir a la ruina.

La princesa Bel-Shalti-Nannar, hermana del bíblico Baltasar, tenía el mismo interés que su padre Nabonides. Woolley descubrió en un edificio situado en Ur, junto a un templo donde ella había sido sacerdotisa, un verdadero museo con piezas encontradas en ciertos lugares del sur de Mesopotamia que bien podría haber sido el primer museo del mundo. Hasta había registrado, pieza por pieza y con todo cuidado en un cilindro de arcilla, los objetos de su colección. Según las palabras de Woolley, es la "guía más antigua conocida de un museo."

Sólo hay un pueblo que, dividido en muchos fragmentos y en aquellos tiempos dispersado sobre el territorio del "Fértil Creciente," no sufre ni cansancio ni somnolencia. Los hijos de Israel, descendientes de los patriarcas, están aún pictóricos de esperanza y tienen una determinada finalidad. No decaen, antes bien encuentran la fuerza de elevarse y de salvarse en los nuevos milenios hasta nuestros días.

Durante mil quinientos años recibió la Humanidad la clara luz irradiada desde el "Fértil Creciente," el centro más antiguo de civilización y de cultura desde la edad de piedra. Hacia el año 500 antes de J.C. las tinieblas van envolviendo lentamente, aunque con persistencia, los países y los pueblos que contenían el germen de todo lo que después tenía que suceder en otros países.

Un nuevo resplandor brilla desde las montañas del Irán; llegan los persas. Los grandes estados semitas y Egipto han realizado sus respectivas misiones históricas; el capítulo más importante y decisivo de la joven humanidad ayudó a preparar el terreno para los reinos indogermánicos que dan origen al Occidente: es decir, a Europa.

Desde el extremo sudoriental del Continente, la luz se dirige cada vez más en dirección a Occidente. Desde Grecia a Roma, a través de la barrera de los Alpes, por la Europa Occidental, hasta Escandinavia y a las Islas Británicas. ¡Ex oriente Lux!

En su camino brillan, con pocos siglos de diferencia, nuevas culturas y civilizaciones, el arte alcanza insospechadas alturas en cuanto a belleza y armonía; la razón humana penetra, en tiempos de los griegos, en el campo de la Filosofía y de las Ciencias Naturales hasta puntos sumamente elevados que eran desconocidos para el Antiguo Oriente.

En su camino la luz lleva consigo la herencia multifacética del Antiguo Oriente, desde los útiles sistemas de pesas y medidas hasta la Astronomía y, además de todo esto, la escritura, el alfabeto y... la Biblia.

\*\* \*\* \*

663-525 antes de J.C.

669-626 antes de J.C.

605-562 antes de J.C.

555-538 antes de J.C.

### 3. Ciro, Rey de los Persas.

Dos sueños célebres. — Ciro reúne la Media y la Persia. — Un escrito en la pared. — Baltasar era sólo príncipe heredero. — Entrada pacífica en Babilonia. — Tolerancia de los persas.

ASÍ AFIRMA YAHVÉ A SU UNGIDO CIRO, A QUIEN YO TOMÉ DE LA DIESTRA PARA PISOTEAR PUEBLOS DELANTE DE ÉL Y HERIR LOMOS DE REYES; PARA ABRIR DELANTE DE ÉL PUERTAS Y QUE LAS PUERTAS NO QUEDEN CERRADAS (Is. 45:1).

Siete años después de la muerte de Nabucodonosor asciende al trono de Babilonia Nabonides "el primer arqueólogo," 550 años antes de J.C. Será el último soberano del País de los Dos Ríos, pues los acontecimientos desarrollados en la alta meseta de Irán demuestran que la Historia Universal va a experimentar una gran evolución.

Cinco años después de haber subido al trono Nabonides comienza, con la dominación de los persas, la nueva era.

Los medos que, junto con los babilonios, eran desde la caída de Nínive en el año 612 antes de J.C., herederos del desgarrado imperio de los asirios, son dominados, de forma imprevista, por sus vecinos y vasallos los persas. El rey medo Astiages es vencido por su propio nieto Ciro.

Los grandes de la Antigüedad acostumbraban anunciar su llegada de una forma singular; a menudo ya se salían del marco corriente de sus contemporáneos por las especiales circunstancias de su nacimiento. La suerte de Ciro la deciden dos sueños

verdaderamente insólitos. Por todo el Antiguo Oriente iban de boca en boca y así llegaron también a oídos de Heródoto, quien los refiere en estos términos:

"Astiages... tuvo una hija a la cual dio el nombre de Mandana. De ésta soñó Astiages que orinaba con tan gran abundancia, que su capital y hasta el Asia entera quedaban inundadas. Entonces consultó a sus magos sobre el significado de semejante sueño y se horrorizó al oír de su boca la interpretación que le dieron. En vista de ello decidió no entregar a Mandana, que ya estaba en edad de tomar marido, a ningún medo, por temor de la visión que había tenido; sino que la entregó a un persa de nombre Cambises...

"El primer año del matrimonio de Cambises y Mandana, Astiages tuvo otro sueño: le pareció ver brotar de la matriz de su hija una cepa que cubría a toda el Asia. Habiendo comunicado este sueño a los intérpretes, hizo venir de Persia a su hija Mandana, que estaba en vísperas de dar a luz. Tan pronto como llegó la hizo vigilar y custodiar, con el designio de hacer perecer al niño que le naciese, pues los magos intérpretes de los sueños habían predicho que el niño que naciese de esta princesa reinaría en lugar suyo. Por esto estaba alerta Astiages y, cuando Ciro hubo nacido, mandó llamar a Harpagón, que era aquel de su casa y de los medos en quien más confianza tenía... Y a éste le habló así:

"—Toma al niño que Mandana ha dado a luz, llévalo a tu casa y mátalos."

Harpagón no tuvo valor para cumplir el terrible encargo que le hizo el abuelo. Y Ciro siguió viviendo.

No son solamente el nacimiento y la juventud de Ciro los que están envueltos en la leyenda. Este hijo de reyes de la raza persa de los Aqueménidas más que ningún otro príncipe del Viejo Mundo, ha ocupado la fantasía de los pueblos y ha excitado su admiración. El griego Jenofonte glorificó la fundación de su reino en un poema titulado la Ciropedia.

La Biblia lo considera y le recuerda como el portador de la luz. Su rápido y brillante encumbramiento es ejemplar y no se encuentra manchado por acto alguno de violencia. Su política valiente y generosa hace de él una de las figuras más simpáticas del Antiguo Oriente. La más repugnante cualidad de los soberanos orientales que le precedieron, su despótica crueldad, falta en absoluto en ese personaje persa.

Ciro puede ser situado históricamente en el año 550 antes de Jesucristo. En este año toma a Ecbatana, la capital del reino medo. Su abuelo Astiages tiene que emprender el camino del destierro. Ciro une el reino medo con el reino persa. Contra el vencedor forman una alianza Babilonia y Lidia en el Asia Menor y Esparta. El rey lidio Creso — su nombre es aún hoy día sinónimo de grandes riquezas — ataca a los persas. Ciro toma su capital Sardes 1 y lo derrota.

El camino queda libre hasta Babilonia. Esta ciudad ejerce sobre él un irresistible atractivo.

En el fondo de esta situación se fue formando un relato misterioso y extraño que, conservado en la Biblia, nos lo ha transmitido, teniendo ocupada durante mucho tiempo la fantasía de los pueblos de Occidente. El mismo nos dice:

"El rey Baltasar celebró un gran banquete en honor de sus mil magnates y bebió vino en presencia de esos mil... Bebieron vino y alabaron a sus dioses de oro y plata, de hierro y de bronce, de leño y de piedra. En aquel momento aparecieron los dedos de una mano de hombre que escribieron delante del candelero sobre la cal de la pared del palacio real... Mudó entonces el rey el color del semblante y sus pensamientos se turbaron; y las articulaciones de sus caderas se relajaron y las rodillas comenzaron a golpearse la una contra la otra. El rey gritó fuertemente para que hiciesen entrar a los adivinos, los caldeos y los astrólogos. El monarca tomó la palabra y dijo a los sabios de Babilonia: "cualquier hombre que leyere este escrito y me declare su interpretación será vestido de púrpura con collar de oro a su cuello y será el tercero en autoridad en el reino"" (Dan. 5:1, 4-7).

"Mené, tekem, ufersin," decían aquellas célebres palabras de la pared. Y esta es su interpretación: "Dios ha contado los días de tu reinado y le ha puesto fin." "Has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso." "Tu imperio ha sido desgarrado y dado a los medos y persas" (Dan. 5:25-28).

Cuando José descifró en Egipto los sueños del Faraón sobre las siete vacas flacas y las siete gordas y sobre las espigas, se convirtió en el segundo hombre del Imperio, en el gran visir.

¿Qué significado tenía la premisa de ser "el tercer hombre en mi reino" como recompensa para el que descifrara aquel misterioso escrito?

Este dato que da la Biblia resulta incomprensible y sólo pudo ser aclarado con auxilio de la arqueología.

Quién fue Baltasar es cosa sabida por los textos de escritura cuneiforme de su propio padre. No fue, según dice el Libro de Daniel (5:2) hijo de Nabucodonosor, sino hijo de Nabonides, que en una de las inscripciones dice: "Y en el corazón de Baltasar, mi hijo primogénito, vástago de mis entrañas, pon el temor de tu excelsa divinidad, para que así no cometa ningún pecado y pueda tener lo suficiente para la plenitud de la vida."

De ello se deduce claramente que Baltasar era príncipe heredero, el segundo hombre de Babilonia. Siendo así, sólo podía ofrecer el tercer puesto en autoridad.

El relato del banquete de Baltasar y de la inscripción en la pared reflejan desde el punto de vista profético la situación política de aquella época; en el año 539 antes de J.C., Ciro se dirigió contra Nabonides, derrotando al ejército babilónico. De esta forma estaban contadas las horas del último gran reino de Mesopotamia.

"Desciende y siéntate en el polvo, virgen hija de Babilonia; ¡siéntate en la tierra! pues la hija de los caldeos ya no tendrá trono" (Is. 47:1).

Los hititas, los kassitas y los asirios habían procurado, muy a menudo, idéntica suerte a la gigantesca ciudad. Pero la presente conquista se sale del molde acostumbrado en los



procedimientos guerreros del Antiguo Oriente; no tiene semejanza. Esta vez no se elevan las llamas del incendio detrás de las murallas derruidas, no se arrasa ningún templo ni ningún palacio, no se saquea casa alguna y nadie es degollado ni empalado. El cilindro de arcilla de Ciro explica, en doctrina babilónica, lo que ahora aconteció.

"Cuando hice mi entrada pacífica en Babilonia y entre júbilo y aclamaciones subí al palacio de los príncipes, la residencia del soberano Marduk. El gran Señor, hizo que se inclinara el corazón de los babilonios hacia mí mientras yo me ocupaba en honrarle cada día. Mis tropas, diseminadas, deambulaban pacíficamente por Babilonia. No consentí que nadie molestara ni a los sumerios ni a los acadios. Me preocupé mucho del estado interior de Babilonia y de todas sus ciudades. A sus habitantes... los liberé del yugo tal como les convenía. Mejoré sus viviendas arruinadas, les libré de su dolor... Y soy Ciro, rey de todos, el gran rey, el rey poderoso, rey de Babilonia, rey de los sumerios y de los habitantes de Akkad, rey de las cuatro regiones del mundo..."

La última frase parece dar a entender que el cronista bíblico conocía el texto del cilindro de arcilla, pues dice: "Así dice Ciro, rey de Persia: El Señor, el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la Tierra" (2 Par. 36:23).

Que los soberanos hagan mención de su tolerancia en sus manifestaciones era cosa desacostumbrada y ello constituye una prueba de la personalidad del rey de los persas.

Después de su entrada en Babilonia, Ciro hace colocar de nuevo las imágenes y los altares de los dioses del pueblo. Él mismo no deja de adorar cada día a Marduk, el dios más importante de la ciudad. En Ur hace lo mismo. En un cilindro de arcilla que, aunque roto, se conservó en las ruinas, el propio Ciro dice:

"Sin, aquel que ilumina el cielo y la tierra con sus señales favorables, puso en mis manos las cuatro regiones del mundo. Volví a colocar a los dioses en sus altares."

Su tolerancia favoreció también a los judíos. Después de largos decenios de destierro, pudo, por fin, realizarse su gran anhelo.

\*\* \*\* \*

A 80 km. al este de Esmirna.

#### 4. Retorno a Jerusalén.

Ciro otorga la libertad. — La caravana de los 42.000. — Su gran importancia para el porvenir. — Duros comienzos sobre ruinas. — Tumba solitaria en Pasargadas. — Reconstrucción del templo. — El imperio de los persas desde el Nilo hasta la India. — Duncan encuentra la obra de Nehemías. — Sólo un estado sacerdotal. — Las monedas de Judá, con el búho de Atenas. — Provincia persa durante dos siglos.

EL AÑO PRIMERO DE SU REINADO PROMULGÓ EL REY CIRO UN EDICTO:  
"RESPECTO A LA CASA DE DIOS EN JERUSALÉN, SEA RE-CONSTRUIDA  
COMO LUGAR EN QUE SE OFREZCAN SACRIFICIOS Y DISPÓNGANSE SUS

FUNDAMENTOS. SEA SU ALTURA DE SESENTA CODOS, SU ANCHURA DE OTROS TANTOS" (Esd. 6:3).

¡Esto equivale al permiso para regresar a Jerusalén! El texto del decreto real está redactado en arameo, el nuevo lenguaje oficial administrativo de los persas. La autenticidad de esta manifestación, contenida en el capítulo 6 del libro de Esdras, pudo ser cumplidamente demostrada por la investigación.

Se trataba de un acto de reparación. Puede verse también claramente que los persas se consideraban sucesores de los babilonios leyendo las condiciones estipuladas: "...y los gastos sean pagados por el fisco real. Además, los utensilios de oro y de plata de la casa de Dios que Nabucodonosor sacó del templo de Jerusalén, trayendolos a Babilonia, sean restituidos y tornen al templo de Jerusalén, a su sitio adecuado, y sean depositados en la casa de Dios" (Esdr. 6:4-5).

El gran rey Ciro encargó la ejecución de sus órdenes al gobernador Sesbasar 1 (Esdr. 5:14), príncipe judío y, al parecer, perteneciente a la casa de David.

Es comprensible que cincuenta años después de la deportación, no todos hicieran uso del permiso de regresar al país de sus padres. Siempre constituía un riesgo salir de la rica Babilonia, donde se habían establecido, y la mayor parte de ellos se habían formado, para emprender el duro camino hacia las ruinas de una tierra asolada. Sin tener esto en cuenta, después de largos preparativos, se reúne en la primavera del año 537 antes de J.C. una larga caravana que se dirige a la patria. "Toda la comunidad en su conjunto fue de 42.360 personas, sin contar esclavos y esclavas de las mismas, que eran 7.337. Entre ellos había 300 cantores y cantoras. Sus caballos eran 7366, sus mulos 245, sus camellos 435 y sus asnos 6.720" (Esdr. 2:64-67).

Sobre la ruta seguida por esta enorme multitud no existe testimonio alguno ni en el Antiguo Testamento ni en otro documento de aquella época. Pero no hace falta gran fantasía para comprender que las largas caravanas, con sus sacerdotes y cantores, con sus acémilas portadoras de carga, sus mujeres y sus niños, debieron de remontar lentamente el curso del caudaloso Éufrates.

¡Casi 1.300 kilómetros es la distancia que separa a Babilonia de la lejana Jerusalén, ininterrumpidamente envueltos en nubes de fino polvo! Un día pasan por el lugar donde estuvo emplazado el antiguo Mari. Llegan al lugar, junto a la orilla del río Balic, que desemboca en el Éufrates, en donde se halla situado Jarán.

Y, desde allí, los que regresan a su patria, siguen idéntico camino que, 1.400 años antes, había seguido Abraham al dirigirse, desde el país de su padre, a Canaán, pasando por Damasco, al pie del Hermón, junto a las orillas del lago de Genesaret; y llega el día en que, detrás de las pardas alturas de las montañas de Judá, aparecen ante sus ojos las desoladas ruinas de la ciudad de Sión: ¡Jerusalén!

¡Qué enorme es el cortejo y cuánta es su trascendencia para la posteridad!

"Pues con esta marcha hacia Jerusalén iba también enlazado el porvenir del mundo — opina la profesora y pedagoga americana Mary Ellen Chase, que desde el año 1926 está dedicada a la enseñanza de la asignatura de "La Biblia como literatura" en diversas

universidades. De ellos dependió que exista una Biblia tal como la conocemos, una Biblia, la fe judía, el Cristianismo y muchos siglos de cultura occidental. Si los judíos no hubiesen regresado a Jerusalén, Judá hubiera corrido, sin duda, la misma suerte que Israel, por lo menos en líneas generales, mezclándose con las demás razas y perdiendo su personalidad como pueblo."

Poco después de su llegada a Jerusalén se dedican con gran entusiasmo a sentar los fundamentos del nuevo templo. Sin embargo, poco después la obra queda interrumpida (Esdr. 5:16). El gozo experimentado al regresar fue menguando rápidamente; es que la vida les resultaba demasiado dura y pobre en la tierra despoblada, donde las casas en ruinas les ofrecían un miserable cobijo. A esto había que añadir la preocupación por la necesidad de conseguir el pan de todos los días, lo cual hacía que "cada cual tuviese que procurar, ante todo, por su propia casa" (Ag. 1:9). Las propias necesidades absorbían todo el tiempo.

La reconstrucción se realizó, pues, con suma lentitud. Los primeros pobladores eran pobres, según lo dan a entender los utensilios domésticos hallados en las excavaciones, bien pocos por cierto. Dichos objetos demuestran bien a las claras cuentas debieron de ser la penurias de aquellos primeros tiempos.

Ciro, el liberador, cae en el año 530 antes de J.C., en una expedición realizada en Oriente y es inhumado en su residencia de Pasargadas, junto a Persépolis 2. Su palacio estaba constituido por pabellones aislados; cada uno de ellos estaba rodeado de un precioso jardín y todo el conjunto rodeado de altas murallas.

En la vertiente sur de una extensa cordillera puede verse aún, entre las praderas de las tierras altas, una pequeña e insignificante construcción de piedra de la época de Ciro. Seis peldaños forman como una especie de plataforma sobre la cual se eleva una estancia rectangular, de pequeñas dimensiones, sobre cuya entrada se ofrecía a las miradas del curioso que por allí pasaba, la siguiente inscripción: "Tú, quienquiera que seas y vengas, cuando vengas, pues estoy seguro de que vendrás... Yo soy Ciro, el que conquistó su reino a los persas. No envidies este pedazo de tierra que cubre mi cuerpo."

¡Todo en vano! La pequeña construcción de piedra dentro de la cual un sarcófago de oro contenía los restos mortales del gran persa, está ahora tan vacía como el sitio donde estaba colocada la lápida que llevaba la inscripción. De vez en cuando unos pastores pasan por este olvidado lugar con sus rebaños, lo mismo que en otros tiempos, al atravesar la meseta dominada aún por el león.

A Ciro le sucede su hijo Cambises II 3. Bajo su remado Persia, debido a la conquista de Egipto, se convierte en el mayor imperio que el mundo ha visto: se extiende desde la India hasta el Nilo.

Sólo bajo su sucesor Darío I 4 es reemprendida la construcción del templo de Jerusalén, cuyos fundamentos habían sido asentados casi veinte años antes. Correspondiendo a una

pregunta del empleado de la administración asignado a Judá, el sátrapa del Trans-Éufrates, Darío I, confirma taxativamente lo decretado por Ciro.

El intercambio de escritos que tiene lugar con la corte persa sobre este asunto viene detallado en el libro de Esdras (5:6; 6:12).

En cuanto a la veracidad de la información contenida en este libro, no existe duda alguna. Son numerosos los textos de aquella época, de la más diversa clase, que mencionan el hecho de que Darío I, al igual que sus predecesores, favoreció el culto, no sólo en Palestina, sino también en Asia Menor y en Egipto.

Así se dice en la lápida del médico egipcio Usahor: "Y me dio el encargo el rey Darío — que eternamente viva — de que fuera a Egipto... para que tomara nota del número de los escribas sagrados del templo y de reedificar lo que estaba arruinado."

A su gobernador Gadata le escribe Darío con gran enojo. Le dirige severos reproches por su conducta contra el sacerdote del templo de Apolo en Magnesia: "Me he enterado de que no te has abocado enteramente a mis instrucciones. Ciertamente que te ocupas en mis campos trasplantando cultivos de la otra parte del Éufrates en el territorio del Asia Menor. Alabo tu actividad en este sentido y con ello adquieres un gran mérito delante de la corte del rey. Pero puesto que no prestas atención a mi proceder con relación a los dioses, tendré que hacerte sentir, si no cambias de conducta, mi enojo, al cual me has incitado. Pues has entregado el jardín sagrado del templo de Apolo para ser trabajado como tierra profana, desconociendo el modo de pensar de mis antepasados respecto al Dios, que ha hablado a los persas..."

Los esfuerzos de los que regresaron se limitaron durante mucho tiempo a la construcción del templo de Jerusalén. Se empezó éste en octubre del año 520 antes de J.C. y fue terminado el 12 de mayo de 515 antes de la era cristiana 5.

Para la reconstrucción de las murallas dejan pasar mucho tiempo, hasta el siglo siguiente. Sólo bajo Nehemías, que en el año 444 antes de J.C. fue nombrado gobernador autónomo de Judá por el rey de Persia Artajerjes I 6, se empieza a trabajar en las murallas, que se concluyeron en cortísimo plazo. "Y la muralla quedó terminada... en cincuenta y dos días" (Ne. 6:15). Una construcción nueva en cincuenta y dos días ¡parece imposible! El propio Nehemías cuenta que las murallas de Jerusalén estaban en ruinas y sus puertas consumidas por el fuego" (Ne. 2:13). Esto hace suponer que las murallas fueron reparadas solamente. Y esto tuvo que realizarse con mucha rapidez, pues las tribus vecinas, especialmente los samaritanos, querían evitar por todos los medios que Jerusalén fuese de nuevo fortificada. Los judíos tenían que estar siempre en guardia. "Los que construían la muralla... trabajaban con una mano y tenían un arma en la otra" (Ne. 4:11).

Igual sucede ahora en los trabajos de reconstrucción que realizan en nuestros días los campesinos, obreros y pastores en el moderno estado de Israel.

El hecho de que los agujeros y las grietas de las murallas fuesen reparadas a toda prisa refleja la premura del tiempo y la inquietud febril con que se realizaban tales trabajos. El arqueólogo inglés J. Garrow Duncan desenterró parte de las murallas en la pequeña colina del Sudeste, sobre la fuente de Guijón. En su comunicado se dice:

"Las piedras son pequeñas, sin labrar, desiguales. Algunas de ellas son muy pequeñas y parecen ser sólo fragmentos, desprendidos de bloques de mayor tamaño, como si se utilizara toda clase de material que estuviese a mano. Las grandes lagunas y agujeros están rellenos con una informe mezcla de masa de arcilla y pequeñas piedras..."

La reconstrucción del templo y de la antigua Ciudad de David son evidentemente señales de que Israel está convencida de que los tiempos de la monarquía han pasado para siempre y que únicamente la fidelidad al culto puede procurar la permanencia del pequeño pueblo, cualesquiera sean los acontecimientos políticos que el tiempo puede traer consigo. Y así elevaron los lugares sagrados para que sirvieran de centro a quienes vivían en la patria de Judá, así como a todos los judíos esparcidos por el resto del mundo. El Sumo Sacerdote del nuevo templo de Jerusalén se convirtió en la cabeza principal de todo Israel. El pequeño estado sacerdotal de Palestina ya no tomó parte digna de mención en los sucesos mundiales de los siglos venideros. Israel volvió las espaldas a la política.

Con la aquiescencia de Persia se instituye que la "Ley de Dios" sea obligatoria para Israel y para todos los judíos, cual viene específicamente indicado en el libro de Esdras (Esdr. 7:23-26).

Esta afirmación de la Biblia viene reforzada por otro documento de la época.

En el año 1905, en la isla cubierta de palmeras de Elefantina, situada junto a la primera catarata del Nilo, en las cercanías de la presa de Asuán, se descubrieron tres documentos extendidos sobre papiro. Están escritos en lenguaje arameo y proceden del año 419 antes de J.C. Uno de ellos es una misiva pascual del rey persa Darío II dando instrucciones sobre la manera de celebrar la fiesta de la Pascua. Receptora de la carta era la colonia militar judía de Elefantina. El remitente era Hananjas, "encargado de los asuntos jurídicos en la corte del gobernador persa en Egipto."

Durante siglos ejercen los persas su dominación sobre Jerusalén. La historia de Israel durante este período parece no haber experimentado alteraciones. Ni la Biblia las menciona, ni fragmento alguno hallado en las excavaciones dice nada importante sobre ese largo período de tiempo. Las grandes obras y los objetos de arte manual son elementos que faltan por completo en el botín arqueológico de los correspondientes estratos. Sólo restos de utensilios domésticos muy modestos que prueban cuán pobre, cuán mísera fue entonces la vida en Judá.

Sin embargo, en el transcurso del siglo IV antes de J.C. se encuentran monedas. Llevan la orgullosa inscripción: "Yehud," es decir, "Judá." Evidentemente, los persas debieron de conceder al Sumo Sacerdote el derecho de acuñar monedas de plata. Según el modelo de los dracmas áticos, van provistos del busto de Zeus y del búho de Atenas. Prueba del apogeo que, mucho antes de Alejandro Magno, había adquirido en todo el Oriente, el comercio y cuán grande era ya la influencia griega.

\*\* \*\* \*

1. Es opinión generalmente admitida que Sesbasar es idéntico a "Senasar," cuarto hijo del rey Joaquín (1 Par. 3 18).

2. Cincuenta kilómetros al sudeste de Shira, el gran centro de confección de tapices anudados a mano del sur del Irán.

3. 530-522 antes de J.C.

4. 522-486 antes de J.C.

5. Zac. 1:1: 8.º mes del 2.º año de Darío = octubre/noviembre del año 520 antes de J.C. (comienzo de las obras); Esdras 6:15: 3.er día del mes Adar (en babilonio. Addaru) del 6.º año de Darío = 12 de marzo del año 515 antes de J.C. (terminación del Templo).

6. 465-424 antes de J.C.

5. Bajo la Influencia Helénica.

Alejandro Magno en Palestina. — Un dique en el mar para dominar a Tiro. — Torres de asedio de 50 metros de altura. — Alejandría, la nueva metrópoli. — Los Tolomeos ocupan Judá. — Setenta y dos sabios traducen la Biblia. — Los cinco libros de Moisés, en griego. — En la isla de Faros tuvo origen la "Versión de los Setenta." — Un estadio en los aledaños del templo. — Un Sumo Sacerdote en el "Gimnasio." — Los atletas judíos, ocasión de escándalo.

**ALEJANDRO MACEDONIO, HIJO DE FILIPO, PARTIENDO DEL PAÍS DE CETIM, VENCIO A DARÍO, REY DE LOS PERSAS Y DE LOS MEDOS, Y REINÓ EN LUGAR SUYO (1 Mac. 1:1).**

En el siglo IV antes de J.C. el centro del poder político se desplaza lentamente desde el "Fértil Creciente" al Occidente. La introducción a esta evolución de una importancia decisiva para el mundo la constituyen dos célebres batallas que tuvieron lugar un siglo antes, en las cuales los griegos opusieron resistencia al avance de los persas. En Maratón (año 491 antes de J.C.) vencieron al ejército persa de Darío I. En Salamina, frente a Atenas (año 480 antes de J.C.), derrotaron, once años después, a la flota persa.

En Isso, en las cercanías del actual puerto de Alejandreta, perteneciente a la parte septentrional de Siria, los griegos alcanzan la dirección en el concierto del mundo hasta entonces conocido, debido a la victoria alcanzada por Alejandro Magno 1 sobre Darío III, rey de Persia.

El primer objetivo de Alejandro es Egipto. Con un núcleo de fuerzas formado por 32.000 soldados de infantería y 5.000 de a caballo, el caudillo, que entonces contaba tan sólo veinticuatro años, se dirige hacia el Sur seguido en el mar por una flota de 160 naves. Por dos veces es Alejandro detenido en la costa siriopalestinense.

Una vez lo fue en Tiro. La ciudad fenicia vigila la costa fuertemente fortificada y protegida por sólidas murallas desde una isla.

Alejandro realiza aquí una hazaña verdaderamente maravillosa desde el punto de vista de la técnica militar, al construir, a través del mar, un dique de 600 metros de longitud, que conduce a la ciudad edificada en la isla. Para proteger los trabajos tienen que instalarse escudos móviles, llamados "tortugas." A pesar de ello, los trabajos de construcción del dique son perturbados por una continua lluvia de flechas. Entre tanto, los ingenieros construyen en la costa verdaderos monstruos llamados "helépolos": son torres transportables con muchos pisos unos encima de otros. Van provistas de departamentos para los tiradores de flechas y para la artillería ligera. Un puente levadizo situado en la parte anterior de estas torres, permite desencadenar un ataque en masa sobre las murallas enemigas. Son las torres más altas utilizadas en la historia de la guerra. Tienen 20 pisos y con sus 50 metros de altura, su plataforma más elevada queda por encima de las más altas murallas.

Cuando estas torres monstruosas, después de siete meses de preparación, son empujadas sobre sus lentas y pesadas ruedas, en dirección a Tiro, queda decidida la suerte de esta fortaleza marítima, considerada como inexpugnable.

La segunda vez le detiene Gaza, la antigua ciudad filistea. Pero su asedio dura tan sólo dos meses. Después queda libre el camino en dirección a la tierra del Nilo.

El sitio de Gaza, situada al sudoeste de Palestina, no puede haber pasado inadvertido para los judíos. Hasta sus montañas debió de subir el ruido de las tropas estacionadas y en movimiento allá abajo, en la costa. Pero la Biblia no da cuenta de tales acontecimientos, como tampoco de la dominación mundial de Grecia durante casi un siglo y medio. Sus anales históricos culminan al tratar el fin de los reinos de Israel y de Judá y de la fundación del Estado sacerdotal bajo la dominación persa y no van más allá. Sólo al comienzo de las luchas de los Macabeos vuelven a referir detalles históricos.

Sin embargo, Flavio Josefo, el historiador judío, escribió sobre esta época un relato que hace referencia a la expedición guerrera de los conquistadores griegos a través de Siria y Palestina. Después de la toma de la fortaleza de Gaza, según se refiere en esta narración, Alejandro Magno fue a Jerusalén. El pueblo y el Sumo Sacerdote Yadduá le recibieron con muchos honores. Alejandro hizo una ofrenda en el templo accediendo a los deseos del pueblo.

Alejandro apenas si tuvo tiempo para realizar su excursión a Jerusalén, dado que había perdido ocho meses en vencer la resistencia que le opusieron Tiro y Gaza. Después de la caída de esta última ciudad voló por el camino más corto a Egipto, dejando la conquista del país intermedio a su capitán Parmenio, quien se apoderó sin dificultad del país.

Sólo la plaza donde estaba situada la residencia del gobernador de la provincia de Samaria tuvo que ser conquistada por la fuerza. Como castigo fue poblada por una colonia de macedonios.

Jerusalén y la provincia de Judá parecen haberse sometido sin más al nuevo señor. Por lo menos ninguna fuente de información de la época, hasta ahora conocida, dice algo referente a una resistencia por parte del Estado sacerdotal.

La visita de Alejandro a Jerusalén quizá no sea más que otra leyenda con un núcleo de verdad. Viene a ser una demostración de que el conquistador griego tolera la forma de vida que priva en aquel estado; todo cuanto al culto se refiere permanece incólume.

Esto corresponde exactamente a lo que la investigación ha podido comprobar. En el Judá de aquella época no se encuentran ni huellas de una conquista griega ni de una ocupación.

Únicamente en la vecina Samaria existió, hacia el año 322 antes de J.C., una gran fortaleza de los helenos. Las excavaciones realizadas descubrieron toda una serie de torres redondas. Se apoyaban en la antigua muralla del tiempo en que Samaria era aún la capital del reino de Israel.

En Egipto, que le recibe cual un libertador, permanece Alejandro durante el invierno del 332 al 331 antes de J.C. Funda la ciudad de Alejandría en la punta extrema del delta del Nilo, a la cual piensa dar el papel de metrópoli de la nueva era. Florece rápidamente convirtiéndose en el centro de una nueva vida espiritual que atrae a las mejores inteligencias del mundo griego y del mundo oriental.

Al empezar su construcción, publica Alejandro un edicto que ha de tener máxima importancia para el porvenir; concede a los judíos — a los descendientes de los fugitivos de Babilonia — los mismos derechos que a sus ciudadanos. Aceptada esta disposición por los seguidores del gran macedonio, da por resultado que Alejandría será en lo sucesivo uno de los mayores puntos de concentración del judaísmo.

Por primera vez en la Biblia aparece en los Hechos de los Apóstoles el nombre de la ciudad fundada por Alejandro.

"Cierta judío, por nombre Apolo, alejandrino de origen, varón elocuente que dominaba las Escrituras, arribo a Éfeso" (Ac. 18:24).

En camino hacia una de las más grandes conquistas que conoce la Historia, atraviesa Alejandro Magno nuevamente la Palestina. Todos los países del Antiguo Oriente quedan sometidos; penetra hasta el Indo, casi hasta las estribaciones del macizo del Himalaya. En su camino de regreso sufre un ataque de fiebre. Alejandro muere en Babilonia a los treinta y tres años de edad, el 13 de junio del 323 antes de J.C.

"Mirad a las gentes y observad y quedaréis maravillados y asombrados... Pues mirad: yo voy a suscitar a los caldeos, ese pueblo cruel y veloz que recorre la amplitud de la tierra..." (Hab. 1:5-6), escribe el profeta Habacuc en Jerusalén y pregunta asombrado a



su Dios: "¿Por qué miras a esos pérfidos y callas cuando devora el impío al más justo que él?" (Hab. 1:13).

Teniendo en cuenta el hecho de que el helenismo había extendido ya sus tentáculos de mil maneras hacia Mesopotamia y Egipto mucho tiempo antes de Alejandro, la extrañeza de esta pregunta da motivo para pensar que en el Estado sacerdotal parece como que se estabilizó el tiempo y que la vida de la pequeña comunidad se regía sola y exclusivamente por la "Thora," la ley divina.

En realidad hacía mucho tiempo que había soldados griegos en los ejércitos del faraón Psamético II y del rey de Caldea Nabucodonosor. Hacía también tiempo que en las costas de Siria y Palestina se iban fundando los primeros puertos y colonias mercantiles griegas. En el siglo V antes de J.C., griegos poseedores de una gran cultura recorrieron todas las tierras del Oriente y las estudiaron: tales Heródoto y Jenofonte, Hecateo y Ctesio.

¿Es que los hombres del Estado sacerdotal no conocían ni comprendían ya los signos de los tiempos? ¿O es que cerraron a propósito los ojos cual una inútil defensa ante lo que inexorablemente tenía que venir?

¡Mucho más brusco tuvo que ser su despertar cuando vieron a Grecia sólo a pocos pasos del sagrado recinto de su templo, cuando ya no podían apartar los ojos de ello, cuando la juventud judía se entregaba con placer al deporte del lanzamiento del disco importado del mundo helénico! Los juegos olímpicos, según el estilo griego, encontraron en seguida un eco sumamente favorable entre la juventud.

Grecia no resultó peligrosa para los judíos, ni por su poderío ni por la fuerza de las armas ni por seducciones inmorales; el peligro estaba más bien en las libres auras de un mundo de modernidad jamás sospechado. Hélada, con Pericles, Esquilo, Sófocles, Eurípides, con Fidias y Polignoto, con Platón y Aristóteles, había subido un peldaño más en el desarrollo de la Humanidad.

Sin preocuparse de la nueva era del género humano, el pequeño Estado sacerdotal seguía obstinadamente su propio camino; permanecía fuertemente sujeto a su tradición, al pasado. A pesar de ello no quedó libre del contacto con la nueva mentalidad. Pero hasta el siglo II antes de J.C. le quedaba aún bastante tiempo.

"Había reinado Alejandro doce años y murió. Tomaron posesión del poder sus generales, cada uno en su lugar respectivo, y en cuanto él murió se ciñeron todos la diadema, y sus hijos después de ellos durante muchos años, multiplicándose los males sobre la tierra..." (1 Mac. 1:8-10).

El concepto de las "luchas de los Diadocos" <sup>2</sup> ha prevalecido hasta en la política del siglo XX. Tampoco en su edición original constituyen, en modo alguno, un motivo de gloria para la profesión de general. Los generales de Alejandro Magno eliminaron sin escrúpulo a toda su familia, al hermanastro Filipo Arrideo, a la madre Olimpia, a la viuda Roxana y al hijo segundo. Las luchas culminaron en la desmembración del imperio en tres reinos:

El reino de Macedonia al norte de Grecia.

El reino de los Seléucidas, que se extendía desde la Tracia, por el Asia Menor y Siria, hasta la frontera de la India. Como capital de este segundo y extenso estado, se fundó Antioquía en el Orontes inferior, al norte de Siria. Casi todos los soberanos seléucidas tomaron su nombre propio del de esta ciudad: Antíoco.

El tercer reino era el de Tolomeo, junto al Nilo, y su capital era Alejandría. Era regido por una dinastía cuya última representante, Cleopatra, disfruta de una celebridad que ha perdurado a través de los tiempos porque supo hacer de manera que, por ella, perdieran la cabeza contemporáneos suyos tan notables como César y Antonio.

El primer soberano de esta dinastía fue Tolomeo I.

Aún en calidad de general, Tolomeo hizo su entrada en Jerusalén el año 320 antes de J.C. La anexión del Estado sacerdotal de Judá al reino de los Tolomeos helénicos, equivalía a algo más que a un nuevo cambio de soberano. Fue más bien el primer paso en el camino de la realización de aquello que la Biblia recalca en forma tan significativa: "Dilate Dios a Jafet y more en las tiendas de Sem..." (Gen. 9:27).

Según el Génesis, de Noé surgieron tres estirpes: Sem, Cam y Jafet, progenitores a su vez de tres razas. De Sem descienden los semitas, de Cam los canutas que viven en África. Los descendientes de Jafet son, según los lugares de su residencia que la Biblia determina con toda exactitud, de raza aria. Entre ellos se cita especialmente a los "kittim," que son los griegos.

Dos monarcas de una perspicacia poco corriente, Tolomeo I y su hijo Tolomeo II, Filadelfo, procuran el desarrollo de su capital, Alejandría, convirtiéndola en un centro donde se profesa la cultura y la ciencia helénicas, cuya fama se extiende mucho más allá de los fronteras de su reino, llegando a ser un intenso punto de atracción también para los emigrantes de Judá. En este crisol se funden los judíos penetrando profundamente en la belleza del lenguaje de los griegos, que es el único que les permite saborear los enormes progresos realizados por el pensamiento y por el sentimiento humano, el idioma internacional de la ciencia y del comercio, el lenguaje de millares de israelitas que quedaron sin patria.

La nueva generación ya no conoce su idioma materno, el hebreo. En los oficios divinos de la Sinagoga ya no puede seguir el sentido de las oraciones. Por esto, en la Diáspora egipcia madura la determinación de traducir las escrituras hebraicas. Alrededor del año 250 antes de J.C. la "Thora" es traducida al griego, ¡hecho de incalculable trascendencia para el mundo de Occidente!

Para los judíos de Egipto, la traducción de la Biblia al griego fue un acontecimiento de importancia tal, que la leyenda se hizo eco de ella. Esta leyenda se cita en un libro apócrifo de Aristeo de Alejandría.

El segundo de los Tolomeos soberanos, Filadelfo 3 cifró todo su orgullo en poseer una colección de los mejores libros del mundo. El bibliotecario dijo un día a su señor que había reunido en 995 libros la mejor literatura de todos los pueblos. Pero añadía después que los libros más importantes, los cinco libros de Moisés, no estaban aún entre ellos.

Por eso Tolomeo II Filadelfo mandó una embajada al Sumo Sacerdote para pedirle una copia de tales libros. Al propio tiempo le rogaba que le enviase hombres aptos para poderlos traducir al griego. El Sumo Sacerdote accedió al ruego y, además de la copia de la Thora, mandó setenta y dos intelectuales eruditos y sabios escribas.

Grandes festejos se celebraron en honor de los sabios procedentes de Jerusalén, de cuyos conocimientos el rey y su corte quedaron maravillados. Después de las fiestas se pusieron a trabajar en la difícil tarea que les había sido confiada para lo cual no poseían ni precedente ni diccionario alguno. Fuera, junto al mar, en la isla de Faros, situada enfrente de Alejandría, a los pies de una de las siete maravillas del Mundo, el faro de 180 metros de altura que Tolomeo II había hecho construir como una señal bien visible de aviso para prevenir a la navegación, allí trabajaban cada cual en su celda. Por esto la traducción griega de la Biblia fue designada con el nombre de "Septuaginta," que significa "los Setenta."

Lo que hasta entonces sólo se publicaba en el santuario, en lenguaje antiguo y para un solo pueblo, pasó de golpe a ser del dominio de los hombres que hablaban otra lengua y eran de otra raza. La puerta que hasta entonces había estado cuidadosamente cerrada, se abrió de par en par... "En las tiendas de Sem."

Judá permaneció durante algo más de cien años bajo el dominio de los Tolomeos.

Más tarde los seléucidas de Antioquía realizaron la expansión que hacía años tenían proyectada en dirección al Sur. Después de una victoriosa batalla sobre Tolomeo V en las fuentes del Jordán, en el año 195 antes de J.C., Antíoco III, llamado el Grande, tomó posesión de Palestina y con ello Judá experimentó un nuevo cambio de soberano.

Poco a poco fue creciendo también la semilla extranjera en el Estado sacerdotal. Los variados y constantes influjos del pensamiento helénico que penetraron en el pueblo desde los tiempos de la expedición de Alejandro Magno, se dejaron sentir cada vez con más fuerza.

Cuando "Antíoco el Noble empezó a reinar en el año 137 del imperio de los griegos" (1 Mac. 1:11) y "Jasón, obtenido el poder, se dio a introducir las costumbres griegas entre sus conciudadanos...."

"Porque quiso darse el gusto de erigir el gimnasio bajo la misma acrópolis, obligando a los jóvenes de las más nobles familias a educarse bajo el petaso 4. A tan alto grado llegó el helenismo y la introducción de costumbres extranjeras por la enorme perversidad del impío, más que sumo sacerdote, Jasón, que los sacerdotes ya no mostraban celo por el servicio del altar; antes, menospreciando el templo y, descuidando los sacrificios, se apresuraban a participar en el ejercicio prohibido de la palestra, en cuanto eran invitados a lanzar el disco..." (1 Mac. 4:10, 12-14).

El "gimnasio" no era otra cosa que un estudio. ¿Por qué, pues, tanta excitación por un sitio en el cual se practicaba el deporte? Ejercicios gimnásticos en Jerusalén, lanzadores de discos y carreras pedestres en la Ciudad Santa, he aquí algo que suena como extraordinariamente discordante. Pero, ¿por qué tendría que encontrar Yahvé algo de malo en todo esto y por tanto un sumo sacerdote reputarlo como algo impío?

La explicación es ésta: entre el arte del deporte de nuestros días y el de entonces existe una pequeña, aunque muy importante diferencia. Esta diferencia no consiste precisamente en los ejercicios considerados en sí mismos. Éstos han seguido siendo los mismos durante 2.000 años.

La diferencia consiste en el vestido.

Fieles al modelo olímpico, los juegos se practicaban con el cuerpo completamente desnudo. ¡Éste sólo era "recubierto" por... una tenue capa de aceite!

El desnudismo era precisamente lo que debían condenar los severos creyentes de Judá. Creían en forma inquebrantable en la perversidad de la naturaleza humana y en la fragilidad del cuerpo. No era, pues, de extrañar que el ejercicio de los deportes a la vista del templo, sólo a pocos pasos de la acrópolis, fuese considerado como una gran afrenta y levantara una fuerte oposición. Según relatos de aquella época, el Sumo Sacerdote Jasón hizo erigir el estadio en medio de Jerusalén, en el borde del montículo donde se elevaba el templo, en el llamado "Valle" 5.

Pero no paró aquí la cosa. Pronto ocurrió un hecho insólito: los atletas judíos se hicieron gravemente culpables ante la Ley: "¡Ya no practicaban la circuncisión!" (1 Mac. 1:16).

El sentimiento de la belleza de los griegos y la circuncisión de los atletas judíos mostrada en público eran dos cosas antitéticas. Los judíos, no sólo eran objeto de burlas y de bromas (esto no acontecía en Jerusalén, donde ya estaban acostumbrados), sino que hasta inspiraban asco tan pronto aparecían en los campeonatos de los países extranjeros. La Biblia nos habla sobre los "juegos quinquenales que se celebraban en Tiro" (2 Mac. 4:18).

Muchos, ante la repulsión que causaban, debieron de sufrir tanto, que buscaban una solución. Otras versiones hacen alusión a intervenciones quirúrgicas que volvían las cosas a su estado natural (así Kautzsch, 1 Mac. 1:15).

Por segunda vez el desnudismo se extendió como una gran tentación en Judea. El desnudismo era la característica más destacada de las diosas de la fecundidad de Canaán. Ahora lo adoptaban los púgiles en las exhibiciones de los estadios, que se iban erigiendo en todo el país. A los ejercicios gimnásticos se les daba entonces otro significado que el que hoy día tienen. Eran juegos consagrados por culto a los dioses extranjeros de los griegos, Zeus y Apolo. La reacción de creyentes tan severos como eran los judíos sobre esta nueva y peligrosa amenaza, se comprende que tenía que ser enérgica.

Los nuevos señores del país, los seléucidas, dieron pronto motivo para ella.

\*\* \*\* \*

1. 336-323 antes de J.C.

2. Nombre que se daba a los generales de Alejandro Magno que se disputaron la soberanía del imperio a la muerte de aquél (N. del T.).

3. 285-246 antes de J.C.

4. Petaso, sombrero de anchas alas con que se protegían contra el sol y la lluvia los gimnastas (N. del T.).

5. En Flavio Josefo se llama "Tiropeon," es decir: "Valle de los queseros"

6. En Pro de la Libertad de Conciencia.

Un cobrador de impuestos saquea a Jerusalén. — Culto de Zeus en el templo. — La sublevación de los Macabeos. — Batalla con elefantes en Belén. — Los americanos encuentran las ruinas de Betsur. — Monedas de Antioquía entre los escombros. — Proveedor de las cantinas desde Rodas. — Pompeyo asalta a Jerusalén. Judá convertida en provincia romana.

TOMANDO CON SUS MANCHADAS MANOS LOS VASOS SAGRADOS Y ARREBATANDO LAS OFRENDAS ENTREGADAS POR MUCHOS REYES PARA AUMENTAR LA GLORIA Y LA DIGNIDAD DEL LUGAR, LAS ENTREGABA A MANOS PROFANAS (2 Mac. 5:16).

El rey Antíoco IV 1, llamado Epífanés, saquea y profana el templo de Jerusalén en el año 168 antes de J.C. El saquear los templos era su ocupación especial según afirman sus contemporáneos. Polibio, historiador griego, en su Historia Universal en veinte volúmenes, afirma que Antíoco IV despojó "la mayor parte de los templos."

Pero los tesoros del templo ya no bastaban al Seléucida. Por esto mandó a Jerusalén, a su primer recaudador de impuestos Apolonio con fuerza armada, quien "saqueó la ciudad, la entregó a las llamas y derribo las casas y muros que la cercaban. Llevaron cautivas a las mujeres y a los niños, y se apoderaron de los ganados" (1 Mac. 1:33-34; 2 Mac. 5:24 y sigs.).

Nada de cuantas cosas horribles y humillantes puede llegar a sufrir un pueblo en su mudable historia dejó de experimentarlo Israel en el pasado. Pero jamás, ni bajo los asirios ni bajo los babilonios, había recibido un golpe como el que le asestó la orden que Antíoco Epífanés publicó y con la cual quería acabar con la fe de los judíos. "Por medio de mensajeros Antíoco envió a Jerusalén y a las ciudades de Judá ordenes escritas de que todos siguieran los cultos extraños al país" (1 Mac. 1:46).

En el templo de Yahvé fue implantado el culto a Zeus. Por el ejercicio de todas las ceremonias del culto judío, por las ofrendas, por la celebración del sábado y la circuncisión, había pena de muerte. Las Sagradas Escrituras fueron destruidas.

¡Esta fue en realidad la primera persecución religiosa de la Historia!

Y entonces Israel dio al mundo el ejemplo de como un pueblo que no quiere entregarse puede y debe reaccionar ante tales intolerancias.

'Caracteres débiles que siguen el camino de la menor resistencia, también los había entonces. Muchos, sin embargo, "...prefirieron morir a contaminarse" (1 Mac. 1:65). Hasta que el celo religioso de un anciano lanzó la antorcha de la sublevación en el país.

Modín era el nombre de un pequeño lugar situado a 30 kilómetros de Jerusalén en el borde occidental de la cordillera de Judá; hoy día es el mercado de el-Medieh. Aquí vivía el sacerdote Matatías con sus cinco hijos. Cuando los capitanes de Antíoco llegaron a Modín para obligar a sus habitantes a ."abandonar la Ley de Dios y los sacrificios y los holocaustos," Matatías se negó obstinadamente a dar cumplimiento a semejante orden, y cuando vio a un judío quemar incienso "dejándose conducir de su justa cólera corrió y le degolló sobre el altar. En el mismo instante mató al comisario del rey, que forzaba a sacrificar, y destruyó el altar" (1 Mac. 2:1-25), dando así el grito de la sublevación, de la lucha a vida o muerte por la libertad de conciencia... que debía culminar en la guerra de los macabeos.

Matatías consiguió escapar con sus hijos. Escondidos en las montañas y en las cuevas, reúnen a su alrededor un tropel de fieles con los cuales desatan una encarnizada guerra de guerrillas contra la tiranía. Al morir el viejo sacerdote, su hijo Judas, con el sobrenombre de Macabeo 2 se convierte en su caudillo.

En los montes de Judá consiguen los sublevados sus primeros éxitos. Son verdaderamente admirables. La pequeña inexperta y mal armada gente derrota a la ejercitada y numerosa tropa de ocupación. Betoron, Emaus y Betsur son tomadas. Los seléucidas se retiran hasta que llegan refuerzos de Antioquía. Judas Macabeo conquista Jerusalén el año 164 antes de J.C. y restablece el antiguo orden en el templo. Es reconstruido el altar; las ofrendas a Yahvé se realizan como en el pasado (1 Mac. 4:34 y sigs.).

Mediante expediciones guerreras que cada vez van más lejos de las fronteras de la provincia de Judá, Judas Macabeo llega a Galilea, al Jordán oriental, donde viven los israelitas que se mantienen fieles al culto. En el camino que conduce a Idumea, al sur de Judá, el antiguo Hebrón es sitiado y destruido. Los constantes éxitos guerreros de Judas Macabeo obligan al rey Antíoco V Eupator 3, hijo de Epífanés, a atacar con su poderoso ejército. En la batalla decisiva que tiene lugar a 10 kilómetros al sudeste de Belén, en Betzacaria 4, los seléucidas atacan con sus elefantes flanqueados por divisiones de caballería. No pudiendo resistir ante fuerzas tan superiores, los macabeos son derrotados. Una escisión interna obliga a los vencedores a firmar la paz que contiene condiciones muy favorables para los vencidos. Las órdenes dadas por Antíoco IV Epífanés en el año 167 antes de J.C. pierden entonces su validez y el libre ejercicio del culto divino queda asegurado y reconocidas de nuevo las reuniones religiosas en Jerusalén (1 Mac. 6:30 y sigs. 58 y sigs.).

Los objetivos de la sublevación de los judíos han sido alcanzados.

Pero no contentos con ello los macabeos, una vez conseguido el libre ejercicio de su fe, pretenden también conseguir la libertad política. Los sucesores de Judas Macabeo, sus hermanos Jonatán y Simón, emprenden de nuevo la lucha, la cual termina bajo Simón en el año 142 antes de J.C., concediendo Siria, asimismo, la libertad política (1 Mac. 15:1 y sigs.).

Una fortaleza que se halla en el centro de las luchas y que cambia a menudo de poseedor es Betsur. Los datos obtenidos sobre esta fortaleza como consecuencia de las excavaciones en ella practicadas corresponden al contenido histórico del libro I de los Macabeos.

Chirbet-et-Tubeka se llama hoy día aquel lugar tan disputado en otros tiempos. Domina el viejo camino que va de Jerusalén a Hebrón, en la frontera entre Judá y la Idumea situada al Sur. En 1931, los arqueólogos americanos W. F. Albright y O. P. Sellers encontraron en aquel lugar una gran cantidad de monedas. Ciento veintiséis entre más de trescientas estaban marcadas con el nombre de Antíoco Epífanés y Antíoco Eupator.

La colina contiene aún los fundamentos de una formidable fortaleza en la cual se distinguen claramente tres períodos constructivos. Del más antiguo sólo se han conservado algunos fragmentos. Proceden de la época de los persas. La construcción situada encima tiene un carácter oriental. Es obra de Judas Macabeo, del primer tiempo de su afortunada sublevación. "Fortificaron asimismo a Bet-sur para protegerla y para que el pueblo tuviese una defensa" (1 Mac. 4:60).

Después de la batalla de elefantes de Betzacaria, Antíoco V Eupator hizo ocupar la fortaleza fronteriza. "Ocupo el rey a Betsur y puso en ella guarnición para defenderla" (1 Mac. 6:50).

También las tropas seléucidas han dejado inconfundibles huellas de su estancia. Según pudieron comprobar los arqueólogos, en las ruinas de los muros erigidos por Judas Macabeo, hay restos de sus cantinas. Para el cuidado de las raciones de estos soldados se disponía de vino: era éste un noble licor de los viñedos que crecían en las colinas de Grecia. Hasta la procedencia del vino pudieron descubrir Albright y Sellers por los restos de las ánforas, reunidas en gran número en aquel lugar. Un tabernero de Rodas debió de ser el principal proveedor de su ejército.

Esto sucedía en el año 162 antes de J.C. Un año después, los seléucidas fortificaron de nuevo a Betsur. Sobre los muros destrozados de los macabeos se alzó una nueva ciudadela con muros de típica construcción helénica. Su general Báquides "fortificó las ciudades del país... Fortificó asimismo la ciudad de Betsur... y, además, puso en ella guarnición y la abasteció de víveres" (1 Mac. 9:50-52). El relato bíblico termina con el asesinato de Simón, hermano de Judas Macabeo; la dirección espiritual y política de Judá pasa, junto con el cargo de Sumo Sacerdote, a Juan, hijo de Simón. Fue llamado Juan Hircano. "El Sumo Sacerdote Juan y la comunidad de los judíos." "El Sumo Sacerdote Juan, cabeza de la comunidad de los judíos." Tales son las leyendas que figuran en las monedas que hizo acuñar.

A los cuidadosos apuntes de Flavio Josefo debe también la Historia un conocimiento exacto sobre estos Macabeos y sus sucesores 5.

En ininterrumpidas guerras van ampliándose las fronteras de Judá. Bajo Alejandro Janeo 6 sus dominios ocupaban aproximadamente el territorio cubierto antes por los reinos de Israel y de Judá.

Los seléucidas, cuanto más tiempo pasaba, eran cada vez enemigos menos de temer. Les faltaba la fuerza hasta de oponerse a los macabeos después de que Roma — una vez vencido Aníbal de Cartago 7, el poderoso dominador del Mediterráneo occidental — extendió su poder sobre Grecia y el Asia Menor.

A través del reino de los Seléucidas avanza el general romano Pompeyo en dirección a Palestina. Después de un sitio de tres meses las legiones romanas entran en Jerusalén el año 63 antes de J.C. Judá se convierte en una provincia romana.

La independencia política de Israel llega, con este acontecimiento, a su fin.

\*\* \*\* \*

1. 175-163 antes de J.C.
2. Es decir, "martillo."
3. 163-162 antes de J.C.
4. Hoy día Bet iskarje.
5. Josefo los llama según su antepasado, el padre de Matatías, "hasmoneos" (Bellum Judaicum I, 1, 3).
6. 103-76 antes de J.C.
7. 202 años antes de J.C., en la batalla de Zama.

## Parte Primera del Nuevo Testamento.

Jesús de Nazaret.

1. Palestina a Orillas del Mare Nostrum.

Provincia del Imperio romano. — Ciudades griegas en tierras del Jordán. — El Nuevo Testamento. — Una narración tendenciosa. — El gobernador histórico. — Un censo cada 14 años.

MAS AL LLEGAR LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS ENVIÓ DIOS A SU HIJO (Gál. 4:4).

En la extensa guirnalda de pueblos que rodean el "Mare Nostrum," desde el África del Norte y España hasta las costas del Asia Menor, domina la voluntad de Roma, la nueva



señora del Mundo. Después de la desaparición de los grandes reinos semíticos del "Fértil Creciente," Palestina se halla también incluida en el nuevo Mundo y queda ligada a su suerte. Las tropas romanas de ocupación hacen cumplir la voluntad de Roma en un país regido y explotado por los hombres que son designados por Roma.

"Grecia comunicó su sello característico a la vida del (Imperium Romanum"; la cultura romana era, en realidad, cultura griega, y griego era el lenguaje que unía a todos los pueblos dominados del Oriente.

El que viajaba a través de Palestina por aquella época de transición podía imaginarse fácilmente que se hallaba en Grecia. En el este del país del Jordán había ciudades completamente griegas.

Las "Diez Ciudades" 1 de los Evangelios (Mt. 4:25; Mc. 5:20; 7:31) se asemejaban totalmente al modelo de Atenas; tenían sus templos dedicados a Júpiter y a Artemisa, su anfiteatro, su foro circundado de columnas, su estadio, su gimnasio y sus baños. Griegas, tanto por sus construcciones como por el modo de vivir de sus habitantes, eran Cesárea, la capital de Pilato, al sur del Carmelo, junto al Mediterráneo; Séforis y Tiberíades, situadas a pocos kilómetros al norte de Nazaret, junto al lago de Genesaret; la "Caesarea Philippi," edificada al sur del Hermón; y hasta Jericó. Únicamente las pequeñas ciudades y aldeas tanto de Galilea como de Judea conservaron, en lo que a la construcción se refiere, su carácter típicamente judaico. En estos pueblecitos es donde vivió y actuó Jesús y en ninguna parte de los Evangelios se menciona que jamás hubiese pernoctado en una ciudad griega.

La manera de vestir de los griegos y muchas costumbres de la vida helénica hacía tiempo que, en la época de Jesús, habían hecho su aparición en las poblaciones judías. Así, los habitantes de Galilea y de Judea llevaban vestiduras iguales a las que podían verse en Alejandría, Roma o Atenas. Consistían en una túnica y en un manto, zapatos o sandalias, sombrero o capucha para cubrir la cabeza. En cuanto a mobiliario existía la cama, y la costumbre 'griega de comer echado estaba muy generalizada.

El Antiguo Testamento contado desde la huida de Egipto en tiempos de Moisés, abarca un período de 1.200 años y contado desde la época de los patriarcas, casi de 2.000 años. El Nuevo Testamento, en cambio, comprende un espacio de tiempo algo inferior a los cien años. Desde el comienzo de la actuación de Jesús hasta el final de la vida de los Apóstoles, el reloj del tiempo marca tan sólo un poco más de 30 años. El Antiguo Testamento refleja en gran parte la vida, tan llena de vicisitudes, del pueblo de Israel; en el Nuevo Testamento sólo se trata de la vida y de los testimonios de unos pocos hombres; todo gira alrededor de la doctrina de Jesús, de sus discípulos y de sus apóstoles.

La arqueología no puede darnos un testimonio extensivo del mundo del Nuevo Testamento. La vida de Jesucristo no contiene nada que pueda dejar huellas materiales en este mundo, ni palacios ni templos, ni campañas de conquista, ni ciudades incendiadas ni países arrasados... La misión de Jesús era una misión de paz: enseñaba la palabra de Dios. Los investigadores vieron que sólo podían actuar en la reconstrucción del ambiente que le rodeaba, en la búsqueda de los lugares y de las aldeas en las cuales vivió, actuó y murió. De todos modos pudieron disponer de una guía de carácter único. Ningún acontecimiento en toda la historia de Grecia y de Roma, ningún manuscrito de

un autor clásico ha llegado a la posteridad en tan variados textos antiguos como las Escrituras del Nuevo Testamento. Su número pasa de mil y las más antiguas y dignas de crédito de entre ellas proceden de pocos decenios después de Jesucristo.

#### LIBRO DE LA GENERACIÓN DE JESUCRISTO, HIJO DE DAVID, HIJO DE ABRAHAM (Mt. 1:1).

Quien tuvo la mala suerte de leer a Houston Stewart Chamberlain — y esto hicieron en los pasados decenios en Europa, pero principalmente en Alemania, millones de personas — podrían ser de diferente opinión. Este escritor, hijo de un general inglés y yerno de Ricardo Wagner, escribió un libro que alcanzó un número enorme de ediciones. Se titulaba *Los fundamentos del siglo XIX*. ¡En él se decía que el padre de Jesús había sido ario! Chamberlain llegaba hasta a presentar "pruebas" y se refería a "fuentes históricas."

¿Existen en realidad tales fuentes? ¿Qué es lo que dicen? ¿De dónde proceden?

Hay, en efecto, toda una serie de narraciones. Proceden de los dos primeros siglos de la nueva era y fueron contadas y difundidas por los enemigos de los cristianos, por los judíos y por los paganos.

Un nombre sobresale especialmente y desempeña un papel principal. También en el Talmud, el libro religioso más importante del judaísmo postbíblico, se le menciona. Unas veces se le llama "ben Pandera," otras "ben Pantera" y otras "ben ha-Pantera."

Como consecuencia de un relato que pasó de boca en boca, el pagano Celso, alrededor del año 178, había oído de un judío lo siguiente: "Miriam 2 fue repudiada por su esposo, carpintero de oficio, después de haberla éste convencido de infidelidad en el matrimonio. Ella fue entonces de un sitio para otro arrastrando su vergüenza hasta que, en secreto, dio a luz a Jesús, cuyo padre era un guerrero de nombre "Panthera." En el Talmud los nombres que se mencionan son "ben Pandera" y "Jesús ben Pandera." En un lugar del Talmud babilónico se habla del "Pandera el querido." También se dice: "En Pumbedita se la llamaba: "S'tath da," es decir, "fue infiel a su esposo" (Sabbat 104 G; Sanhedrín 67 a). Se decía de "Pandera" que era un extranjero, legionario romano.

¿Cómo pudieron hacerse tales afirmaciones?

Los cristianos hablaban de Jesús como del "hijo de la Virgen." Los judíos se apoyaron en esta afirmación para difamarla. Se hicieron eco de este misterio y después la esgrimieron para sus fines. "Parthenos," en griego, significa "virgen"... La palabra "Parthenos" fue tergiversada. Con mofa llamaban los judíos al "hijo de la Virgen" "ben ha-Pantera," lo cual, en su idioma, podía también interpretarse como "hijo de la Pantera."

Con el transcurso del tiempo el origen de este epíteto fue olvidado. Ni siquiera los judíos sabían ya que a Jesús, en su propio círculo, se le llamaba según su madre. De esta forma recibió más tarde, como mofa, el nombre de "Pantera" dándose a todo el tendencioso relato otro sentido.

En Oriente un hijo jamás lleva el nombre de su madre. Es siempre conocido por el de su padre. En consecuencia, el nombre de "Pantera" o "Pandera" fue tomado como nombre

del padre de Jesús. El nombre de su madre era bien conocido: se llamaba "Miriam," es decir, "María." "Pantera" o "Pandera" era desconocido como nombre judío. El que lo llevaba tenía que ser forzosamente un extranjero, en todo caso alguien que no era judío. Y ¿cuáles eran los extranjeros que habitaban el país en la época en que María tuvo a su hijo? La contestación a esta pregunta era bien fácil: los romanos. En aquella época de transición la Judea estaba llena de legionarios romanos.

Esta explicación y esta tergiversación del nombre de "ben Pantera" vino a pedir de boca a las tendencias anticristianas de los judíos fanáticos. Parecía hecho ex profeso para distanciarse de los disidentes de su religión y para calificarles como no judíos.

Considerado a la luz de la investigación cristiana y hasta de la propia judía, resulta bien patente que H. S. T. Chamberlain, en su intento de demostrar la descendencia "no judía" de Jesús, se ha centrado a una afirmación tendenciosa de los judíos. Se hizo eco de una leyenda difamadora, de una falsificación intencionada contenida en el Talmud babilónico. Y lo mismo le aconteció a Ernesto Heckel, el autor de Los enigmas del Universo.

Los Evangelios consideran a Jesús como descendiente directo, como "hijo de David." Esto se afirma en forma terminante y no deja lugar para suposiciones de origen pagano. Ni el apóstol San Pablo, gran conocedor del mundo pagano, ni San Lucas, el evangelista, pagano de nacimiento, habrían visto seguramente inconveniente alguno en una descendencia pagana de Jesús y con seguridad alguna vez habrían hecho mención de ella.

"Aconteció que por aquellos días emano un edicto de parte de César Augusto, en que ordenaba que se inscribiesen en el censo los habitantes de todo el orbe. Este primer censo se hizo siendo Quirinio propretor de la Siria. Y se ponían todos en viaje para inscribirse, cada cual a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a la Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, por ser él del linaje y familia de David" (Lc. 2:1-5).

Los censos no han sido en modo alguno inventados por los estadistas modernos. En tiempos remotísimos servían, como ahora, para dos objetivos altamente prosaicos. Suministraban, en primer término, los datos necesarios para el servicio de las armas y, en segundo lugar, para el establecimiento de impuestos. En los países sometidos lo que más interesaba a Roma era esto último.

Sin los tributos que se percibían en el extranjero, de tener que contar tan sólo con las riquezas de su propio país, Roma no hubiera podido procurarse ni el lujo de sus admirables edificios e instalaciones, ni su vida de extraordinario derroche, ni todo el aparato administrativo. Con magnanimidad podían los soberanos de Roma conceder gratis a su pueblo "panem et circenses," es decir, el pan y los espectáculos del circo.

El grano de trigo para el pan lo suministraba Egipto. Y las grandiosas arenas para los juegos eran construidas por esclavos con el dinero procedente de los tributos.

El "censo," según era designada oficialmente la estadística relativa a la imposición de impuestos, tenía lugar en el Imperio romano cada catorce años, tanto por lo que se

refiere a los "cives romani," es decir, a los ciudadanos de Roma, como para España y Galia, para Egipto como para Siria y Palestina.

"El gobernador Girino" es el senador P. Sulpicius Quirinius, según es conocido en los documentos romanos. El emperador Augusto apreciaba las cualidades extraordinarias de este advenedizo como militar y como administrador. Nacido en Túsculo, ciudad situada en los montes Albanos, en un ambiente sumamente modesto, figuraba entre los invitados favoritos de las familias romanas.

Quirinio llegó a Siria en calidad de legado el año 6 después de J.C. Junto con él mandó Roma a Coponio en calidad de primer procurador de Judea. Entre los años 6 y 7 después de J.C., hicieron un censo, pero no puede tratarse del censo mencionado por el evangelista San Lucas, porque entonces Jesús tenía ya más de diez años. Según el relato bíblico se trata del censo ordenado por el emperador Augusto en el año "del natalicio de Jesucristo.

¿Es que San Lucas, el médico, se habría equivocado?

Durante mucho tiempo así lo pareció. Sólo cuando en Antioquía fue hallado el fragmento de una inscripción romana se llegó, con sorpresa, a comprobar que Quirinio había estado otra vez, como legado del emperador Augusto, en Siria y precisamente en tiempos del procónsul Saturnino.

Entonces le correspondió una misión puramente militar. Dirigía la campaña contra los homonadenses, tribu establecida en la cordillera del Tauro, en el Asia Menor. Quirinio tenía su residencia habitual, así como su cuartel general, en Siria, entre los años 10 y 7 antes de J.C.

\*\* \*\* \*

1. En griego, "Decápolis."

2. Es decir, "María."

2. La Estrella de Belén.

Una conjetura de Orígenes. — El cometa de Halley visto en China. — Observatorio de Kepler en Praga. — El mapa estelar de Sippar. — Relato de astrónomos de Babilonia. — Cálculos de los astrónomos modernos. — Helada de diciembre en Belén.

NACIDO JESÚS EN BELÉN DE LA JUDEA EN LOS DÍAS DE HERODES, EL REY, HE AQUÍ QUE UNOS MAGOS, VENIDOS DE LAS REGIONES ORIENTALES, LLEGARON A JERUSALÉN. DICIENDO: "¿DÓNDE ESTÁ EL REY DE LOS JUDÍOS QUE NACIÓ? PUES VIMOS SU ESTRELLA EN EL ORIENTE Y VENIMOS A ADORARLE" (Mt. 2:1-2).

Expediciones internacionales de astrónomos son cosa a que el hombre moderno hace tiempo está acostumbrado. En 1954 Suecia fue invadida por estos expertos del cielo

estrellado. Hombres de ciencia de todo el Mundo acudieron a los países escandinavos con el fin de observar un eclipse total de Sol. Al acudir los sabios procedentes del Oriente a Palestina, puede haberse tratado de algo parecido?

Desde hace muchos siglos el relato del evangelista San Mateo relativo a la estrella del Mesías ha ocupado más y más la fantasía de las gentes. Tanto los profanos como los expertos se dedicaron a este tema llenando páginas y más páginas de literatura. La "estrella de Belén" ha sido atribuida a todos cuantos astros cruzan la bóveda celeste, y a muchos más, imaginados por la fantasía.

Que se trató de una aparición sidérea de clase muy extraordinaria se deduce claramente del texto bíblico. Por lo que a apariciones celestes se refiere, es cosa que compete a los astrónomos dilucidar su origen y de ellos es de quienes puede esperarse una aclaración de acuerdo con los conocimientos modernos.

Si se supone que fue una repentina aparición en el firmamento, sólo pueden darse, exceptuando a los bólidos, dos posibilidades: se trata de un cometa o se trata de una estrella nueva, lo que los científicos llaman "nova."

Semejantes suposiciones fueron ya hechas hace siglos. Así, el escritor sagrado Orígenes, que vivió hacia el año 200 en Alejandría, escribió: "Soy de opinión de que la estrella que se apareció a los Magos en las tierras de Oriente, fue una estrella nueva que no tenía nada que ver con las que se nos muestran en la bóveda celeste o en las capas inferiores de la atmósfera. Seguramente pertenece a la clase de los astros que, de tiempo en tiempo, acostumbran aparecer en el aire y que los griegos, que suelen diferenciarlos dándoles nombres que hacen referencia a su configuración, les designan unas veces con el nombre de cometas, viguetas ígneas, estrellas con cola, toneles, o con otros muchos nombres."

Los cometas con sus colas, que a veces se extienden hasta cubrir una mitad de la bóveda celeste, han conmovido profundamente y siempre los ánimos de las gentes. Eran considerados como presagios de acontecimientos especiales. No es, pues, de admirar que este espectáculo, el más bello de todos los fenómenos celestes, se relacionase con la estrella de los Magos de Oriente. Los artistas se dedicaron a representar ese bello motivo; en muchos de los belenes, tan populares en ciertos países, representando el nacimiento del niño Jesús, aparece sobre el portal de Belén un resplandeciente cometa.

Las excavaciones y los hallazgos de escrituras han proporcionado un cuantioso material relativo a los fenómenos astronómicos acaecidos en los pasados milenios. Existen dibujos y observaciones procedentes de los griegos, de los romanos, babilonios, egipcios y chinos.

Después del asesinato de César, a poco de los idus (I) del mes de marzo del año 44 antes de J.C., apareció un brillante cometa. En el año 17 de nuestra era apareció también de repente otro cometa con una magnífica cola que, en los países mediterráneos, pudo observarse durante toda una noche. El siguiente cometa de importancia apareció en el año 66, poco antes del suicidio de Nerón.

En el intermedio existe un relato de mucha precisión procedente de los astrónomos chinos. En la enciclopedia Wen-hien-thung-khao del sabio chino Ma tuanlin, se dice sobre dicha aparición:

"En los primeros años del (emperador) Yven-yen, en el 7.º mes, el día Sin-uei (25 agosto), fue visto un cometa en la parte del cielo Tung-tsing (cerca de Mu de los Gemelos). Se desplazó sobre los U-Tschui-Heu (Gemelos), salió de entre Ho-su (Cástor y Pólux) y emprendió su carrera hacia el Norte y penetró en el grupo Hienyuen (Cabeza del León), y en la casa Thaiouei (Cola del León)... En el 56.º día desapareció en el Dragón Azul (Escorpión). En conjunto, el cometa fue observado durante 63 días."

El detallado relato de la antigua China contiene la primera descripción del célebre cometa Halley, aquel magnífico astro con su vistosa cola que se acerca cada 76 años a las proximidades del Sol. Por última vez apareció entre los años del 1909 al 1911. En el año 1986 volverá a gozar la Tierra del raro espectáculo. Pues recorre puntualmente su órbita a través del espacio. Pero no es siempre, ni en todas partes, visible con la misma intensidad. Así, en el año 12 antes de J.C. constituyó un acontecimiento celeste y fue visible con todo detalle. En cambio, ni en los países del Mediterráneo, ni en Mesopotamia ni en Egipto se hace, en aquella época, mención alguna de un cuerpo celeste tan luminoso e impresionante.

Lo mismo puede decirse de las "estrellas nuevas." Estas "nova" son astros que, debido a una explosión atómica, liberan repentinamente grandes masas de materia. Su luminosidad, sobrepujando al brillo de todas las demás estrellas, es tan extraordinaria, tan fuera de lo acostumbrado, que casi siempre se habla de ellas.

En la época del cambio de la era, sólo por dos veces se habla del incendio de una nueva estrella. Esto ocurrió el año 134 antes de J.C., y el año 173 de la era cristiana. Ninguna de las antiguas fuentes de información ni tradición alguna menciona, ni la presencia de un cometa, ni de una "nova" observada en este año o en la cuenca del Mediterráneo.

Poco antes de la Navidad, el 17 de diciembre de 1603, el matemático imperial y astrónomo de la corte Juan Kepler estaba sentado en plena noche en el Hradschin de Praga, sobre el río Moldava, observando la aproximación de dos planetas. Este fenómeno se designa por los astrónomos con el nombre de "conjunción," palabra que sirve para indicar qué dos planetas se hallan situados en el mismo grado de longitud. A veces, los planetas se acercan tanto que pueden llegar a parecer una sola estrella de gran luminosidad. Aquella noche, Saturno y Júpiter se dieron cita en la constelación de los Peces.

Al volver a calcular sus posiciones Kepler descubre, de repente, un relato del rabino Abarbanel que da pormenores sobre una extraordinaria influencia que los astrólogos judíos atribuían a la misma constelación. El Mesías tendría que venir durante una conjunción de Saturno y de Júpiter en la constelación de los Peces.

La conjunción ocurrida en la época del natalicio del Niño Jesús ¿habría sido la misma que Kepler estaba observando en el año 1603?

Kepler hizo sus cálculos y los repitió varias veces. Era científico y seudocientífico, astrónomo y astrólogo, adherido a aquella enseñanza que ya el Codex Justinianus había considerado equivalente, en cuanto a penalidad al crimen de envenenador. El resultado de sus cálculos fue la observación de una triple conjunción dentro de un mismo año. El cálculo astronómico señaló para la fecha de este fenómeno el año 7 antes de J.C. Según las tablas astrológicas, tuvo que haber ocurrido el año 6 antes de J.C. Kepler se decidió por el año 6 y remitió la concepción de María al año 7 antes de la era cristiana.

Kepler dio a conocer su fascinante descubrimiento en una porción de libros. Pero este esclarecido genio y descubridor de las leyes relativas a los planetas, designadas con su nombre (leyes de Kepler), acabó por dedicarse casi exclusivamente a la mística. Como consecuencia de ello, la hipótesis de Kepler fue desechada durante mucho tiempo hasta que, por fin, cayó en el olvido. Sólo en el siglo XIX los astrónomos se acordaron de ella. Pero faltaba la posibilidad de una clara demostración científica.

Y esta demostración la procuró la ciencia de nuestro siglo.

En 1925 el erudito alemán P. Schnabel descifró unos trazos cuneiformes procedentes de un célebre Instituto técnico de la antigua escuela de Astrología de Sippar, en Babilonia. Entre interminables hileras de escuetos datos relativos a las observaciones, se encuentra una noticia sobre la situación de los planetas en la constelación de los Peces. Júpiter y Saturno vienen cuidadosamente indicados durante un período de cinco meses. ¡Y esto ocurre, referido a nuestro cómputo, en el año 7 antes del nacimiento de Cristo!

Los arqueólogos y los historiadores tienen que reconstruir pacientemente la imagen de una época mediante la observación de documentos y de restos de edificios, estudiando los hallazgos realizados en las excavaciones, acoplando los fragmentos y los restos. Para el astrónomo moderno la misión resulta más fácil. Puede volver atrás a voluntad el reloj del mundo; en el Planetarium le es dado ajustar el cielo estrellado tal como estaba algunos milenios atrás, en cualquier año, en cualquier mes, y hasta, con toda precisión, en un determinado día. De igual manera puede precisar la situación de los planetas en la bóveda celeste.

En el año 7 antes de nuestra era hubo, en efecto, una conjunción de Júpiter y de Saturno en la constelación de los Peces y, precisamente, según calculó Kepler, tuvo lugar tres veces consecutivas. Los cálculos matemáticos prueban que esa triple conjunción de los planetas debió de ser visible en condiciones muy favorables desde el espacio del Mediterráneo.

En la efemérides de los encuentros planetarios aparece de la siguiente manera en los sobrios datos facilitados por los modernos cálculos astronómicos:

Hacia el final del mes de febrero del año 7 antes de J.C. atravesaba el firmamento la citada constelación. Júpiter pasó de la constelación Acuario para encontrar a Saturno en la constelación de los Peces. Como el Sol, en aquella época, se hallaba también en la constelación de los Peces, su luz los ocultaba. El 12 de abril ambos planetas efectuaban su orto helíaco a una distancia de 8 grados de longitud en la constelación de los Peces. "Orto helíaco" es como se designa por el astrónomo la primera salida de un astro en el crepúsculo matutino.

El 29 de mayo tuvo lugar, visible durante dos buenas horas en el cielo de la mañana, la primera aproximación, con una diferencia de cero grados de longitud y 0,98 grados de latitud a los 21 grados en dicha constelación.

La segunda conjunción tuvo lugar el 3 de octubre a los 18 grados en la constelación de los Peces.

El 4 de diciembre fue visible por tercera y última vez, la aproximación de los planetas Júpiter y Saturno. Esta vez a 16 grados en la propia constelación de los Peces. A fines de enero del año 6 antes de J.C., el planeta Júpiter pasó de la constelación de los Peces a la del Carnero.

"Hemos visto su estrella en el Oriente" (Mt. 2:2), se dice en la traducción, poniendo esta frase en boca de los Magos. Los críticos entendidos en los textos sagrados descubrieron que, en el original, las palabras "en el Oriente" suenan así: "en tae anatolæ," es decir, en singular; en otro lugar el concepto de "Oriente" se expresa "anatolai," es decir, en plural. A la forma singular "anatolæ" se le atribuye astronómicamente una especial circunstancia, dado que con ello se entiende la salida temprana de los astros, es decir, el llamado orto helíaco.

Prosiguiendo en esta crítica del texto, la traducción, para ser clara según el lenguaje técnico de los expertos, es decir de los astrónomos, tendría que ser ésta:

"Hemos visto aparecer su estrella en los resplandores del crepúsculo matutino." Así habría correspondido exactamente a las circunstancias astronómicas.

Pero ¿por qué, entonces, la marcha de los Magos hacia Palestina, siendo así que el fenómeno era también visible en Babilonia?

Los observadores del cielo en Oriente, como astrólogos que eran, atribuían a cada estrella un significado especial. Según la opinión predominante en Caldea, la constelación de los Peces era el Signo de la Tierra de occidente, de las tierras del Mediterráneo; según la tradición judía era el signo de Israel, el signo del Mesías. La constelación de los Peces está al final de una vieja trayectoria del Sol y el principio de una nueva. ¡Nada más propio para considerar aquel signo como el fin de una era y el principio de otra!

Júpiter era considerado por todos los pueblos y en todos los tiempos como la estrella de la fortuna y de la realeza. Según las antiguas tradiciones de los judíos, Saturno tenía que proteger a Israel; Tácito lo pone al mismo nivel que al Dios de los judíos. La astrología babilónica consideraba al planeta del anillo como estrella especial de los vecinos países de Siria y Palestina.

Desde Nabucodonosor muchos millares de judíos vivían en Babilonia. Muchos de entre ellos pueden haber realizado sus estudios en la Escuela astrológica de Sippar. Una aproximación tan esplendente de Júpiter y Saturno, el protector del pueblo de Israel, en la constelación del "País de Occidente," del Mesías, tiene que haber conmovido a los astrólogos judíos. Pues según la interpretación astrológica significaba la aparición de un



rey poderoso en la Tierra de Occidente, en la tierra de sus padres. ¡Asistir a ello, verlo con sus propios ojos, este fue el motivo del viaje de los Magos, conocedores de las estrellas, procedentes del Oriente!

El 29 de mayo del año 7 antes de J.C. observaron el primer acercamiento de ambos planetas desde la azotea de la escuela de Astrología de Sippar. En esta época, en el País de los Dos Ríos hace ya un calor insoportable. El verano no es tiempo para emprender largos y fatigosos viajes. Además, sabían que la conjunción volvería a reproducirse el 3 de octubre. Así como calculaban los eclipses de Sol y de Luna, podían calcular anticipadamente la situación que ocuparía la citada constelación. Teniendo en cuenta que el 3 de octubre se celebraba la festividad judía de la Reconciliación la debieron de considerar como aviso, emprendiendo por aquellos días su viaje.

La duración de éste siguiendo las rutas de las caravanas, y a pesar del medio más rápido de transporte que representaban los camellos, debía de ser larga. Si se calcula un mes y medio como duración aproximada, los magos debieron llegar a Jerusalén a fines del mes de noviembre.

"¿Donde esta el Rey de los judíos que nació? Pues vimos su estrella en Oriente y venimos a adorarle. Al oír esto, el rey Herodes se turbo, y toda Jerusalén con él" (Mt. 2:2-3).

Para los conocedores de las estrellas del País de Oriente ésta tenía que ser la primera y lógica pregunta; y esta sencilla pregunta es natural que produjera pánico, en Jerusalén, dado que en la Ciudad Santa nada se sabía de las escuelas de Astrología.

Herodes, el odiado tirano, tuvo miedo. El anuncio de que nacía un rey le hizo temer la llegada a término de su soberanía. En cambio, el pueblo sintió un estremecimiento de alegría, según se hace patente en otras fuentes históricas. Aproximadamente un año después de la conjunción de los dos planetas en la citada constelación de los Peces despertóse un fuerte movimiento en pro del Mesías. El historiador judío Flavio Josefo explica que por aquel tiempo se extendió entre el pueblo el rumor de que, al terminar la dominación romana, Dios había decidido anunciar por medio de una señal divina el advenimiento de un soberano judío. Herodes, que había sido nombrado por los romanos, no era en realidad sino idumeo.

Herodes no titubeó: "Reunió a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías." Éstos se pusieron a estudiar los viejos textos sagrados de su pueblo y encontraron la indicación en el libro del profeta Miqueas, que setecientos años antes había vivido en el reino de Judá:

"Mas tú, Belén Efratá, eres pequeña para figurar entre las regiones de Judá; de ti me saldrá quien ha de ser dominador en Israel..." (Miq. 5:1).

Herodes hizo entonces llamar en secreto a los Magos y "los envió a Belén" (Mt. 2:4-8). Cuando, el 4 de diciembre, Júpiter y Saturno se encontraron de nuevo en la constelación de los Peces, "se alegraron con gozo sobremanera grande" y se dirigieron a Belén. "Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente, les precedía" (Mt. 2:10).

En el camino de Hebrón, a unos 7 kilómetros de Jerusalén, se halla situada la aldea de Bet Lahm, el antiguo Belén de Judá. La vieja senda que en su tiempo había sido ya recorrida por Abraham, lleva casi exactamente de Norte a Sur. En su tercera conjunción los planetas Júpiter y Saturno se unieron en tal forma que parecían formar una sola estrella. En el crepúsculo vespertino eran visibles en dirección Sur de manera tal, que los Magos de Oriente, en la ruta que seguían desde Jerusalén a Belén, siempre tenían a la estrella ante sus ojos. La estrella iba, en efecto, tal como dice el Evangelio, precediéndoles.

Cada año millones de personas oyen en el Mundo la historia de los Magos de Oriente. La "estrella de Belén," símbolo inseparable de la Navidad, acompaña también a los seres humanos durante toda su vida. En las enciclopedias y sobre las tumbas tiene también su lugar junto a la fecha del nacimiento.

La cristiandad celebra la fiesta de Navidad del 24 al 25 de diciembre. Astrónomos, historiadores y teólogos han llegado, entre tanto, a la conclusión de que el 25 de diciembre del año cero no es la fecha auténtica del nacimiento de Jesucristo, ni por lo que hace referencia al año ni al día. Responsables de ello son algunos errores y equivocaciones de cálculo cometidos por el monje escita Dionisio el Exiguo. Vivía éste en Roma y en el año 533 recibió el encargo de determinar cuál debía ser el principio de la nueva era. Olvidó tener en cuenta el año cero que debía ser intercalado entre el año uno antes y el año primero después de J.C. Además, dejó de contar los cuatro años en que el emperador romano Augusto había reinado bajo su propio nombre, Octavio.

El relato bíblico contiene una indicación expresa: "Nacido Jesús en Belén de la Judea en los días de Herodes el rey..." (Mt. 2:1). Quién era Herodes, cuándo vivió y cuándo reinó se sabe por numerosas fuentes de información de aquella época. Herodes fue nombrado por Roma rey de Judá el año 40 antes de J.C. Su reinado terminó con su muerte el año 4 antes de la era cristiana. Jesús, por tanto, tuvo que haber nacido antes de dicho año.

El día 25 de diciembre es mencionado por primera vez como festividad de Navidad en el año 354. Bajo el emperador romano Justiniano 2 fue reconocido legalmente como día festivo. En la elección de este día desempeñó un papel preponderante una festividad de la antigua Roma. En esta urbe el 25 de diciembre era el "dies natalis invicti," el "día del nacimiento del jamás vencido," el día del solsticio de invierno y además, en Roma, el último día de "las Saturnales" que hacía tiempo habían degenerado en un carnaval, consistente en una semana de desenfreno y, por tanto, en un tiempo en que los cristianos podían sentirse más seguros de no ser perseguidos.

Además de los historiadores y de los astrónomos les correspondería también a los meteorólogos dar su opinión al fijar la fecha del nacimiento de Jesús. Según el evangelio de San Lucas "... había unos pastores en aquella misma comarca que pernoctaban al raso y velaban por turno para guardar sus ganados" (Lc. 2:8).

Los meteorólogos han realizado medidas exactas de la temperatura en Hebrón. Esta localidad, situada al sur de las montañas de Judá, tiene el mismo clima que la cercana Belén. La curva de la temperatura ofrece heladas en tres meses: en diciembre, 2,8° bajo cero; en enero, 1,6° bajo cero, y en febrero, 0,1° bajo cero (temperaturas Celsius). Los dos primeros meses ofrecen, al propio tiempo, las precipitaciones más altas del año: 147 milímetros en diciembre y 187 milímetros en enero. Según los resultados de las

investigaciones hasta el día realizadas, el clima de Palestina no ha sufrido sensible modificaciones durante los últimos 3.000 años, de manera que los datos meteorológicos modernos pueden servir de base.

En tiempo de Navidad reina en Belén la helada y cuando la temperatura es mínima, en la Tierra Prometida no debía de haber ganado en los prados. Este hecho viene reforzado por una noticia del Talmud según la cual en aquellos lugares los rebaños salían al campo en el mes de marzo y eran recogidos a principios de noviembre. Casi ocho meses permanecen al aire libre.

Alrededor de la época en que celebramos las Navidades los rebaños permanecían en Palestina en los establos y, con ellos, los pastores.

El relato del evangelio de San Lucas habla, por tanto, del nacimiento de Jesús antes de la entrada del invierno y la mención de la brillante estrella que se hace en el Evangelio de San Mateo se refiere al año 7 antes de la era cristiana.

\*\* \*\* \*

1. Idus. En el antiguo cómputo romano, el día 15 de marzo, mayo, julio y octubre, y el 13 de los demás meses (N. del T.).

2. 527-565 después de J.C.

3. La Huída a Egipto.

Mataria junto a El Cairo. — Un célebre "huerto," — Lugar de peregrinación junto al bíblico On. — Un jardín con balsaminas de la reina Cleopatra.

UN ÁNGEL DEL SEÑOR SE APARECE EN SUEÑOS A JOSÉ, DICIÉNDOLE:  
"LEVÁNTATE, TOMA CONTIGO AL NIÑO Y A SU MADRE Y HUYE A EGIPTO  
Y ESTÁTE ALLÍ HASTA QUE YO TE DIGA, PORQUE HERODES VA A BUSCAR  
AL NIÑO PARA ACABAR CON ÉL." ÉL, LEVANTÁNDOSE, TOMÓ AL NIÑO Y  
A SU MADRE DE NOCHE Y SE REFUGIO EN EGIPTO; Y ESTUVO ALLÍ HASTA  
LA MUERTE DE HERODES (Mt. 2:13-15).

Aquel que huye al extranjero acostumbra ir, si es posible, allí donde viven compatriotas suyos. Y aquel que además lleva consigo un niño de pecho, dará la preferencia a un lugar situado detrás de la frontera.

En el camino de Palestina a Egipto, unos 10 kilómetros al norte de El Cairo, se halla el pequeño y silencioso lugar de Mataria, en la orilla derecha del Nilo. No es preciso, pues, atravesar la corriente del río. Entre los extensos campos de caña de azúcar se asoma la cúpula de la "Sanctæ Familiæ in Aegypto Exuli," la "Iglesia de la Sagrada Familia." A unos jesuitas franceses les pareció que los antiquísimos relatos relacionados con el jardincillo próximo eran motivo suficiente para la construcción del pequeño templo.

Hoy día, como antaño, peregrinos de todo el Mundo salen por la rechinante puerta al jardín y se detienen ante el robusto tronco de un sicómoro 1 en el cual se reconocen las huellas del tiempo, llamado "el árbol de la Santa Virgen." En su tronco hueco, así dice una piadosa historia — se cobijó y se escondió la Virgen María con el Niño Jesús al huir de sus perseguidores. Y una araña tejó una tela tan espesa sobre los fugitivos, que éstos no fueron descubiertos.

Sobre la verdadera edad del venerable árbol se ha discutido mucho. Los testimonios más antiguos respecto a él datan tan sólo de algunos siglos. Pero existe una mención de este lugar que cuenta cerca de dos mil años.

El jardín de Mataria era célebre en la Edad Media como "jardín," porque en él se producían plantas que no se encontraban en ningún otro lugar de Egipto: "delgados arbolitos que no llegaban a crecer más altos que el cinturón de los calzones de montar y cuyo tronco se parece al de la vid," escribe el inglés John Maundeville, que lo visitó en un viaje realizado el año 1322. Lo que describió eran arbustos de balsamina. Cómo llegaron estas preciosas plantas a Egipto lo describe el notable historiador Flavio Josefo.

Después del asesinato de César, Marco Antonio fue a Alejandría. Cleopatra, la ambiciosa reina de Egipto, se alió con él.

En silencio preparaba el restablecimiento del antiguo poder de sus antepasados, la reconquista de Palestina. Muchas veces visitó la tierra judía y Jerusalén y hasta intentó tender sus redes al rey Herodes, puesto allí por Roma, y atraerlo a su lado. Ciertamente que Herodes estaba muy lejos de ser enemigo de las mujeres, pero era demasiado ladino y perspicaz para no comprender que semejante aventura podía acarrearle la enemistad del poderoso Marco Antonio. Sin embargo, la negativa dada a Cleopatra estuvo a punto de costarle la cabeza. La vanidad femenina, herida en lo profundo, hizo que intrigara cerca de Marco Antonio contra Herodes. Se arregló de manera que el rey pidió, bajo la inculpación de graves cargos, fuese citado a Alejandría. Cleopatra había llevado su juego en forma muy refinada, pero Herodes era un viejo zorro.

Cargado de oro se hizo anunciar a Marco Antonio y consiguió apaciguar al romano sobornándole. ¡Otro nuevo motivo de humillación para la reina! Sin embargo, tampoco ella salió del trance con las manos vacías. Herodes tuvo que ceder toda la valiosa costa de Palestina con sus ciudades; Marco Antonio hizo de ella un presente a su amada en calidad de propiedad personal. Y, además, la ciudad de Jericó, junto al Jordán, con todas las plantaciones anexas; en jardines perfumados crecían allí las especies más valiosas del reino vegetal procedentes de semillas que, en tiempos remotos, había donado la reina de Saba al gran Salomón... entre ellas la planta productora del bálsamo.

"La nueva propietaria — hace notar expresamente Josefo —· tomó muestras de ella y se los llevó a Egipto. Dentro de la circunscripción del templo de Heliópolis (el "On" de la Biblia) (Gen. 41:50) fueron plantados por orden suya. Bajo el cuidado de expertos jardineros judíos, procedentes del valle del Jordán, arraigaron en la tierra del Nilo aquellas plantas tan raras y valiosas... y así se formó el famoso "jardín" de Mataria.

Treinta años después, cuando Marco Antonio y Cleopatra hacía ya tiempo se habían suicidado después de perdida la batalla naval frente a Accio, José y María con el Niño

Jesús buscaban un refugio seguro entre los jardineros judíos, en el perfumado huerto de balsaminas de Mataria.

Muchas son las huellas que conducen obstinadamente a aquel lugar; quizá algún día se hallará alguna que resulte de auténtico valor histórico.

\*\* \*\* \*

1. Higuera.

4. En Nazaret de Galilea.

Muerte del rey Herodes. — El "tirano más cruel." — Desórdenes en el país. — Control de la hacienda en Jerusalén. — Sabino roba el tesoro del templo. — Varo crucifica 2.000 judíos. — La ciudad de los carpinteros. — Donde creció Jesús.

EN HABIENDO MUERTO HERODES. HE AQUÍ QUE UN ÁNGEL DEL SEÑOR SE APARECE EN SUEÑOS A JOSÉ EN EGIPTO Y LE DICE: "LEVÁNTATE, TOMA AL NIÑO Y A SU MADRE Y VETE A LA TIERRA DE ISRAEL, PORQUE HAN MUERTO YA LOS QUE ATENTABAN CONTRA LA VIDA DEL NIÑO"... MAS, HABIENDO SABIDO QUE EN JUDEA REINABA ARQUELAO EN LUGAR DE SU PADRE HERODES, TEMIÓ IR ALLÁ (Mt. 2:19-22).

Herodes murió cuando contaba setenta años, en el año 4 antes de nuestra era, treinta y seis años después que Roma le había nombrado rey. Inmediatamente después de su muerte tuvo lugar un eclipse de Luna cuya fecha exacta han calculado los astrónomos: ocurrió el 13 de marzo de dicho año.

Duro es el juicio que Flavio Josefo nos transmite de él cuando, algunos decenios más tarde, escribe sobre Herodes: "No fue un rey sino el tirano más cruel que jamás haya gobernado un país. Ha asesinado a una multitud de personas y la suerte de aquellas que dejó con vida fue tan triste, que envidiaban la suerte de los sacrificados. No sólo ha martirizado como individuos a sus súbditos, sino que, además, los ha maltratado como pueblo. Para embellecer ciudades extranjeras ha sometido al pillaje a las suyas propias, haciendo a otros países obsequios pagados con la sangre de los judíos. Debido a ello, en lugar del primitivo bienestar y de las costumbres ancestrales y dignas de respeto, ha empobrecido al pueblo y ha sembrado en él la desmoralización. En realidad, los judíos han sufrido en pocos años, bajo Herodes, más sufrimientos que sus antepasados en el largo espacio de tiempo desde la salida de Babilonia y el regreso bajo Jerjes."

Durante los treinta y seis años de su reinado apenas si hubo un día en que no se cumpliera una pena de muerte.

Herodes no respetaba a nadie, ni siquiera a su propia familia ni a sus más íntimos amigos ni a los sacerdotes y tampoco a su pueblo. En la lista de sus asesinatos figuran dos esposos de su hermana Salomé, su mujer Mariamme y sus hijos Alejandro y Aristóbulo. Hizo ahogar a su cuñado en el Jordán y eliminó a su suegra, Alejandra. Dos sabios que habían arrancado las águilas romanas de oro de la puerta del templo fueron

quemados vivos. Hircano, el último de la familia de los Hasmoneos, fue asesinado; varias familias nobles completamente exterminadas; muchos fariseos apartados de su camino. Cinco días antes de su muerte el anciano hizo aún asesinar a su hijo Antípater. Y esto era sólo una parte de las fechorías de aquel que, "como soberano, era una fiera."

El carácter de ese hombre cruel explica que fuera capaz de ordenar la degollación de los inocentes de Belén que en la Biblia se le atribuye (Mt. 2:16).

Después de asesinado Antípater, Herodes, en su propio lecho de muerte, hace testamento, nombrando sucesores suyos a tres de sus hijos menores: Arquelao, como heredero de la realeza; Herodes Antipas y Filipo, como tetrarcas, soberanos de Galilea y Perea, una parte de la tierra situada al este del Jordán, así como del territorio al nordeste del lago de Genesaret. Arquelao es reconocido rey por su familia, y las tropas de Herodes, constituidas por soldados germanos, galos y tracios; le aclaman. Pero al saberse en el país la noticia de la muerte del déspota, estallan desórdenes de violencia jamás conocida entre el pueblo judío. Al sordo odio contra la estirpe de los herodianos se mezcla la sublevación contra Roma.

En vez del duelo por la muerte de Herodes se elevan lamentos y quejas por sus inocentes víctimas. El pueblo reclama venganza por Yehuda ben Serifa y Matatías ben Margolot, que fueron quemados cual teas humanas. Arquelao contesta mandando sus tropas a Jerusalén. En un solo día se producen 3.000 víctimas. El atrio del templo está lleno de cadáveres. Esta primera actuación de Arquelao pone al descubierto su verdadero carácter: el hijo de Herodes supera a su padre en instintos de crueldad y en injusticias.

El testamento requería aún el beneplácito del emperador Augusto. Por eso se desplazan sucesivamente a Roma Arquelao y Herodes Antipas. Al mismo tiempo se dirigen a Augusto cincuenta ancianos como embajada de Israel, para solicitar de él que les libre de aquella monarquía. En ausencia de los herodianos los desórdenes adquieren mayor extensión. Para restablecer la paz se manda a Jerusalén una legión romana. La desgracia quiere que en medio de estos desórdenes llegue Sabino, el pretor administrativo de Augusto. Sin escuchar consejos ni advertencias se instala en el palacio de Herodes y se ocupa de comprobar las contribuciones y los tributos de la Judea.

En la fiesta semanal acuden millares de peregrinos a la Ciudad Santa. Se produce un choque sangriento. En la plaza del templo tiene lugar una lucha encarnizada. Las tropas romanas son apedreadas. Éstas incendian las galerías, penetran en el templo y roban todo lo que hallan a mano. El propio Sabino se apodera de 400 talentos pertenecientes al tesoro. Después tiene que atrincherarse apresuradamente en palacio.

La rebelión de Jerusalén se propaga a todo el país como un incendio. Los palacios reales de Judea, después de ser saqueados, son pasto de las llamas. El gobernador de Siria acude con un poderoso ejército romano reforzado con tropas de Beirut y de Arabia. Así que apareciendo las fuerzas ante Jerusalén los sublevados huyen. Son perseguidos y hechos prisioneros en masa.

Dos mil hombres son crucificados.

El gobernador de Roma en Siria, siendo quien dio la orden, es mencionado en el libro de la Historia por una desastrosa derrota sufrida en el año 9 después de J.C. Se llamaba Quintilio Varo. Trasladado de Siria a Germania, perdió la batalla de la Selva de Teutoburgo.

Tal era la desastrosa situación cuando José, viniendo de Egipto, "oyó que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Herodes." Por esto "temió ir allá."

"Yendo a habitar a una ciudad llamada Nazaret..." (Mt. 2:23).

Muchos eruditos y escritores han alabado repetidamente la belleza del lugar en donde Jesús pasó los días de su niñez y de su juventud. San Jerónimo llamaba a Nazaret la "Flor de Galilea." El Nazaret actual es una pequeña villa de 8.000 almas. En las arcadas de sus calles y callejuelas están situados los talleres abiertos y las tiendas de muchos carpinteros. En ellos se construyen yugos de madera para los bueyes, arados y una gran variedad de utensilios que como entonces ahora siguen utilizando los pequeños campesinos.

En nuestros tiempos, como en los de Jesús, las mujeres van a buscar agua y llevan en la cabeza con suma habilidad los cántaros. El agua procede de una fuente situada al pie de la colina, donde brota en forma de un pequeño manantial. "Ain Maryam," es decir, "la Fuente de María" es el nombre que lleva desde remotos tiempos.

El viejo Nazaret ha dejado numerosas huellas. Estaba situado encima de la población actual, y allí, a 400 metros de altura, se agrupaban las pequeñas casas construidas con paredes de barro. Una de ellas pertenecía al carpintero José.

Lo mismo que Jerusalén, Nazaret está rodeada de montañas, Pero ¡qué diferente el carácter de ambos paisajes, cuan distintas las siluetas de ambas poblaciones y hasta el ambiente que las rodea! Una sensación de amenaza y de melancolía pesa sobre la tierra montañosa de Judea. Imponente y severo escenario de un mundo que albergó al profeta, al luchador sin compromisos, que opone su voluntad a la voluntad de todo el mundo, que fulmina contra toda injusticia, contra la inmoralidad, contra la inculcación del derecho y predica la responsabilidad de los pueblos y la corrección de las naciones.

Llenos de paz, de contornos suaves y amables, son en cambio los alrededores de Nazaret. Jardines y huertos rodean al pequeño poblado de campesinos y artesanos. Palmerales, bosquecillos de higueras y de granados, matizan de verdor las cercanas colinas. Los campos están sembrados de trigo y de cebada, los viñedos dan buenos frutos y en todas partes, junto a las lindes y a los caminos, se ven vistosas flores.

Este es el panorama del cual Jesús tomó los motivos para sus bellas comparaciones y sus parábolas: la de la simiente, la de la cosecha de trigo y la cizaña, la del grano de mostaza, la de la viña y de los lirios del campo.

Sin embargo, el antiguo Nazaret no estaba enteramente apartado del gran mundo. Desde el Norte, procedente de las montañas de Galilea, torcía en dirección a Nazaret la gran ruta de los romanos, y, pocos kilómetros al Sur, cruzaba un antiguo camino de caravanas, la animada vía comercial que unía a Damasco con Egipto a través de la llanura de Yezreel.

## 5. San Juan Bautista.

El testimonio de Josefa. — El matrimonio entre cuñados era contrario a la Ley. — Orden de arresto de Herodes Antipas. — La fortaleza de Maqueronte en Moab. — En la mazmorra de la muerte. — La princesa Salomé. — Cafarnaúm junto al lago. — Ruinas en un bosque de eucaliptos. — Los lugares donde Jesús predicó.

ENTONCES JESÚS, LLEGADO DESDE GALILEA AL JORDÁN, SE PRESENTA A JUAN PARA SER BAUTIZADO POR ÉL (Mt. 3:13).

Con este acontecimiento se aparta Jesús por primera vez de Nazaret. Saliendo de los años de la niñez y de la juventud, de los cuales apenas poseemos dato alguno, hace su entrada en el campo de sus actividades públicas. "Jesús, al empezar, tenía unos treinta años" (Lc. 3:23).

San Juan predicaba y bautizaba en las tierras bajas del Jordán al sur de Jericó, allí donde se halla situado el conocido vado para atravesar el río, es decir, dentro de los dominios de Herodes Antipas, el tetrarca que había sido designado por Roma.

De la vida de San Juan, aparte del bautismo de Jesús, lo más conocido por el mundo es su trágico fin. Fue decapitado.

¿Ha vivido en realidad ese piadoso Bautista que aparece en el momento decisivo del cambio de vida de Jesús? Existe el testimonio de su contemporáneo Flavio Josefo, quien escribe que Juan era un noble "que exhortaba a los judíos a la perfección y les recomendaba que practicasen entre sí la justicia y la devoción a Dios haciéndose bautizar. Como la gente venía a él de todas partes, Herodes empezó a temer que la influencia de semejante hombre pudiera provocar una insurrección. Ante semejante sospecha de Herodes, Juan fue cargado de cadenas, mandado a la fortaleza de Maqueronte y allí decapitado."

"Herodes había hecho prender a Juan, le había encadenado y puesto en la cárcel por causa de Herodías" (Mt. 14:3; Mc. 6:17; Lc. 3:19). Esta es la razón que dan los Evangelios sobre el encarcelamiento de Juan. Pero Josefo conoce más detalles.

"En un viaje a Roma había conocido Herodes a la mujer de su hermano, Herodías, y tanto le gustó que le ofreció su mano. Herodías le aceptó, aportando al matrimonio una hija suya llamada Salomé."

Como el matrimonio entre cuñados estaba prohibido según la Ley de Moisés, Juan Bautista, según los Evangelios, le había hecho severas amonestaciones, cosa que, según opinión de la enfurecida Herodías, sólo podía ser expiada con la pena de muerte.

Debido a Flavio Josefo se conoce concretamente el sitio donde tuvo lugar la tragedia: el castillo de Maqueronte, una de las numerosas fortalezas que Herodes el Grande había hecho construir en Palestina.



Maqueronte, el lugar en que Juan tenía que morir, está situado en medio de un escenario salvaje y sombrío en la orilla oriental del Mar Muerto. Ningún camino une aquel apartado lugar con el resto del mundo. Desde el valle del Jordán hay que seguir estrechas sendas en dirección Sur atravesando la desolada región montañosa del antiguo Moab. En los profundos y resecaos valles se establecen a veces algunas familias de beduinos con sus ganados, que pacen la escasa hierba que allí crece.

No lejos del río Arnón se eleva la mole de un picacho sobre las demás montañas. Su cumbre, azotada por el frío viento, conserva aún hoy día unas ruinas. El Mashnaka, el "Palacio colgado," es el nombre que dan a aquel solitario lugar los beduinos. Allí se levantaba el castillo Maqueronte. Mirando hacia el Norte se divisa desde él, a simple vista, aquella parte del valle del Jordán donde Juan bautizaba al pueblo y donde fue prendido.

Hasta ahora ningún investigador ha hundido la pala en las ruinas de El Mashnaka, y pocos son, en realidad, quienes han visitado aquel lugar tan solitario. Debajo de la cumbre, el muro de la fortaleza está profundamente socavado. Desde este lugar puede irse, por corredores estrechos, a una sala abovedada que a veces sirve de refugio a los nómadas y a sus rebaños al ser sorprendidos en las montañas de Moab por repentinas tormentas. En las paredes, cuidadosamente talladas en la propia roca, se reconoce fácilmente la que en otro tiempo fue mazmorra del castillo. Esta sombría estancia es la que albergó a San Juan al ser encarcelado y aquí, seguramente, fue donde se le decapitó.

El que oye hablar de la degollación de San Juan Bautista piensa en seguida en Salomé, creyendo firmemente en la existencia de aquella hija de Herodías que, por indicación de su madre y después de su danza exigió la entrega de la cabeza de San Juan. Esta Salomé fue incorporada a la literatura universal. Osear Wilde escribió un drama, Salomé, y Ricardo Strauss tomó la historia de la princesa judía como argumento para la célebre ópera del mismo nombre, y hasta Hollywood utilizó el relato para vestir una de sus monumentales películas.

En el Nuevo Testamento no se menciona, en cambio, el nombre de esta princesa. La Biblia no la designa con nombre alguno. En el relato referente a Juan Bautista la llama simplemente "hija de Herodías" (Mc. 6:22).

El verdadero nombre de la "hija de Herodías" lo sabemos por Flavio Josefo. Su aspecto ha sido legado a la posteridad gracias a una pequeña moneda en la cual aparece con su esposo Aristóbulo. La moneda lleva la siguiente inscripción: "El rey Aristóbulo y la reina Salomé." Salomé debía de ser aún una doncella muy joven cuando San Juan Bautista fue degollado; aproximadamente tendría unos diecinueve años.

"Habiendo oído que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea. Y dejando a Nazaret se fue a habitar a Cafarnaúm, la marítima, en los confines de Zabulón y Neftalí" (Mt. 4:12-13).

En el corto período de actividad de Jesús que, según los evangelistas San Mateo, San Lucas y San Marcos, no duró más que un año y medio, hay una localidad que siempre ocupa un punto central. San Mateo la designa una vez como "su ciudad" (Mt. 9:1): Cafarnaúm, junto al lago de Genesaret.

En el extremo Norte, no lejos del sitio donde las aguas del Jordán caen rápidas en el lago, hay una pequeña ensenada. Sobre el verde oscuro de un bosque de eucaliptos se destaca la blancura de unos sillares de piedra ante los cuales se elevan cuatro columnas. Matas de hierba crecen entre el pavimento que cubre el suelo: fragmentos de columnas y bloques de basalto con adornos en bajo relieve yacen esparcidos por doquier en el suelo. De una antigua puerta de entrada quedan tan sólo los amplios peldaños de una escalinata, últimos vestigios de una, en un tiempo, magnífica sinagoga.

Esto es todo lo que queda del antiguo Cafarnaúm.

Ocultos entre las rocas descubrieron en 1916 los arqueólogos alemanes H. Kohl y C. Watzinger los restos de este edificio, que estaban cubiertos de hierba y de maleza. Los franciscanos reconstruyeron con las ruinas una parte de la antigua fachada. Los muros del primitivo edificio eran de piedra caliza blanca. Por tres de sus lados estaban circundados por altas columnas. Desde su interior, que mide 15x25 metros y tiene adornos de palmeras, pámpanos, leones y centauros, la mirada, a través de un amplio ventanal, podía ver la extensa superficie del lago hacia el Sur, donde, detrás de la lejana línea azulada de las montañas, se asienta la ciudad de Jerusalén.

Los dos arqueólogos estaban convencidos de haber dado con el templo de la época de Jesús. Pero en toda Palestina no hay ya sinagoga alguna de aquel tiempo. Cuando los romanos, en dos sangrientas guerras, arrasaron la ciudad de Jerusalén, los habitantes del antiguo país se dispersaron por todo el mundo y las casas de Dios cayeron, también, víctimas de la destrucción.

Aquel edificio se construyó el año 200 después de J.C., sobre las ruinas y las paredes maestras de aquella sinagoga en que Jesús, en días de sábado, se hallaba presente y predicaba. "Llegaron a Cafarnaúm, y luego, el día de sábado, entrando en la sinagoga, enseñaba" (Mc. 1:21).

La mayor parte de los habitantes de la pequeña ciudad de Cafarnaúm vivían de las riquezas naturales del lago; cabañas y casas en gran número se reclinaban en la suave pendiente o rodeaban a la sinagoga. El día en que Jesús de Nazaret llegó a Cafarnaúm dio el primer paso para la revelación de su doctrina:

"Y pasando por la ribera del mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, echando la red en el mar, pues eran pescadores, Y dijoles Jesús: "Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres"" (Mc. 1:16-17). A otro par de hermanos, Santiago y Juan, los encontró remendando sus redes. Los primeros hombres que escucharon su palabra, que adoptaron su doctrina y se convirtieron en discípulos suyos, eran hombres sencillos, pescadores de Galilea.

A menudo se separa Jesús del mar y sube a las montañas de Galilea: predica en muchas ciudades y aldeas, pero siempre regresa al pequeño pueblo de pescadores; éste es el principal escenario de su actuación. Y al llegar el día en que abandona a Cafarnaúm, y, acompañado de doce discípulos, se dirige a Jerusalén, éste es su último camino.

6. Camino de Jerusalén, Proceso y Crucifixión.

Rodeo a través del país situado al este del Jordán. — En casa del publicano en Jericó. — Perspectiva desde el monte de los Olivos. — Arresto en el monte de los Olivos. — Las "porras" del Sumo Sacerdote. — El procurador Poncio Pilato. — El padre Vincent descubre el "litóstroto". — Flagelación en el patio de la torre Antonia. — La "mas horrible pena de muerte." — Corona de espinas de Siria. — Bebida que aletarga. — Paralización del corazón como causa de la muerte. — El "crurifragium" acelera la muerte. — Tumba aislada debajo de la Iglesia del Santo Sepulcro. — Tácito menciona a "Cristo." — El testimonio de Suetonio.

**TOMANDO CONSIGO A LOS DOCE. LES DIJO: "MIRAD, SUBIMOS A JERUSALÉN Y SE CUMPLIRÁN TODAS LAS COSAS ESCRITAS POR LOS PROFETAS DEL HIJO DEL HOMBRE" (Lc. 18:31).**

De todos los caminos que siguió Jesús en su vida hay uno que puede trazarse con toda exactitud: su último camino a través de Palestina, la ruta desde Cafarnaúm a Jerusalén.

El camino más corto entre Galilea y la Ciudad Santa se extiende a través de las montañas de Samaria, exactamente en dirección Sur, ruta que incluye las alturas pasando junto a las cumbres del Garitzim y del Ebal, donde está situado el antiguo Sikem, y después, cruzando por Bet-el, llega al corazón de Judea siguiendo el ancestral camino de las alturas que Abraham había ya seguido con su familia y sus rebaños.

Este viaje de Galilea a Jerusalén realizado a pie, dura tres días.

También habría elegido Jesús el camino de Samaria (Lc. 9:51-56). Sin embargo, como era conocida la enemistad de los samaritanos contra los judíos, le pareció poco conveniente atravesar aquel país con el pequeño cortejo de sus seguidores. Para informarse hizo que los discípulos Santiago y Juan se adelantasen. Y, efectivamente, los samaritanos no quisieron darles paso libre.

Así Jesús y sus discípulos pasaron por (dos confines de la Judea al otro lado del Jordán" (Mc. 10:1), donde el camino atraviesa el amplio y cálido valle, río abajo, allí donde las orillas están cubiertas de un frondoso verdor, y se encuentran pequeños bosques de tamariscos y árboles de ricino y de regaliz. Solitario y tranquilo resulta el camino a través del "esplendor del Jordán" (Jer. 12:5). Pues el valle, en el cual hace un calor tropical durante nueve meses del año, está poco poblado.

Por el antiguo vado que ya los hijos de Israel habían atravesado bajo la dirección de Josué, pasó Jesús el Jordán y llegó a Jericó (Lc. 19:1). Esta no es ya la ciudad defendida por poderosas murallas del antiguo Canaán. Al sur de la colina se extiende una nueva ciudad construida por Herodes el Grande, una verdadera joya edificada al estilo grecorromano. Al pie de la ciudadela de Cipris se había levantado un magnífico palacio. Adornado con hermosas columnas se ven un teatro, un anfiteatro apoyado en la vertiente del monte y un hipódromo. En exuberantes jardines llenos de flores funcionan bellos juegos de agua. Ante la ciudad se extienden las más espléndidas plantaciones de todos los países del Mediterráneo: son las plantaciones de árboles balsámicos, mientras las palmeras procuran sombra y frescor.

Jesús pernocta en Jericó, lejos de estos esplendores, en casa del jefe de los publícanos llamado Zaqueo (Lc. 19:2 y sigs.). No había podido evitar el paso por Jericó, que era un centro de vida greco-pagana, dado que el camino a Jerusalén atraviesa dicha ciudad.

De Jericó a Jerusalén hay 37 kilómetros. Durante 25 kilómetros el camino, polvoriento, pasa serpenteando a través de abruptos precipicios montañosos, de 1.500 metros de altura, casi desprovistos de vegetación. Contrastes tan grandes como el que ofrece este corto trayecto apenas sería posible encontrarlos en otra parte. De la vegetación paradisíaca y del insoportable calor de un sol tropical en las orillas del Jordán se pasa, sin transición, al frío de las desnudas cumbres de las montañas.

Este camino es seguido por Jesús y sus apóstoles una semana antes de la fiesta de la Pascua. Es el tiempo en que los judíos afluyen desde lejos para celebrarla en la Ciudad Santa.

Llegados al punto más alto y casi al final de su camino, surge, detrás de la cumbre del monte de los Olivos — cual aparecida como por encanto entre las montañas — la Ciudad Santa

. El espectáculo que Jerusalén ofreció a Jesús y a sus discípulos podemos apreciarlo por las descripciones que poseemos de aquella época:

"Quien no ha visto a Jerusalén en su belleza, no ha visto ciudad bella y grande en su vida; y quien no ha visto el edificio de su segundo templo, no ha visto en su vida una construcción impresionante," escribían con orgullo los rabinos judíos de aquel tiempo.

Las investigaciones realizadas sobre la antigua Jerusalén las resumió el inglés Garstang en las siguientes frases:

"En ningún momento de su historia pueden haber ofrecido el santuario y la ciudad un aspecto más seductor. El ritmo y la armonía del arte grecorromano, que de manera tan maravillosa destacaba sobre el cielo de Oriente, dejaban atrás las exageradas tendencias constructivas de Herodes y llevaban el orden y el buen gusto al caos tradicional de la ciudad."

A 75 metros sobre la superficie del valle se levantan las formidables murallas. Detrás de sus almenas y de entre los cubos apretados de sus casas, calles y callejuelas se levantan hacia el cielo las siluetas de grandiosas construcciones.

Exactamente enfrente del monte de los Olivos, está situado, en primer lugar, el templo, que sobrepaja en esplendor a todos los demás edificios. Su amplia fachada de 50 metros de altura está orientada hacia el Este y es toda ella de mármol blanco. Los adornos son de oro auténtico. Unas columnatas limitan los amplios patios y atrios; la brillante cúpula corresponde al santuario, en el centro, y resplandece cual "montaña cubierta de nieve," para decirlo con las propias palabras que emplea Flavio Josefo.

Junto a la parte noroeste del templo se levanta, sobre la cumbre de una montaña, la fortaleza llamada "Antonia." Cada una de las poderosas torres que flanquean sus cuatro esquinas tiene 35 metros de altura. Un viaducto conduce desde la parte sur del recinto del templo al palacio del Hasmoneo, situado en la ciudad alta. En la parte más alta

dentro de la ciudad está emplazada, junto a la muralla occidental, la residencia de Herodes, que sobresale por sus tres altas torres de 40:30 y 25 metros respectivamente, a las cuales Herodes dio los nombres de Hípica, Fasael y Mariamme. Desde aquí se extiende una muralla a través del caserío hasta el recinto del templo, dividiendo así el interior de la ciudad en dos partes.

Una atmósfera de inexpugnabilidad se respira en esta ciudad con sus muros de defensa, fortificaciones y torres que rodean el templo. Al que la contempla le sugiere la idea de firmeza, inmovible, sin posibilidad de claudicación. Y esta firmeza y esa inmovibilidad y esa voluntad de no claudicar fue lo que ayudó a Israel a persistir durante más de un milenio contra todas las potencias del mundo. Siendo al propio tiempo, lo que, un día, ocasionó la destrucción de Jerusalén y la expulsión fuera de la tierra de sus progenitores.

Jesús tuvo una visión de la futura suerte que le esperaba a esta ciudad:

"Así que estuvo cerca, al ver la ciudad, lloro sobre ella" (Lucas, 19:41).

"Y luego, al amanecer, después de celebrar consejo, los sumos sacerdotes con los ancianos y los escribas, es decir, todo el Sanhedrín, atando a Jesús, le llevaron de allí y le entregaron a Pilato... Pilato, queriendo dar satisfacción a la turba... entrego a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado" (Mc. 15:1, 15).

Las descripciones del juicio, de la condena y de la crucifixión, que figuran en los Evangelios, han sido examinados y comprobados por numerosos eruditos con objetividad científica y han podido ser confirmados hasta en sus menores detalles como relatos fieles desde el punto de vista histórico. Los principales actores que tomaron parte en el proceso han sido bien establecidos por un tercer testimonio y el sitio en que aquél tuvo lugar identificado con toda exactitud en unas excavaciones. Las incidencias que se produjeron durante el desarrollo del proceso pudieron ser comprobadas por testimonios contemporáneos de aquella época y por las investigaciones llevadas a cabo en tiempos modernos.

Con la prisión empieza la enorme tragedia. Jesús, en el monte de los Olivos, ha reunido en su alrededor a sus discípulos penetrando en el huerto de Getsemaní, "y luego, estando él hablando todavía, se presenta Judas, uno de los doce, y con él una turba con espadas y bastones de parte de los sumos sacerdotes, y de los escribas, y de los ancianos" (Mc. 14:43).

Sobre los "bastones" de los sumos sacerdotes betusianos que privaban desde el tiempo de Herodes nos habla una canción del Talmud:

"¡Pobre de mí ante la casa de Betuso! ¡Pobre de mí ante sus golpes! ¡Pobre de mí ante la casa de Anás! ¡Pobre de mí ante sus denuncias!.."

Y termina: "Pues son sumos sacerdotes y sus hijos, los tesoreros, y sus yernos, los administradores, y sus siervos azotan al pueblo con bastones."

Entre los sumos sacerdotes cuyos nombres se citan, hay uno conocido: "Hannás," el Anás del Evangelio. "La cohorte, pues, y el tribuno y los satélites prendieron a Jesús y

le ataron. Y le condujeron primero a Anas, pues era suegro de Caifás, que era pontífice aquel año. Era Caifás quien había dado a los judíos aquel consejo: "Conviene que un hombre solo muera por el pueblo" (Jn. 18:13-14).

El sumo sacerdote José ben Caifás 1 había sido nombrado por el procurador romano Valerio Grato. Continuó ejerciendo el cargo bajo el sucesor de éste, Poncio Pilato.

Después de la prisión fue conducido Jesús ante el "Gran Consejo," el "Sanedrín," que en aquel tiempo era la autoridad jurídica suprema de los judíos, y que reunía en sí todo poder temporal y espiritual. Al mismo tiempo funcionaba como tribunal supremo de los judíos. Ejercía su misión debajo del templo, cerca del puente que, de allí, conducía a la ciudad alta.

¿Cuáles fueron los motivos que indujeron al Consejo a condenar a muerte a Jesús?

"La esperanza que tenían los viejos profetas judíos de un futuro Mesías rey — escribe el profesor Martin Noth — se había convertido a través del largo tiempo de dominación extranjera en una firme esperanza de que llegaría un libertador de carácter político; y cuanto mayor era la irritación por estar sometido el país al régimen romano, tanto más se iba fortaleciendo la idea de un Mesías que alcanzaría la victoria sobre la potencia extranjera. Desde este punto de vista Jesús de Nazaret no podía ser el esperado Mesías... Y si Jesús de Nazaret no era el Mesías, el "Cristo," tenía que ser forzosamente un impostor. Y si era un peligroso impostor tenía que ser eliminado para la seguridad y la tranquilidad del culto de Jerusalén... El hecho de que Jesús, en el interrogatorio a que fue sometido, se declarara el Mesías, lo cual, a tenor de las palabras del Antiguo Testamento, equivalía a Hijo de Dios, era suficiente para condenarle como culpable de una notoria ofensa a Dios."

Según el derecho vigente en aquella época, la sentencia tenía que ser confirmada por el procurador romano, a quien correspondía el llamado *ius gladii*; sólo él podía permitir ejecutarla. El procurador de Judea era entonces Poncio Pilato 2.

Contemporáneos como Flavio Josefo y Filón de Alejandría lo describen como tirano, vejador y corrompido: "Era cruel y tan duro de corazón, que no conocía la misericordia. En su tiempo reinaban en Judea el soborno, el latrocinio, la opresión, la ejecución sin previo proceso y una crueldad sin límites 3. Que Pilato odiaba a los judíos y los despreciaba, fue cosa comprobada repetidas veces y de forma indubitable.

Pilato comprendió en seguida que la acusación contra Jesús era un caso de odio agudo por los fariseos. Solamente esto tenía que ser para él motivo suficiente para desestimar la demanda y dejarle en libertad. En realidad le declaró sin titubear inocente. "Pilato dijo a los príncipes de los sacerdotes y a la muchedumbre; "Ningún delito hallo en este hombre" (Lc. 23:4).

Pero la muchedumbre, instigada y acuciada por los hombres del Consejo, insisten ruidosamente en su demanda: "¡Crucifícale!" Y Pilato accede.

¿Cómo fue que el tirano Pilato, enemigo de los judíos, cedió a sus requerimientos?

El evangelio de San Juan contiene una aclaración a este punto: "Los judíos gritaban diciendo: Si sueltas a éste no eres amigo del César; pues todo el que se hace rey se declara contra el César" (Jn. 19 ss).

Para Pilato constituía una peligrosa amenaza que claramente venía a decir: "Daremos aviso a Roma de que descuidas el ejercicio de tu cargo dejando en libertad a un revolucionario." "Hacerse rey" equivalía a una traición contra el César romano; según la ley Julia, merecía pena de muerte. Pilato, ante amenaza tan significativa, cedió. No había olvidado aún que los judíos la habían ya realizado una vez.

Según afirma Filón de Alejandría, Poncio Pilato había llevado a Jerusalén el escudo de oro con el nombre del César y lo había hecho colgar en el palacio de Herodes, en medio de la ciudad. Esto era una grave inculcación de los derechos que Roma había reconocido a la comisión de hombres sabios que fue a dicha ciudad. El ruego de que sacara el escudo de oro de la Ciudad Santa lo denegó despreciativamente. En vista de ello los judíos se dirigieron a Roma y allí se les dio la razón. El emperador Tiberio ordenó personalmente que el escudo de oro fuese retirado. Debido a esta y a otras genialidades que eran contrarias a la política colonial de Roma, el concepto de Poncio Pilato en dicha capital había ya descendido mucho en aquella época.

"Pilato, pues, oídas estas razones saco afuera a Jesús, y se sentó en el tribunal, en el lugar llamado "litóstroto" y en arameo "gabbatha"... Entonces, pues, se lo entrego para que fuera crucificado" (Jn. 19:13-16).

De la casa de Pilato, donde se desarrolló esta escena, sobrevivió a la destrucción de Jerusalén del año 70 después de J.C. el "litóstroto," "el embaldosado." El hallazgo ha de agradecerse a los trabajos realizados durante muchos años por el arqueólogo padre L. H. Vincent. Lo consiguió gracias a los datos precisos contenidos en el Evangelio de San Juan.

La palabra lithostroton quiere decir "embaldosado." El arameo "gabbatha" equivale a "altura."

En tiempos de Jesucristo, junto a las murallas del templo, en dirección noroeste, sobre un promontorio, es decir, en un lugar elevado, "se alzaba la formidable torre denominada "Antonia." Herodes I la había hecho construir y le había dado el nombre de un amigo suyo. La guarnición romana había instalado allí sus cuarteles, en el año 70 después de J.C., Tito, al conquistar Jerusalén, hizo demoler dicha fortaleza. Sobre sus ruinas se realizaron más tarde nuevas construcciones.

Exactamente allí donde estaba situado el patio de esta fortaleza encontró Vincent un pavimento liso de 2.500 metros cuadrados de construcción romana y típica de la época de Jesús.

Aquí es donde Jesús compareció ante Pilato mientras, fuera, la multitud vociferaba. Sobre este pavimento es donde fue azotado (Jn. 19:1), cosa que siempre precedía a la crucifixión, cual hace constar reiteradamente Josefo. Para ejecutar tan horrible castigo, el cuerpo era desnudado y azotado hasta que la sangre manaba de las heridas.

Después, los soldados romanos se apoderaron de Jesús para dar cumplimiento a la sentencia, es decir, a la crucifixión. Cicerón la califica de la "más cruel y espantosa sentencia de muerte." Josefa la reputa como la más lastimosa de todas las muertes. Esta típica forma romana de dar cumplimiento a una pena capital no la conocía el régimen penitenciario de los judíos.

Ni en la propia casa de la justicia depone la malicia de la soldadesca hacia Jesús, y así "le revisten de púrpura y le ciñen una corona de espinas que habían trenzado" (Mc. 15:17).

Respecto a la planta que se utilizó para confeccionarla, los botánicos no han conseguido ponerse aún de acuerdo. Lo único que se sabe de cierto es que la planta que hoy día, tanto en Europa como en América, se conoce con el nombre de "corona de espinas de Cristo" 4 nada tiene que ver con la corona de espinas citada por la Biblia. "Es oriunda de Madagascar y era completamente desconocida en tiempos de Jesucristo," opina el botánico americano Dr. Harold Moldenke. Otros muchos hombres de ciencia creen que la corona de espinas fue confeccionada con el llamado "espino de Cristo" 5 que crece en Siria, y de ahí su nombre. El espino de Cristo es un arbusto o pequeño árbol de 2 a 3 metros de altura con ramas blancas que fácilmente pueden curvarse, los arranques de cuyas hojas llevan dos espinas en forma de gancho. Según el botánico Dr. G. E. Post, esta planta crece en los alrededores del antiguo Jerusalén, sobre todo en los sitios cercanos al Gólgota.

El camino que conducía desde la cárcel al Gólgota era, afortunadamente, corto; "porque el sitio donde fue crucificado Jesús estaba cerca de la ciudad" (Jn. 19:20), junto al camino principal que desde el Noroeste llevaba a Jerusalén. Un peregrino de Burdeos que visitó esta ciudad el año 333 menciona expresamente "la pequeña colina del Gólgota 6, donde el Señor fue crucificado."

"Y le daban vino mirrado; mas él no le acepto" (Mc. 15:23). Actos de compasión como éste vienen manifestados en ocasiones similares. Así, se dice en una antigua "baraita" judía: "Aquel que es subido arriba para dar cumplimiento a su sentencia de muerte, se le da a beber un poco de mirra disuelta en vino para que pierda el conocimiento."

"...Las mujeres dignas de Jerusalén la proporcionaban voluntariamente." Moldenke, el investigador de la flora bíblica, dice a este respecto:

"El vino mezclado con mirra fue ofrecido a Jesús inmediatamente antes de la crucifixión a fin de aliviar sus dolores, tal como, antes de conocerse la anestesia, se administraban bebidas embriagadoras a los pacientes que tenían que ser objeto de graves operaciones."

Pero Jesús rechazó la bebida y soportó con pleno conocimiento los acerbos dolores al ser clavado en la cruz.

"Era la hora tercia y le crucificaron" (Mc. 15:25). Referida a la división del tiempo actualmente en vigor, la "hora tercia" del Antiguo Oriente corresponde a las nueve de la mañana. "Y a la hora nona," es decir, a las tres de la tarde, se consumó la tragedia. "Jesús, dando una fuerte voz, expiró" (Mc. 15:34-37).



¿De qué murió Jesús? Las investigaciones realizadas en estos últimos años en Colonia han tratado de dar una contestación a esta pregunta desde el punto de vista médico. En una persona colgada por ambas manos la sangre se acumula muy rápidamente en la mitad inferior del cuerpo. Al cabo de 6 a 12 minutos la presión arterial cae a la mitad y el número de pulsaciones aumenta el doble. La sangre llega al corazón en cantidad insuficiente. La consecuencia de esto es la pérdida del conocimiento. Como consecuencia de la insuficiente irrigación del cerebro y del corazón, se llega pronto a un colapso ortostático. La muerte por crucifixión es, por tanto, debida a un colapso cardíaco 7.

Se asegura que algunos crucificados morían al cabo de dos días y aún más tarde. En la rama vertical de la cruz se solía poner a menudo un pequeño apoyo llamado "sedile" (asiento) o también "cornu" (asta). Si el colgado en la cruz, en sus dolores, se apoyaba a ratos en él, la sangre volvía a subir a la parte alta del cuerpo y el colapso desaparecía. Si era cuestión de poner fin al dolor experimentado por el reo, se procedía al "crurifragium"; por medio de golpes de garrotes, se le rompían las articulaciones inferiores. Entonces ya no le era posible descansar los pies en el apoyo y la muerte por insuficiencia cardíaca se producía rápidamente.

El "crurifragium" no le fue aplicado a Jesús. "Vinieron, pues, los soldados y quebraron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con Él; mas, llegando a Jesús, como le vieran ya muerto, no le quebraron las piernas" (Jn. 19:32-33).

Los judíos habían pedido a Pilato que le fuese aplicado el crurifragium, pues era "la víspera del sábado" (Mc. 15:42; Lc. 23:54) y también el día de la Parasceve. Según la ley judaica, los crucificados no debían permanecer colgados durante la noche (Dt. 21:23). Y a las seis empezaba el sábado de la semana de Pascua en la cual queda prohibido el cumplimiento de toda sentencia. La proximidad de las grandes festividades hace comprensible la necesidad que tenían de imprimir una gran celeridad a todo el proceso, y explica la detención durante la noche, el juicio, la ejecución y el sepelio de Jesús en un plazo de pocas horas.

La distancia que hoy separa el arco del Ecce Homo, el sitio donde fue juzgado Jesús ante Pilato, de la iglesia del Santo Sepulcro, pasando por la vía Dolorosa, es de mil pasos.

El emperador Constantino hizo levantar en el año 326 una magnífica tumba sobre el sitio en el cual estuvo el sepulcro de Jesús, descubierto en aquel entonces. Unas columnas ricamente adornadas sostenían un techo de vigas doradas, según atestiguan los libros de memorias de los peregrinos y las obras ilustradas de los primeros siglos de la era cristiana. Hoy día, en la iglesia del Santo Sepulcro, hay una mezcolanza de oscuras capillas. Cada confesión cristiana se ha procurado un pequeño espacio en los Santos Lugares de la Cristiandad para poder realizar en él sus cultos.

En la capilla del Santo Sepulcro, una escalera muy gastada baja a lo profundo de una cueva cavada en la peña donde se halla abierto un gran sepulcro de 8 metros de longitud... ¡es el lugar del sepulcro de Jesús!

Unas mil tumbas de aquella época fueron halladas en Palestina, todas ellas necrópolis; tumbas de familias. Pero ésta es una tumba individual. Según la descripción de los Evangelios, Jesús fue el primero en ser enterrado en una gran cámara mortuoria. "Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo depositó en su propio sepulcro, nuevo, que había sido excavado en la peña y, habiendo hecho rodar una gran losa hasta la entrada del monumento, se retiró" (Mt. 27:59-60).

En tiempos antiguos se hizo repetidamente esta pregunta: ¿Cómo es posible que, fuera de los Libros del Nuevo Testamento, ningún comunicado contemporáneo dé razón de los sucesos de aquellos días? "La Historia Universal no da noticia alguna sobre Él (Jesús de Nazaret) — escribe el profesor Martin Noth en su notable Historia de Israel—. Durante unos instantes su presencia había excitado las conciencias en Jerusalén; después, este episodio quedó relegado al pasado y las gentes tenían cosas, al parecer, más importantes en que ocuparse. Y sin embargo allí se tomó una última y definitiva decisión en la historia de Israel. Sólo cuando sus partidarios se dieron a conocer al mundo, se empezó a mencionar su nombre."

Flavio Josefo en las Antigüedades judaicas, que escribió en los últimos decenios del primer siglo después de J.C., al citar la primera comunidad cristiana de Jerusalén, habla de "Jesús llamado el Mesías" 8. También el historiador romano Tácito menciona especialmente a Jesús en los Anales 9 para explicar el nombre de "christiani"; dice así: "Cristo, de quien se deriva su nombre, fue condenado a muerte en tiempos del cesar Tiberio por el procurador Poncio Pilato."

La mención más importante es debida al romano Suetonio 10. Describe un movimiento mesiánico durante el reinado de Claudio, que fue emperador de Roma desde el año 41 al 54. De él dice Suetonio en su libro Los Doce Césares: "Los judíos que, a causa de un tal Cresto, metían mucho ruido, fueron arrojados por él de Roma." El escritor Orosius refiere que esa expulsión tuvo lugar en el año 9.º del imperio de Claudio, es decir, en el año 49 después de J.C., lo cual demuestra que, no más tarde de 15 a 20 años después de la crucifixión, ya existía en Roma una comunidad cristiana.

Estos testimonios romanos quedan a su vez confirmados en los "Hechos de los Apóstoles." En efecto: cuando San Pablo fue a Corinto procedente de Atenas, encontró "allí a un judío llamado Aquilas, originario del Ponto, recientemente llegado de Italia con Priscila, su mujer, con motivo de haber Claudio ordenado que todos los judíos abandonasen a Roma" (Ac. 18:2).

\*\* \*\* \*

1. Del año 18 al 36 después de J.C.
2. 26-36 después de J.C.
3. Filón de Alejandría. Del año 25 antes de J.C. hasta el año 50 después de J.C.
4. Euphorbia milii Desmoul.
5. Ziziphus spina Christi.

6. Monticulus Golgotha.

7. Insuficiencia coronaria.

8. Ant. Iud. XX, 9, 1, § 200.

9. Anales, XV, 44, escrito en 115-117 después de J.C.

10. 65-135 después de J.C.

7. La Sábana Santa de Turín.

Una parte del botín conseguido en Constantinopla. — Descubrimiento en una negativa fotográfica. — Investigaciones médicas. — Certificado científico de autenticidad.

TOMARON, PUES, EL CUERPO DE JESÚS Y LO ENVOLVIERON CON LIENZOS [UNTO CON LOS PERFUMES, SEGÚN ES COSTUMBRE ENTRE LOS JUDÍOS SEPULTAR (Jn. 19:40).

En el año 1204, los cruzados que tomaron parte en la cuarta cruzada, conquistaron la ciudad de Constantinopla. El historiador Roberto de Clari dice a este respecto que un francés llamado Othon de la Roche se posesionó en esta ocasión de un lienzo de lino. En este lienzo, que medía 1,10 m. de ancho por 4,36 m. de largo, concurría una circunstancia especial: presentaba huellas de sangre y de sudor. Un examen detenido dio por resultado descubrir los contornos de un cuerpo humano de 1,80 metros de altura, borrosamente dibujados. Othon de la Roche se llevó dicho lienzo a Francia.

Ciento cincuenta años después aparece este lienzo en la ciudad francesa de Besaron, donde es venerado como el sudario de Jesucristo. En cierta ocasión pudo ser salvado de las llamas durante un incendio, pero quedaron en él algunas huellas del mismo. El camino que sigue desde entonces puede ser trazado con toda exactitud.

Cuando en Milán se declaró la peste, San Carlos Borromeo, entonces obispo de aquella ciudad, cumpliendo un voto que había hecho, peregrina a Turín para postrarse ante dicho lienzo, conocido con el nombre de "Sábana santa," la cual había sido mandada desde el sur de Francia a esta ciudad, donde se conserva y se venera hasta nuestros días.

Hasta el siglo V ? VI, la sabana parece que estuvo en Jerusalén. Según la tradición, se trata del lienzo con el cual José de Arimatea envolvió el cadáver de Jesucristo.

Esta tradición no puede considerarse como una auténtica prueba histórica. Se da, además, la circunstancia de que, aparte de la sábana de Turín, existen otros dos lienzos que también tienen la pretensión de ser el sudario de Cristo.

El más célebre es el lienzo de la Verónica. Según la tradición, ésta lo entregó a Jesucristo en su camino al calvario, recibéndolo de nuevo con la impresión de su rostro.

También pretendía ser auténtica la imagen propiedad del rey Abgar V de Edesa, "Antioquía." Pero el teólogo e historiador francés Chevalier encontró en los archivos papales una prueba en contra en un documento fechado el año 1389, cuyo texto nos dice que esta imagen fue pintada por un artista. Al ser esto conocido, la "Sábana Santa" de Turín se identificó con la copia de aquel pintor. Entonces perdió su valor como posible documento contemporáneo de la época de la crucifixión de Jesucristo a los ojos de todos los historiadores interesados en este estudio.

La cosa no habría ido más allá a no ser que en el año 1889 el interés hacia la sábana, envuelta en el misterio de la leyenda, no se hubiese renovado. Los progresos de la técnica hicieron posible tomar la primera fotografía de la "Sábana de Turín." Y ello dio un resultado sorprendente. En el negativo de la placa fotográfica las impresiones en blanco y negro existentes sobre la tela de lino aparecen en aquélla a la inversa. Las huellas dejadas por un rostro pueden verse con toda claridad destacadas sobre un fondo oscuro.

Técnicos de diversos países estudian la sensacional fotografía. Personas peritas en el arte a quienes se consultó, hallaron además que la figura del negativo es asombrosamente natural y, bajo el punto anatómico, completamente ajustada a la realidad. Los rasgos de la cara son distintos según sean de la parte derecha o de la izquierda, lo cual corresponde a lo corriente en los seres humanos. En esta desigualdad no se fijaron seguramente los primeros artistas de la Edad Media. Pruebas realizadas con pintores dieron por resultado que a ningún artista le era posible concebir ni pintar exactamente en negativo un rostro humano tomado del natural.

La "Sábana de Turín" no podía ser, por tanto, una falsificación, tratándose, en todo caso, de la impresión dejada por un rostro humano. Hasta los técnicos en el arte que un día negaron la autenticidad de la sábana, hubieron de reconocer que no pudo haber sido pintada en negativo; a nadie le es posible realizar tal cosa.

Después de este apasionante descubrimiento también los naturalistas se interesaron en el estudio de la sábana. Un buen número de hombres de ciencia dedicados a diversas especialidades dieron comienzo a sus investigaciones. Después de profundos estudios, de experimentos y de análisis que duraron muchos años, los trabajos llegaron a una conclusión: se estaba ante pruebas concretas y decisivas. Existe todo un mosaico de pacientes estudios realizados para poner en claro la cuestión siguiente:

¿Cuál fue el origen de la sábana?

El profesor Vignon, de París, fue el primero en realizar la experiencia práctica de la impresión de un cuerpo sobre un lienzo. Con este fin puso en contacto con un cadáver una sábana, espolvoreada con aloe. Las pruebas no dieron resultado satisfactorio, pues era imposible evitar fuertes absorciones. Unos médicos forenses italianos, los profesores Judica, Mailand y Románese, de Turín, tuvieron más éxito con las pruebas por ellos realizadas. En sus experimentos se ajustaron al relato bíblico que indicaba el método adecuado. "Vino también Nicodemo..., trayendo una mixtura de mirra y aloe, como cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con lienzos junto con los perfumes, según es costumbre entre los judíos sepultar" (Jn. 19:39-40).

Largas series de ensayos demostraron que el cadáver tiene que ser espolvoreado y la sábana mojada con aceite aromático. Así se obtienen impresiones nítidas, sobre todo cuando el cabello de la cabeza impide que la sábana descansa lateralmente en él en forma demasiado apretada. Los ensayos realizados por los italianos dieron una coincidencia exactísima.

La impresión de la "Sábana Santa de Turín" ofrece tumefacción en el rostro. Ésta puede ser debida a los golpes. "Entonces... le abofetearon" (Mt. 26:67). En el rostro y en la nuca se reconocen claramente manchas de sangre. "Y los soldados,, trenzando una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza" (Jn. 19:2). También en el resto del cuerpo pueden reconocerse pequeñas hinchazones. "Tomo entonces Pilato a Jesús y mandó azotarlo" (Jn. 19:1).

Además pueden reconocerse huellas de manchas de sangre en el cuerpo. Son debidas a las heridas producidas por los clavos en las manos y en los pies, así como a la herida del costado... "uno de los soldados le traspasó con una lanza el costado y, al instante, salió sangre y agua" (Jn. 19:34).

El doctor Barbet, de París, se ha ocupado en analizar estas heridas. También en este caso fue asombroso el resultado. Las heridas no corresponden a las representaciones artísticas corrientes.

En la "Sábana Santa de Turín" se reconocen exactamente las partes de donde el cuerpo fue clavado en la cruz; los clavos no fueron clavados a través de la palma de la mano sino a través de la raíz de ésta. Se ha comprobado, pues, que las representaciones artísticas del Crucificado son falsas, tanto desde el punto de vista físico como de la Medicina. Aquí también un inusitado experimento decidió en favor de la autenticidad de la Sábana.

El doctor Barbet clavó un cadáver en una cruz y comprobó que las heridas en la palma de la mano desgarran ésta si el peso que tienen que soportar pasa de los 40 kilos. En cambio, en la muñeca hay un fuerte tendón que tiene resistencia suficiente para sostener el peso del cuerpo humano.

Los médicos reconocieron en las huellas de las heridas que la sábana da idea de dos clases de sangre. Distinguen la sangre que ha manado cuando el cuerpo estaba aún vivo (estas huellas se encuentran en la cabeza, en las manos y en los pies), y la sangre procedente de un cuerpo sin vida en la herida del pecho y también en los pies.

Hasta aquí la ciencia. Pero falta aún dilucidar cuál fue el cuerpo envuelto en este sudario, y cuándo lo fue.

## Parte Segunda de la Época Apostólica.

### 1. Siguiendo las Huellas de San Pablo.

Fabricantes de lonas en Tarso. — Arco de triunfo en Antioquia. — Calada, provincia romana. — Excavaciones de Wood en Éfeso. — Junto al templo de Artemisa. — Las ruinas de la puerta en la ciudad de Filipos. — En la antigua Corinto. — Mercado de carne con tubos refrigeradores. — La "sinagoga de los hebreos." — Como prisionero a Roma.

Y SERÉIS MIS TESTIGOS ASÍ EN JERUSALÉN COMO EN TODA LA JUDEA, SAMARIA Y HASTA EL ÚLTIMO CONFÍN DE LA TIERRA (Ac. 1:8).

"Yo soy judío, tarsense, ciudadano de una ciudad ilustre de la Cilicia," dijo San Pablo de sí mismo mientras vivía en la casa de un fabricante de lonas (Ac. 21:39; 18:3). Tarso, ciudad de 20.000 habitantes, situada al pie del monte Tauro, al sur de Turquía, no ha vuelto a reconquistar jamás su antiguo esplendor. San Pablo alababa, y con razón, su ciudad natal hasta ponerla en las nubes; una inscripción llama a Tarso "la grande y espléndida metrópoli de Cuida," y el geógrafo griego Estrabón 1 escribe que en Tarso había una universidad que podía competir en importancia con la de Atenas o Alejandría. El filósofo Atenodoro, célebre profesor del emperador Augusto, era hijo de dicha ciudad. De todo ese esplendor sólo ha perdurado la fabricación de lonas. El material, como en tiempos de San Pablo, lo suministran los rebaños de cabras de largo pelo que pacen en las montañas del Tauro, cubiertas de nieve hasta el mes de mayo.

Los largos viajes por tierra y por mar que San Pablo emprendió, no ofrecían en aquel tiempo dificultad alguna o, por lo menos, no tenían nada de extraordinario. Las vías romanas eran, en su clase, lo mejor que la Europa occidental ha conocido hasta que en el siglo XIX empezó la construcción de ferrocarriles. En la lápida de un mercader de Frigia, en el corazón de la actual Turquía, se dice con orgullo que, en vida, realizó setenta y dos veces el viaje a Roma. Las "vías imperiales," muy animadas y bien conservadas, estaban provistas de paradores para los carruajes y para el cambio de caballos. Las posadas ofrecían al viajero descanso y reparación de fuerzas. Una policía especial cuidaba de la seguridad en los caminos contra los ataques de los bandidos.

La magnífica red de caminos del colosal imperio — obra maestra de la técnica y de la organización de los romanos — y el idioma griego, del cual San Pablo podía hacer uso en todas las rutas que seguía, contribuyeron también a la rápida propagación del cristianismo, así como la gran ramificación de la diáspora de las comunidades judías. "Jerusalén no es sólo la capital de Judea — se dice en una misiva del rey Herodes Agripa I 2 dirigida al emperador Calígula —, sino de la mayor parte de las tierras del mundo, debido a las colonias que, a su debido tiempo, fueron fundadas en los países vecinos."

Ya en el pasado siglo los eruditos se dedicaron a la búsqueda de las ciudades del Asia Menor cuyos nombres conocía la cristiandad por el libro de los Hechos de los Apóstoles y por las Epístolas de San Pablo. ¿Dónde pudieron estar situados aquellos lugares a cuyos habitantes iba dirigida la célebre Epístola a los Gálatas?

En 1833 Francis V. J. Arundel, sacerdote británico de Esmirna, descubrió la antigua Antioquia de Pisidia (Ac. 13:14) en las cercanías de la ciudad turca de Jalobatsch. Al norte del Taurus, unos poderosos viaductos conducen al valle, ante el majestuoso escenario "de la montaña del sultán Dagh." Admirando a principios del año 1920

estaban los sabios de la Universidad de Michigan los restos de unos edificios de extraordinaria belleza. En el centro de la vieja ciudad las palas habían puesto al descubierto una amplia escalinata sobre la cual se elevan tres arcos de triunfo. Maravillosos bajos relieves dan cuenta de la victoria del emperador Augusto por tierra; un friso con Poseidón, tritones y delfines, recuerda la victoria marítima de Augusto en Accio. En los cuarteles romanos se encontraron aún las mesas de juego en las cuales la soldadesca pasaba las horas de descanso. Los investigadores tenían ante sus ojos a la tantas veces nombrada Antioquía. Allí fue donde San Pablo, en su primer viaje misional, fundó una comunidad cristiana (Ac. 14:21).

"Y se dirigieron a Iconio... y a Listra y Derbe y a las regiones vecinas, donde predicaron el Evangelio" (Ac. 13:51; 14:6-7).

Conia, a 100 kilómetros al sudeste de Antioquía y estación principal del ferrocarril de Anatolia, es la antigua Iconio, escenario de la actividad misional de San Pablo. En 1885 el profesor inglés J. R. Sitlington Sterrett encuentra, en las montañas situadas 40 kilómetros más al Sur, los restos de un altar. Una gruesa placa de piedra lleva una inscripción latina, lo cual es prueba de que en este lugar hubo en otro tiempo una colonia romana; en ella pudo des cifrar el nombre de "Lustra" 3.

A una jornada de allí descubre Sterrett el antiguo Derbe. Las cuatro ciudades de Antioquía, Iconio, Listra y Derbe, que pertenecían en la época de San Pablo a la provincia romana de Galacia.

En Chipre, en la antigua ciudad de Pafos, se descubre una lapida romana. En ella se cita a aquel procónsul Pablo que los Actos de los Apóstoles califican de varón prudente (Ac. 13:7). Hasta los turbulentos acontecimientos que se citan en el Nuevo Testamento relativos a Éfeso adquieren una representación plástica gracias al trabajo de incansables arqueólogos.

"Un tal Demetrio de nombre, platero, labrando en plata templos de Artemisa, proporcionaba a los artífices no exigua ganancia; a los cuales, habiendo reunido, y con ellos a los operarios de semejante ramo, dijo: "Varones, sabéis que de este oficio nos provienen grandes ganancias — y después añadió —: Asimismo estáis viendo y oyendo decir que, no solo en Éfeso, sino en casi toda el Asia, ese Pablo con sus persuasiones ha seducido muchas gentes diciendo que no son dioses los que con manos son labrados," y les dijo que todos se quedarían sin pan. "¡Grande es la Artemisa de los efesios!" fue la contestación. "Y toda la ciudad se llenó de confusión y se lanzaron furiosos todos a una hacia el teatro arrastrando consigo... a los compañeros de viaje de Pablo"" (Ac. 19:24-29).

Este relato despertó en el arquitecto inglés J. T. Wood el deseo de investigar sobre el templo de Artemisa 4, tan célebre en la Antigüedad. A tal efecto, el Museo Británico puso a su disposición los fondos necesarios; a principios de mayo del año 1863 desembarca Wood en la costa, frente a la isla de Samos. Si llevado por su idea fija no hubiese sido tan increíblemente constante, jamás habría conseguido su objetivo. Durante seis largos años practica varios pozos en los viejos lugares donde había restos de antiguos paredones... pero ¡todo en balde! Finalmente excava en el antiguo anfiteatro, el escenario del tumulto, y esto le da la indicación que le llevó al éxito de su empresa.

Una inscripción hace referencia a varias imágenes de Artemisa en oro y plata, de 2 hasta 6 libras de peso, que fueron llevadas a la diosa como ofrenda y tenían que ser colocadas en el templo. La vanidad de aquel domador romano sirvió para que Wood hallara el camino sin tropiezos hasta el fin deseado. Para que una gran multitud pudiese admirar sus regalos llegó hasta a indicar la forma en que, formando un vistoso cortejo, las imágenes tenían que ser llevadas el día de la festividad de la diosa desde el templo al anfiteatro y de aquí otra vez al templo.

A través de la puerta Magnesia tenían que entrar en la ciudad... Wood buscó esta puerta y la encontró; siguió el camino indicado en la lápida y a una milla de distancia al nordeste de la ciudad se encontró en el punto de destino de la procesión y en el de sus perseverantes investigaciones.

Debajo de una capa de siete metros de espesor formada por restos y masas de tierra da con un magnífico piso en el cual aparecen zócalos de grandiosas columnas y barriletes de gran tamaño adornados con esculturas: ¡el templo de Artemisa!

Dinócrates, el célebre arquitecto alejandrino, había proyectado el santuario y Alejandro Magno lo había hecho construir con magnificencia tal, que dicho templo era considerado en la Antigüedad como una de las siete maravillas del mundo.

Los fundamentos miden 120 metros de longitud y 80 metros de anchura; placas de mármol blanco cubrían el techo y cien columnas de 20 metros de altura indicaban el camino hacia el interior del templo, adornado a su vez con un derroche de esculturas, cuadros y adornos de oro.

Treinta y cinco años después, un paisano de Wood, David G. Hogarth, encuentra debajo de los restos del altar una enorme cantidad de estatuas de la diosa, en bronce, oro, marfil y plata, seguramente fabricadas por aquellos artífices y obreros que, en el Evangelio predicado por San Pablo a los efesios, veían una amenaza a su sustento y por esto contestaron a Demetrio con el grito "¡Grande es la Artemisa de los efesios!"

**AL PUNTO TRATAMOS DE SALIR PARA MACEDONIA, COLIGIENDO QUE DIOS NOS HABÍA LLAMADO PARA EVANGELIZARLES. ASÍ, PUES, NOS DIMOS A LA VELA DESDE TRÓADE (Ac. 16:10-11).**

Allí donde un día se alzaba la orgullosa fortaleza de la Troya de Príamo, Pablo subió a un velero para emprender su primer viaje a Europa. En la pequeña aldea de Cavalla 5 pisó tierra europea y escogió el camino por la vía Egnacia para subir a las salvajes montañas de Macedonia en dirección a Filipos.

¿Quién no recuerda ante el nombre de esta ciudad aquellas palabras tan preñadas de amenaza: "¡En Filipos nos volveremos a ver!" donde el año 42 antes de J.C. las legiones de Antonio y del joven Octavio obtuvieron una brillante victoria sobre Bruto, el asesino de César, y Casio, que habían tratado de salvar a la república romana de la dictadura? Pero, ¿quién piensa ya en que, ante las murallas de Filipos, Pablo ganó para el cristianismo la primera comunidad de Europa!



A la vista de los datos precisos que figuran en los Hechos de los Apóstoles los arqueólogos franceses pusieron al descubierto la colonia romana; volvieron a encontrar el antiguo foro, el templo, las calles pavimentadas y las plazas con las tuberías de desagüe para la lluvia aún intactas. En la salida occidental de la ciudad una puerta en arco cubría la vía Egnacia, que se extendía por este lugar que, poco después, atraviesa la corriente estrecha pero rápida del Gangites. "El sábado salimos fuera de la ciudad, a la orilla de una corriente, donde pensábamos que habría un lugar de oración" (Ac. 16:13). En la orilla del Gangites hizo San Pablo la primera conversión, la de Lidia, la vendedora de púrpura.

Pasando por Tesalónica 6 y Atenas, donde sólo predicó por poco tiempo, dirigió San Pablo sus pasos hacia Corinto.

Las dragas abrieron un estrecho canal en el istmo que une el Peloponeso con la tierra firme. Realizaron en el año 1893 lo que ya habían planeado grandes hombres de la Antigüedad, entre ellos Alejandro Magno y Julio César. El año 63 después de J.C., Nerón había dado comienzo a la realización de este proyecto. A continuación de un canto de alabanza a Neptuno, que él mismo se acompañaba con el arpa, sacó, con una paleta de oro, las primeras paletadas de tierra. Las obras, en las cuales tenían que trabajar 6.000 judíos de Palestina, fueron abandonadas poco tiempo después porque tomó cuerpo el temor de que la construcción del paso para el agua podía dar lugar a la inundación de todo el Peloponeso.

Tres años después de que el primer buque cruzara el canal empieza por parte de la Escuela Americana de Estudios Clásicos, la búsqueda del célebre e importante centro comercial de Corinto, en el cual se daban cita los productos del Antiguo Oriente y los de Europa. Los arqueólogos siguen aquí también las huellas de San Pablo para llegar a los lugares que, de no ser mudos, nos hablarían de sus actividades.

La vía Lecheum, procedente del puerto occidental, llegaba hasta el corazón de la vieja ciudad de Corinto. Bajo el majestuoso arco de mármol de la puerta del Propileo desemboca en la plaza del Mercado, el "Ágora," Aquí, y al oeste de la vía Lecheum, estaba el barrio de los negocios ante cuyas tiendas se extendían columnatas hasta la escalera del templo de Apolo. Lo que causa verdadera admiración a los americanos, tan interesados en los problemas relacionados con la higiene, es un sistema de canalizaciones de agua, situado inmediatamente debajo de aquellas casas, que desembocaba en la plaza del Mercado, magníficamente pavimentada. Parece ser que servían para llevar constantemente un suministro de agua fresca procedente de las montañas, a fin de refrigerar los víveres fácilmente deteriorables. En realidad, una lápida situada en aquel lugar, procedente de los últimos años de la soberanía de César Augusto, habla de un "mercado de carne." En sus tiendas debían hacer los cristianos de Corinto sus compras sin sentir escrúpulos: "... todo cuanto se vende en el mercado, comedlo," aconseja San Pablo a su comunidad en la primera epístola de los corintios (10:25).

En, las escaleras de mármol del Propileo los excavadores descifran, en un pesado bloque de piedra y en letras griegas claramente grabadas, las palabras "Sinagoga de los Hebreos." Cerca de la vía Lecheum debía hallarse, situada más allá de las columnatas, la casa donde San Pablo predicaba la nueva doctrina: "Discutía cada sábado en la sinagoga y se esforzaba por persuadir a judíos y a griegos" (Ac. 18:4). Entre las ruinas de las

numerosas casas del mismo barrio se encuentra, con seguridad, la casa de Ticio Justo, que San Pablo habitaba y "que se hallaba junto a la sinagoga."

Los investigadores encuentran, finalmente, en la plaza del Mercado, una plataforma elevada en la cual una inscripción latina dice que era la "rosta" de la sede del Tribunal. "Siendo Galión procónsul de Acaya se levantaron a una los judíos contra Pablo y le condujeron ante el tribunal diciendo: "éste persuade a las gentes a dar un culto a Dios que esta fuera de la ley"." Pero Galión no quería juzgarle "y les ordenó despejar el tribunal" (Ac. 18:12, 16).

La completa reseña de la escena que se desarrolló ante el tribunal hizo posible llegar a la conclusión del sitio exacto en que San Pablo vivió durante su estancia en Corinto. Lucius Junius Anneus Novatus Gallio — tal es el nombre completo del procónsul — era descendiente de una familia muy bien considerada. Su hermano Lucius Anneus Séneca, el gran filósofo romano y educador privado de Nerón, le dedicó dos libros 7. Y el poeta Statius le llamaba "el amable Galión."

En la antigua Belfos apareció una misiva del cesar Claudio de la cual se deduce que Galión, desde el año 51 al 52 después de Jesucristo, estuvo en Corinto. El escrito contiene la fórmula: "Como Lucio Junio Galión, mi amigo y procónsul de Acaya 8, escribió..." Está fechado a principios del año 52. Según un decreto de Claudio, los empleados nuevamente nombrados tenían que partir de Roma hacia sus provincias el primero de junio. Por tanto Galión tuvo que estar en Acaya alrededor del primero de julio del año 51. Pablo "permaneció de asiento un año y seis meses enseñando entre ellos la palabra de Dios" (Ac. 18:11), hasta que los judíos se irritaron y lo arrastraron ante el juez. Con seguridad el apóstol fue a Corinto a principios del año 50.

Dos años después de la crucifixión de Jesucristo, Saulo de Tarso, el fanático perseguidor de los cristianos, se convirtió al cristianismo (Ac. 6:3 y sigs.). Casi exactamente treinta años después hizo el gran catequista y propagador de la doctrina de Jesús su postrer viaje, esta vez como prisionero. En Judea gobernaba, desde el año 61, el procurador Festo, quien manda a Pablo, gravemente acusado por Jerusalén, a Roma en compañía del centurión Julio (Ac. 27:1).

Allí le permitieron a Pablo " vivir en casa particular con un soldado que le custodiase" (Ac. 28:16).

"Y permaneció un bienio entero en su casa que se había alquilado, y recibía a todos los que acudían a él, predicando el Reino de Dios y enseñando lo tocante al Señor Jesucristo con franca libertad, sin que nadie se lo estorbase." Con estas palabras concluye San Lucas su libro de los Actos de los Apóstoles.

Durante la persecución de los cristianos, que empezó bajo Nerón, San Pablo murió martirizado. Como ciudadano romano que era no muere como San Pedro en una cruz, sino a golpe de espada.

\*\* \*\* \*

1. Del 63 antes hasta el 20 después de J.C.

2. Éste es el rey Agripa (37-44 después de J.C.) de los Actos de los Apóstoles, 12.
3. Es decir, Listra.
4. La griega Artemisa, diosa de la caza; entre los romanos se llamaba Diana.
5. La antigua Neápolis.
6. La actual Salónica.
7. "De Ira" y "De Vita Beata."
8. Como provincia romana, el Peloponeso se llamaba Acaya.

## 2. La Destrucción de Jerusalén.

Sublevación. — Guerra de los judíos. — Luchas en Galilea. — El generalísimo Tito. — Ochenta mil romanos a la carga. — Orden de asalto. — Parada ante las puertas. — Unas quinientas crucifixiones diarias. — Bloqueo de Jerusalén. — El espectro del hambre. — Cae la fortaleza Antonia. — El templo en llamas. — La ciudad es arrasada. — Entrada triunfal en Roma.

Y COMO ALGUNOS, HABLANDO DEL TEMPLO, DIJESEN QUE ESTABA ADORNADO CON HERMOSAS PIEDRAS Y CON OFRENDAS VOTIVAS, DIJO: "VENDRÁN DÍAS EN QUE NO QUEDA PIEDRA SOBRE PIEDRA QUE NO SEA DERRUIDA... Y CUANDO VIEREIS A JERUSALÉN CERCADA DE EJÉRCITOS, ENTONCES CONOCED QUE SE APROXIMA SU ASOLAMIENTO... PORQUE VENDRÁ GRAN NECESIDAD SOBRE EL PAÍS Y GRAN CÓLERA CONTRA ESTE PUEBLO; Y CAERÁN AL FILO DE LA ESPADA Y SERÁN LLEVADOS CAUTIVOS A TODAS LAS NACIONES Y JERUSALÉN SERÁ PISOTEADA POR LOS GENTILES" (Lc. 21:5-6, 20, 33, 54).

Numerosas residencias y castillos reales, ciudades, palacios y templos, edificios cuyos fundamentos fueron sentados en los milenios primero, segundo y tercero antes de J.C., han sido sacados de nuevo a la luz, librándolos del polvo de la antigüedad, que, a veces, tenía varios metros de espesor, por las palas y por la intuición de los arqueólogos, después de un trabajo inteligente y perseverante. La ciudad y el templo de Jerusalén, de tan extraordinaria importancia para la posteridad, escaparon a los esfuerzos de la investigación; desaparecieron para siempre de este mundo. Una generación después de aquella que vio morir a Jesús en la cruz, sufrió en "los días de la venganza" (Lc. 21:22) la suerte que Jesús había pronosticado.

El antiguo Israel, cuya historia ya no se cuidó más de la palabra y la obra de Jesús, la comunidad de Jerusalén, que condenó a Jesús y le hizo crucificar, se convirtieron en un

infierno sin ejemplo en la Historia, quedando destruidos en la "guerra de los judíos," que tuvo lugar desde el año 66 al 70 después de J.C.

Cada vez se elevaban con más fuerza voces contra la odiada Roma. En el partido de los "celotes," es decir, de los "fanáticos," se agrupaban extremistas y rebeldes que constantemente exigían la retirada de la dominación extranjera; cada uno de sus partidarios llevaba un puñal escondido debajo de sus vestiduras. Sus actos de violencia tenían inquieto al país. Los abusos de fuerza de los procuradores romanos empeoraban la situación; los extremistas tenían cada vez más partidarios.

La creciente indignación se hizo públicamente patente en el mes de mayo del año 66, cuando el procurador Floro exigió 17 talentos del tesoro del templo. La guarnición romana es arrollada, Jerusalén cae en manos de los revoltosos. La prohibición decretada inmediatamente después, de hacer el sacrificio diario por el Emperador, equivale a una declaración de guerra a la gran potencia de Roma. ¡El enano Jerusalén arroja con arrogancia el guante a los pies del poderoso Imperio romano!

Ésta es la señal para todo el país; la rebelión se propaga a todas partes. Floro no domina ya la situación. El gobernador de la provincia de Siria, C. Cestio Gallo, con una legión y numerosas tropas de refresco, corre en su auxilio, pero tiene que retirarse con grandes pérdidas. Los revoltosos dominan el país.

Ante la seguridad de que Roma reaccionará con todas sus fuerzas, ellos fortifican apresuradamente las ciudades, reparan las antiguas murallas, nombran a los jefes de su ejército. José, el que después sería célebre historiador Flavio Josefo, es nombrado generalísimo de Galilea.

El alto mando, por la parte de Roma, es confiado por Nerón al general romano que ya gozaba de gran prestigio, Tito Flavio Vespasiano, que tanto se distinguió en la conquista de Britania.

Acompañado de su hijo Tito cae sobre Galilea al frente de tres legiones escogidas y numerosas tropas auxiliares del Norte.

Las poblaciones situadas junto al lago Genesaret, donde pocos lustros antes Jesús predicaba a los pescadores, son testigos de la sangrienta lucha.

A fines del mes de octubre del año 67 toda Galilea queda arrollada. Entre los prisioneros va también Josefo, el generalísimo. Lo encadenan y, a partir de aquel momento, desde el cuartel general de Vespasiano contempla, por orden de éste, todo el desarrollo de la campaña. Seis mil judíos son llevados como esclavos a Corinto para la construcción del canal.

A principios del próximo año la derrota de los revoltosos de Judea sigue progresando. En medio de la lucha se recibe una noticia que, dé momento, se suspende: ¡Nerón se ha suicidado!

En Roma estalla la guerra civil. Vespasiano espera el desarrollo de los acontecimientos. Uno después de otro, tres césares sin importancia pierden la soberanía y la vida. Finalmente, actúan las legiones de Oriente: un año después de la muerte de Nerón

resuena en Egipto, en Siria, en Palestina, en todas partes del Occidente, el grito de: ¡Vivat Cæsar! Vespasiano se convierte en el señor del Imperio romano. Desde Cesárea, en la costa de Palestina, donde recibe la noticia, se traslada a Roma, dejando a su hijo Tito el desarrollo del último acto de la guerra contra los judíos.

Poco antes de la luna llena de la primavera del año 70, Tito, con formidables fuerzas, se halla ante Jerusalén. Por todos los caminos y sendas avanzan tantas columnas en dirección a la ciudad como jamás las había visto Judea. Consistían en las legiones 5.a, 10.a, 12.a y 15.a, acompañadas de fuerzas de caballería, de exploradores y de otras fuerzas auxiliares, formando un total de casi 80.000 hombres.

La Ciudad Santa está llena de gente: peregrinos de cerca y de lejos acuden a ella para celebrar la fiesta de Pascua. Se promueven discusiones entre los elementos extremistas de los "celotes" y los moderados en las reuniones sagradas y se ocasionan muertos y heridos.

Entre tanto, los romanos van estableciendo sus campamentos alrededor de la ciudad. La intimación a rendirse es recibida con risas sarcásticas. Tito contesta dando la orden de asalto. La artillería romana, formada por los scorbiones, los incendiarios rápidos, los ballistæ, los honderos, empiezan su cometido. Cada uno de esos pesados medios de lucha arroja piedras de un quintal de peso a 185 metros de distancia. En el lado Norte atacan los exploradores el talón de Aquiles de la fortaleza. Por los lados correspondientes al Sur, al Este y al Oeste, las vertientes del valle protegen el baluarte. Por esto, la parte del Norte está extraordinariamente defendida por tres líneas de murallas. Las catapultas y los arietes empiezan a actuar en forma amenazadora y, promoviendo un ruido infernal, dan comienzo a su obra destructora en las murallas. Sólo cuando caen grandes piedras sobre la ciudad, cuando, tanto de día como de noche, resuena el bronco ruido de los arietes, termina la lucha fratricida en la fortaleza.

Los rivales conciertan la paz. De los jefes de los partidos, Simón Bar Giora, el moderado, recibe el encargo de defender el frente Norte, mientras Juan de Gishala, el celote, defenderá la parte correspondiente al templo y a la torre Antonia.

A principios de mayo, las máquinas de guerra de los sitiadores han abierto, en dos semanas, una gran brecha en el muro Norte. Después de otros cinco días los romanos penetran por un segundo boquete. Un decidido contraataque hace que los sitiados se apoderen de nuevo de la muralla. Pasan muchos días antes de que los romanos puedan reconquistarla. Entonces el arrabal Norte queda firmemente en poder de éstos.

Convencido de que Jerusalén, en vista de tan precaria situación, se rendirá, Tito suspende el asalto. El grandioso espectáculo de una gran parada militar a la vista de los sitiados les hará entrar en razón seguramente.

Los romanos se despojan de sus vestiduras guerreras, pulen sus uniformes de gala. Los legionarios visten sus corazas, correajes y yelmos. La caballería adorna a sus corceles con sus mejores arneses y sillas de montar y entre el claro sonar de las trompetas desfilan millares de soldados ante Tito y en presencia de los sitiados recibe su soldada y una espléndida comida. Durante cuatro largos días retumba desde primeras horas de la

mañana hasta la puesta del sol el paso de marcha de las columnas romanas, acostumbradas a la victoria.

Todo en vano. Apretujadas las gentes sobre las antiguas murallas, en la parte norte del templo, sobre todos los terrados, sólo dan muestras de animosidad. Demostración inútil: los sitiados no piensan rendirse.

Tito realiza un último intento para hacerles desistir de su propósito. Manda a su prisionero Flavio Josefo, al generalísimo judío de Galilea, bajo las murallas de la fortaleza.

La voz de Josefo clama, dirigiéndose a lo alto:

— ¡Oh, gentes duras de corazón! arrojad vuestras armas, tened compasión de vuestra tierra, que está a punto de caer en un precipicio. Mirad a vuestro alrededor y contemplad la belleza de lo que pretendéis traicionar. ¡Qué hermosa ciudad! ¡Qué templo! ¡Cuántos regalos de tantas naciones! ¿Quién se atreverá a dejar que todo esto sea pasto de la acción destructora de las llamas? ¿Es que habrá alguien que pueda desear que tanto esplendor desaparezca? Nada hay más precioso que conservar estos tesoros. ¡Seres obstinados, insensibles como las piedras!..

Con conmovedoras palabras recuerda Josefo los grandes hechos de la Antigüedad, los patriarcas, la historia, la misión de Israel. Pero todo en vano... Sus ruegos y sus exhortaciones encuentran oídos sordos.

La lucha es reemprendida desde la segunda muralla, dirigiéndose en forma avasalladora contra la fortaleza Antonia. A través de las calles del arrabal, el frente se traslada al barrio donde se halla el templo y la ciudad alta. Los exploradores practican brechas para el asalto; las tropas auxiliares acuden de todas partes trayendo troncos de árbol. Los romanos utilizan todos los recursos de la técnica propia del asedio de ciudades. Los trabajos preparatorios experimentan continuas dilaciones debido a los intentos de estorbarlos que oponen los sitiados. Aparte de salidas desesperadas, las estructuras de madera de las máquinas de asedio, cuando casi están terminadas son pasto de las llamas. Al empezar la noche el campamento romano se ve rodeado de sombras que llegan a él por pasos subterráneos, saliendo de escondrijos o arrastrándose por encima de las murallas.

Tito dicta órdenes represivas contra los hambrientos y maleantes que merodean por el campamento romano. Aquel que es sorprendido por aquellos lugares — buscadores de víveres, merodeadores o desertores — será crucificado. Diariamente sus soldados clavan en la cruz, a la vista de la ciudad, un promedio de quinientos individuos. Poco a poco se va formando, alrededor de la ciudad, un bosque de cruces, hasta que la falta de madera pone fin al terrible espectáculo.

Uno tras otro, todos los árboles fueron cayendo para construir cruces, rampas para el asalto y escaleras o para ser consumidos como leña en las fogatas de los campamentos. Los romanos, al llegar, encontraron una campiña preciosa. Pero ahora han desaparecido

los viñedos, los huertos, la riqueza en higueras y en olivos; ni siquiera el monte Olivete proporciona sombra. Sobre el desolado y desnudo paisaje se siente un olor nauseabundo e insoportable. Arrojadados por los sitiados por encima de los parapetos, se acumulan a millares ante las murallas los cadáveres de los que murieron de hambre y de los guerreros que cayeron en la lucha. ¡No hay manera de enterrarlos en forma conveniente!

"Ningún extranjero que haya visitado la Judea y haya visto los bellos alrededores de su capital y ahora contemple esta desolación — se lamenta Josefo — podrá contener sus lágrimas ni sus lamentos ante cambio tan terrible. Pues la guerra ha trocado toda belleza en desierto. Y nadie que conociese estos lugares, por haberlos visto anteriormente, los podría reconocer."

Para poder estrechar el cerco de la ciudad, Tito ordena la construcción de una obra llamada circumvallatio. Trabajando día y noche, se va formando alrededor de Jerusalén una muralla a base de tierra, reforzada por medio de trece construcciones fortificadas y vigiladas por una cadena de puestos de observación. Si hasta entonces de noche, a través de túneles y de sendas escondidas, podían entrar algunos víveres en la ciudad, ahora este precario avituallamiento resultaba imposible debido a esta muralla de tierra.

El espectro del hambre se va adueñando de la ciudad, tan superpoblada de peregrinos: la muerte realiza terribles estragos. El afán de encontrar algo para comer, sea lo que sea, ya no conoce límites y ahoga todo sentimiento humanitario.

"El hambre, cada vez más acuciante, daba cuenta de familias enteras. Las terrazas estaban llenas de mujeres y de niños desfallecidos, las callejuelas obstruidas por los cadáveres de los ancianos. Los niños y los jóvenes, enflaquecidos como fantasmas, vagaban de aquí para allá hasta que caían. Tan agotados estaban, que ya ni siquiera tenían ánimos para enterrar a sus muertos. Al hacerlo caían desvanecidos sobre los cadáveres. La miseria era espantosa. Apenas aparecía por alguna parte el indicio de un comestible, empezaba en seguida una lucha terrible para apoderarse de él, y los mejores amigos peleaban entre sí a brazo partido para alcanzarlo y se arrancaban de las manos las cosas menos valiosas. Ni querían creer que los moribundos no dispusiesen de algún alimento. Los ladrones se arrojaban encima de ellos, los sacudían febrilmente buscando entre sus ropas algo de valor. Esos bandidos iban de un lado para otro cual perros rabiosos y golpeaban ebrios las puertas de las casas. En su desesperación irrumpían y registraban la misma casa tres veces durante el mismo día. Su hambre era tan insoportable, que les obligaba a masticar cualquier cosa. Recogían lo que ni los perros vagabundos hubieran querido remover ni mucho menos comer. Hacía ya tiempo que habían empezado a masticar sus sandalias y sus cinturones y hasta el cuero de sus jubones. El heno seco servía de alimento a muchos, y hasta había quien recogía tallos y vendía a peso una pequeña cantidad de ellos por cuatro dracmas áticas. Pero, ¿por qué estaré describiendo estas vergonzosas indignidades que el hambre hizo cometer a los hombres, haciéndoles devorar cosas tan absurdas?" se pregunta Flavio Josefo en su obra sobre la guerra en Judea.

"Estoy hablando de unos sucesos que no tienen igual en ninguna historia ni entre los griegos ni entre los bárbaros. Es horrible tener que mencionar tales cosas, y parecen imposibles cuando se oyen relatar. De buena gana hubiese pasado por encima de esta desgracia nuestra para no adquirir la fama de relatar cosas que han de parecer tan deshonorosas a la posteridad. Pero hubo demasiados testigos presenciales de ellas en mi

época. Y, además, mi tierra no tendría motivo para estarme agradecida si callase la miseria que sufrió en esta época."

Josefo, cuya familia estaba entre los sitiados, no se horrorizaba ni ante los relatos del inhumano comportamiento, lo cual prueba que el hambre empezaba a turbar la razón de los sitiados.

Los fanáticos recorrían las calles en busca de víveres. De una casa salía olor de asado. Los hombres penetran en seguida en su interior y se encuentran ante María, la hija de la noble familia Betezob, de la Jordania oriental, familia extraordinariamente rica. Había llegado a Jerusalén para tomar parte en la fiesta de la Pascua. Los fanáticos la amenazan con la muerte si no les da el asado. Compungida, la mujer les entrega lo que piden. Petrificados contemplan aquel pedazo de carne medio consumida. ¡Era el propio hijo, recién nacido!

Pronto se entera de ello toda la ciudad; la noticia trasciende a través de las murallas al campamento romano. Tito jura que cubrirá esta villanía con las ruinas de toda la ciudad.

Muchos son los que tratan de no morir de hambre huyendo a favor de las tinieblas y experimentan una suerte igualmente terrible en manos del ejército romano. Entre las tropas auxiliares de los romanos había corrido el rumor de que los que huían de la fortaleza llevaban siempre consigo oro y piedras preciosas, que esperaban poder conservar en su poder escabulléndose de la ciudad antes del ataque final. De ser apresados, los incautos eran asesinados, y un insaciable afán de botín inducía a abrir su cuerpo. En esta forma perecieron, en una sola noche, dos mil personas. Tito se enfurece; sin compasión hace que su caballería diezme a una unidad entera de tropas auxiliares; una orden del día establece la pena de muerte para semejante crimen. Pero no sirve de gran cosa; la degollación sigue su curso.

Día y noche las máquinas que rompen las murallas actúan sobre el arrabal de Jerusalén. Se han abierto nuevas brechas para el asalto. Tito insiste en ir de prisa. Quiere poner lo más rápidamente fin a la terrible pesadilla.

A principios de julio sus soldados se apoderan de la fortaleza Antonia. Ésta, en cuyo pavimento Jesús de Nazaret fue sentenciado a muerte, es arrasada hasta los fundamentos. Sus murallas confinan con el muro norte del Templo.

Ahora le toca el turno al complejo de edificaciones del Templo, esa construcción poderosa, con sus galerías, balustradas y patios. El generalísimo celebra un consejo con sus oficiales. Muchos son de opinión de tratar al Templo como si fuese una fortaleza. Tito no está de acuerdo. Quiere, de ser posible, preservar aquel célebre santuario, conocido en todo el Imperio romano. Por medio de heraldos exige, por última vez, la entrega pacífica del Templo. De nuevo la contestación es negativa. Sólo entonces dirige Tito el ataque contra el recinto sagrado.

Una granizada de gruesas piedras y una lluvia ininterrumpida de flechas invaden los patios del Templo. Los judíos luchan como poseídos y no ceden. En último término confían en que Yahvé les ayudará a proteger su santuario. Más de una vez los legionarios, con sus escaleras, llegan a la parte alta de los parapetos. Siempre son rechazados. Los arietes y las catapultas resultan impotentes contra estas murallas. Es



imposible quebrantar los enormes bloques de piedra utilizados en su construcción bajo el reinado de Herodes. Tito ordena incendiar las puertas de madera del templo a fin de conseguir por la fuerza la entrada al mismo.

Apenas han sido éstas reducidas a cenizas, da orden de que el fuego sea extinguido, preparando así el paso para el asalto de los legionarios. La orden del día de Tito para el ataque dispone que el "santuario sea respetado." Pero, durante la noche, el fuego se ha extendido hasta el peristilo y los romanos tienen que ocuparse en combatirlo. Este momento propicio es aprovechado por los sitiados para lanzar sobre ellos un violento ataque. En un confuso combate cuerpo a cuerpo los legionarios rechazan a los judíos, les hacen retroceder, les persiguen a través de los patios.

Durante el salvaje tumulto de los combatientes el santuario es presa de las llamas. Excitado y acuciado "uno de los soldados, sin esperar la voz de mando y sin asustarse de lo que va a hacer o quizá inducido por un impulso demoníaco, toma una tea encendida y, subiéndose a los hombros de un camarada, la arroja a través de la ventana de oro que daba a las antecámaras situadas junto al Santísimo."

Las antecámaras están revestidas de maderas preciosas antiguas y contienen objetos fácilmente inflamables que estaban destinados para los sacrificios, entre ellos recipientes con aceite. Las llamas de las teas incendiarias encuentran inmediatamente un nuevo pábulo. Tito contempla las llamas e intenta detener el fuego.

"Entonces el César dio la orden de apagar el incendio gritando a los soldados que estaban luchando y haciéndoles una señal con su diestra. Pero los soldados no le oyeron a pesar de sus gritos... y como el César no podía refrenar el ardor bélico de los combatientes y el fuego continuaba haciendo estragos, se dirigió personalmente al sagrado recinto con sus comandantes, contemplándolo con todo cuanto contenía... Pero como las llamas no habían alcanzado aún las estancias interiores, habiendo sólo reducido a escombros las exteriores, Tito pudo comprobar que gran parte del edificio podía ser aún salvado. En vista de ello hizo lo posible para convencer a los soldados de que procedieran a la extinción del incendio, dando a Liberalius, el centurión, y a uno de los individuos de su guardia personal la orden de azotar con palos a los soldados que se opusieran, arrojándoles de sus filas. Pero si grande era el entusiasmo hacia el César y grande también el temor de contravenir sus órdenes, igualmente era grande su odio hacia los judíos y el afán que sentían de luchar con ellos.

"A muchos les arrastraba, además, la esperanza de realizar un buen botín. Creían que todas esas estancias estaban repletas de oro, pues veían que, a su alrededor, todo estaba revestido de este precioso metal... Y así el santuario fue destruido sin la aprobación del César."

En agosto del año 70, las legiones romanas plantaban sus insignias en el recinto sagrado de los judíos y hacían ante ellas sus sacrificios. A pesar de que la mitad de Jerusalén se halla en poder del enemigo, a pesar de que de las ruinas del Templo se elevan al cielo las columnas de humo del incendio, los fanáticos judíos no se entregan.

Juan de Gishala, con una gran multitud, desaloja el recinto del Templo y se refugia en la parte alta de la ciudad, situada en la colina del Oeste. Otros huyen hacia el palacio de Herodes, cuyas torres son macizas. De nuevo tiene que poner en juego Tito sus

secciones de exploradores, sus catapultas, sus máquinas rompemuros, toda su brillante técnica del asedio. En septiembre caen también estas murallas, son conquistados los últimos baluartes; la resistencia ha sido, por fin, vencida.

Asesinando y pillando, los vencedores toman posesión de la ciudad que les ha opuesto tan encarnizada resistencia y que tanta sangre y tanto dinero les ha costado. "César ordenó arrasar la ciudad y el Templo. Tan sólo respetó las torres de Fasael, del Hípico y de Mariamme y una parte de las murallas de la ciudad por el lado de Occidente. Estas últimas para que sirvieran de cobijo a la guarnición que allí quedó."

La legión que permaneció como guarnición durante sesenta años en aquel desolado lugar usaba la enseña Leg. X. F., lo que significaba Legio X. Fretensis. Su lugar de origen estaba situado junto al fretum Siciliense, en la vía de Sicilia. Dejaron tanto en Jerusalén como en sus alrededores miles de huellas de su presencia. Los jardineros y los hortelanos suelen encontrar aún hoy día, dentro de la tierra, baldosas con el número de la legión y el dibujo de una galera y un jabalí.

Las pérdidas humanas sufridas por los judíos fueron enormemente elevadas. Durante el sitio, según los cálculos de Tácito, había 600.000 almas en la ciudad. Flavio Josefo da el número de prisioneros, sin contar a los crucificados ni a los que pudieron escapar, cifrándolos en 97.000, y añade que, en el transcurso de tres meses, sólo por una puerta de la ciudad pasaron 115.000 cadáveres de judíos.

En el año 71, Tito hace patente a Roma la magnitud de su victoria sobre Jerusalén en un grandioso desfile triunfal. Entre los 700 prisioneros judíos figuran encadenados Juan de Gishala y Simón Bar Giora. Con gran júbilo son contempladas dos piezas de oro puro procedentes del saqueo, el candelabro de siete brazos y la mesa de los panes de la proposición del Templo de Jerusalén, reliquias que son depositadas en el templo de la Paz en Roma. En el arco de Tito, levantado en aquella ciudad para conmemorar aquella victoria, pueden verse aún ambos objetos del culto israelita.

Sobre la desolada masa de ruinas, en la cual no podían penetrar bajo pena de muerte ni los judíos ni los partidarios de Cristo, el emperador Adriano 2 levanta una nueva colonia romana: Aelia Capitolina. La vista de una colonia extranjera en el emporio de la cultura de los judíos da lugar a nuevas rebeliones. Julio Severo es llamado, de su gobierno de Britania, a Judea y sofoca también los desesperados intentos realizados por los judíos, durante tres años, para volver a alcanzar la libertad. El emperador Adriano hace levantar un hipódromo, dos baños y un gran teatro. Entre las masas de escombros del santuario judío surge, como un sarcasmo, un monumento a Júpiter, y allí donde, según la tradición cristiana, se hallaba el sepulcro de Cristo, gentes extranjeras peregrinan sobre terrazas escalonadas para subir a un santuario dedicado a la diosa Venus.

La mayor parte de habitantes de la Tierra de Promisión que no pereció en la sangrienta guerra de los judíos de los años 66 al 70 y en la sublevación de Bar-kokba del 132 al 135, fueron vendidos como esclavos. "Y caerán al filo de la espada y serán llevados cautivos entre todas las naciones."

De los años posteriores al año 70, los arqueólogos ya no encuentran en Palestina edificio alguno que dé razón de Israel, ni siquiera una losa sepulcral que muestre una inscripción judaica. Las sinagogas fueron derribadas y hasta de la casa de Dios en

Cafarnaúm no quedó más que las ruinas. La implacable mano del destino había borrado de la escena de los pueblos el papel representado por el pueblo de Israel.

Mas la doctrina de Jesús que predica la unión y la mutua comprensión de los pueblos hacía ya tiempo que había empezado su victoriosa carrera por el mundo.

\*\* \*\* \*

1. Tito fue emperador romano en el año 79 de nuestra era.
2. 117-138 después de J.C.

"¡Haya Luz!"

La historia de la Creación a la luz de la ciencia moderna. — Los investigadores tratan de calcular "el principio." — El Universo en expansión. — La fuga de las galaxias. — Edad de la corteza terrestre. — Hace cinco o diez mil millones de años.

AL PRINCIPIO CREÓ DIOS EL CIELO Y LA TIERRA. AHORA BIEN, LA TIERRA ERA CONFUSIÓN Y CAOS Y LAS TINIEBLAS CUBRÍAN LA SUPERFICIE DEL OCEANO, MIENTRAS EL ESPÍRITU DE DIOS SE CERNÍA SOBRE LA HAZ DE LAS AGUAS. Y DIJO DIOS: "HAYA LUZ," Y HUBO LUZ (Gen. 1:1-3).

El concepto "Edad del Progreso" reúne en sí una asombrosa profusión de inventos, adelantos y descubrimientos.

El espíritu incansablemente investigador del hombre llegó hasta conseguir la disociación de la materia. Las nubes de humo en forma de setas de las terribles explosiones atómicas constituyen un espectáculo corriente. Los instrumentos electrónicos substituyen a centenares de matemáticos, de ingenieros y empleados de oficina. Los autómatas controlan automáticamente las fábricas. Hace tiempo que se trabaja en los planos para la construcción de un satélite artificial y acaso sea posible que una astronave realice dentro de algunos años su primer viaje por el espacio, cosa que ya no sorprende al hombre de la calle.

Al hablar de progreso, muchos se refieren al progreso técnico. Pero el verdadero y trascendental progreso está en los nuevos conocimientos y descubrimientos realizados en los campos de la Física, de la Matemática, de la Astronomía y de otras muchas ciencias. Ocupadas en cambiar en forma decisiva el antiguo y acostumbrado panorama del mundo, han dado lugar a conceptos jamás soñados por el hombre sobre el Universo, tanto sobre el mundo de lo pequeño, es decir, del microcosmos, como en el mundo de lo grande, el macrocosmos.

En la Edad del Progreso fue hallada también la contestación a una pregunta que conmovió a la humanidad desde el principio: la vieja cuestión sobre el origen de nuestra Tierra y del Universo. Y esto es lo más asombroso: ¡la contestación de la Ciencia coincide ahora, en lo esencial, con el maravilloso cuadro que de la Creación del Mundo nos ofrece la Biblia!

"¡Cuán inútiles fueron y serán siempre cuantos intentos se hagan para poner de acuerdo el relato de la Biblia sobre la Creación con los resultados alcanzados por la Ciencia!" escribía en 1902 el doctor profesor alemán Delitzsch en su obra Babel y Biblia. Y no era sólo él quien sostenía esta opinión. En realidad no hizo más que expresar el pensamiento científico de su época.

Hoy, transcurridos algo más de diez lustros desde aquella fecha, este pensamiento ha sido superado y los nuevos conceptos y conocimientos de la Ciencia parecen tan inquebrantables que hasta la Iglesia ya no se cierra a ellos. En la Roma que un día condenó a Copérnico y a Galileo sucede algo que antes hubiera sido tenido por increíble, a saber: que la más alta dignidad de la Iglesia católica hable sobre la historia de la Creación a la luz de la Ciencia moderna. Ante la Academia Pontificia de Ciencias de Roma, Su Santidad el papa Pío XII, en un discurso trascendental, enfrenta los modernos conocimientos con el relato de la Biblia.

"Cuando el científico, contemplando el estado actual del mundo, considera el futuro de éste, puede apreciar en el macrocosmos y en el microcosmos cuál es su edad. En el transcurso de millones de años la masa, al parecer inagotable, del núcleo atómico pierde su energía útil. La materia se va convirtiendo, hablando en forma figurada, en un volcán apagado y cubierto de escorias. Así, pues, si el mundo actual, que ahora está lleno de ritmo y de vida pulsante, no posee en sí mismo ningún satisfactorio fundamento de su existencia, mucho menos lo habrá tenido aquel mundo del pasado sobre el cual se cernían las alas de la muerte.

"Cuanto más nos hundimos en el pasado tanto más rica es la materia en energía libre y el escenario de grandes convulsiones cósmicas. Todo indica que el mundo material, conteniendo cantidades inimaginables de reservas de energía, tuvo su principio en un determinado momento. Y así se plantean espontáneamente a la razón dos preguntas: ¿puede decir la Ciencia cuándo tuvo lugar este principio del mundo? Y: ¿cuál fue el estado primordial del mundo?"

Para encontrar respuesta a estas preguntas — que, como es natural, sólo pueden significar un orden aproximado de realidades — la Ciencia cuenta con varios caminos, que, bastante independientes unos de otros, resultan convergentes en sus resultados. Estos caminos, reseñados brevemente, son los siguientes:

1.º La fuga de las nebulosas en espiral, o sea de las galaxias. — El estudio de las numerosas galaxias, realizado principalmente por Edwin E. Hubble en el Observatorio de Monte Wilson, ha dado por resultado comprobar que esos lejanos sistemas galácticos tienen tendencia a alejarse unos de otros con velocidades tales, que las distancias entre dos de estas nebulosas se duplican al cabo de cerca de 1.300 millones de años. Debido a este proceso de "expansión del Universo" resulta que hubo un momento, de mil a diez mil millones de años atrás, en que la materia en todas las galaxias se hallaba concentrada en un espacio relativamente pequeño.

2.º Edad de la corteza sólida de la Tierra. — Para calcular la edad de las primitivas sustancias radiactivas se toman como valores bastante aproximados los datos de la transmutación del isótopo del uranio 238 en un isótopo del plomo (RaG), del uranio 235 en actinio D (AcD) y del isótopo del torio 532 en torio D (ThD). La masa en helio que

así se forma puede servir de control. Por este procedimiento se llega a la conclusión de que el promedio de edad de los minerales más antiguos alcanza, a lo sumo, cinco mil millones de años.

3.º La edad de los meteoritos. — El mismo método aplicado a los meteoritos, a fin de determinar su edad, da aproximadamente la idéntica cifra de cinco mil millones de años. Este resultado tiene una significación especial, dado que hoy día todo el mundo admite que los meteoritos son de origen interestelar.

4.º La estabilidad de las estrellas dobles y de los cúmulos estelares. — Las oscilaciones gravitatorias a que dichos sistemas (desde el exterior) están sometidos, comparables a un flujo y reflujo, colocan asimismo su estabilidad dentro de los límites de cinco a diez mil millones de años.

Estas cifras pueden causar sorpresa, pero para el creyente no tienen otro significado que el de las primeras palabras del Génesis: Al principio, significa el comienzo de las cosas en el tiempo. Estas palabras de la Escritura dan a las cifras de la Ciencia una expresión concreta y, al propio tiempo, matemática.

Con igual responsabilidad y libertad de investigación y de conocimiento, los científicos se han aplicado al otro problema, seguramente más difícil: al problema del estado y de las propiedades de la materia primitiva.

Aquel que analiza seriamente esos problemas suscitados por los modernos conocimientos científicos tiene que abandonar la concepción de una materia absolutamente independiente y autónoma, no creada o creada por sí misma, y llegar a la conclusión de la existencia de un Espíritu creador. Con la misma mirada clara y crítica con que observa los hechos, reconoce la obra creadora de un Ser todopoderoso cuya fuerza, puesta en movimiento hace miles de millones de años por un potente Fiat del Espíritu creador, se ha extendido por todo el Universo, y, con un acto de amor, ha dado nacimiento a la materia, desbordante de energía. La Ciencia moderna parece haber conseguido salvar la distancia de millones de siglos y ser testigo de aquel primer Fiat lux! (¡Haya luz!) en aquel instante en que, junto con la materia, surgió de la nada un mar de luz y de radiaciones, mientras que las pequeñas partículas de los elementos químicos se disociaban volviéndose a unir en millones de sistemas galácticos.

Cierto es que, para la Creación en el tiempo, los hechos hasta ahora alcanzados no suministran una prueba absoluta como los argumentos de la metafísica y de la Revelación, por lo que a la Creación en el tiempo se refiere. Las indicaciones de las ciencias naturales requieren nuevas investigaciones y confirmaciones, y las teorías fundadas sobre esta base, nuevos desarrollos y nuevas pruebas para poder establecer una base segura para una argumentación que se halla fuera de los dominios de las ciencias naturales. De todos modos, merece que se preste la mayor atención al hecho de que las modernas ciencias naturales consideren la idea de una Creación del Universo como perfectamente identificada con su concepción científica, y esto basándose precisamente en su propia investigación.

Hace pocos lustros que semejante hipótesis era considerada enteramente irreconciliable con el estado de los conocimientos científicos que entonces se poseían. Hasta en el año 1911, el célebre físico Svante Arrhenius afirmaba: "La creencia de que algo pueda

surgir de la nada está en contradicción con el estado actual de la Ciencia, según la cual la materia es inmutable."

¡Cuan distinta y más fiel a la realidad es la imagen expresada en las palabras de otro relevante hombre de ciencia! Sir E. Wittaker dice, refiriéndose a la investigación sobre la edad del mundo:

"Los diferentes cómputos convergen en la conclusión de que hubo un tiempo, hace cosa de uno a diez mil millones de años, en que el mundo, de existir, era en una forma completamente distinta de todo cuanto hoy conocemos. Este tiempo representa para nosotros la última frontera a que alcanza la Ciencia. Podemos designarla con todo derecho como el momento de la Creación. Constituye la decoración de fondo del espectáculo del mundo según resulta de la investigación geológica, que todo organismo existente en la Tierra tuvo un principio en el tiempo" 1.

¿Qué significado tiene, pues, la Ciencia moderna para la prueba de la existencia de Dios, fundada sobre el hecho de la mutabilidad del Cosmos? Por medio de un análisis concreto y que llega hasta el detalle, tanto en el macrocosmos como en el microcosmos, la Ciencia ha profundizado y ha difundido en gran medida el fundamento empírico de este testimonio. Del hecho de la mutabilidad se debe concluir la existencia de una Esencia que es inmutable por naturaleza. La Ciencia ha perseguido, además, el curso y la dirección del desarrollo cósmico y de su fin necesario, según lo ha dado a conocer su comienzo en un tiempo de cinco mil millones de años. Así ha confirmado, mediante comprobaciones físicas, la concreción de la contingencia y la consecuencia, fundamentalmente lógica, de que, en aquel tiempo, el mundo salió de la mano de un Creador.

La Creación en el tiempo: esto equivale a decir un Creador, esto equivale a decir ¡Dios! Esta declaración, aunque no sea hecha en forma concreta y cerrada, es la que precisábamos de la Ciencia, y esta declaración es la que la humanidad actual espera de la Ciencia. Es la voz de una contemplación madurada y clara de un solo aspecto del Universo, es decir, del de su mutabilidad. Pero este aspecto basta para que toda la humanidad, la coronación y la expresión racional del macrocosmos y del microcosmos, piense en su Creador, para que reconozca su obra en el tiempo y en el espacio y, orando ante su sublime Majestad, caiga de rodillas.

¡Qué evolución tan inmensa! Hasta en el propio siglo XX, por faltar las premisas, no había hipótesis científicas sobre la formación del Universo, lo cual no quiere decir que desde hace muchísimo tiempo no se preocupara la gente de la solución del gran misterio. Hasta se creía poderla justificar con datos concretos.

En 1654 declaraba el arzobispo Ussher, de Irlanda, que la Creación había tenido lugar a las nueve de la mañana del día 26 de octubre del año 4004 antes del nacimiento de Jesucristo, según podía deducirse de la lectura de las Sagradas Escrituras. Durante más de un siglo este dato, obtenido en forma meticulosa, fue tenido como valedero. Aquel que suponía una época anterior era tenido por hereje.

La investigación moderna ha llegado a determinar el espacio de tiempo transcurrido desde la formación del Universo.

Reconstrucción de Acuerdo con la Biblia.

Plan económico trazado a la luz del Antiguo Testamento. — Los antiguos pozos de los patriarcas proveen de agua a los pobladores. — La "miel de las rocas." — Muros de piedra que almacenan roció. — Nuevas explotaciones en las minas de Salomón. — Trabajos de colonización siguiendo el modelo bíblico.

No hay duda de que el Antiguo Testamento posee una fuerza virtual imponderable, tanto desde el aspecto históricomoral como en el espiritual, que perdura sin mengua alguna a través de los tiempos. Que su eficacia pueda trascender también al campo prosaico de la reorganización económica de un país es, no obstante, una experiencia que no tiene precedentes.

Desde el año 1948 el "Libro de los Libros," con su existencia de más de 3.000 años, desempeña el papel de valioso consejero para la reconstrucción del moderno Estado de Israel. Tanto para la explotación agraria como para la industria, sus claras tradiciones históricas han resultado ser de gran importancia.

El territorio del nuevo Estado tiene unos 20.000 kilómetros cuadrados de extensión, lo cual corresponde a una superficie ligeramente inferior a la del reino de Valencia. Sólo para la llanura de Yezreel y las fértiles tierras bajas situadas junto al lago de Genesaret, le resultaba aún valedera, en 1948, la representación bíblica de la Tierra de Promisión, en la cual tanto abundan la leche y la miel.

Extensas comarcas de Galilea y casi toda la región montañosa de Judea presentan un aspecto completamente distinto que en los tiempos bíblicos. Varios siglos de cultivo inadecuado completaron la destrucción hasta de los pastos. El cultivo en régimen de superexplotación de las plantaciones de olivos y de higueras en las vertientes de las montañas lo han agotado todo. El resultado ha sido una progresiva calcarificación y una erosión considerable del terreno.

Los nuevos pobladores, faltos de experiencia, desconociendo por completo las condiciones de la tierra, hallaron en el Antiguo Testamento un auxiliar precioso que les facilitó tomar toda una serie de decisiones sobre diversos problemas del cultivo, de la repoblación forestal y de la industrialización del país. Así no es de extrañar que hasta los expertos lo consulten en caso de duda.

"Por fortuna — dice el doctor Walter Clay Lowdermilk, técnico de la Sección de Plantaciones útiles y del cultivo del suelo —, la Biblia nos aconseja sobre los cultivos más convenientes para cada una de las comarcas. Por el contenido del Libro de los Jueces sabemos que los filisteos cultivaban los cereales, pues Sansón ató las zorras de dos en dos y cola con cola, puso entre éstas una tea encendida y las soltó en las mieses de los filisteos. El mismo Sansón incendió sus olivares, y cuando iba de camino a visitar a su prometida pasaba junto a sus viñedos (Juec. 14:5; 15:5). Todos estos cultivos se desarrollan también en la actualidad en esos lugares."

Todo intento de poblar el Negueb parecía inútil, pues al sur de las montañas de Judea se extiende, desde Ebrón hasta Egipto, un solo desierto atravesado por valles secos y faltos de vegetación. Los datos de las observaciones meteorológicas indican una precipitación media anual de 150 mm. Esto resultaba algo descorazonador.

Con una cantidad tan pequeña de lluvia nada puede crecer. Pero, ¿no estaban mejor enterados los relatos del tiempo de los patriarcas?

"Luego emigró de allí Abraham hacia la tierra del Negueb y se estableció entre Qadés y Sur, morando como huésped en Guerar" (Gen. 20:1). El padre de los patriarcas era pastor; vivía estrechamente unido a sus grandes rebaños y éstos necesitaban pastos y agua.

Una comisión de técnicos, junto con varios geólogos, recorrieron durante semanas enteras las áridas dunas de arena y las pedregosas montañas de la tierra del Mediodía 1. Y encontraron aquello que buscaban. Y los israelitas actuales hicieron lo mismo que hizo Isaac en su época:

"Marchó, pues, de allí Isaac y acampó en el valle de Guerar, estableciéndose allí. Luego tornó Isaac a excavar los pozos de agua que habían alumbrado los siervos de Abraham, su padre" (Génesis 26:17-18).

Enterrados en grandes masas de arena perduran aún los antiquísimos pozos y, como entonces, suministran a la superficie un agua limpia y clara, "aguas vivas," como las llamaban los siervos de Isaac (Gen. 26:19). Con ello querían decir agua potable, pues hay ciertos pozos en el Negueb (y esto ha sido confirmado por el estudio actual de los terrenos) que dan un agua salobre y, por tanto, no apta para la bebida. De nuevo se levantan hoy día, como en la Antigüedad, un buen número de tiendas en los mismos sitios próximos a las aguadas.

El pozo junto al cual la esclava Agar, repudiada por Abraham, descansó con su hijo Ismael (Gen. 21:14-19) suministra hoy día agua para sesenta familias. Los judíos rumanos se han establecido en una vertiente próxima; hasta la ciudad bíblica de Bersabeé hay sólo un par de kilómetros.

En la misma comarca hay otras cosas dignas de mención. Los colonos han realizado plantaciones de árboles que prosperan magníficamente.

"El primer árbol que Abraham plantó en el suelo de Bersabeé fue un tamarindo — explicó el doctor José Weitz, el experto botánico israelita —. Siguiendo su ejemplo hemos plantado en este lugar dos millones de retoños. Abraham hizo lo único acertado, pues el tamarindo es uno de los pocos árboles que, según hemos podido comprobar, prosperan en aquellos parajes del Mediodía donde la precipitación anual alcanza sólo un valor inferior a los 150 milímetros."

La Biblia dio también aquí la pauta decisiva:

"Abraham plantó en Bersabeé un tamarindo" (Gen. 21:33).



Una condición previa decisiva para hacer fructífera una tierra tan pobre en agua es la repoblación forestal. Desde el principio de su repatriación, los israelitas que se han establecido de nuevo en Palestina no han hecho más que repoblar los bosques.

Para la elección de las especies de árboles pudieron confiar en las indicaciones de sus antepasados tanto como en la elección de los sitios más apropiados. Cuando hace unos años surgió la cuestión de si las peladas vertientes de las montañas situadas en la parte norte del Estado podrían ser repobladas, el Libro de Josué dio la respuesta:

"Josué respondió a la casa de José, a Efraim y Manasé: "Eres un pueblo numeroso, tu fuerza es mucha, no puedes tener una sola suerte, pero la montaña será tuya; aunque es bosque, tú lo talarás"" (Jos. 17:17-18).

Las dos tribus estaban asentadas al norte de Jerusalén, desde las cordilleras de Bet-El, pasando por la bíblica Sikem al pie de Garitzim, hasta la llanura de Yezreel. "Los árboles, según es sabido, prosperan mejor en los sitios en los cuales hubo antes algunos — manifestó el profesor Zohary, de la Universidad hebraica —. Confiémonos en el Libro de los Libros."

Muchos quebraderos de cabeza proporcionó una oscura indicación que, hasta hace pocos años, nadie comprendía:

"Y come (Jacob) de los frutos de los campos; dale a chupar miel de la peña y aceite del duro pedernal" (Dt. 32:13).

La solución del enigma se halló en el Negueb, donde se encontraron a millares unos pequeños círculos rodeados con piedras. A su alrededor no se encontró agua ni tampoco manantiales ni un solo pozo digno de mención. Cuando la arena fue apartada se encontraron restos de antiguas raíces de olivos y de vides. Las vallas de piedra habían prestado un buen servicio reteniendo aguas pluviales.

Su disposición da a entender una considerable experiencia y conocimientos sobre los procesos de la condensación. Las piedras que forman parte de los muros están colocadas de manera que dejan pasar el aire. De esta forma la humedad se condensa en ellas, en cantidades suficientes para alimentar de agua a un olivo o a una cepa. En cada círculo amurallado había una sola planta. El dulce zumo de la uva era designado, muy a menudo, en los tiempos antiguos, con el término "miel." El olivo suministra el aceite. Miel y aceite eran extraídos de la peña, del duro pedernal. Los modernos israelitas, al proceder al replanteo, asignan también un considerable valor a los pequeños recolectores de rocío, inteligentemente dispuestos.

En la segunda mitad del año 1953 se extrajo por primera vez cobre de las minas de Israel por un total de 3.000 toneladas. Allí donde hace 3.000 años se hallaban situadas las chozas de los trabajadores y esclavos del rey Salomón, se levantan hoy día las nuevas viviendas para los mineros. La extracción del cobre sigue siendo remuneradora. El geólogo doctor Ben Tor tuvo, en el año 1949, el encargo de examinar las antiguas minas de este metal en cuanto a su contenido y a su probable rendimiento. Los técnicos comprobaron que las existencias del mineral son suficientes aún para suministrar cien mil toneladas de cobre. Según sus apreciaciones, en las diferentes capas y ramificaciones existirían aún otras 300.000 toneladas. Cerca de Esyon-gueber, que esta

junto a Elat, en la costa del Mar Rojo (1 Re. 9:26), se desarrolla desde entonces una gran actividad. Los "jeeps" y los camiones pesados levantando grandes nubes de polvo amarillento, van de un sitio para otro y equipos de hombres tostados por el sol manejan palas y azadas. "Por todos aquellos sitios en que la mina es suficientemente rica — afirma un ingeniero de minas — tropezamos con las escorias y los hornos de los mineros de Salomón. Muchas veces nos da la sensación que fue ayer cuando aquellos se marcharon."

En una de las paredes de la oficina principal de la mina está inscrita la siguiente leyenda:

"Porque Yahvé, tu Dios, te conduce a una tierra excelente... país cuyas piedras son hierro y de cuyas montañas extraerás el cobre" (Dt. 8:7-9).

El hierro aún no se extrae. Pero los yacimientos están ya registrados. No lejos de Bersabeé, o sea, exactamente allí donde vivían los filisteos que se dedicaban a la fundición del hierro, la atención del doctor Ben Tor fue captada por unos despeñaderos cuyas rocas mostraban vetas rojizonegruzcas, señal de yacimientos de hierro. Las exploraciones y trabajos realizados hacen ascender a unos 15 millones de toneladas las existencias de mineral de hierro en esas montañas. En realidad, se trata de una mina de hierro poco rica, pero después se han ido descubriendo capas de mineral que contienen hierro puro en la proporción de un 60 a un 65 %.

Otro párrafo de la Biblia muy conocido, le rondaba siempre por la mente al activo negociante Ziel Federmann. Es aquel párrafo que trata de la destrucción de Sodoma y de Gomorra y que dice así: "...vio que salía de la tierra una humareda, como la humareda de un horno" (Gen. 19:28).

Pensando en él no tenía descanso. ¿No podrían ser debidos aquellos humos a la existencia de gases? Donde se desprenden gases del interior de la tierra, suele existir petróleo. Se fundó una compañía y los expertos mandados al Mar Muerto confirmaron por entero las sospechas de Federmann. El 3 de noviembre del año 1953 se perforó el primer pozo de petróleo de Israel.

Cincuenta son las colonias agrícolas que se han establecido de nuevo entre Dan y Bersabeé. Casi todas ellas disponen de una moderna instalación de bombas en los pozos o manantiales de la Antigüedad. Poco a poco el paisaje de muchos sitios va recobrando el aspecto descrito en las citas del Antiguo Testamento.

Dura es la tarea que se ha impuesto el joven estado israelita. Pero sus ciudadanos están firmemente convencidos de que, tanto ellos como sus descendientes, y no en último lugar gracias a la Biblia, conseguirán llevarla a cabo, y que ahora se está realizando aquello que Ezequiel profetizó al pueblo israelita:

"El día en que os purifique... y sea cultivada la tierra asolada donde antes no se ofrecía sino desolación a los ojos de todo pasajero, exclamaran: Esta tierra devastada ahora se ha convertido como en un Jardín del Edén" (Ez. 36:34-36).

\*\* \*\* \*

## 1. Negueb.

### La Respuesta de los Manuscritos.

Una oveja descarriada — Los rollos manuscritos del Mar Muerto. — Harding y De Vaux, en el Wadi Qumran. — El arzobispo Samuel se dirige a Chicago. — Los profesores de Física nuclear ayudan a fijar fechas. — Prueba de las telas en el reloj atómico. — El "Libro de Isaías" tiene 2.000 años. — Rollos de los escritos de los profetas del tiempo en que vivió Jesús. — Racha misteriosa de documentos. — En el valle de las tumbas negras. — Coincidencia de los textos a lo largo de 2.000 años.

LA HIERBA SE AGOSTA, MARCHÍTASE LA FLOR, PERO LA PALABRA DE NUESTRO DIOS PERMANECE PARA SIEMPRE (Is. 40:8).

A Mohamed Dib, pastor beduino de la tribu de los Ta'amireh, le sucedió como al joven Saúl, que salió para buscar las asnas de su padre que se habían extraviado y así obtuvo un reino (1 Sam. 9:3). Mohamed, al ir en busca de una oveja que se había extraviado, atravesó en un hermoso día de primavera del año 1947 los barrancales situados en la orilla norte del Mar Muerto y, sin saberlo, encontró un verdadero tesoro de la tradición bíblica.

Hacía varias horas que se hallaba subiendo y bajando por las quebradas rocas que sirvieron en otro tiempo de refugio a los ascetas y sectarios y, también muy a menudo, a los bandidos, buscando inútilmente la oveja perdida, cuando observó sobre una pared rocosa del Wadi Qumran, a cierta altura, abierta, una oscura grieta. ¿Se habría metido quizá allí la oveja?

Arroja una piedra a su interior y ésta, bien dirigida, hiende el aire y penetra por ella. Pero, en vez de un claro balido, contesta, desde la gruta, un extraño ruido. Asustado, huye Mohamed Dib y vuelve al lugar con otros dos muchachos de la misma tribu. Con precaución se acercan a la gruta abierta en la peña y se introducen finalmente por su estrecha entrada. A la media luz que reinaba en la pequeña cueva perciben, asombrados, unas ánforas de barro. ¡Un tesoro! piensan en seguida. Y, rápidos, los tres pastores se arrojan sobre ellas y las rompen. Pero... ¡qué desengaño! No contienen ni joyas, ni oro, ni monedas; sólo unos mugrientos rollos de escritura sobre pergamino y papiro envueltos en tela es todo cuanto aparece a sus miradas. Decepcionados, arrojan el hallazgo a un lado, lo pisotean... Pero, de repente, piensan que aquello puede procurarles un buen negocio. En todo caso toman consigo algunos de los rollos mejor conservados para convertirlos, de ser posible, en dinero. Y así, esos antiguos documentos, empiezan una rara odisea.

Son llevados a Belén y allí llegan al mercado negro, donde van a parar a manos de anticuarios. Los coleccionistas judíos y árabes adquieren algunas piezas; un paquete formado por cuatro rollos pasa a poder del arzobispo ortodoxo de Jerusalén Yesuhe Samuel, a cambio de un puñado de monedas; el arzobispo no puede imaginarse cuán precioso es el tesoro que acaba de adquirir hasta que algunos expertos de la Escuela Americana de Investigación Orientalista<sup>1</sup> realizan una visita al convento de San Marcos de Siria, donde los documentos son conservados. Después del primer examen

advierten ya los arqueólogos que se trata de documentos bíblicos de una época extraordinariamente antigua. Un rollo de siete metros de longitud con un texto completísimo del Libro de Isaías en hebreo figura entre ellos. La noticia escueta del descubrimiento realizado por los americanos causa una gran sorpresa entre sus colegas de todo el mundo. El sitio donde fue realizado el hallazgo puede dar una contestación inmediata sobre la cuestión de la edad exacta del pergamino.

Con incansable perseverancia se va trazando paso a paso el camino seguido por los documentos desde los anticuarios y el mercado negro de Belén hasta los árabes de la tribu de los Ta'amireh y, finalmente, hasta la cueva del Wadi Qumran. La entrada de la cueva está, sin embargo prohibida; después de la proclamación del nuevo estado de Israel ha estallado la guerra arábicojudaica en 1948 y toda la Palestina está convertida en un foco de disensiones.

La perseverancia de un observador belga de la ONU en Jerusalén consigue allanar todos los obstáculos. El capitán Felipe Lippens ha realizado sus estudios en la Universidad Medieval de Lovaina. A fines de 1948 entra en contacto con el inglés Gerald Lankester Harding, director de Antigüedades en la capital judía de Aman. Gracias a sus esfuerzos combinados consiguen interesar a los oficiales de la legión árabe sobre la cueva donde se ha realizado el descubrimiento. Para ellos la distancia de 50 kilómetros que media desde Aman al Wadi Qumran, representa tan sólo una corta excursión en "jeep." Después de una búsqueda infructuosa encuentran finalmente entre las numerosas cuevas la que buscan. La entrada a ella se asegura por medio de puestos de guardia, hasta que, en febrero de 1949, G. L. Harding y el padre dominico Roland de Vaux, director de la Escuela Bíblica y Arqueológica francesa de Jerusalén, se trasladan personalmente a aquel lugar.

Pero quedan defraudados en sus esperanzas; no hallaron ni rollos completos ni ánforas sin destruir. Todo denotaba que, entre tanto, otros habían vaciado la misteriosa cueva. Con gran perseverancia ambos investigadores reunieron todos cuantos fragmentos hallaron, tanto de manuscritos como de las ánforas de barro cocido, por más insignificantes que fueran. Los fragmentos de las ánforas demuestran claramente un origen grecorromano de la época comprendida entre el año 30 antes de Jesucristo al año 70 después de la era cristiana. Los 600 pequeños fragmentos de pergamino y de papiro dejan reconocer aún manuscritos en hebreo de los libros 1.º y 5.º de Moisés (Génesis y Deuteronomio) y del Libro de los Jueces. Pedazos de la tela de lino que había servido para envolver los rollos, completan el escaso botín.

En el verano de 1949, por invitación de los americanos, el arzobispo Yesuhe Samuel realiza un viaje a los Estados Unidos con sus valiosos rollos, donde los deja para su estudio en el Instituto Orientalista de Chicago. Entre los expertos se produce una viva divergencia de opiniones sobre la antigüedad y autenticidad de los documentos. A fin de terminar con semejante diversidad de opiniones, uno de ellos propone seguir un camino enteramente inusitado hasta entonces por la Arqueología: consultar a un hombre de ciencia especializado en atomística. Esto resulta fácil dado que el Instituto Orientalista está junto a la Universidad de Chicago, donde los profesores de Física nuclear habían empezado a estudiar la edad de las substancias orgánicas con auxilio de los tubos contadores Geiger. El profesor Williard F. Libby, en el Instituto de Física Nuclear de Chicago, había realizado precisamente sus primeras y asombrosas determinaciones sobre la edad mediante el llamado "Calendario atómico" inventado por él.

Este método corresponde a la siguiente idea: por medio del bombardeo de rayos cósmicos que continuamente inciden sobre la Tierra procedentes del espacio, el nitrógeno se convierte en el isótopo radiactivo del carbono 0-14. Todo ser viviente — hombre, animal, planta — está absorbiendo diariamente hasta su muerte C-14 con su alimento y respiración. En el transcurso de 5.600 años este carbono pierde la mitad de su radiactividad primitiva. En toda substancia orgánica muerta y haciendo uso de un aparato Geiger ultrasensible, puede averiguarse cuánta es la fuerza radiactiva que ha perdido el C-14 que contiene. Y de ello cabe deducir cuántos años hace desde que, por última vez, recibió carbono.

El profesor Libby fue encargado de realizar esta investigación. Tomó pedazos de la tela en la cual habían estado envueltos los rollos que contienen el Libro de Isaías, los quemó reduciéndolos a carbón y los introdujo en una batería de tubos Geiger, llegando a un resultado desconcertante. La tela es de lino y ¡éste fue cosechado en tiempos de Jesucristo! Los documentos que por ella estuvieron resguardados tienen que ser, por lo tanto, de fecha anterior. Después de minuciosas y lentas investigaciones quienes examinaron los escritos llegaron al mismo resultado. ¡El texto de Isaías de la cueva de Qumran, según había apreciado también con sagacidad en este caso el profesor W. F. Albright, tiene que haber sido escrito aproximadamente hacia el año 100 antes de J.C.!

Este descubrimiento tiene más importancia que la de ser un mero hecho científico sensacional. Para poder valorar justamente los manuscritos del Mar Muerto es menester tener presente que el texto de la Biblia más antiguo que poseemos — el llamado texto masorético 2, compuesto por sabios y expertos rabinos — data del siglo IX al X después de J.C. Anteriores a este texto existen dos redacciones de la Sagrada Escritura que son la versión de los Setenta y la Vulgata latina de San Jerónimo (siglo IV). Nuestro conocimiento del texto bíblico se fundaba, hasta la fecha, únicamente en estas dos versiones y en la posterior redacción hebrea. Con el Rollo de Isaías encontrado en el Mar Muerto el año 1947, poseemos ya un texto hebreo de la Biblia que es mil años más antiguo. Pero lo más asombroso, y al mismo tiempo agradable, es constatar que este antiquísimo Rollo de Isaías al igual que el libro de los Profetas de la Biblia impresa en griego, hebreo, latín u otra lengua, contiene 66 capítulos, y coincide textualmente con la redacción actual.

Diecisiete hojas de pergamino cosidas una a otra con una longitud total de siete metros, tal debió de ser el rollo del Libro de los Profetas que le fue entregado a Jesús en la sinagoga de Nazaret para que lo comentara ante la comunidad. "Y le fue entregado el Libro del profeta Isaías" (Lc. 4:16:17).

"El movimiento de las manos de Jesús de Nazaret nos resulta ahora sumamente familiar — escribe el profesor André Parrot—, pues en el dorso del pergamino pueden verse aún las huellas dejadas en él por los dedos de los lectores."

Cosa notable: las exploraciones realizadas posteriormente en el Wadi Qumran han dado por resultado el hallazgo de un gran número de cuevas con restos de antiguas escrituras. Así, por ejemplo, en la "Cueva núm. 4" se descubrieron miles de fragmentos de unas 300 diversas obras. Cerca de las cuevas se encontraron los restos de una colonia de la secta judía de los esenios con monedas del tiempo de los procuradores romanos 3 hasta el de la Guerra de los Judíos.

Los judíos de esta secta son los que seguramente escondieron la colección, tan asombrosamente nutrida, de textos bíblicos, a fin de evitar que cayeran en manos de los gentiles.

Estos hallazgos, tan recientes, según afirma el profesor D. Lankester Harding, "son quizá el acontecimiento arqueológico más sensacional de nuestros días. Toda una generación de expertos en cuestiones bíblicas se ocuparán en valorizar estos textos."

Treinta y ocho rollos manuscritos resultan ser, después de un minucioso examen, los textos de 19 libros del Antiguo Testamento. Están escritos en hebreo, arameo y griego sobre pergamino y papiro.

Desde el año 1950 aparecen en Jordania y en Israel una multitud de escritos y de fragmentos que proceden del siglo II después de J.C. Son ofrecidos a la Universidad de Jerusalén, al Museo de Antigüedades de Aman, a institutos, a conventos y a arqueólogos bajo mano y a precios enormemente elevados. Los árabes que se dan cuenta del valor de aquellos documentos tan antiguos, han organizado equipos regulares que exploran por su cuenta todas las montañas que circundan al Mar Muerto. La caza de manuscritos antiguos ha dado lugar a un floreciente mercado negro contra el cual resultan impotentes hasta las medidas de policía.

La inteligente táctica del padre De Vaux, poco antes de la Navidad del año 1951, consiguió persuadir a un árabe de la tribu del Ta'amireh a que le acompañase a uno de los nuevos lugares donde se habían realizado hallazgos.

Con una escolta de policías del cercano Jericó parten De Vaux y Harding al Wadi Qumran. Al cabo de una marcha de tres horas en dirección Sudoeste llegan a un atajo sumamente escabroso del Wadi Murabat, uno de los parajes más desolados de Palestina. Al notar la presencia de la columna se anima de repente el escenario fantasmal de las peñas. Como surgidos del suelo, salen los árabes de las entrañas de las cuevas existentes en las laderas montañosas de los alrededores y huyen a toda prisa por los estrechos desfiladeros. El padre De Vaux cuenta 45 figuras humanas que, provistas de picos y de palas, salían de una sola cueva. Desde el año 1952 empieza la metódica exploración de dichas cuevas. A falta de otras fuerzas auxiliares en este país tan solitario, tienen que ser contratados algunos de los exploradores árabes del mercado negro. Los fragmentos de los manuscritos descubiertos son, en su mayor parte, documentos en griego, en arameo y en hebreo del siglo II después de J.C. En cuanto a textos bíblicos, se encuentran fragmentos del Génesis (primer libro de Moisés), del Éxodo y del Pentateuco (5.º libro de Moisés). Entre muchos escritos hebreos descubre De Vaux hasta epístolas originales del jefe de la segunda revolución judía, ocurrida hacia el año 130 de la era cristiana. Simón Bar-Kokba da, en ellos, da instrucciones a los revoltosos.

Sólo una pequeñísima parte de los muchos testimonios escritos procedentes de épocas anteriores y posteriores a la era cristiana ha sido analizada y valorizada hasta ahora. Otros muchos hallazgos de documentos aumentan el volumen de los materiales de que, en la actualidad, se dispone. Todo está ahora en marcha. Probablemente nos hallamos ante nuevos y revolucionarios descubrimientos que nos permitirán una mejor comprensión de aquella época en que se desarrolló la actuación de Jesucristo y se

desenvolvieron las primeras comunidades cristianas, así como su vida, cosa que hace algunos años no era de esperar.

Además de los monumentos y de las piedras del tiempo bíblico, los edificios, las residencias, los palacios reales y las fortalezas de Palestina; además de los testimonios egipcios, asirios y babilónicos, los manuscritos de dos mil años de antigüedad hacen oír ahora su vez inexcusable.

¡Sus venerables textos resultan iguales, sin mixtificaciones y fielmente transcritos, a los que aparecen en nuestras modernas Biblias!

\*\* \*\* \*

1. American School of Oriental Research.

2. Hebreo, "massora" = tradición.

3. 6-66 después de J.C.

**LOS MÁS ANTIGUOS MANUSCRITOS DEL TEXTO BÍBLICO DESCUBIERTOS  
HASTA LA FECHA**

Revisión: Dr. Carlos Etchevarne, Bach. Teol. Corr. Español: Sr. Gabriel A. Blanco,  
Mtro. Teol.

